

EL

COSMOPOLITA

POR

Juan Montalvo

SEGUNDA EDICION



Quito — 1894

"EL SIGLO," IMBABURA 10



ADVERTENCIA

Esta nueva edición de "El Cosmopolita," hemos podido llevarla á cabo casi por milagro. Echábamos de ver que la que publicó su autor, había casi desaparecido, y que si alguna colección existía de esa obra buscada con frenesí, era en poder de personas que jamás harían uso de ella como de original para un nuevo libro. Penetrado de esta verdad un amigo nuestro y admirador de Montalvo, puso á nuestra disposición una pequeñísima prensa de cilindro, con una cantidad de tipos apenas suficiente para componer muy pocas páginas; y como por fortuna poseíamos la colección completa de la obra que reproducimos, arrimamos el hombro á esta labor, aunque fuera con ánimo de contentarnos por de pronto, con la reproducción de los tres primeros números, los más difíciles de leerse por su absoluta escasez. Puestos á la obra hemos podido imprimir todos, aun que página por página, con la constancia y decisión que inspiran las grandes afecciones.

II

No tenemos la pretensión de haberl hecho bien: sin elementos en lo absc luto; sin conocimiento ninguno en el arte de imprimir; sin auxilio chico ni grande de persona alguna, ahí está la obra, trabajada por uno de los deudos del autor, cuyo pensamiento al emprenderla ha sido únicamente la conservación del material para que no sobrevenga el caso de no hallarlo cuando se trate de hacer una nueva edición más prolija y esmerada que ésta, que podemos llamarla doméstica, ya por sus condiciones, ya por el limitadísimo número de ejemplares que apenas alcanza á algunos cientos.

LL. EE.

Quito, Noviembre 17 de 1891. (*)

EL COSMOPOLITA.

NUM. 1.

Ce sera toujours beaucoup
que de gouverner les hommes
en les rendant plus hereux.
MONTESQUIEU.
"*Esprit des lois*".

PROSPECTO.

Mucho es que ya podamos á lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate á fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento y las ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos. — La tiranía también se acaba, sí, la tiranía también tiene su término, y á veces suele ser el más corto de todos, según que dicen los profetas: "Ví al impío fuerte, elevado como el cedro: pasé, y ya no le ví; volví, y ya no le encontré."[1] Ahora nos falta que no vuelva, en el cual santo deseo Dios

está para ayudarnos. Hay pestes, hambres, terremotos; nada falta en este mundo; pero más que todo hay tiranía. Y si nos alumbran bien las luces de nuestro entendimiento, ya decimos que el cólera asiático hace menos estragos en los hombres que un Atila; que un Caracalla les es más ruinoso que la mayor hambre; que un Rosas es más temible que un Vesuvio. Los az[illegible] turales con que nos castiga la Providencia, d[illegible] juicio, nen al fin, y por el mismo caso ni nos desespe[illegible] delitos. causan sentimiento; porque estando con[illegible] esta[illegible] tural y obligadamente en sus manos, se [illegible] persona á per- por ella según conviene á sus altos ju[illegible] ario, enhilando ahí tomemos ocasión para indignarnos [illegible] venimos á lamidades que nos vienen de nuestro [illegible] nos enreda- nuestros hermanos traen consigo una [illegible] mos escla- ra, que sobre causarnos males positi[illegible] espiei[illegible] el corazón un afecto indeciso, un nosequé [illegible] sufrible que redobla nuestras pesadumbr[illegible] fre- resentimiento experimentado siempre por [illegible] tiva cuando ve venir los males de donde no [illegible] la fronte- rar sino buenos oficios. Los hombres, [illegible] no se trate cho de serlo, debieran de valerse unos [illegible] no con pozas que el padre común de todos les tiene [illegible] ador- tuarse unos mismos y propender á s[illegible] y gene-

A fuerza de ver que nunca ha [illegible] po hacerse *nom-* como cosa corriente las desolacion[illegible] de alto lugar y género humano van haciendo en [illegible] cianos en las mon- Timur ó Tamerlán manda asesin[illegible] y las fieras; noso- indios, por haberse sonreído [illegible] tranjeros, al país de pamento; se le antoja al [illegible] ingenios, á Francia! Gus- erigir una gran torre de cráneos que César vierte sobre dad de Ispahán grabada con [illegible] al pecho generoso las cráneos frescos; y ese Car[illegible] io, y prenda la conduc- el menor motivo, hace [illegible] que las toman con sus tantes de Alejandría, [illegible] oñadosos y civiles, cuando y poco nos horroriza [illegible] marlos. El Regente de Inglaterra ser que los siglos [illegible] anza de Bonaparte, recibiéndole co- tos y nuestra alm[illegible] o venía como refugiado; mandándo- á quedar fríos. Pero [illegible] desig[illegible] to Pitio cuando llegaba á contemporáneo venga á oprimi[illegible] sino puede sino ser un

feo personaje, muy repulsivo para los ánimos excelsos.

Y esa honrosa expatriación que impondríamos á Don Gabriel, no sería *pena* ni obra de la venganza, sino conveniencia propia suya y de la Nación, atento que su alma inquieta y rudas afecciones no se acomodaran quizás á dejarle en paz como conviene, y al fin y al cabo darán al traste con él ó con su patria. Si así como se deja llevar de esos malévolos empujes, se dejase alumbrar por un rayo de sabiduría, él mismo, de su bella gracia, tomaría el camino de Europa, y allá se fuera á desplegar sus talentos que le tienen para sabio y no para magistrado. Podría él llegar á ser un Cuvier; un Sully, nunca. Y es gran ceguera dejar un camino ancho, suave y fuera de peligro, por donde se va á la gloria limpiamente, por un vericueto intrincado y escabroso que al fin lleva al abismo. Si á fuerza de filosofía y buen comlos [illegible]iciere olvidar sus faltas y los males conciud[illegible]echo gemir á los ecuatorianos, bien podía sucepl[illegible] todos le perdonasen y empezasen á ver en él un hombre útil por sus prendas, si ya se arrepentía y dejaba de ser pernicioso por sus defectos. Veremos lo que hace; pero entre tanto gocemos de estos instantes de libertad que suelen ser fugitivos cuando ella no está en buenas manos. Escribamos, hablemos, levantemos el ánimo de nuestros abatidos compatriotas á mejores deseos y más honrosos pensamientos. Cumplamos los deberes de ciudadanos exijiendo la realidad de nuestros derechos, obedeciendo las leyes, llenando las obligaciones que se derivan de ellas, y procurando con el influjo de la pluma correjir las costumbres sociales, malamente estragadas en el decurso de estos años.

Y pues nos proponemos escribir para el público, no para los partidos, bien será ponerle al cabo de qué y cuánto ha de esperar de los que con él se obligan voluntariamente. Desde luego nos ha de ocupar la suerte del continente americano, sin que tengamos por ajenos á nuestro propósito los grandes acontecimientos de Europa y del mundo entero, si el caso lo pidiese. De "COSMOPOLITA" hemos bautizado á este periódico

y procuraremos ser. Ha[illegible] ciudadanos de todas las naciones, ciudadanos del universo, como decía un filósofo de los sabios tiempos. Las grandes revoluciones, las guerras, los desastres y progresos de los [illegible] las repúblicas que más de cerca nos tocan, llamarán nuestra atención con preferencia, y hablaremos de ellas, no [illegible] como de patrias ajenas, no como estranjeros neutrales, sino como hijos de su seno, como ciudadanos de sus estados, como obedecedores de sus leyes; pues tenemos bien creído que la sangre que [illegible] por las venas de los hispano-americanos, la [illegible] comunes intereses y la semejanza de [illegible] nir, infunden en el corazón afe[illegible] de fraternidad, ideas de unión y favorecimiento en la cabeza, en el corazón no mezquinos ni egoistas.

La patria propiamente dicha, este pedazo de las entrañas, como hubiera dicho Chateubriand; el gobierno á cuyas leyes vivimos sujetos, la política de los gobernantes serán asimismo parte de nuestro asunto. No ofrecemos prescindir de la política, siendo como es y debe ser la cosa mayor y principal que ha de ocupar á los ciudadanos. Los hombres libres en Atenas y Esparta por obligación habían de concurrir á las juntas en donde versaban los intereses de la República: los ilotas prescindían; la ley los hacía prescindir. Solón conmina con la infamia á los ciudadanos que no tomen parte en las disenciones civiles; con mayor razón hubiera este sabio legislador condenado á la infamia á los que *prescindan* y tengan en menos las discusiones públicas en donde se ventila lo perteneciente á la moral, la rectitud y la justicia del gobierno; al provecho y bienandanza de los miembros constitutivos de ésto que se llama sociedad, nación, estado.

No ha influido poco antes de hoy en nuestro espíritu, y por lo tanto obrado en nuestra conducta, aquella extraña filosofía de los syrenéicos que aconseja no hacer mucha cuenta de los negocios de la república, ó á lo menos ser indiferentes á ellos, por conceptuar injusto que los hombres dignos y de bien se expongan á peligros por locos y viles. Todo bien considerado, éste no es sino un sofisma, que de ser seguido, haría llover males sin

cuento sobre la especie humana. Pues no necesita demostrarse que si los buenos dejan el campo, serán los malos quienes lo señoréen victoriosos, y los gobiernos vendrán á ser concursos de bribones.

También nos hemos dejado inficionar de la arrogancia de aquel orador que habiéndole rogado una ciudad pequeña viniese á enseñar la retórica respondió *que el plato era muy chiquito para el delfín.* No hay plato chiquito para el que desea el bien de sus semejantes: poco hace al caso que el teatro en donde se representa sea reducido y pobre; si se representa bien, no faltará quien haga justicia; y en resumidas cuentas, vale más la modestia que la necia presunción, la cual por la mayor parte mantiene en la oscuridad á los que la llevan en el pecho. Buena lección nos tienen dada aquellos dos prohombres en cuya gloria venía rebozando el mundo, de los cuales el uno sirvió gustoso de alcalde en la humilde ciudad de su nacimiento, y el otro no renunció un empleíllo ruín que sus enemigos se empeñaron en darle por escarnio, después que hubo puesto en las nubes á su patria venciendo á Agesilao y presidiéndola muchos años como primer magistrado y gran político.

Eso sí, haremos por no ser como el vulgo de los escritores; pues nuestra opinión no difiere de la de aquel que dijo "que las ciencias, las artes, la política, la humanidad en fin hubieran ganado mucho, si menos personas hubieran escrito á cerca de ellas". Trataremos de todo con respeto y dignidad, y sólo cuando estemos muy al cabo de lo que acometemos. Las *personalidades* no hablarán con nosotros; pero averigüémonos bien. Son personalidades las que tocan al carácter y conducta privados de las personas; son personalidades las que desentrañan hechos, que sin ser útil saberlos á la justicia, dañan al individuo á quien se los achacan; son personalidades los cerriles improperios que se dirigen al sujeto, no los justós cargos al ciudadano. No es de nosotros alzar el velo que cubre el hogar doméstico ni seguir los pasos que no llevan á la cosa pública, ni asestar flechas, si el deber de censores y el ahinco justiciero no nos mandan dispararlas. Mas no son personalidades los actos que se entron-

can directamente con el procomún. Y cuidando de no faltar al decoro, nó dejaremos de abrumar á los enemigos de las leyes, á los poco adictos á la Patria, á los delincuentes magistrados, si por desdicha continuase el mal aventurado sistema de gobierno que el Ecuador ha sufrido por cinco eternos años.

Esperamos con harto fundamento no hallarnos en la necesidad de entrar en la estacada para combatir violadores de la constitución, desconocedores del derecho ajeno, holladores de los códigos que reconoce la República. Don Gabriel García no es modelo de imitarse para quedar bien con Dios y con los hombres. Él siguió su camino, y por el alto cielo, que no pocos escollos y escabrosidades ha tenido que vencer. Don Jerónimo Carrión siga otro y busque esa veredita, aunque estrecha, no del todo impracticable, por la cual se llega al corazón de los ciudadanos: menos difícil es de lo que parece á malos ojos. Firme en la justicia, si bien no en tal extremo que no blandee alguna vez en beneficio de la clemencia; apoyado en la vara de la sabiduría, escudado con la constitución y siguiendo el rumbo del honor, se desemboca fácilmente en ese paraíso; paraíso es el amor de los hermanos, paraíso la felicidad que se labra á todo un pueblo. El decreto por el cual el Gobierno ha declarado vigente *la ley de patronato* es un paso de gobierno ilustrado, un buen agüero de lo porvenir. Aclare su conducta, decídase y tome resueltamente por el camino del bien, y la opinión del pueblo será suya, y en favorecerle se cifrarán los esfuerzos de los patriotas verdaderos.

Pero como no nos proponemos ser solamente Timones y Aristarcos importunos en política, habremos de procurar que nuestro escrito tenga halago para todos. Á las duras lecciones de gobierno seguirá, si bien saliere, tal cual trozo de literatura y de amena poesía, de esa poesía que desarruga la frente y hace olvidar la deportación; de esa ciencia sobrehumana con cuyo socorro Ovidio suaviza el rigor de la suya cantando dulcemente los amores de los dioses. Los reyes y generales de Esparta estaban obligados á hacer un sacrificio solemne á las Musas para

salir á una guerra ó á cualquiera espedición de trascendencia. ¿No es éste el homenaje que las armas rinden al ingenio? Y si los adustos espartanos sacrificaban á las Musas, ¿con cuánta más razón no sacrificaremos en sus altares, nosotros que gustamos de ir á sorprenderlas en su templo del Parnaso? Platón desterró de su república á los poetas; pero esos mismos espartanos se cubrieron de gloria á causa de Tirteo que encendía y atizaba en sus pechos el fuego de la guerra. ¿Y no fué Eurípides quien salvó con sus versos centenares de atenienses al punto de ser pasados por la espada de los siracusanos? Poderoso, dulce influjo de melodía, que á trueque de gozarlo de los labios de un prisionero, lo dejan vivo los mismos enemigos sedientos de su sangre! Platón hubiera desterrado del ejército de Nicias á Eurípides; qué hubiera sido entonces de tantos ilustres atenienses? Todos hubieran sido pasados á cuchillo.

Pues bien, si tanto puede la poesía de buena ley, será sujeto principal y le alzaremos un solio en nuestra república. Poco importa que ella venga en prosa ó pomposamente ataviada en los emistiquios de Virgilio. Si la Jerusalén libertada estuviese escrita en prosa, no dejaría de ser tan poética y seductora como es. Si el Telémaco lo tuviésemos en verso, poco ganaría, y Fenelón no fuera mayor poeta. Mas procuraremos que haya de uno y otro, porque es la pura verdad que un hechizo misterioso derraman las ideas vaciadas en los melifluos y sonoros endecasílabos de Garcilazo, y la guerra misma se reenfurece, por decirlo así, y crece en sanguinaria pompa descrita por las valientes pinceladas con que retumba el Tasso.

Sol de' colpi il rimbombo in torno mosse
L' immovil terra, e risonare i monti.

No sabemos lo que será la Ilíada en verso heroico forjado en la fragua del mismo Homero; mas parécenos que debe ser sublime la despedida de Héctor y Andrómaca, tiernos los espantos y vagidos del muchacho Astianax al ver el aspecto guerrero de su padre y el resplandor de sus broncíneas armas. Pero vamos á ver, la Ilíada tradu-

2

cida en prosa á todos los idiomas del mundo ¿deja de ser la Ilíada? Diremos que falta la música de la rima; pero la poesía allí está rebozando. Hay poesía en prosa, la hay en verso.

No dí yo la vuelta al globo como sabio navegante descubriendo tierras desconocidas, rompiendo los témpanos eternos que obstruyen el paso de los polos; no encontré islas desiertas en donde serpenteasen deleitosos y fecundos ríos, en donde se alzasen sobre escarpadas florestas encantados palacios de Armidas y Reynaldos; no penetré las selvas de África ni las hube con leones y panteras, como esos viajeros cazadores que allá rompen las puertas que la naturaleza quiso mantener cerradas y van á sorprender sus misterios en el corazón del Sahara ó en los impenetrables bosques de las vírgenes montañas. Pero recorrí casi todas las naciones cultas de Europa estudiando su política, observando sus costumbres, abominando sus vicios, admirando sus buenas cualidades; y como los hombres ilustres suelen ser en todas partes el resumen de los progresos de su patria; procuré verlos y conversar con ellos entrándome por sus puertas á título de extranjero y de acatador del ingenio y las virdes.

Pero si ésto me comunica alguna honra, no pongo la monta en ello. Mis ascenciones á los montes célebres, mis contemplaciones tristes en las ruinas del Coliseo, mis paseos nocturnos por entre los escombros de la Ciudad eterna, mis melancolías, ay! mis melancolías en las casas desiertas de Pompeya son los que me hacen valer algo á mis propios ojos; porque si la conversación y el trato de los hombres engalanan el entendimiento, como dice Gibbón, la soledad es pábulo del numen. Otro mundo es ése á que el alma se remonta á solas cuando uno lleva sus pasos por los lugares renombrados, pensando en lo presente, rememorando lo pasado, cavilando acerca de lo porvenir, solo, triste y acaso entre las sombras de la noche. Con menos gratitud me acuerdo del alcazar de Versalles y del palacio Pitti que de las ruinas del templo de la Paz y la Columna de Trajano; menos pueden conmi-

go las ruidosas mascaradas de la Fénice y de la Ópera que el baile estravagante que unos pastorcillos me ofrecieron para mi recreo en un templo ruinoso de Puzzola, cerca de los antíguos jardines de Agripina; en menos tengo la presencia y las palabras de sabios y poetas de las ciudades vivas, que esos romanos magestuosos de negra barba y misteriosa catadura que encontré no pocas veces sentados melancólicamente en una piedra derrumbada del *Tabularium* ó de la casa de los Césares.

La soledad en medio del siglo es lo que más nos vale; pues si la compañía y concurso de gente nos enseñan á vivir, el aislamiento y la conversación consigo mismo nos enseñan las cosas de que más nos conviene estar actuados.

If from society we learn to live,
T' is solitude shouth teach us how to die.

No tendrán que sonreirse mis lectores de inverosímiles aventuras, ni les describiré saraos brillantes en mansiones de *señores*, porque no los he pasado. Pero sí navegarán el lago Averno y entrarán á la cueva de la Sibila de Cuma; les haré subir conmigo al Monserrate ó al Vesuvio; atravesaremos ese viejo Tíber, precisamente por donde lo pasó Clelia ahora dos mil años.

Yendo á conocer la roca Tarpeya entré por una puertecilla vieja y agujereada. Una muger alta, pálida, de mirar profundo y vestir negro fué quien me la abrió y me condujo hasta el borde de aquella famosa roca de donde Manlio fué precipitado por haber pretendido la corona de Tarquino. Esta es Roma? decía dentro de mí mismo; ese montón de ruinas que allá parece, entre las cuales está ladrando lúgubremente un perro, fué la ciudad que dió Escipiones y Pompeyos? Y esa triste montañuela que da mezquino pasto á cuatro esqueletados búfalos, llamábase Aventino, y vió en sus faldas al pueblo romano y sus tribunos imponiendo la ley á los Quintios y los Claudios? Esos ladrillos casi negros hacinados aquí y allí formaron talvez la morada del gran Júpiter: de aquel barranco en donde veo durmiendo un pordiosero mostró Antonio por ventura el cadáver de César sacu-

diendo su ensangrentada clámide; por esa vereda espinosa, quizás la vía Apia en otro tiempo, huyeron Casio y Bruto teñidos con la sangre del tirano *á buscar á Roma en donde no hallasen servidumbre.*

El mundo antiguo y grande rodaba en mi cabeza, y ni sentía yo la lluvia que caía sobre mí, ni la neblina que me circundaba como para concurrir á la funestidad de aquella escena. La mujer que me dió entrada se había retirado á la casuca donde vive, y me hallé solo en medio de tantas y tan grandes sombras como iban pasando delante de mis ojos. Vi á Lucrecia; vi pasar el cuerpo de Cicerón sin cabeza, y ésta rodando á los pies de su enemigo que reía á carcajadas; vi á Catilina corriendo como furia con un tizón en la mano, poniendo fuego á los templos de los dioses; vi..... Qué voz podrá decir cuanto se puede ver en Roma? Al volver de mi sublime desvarío vi ya positivamente: vi á la mujer romana que en su corredorcillo se estaba á contemplarme, curiosa de ver despacio un extranjero tan solitario y taciturno: vi las gotas de agua que caían monótonas sobre las piedras resbalando de la humilde choza: vi un jergón en donde estaba acurrucado un gato negro de ojos centellantes: vi un gallo inmóvil sobre la pata izquierda durmiendo mientras llovía. Y á tiempo que ésto veía el grito de las ranas, subiendo del Foro, llegaba á mis oídos en uno con el balar distante de alguna hambreada oveja. Y volví á decir dentro de mí mismo: Ésta es Roma? Romas eran ambas: la una, la Roma de los prodigios, la Roma de las virtudes, la Roma de los grandes hombres y de las grandes cosas, la Roma de ahora veinte siglos. La otra, la Roma de los vicios, la Roma del hambre y la miseria, la Roma de la nada, la Roma de nuestros días. Y cuando salí haciendo este triste paralelo en mi cabeza, se confirmó mi juicio con la cantinela que bajo las murallas derruídas de la ciudad alzaban los arrieros al tardo paso de sus mulos. La oyeron otros viajantes, la oí yo, la ha de oir todo el que tenga oídos para las voces de sentido grande y melancólico.—

Roma! Roma! Roma!
Roma non é piú come era prima.

Estas son las cosas pasadas por mí, éstas las he de referir para los que gusten de *viajes sentimentales*. No los escribo como Sterne; pero sí puedo escribirlos conforme á la verdad y á las blandas ó amargas afecciones que acarreaba conmigo por las ciudades más famosas de lo antiguo y lo moderno. Los Pirineos y los Alpes son hermanos; de los unos pasaremos á los otros, del Arno al Guadiana, del Anio al Manzanares; ó iremos por las floridas márgenes del Turia aspirando rosas y jasmines, regalándonos con esos dorados pomos, provocativos y sabrosos más que los del jardín de las Hespérides. Tomaremos un baño en el Genil para hacernos propicias las bellas de Granada, bien así como los suaves indios se hacen aceptos á sus genios con bañarse en las aguas corrientes del afortunado Ganjes. Y subiendo á la Alhambra por el bosque en donde el ruiseñor suelta la voz divina, resonarán nuestras pisadas en los propios mármoles que oprimieron las plantas del fiero Aben Said y de la bella Saida.

El Darro separa las colinas del Albaicín y de la Alhambra: es ése un riachuelo borrascoso, á pesar de su reducido caudal, que entre piedras y chaparros se precipita braveando, límpido, travieso, haciendo espuma á los recodos y conchitas en donde las ninfas se refrescan; veloz como un saetín en otras partes y mal enojado, si da con una grande piedra que le interdice el paso. Sus orillas son montuosas, verdes, llenas de silvestres flores, hasta que baja á la campiña de Gramada á entregarse al Genil y, ondas con ondas confundidas, la van fertilizando y hermoseando en el largo trecho que la bañan. ¿No será de nuestro gusto, en una mañana de abril, fresca, pura, con un sol resplandeciente y halagador pasar de la Alhambra al Generalife atravesando el Darro?

Licurgo mandó colocar la estatua de la risa en todas las mesas públicas. En Lacedemonia los ciudadanos comían juntos, sin que de esta obligación estuviesen esentos los reyes ni los Eforos. Tenía para sí aquel gran legislador que la vida más austera debía templarse con tal cual pasatiempo honesto, y que era conveniente

quitarse las canas con algunos instantes de bien sazonada charla y un asomo de ironía culta y salerosa, capaz de separar los labios según la costumbre de Demócrito. Si Licurgo, el severo é inflexible Licurgo, hizo venir la estatua de la risa á los banquetes de los lacedemonios, ¿cómo la habíamos de proscribir de nuestra humilde mesa? Rabelais se hombrea, en las librerías de los Doctos, con Homero y Tito Livio; Lafontaine ocupa lugar eminente en ellas, y nada se hace sin Moliere. ¡Quién nos diera ser capaces de agenciarnos con frecuencia algunos instantes saludables para este abatido cuerpo! Saludable es la bien nacida risa, dulce su imperio, y los sabios no la desdeñaron, sino es la del gremio de los necios. Las estatuas y retratos de la Hermosura por la mayor parte están sonreídas en el Vaticano. Los niños, inocentes y virtuosos por el mismo caso aun sin saberlo, ríen mucho; y la nación más culta é importante de la tierra lo hace todo riendo. Hay racional en el mundo que no guste de Cervantes? Al invencible Don Quijote no le resisten ni los alemanes con todo su carácter frío, penoso, tétrico. ¿Y puede algo con los ingleses el *espleen* cuando ese *Panza amigo* vuelve del Toboso á dar cuenta de su embajada á su amo? Una de las injusticias más lastimosas para Juan Jacobo Rousseau es la *temeraria, falsa é impía* acusación de sus enemigos, de que en su vida se rió. "Eran unas carcajadas con Didorot y d' Alembert, dice, que no había más que oir, cuando á la buena de Teresa se la había metido en la cabeza tenerme por el Pontífice Romano. De donde provenían á su juicio los miramientos y atenciones de que yo era objeto acerca de los nobles".

Si es preciso reir, riamos; si conviene llorar, lloremos. El hombre es un péndulo entre una sonrisa y una lágrima, ha dicho un gran poeta. Y estoy para creerle cuando considero que no hay ente más desigual que el hombre; tan desigual, que algunos filósofos antiguos se atrevieron á regalarle con dos almas.

El ejército cartaginés había entrado en miedo, á pesar de haber vencido ya una vez á los Cónsules romanos, con motivo de las legiones numerosas que éstos pu-

sieron en campaña después de su derrota, contra toda la previsión del enemigo. Andaban pues los cartagineses indecisos, penosos y cavilantes con el funesto y acaso no remoto porvenir que les aparejaba la fortuna, y ántes con gana de llorar que de reir. Giscón, personaje de alto lugar entre ellos, se vá para Aníbal, y todo maravillado y afligido:—Veis, le dice, cuán numeroso y admirable ejército contra un puñado de hombres como nosotros somos?—Sí, responde Aníbal; pero hay una cosa que me admira mucho más.—Cuál?—El ver que en tan gran muchedumbre de enemigos no haya uno solo que se llame Giscón como vos. Y los cartagineses como lo van sabiendo, y el mismo Aníbal se toman á reir tan desencajadamente, que no acaban ni cuando se empeña la batalla, y riendo consiguen la victoria, sin encontrar ni un sólo Giscón entre todos los que van matando.

Puede ser que nosotros tampoco encontremos ni un Giscón en la multitud de enemigos y envidiosos como verosímilmente nos vamos á concitar, sin razón por cierto; pues no pertenece á nuestro plan hacer daño gratuito á nadie; mas suele ser uno muy grande no estar al nivel de tanto necio ó pervertido como infestan las ciudades, haciendo mucho y sin hacer nada, sino el mal de sus semejantes. *Stultorum infinitus est numerus.* Haremos lo que Aníbal, riendo llevaremos cuesta abajo á nuestros enemigos, si ya merecen nuestras armas. Y *las costumbres*, asunto de los buenos ingenios, como Carlos Dickens en Inglaterra y Balzac en Francia, tendrán, con toda la modestia necesaria, su lugar en nuestro escrito.

Si se nos contradijere en los asuntos serios con buenas razones y con la urbanidad que cumple á la jente delicada, nada quedaremos á deber en buen trato y miramientos á nuestros contradictores. Si echaren por el camino de los oprobios, como por desgracia se suele acostumbrar en estos oscuros paises, responderémos como Foción. Un enemigo suyo le interrumpió su discurso cuando hablaba en público para colmarle de injurias calumniosas y groseras. Calló el orador, y sin dar la me-

nor señal de enojo se estuvo con gran serenidad esperando que su descomedido adversario concluyese; y así como hubo concluído, pues no había quien echase leña á su ira, tomó el hilo de su arenga y en el mismo tono que al principio continuó sin proferir un término acerca de las imputaciones é insultos que acababan de oír todos. No hay réplica tan picante como tal desprecio, dice Montaigne. Los que nos calumnien, los que nos agravien, los que nos llamen importunos eruditos, enemigos de bajo suelo han de ser é ignorantes. Si no obtuviesen de nosotros respuesta por escrito, sepan desde ahora y para siempre que les contestamos á la manera de Foción.

Los tontos quieren que todos lo sean; los deslumbrados se incomodan de que otros sepan algo, y se arrojan á zaherir á quienes hablan por boca de la moral y la filosofía. Si el ingenio própio no da de sí cuanto quisiéramos para ilustrarnos é ilustrar á los demás, ¿cómo no acudir á los sucesos y palabras de los tiempos y varones superiores á nosotros? Epicuro escribió trescientos volúmenes sin una sola acotación ni pensamiento ageno. Pero este Epicuro era el más orgulloso de los hombres, y el único entre todos que se ha atrevido á llamarse *sabio* él mismo. Crisipo hacía todo lo contrario. ¿Y no vemos á cada paso en los autores modernos de más nota: "como dice Plutarco," "en el sentir de Plinio," "conforme al dictamen de Aristóteles?" Tengo para mí que un suceso grande y aprobado por los siglos, una sentencia ó apotegma filosóficos prestan más para la instrucción y el deleite, que la insulsa y dislocada rinda de términos vacíos que van los ingenios vulgares echando afuera, sin provecho de nadie, pero sí talvez en daño de los buenos. Si hemos de hablar de sabiduría, nombremos á Sócrates; si de virtud patricia, á Catón; si de desinterés, á Epaminondas; si de fidelidad y fortaleza, á la esclava Epícaris, y habremos dicho más y mejor que lo alcanzáramos con nuestros sólos pensamientos y afecciones. ¿Por ventura será malo estar al cabo de la historia? Ella es el libro de la sabiduría, y el que leyó una página vale más que el no leído. Los

letrados en la China gozan de mil privilegios, son unos como Vestales, que para el augusto encargo de mantener *el fuego sagrado*, han menester veneración de parte de los fieles. Pero he aquí ladrado de perros el que tuvo la osadía de manifestarse algo instruído, al mismo tiempo que las sacrosantas cláusulas de libertad y patria, si eran pronunciadas de buena fe, le hacían recomendable y digno de respeto de los libres y patriotas. Reinen, reinen las tinieblas. Pero los que estamos pasando la flor de la juventud en la vida privada, á vueltas con nuestras ansias de saber, no tocados por el vaivén eterno de la baraúnda política, mucho tiempo hemos tenido de leer, de estudiar, de aprender, de sentir.

En orden á lenguaje sepa, si alguno se previene á censurarnos, que lo hemos aprendido en los autores clásicos, en los escritos del buen tiempo. Suele suceder que el torneo de una frase no suena bien para un oído torpe; que una manera de construcción, autorizada acaso por Cervantes y Granada, no la oyeron ni la saben los instruídos por Mata y Araujo; que no alcanzan á estimar un corte nuevo para ellos y elegante, y todo es lanzarse en ciegas invectivas sobre que no entendemos de gramática ó que faltamos al arte de hablar bien; para lo cual acuden luego á sus librajos, sin venírseles á las mientes que no hay *arte* ni diccionario capaces de contener toda una lengua, y que donde se la estudia y aprende, donde se la chupa el jugo, si hay quien me sufra esta expresión, es en los autores consagrados por el asenso unánime. Si hubiere quien venga á corregirme el uso de algún verbo, cuidado que le ponga cara á cara con los Arjensolas; si burlarse quisiere de un modismo nunca visto ni oído por él, tendrá talvez que haberlas con todo un Moratín, ó cuando menos con un Mor–de Fuentes. Pues advierto desde ahora que en hecho de lengua yo nada he inventado, y si algo hay nuevo en mi modo de decir, lo debo á la lectura de los maestros del siglo de oro de nuestra habla, guiada por la sabiduría de Capmany, Clemencín y Baralt, ilustres defensores del español castizo. No digo que yo tenga aquel primor, aquel hábil tanteo que se ha menester para lla-

marse un escritor pulcro y remirado; pero sí me creo con derecho para desdeñar á tanto crítico zarramplín, que sin haber leído jamás una página de Jovellanos, acomete á engolfarse en lecciones superiores á sus aptitudes. El no entender nosotros una cosa ó no haberla jamás oído, no es razón para tenerla por mala; y debemos medirnos mucho en ésto *de criticar*, no nos suceda lo que á ese librero que tenía en su casa un Homero corregido de su propio marte; ésto es, que Alcibíades lo supo, entró furioso en ella, y le dió de bofetones.

Cosa muy diferente es la crítica de los hombres instruídos: para ellos tendremos el oído atento, y así como nos tomen en errores ó descuidos, nos aprovecharemos presurosos de su sabiduría. Bondad, blandura, trato fino, dotes son de ingenios doctos y de bien formados corazones. En ellos los conoceremos, y no haremos caudal sino de su bien nutrido juicio.

La educación del sexo hermoso á que pensamos y debemos consagrar no pocas líneas, la hemos dejado para lo último, como descanso de los no siempre agradables discursos de política y gobernación de Estados, y aun de los otros temas capaces de escitar el numen de los escritores. ¿Numen ha de haber más inspirador que éste llamado *ángel* por unos, *demonio* por otros, pero demonio ó ángel que tiene en sus manos la suerte de las humanas sociedades? Eduquemos á la mujer, sí, eduquémosla, no según los dómines antiguos educaban á los niños, con todo el rigor de un amo crudo, ensangrentándolos y haciéndolos nadar en lágrimas, sino con paciencia de filósofos, con cariño de padres, con bondad y mansedumbre de cristianos, sin perder de vista que ese demonio es el ente más sensitivo, más blando de condición, más fácil de levantarse y purificarse por la dulzura, como de corromperse y bastardear por la rudeza. ¡Pobres mujeres! Verdad es que no las feriamos en las plazas públicas, según se estila en los países mahometanos; ni tenemos harenes en donde sirven, máquinas vivas, para los placeres brutos de hombres bastardeados; ni nos hacemos servir de ellas cual si fuesen

esclavas por naturaleza, sin dignarnos poner nuestro corazón en el suyo: pero con todo ¡ cuán distantes se hallan todavía del lugar que las leyes naturales les señalan igualándolas en derechos al sexo masculino, de las sociales que en los pueblos cultos las han dignificado y engrandecido tanto! Los hombres mismos somos aquí muy bastos é ignorantes; poco tenemos que enseñarles; pero sí tenemos poco, aprendamos y compartamos con ellas las luces adquiridas. No hablo de ciencias; lo abstruso nada les importa; mas aún, casi siempre las adorna en su perjuicio. Hablo de aquel arte sublime por el cuál la mujer sabe ser hija desde luego, esposa en seguida y después madre. En esta triple y tierna faena se envuelve todo lo que ella debe aprender y saber; y si mereció á justo título esos nombres, tenga por sin duda que cumplió con el encargo de la Providencia y los deberes impuestos á ella por la moral humana.

La mujer perfecta en Jenofonte no está adornada de sabiduría sino de cordura, no se endiosa por el valor sino por el sufrimiento; no brilla por las gracias y galanuras físicas sino por la modestia. No hemos sabido que Sócrates discutiese con su mujer acerca de la naturaleza de los dioses; contentábase con mantenerla en la fe de los que había. Y Virgilio nos la ha pintado sentada delante de la rueca, ó atizando el hogar en donde se cuece el desayuno del esposo. En las naciones modernas de Europa, como en Inglaterra, no está en dos dedos que la mujer ocupe su lugar; En Francia se ha propasado, y vive en una como licenciosa tiranía respecto de los hombres y de la asociación civil, si hemos de concretarnos á hablar de las ciudades, pues las cosas llevan otro término con la gente campesina. En Alemania la mujer está bien colocada. De aquí es que alguno ha dicho "que las inglesas eran buenas para amigas, las francesas para queridas, y sólo las alemanas para esposas."

Cuando no solamente Virgilio sino también otros grandes poetas y otros grandes conocedores de la naturaleza del hombre pintaron el emblema de la mujer ca-

bal poniendo su imagen delante de la rueca ó haciñando hábilmente los carbones del hogar, no tuvieron en su ánimo circunscribir sus aptitudes y deberes al estrecho círculo de la casa y la familia; no la arrancaron fuera de la redondez inmensa que abarca el entendimiento, y de las nobles y variadas ocupaciones de que los hombres son capaces, mediante la elasticidad de su alma, cuyas facultades los encumbran hasta tocar con la propia esencia divina, sacudiendo el polvo terrestre por el cual son tan miserablemente bajos. Quisieron sí dar á entender esos ingenios que el ahinco de la buena mujer se ha de marcar sobre todo en lo perteneciente á la vida doméstica, como que ella es el modelo de la pública, y como que en ella se recibe la educación según la cual nos hemos de manifestar buenos ó malos ciudadanos. Raro será que un buen hijo sea mal discípulo, que un buen padre de familia sea mal patriota. Lo que se aprende en la casa tarde ó temprano sale á la calle; por donde la condición del hombre público remonta al privado, y la mujer viene á ser el maestro primitivo del cual aprendemos á ser buenos ó malos, importantes ó para nada.

Para ser madre cumplida, para inspirar al niño las afecciones que algún día le harán hombre de bien, las ideas que le harán elevado, ¿ no es preciso tener en el corazón buen acopio de grandiosas afecciones, claros y justos pensamientos en la cabeza? Para ser cumplida esposa ¿ no ha de estar al cabo de las obligaciones que la constituyen tal, y saber al mismo tiempo cuan preciosa es la virtud? Para ser hija obediente y acatadora de la majestad paterna, no basta ese profundo y natural obedecimiento con que todos nacemos; conviene tener luces sobre este eslabón sagrado por el cual pertenecemos á nuestros padres, como la criatura humana en jeneral pertenece al Criador. Y para todo ésto ¿ no se ha menester filosofía, moral, y aun ciertos conocimientos de otro género? Si hay quien lleve á mal este modo de apreciar á la mujer, tema el caer en falta respecto á la naturaleza: haciéndola buena hija, buena esposa y buena madre, la hemos hecho todo lo que Dios mismo quiso

hacerla. Si es buena hija, alimentará á su padre moribundo con la leche de sus pechos, como ya lo hizo la romana antigua, y dará á todas las generaciones un ejemplo sublime de ternura. Ó bien morirá y se enterrará con él, si no pudo salvarle la vida, como aquella heroica jóven cuyo epitafio encuentran los viajeros á orillas del Rin en los escombros de Aventicum:

Julia Alpinula: hic jaceo.
Infelicis patris infelix proles.

Y con ésto nos enseñará la abnegación, una de las virtudes más preciadas.

Si es buena esposa, se sepultará con su marido, cual otra Eponina, nueve años en una cueva, por acompañarle á huir de los tiranos, ó como Arria enseñará á morir por la honra á su marido, atravesándose el corazón con un puñal en su presencia. ¿Y es poco enseñar ésto de comunicar con el ejemplo el valor virtuoso, que se encamina á prescribirnos el honor teniendo en poco la existencia?

Si es buena madre, criará Escipiones, dará Gracos, y habrá hecho por la humanidad lo que nunca pudo hacer el hombre más valiente é ingenioso. Cornelia vale más que un héroe, Cornelia es superior á sabios y poetas; Cornelia, inspirando á sus hijos la virtud y la libertad como parte de ella, alcanza mucho más aprecio y veneración de los hombres, que tantos *grandes hombres*, grandes por haber conquistado y vertido á torrentes la sangre de sus semejantes.

Estas son las hijas, las esposas y las madres que querríamos formar; y á buen seguro que para ser las sombras de ellas, habría mucho que entender y saber. ¿Qué importa ese barniz de sabiduría con que de cuando en cuando han pretendido malamente brillar las mujeres modernas? No han conseguido sino obligar á Moliere á escribir la comedia de "Las mujeres sabias," y á Byron le sátira de "The Blues" (*) Nó, no queremos *me-*

(*) Por los años de 1781 privaban mucho en Inglaterra las so-

dias azules: queremos mujeres instruídas en la virtud, apreciadoras de la honra, dignas de nuestro respeto, sin quitarles la instrucción necesaria para su encargo y para la cultura y adorno de inteligencia que alcanzan nuestros tiempos.

Los Estados Unidos, nación inferior á muchas europeas por más de un respecto, han comprendido que el hito de la felicidad estaba en la educación y el puesto de la mujer, y siguiendo este principio en breve superarán á todas en progresos morales como ya las superan

---

ciedades literarias cuyos principales miembros pertenecían al bello sexo, empeñado en tratar con los sabios acerca de las materias más abstrusas y ajenas á la mujer. Uno de los personajes más eminentes de esas reuniones era Mr. Stilligfleet, tan notable por su sabiduría como por su modo de vestir; pues entre otras rarezas, llevaba siempre medias azules [blue stockings.] Eran tales la excelencia de su conversación y su principalidad, que cuando este señor fallaba, las señoras sabias sabían exclamar: We can do nothing without the blue stockings,—nada podemos hacer sin las medias azules. Un francés distinguido tradujo este *blue stockings* por *bas bleus* aplicándolo literalmente á las literatas de esas sociedades, equivocación que hizo reir mucho á las mismas sabiondas, que empezaron á ser llamadas con ese nombre.—Croker's Bowell.

Ese término ha quedado admitido para designar á las mujeres importunas que dejan la casa por el Liceo. De las cuales peripatéticas y de las otras poetizas se queja de este modo un buen ingenio.

"Si estas nuevas no son bolas
　　　　De la jente,
No bajan de cien las damas
　　　　Españolas
Qne están escribiendo dramas
　　　　Actualmente.
Y si está de norabuena
　　　　Nuestra escena,
　　　　Los varones,
En vez de trajes de gala,
Debemos vestir crespones,
Que estamos de noramala.
Señor, por tus cinco llagas
Reprende á este sexo impío,
Pues si da en hacer comedias
　　　　Quién, Dios mío,
Nos remendará las bragas,
　　　　Y las medias?"

en físicos. Allí las mujeres instruyen, educan á los hombres ¡ están en el caso ! Las mujeres dirigen las escuelas, las mujeres tienen *pensiones*, las mujeres son maestras de lenguas, y la casa está regida por ellas como Esparta por Licurgo. De dónde procede tan rápido incremento de educación en la mujer americana? De las leyes, que despiertan su buen natural y fomentan su espíritu de virtud; de las leyes, que la tratan como Alejandro á la mujer é hijos de Darío; de las leyes, que las resguardan y las vengan de las tropelías de los hombres. Júzguese cuan protegidas son las mujeres por las leyes de los Estados Unidos por una ó dos anécdotas históricas que voy á referir.

Un mancebo de familia distinguída (no las hay en ese afortunado país sino por el talento y las virtudes) enamoróse de una joven plebeya; y por grande que sea allí el imperio de la democracia, no se le acomodó el ánimo al muchacho á casarse con la hija de un curtidor. Le inspiró cariño, la perdió. Un hermano de ella va para el seductor y le dice secamente: "Si dentro de un año, en tal día, á tal hora no se ha casado U. con mi hermana, le mato". Transcurre el año, y nuestro Gazul no se casaba. Vino el otro (no había vuelto á decir un término,) y en tal día, á tal hora le voló los sesos. El jurado absolvió al reo á votos conformes.

Iban en un *wagón*, caminando por un ferrocarril, una hermosa niña y un mozo de sus mismos años y semblante. Desconocidos eran éstos, y el varón devoraba con los ojos á la otra, que ya no sabía donde poner los suyos: verdad es que los tenía rasgados, negros, límpidos, cargados de largas pestañas, con lo cual traía revuelto el corazón de su vecino. Llegan á un pueblo, y á tiempo de apearse, el ardiente mozo le pone con vehemencia sus labios en los de ella. La muchacha, sin decir palabra, confundida de rubor, se va para la Policía, con cuyos agentes torna luego al sitio de la ofenza, en donde se prende al malhechor. El jurado le condenó por unanimidad á diez años de presidio.

La perfección y felicidad de la mujer dependen de las leyes, las cuales dependen de los hombres: hagá-

moslas buenas, y nos pondremos en camino de educarla. Después ya podemos irla perfeccionando con justas y bien sazonadas prédicas, con sublimes paradigmas de los grandes tiempos, con historias de Arrias y Lucrecias, que no pueden poco en su imaginación vehemente y amiga de propender á su importancia.

En el órden de la naturaleza las mujeres pueden mucho; no menos en el social, donde saben estimarlas. Si algo han de valer ellas por mí, yo he de valer algo por ellas, según este decir de un viejo amigo mío. El hombre se proteje por lo que él vale, la mujer, por lo que valéis. No se trata aquí de protección, pero sí de aprobación. Y las sé decir que la suya compensará con buena adehala, dejándome á ganar no poco, el deslenguamiento de los necios y de mis enemigos que, puesto que no lo sé, me los debo tener, conforme á la triste regla por la cual no les faltan á los hombres de bien. Pero

"Yo me diré feliz si mereciere
En premio á mi osadía,
Una mirada tierna de las Gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la patria mía,
Y el odio y el furor de los malvados."

DE LA LIBERTAD

DE IMPRENTA.

Refieren de Aristipo que habiendo naufragado una vez, salió á nado á la orilla y se llenó de gozo al ver en la arena trazadas ciertas figuras de geometría, indicio evidente de que la providencia de los dioses le había echado á una colonia griega y no á un país bárbaro. El que en un pueblo encuentra establecida la imprenta puede estar seguro de que llegó á una nación civilizada; el que ve un periódico en la tierra á donde le llevó la suerte ó el acaso cuenta con que tiene que haberlas con hombres ilustrados. Hay señales inerrables de la situación moral de las humanas sociedades, que á primera vista nos hacen columbrar sus aptitudes, sus inclinaciones y las cosas de que gustan ocuparse. Las figuras de geometría encontradas por Aristipo en la playa del mar, el uso de la moneda, los libros y periódicos son testigos de buena fe de que no dimos en un país de bárbaros, ó de que el despotismo no impera en esas afortunadas comarcas, el despotismo, peor mil veces que la barbarie. La libertad del pensamiento ha constituído siempre la libertad política; y estas dos libertades por maravilla no habrán traído consigo la libertad civil, grupo adorable y seductor como el de las tres Gracias. Á medida que el absolutismo toma pie las tres libertades se separan: cuando descuella con todas sus fuerzas, cuando oprime con cien brazos, como dice Montesquieu, no deja sombra de ellas, bórranse, destrúyense, el lienzo queda limpio para recibir la imagen del tirano.

Remontémonos á los primitivos tiempos y tomemos el agua desde arriba. La sabia y republicana Grecia, tenía por ley la libertad del pensamiento: las plazas públicas servían, por decirlo así, de imprenta, y los ciudadanos todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos tienen allí derecho de intervenir en los asun-

tos públicos, tomando la palabra y diciendo sin reparo su dictamen ora sobre la conducta de los magistrados, ora sobre las acciones de los generales, ora en fin sobre la conveniencia y deberes de la república. En las tribunas del pueblo no resuenan solamente las voces de los Pericles y Cimones, de los Nicias y Licurgos; los Hiperbóreos llaman también la atención de sus conciudadanos, y á fuerza de ser libres alcanzan *el ostrasismo*, noble pena por la cual no brillaban sino los prohombres de mayor suposición. Alcibíades arrastrando su grandioso manto de púrpura atraviesa la plaza de Atenas, se encumbra en la tribuna, y en explayada y egregia elocuencia pide tal guerra en donde su gloria prevalezca sobre los intereses del pueblo. Mas no ha de faltar un ateniense oscuro, un hombre del estado llano que ponga en práctica sus fueros contradiciendo *al rey* Alcibíades, y ganando los sufragios de sus compatriotas á su parecer. Es que Atenas era libre entonces, libre la palabra, y el pensamiento no reconocía señorío, sino era la razón y la justicia. Pero una vez perdida su libertad política perdióse la elocuencia, y los treinta tiranos prohibieron al pueblo subir á la roca Pnix en donde tenía sus reuniones más acaloradas y en donde la independencia y libre albedrío desplegaban todas sus banderas. Pisístrato huella impío las leyes de Solón; Pisístrato es tirano; con Pisistrato nadie habla. Muere Pisístrato, revive la palabra: los atenienses otra vez armados de ella, se encastillan en los lugares eminentes que veneraba el pueblo. Hiparco los sorprende todavía y los encadena: vuelve el mutismo, el pensamiento gime, y la palabra no es sino la prisionera del tirano Hiparco. Harmodio y Aristogitón dan al travez con él, libertan á su patria, y la patria agradecida alza estatuas á los héroes y mantiene á sus hijos á expensas del erario: todos gozan entonces plena facultad de expresarse, y avientan sus opiniones al rostro, digamos así, de los que por ventura abrigan en su pecho nuevos proyectos de tiranía. Pero la libertad es árbol sujeto á mil enfermedades, muere y retoña según le influye el cielo y según los vientos que le azotan. He allí la libre Atenas esclava de Demetrio,

alzándole altares como á un dios y decretando que cuanto hiciese el tirano se tuviese por justo entre los dioses y por sagrado entre los hombres! Si se le había dejado la voz tan solamente para que trasloe á su amo, ¿podía articular un término en pro de la muerta libertad? El gobernante que no permite hablar ni escribir es tirano; el pueblo que no puede ni uno ni otro, esclavo. Si Aristipo hubiera aportado en nuestras costas, no hay duda de que hubiera creído hallarse en casa de la barbarie ó de la servidumbre.

Los comicios de Roma principiaron con la expulsión de los Tarquinos, y fué Bruto quien dió voz á los Romanos, enseñándoles á ser libres y á decir sin rebozo que lo eran. Los Icilios, los Numitorios y Virginios no hablaron mientras Roma tuvo reyes: cuando hablaron, los Decenviros vinieron al polvo, y la patria recobró sus regalías á fuerza de expresar sus pensamientos y deseos. Los Gracos son la encarnación de la libertad romana: los Gracos arengan al pueblo, le ponen de manifiesto las usurpaciones del Senado, le instruyen y señalan el camino de la verdadera libertad. Los Gracos sucumben á impulsos de los nobles, ésto es, de los tiranos, y porque quisieron ser libres les llaman demagogos, y porque dispararon sus tiros contra la tiranía les llaman conspiradores. ¿No sería más justo y mejor decir, como ya dijo otro, que el Senado y los Cónsules conspiraron contra los Gracos y el pueblo? En general mientras Roma gozó de libertad política tuvo el libre y pleno uso de la palabra; y tal fué el respeto que este derecho imprimió en el corazón hasta de sus enemigos, que Roma era ya sierva y no se había amordazado á los romanos. César dueño del mundo, olvida las varillas que Cicerón no había dejado de echarle cuando aun no había vencido; y en órden á los cargos respecto de Catón tiene por mejor y más digno de él refutarlos con la pluma, contrarestando poderosamente la elocuencia de su adversario. El mismo Augusto, en cuya persona empezaban á asomar los reflejos *divinos* con que los emperadores iban á endiosarse luego, sufrió

en buena paz y filosofía, no digamos las censuras contra su gobierno, pero también las sátiras contra su propia magestad; y era ésto en tanto grado así, que se leían públicamente los escritos de Asinio Polión, las oraciones de Marco Bruto y las de Marco Antonio que estaban llenas de vituperios contra él y su predecesor. Ni las obras de Catulo y Bibáculo, tan adversas á la casa de los Césares, se vieron proscritas hasta que Nerón hizo morir á Cremusio Cordo por el inaudito crimen de haber llamado á Casio *el último de los romanos.*

Cuando aquellos resolvieron no ser los padres sino los verdugos de la patria, ya no se fueron á la mano en la persecución de los oradores y escritores públicos. Domiciano condenó á muerte á Meto Pomposiano que leía en las tertulias las arengas de Tito Livio, con decir que los recuerdos y los sentimientos de que ellas estaban rebosando podían perjudicar á la seguridad del César. ¿Mas qué decir cuando el mismo Senado expidió un terrible decreto por el cual se expulsaba de Roma á todos los filósofos? El Senado no era entonces aquella junta de dioses que detuvo á los galos respetuosos y mudos en su presencia, sino un conciliábulo de siervos que no pensaba sino en decretar honores divinos al emperador, poniendo el sello á todas sus iniquidades. Así pues, el primer cuidado de los tiranos ha sido en todos tiempos ahogar la voz de los oprimidos, aniquilar el pensamiento público. De donde la sana razón y buena lógica deducen, que si un rey ó un presidente consiguieron imponer silencio á la nación, maniataron la libertad. Desde ese instante ya no son gobernadores de pueblos, magistrados de naciones; amos son que maltratan esclavos inocentes, capataces que oprimen y flagelan á una muchedumbre de orates desdichados.

Las naciones modernas de Europa casi todas son regidas despóticamente, si bien la forma de la monarquía en la mayor parte de ellas se dice constitucional. Y vemos con asombro que el monarca más poderoso y absoluto guarda con todo ciertos miramientos y consideraciones á la prensa, que son desconocidas

en la América republicana. En el imperio francés los periódicos están sujetos á una *advertencia*, á una *amonestación*, y no se les suprime sino por contumacia, quedando ilesos los escritores, sino traspasaron los términos prescritos por la ley ó la moral, en cuyo caso los tribunales competentes toman por suyo el cuidado de la vindicta pública. El propio despotismo respeta *la opinión* en los pueblos verdaderamente cultos, y la testa coronada ha de guardar cierto temperamento que mantenga el equilibrio entre la voluntad absoluta, la paciencia de los súbditos y el concepto del mundo civilizado. En 1858 salían á luz en Francia 600 periódicos entre diarios, hebdomadarios y revistas mensuales, los cuales, si podían contenerse en ciertos límites de moderación y buena crianza, hablaban hasta de los actos más íntimos del gobierno, sin ocultar su juicio. La gran Bretaña tenía 800; la gran Bretaña, asiento de la libertad política, reino de las leyes, da de sí escritos muchos y muy buenos. ¿Un presidentillo de América no se tendría por el más triste de los hombres si su gobierno estuviese sujeto á tantas cortapisas, si sus actos pasasen por tantas desembozadas censuras, si su responsabilidad fuera tan grande como la de Inglaterra? ¡Qué es, mi Dios, ver á todo un lord Palmerston, á todo un primer ministro de la reina Victoria, á un amo de los mares, y como tal, á un inspector del mundo, arrastrado por un simple y oscuro particular al tribunal de la justicia! Á Melgarejo ó á Pezet les debe parecer ésto lo más ridículo, y cuando oyen esas cosas les sucede lo que á ese rey del Pegú, que habiéndole hecho saber el veneciano Bálbi como en Venecia no había rey, se tomó á reir con tanta fuerza, que por poco se le revientan las arterias y se muere. En Inglaterra los escritores sólo al jurado temen; vale decir que la licencia es la prohibida, y en tanto no dan en ella, los ciudadanos pueden bornear el pensamiento y ponerlo en el punto que á sus intenciones corresponda. De todo hablan, todo lo discuten, todo lo juzgan: el gobierno tiene en la prensa un censor, poderoso por lo que en ella hay libre y autorizado: la prensa es el *de aquí no pasarás* de

los gobernadores, de los ministros, del monarca y aún del poder legislativo. Nada hay más respetado en este afortunado pueblo que la ley: ella es la verdadera reina, y la otra no hace sino obedecerla y mandarla obedecer. ¿ Qué cachidiablo ridículo y perverso viene á ser un estadillo de la América latina al lado de esa matrona sabia, cuya frente fulgura rayos de luz purísima? La gran Bretaña, monarquía; el Perú, Nueva Granada, el Ecuador, repúblicas: en dónde reinan las leyes? dónde impera la justicia? cuál de ellas es más libre y decorosa? Sin los vicios que una larga sucesión de siglos, un refinamiento de cultura y la natural propensión de las naciones á la decadencia cuando han llegado al remate de la civilización, me atrevo á decirlo y no lo temo, mucho más prestaría para nuestra felicidad el reflejo de la de aquella nación, que todas nuestras soñadas libertades y derechos de republicanos. Sepámoslo ser, y con nadie cambiaremos nuestra suerte; pero si con ese rico nombre no somos sino Ilotas á quienes se dá de puñaladas hasta por pasar el tiempo, somos los más mezquinos y desventurados de los hombres.

En España, en Austria y Prusia cuyos soberanos hacen derivar de Dios su derecho á la corona, no puede hablarse del de los pueblos sino entre rincones y como de cosa prohibida; pero en fin se escribe, y los escritores no son perseguidos y aniquilados inmediatamente y sin otro motivo que sus escritos; lo cual prueba que puede haber y hay despotismo ilustrado, que sin perder de vista sus personales y tristes conveniencias, jamás echa en olvido aquella consideración debida al juicio de las demás naciones y al afecto ó al engaño de los que están uncidos á su yugo.

Es por ventura este despotismo ilustrado el de la América del Sur? No, visto que la opinión pública ni el concepto de las naciones no entran para nada en el entender de los que gobiernan como kanes de Tartaria. Dónde está esa fina urbanidad de Napoleon III, que pudiendo ser y siendo todo, sufre que primero *se advierta* á los editores de un periódico, que luego *se amoneste* y

que no se lo suprima sino cuando no hay mejor remedio? Y aun así más tarda el Emperador en ausentarse ocho días de la corte confiando la regencia del imperio á su esposa, que ésta en levantar y anular las advertencias y amonestaciones que pesaban sobre la prensa, y dejarla como si fuera á principiar. Napoleon es déspota, no hay duda; pero qué déspota tan ilustrado! Napoleon es tirano algunas veces, no hay remedio; pero qué tirano tan remirado, qué tirano tan fino y elegante! Vaya, si siquiera hubiera cultura en estos sultanuelos ruines que nos quitan la vida. Pero sus pasiones son de salvajes, de fieras sus arranques. Todo es matar, desterrar, azotar, repartir palo como ciego á Dios y á la ventura, echarse sobre las leyes y los ciudadanos cual pudiera un lobo hambreado sobre un aprisco sin guardianes. Un Fierabrás en Venezuela sabe que un escritor ha vituperado sus pésimas acciones, y á sablazos, le echa á la cama en artículo de muerte. (*) Un Bélzu oye algunas palabras malsonantes para sus oídos, y se le erizan los pelos del bigote, y cierra con quienes censuran su gobierno. Un García Moreno acude presuroso á donde se escribía, allana el hogar doméstico con batallones enteros de soldados, cierne la ciudad probando si daba con los escritores, y de tomarlos, sin remedio los sepulta en las ciénagas del Napo.

Este despotismo no es ilustrado; este despotismo es ciego, bárbaro, selvático. No hagáis cañones de las campanas, no malgastéis en guerras insensatas los adornos de los templos, las cosas sagradas, no convirtáis en balas la letra de la imprenta, ni en soldados los impresores, y ya os puede quedar siquiera un vano pretexto para las otras inauditas violencias que lleváis adelante con achaque de *revoluciones*: sabido es por los hombres de Estado y grandes políticos que si algún gobierno ha menester de censura es el republicano, cuyo principio es la virtud. Qué es ésto de querer reinar sobre idiotas? Acaso nosotros creemos, como los antiguos mos-

(*) El Señor Bruzual, víctima de este crimen, lo denunció de su lecho de muerte. Los diarios de Nueva Granada lo publicaron con los anatemas que merece.

covitas, que la libertad consiste en el poder y uso de llevar la barba larga? Dejadnos hablar, por Dios, que de puro mantenernos en tímido silencio nos váis á entorpecer la inteligencia, como que todo lo que no se ejercita, bien así en el alma como en el cuerpo, pierde sus quilates y su fuerza. Timbre será dominar á esclavos mudos? No sería más honroso dominar á hombres libres y hacerse querer de ellos, alternar con dignos y hacerse estimar de sus conciudadanos? Ya os veo, tiranos, arrugada la frente, torva la mirada, las manos goteando sangre buscar como ponceros en cobro cuando se os acabe el poder, porque la conciencia os ladra y grita que el enemigo del género humano ha de temer al género humano! Acaso Numa no reinó cuarenta y más años sin aconsejarse de la crueldad sino de la sabiduría? Acaso Augusto no fué el primero de los mortales echando por el camino de la clemencia, cuando vió ser inútil el rigor y aun pernicioso? Acaso Washington no fundó una república y gobernó un pueblo sin que le fuesen necesarios patíbulos, grillos ni calabozos para establecer su autoridad? Si para todos los reyes hubiera una ninfa Egeria, ya los pueblos podían decirse benditos de la Providencia; si todas las repúblicas tuvieran un Areópago, la sabiduría encarnada en las leyes sería la que gobernase; si aquel Washington venerado de los hombres de bien, querido de los justos, deseado de los republicanos recibiera de Dios licencia para venir de numen de todos los gobernantes á inspirarles el bien y el acierto, la pobre América desgarrada por todas partes, oprimida, vilipendiada, que anda rodando de mano en mano como vil peonza, vendría á ser una gran nación compuesta de muchos miembros, á los cuales imprimiera el movimiento un solo y grande móvil, la virtud.

Emilio de Girardín que, como le dijeron en Francia, á fuerza de esfuerzos ha conseguido hacerse *famoso* pero no célebre, salió cuando menos se esperaba enojando al público sensato con la peregrina y desconsoladora especie de que "la prensa no servía de nada, que nada podía el escritor en el ánimo de *las masas*, y que

bien podía prescindirse de ella sin el menor detrimento para los asociados en nación." ¡Era de ver la cólera con que los periodistas cayeron sobre el pobre Girardín! Le sacudieron, le pisaron, le mordieron, no le dejaron hueso sano, y después de una vehemente discusión quedó en limpio que la prensa era lo mejor que podía haberse imaginado para tener á raya á los tiranos. Sí! la prensa es el canal grandioso por donde corren las ideas nuevas, los grandes pensamientos á infiltrarse en el corazón y la cabeza de los hombres cuan anchamente se hallan esparcidos por el globo; la prensa es uno como sistema eléctrico de infinitos hilos por los cuales se difunden por todos los ámbitos de la tierra los acontecimientos, los cambios y progresos que de día en día tienen lugar en la inteligencia humana; la prensa es el árbol de la vida, si la vida social es la instrucción, la ciencia, los adelantos físicos y morales. De aquí es que en las naciones ilustradas ha de haber imprenta libre, ó los que las tienen en sus manos son verdugos ciegos, enemigos de la Providencia que gusta de la luz. Imprenta! Imprenta! Arrebatadnos los bienes de fortuna, arrastradnos á guerras injustas, aherrojadnos en mazmorras, pero dejadnos hablar.

No sería crimen atroz que empezaseis luego á sacar los ojos á los ciudadanos, á corcharles con plomo los oídos, á privarles del gusto con cauterios? Pues más crueles sois en sacarles los ojos del alma, en privarles de la voz, en cubrirles el pensamiento con una plancha de brea. Si habéis oído al ruiseñor, ya sabéis qué música divina fluye á torrentes de esa plateada garganta. Pero tomadle, ponedle en jaula derrepente cuando soltaba la voz libre y sin recelo en el parque de Versalles ó en los bosques de la Alhambra, y si os apura la cruel insensatez, liadle bien el pico con un entorchado. ¿Qué vendría á ser esta avecilla dulce y armoniosa, este divino instrumento con que natura se regala en sus soledades y melancolías? Un pedazo de materia inútil sin hechizo de ninguna clase. Ahora suponed que el águila, tirano de los aires, devorase ó inhabilitase á todas las canoras aves que pululan á millares en los sotos y jardines de

5

Italia en primavera: ¿de qué armonías, de qué deleites, de qué suaves emociones y gratas influencias no habría privado á quienes solían escucharlas? Pues ésto y mucho más sucede con los tiranos de los hombres y sus víctimas: les quitan la voz, y la política pierde sus censores; les quitan la voz, y la moral ya no tiene defensores; les quitan la voz, y la sociedad humana va sin guía trastravillando por los oscuros laberintos por donde la arrrastran sus sayones. Si nos podemos expresar, á lo menos el rigor de la tiranía lo templaremos con la queja, consuelo de tristes, pero al fin consuelo; y en queriendo Dios ayudarnos, hablando nos salvaremos. El nos dió pensamiento, Dios digo, oíd esta palabra y pensadla bien, vosotros que la pronunciáis sin comprenderla ó la comprendéis sin respetarla; él nos dió pensamiento para que pensemos, él nos dió sentimiento para que sintamos, él nos dió voz para que hablemos y nos expresemos: dejádnos pues sentir, pensar y hablar, porque estas facultades están enlazadas de manera que al privarnos de una de ellas, privado nos habéis de todas. Si la espada está arrinconada mucho tiempo, se toma de orín y su vuelta ya no corta. Tal es el pensamiento, si no piensa ya no piensa. Y los opresores de los hombres, por broncos y bravíos que les haya creado la naturaleza, debían de comprender que rinde más para su bien ser uno de ellos por la fraternidad, el primero de ellos por la magnanimidad, el todo de ellos por su utilidad, que dejarse estar á gran distancia de sus semejantes aguzando sombríos la daga de Tiberio.

Dicen de Sócrates que cuando le quitaron los grillos experimentó una agradable, dulce comezón en la parte que le habían oprimido; esta comezoncilla grata y voluptuosa es la que están sintiendo los pobres ecuatorianos con habérseles quitado los grillos de Don Gabriel. Loor á Dios! ya vemos claro el día; ya el patíbulo vuelve á su escondite inmundo; ya las mazmorras se cierran: ¡quién nos diera que ésto fuese como el templo de Jano reinando el cuerdo Numa, por cuarenta años, por ciento, para siempre! Los hombres

bo serán felices sino cuando se tengan todos por hermanos y dejen de oprimirse y destruírse unos á otros. Las naciones que se compongan de Galileos y Samaritanos, de Güelfos y Gibelinos, de Abencerrajes y Segríes caminan á su ruina, visto que está en la naturaleza de las cosas que no puedan vivir juntos enemigos irreconciliables. *Delenda est Cartago.*

Sin grilllos, libres estamos por ahora de la tiranía; pero ay! no libres de los necios. Con ocasión del folleto de Don Julio Zaldumbide titulado "La República &.;" los dañados de conciencia, tardos de juicio y prontos de lengua le han llamado *villano y cobarde*, por haber, dicen, dado á luz ese escrito cuando García Moreno dejó el mando y se apeó de la presidencia de la República, sin fuerza ya para vengarse á su modo y á su salvo. ¡Cómo es posible! Serían ruines y cobardes tantos ilustres escritores, por haber dado á luz sus historias cuando los tiranos habían dejado de imperar por muertos ó desposeidos? García Moreno dejó el mando; pues á ningún hombre pundonoroso le será permitido denunciar al universo sus desmanes! Lo que no se le dijo, ya no se le puede decir: antes fué inviolable por miedo, ahora ha de ser sagrado por decoro de los otros: las acciones de los ciudadanos quedaron prescritas: de nada es responsable el funesto presidente! Pero la justicia divina misma espera; ni es tan puntual y ejecutiva que así que pecamos nos aplica su ley, ni nos anda increpando de continuo nuestras culpas. Y porque nada nos dice cuando aún podemos ofenderla, le hemos de llamar......? Mirad lo que decís, miradlo bien, esclavos!

Sabe por otra parte el mundo entero que reinando Don Gabriel García la prensa ha estado con bozal, enmudecida, bien como el ladrón de casa suele hacer con el fiel perro, para que de noche no haga ruido. Los propietarios de imprenta perseguidos unos, corrompidos otros; los oficiales y cajistas fugitivos unos, en los cuarteles otros; gran dificultad en fin de publicar ningún escrito. Y si á pesar de todo se publicaba alguno, ir en derechura á un calabozo, al suplicio de la *barra*, ó á

los confines del mundo pasando por el Napo. Sería éste el valor? No, porque no lo hay en hacer abrir la jaula y echar los leones fuera; lo que sí hay es, y competente, locura, quijotismo. El verdadero valor consiste en arrostrar el peligro cuando nos corren probabilidades de salir airosos, ó es absolutamente necesario, de forma que sin éso la honra ó la Patria estuviesen á pique de perderse; y, en evitarlo, cuando se va derechamente á muerte, ni precisa ni fructuosa. Esta es la temeridad; y no esa temeridad de gran alcurnia de Marcelo ó Carlos XII, sino esa temeridad estúpida con la cual algunos acometen ó esperan el peligro sin fruto ni nobleza. Corríanse toros en la plaza del lugar en donde vivo: un buen hombre se dejaba estar sentado en la puerta de la iglesia ostentando una intrepidez que en breve iba á costarle caro: venía la fiera; todos huían menos él, y aun se propasaba á provocarla, sin contar con salida ni refugio, sin ponerse siquiera en pie para ver de *sacarle un lance*. En una de éstas vino el toro, le estrelló contra la pared y le destapó la cara. Este era el valor que han querido manifestásemos los patriotas contra García Moreno, cuando hemos estado viendo tantas cabezas y caras destapadas.

Los héroes de la Ilíada no empeñan el combate sino bien cubiertos de armas defensivas, peto, brazales y escarcela: ¿quién no ha vista el plumón del casco de Héctor ondeando en las murallas de Troya? Los legisladores de los griegos, al decir de la historia, castigan de muerte al soldado que botó su escudo y no al que dejó su espada en el campo de batalla. El cuidado de defenderse es más racional que el de acometer, según lo siente Plutarco; por donde en los gobiernos despóticos, como quiera que la espada del tirano esté constantemente enderezada hacia el pecho de los oprimidos, nadie chista, porque hablar sería morir. Mientras las leyes resguardan á los ciudadanos el que sufre en silencio los desmanes del mandatario es digno de la esclavitud; pero donde ellas no son sino dorados parapetos tras los cuales la tiranía afila su puñal, el que se calla á lo más podrá ser dicho *desgraciado*. Sabemos que el

patriota sublime, el hombre generoso ha de sacrificar su vida á la verdad; ...pero ésto será donde haya quien le entienda, donde haya quien le anime, donde haya quien le ayude; ¡ qué digo ! donde haya siquiera quien le compadezca y le disculpe cuando el sacrificio ha sido consumado. Pero aquí, el digno, el pundonoroso, el aborrecedor de la injusticia y la ruindad tiene que vivir en lastimoso aislamiento. Si algo piensa, no lo dice, porque no encuentra sino improbadores; si algo emprende, sus más fieles compañeros le traicionan; si algo escribe, no le faltará un amigo íntimo que se ría de su sensibilidad llamando *delirios* sus arranques de indignación contra los tiranos y sus ruines víctimas. La palidez de Casio, las lágrimas de Wellington son por demás en estos tristes pueblos: el que por vil propensión no es para esclavo, lo es por corrupción: y el que aborrece y huye de estas cosas y de otras de peor jaez, "es un extravagante."

Pero en fin venimos á parar en que no hubo cobardía en callar mientras García Moreno tenía el poder absoluto en las manos, supuesto que contra él no teníamos ningunas armas defensivas; no la hubo, sino en primer lugar, impotencia de expresarse, en segundo lugar cordura. García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con el mando no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y, según es lengua, diestro en el manejo de las armas. Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar con su ira? La cosa es clara, nadie que no esté firmemente resuelto ni se sienta con ánimo para morir de su mano ó matarle en propia y natural defensa, había de ir inconsideradamente á echarle el agraz en el ojo.

De mí sé decir, que sobre las razones expuestas acude en mi favor la carta que le dirigí cuando más en auge estuvo su poder, cuando los humos del triunfo le encalabrinaban la razón, y allá se iba disparado á toda tropelía. Para lo que ha hecho después, ya había dado buen principio; sabíamos ya quien era; mas un vuelo de amor caritativo y de ira santa contra la tiranía me

hizo cerrar los ojos al peligro. Verdad es que García Moreno se reprimió y no me persiguió; antes alguna vez, cuando hubo su enojo temperado, durante el cual yo no era sino *loco*, por cuya razón me perdonaba, dejó escapar de sus labios una palabra en mi favor, según que tiene en su carácter superiores movimientos entre los aviesos y mezquinos de que abunda. Pero ved aquí esa carta.

Señor:

No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo la que ahora se hace oír; ni la del enemigo en rota que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos. Mi nombre, apenas conocido, no tiene ningún peso, y no debo esperar otra influencia que la de la justicia misma y la verdad de lo que voy á decirle. Extraño á la contienda, lejos del teatro, he mirado los excesos de todos y los crímenes de muchos, lleno de indignación. No digo que todo lo he visto con ojos neutrales; no; mi causa es la moral, la sociedad humana, la civilización; y ellas estaban á riesgo de perderse en esta sangrienta y malhadada lucha. Los malos se habían alzado con el poder en este infeliz distrito, y la barbarie no sólo amenazaba, pero también obraba ya sobre la asociación civil. La inteligencia y la virtud pública en rematado vilipendio; las leyes y buenas costumbres holladas bajo los pies de miserables, incapaces de comprenderlas ni estimarlas; la justicia y el derecho huyendo ante la violencia y rapiña. Era, acaso *partido*? No, ni facción puede llamarse aquella cuyas asonadas se hacían á la sombra de bandera tan siniestra: levantamiento de gentes sin ley, banda era tan sólo la que, por felicidad acaba de sucumbir, y que no tuvo adeptos sino los de perversa inclinación, ó los que por violencia estuvieron obligados á seguirle. El azote pasó. Los grandes criminales deben ser condenados inexorablemente, los secuaces y ciegos instrumentos generosamente perdonados.

Pero ahora hay que pensar en cosas más serias talvez, más serias sin duda. La Patria necesita de rehabilitación, y U. Señor García, la necesita también. Cuál es la situación política del Ecuador respecto á las naciones extranjeras? No ha sido invadido, humillado, traicionado? Qué defensas ha hecho de su libertad amenazada, cómo ha sostenido su pundonor? Sólo enemigos ha encontrado en los que, debiendo defenderlo, no han hecho sino coadyuvar á los designios de ambiciosos extranjeros. Si no preparamos y llevamos á cima una espléndida reparación, no tenemos el derecho, no, Señor! de dar el nombre de *país civilizado* á estos desgraciados pueblos. Los otros nos rehusarán, y justamente, sus consideraciones, y todos se creerán autorizados para atentar contra nuestro territorio. No se alegue nuestra indigencia, que el valor y el honor en todos tiempos fue-

ron recursos poderosos. Y qué sería de la vida misma entre el miedo de los unos y la vergüenza de los otros? Ni son grandes enemigos los que tuviéramos que combatir, y nunca faltan medios de acometer y sostenerse al que antepone su consideración á su existencia. U. debe sentirlo y conocerlo, U. Señor, más bien que cualquier otro. En su conducta pasada hay un rasgo atroz, que U. tiene que borrar á costa de su sangre...... La acción fué traidora, no lo dude U.; mas creo, que si la intención no fué pura, sólo hubo crimen en el hecho; un sacrificio al Dios de las pasiones, venganza ó ambición talvez. Pero nunca pensó U. vender su patria, ¿ es ésto cierto ? Oh! dígalo U. repítalo U. mil veces! Hay más virtud en reparar una falta que en no haberla cometido; ésta es verdad muy vieja; borre U. un paso indigno con un proceder noble y valeroso. Guerra al Perú! Si U. perece en ella, téngase por muy afortunado; no hay muerte más gloriosa que la del campo de batalla, cuando se combate por la honra de la patria. Si triunfa, merecerá el perdón de los buenos ecuatorianos, y su gloria no tendrá ya un insuperable obstáculo.

En cuanto á mí, la suerte me ha condenado al sentimiento sin la facultad de obrar: una enfermedad me postra, tan injusta como encarnizada, para siempre talvez, talvez de modo pasajero; mas por ahora me asiste el vivísimo pesar de no poder incorporarme en esa expedición grandiosa; porque si de algo soy capaz, sería de la guerra; pero no en facciones, en luchas fratricidas; la sangre de mis compatriotas inocentes vertida por elevar ó abatir á un quidam, me horroriza y acobarda. Mas en una causa egregia me vería honrado con la simple plaza de teniente, ó cualquier otra en que pudiera morir ó vencer por mis principios.

Empero si U. tiene no sólo el poder y el valor para abrir esa campaña, sino también el deber de hacerla, por qué no se haría? Justicia y resolución, ejércitos irresistibles que inclinarían la suerte á nuestro lado, bien como esas diosas del Olimpo combatiendo entre los hombre en las antiguas batallas fabulosas.

Mas si en vez de fijar los ojos en materia tan grande y necesaria, los torna á la satisfacción de mezquinos sentimientos, cuánta desgracia para su país! cuánta deshonra para U.! cuánto pesar para los buenos ciudadanos! No lo creo, Señor; porque si sus pasiones son crudas, su razón es elevada. No sería U. capaz de separarse de la miserable rutina trillada aquí por todos? Elevarse ¿ para qué? Para descender en medio del odio y del escarnio de los á quienes pudieron hacer bien haciendo el bien común, en vez de conquistar el afecto de los pueblos, cosa tan fácil para el corazón y el pensamiento superiores, y bajar en medio del aplauso de sus conciudadanos, á fin de seguir siendo siempre los primeros. Más fácil es el mal, pero no es imposible el bien: ensáyelo U., pues siendo un bello ensayo, tendría positivamente laudables consecuencias.

Guerra al Perú. Si la suerte nos fuere adversa, nos quedará á lo menos el consuelo de haber hecho nuestro deber; si nos fuere favorable, quitarémos de sobre nosotros este peso, esta carga insufrible de la ofensa, al mismo tiempo que nos reconstituyamos en

medio de la libertad y de la paz, precursores necesarios de la civilización, sin las cuales envano la pretenderíamos.

Pero me queda un temor: U. se ha manifestado excesivamente violento, Señor García. El acierto está en la moderación, y fuera de ella no hay felicidad de ninguna clase. ¡Cuánto más mérito hay en dominarse á sí mismo que en dominar á los demás! El que triunfa de sus pasiones ha triunfado de sus enemigos: virtudes, virtudes ha menester el que gobierna, no cólera ni fuerza. La energía es necesaria, sin la menor duda; pero en exceso y á todo propósito, ¿qué viene á ser sino tiranía? Los pueblos nunca confiaron el poder á nadie para la satisfacción de inmorales aspiraciones y caprichos, sino para fines muy diversos. "Á mí se me ha elevado al trono, no para mi bien, sino para el del género humano," solía decir un gran Emperador de Roma. Los que disfrutan del poder, si quieren ser amados y honrados, deben tener en la memoria esta lección de aquel sabio monarca, que habiendo encontrado un día á un mortal enemigo suyo á quien había jurado toda su venganza, le saludó con este término: Mi buen amigo, te escapaste, porque me han hecho Emperador.

Que el poder no le empeore, Señor; llame U. á la razón en su socorro. El alma noble cuando triunfa, no ve amigos y enemigos; no ve sino conciudadanos, hermanos y compañeros todos. No digo ésto por mí ni por los mios; pues habiendo sido extraños á esta lucha, nada debemos temer; y si algo nos sobreviniera trabajoso y malo, quedaríanos la fuerza de la inocencia y su consuelo. La última persecución que mi hermano ha experimentado ha sido injusta, ¡injusta sí! y por consiguiente atroz; rezagos de viejas prevenciones, memorias de Urvina, nada más. En nuestra escena política pocos habrán sido tan moderados como él, tan opuestos á las demasías de sus amigos mismos; y en la disención que acaba de terminar, ninguno más ajeno á toda intriga, ni más aborrecedor de los desmanes de esa gente. Por lo que á mí respecta, salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso, y, á Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades. Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer á los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo á conocer y despreciar á los tiranuelos de la América española. Si alguna vez me resignara á tomar parte en nuestras pobres cosas, U. y cualquier otro cuya conducta pública fuera hostil á las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo, y no vulgar, no, Señor; y el caudillo justo, justo y grande, me encontraría asimismo decidido y abnegado amigo.

Déjeme U. hablar con claridad: hay en U. elementos de héroe y de...... Suavicemos la palabra, de tirano. Tiene U. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas á fuerza de estudio y buen sentido, caerá, como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad. Pero consuélese U. porque ellas pueden ser imitadas, y si no las recibimos de la naturaleza, podemos recibirlas de los filósofos y sabios gobernantes. No piense U. en Rosas, ni en Monagas, ni en Santana;

sino para detestarlos ; acuérdese de Hamilton y Jefferson para venerarlos, y eso será ya una virtud, un buen augurio. Orillado el asunto principal, digo la guerra, como lo ha sido ya, dimita U. ante la República el poder absoluto que ahora tiene en sus manos ; si los pueblos en pleno uso de su albedrío quieren confiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado ; si le rechazan, resígnese, y sea buen ciudadano.

¿ Lo irrita mi franqueza ? debe U. comprender que en el haberla usado me sobra valor para arrostrar lo que ella pudiera acarrearme, si me dirigiera al hombre siempre injusto. Más al espíritu grandioso suele calmarle la victoria, y la moderación es un goce para él; y yo entiendo además, que el que lo quiere y lo procura, puede mejorar de día en día.

Nó he pretendido dar lecciones á U., Señor, no ; todo ha sido interceder por la patria común, celo y deseo de ver su suerte mejorada. Y si mis palabras tienen poco peso, bien estará concluir con una autoridad tan respetable como antigua ; pues había Platón dicho, hablando del Gobierno, que : "Los hombres no se verían libres de sus males, sino cuando por favor especial de la Providencia la autoridad suprema y la filosofía se encontrasen reunidas en la misma persona é hiciesen triunfar á la virtud de los asaltos del vicio." Los soldados que nos han dominado hasta ahora pudieron prescindir de toda filosofía ; mas los hombres que son ni pequeñuelos ni ignorantes ¿ por qué no habrían de adoptarla ?

Juan Montalvo.

La Bodeguita de Yaguachi, á 26 de setiembre de 1860.

CHILE Y ESPAÑA

Sangre española ha regado ya el suelo de América! Esa sangre suele ser fecunda: con ella se extirpa la esclavitud, con ella nace la libertad. De una vasta colonia llena de tributarios, de ignorancia, de abyección y de miseria, surgen derrepente cien estados libres que anulan los pechos ignominiosos, que dictan la libertad de los negros y los indios, que trabajan y nadan en la abundancia, que se ilustran y en breve se llaman pueblos civilizados. Milagrosa es esa sangre. Mas qué de bueno puede acarrearnos ahora que esos bienes están consumados? Talvez no será inútil, y harto fruto sacaremos de esta nueva guerra. España se tiene por regenerada, aspira al rango de potencia de primer orden, y para este fin procura conquistar, extender su dominación, enriquecerse. Grande podía ser sin salir de sus propios términos; grande y poderosa mejorando sus instituciones, cultivando sus tierras, instruyendo á sus hijos. Acaso rebozan ellos en su seno que ya no los puede contener? Su territorio es mayor que el de muchos reinos de Europa, y muy menor el número de sus habitantes: Francia su vecina es menos extensa, y en su menor extensión abriga, alimenta, enriquece y tiene contentos á 36 millones de hombres, donde España no sabe qué hacer de los 15 ó 16 diseminados en su vasto territorio. Á qué aspira esta nación? El sol de Carlos V se puso sin remedio, ya hace noche en España Empero qué envanecimiento, qué levantadas esperanzas con sólo haber vencido á un pobre moro, rey bárbaro sin medio ni voluntad de defenderse! En efecto; la soberbia con que España ha empezado de nuevo á tratar á los Estados débiles remonta á su espedición de Marruecos, cuyo éxito le hizo inmediatamente considerarse gran potencia, y solicitar ser contada por las de mayor condición en Europa. La hemos visto después extender los brazos hacia América, procurando apañar lo que hallase

al alcanse, sin que en tal acometida entren para nada la equidad, el derecho, ni el deudo tan cercano como la obliga, y que debería hacerla tan concideradora de sus descendientes. España es como Saturno; devora á sus hijos,

Pero ese alimento impío causa males horribles; la naturaleza refunfuña, grita, se arma y reprende rigurosamente á los que obran contra ella. Nosotros á abolir todo género de esclavitud, España á buscar, á formar esclavos; nosotros á trabajar, á comerciar, á perfeccionar las relaciones sociales con todas las naciones del mundo, España á vivir de indemnizaciones, á mercadear por los cañones, á romper la amistad política y de concordes hacer *beligerantes*. Nosotros á estudiar, á propender al adelanto, á buscar la luz y ser dignos del aprecio de los que valen más; España á retroceder, á tender un manto negro en todas partes, á apagar el sol para poner bien puestas sus celadas. Pues de esta abominable conducta nacerá, sino su desgracia, á lo menos su desengaño. América no puede volver á su dependencia; el noble título de Mundo libre, no puede convertirse en el mísero y despreciable de *Colonia*, los *ciudadanos republiconos* no están para colonos, para siervos: ésto sería echarnos del cielo á la tierra, en cuya degradación no consentiríamos jamás, sino que rugiríamos, nos rebelaríamos, pusiéramos el Pelión sobre el Olimpo, aunque fuera para ir precipitados al abismo. Si los españoles fueran ahora tan poderosos que nos tuviesen indefensos, podían hacer víctimas; prisioneros, vendidos á su avaricia, criados suyos, nunca. Bien quisieran tratarnos como ya lo hicieron con los indios. Pero ni ellos son Hernán Corteses ni Valdivias, ni nosotros Motezumas ni Guatimozines: ya pueden venir con sus fragatas á estar desde lejos hostilizando las ciudades marítimas, interrumpiendo el comercio, apoderándose de islas desiertas; pero que tomen tierra, y allí la iran sembrando de sus cadáveres. ¿Qué les ha pasado en Santo Domingo? Con ser como es esa una nacioncilla pequeña y sin abastos de guerra, se ha revelado cien veces, se ha alzado en armas, ha luchado, ha porfiado, ha vencido y echado fuera á sus tiranos.

De la pacífica victoria obtenida por ellos en el Perú no deben hacer motivo para imaginarse que lo propio ha de suceder en Chile: no han vencido al Perú, han comprado á un Riveiro; no han sojuzgado una nación, han engañado á un triste presidente, á un Pezet, con cuya ignominiosa fuga acaba la República de reparar la ofensa, de lavarse de esa mancha, que tan señalada la estaba haciendo entre todos los estados latino-americanos. En Chile hay Pérez, Cobarrubias, y sobre todo *chilenos*. La independencia y el pundonor se defienden allí con el mismo encarnizamiento que los fanáticos defienden sus creencias religiosas; no faltará allí un Juan Zizka que deje en su testamento su piel para hacer tambores de guerra, y defender su patria hasta después de sepultado. La independencia es cosa santa, la libertad es una diosa que nos posee, nos anima, nos inspira y vuelve sublimes. *Deus est in nobis*: la veneramos como los griegos á Minerva; la lámpara que arde á sus pies no se apaga jamás; porque en medio mismo de nuestras pelamesas, de nuestros alborotos y caramillos domésticos no nos descuidamos de echar aceite en ella, de atizarla y de hacer nuestra oración ante esa Deidad tan amable y seductora. Méjico está publicando á grito herido el aferramiento con que los americanos permanecen unidos á su querida independencia: mueren, pero no se rinden, como la guardia de Napoleon. Qué importa que una manga de traidores desdiga del sentimiento general? En Grecia también hubo Pausanias; en Grecia, el pueblo más idólatra de la libertad que nunca vió la tierra; y el paso de las Termópilas fué indicado á los persas por un griego. Faltaron nunca estos monstruos, vergüenza de la naturaleza humana? Pues de ellos no se valgan nuestros enemigos para denigrar á las naciones americanas, achacándoles no sé qué propensión y necesidad de ser gobernadas por príncipes del viejo mundo. Don Julián trajo los moros á España; Don Oppas traicionó á su rey; luego los españoles nacieron para esclavos de los moros, luego la servidumbre les viene pintiparada, como la albarda al asno: ¿hay juicio que raciocine de este modo?

Nuestros padres nos trataron como á esclavos delincuentes á quienes es preciso hacer sentir todo el peso del brazo del amo: fueron los romanos que se aprovechaban de las fuerzas, de las habilidades, de la vida de los suyos para sus glotonerías y sus lujos, y cuando ya por viejos ó lisiados no les podían servir, echábanlos á una isla del Tiber en donde muriesen de hambre. Ah Españoles! Oíd, españoles, oíd, americanos, lo que dice de ellos, á juicio de buen varón, el observador y conocedor más profundo de todas las naciones. "Cuánto bien no pudieron hacer los españoles á los mejicanos? Pudieron darles una religión de paz y mansedumbre, y les llevaron una superstición furiosa; pudieron hacer libres á los esclavos, é hicieron esclavos á los hombres libres; pudieron desengañarles de los sacrificios humanos, y en lugar de éso los exterminaron. No acabaría si hubiera de referir todos los bienes que pudieron hacer y todos los males que hicieron" (*). Quieren pues traernos de nuevo esa superstición furiosa, quieren hacer esclavos de los hombres libres, quieren exterminarnos. ¿Lo conseguirán? Por embustes, por engaños, por celadas bien habían de salir: he ahí una comisión científica que hace vela para los mares del Sur: trae á su bordo un almirante, científico como Morillo, pacífico al modo de Morales, humano por el orden de Boves: explora sabiamente las orillas del Plata, descubre la desembocadura del Amazonas, columbra allá la Tierra Firme: ha hecho de paz mil tribus salvajes, ha suplantado el figurantismo y enarbolado la cruz en más de una región poblada de gente cruda y bárbara. Ha remitido á los Museos de su patria mil plantas desconocidas, animales raros y hasta una mujer cubierta de pelo por todo el cuerpo, como ya lo hizo Hannón ahora dos mil años. Y para coronar tantos y tan señalados adelantos en la geografía y demás ciencias, viene como pirata y se apodera á hurta cordel de las islas huaneras, fin y remate dignos de un científico tan al cabo de la sabiduría como Pinzón, fin y remate que mucho realzan las

(*) Montesquieu, Espirt des lois.

proezas que venía antes consumando. Una expedición científica que acaba por expedición pirática no tiene lo de Salomón, ni siquiera lo de Don Quijote, visto que la gallardía de este noble manchego nunca le hubiera permitido acometer distrayendo á otra cosa la atención del enemigo, á fin de tomarle por sorpresa.

Nada, nada indigna tanto como el modo y la manera con que los españoles han abierto esta campaña contra América: vienen como sabios y se presentan aquí como ignorantes; alzan la bandera de los civilizados, y se dan á conocer por bárbaros; proclaman la hidalguía, y salta á los ojos su perfidia. La franqueza podía á lo menos cohonestar la acción: debían haberse presentado y dicho claro: "Necesitamos dinero, no trabajamos, estamos pobres: haber acá, amigos; somos de la misma sangre, y como nuestros descendientes, algo nos deben ustedes." Ó "Queremos extender nuestros dominios, queremos ser Carlos Quintos, y como él, no ver ponerse el sol en ellos: os traemos la guerra, defendeos." Y entonces hubieran sido aquellos denodados españoles de quienes un gran historiador ha hecho una descripción tan grandiosa por sus prendas, como horrible por sus defectos. "Eran en esa época los españoles, dice Gibbón, el asombro del mundo; mas desdoraban su gallardo denuedo la señuda soberbia, la codicia insaciable y la crueldad empedernida. Incansables tras la nombradía y las riquezas, habían ido extremando con la práctica continua y ejecutiva los modos más atroces de atormentar á los prisioneros, pues muchos de los saqueadores de Roma eran familiares de la inquisición y quizá recien llegados de la conquista de Méjico."

Estos son los españoles que llaman ahora á nuestras puertas, no como huéspedes sino como violadores que nos las romperán si no las abremos: rómpanlas! El dueño de casa es un mozo fornido, alto, orgulloso y pronto de manos; cela mucho á su esposa, es sobremanera digno, y una vez intentada contra él una ofensa, cierra con los asaltadores, mueve cien brazos, como Briareo, y si no vence sucumbe glorioso. ¿Pero es el caso de sucumbir? No; los españoles arruinarán con

sus escuadras el comercio del Pacífico, harán tiras el derecho de gentes, serán en fin buenos piratas: por ahora no están sino tentando el vado, buscando Santanas y Almontes, y de paso allegando dinero por los medios posibles. Tres millones de duros han arrancado al débil ó pérfido gobierno del Perú; otros tantos pedirán á Chile, otros tantos á Colombia, otros tantos al Ecuador: el Perú se los dejó arrancar; Chile responde á balazos á sus pedidos insolentes. El almirante Pareja amenaza con el bombardeo al puerto de Valparaiso: bombardearlo! Algunas casas, algunas mercaderías serán presa de las llamas: materia ruín, indigna de sacrificar por ella la menor cosa moral: Pero la honra, la dignidad y seguridad de la nación puestas están en cobro, y no se perderán sinó con la vida del último chileno.

¡Qué España tan enemiga de su felicidad! allí la tiene en casa, y sale aventurera á buscar en donde no ha de hallarla nunca. Es la nación de Europa que más extensas costas tiene, y por su situación geográfica, la que más facilidades tendría para el comercio universal: pero á sus puertas y en sus puertos *hacen las otras naciones todo su comercio*. Su tierra es fecunda, sus campos están regados por caudalosos y bonancibles ríos, su clima es propicio á toda clase de producciones, sus mares dan la mejor y más abundante pesca. Pues una nación tan bienquista de la naturaleza, no sabe aprovecharse de sus dones, y sale á buscar por las armas impías lo mismo que ella tendría por el honrado trabajo. Medio país está yermo actualmente, y por ventura las comarcas más feraces de su territorio: la Sierra Morena en tiempo de los árabes era un ramillete: espigas, plantas de raices, árboles frutales, pastos sustanciosos no dejaban un punto de tierra perdido: desaparecieron esos laboriosos, cultos hombres, y la Sierra Morena vino á ser el recepto de los forajidos: antes reinaba en ellas la abundancia; ahora el que no lleva consigo sus provisiones ó no roba al viandante, podía bien morir de necesidad: la honradez y el trabajo hacían de ella un sitio de paz y de recreo; ahora la miseria misma no hallaría seguridad viajando por ella: todo era florido, to-

do verde, todo prometedor del bienestar de los habitantes; ahora todo seco, todo inculto, todo bárbaro. He aquí los frutos de las conquistas y la política de España. Se conquista, se arruina; se vence, se mata ó se destierra á los vencidos: y nada se repara, y todo queda muerto. ¿Quién ha suplido en España la actividad prodigiosa de la nación morisca? ¿Con qué se ha sustituido la industria de los judíos, tan perseguidos, tan oprimidos, tantas veces exterminados ó desterrados? Los árabes son vencidos y expulsados de España, y la tierra queda yerma, y los vencedores se mueren de hambre ó se convierten en bandidos; los judíos son expulsados, y el comercio cesa en el todo, y las costas y los mares se hallan desiertos y mudos. España ha vencido por las armas, pero es vencida por su carácter y sus vicios: todo lo avasalla, y llora la victoria, casi siempre funesta para su bien. La conquista del Nuevo Mundo mismo ha sido para ella una verdadera calamidad; porque exterminando sus habitantes, los únicos que podían ofrecerles ventajas reales y verdaderas por medio de la industria y el trabajo, le ha sucedido, como observa un filósofo, lo que al ambicioso Midas, que pidió oro á los dioses y que todo se le convirtiese en oro; y cuando la Divinidad le hubo escuchado, empezó á morirse de hambre, por que el pan que lleva á la boca se le convierte en oro; quiere comer, y muerde una cosa bruta. Tal le sucedió precisamente á España; tuvo oro á manos llenas y nada que comer. Desengañémonos; el laboreo de la tierra, el trabajo de las propias manos es la única fuente de riqueza verdadera y permanente. Smit, Sismondi de Sismondi y otros beneméritos economistas han puesto este sistema fuera de objeción. La conquista es mal modo de medrar, y el que ha conseguido esclavos á viva fuerza, labró su ruina. En varias comarcas de la tierra es distintivo honroso traer las uñas largas, para hacer ver que no se trabaja: España trae las uñas largas, no trabaja, y lo tiene á honra. Pero no me parece glorioso abrigar en su seno millares de mendigos millares de bandidos que viven ya de la piedad, ya de la muerte de sus hermanos. Atravesad la Mancha, y

veréis cómo se os despedazan las entrañas de pura compasión: centenares de hombres y mujeres, de viejos y niños siguen ahullando el coche del viajero, medio desnudos, atiriciados, muertos de hambre. Mas la lástima cede luego su lugar á la indignación, y no puede uno menos de preguntarse: ¿Porqué esta gente se arrastra en tan miserable estado? Y estas fecundas tierras, y estos arroyos, y este benigno clima se desperdician así sin que nadie aproveche de ellos? Qué Gobierno es éste? Cómo sufre esta pública y clamorosa mendicidad? Por qué no fomenta el trabajo, por qué no obliga á él á tanto vago, que si no da en bandido no se escapa de mendigo? Quién lo creyera! La vanidad de las naciones es una de las fuentes principales de su bienestar; el orgullo, las pierde, las hace de todo en todo desgraciadas. La miseria de los españoles procede de la pereza, la pereza, del orgullo. Todos sus males pues remontan á este vicio. El orgulloso español desprecia el trabajo, y tira á enriquecerse por la violencia. Si fuera España un pueblo laborioso, y viviese ocupado en los quehaceres de la gente de bien, saldría así á conquistas y ganancias de mala ley? No trabaja, tiene necesidad de esclavos que la sustenten; no tiene industria, y ha menester indemnizaciones. Americanos! tened bien en la memoria lo que habéis sido durante la dominación de España; con cuánto cuidado se os mantenía en la ignorancia, cómo se movían los resortes del despotismo. Ciro, para mantener la conquista de Sardes, corrompió á sus habitantes, les vistió de mujeres, les empantanó en los más innobles vicios; los españoles, si llegasen á sojuzgarnos, nos sacarían los ojos para que no veamos, nos vestirían de indios. El pensamiento que allá fermenta España es la reconquista de América; no lo dudéis: ésto de indemnizaciones, de satisfacciones y más cábulas políticas, no son sino los preludios de esa música con que intentan regalarnos, el reconocimiento del campo para la lucha formal que tiene ordenada en su pensamiento. Manifestaos flacos, y volverán los Vireyes, los Recaudadores regios, los Capitanes jenerales, y con ellos nuestra ruina y el anochecimiento pavoroso de la América latina.

Por desgracia el lenguaje político es más general de lo que sufriera la conveniencia en rigor de justicia. Cuando se dice *España*, entiéndese su Gobierno; cuando se dice *los españoles*, entiéndese los que lo componen actualmente. Y éso más tienen en sí de malo los tiranos, que á los ojos de las otras naciones caracterizan á la suya. En España puede haber y hay muchas Españas: la España de la inquisición, de las calderas, de la quema de libros; la España de las aboliciones, de la constitución del año 12, la de Cádiz: la España de Felipe Segundo y el duque de Alba; la España de Carlos III y Encenada: la España de los Narváez, los O' Donells, los Pachecos: la España de los Prims y tantos hombres justos, liberales progresistas, que como la oscuridad triunfa, permanecen callados y tristes en su patriótica pesadumbre. El carácter de la raza es uno, verdad; empero mil individuos pueden formar una vasta escepción que sirva de recobro de los vicios políticos y morales de un pueblo, de honra á la nación y al género humano. Si todo lo que hay malo en nosotros lo debemos á los españoles, á ellos mismos lo debemos si algo hay en nosotros bueno. No, no es odio injusto y profundo el que nos anima contra nuestros progenitores; es más bien resentimiento, tristeza y desconsuelo, al ver cómo no se olvidan de América, cómo piensan en ella siempre con intenciones estragadas, siempre soberbios y amenazantes. El actual Gobierno de España es en un todo anticivilizado, antipolítico: tiene el pensamiento fijo en la injusticia; una mina puede más en su alma que la integridad. ¿Pero en qué juicio cabe querer poner reparo á sus pobrezas, á sus desperdicios, á sus bancarrotas, con los bienes ajenos? Mientras el Perú tenga por suyas las islas de Chincha, España será su enemiga irreconciliable: siempre estará ofendida, siempre tendrá agravios que desfacer; reparaciones, indemnizaciones, satisfacciones, siempre. No hay remedio, ó América se entrega y extiende mansa el cuello al yugo, ó se alza indignada, extiende brazos poderosos y se manifiesta campeón terrible. No es ya una humillación que después de medio siglo de independencia y libertad, vengan otra

vez estos sangüangos á estar haciendo retiñir á nuestra vista sus cadenas? Bolívar, San Martín no existen; pero hay un personaje más poderoso que ellos y todos los héroes juntos, es á saber aquel afecto grandioso que nos señorea, aquella conciencia que nos realza y nos hace considerar y ser hombres. Nuestros ojos se han abierto, hemos visto; ¿quién no perdería antes la vida que la luz?

Chile es la primera en el peligro como lo ha sido en la civilización americana; y es buen presagio que el más pundonoroso y poderoso campeón lleve la vanguardia. Los españoles saldrán de allí mohinos y maltrechos, porque en ciertas comarcas de América habitan griegos del tiempo de Milcíades, que los recibirán como éstos á los persas. Huyen los bárbaros vencidos en Maratón, los atenienses les van al alcance; refúgianse en sus flotas, los atenienses los persiguen hasta en el agua; y un soldado, un simple soldado quiere apresar él sólo todo un bote cargado de enemigos: se ase de él con la una mano; se la cortan de un soblazo: se agarra con la otra; se la cortan asimismo: furioso, desesperado entonces se aferra al bote con los dientes, y no deja la presa sino con la vida, porque su cabeza rodó y ensangrentó gloriosamente el mar. Los chilenos saben ésto: se defenderán, batallarán, acometerán, perseguirán, hasta con los dientes, y la libertad de América quedará del todo asegurada.

A D. ANDRES BELLO

Perché cantando il duol si desacerva,
Canteró......
PETRARCA,

Ábrese el alto empíreo, y el fecundo
Rayo de luz que á América bañaba
La soberana esencia reabsorbe,
Mas no la deja oscura, que si un rayo
Erá en el cielo y parte del gran todo,
Raudal copioso por el mundo fluye.
Y aunque al seno de Dios tornado hubiese,
Ya los mortales alumbrados quedan,
Descubierto el camino de lo fértil
Sabiduría, su alto rumbo fijo,
Qué hay sino echar por él? Sin el apoyo
Del práctico sublime nos perdemos,
Y por ventura sin hallar salida,
La oscuridad nos vence. Pues el docto
Maestro que teníamos qué se hizo?
Cómo tan alta dirección renuncia
En tan primeros años? Por su vista
Veían sus discípulos; su boca
Hablaba por América: de niño,
Bárbaro mundo, por su medio, grande,
Mundo ilustre ella fuera. Pero vedle....
Seguidle....Suplicad....Que se detenga....
Ya de la tierra y su vaivén no cura,
Y gloriöso é inmortal fulgura.

Y nosotros quedamos. La ignorancia
Complacida sonríe, y gran provecho
Se propone sacar de esa gran muerte;
Y ordenada su vuelta allá en su juicio,
Como funesto precursor nos manda
La horrible pesadumbre en que sumida

Nuestra alma se oscurece. Quién nos vale?
Cómo oponerle insuperable muro?
Cómo frustrarle su intención impía?
Déspota bronco es ése. De su imperio
Nos podemos librar, si con mil hachas
Requerimos el campo, que ella triunfa
Tan sólo en las tinieblas, y es potente
Donde no hay quien aclare. Pues el Génio
Propicio á nuestro mundo, que alumbraba
Á la redonda una región inmensa
No acaba de extinguirse? Cuando el sacro
Fuego perenne que en el templo ardía
La cólera apagaba de Quirino,
Por gran calamidad se conceptuaba
Y pública miseria. Sacerdotes
Sin mácula y muy sabios un solemne
Misterio hacían de ello, y á la virgen
Lumbre del sol un rayo se arrancaba
Para ver de prenderle, porque en Roma
No era posible tal en otra lumbre.
Y pues la nuestra se apagó, sigamos
Esa costumbre santa, al cielo hurtemos
Una chispa divina. . . . Quién inventa
Maravilloso espejo que nos valga
Para ese hecho inmortal? Newton, Descartes
Y tú, sabio Leibnitz, . . . Nadie responde:
El más sabio ante Dios mudo se esconde.

Sin recurso perdímosle: de Bello
No queda sino el nombre; mas qué nombre!
Cuánto de grande, provechoso y raro
No significa él sólo? Ni la ciencia,
Ni la virtud patriótica, ni el numen
Inspirador le falta. Ni los hombros
Negó á la carga de regir Estados;
Ni en voluptuosa dejadez una hora
Dejó pasar, ni un pensamiento indigno
Le hermanó con la tierra: todo era útil,
Todo esencial en ese gran sujeto
Delegado de Dios. Y si la vida

Corrió para él tan larga, beneficio
Fué para el hombre que colgado siempre
Venía de su boca oyendo en ella
Á la misma virtud, á la encumbrada
Filosofía y á esa noble ciencia
Que las Musas descubren al ingenio
De porte superior; no hablaron ellas
Por su voz elocuente, como dicen
Sucedió con el vate más ameno?
De sus labios en hebras delicadas
Fluyó la miel de Himeto; de su pluma
Corrió á torrentes la verdad; su juicio
Halló la rueda que al gobierno lleva
Rodando suave y sin peligro. El mundo
Le ha comprendido y le escuchó profundo.

Los años nada pueden en su ahinco
De ilustrar á los hombres: siempre estudia,
Aprende siempre, de enseñar no acaba
Y al yunque del trabajo, ya en la dura
Jurisdicción de la vejez ha entrado.
De la vejez? Ancianidad la suya
Era y no menos: ya despierto hallóse
De *la gran guerra* al cívico tumulto,
Y sus primeras sensaciones la alma
Libertad ocupó. Del gran Bolívar
Oyó la voz, á San Martín conoce,
Y tú por tú tratando á esos prohombres
Fué uno de ellos él mismo. Larga vida
Le ha concedido el cielo: virtuösa
Juventud fué la suya; perilustre
En sus mayores años; venerable
Por la vejez, pero jamás caduco.
Encendida, encumbrada, siempre ardiendo
Su vasta inteligencia, y si la frágil
Máquina humana decayente gime,
Mas activo su espíritu se explaya,
Y á pesar de los males que le abruman
Su pensamiento en producir se goza
Y en las obras maestras se alboroza.

Así en Italia aquel divino artista
Lauro de ella y del mundo, ya impotente
La física estructura, ya sin fuerza
Sus ojos, siempre al Vaticano se iba
Tras un fiel lazarillo ó al tanteo:
Y allí, palpando la sublime estatua
De Laocoón, sentía las angustias
Del mismo hijo de Príamo; los nudos
De la serpiente oprímenle sus carnes,
Y á ese gesto indecible que las ansias
Del troyano sacerdo nos indica,
En su oscuro semblante el hombre vivo
Le deja tomar forma. Pero cansa
Pronto el dolor: á tientas el Museo
Recorre el ciego artista, y con el mármol
Dando que al dios de Delos representa,
Ya es otra su afección: la poesía
Gánale todo, la hermosura toca,
Y aunque de muda piedra, el divo Apolo
En su alma gallardeando soñorea.
Mirad cómo sonríe: qué envidiable
Se conceptúa el eminente viejo!
Y supliendo la vista con el tacto
Nada ha perdido. ¿Y cómo perdería
Quien tan completa la razón tenía? (*)

Los varones de egregias facultades
Tan raros en el mundo, siempre fueron
Honrados como dioses: la justicia
Tarde vendrá, mas de venir no deja,
Pues fuera injusto que en el todo falte.
Pesada en ocasiones, y si vivo
No le alcanza la gloria al hombre ilustre,
Suele sentarse en su mezquina tumba.

(*) Miguel Angel, entrado en edad, ciego y achacoso, hacíase llevar á los Museos, en donde se gozaba palpando las grandiosas estatuas de los artistas antiguos. Ni un instante flaqueó su juicio, ni perdió su afición vehemente á las artes. Pintor, escultor, poeta, todo lo fué, y en todo primo.

Mas antes ó después á honra tuvieron
Los pueblos todos el honrar el colmo
De las virtudes; y estupendas moles
Que templos ó pirámides llamaron
Sumisos les dedican. En Atenas,
Para vivir, en el Pritáneo viven,
Y un palacio magnífico les toma
Una vez muertos como fiel sepulcro.
Al poeta, al filósofo, al guerrero
Para memoria de la edad futura
Monumentos se alzaron: la Impudicia
¡Hay más qué ponderar! en bellas formas
Tuvo un grandioso templo allá en Corinto,
Adonde acuden mil hermosas niñas
Á consagrarse á Venus. Ateneo
No osó escribir su *interesante* historia?
No entran por algo en una fiel memoria?

Si ésto es así, qué monumento elevas,
América infelice, al alto numen
Que iba alumbrando y. te sacaba pronto
De la triste barbarie en que yacías?
Al moderno Pecilo irá su busto
Entre el de Franklin y de Humboldt preclaro: (*)
La luz del Nuevo al Viejo mundo ilustra
Patria no tienen un Mutís ni un Caldas;
Ni un Bello ni un Mejía, ó ha de serla
La de Platón, ésto es el universo.
Pero en fin recibimos de más cerca
Sus beneficios, y á pesar de todo
Nuestro, nuestro ha de ser: ¿cómo le honramos?
Bien se me alcanza que un altar cada uno
Dentro de sí le erige, do en fragrantes
Copos el humo del orobias surge.
Qué obelisco mayor, cuál más honroso
Que el corazón del hombre? Con las manos

(*) En Versalles hay un gran Museo abierto para los bustos de todos los grandes hombres, cualquiera que sea su nación.

Oculto el rostro, los cabellos sueltos
En fúnebre desorden, simulacro
De ésos que gimen en las tumbas eres,
América infeliz; ó como Niove,
Por ser tan grande su aflicción no expresa
Sino con el silencio: llora, llora
La lágrima interior, que si hay angustia
De verdad en el mundo, no hay sincera
Sino la que callada nos lacera.

Y yo que prometía á mis doradas
Esperanzas buen curso y por ventura
No muy remota cima; yo que al sabio
Los avisos sinceros demandaba
Que el amigo nos niega, y en su nombre
Potente apalancando, de la gloria
Por la senda tirar; ni sé qué me haga
En este desamparo, en este asiento
De esclavitud, en donde son delitos
Odiar la iniquidad, por la justicia
Hervir de enojo, y á lo ruin, airado
Manifestarse y desdeñoso á un tiempo.
Enemigos tendrás si aquel orgullo
De buena estirpe tu conducta forma.
La elación del espíritu, la noble
Austeridad que te enajena al crimen
Y á la vileza y á la indigna y baja
Tolerancia de todo.... no son grandes
Títulos para el bien. Ó no te entienden
Ó aborrecen en tí lo que hay de egregio,
Y señalado por los ruines andas
Como un ente infernal, ó cuando menos
Llamado *extravagante*, enfermo, loco,
Timón de Atenas. Ay de mí....! Desgracia,
Mas desgracia feliz; pues si al delito
No pertenezco, si aptitudes nunca
Para vil cortesano, para infame
Prosélito del crimen, ó logrero,
Que se enriquece despendiendo vicios
So capa de virtudes, me adornaron,

Claro se está que la incurable saña
De la gente incapaz poco me daña

Lejos, lejos me iré. Y cuando pase
Por la tierra inmortal varón sublime,
Bello! que tuvo la sin par fortuna
De poseerte. . . .inquirir la calle
Donde vivías, la morada augusta
Que te ofreciera bonancible techo,
Y entrar en ella, y conocerla, y verla
Sin saciarme jamás, será el encargo
Primero que me imponga. Curioso
Preguntaré por todo: cual la mesa
Donde escribía: qué sillón, qué catre
Oprimieron sus miembros: no se guardan
Las plumas que él usaba? Por recreo
Un jardín cultivó su propia mano,
Éste es sin duda, porque tal solía
Todo hombre grande acostumbrar: pues vamos,
En él nos recreemos, y una rama
Del laurel ó del mirto que ahí descuellan
Cojiendo respetuoso, con las secas
Hojas que ya poseo cosechadas
Allá en Ferney ó en las Charmettes, juntas
He de ponerlas, y cabal entonces
Será la joya que tan rico me hace.
Luego echando al contorno una mirada
De triste depedida, peregrino
Iré adelante en mi fatal camino.



EL CONGRESO.(*)

Los cuerpos legislativos son en todo Estado democrático las fuentes de donde ha de salir cuanto bueno puede esperarse de su institución. De las leyes resulta el bien ó el mal para los pueblos, y quien hace las leyes hace por lo mismo la felicidad ó la desgracia de los que las reciben. Será por ésto que se espera la reunión del Congreso como una familia espera la llegada de su padre ausente, como un cautivo espera el día de su rescate, como los eclesiásticos esperan el tiempo del concurso. Bien es cierto que las más veces aquel esperar toca á un amargo desengaño; pero mientras la realidad no venga á ponerse delante de los ojos, esperamos y esperamos, porque de la esperanza hay que vivir, según el antiguo adagio.

¿Quién ansiosamente no espera la instalación del Congreso? los grandes y pequeños, los ricos y pobres, los empleados y los que no lo son, los vivos y los muertos; sí, también los muertos la esperan, porque la acción del Congreso va más allá de la tumba y su poder alcanza hasta á los difuntos.

El Congreso es la llave que abre las puertas de las arcas públicas á los acreedores del Estado y el liberalísimo Procurador que remite los créditos de sus deudores.

El Congreso es la *carreta* que ha de conducir á los proscritos al seno de la Patria; sólo que no pasando nuestra *carretera* de los confines de un cantón, se quedan los proscritos en país extranjero, porque las ruedas del Congreso no pueden salvar las escabrocidades de nuestros caminos.

El Congreso es el garfio que ha de arrancar de manos del Presidente las facultades extraordinarias y ha de reducir á su medida las que sus agentes suelen ejercer á manera de capataces.

(*) Este rasgo no pertenece al autor de estos escritos.—N. A.

El Congreso es el médico que viene á cicatrizar las heridas de la allagada República; bien que si carece del bálsamo necesario, la dejará, como acaba de suceder, con sus interminables dolencias.

El Congreso es para unos el Mesías que ha de sacar á los ecuatorianos de la esclavitud del *Diablo*; para otros, el Don Quijote destinado á desfacer los agravios y enderezar los tuertos que tantos follones desalmados tienen hechos á la menesterosa Patria.

El Congreso es para muchos el artesano bordador de las estrellas que han de condecorar los hombros de los que no se avienen con esas simples charreteras de gruesos y largos canelones.

El Congreso es el Jesús que ha de obrar el milagro de la multiplicación de los cinco panes y ha de poner rebosando de monedas el esquilmado tesoro: el San Martín que ha de reunir en fraternal compañía á los perros, gatos y ratones en que nos tiene convertidos una peregrina política semejante al juego del *gana pierde*.

De un ser que tanto puede ú ofrece habrían los tibetanos hecho un Buda, los musulmanes un Mahoma, los judíos un Moisés; aunque en tocando al punto de la prueba, habrían obrado quizás como los egipcios desengañados arrojando á los cerdos sus *divinas* cebollas.

Tentados estuviéramos de creer que los congresos son instituciones de la naturaleza más bien que de los hombres, si atendiendo á sus malos efectos, hubiéramos de fijarnos sólo en la antigüedad de su origen.

Los congresos han venido en efecto al mundo con el mundo ó talvez han empezado antes del mundo.

En Congreso debieron discutir su conspiración contra Dios los ángeles que se revelaron siguiendo la bandera de Luzbel. Los demonios y el infierno fueron por ende el resultado de un Congreso, aunque no fuese el primero de la tierra.

En Congreso, aunque no de dos cámaras, resolvieron la serpiente y nuestros primeros padres la inobediencia á su Criador; y de ese congreso vino el pecado original que tantos males nos ha causado, incluso el de los congresos.

Los israelitas maquinaron y decidieron en Congreso sus crímenes ó errores.

Un congreso de potentados, á título de *Santa Alianza*, hizo jirones de toda una Nación y la suprimió del mapa de la tierra.

Congreso, y de la mayor nota, fué el que elevó casi á institución social el suplicio de la guillotina.

Las sociedades de industria calculan en Congreso sus ganancias y, á manera de leyes, anotan en sus libros las sumas que han de arrancarnos con esas telas en donde tanta trampa se oculta.

Los bandidos de Luigi Vampa vivían en Congreso y, con toda la gravedad de *padres conscritos*, decretaban sus empresas de robo, sin olvidarse ni de esas pequeñas ceremonias que tanto saben acatar los cuerpos legislativos.

¿Qué más decir? La Santa Inquisición misma fué un Congreso permanente; y hubo tiempos en que los congresos de brujas traían á mal andar á la Santa Inquisición, la cual se despepitaba no hallando el medio de cortar las alas con que esas malditas hacían sus expediciones nocturnas por el aire, ni el de quitarles la potencia de cambiar en perlas los cuescos de aceitunas.

Congresos ha habido en todos los tiempos y para todas las cosas: para hacer padres de los que no tienen hijos y para convertir en hijos á los que no conocen padres; para hacer sabios de los ignorantes é ignorantes de los sabios; para hacer cuerdos de los locos y locos de los cuerdos; para hacer de los criminales inocentes y de los inocentes culpables; en fin, para convertir la luz en tinieblas y las tinieblas en luz. Son unos como magos que á la voz de unos como Faraones, cambian á su antojo la esencia de las cosas.

Pero hablando de casa, congresos hemos tenido año tras año, y de entre ellos algunos que han dejado una triste fama y muchos que no han sido más que los magos de nuestros Faraones, sin que Dios se haya servido darnos todavía un Arón que con su varilla deshaga los encantamientos.

La proximidad del Congreso se anuncia por lo regular con un solemne decreto; pero como se ha cuidado

de alejar oportunamente á los honorables que merecieron la confianza de los pueblos, los más de los convocados son los suplefaltas que merecen la confianza del Gobierno.

Así, en tanto que se reune é instala el sediciente Congreso, el Congreso principal anda viajando por donde no quisiera, ó *entinajado*, como decía el colaborador del difunto "Centinela". Mas sea como fuese, Congreso es al fin el que se instala y Congreso que válidamente decide los asuntos en que se le hace poner la mano.

La contestación al mensaje de S. E. es desde luego la primera prueba á que van á someterse los honorables.

Supongamos que el mensaje principia así: "La insuficiencia de las leyes me ha puesto en el trance de ser tirano. Dejé la Constitución para los presidentes vulgares; las leyes quedaron para los magistrados que carecen de voluntad propia. Mi instinto, los arranques de mi genio han sido mi ley, y á mi ley he sometido la República. Aprobadme, si queréis; sino lo mismo da.... La Nación es casi bárbara, vosotros buenos para esclavos...."

Contestación.—"Excmo. Señor: La cámara no puede menos que aprobar vuestra conducta. Vuestra voluntad es la mejor de las leyes; casi bárbara es la Nación y nosotros lo que vos, Señor, querráis que seamos. Merecéis bien de la Patria y el acatamiento del Congreso...."

Tiberio no fué tan respetuoso con su Senado, y el Senado de Tiberio nunca fué tan digno y valeroso. Si estuviéramos en tiempo de los Comicios y tuviéramos un foro, el pueblo agradecido decretaría honores al Congreso y le consagraría estatuas.

Dado el primer paso allá van leyes y proyectos: leyes derogando leyes, parágrafos y artículos de otras leyes; leyes reconociendo deudas, leyes mandando que el tesoro pague deudas; leyes resolviendo demandas, reclamos y solicitudes. El Congreso es el juez que reune en sí todas las competencias, el tribunal para todas las instancias.

Un diputado tiene sus mercaderías en camino para la aduana, proyecto de ley rebajando los derechos anexos á esas mercaderías. Á la nación importa esa rebaja.

Otro diputado es dueño de una fábrica en que se elabora cierto artículo, proyecto de ley reduciendo la pensión impuesta á ese artículo. Á la República importa por entonces aquella reducción.

Proyecto de ley haciendo un padre de la Patria. La Patria no puede estar en horfandad; y desde que sale de manos de un padrasto hay que darle un padre, aunque padrasto haya sido también cuando Dios lo permitió. Si todo hijo de Adán ha de tener su papá vivo ó muerto ¿porqué esta pobre Patria no ha de tener también el suyo, y porqué nosotros no hemos de tener un buen abuelo á quien recordar con lágrimas en los ojos? De ese modo el padre de la Patria será hijo del Congreso, la Patria su nieta, y nosotros, mal que nos pese, sus biznietos. Al Congreso le quedará el honor de semejante paternidad, y á la Patria el sentimiento de no haberlo gozado desde que empezó á vivir.

Proyecto de ley haciendo un General en Jefe de los ejércitos de la República. Después de un papá un General en Jefe es de necesidad para la Patria. Y nada importa que la Constitución diga tal cosa, y que las leyes digan tal otra, y que la opinión grite, y que el mundo murmure; ni que un General en Jefe se haga á manera de botella, con un soplo; pues cosas más grandes se han hecho también de una patada ó un puñetazo. Y menos importa que el tal General en Jefe no haya cargado charreteras, ni presillas, ni morrión siquiera, ni haya aprendido el *uno* y *dos* por donde los generales de antaño suelen principiar la carrera; genio le basta al de nuestro Congreso, y el genio es regla que jamás falla. El Congreso es á veces pródigo en negocio de dádivas y regalos, un Papá, un General en Jefe no son cosas de poca monta, y por remate una especie de Congreso, una especie de Comisión, una especie de Junta una especie de no sé qué yo encargada de elegir ilustrísimos obispos.

Por este camino sigue la lista de los proyectos y las leyes, y al cabo de setenta y cinco días nos encontramos con que nada de lo que era útil y necesario se ha hecho y que es preciso dictar el final decreto, ese decreto que todo lo resume y que en todos los años es la &. de los trabajos del Congreso; hablamos del decreto que autoriza al Poder Ejecutivo á hacer lo que debió hacerse, á declarar lo que debió declararse, á disponer lo que debió disponerse por el Congreso.

Pero no es tanta culpa de los H. H. que ni todos nacieron para cabreros, ni la miel sabe lo mismo á todos. Júzguese por lo que pasa en una comisión.

Tres ó cuatro diputados rodean una mesa; un amanuense, con la pluma en la mano, está en actitud de escribir; el Presidente de la Comisión habla.

—Tengo segura mi ley, señores, cuento con votos para la aprobación del proyecto; á la obra. Escriba, Señor amanuense: . . . ¿Y por dónde empezamos?

—Por la parte resolutiva, contesta el amanuense.

—Pues vamos por la parte resolutiva: . . . ¿Y la parte resolutiva por dónde empezamos?

—Por el primer artículo.

—Pues vamos por el primer artículo: ¿Y el primer artículo por donde empezamos?

—Según el objeto del proyecto, Señor.

—El objeto es no pagar yo más que la mitad de los derechos por los lienzos que he mandado traer.

—Pues por ahí ha de principiar el artículo.

—Bien, escriba U. — Art. 1º que yo no pague sino la mitad de los derechos por mis lienzos.

Sorprendido alza la cabeza el amanuense.—¿Sólo para U. y sus lienzos es la ley?

—No, amigo, que es para todos los comerciantes y para los lienzos de todos los comerciantes; pero soy el autor de la ley; y luego por allá se pondrá un artículo para ellos.

—El mismo artículo tiene que comprender á todos, Señor. Y este *yo* en las leyes no es cosa que suena bien.

—¿Entonces vamos á poner Don Fulano, Don Zutano, Don Perencejo, y cuándo acabar con tanto mercader?

Es que no se nombra á ninguno. Se dice por ejemplo, "Los rasos no pagarán más que medios derechos."

Pues ponga U. el artículo así: "Por ejemplo los rasos no pagarán más que medios derechos."

Esto es nunca acabar, dijo el amanuense, y escribió el artículo á su modo.

—Ponga U. otro artículo: "Que esta ley no rige á los géneros que han pagado ya derechos."

—Esto por entendido se calla, Señor. La ley rige desde que se publica y lo antes sucedido sucedido se está. No hay para que decirlo.

¿Y ahora, Señor amanuense?

—Ahora el considerando ó los considerandos que U. quiera poner.

—Escriba: "Considerando que es un deber de la Cámara proteger las casas de educación y de misericordia".

—La parte motiva ha de corresponder á la dispositiva, Señor Diputado. Este considerando en su proyecto equivaldría á preparar buque para viajar por tierra.

—¿Pues cómo el proyecto que se leyó ayer tenía este considerando?

—Ese proyecto es relativo á las casas de educación y de caridad.

Otro Diputado quiere cortar la disputa y toma la palabra: "Considerando que el proyecto debe estar en correspondencia con el considerando". "El considerando con el proyecto," observó un tercero. El amanuense arroja la pluma, los H. H. no dieron con la parte motiva y se levantó la sesión.

No de otro modo terminan las del Congreso; pero los H. H. vuelven á sus provincias abrumados de tanto pensar y satisfechos de haber cumplido con su encargo.

Verax.

EL LUXEMBURGO.

BOSQUEJOS DE FRANCIA.

María de Médicis gustaba de morar en este alcázar, y mucho le quería como obra de su propia industria, y más aún como recuerdo de su patria; de esa hermosa amada patria en donde el Arno discurre silenciosamente reflejando las veletas de oro de las torres de Florencia y los mármoles de sus palacios. Un vasto jardín se extiende al pie de aquella mansión regia en el cual susurran con el viento las aguas de una fuente, que las ofrece hospitalaria á dos cisnes grandes, blancos, inflados y armoniosos, como los que Virgilio hace volar en mangas por las riberas de Pedusa llenando los contornos de musical estrépito. Los árboles son copudos y sombrosos, los arbustos limpios, bien peinados, si cabe decir, casi todos aromáticos y cargados de nidos de gorriones y jilgueros. En los calores sofocantes del estío, la sombra de ese bosque es refrigerio saludable para el cuerpo; grato, bienechor para el alma, que si bajo el peso de los sinsabores humanos gime á solas en medio de la misma gente atumultuada en la ciudad, aquí siente el alivio de la soledad, las caricias de la naturaleza.

Forse sia qu' il mio core infra quest' ombre
Del suo peso mortal parte disgombre.

París es una como sirena: dice mucho á los ojos; mas su aliento emponzoña y acarrea la muerte. Figuraos una mujer bella de alma corrompida, una mujer hirviendo en ardides, filtros diabólicos y misterios de amor y brujería; una Circe á cuyos palacios se puede llegar con el juicio sano, pero de los cuales no se sale jamás, ó se sale diferente de lo que en él se entró. Tal es esa ciudad extraordinaria: todo es gozar, pero sus goces tienen amargos dejos; todo es placer, mas sus placeres son segui-

dos de desdicha. En el aire respiramos un principio insano, en el agua que bebemos bebemos el fastidio. Bajo este limpio cielo de América sentimos por ventura esa enfermedad horrible que el alegre francés tiene en el alma? El *ennui* nos es desconocido; los puros aires de nuestros grandes montes conservan la pureza en nuestro espíritu; cien millones de bocas ávidas no se disputan el ambiente de estrechos horizontes. Los días iguales á las noches; las nubes, blancas, hacinadas en torno de la vóbeda celeste figurando la cordillera de los Andes, ó ya purpurinas y violáceas en forma de templos ó de pórticos por donde se llega al mismo Dios; el clima templado, sano, como hecho precisamente para el caso de la salud; ni escarcha heladora de los miembros, ni calor desesperante, ni pesadas y oscuras nieblas henchidas en las calles: cosas son que deben hacernos muy adictos á esta porción del globo que nos señaló la Providencia, y no locos ó necios admiradores y ambiciosos de las regiones en donde la naturaleza no sonríe sino una vez al año, y todo lo demás lo pasa gestuda, aburrida, feroz, enemiga del hombre.

Cuando estuve en París siempre anhelé por algo que no fuese París: busqué la soledad, si soledad puede hallarse en medio de ese concurso inmenso, y al dar con algo que no fuese bullicio y alegría me sentí feliz y alegre. El Luxemburgo tiene éso más de bueno: reina en él una melancolía, un espíritu incierto, una cosa triste y vaga que le hace por todo extremo grato á quien en algo tiene esa influencia de lo misterioso. Complacíame yo en aquel jardín: buscábale como sitio de descanso, le tenía por consuelo. Sus dos cisnes fueron mis amigos; mireles mucho, y mucho me gustaba verlos surcar la fuente con sus cuellos blancos y estirados. Las calles de rosales, las anchas avenidas de castaños, el bosque humbrío, la grama que verdea el suelo, la hojarasca sonora, la estatua solitaria llorando bajo su árbol con lágrimas de lluvia, y la música del órgano ambulante que allá tras las verjas del jardín pedía el pan de su dueño infeliz; todo era de mi genio, todo despertaba en mi alma tristes, pero gustosas sensaciones. El viejo autor de Chactas cono-

cía íntimamente los recodos de este parque, y mucho se agradaba de la sombra de sus ancianos árboles. Figurábase talvez andar poetizando todavía á orillas del Metchacebé, departiendo sin testigos con la naturaleza en el selvoso Nuevo Mundo, cuyo silencio y grandiosidad imprimen en el alma grande una imagen de la Soberana esencia, creadora de las cosas. De aquí es que el poeta se gozaba en ella, mediante los recuerdos traídos á él por una hoja, un árbol, un bosque, si bien de ciudad, y como tal raquítico y mezquino.

En las doradas tardes del verano, cuando el sol se acerca al horizonte, una luz viva cae sobre los vidrios del palacio y hace de cada ventana una hoguera de púrpura deslumbrante que no pueden afrontar los ojos: las cimas de los árboles están bañadas por un fluido amarillento, las hojas se mueven, y murmuran, y conversan en secreto con las brisas precursoras del crepúsculo.

Mas no todo es poesía, que teatro ha sido el Luxemburgo muchas veces de horrorosos, pero nada poéticos sucesos. Desde María de Médicis hasta Gastón de Francia todo fué ventura en este plácido recinto: una joven, tan hermosa como grande, tan perversa como hermosa, lo convirtió luego en una pequeña Cápua. Como la prostituta de Babilonia, dábase al más extravagante desenfreno: inventaba placeres nunca oídos, ideaba pasatiempos nunca usados, era su vida una perpetua orgía. Sin cubrir el eminente blanco pecho, la cabellera ondeando profusa, desnuda de pie y pierna, hacía la ninfa enamorada, y como genio de las flores se dejaba estar oculta entre ellas. Los amores la descubren, dan tras la diosa que echa á huir corriendo leve por la encepada tierra, pero no tan veloz que no se deje alcanzar y vencer por un Narciso afortunado.

Ésta fué la desdichada cuanto hermosa duquesa de Berri: sus impúdicas aventuras escandalizaron á Francia, *privando al joven príncipe de la majestuosa aureola de su abuelo*, y haciendo anticipadamente del infausto reinado de Luis XV un reinado de Eliogávalo.

Llega el *terror*: las prisiones no alcanzan para los culpables; París se convierte en un vasto calabozo. Los

palacios, los templos mismos oyen en su recinto augusto el chis–chas de las cadenas, y el ay! del condenado á la guillotina resuena en donde no se había oído sino la voz de la piedad ó la alegría. El Luxemburgo es ahora carcel; gruesas barras de hierro desfiguran los balcones regios. "De qué se quejan estos perros aristócratas? decía un revolucionario; les damos palacios por prisiones." Y allí donde el placer tuvo su trono se escuchan solamente los sollozos de la víctima; y en vez de la animada orgía de la vida, reina la infausta orgía de la muerte.

Pero qué dramas tan tiernos y sublimes en medio de tanta sangre! El duque de Mouchy, persona de alto lugar y puesto, es arrastrado á la prisión: su esposa se presenta y dice al carcelero: pues que mi marido está preso, yo lo estoy también. El esbirro sin comprender nada corre estúpidamente el cerrojo, y la espontánea prisionera va á echarse inundada en lágrimas en los brazos de su dueño. La víctima es conducida al tribunal que no perdona, *el club de salvación pública;* su esposa le sigue y dice al fiscal; pues que mi marido está en juicio, yo lo estoy. El duque es condenado á la única pena que el terror conoce, la muerte; su esposa le sigue al cadalso y dice al verdugo: "pues que mi marido es ajusticiado, quiero serlo también. Y el carcelero, y el juez, y el verdugo aceptaron la tierna solidaridad, el noble y voluntario sacrificio.

He aquí los contrastes de la vida: al lado de esa mujer de Claudio esta sublime esposa, al lado de la duquesa de Berri la mariscala de Mouchy. La escala del género humano es tan dilatada como la de la creación: puede haber de hombre á hombre tantos grados como hay del bruto al hombre, porque el alma es suceptible de la virtud más encumbrada como del vicio más profundo: entre estos dos extremos media infinita distancia que ocupa la mayor parte de los hombres. Entre una mujer y otra, ¡que diferencia, ó Dios! Mesalina es respecto de la esposa de Colatino lo que una mosca inmunda respecto de la fiel paloma: el propio ente que hace la felicidad y grandeza del hombre puede labrar su in-

fortunio y su vergüenza. Pero qué dicha, qué gloria sin par, que distinción de la Providencia no sería hallar una mujer como la de Mouchy? Con tal de tenerla, morir aunque sea en el cadalso.

Aquí acabó también su gloriosa carrera *el bravo de los bravos*, el héroe del Rin y de Moscow (*). Su bajo acusador pretendió empañar su gloria, el verdugo arrancar de su frente los laureles inmarcesibles: Ney fué juzgado injustamente, ejecutado oscuramente, como el vulgo de los criminales. Era el otoño: la madrugada fría y nebulosa: el jardín del Luxemburgo estaba desierto, sin un testigo para el acto que iba á tener lugar. Se corren los cerrojos, las puertas del calabozo se abren con lúgubre ruído, y *el bravo de los bravos*, que ha vencido á la muerte en cien batallas, es ignominiosamente arrastrado á perder la vida en un rincón secreto. Su cabeza cayó; pero la justa Providencia atormentó con espectros y delirios infernales al infame acusador: Bellart huye de una sombra, Ney le persigue, ensangrentado el pecho, la mirada espantosa, la mano amenazante!

En el lugar del suplicio levántase ahora la estatua del guerrero, al pie de la cual he meditado sobre la instabilidad de la fortuna y la suerte de los grandes hombres.

Si el pensamiento me transporta á los lugares por donde anduve errante en la melancolía y soledad del extranjero, conmuéveseme el corazón al recuerdo de los sitios que lisongearon mis ojos, y me tengo por feliz en experimentar esas mismas sensaciones que experimentaba entonces. Qué cosas las de ese mundo tan diferentes de éste en que he nacido! Qué cuadros para la vista, que armonías para el oído, que impresiones para el alma! El susurro de las olas batidas por el remo del barquero veneciano, su negra góndola remontada en las lagunas del Adriático llevando dentro de ella al-

(*) El mariscal Ney es llamado en Francia *le brave des braves.*

guna beldad misteriosa; el canto melancólico que al compás de la palamenta se alza y se difunde lejano y confuso por el aire, todo lo oigo, todo....

"Vidi al émpio in sedio altiero,
Ripasai, non era piú:
Boga, Boga, gondoliero,
Solo etenra é la virtú."

La música de Rossini llenando los ámbitos grandiosos del teatro de San Carlos, resuena derrepente en mis oídos: me sorprende, me suspende, pára la circulacion de mi sangre, y leve, aéreo, siento que me alzo, me encumbro, vuelo en alas del entusiasmo, y en silencio estoy gozando de un raudal infinito de divina melodía. Sabemos, sospechamos siquiera nosotros lo que es la música y hasta donde alcanza su poder? Los antiguos legisladores la prescribieron á los bárbaros y bruscos hombres, cuando recién principiaban á asociarse, como un moderador poderoso de las pasiones violentas, como refinador del alma. En esos mismos tiempos la locura y las enfermedades procedidas de la tristeza se curaban con la música: con la música se vence, se hace bonancible á la serpiente: con la música se desentrañan y se doman los monstruos de la mar; con la música se arrancan los árboles y se les hace venir tras uno, como hacía el tracio Orfeo. Música! poder soberano, blanda, seductora influencia,.....ah! nada me sedujo más, nada echo tan de menos como á ella. Italia es un instrumento: todo suena allí armoniosamente, todos son músicos, todos cantan y saben cantar de suyo. Á tiempo que íbamos á hacer vela de la bahía de Nápoles, una multitud de canoítas rodeaba al vapor, casi todas de gente pordiosera que se aprovechaba de la venida á bordo de los viajeros para ver como se agenciaban un *carlino*. Ya la máquina ardía, ya las anclas se levaban, cuando una voz argentina, viva, llena se elevó del agua y salió hasta nosotros para llenarnos de dulzura los oídos. Nos asomamos, vemos: era un muchacho de diez ó doce años, un pequeño lazzaroni que cantaba y aun representaba

la Traviata como un verdadero Mario. (*) Cuando el vapor tambaleando empezó á abrirse al ruido de la máquina, el lazzaroni se dió de puñaladas y cayó trágicamente en la canoa, por llevar á cima su papel, aun cuando nada le hubiese valido.

O Ilatia! o Ilatia! Y esa Francia que tantas veces me causó fastidio se presenta ahora á mis recuerdos con los rasgos más graciosos: las turbias aguas de ese viejo Sena murmuran á mi oído; la majestad y el silencio de Versalles me rodean. Y tú, paraje melancólico, amable Luxemburgo, te reproduces en mi pensamiento con todo el atractivo con que supiste seducirme. Te veo, sí, te veo: la vespertina luz se extiende sobre tu verde oscuro bosque como dorado velo: el majestuoso Val-de-Grace se encumbra allá á lo lejes: el Observatorio acá más cerca levanta en sus altos miradores á los sabios que persiguen al planeta por su órbita aún no bien determinada.

Y tu historia también es tentación á mis recuerdos, Luxemburgo, gran palacio, lleno de las alteraciones tristes que caracterizan á los hombres: riquezas y placeres, amores y felicidades; sangre, luto, lágrimas y crímenes, todo ha tenido lugar en este circuito, y en tan reducido espacio han sucedido y se han visto las innumerables cosas que forman este todo heterogéneo y vasto que el hombre en su lenguaje llama Mundo.

(*) Famoso cantor trágico.

LAS RUINAS

DE VALPARAISO.

El derecho de la guerra no nos permite hacer al enemigo sino el daño de que resulte señalado bien y adelanto para el triunfo de nuestras armas; todo lo que sea perjudicarle sin utilidad para nosotros, está rechazado por la civilización moderna, olvidado por los hombres, relegado á la barbarie de la edad media. Una plaza de armas fortificada, armada, en donde uno de los beligerantes haga pie y se sostenga contra las pretensiones del otro, puede en ley de justicia ser destruída, porque se inhabilita un formidable obstáculo, se hace volar una máquina que causaba males y perjuicios infinitos. Las ciudades mercantiles, sin medios de ofensa ni defensa, sin fortalezas ni parapetos de los cuales pueda recelarse el enemigo, son consideradas hace tiempos como *neutrales*, y las naciones cultas respetan en ellas la ley de las naciones, y los valientes respetan en ellas la impotencia. La destrucción de Valparaiso por los españoles es la destrucción de Atenas por los medos, la destrucción de Corinto por el Cónsul Mumio; obra de la barbarie puramente. Un rey bárbaro juró que Roma no serviría en adelante sino para el pastoreo de sus caballos: Belisario le dirigió un recado comedido, haciéndole ver cuan fuera de razón sería echar por tierra el eterno monumento de su gloria: comprendiólo el bárbaro, y desistió de su impía resolución. Las naciones, las ciudades vencidas que contempla intactas el vencedor, son los vivos testimonios de su grandeza; las ruinas proclaman su pequeñez. Toda ciudad indefensa debe ser una Elida, ciudad sagrada, exenta de los males de la guerra: los ánimos excelsos hallan mucho de respetable en la impotencia, las pechos valerosos no acometen sino al enemigo que puede resistir con iguales fuerzas: ¿no hay con efecto algo de santo en la debilidad? Si un hombre fuese á poner fuego á la

casa de su enemigo personal, sería mirado como un monstruo: criminal, aleboso, cobarde, todo sería; pues qué más hay con las naciones? Las naciones son también personas; los crímenes de los hombres se les imputan con igual razón; lo que tilda y mancilla á los unos, tilda y mancilla á las otras. Poner fuego á una ciudad indefensa es buenamente ser incendiario; derrocar templos, hospitales, casas de inocentes ó desgraciados, es servir de terremoto, es hacerse azote de Dios, sin su mandato ni su consentimiento.

La guerra á muerte es asimismo inusitada en nuestro siglo, y la guerra en donde entran hombres destructores, que no distinguen al inocente del culpable, al amigo del enemigo, al neutral del beligerante, es guerra á muerte, guerra de bárbaros. Qué espectáculo aterrante ver surgir de súbito el infierno y ponerse á vomitar fuego y balas á torrentes sobre el hogar desprevenido, sobre la casa de misericordia que protege Dios, sobre el santuario de la educación y la virtud, y lo que es más, sobre la morada del Altísimo! Acaso el proyectil arruinador discierne ni sabe en donde va á estallar? He ahí una iglesia herida, fracasada, echada por tierra! He ahí la imagen del Señor herida, rompida, destruída! He ahí la custodia sacrosanta herida, rompida, rodando por el pavimento! Impíos combatientes, hacéis guerra al alto cielo.

El fruto que nuestros enemigos van á sacar de su barbarie es la ruina de su interés en la América del Sur: los años, el comercio, la filosofía habían ido amainando poco á poco la exaltación de los americanos, y á fuerza de ser magnánimos y generosos, ya casi no veíamos en los españoles á nuestros antiguos tiranos y verdugos, sino á nuestros progenitores: en lugar de nuestro justo encono, sentíamos ya por ellos una cierta simpatía; al rencor había sucedido el perdón; la estima tomaba el lugar del menosprecio. Con alguna justicia de parte de ellos, con alguna correspondencia á nuestra generosidad, dentro de poco habrían sido predominantes en Améirca, y habrían ejercido sobre nosotros la influencia del abuelo respetable, del sabio y experimentado anciano, que nos confirma el ánimo con su ingenuidad, y nos seduce con

el maduro juicio. Ahora todo lo han perdido: esta recrudecencia de pasiones durará siglos y siglos; los españoles no serán para los americanos sino enemigos de quienes hay todo que temer, ó amigos de quienes nos debemos cautelar. Su carácter selvático y destructor ha tomado un nuevo y súbito desenvolvimiento, cuando las luces y la educación del mundo parecían haberlo suavizado. Americanos, tenemos que haberlas con Pizarros y Valverdes; el siglo XVI se asoma por ahí en el orizonte después de una larga revolución, como un cometa infausto. Haced plegarias al amparador del desvalido, al reforzador del débil, al protector del inocente: si conseguimos que Dios se ponga de nuestra parte, nuestros enemigos volarán por el aire como plumas, ó irán precipitados al abismo como piedras. "El Señor toma al culpable, le interroga, le carga de cadenas: ¿quién puede oponerse á su justicia?"

Como los hombres sean los que componen las sociedades y los gobiernos, lo que es ilegal é inicuo en los unos, inicuo é ilegal será en los otros. Qué sería ver una persona fuerte de brazos, insolente de ánimo, mal mirada de conciencia andar siempre hostilizando á un niño sin esfuerzos, agraviándole, zurrándole y exigiendo de él postraciones y obsequios que ni podía ni debía la víctima prestar? Este hombre sería aborrecible y despreciable para todos. La moral es un ente abstracto que habla con el hombre aislado como con la sociedad humana: lo mismo es faltar á ella por menor, como por mayor; si un sujeto sale de su reino, por el mismo motivo puede salir una nación. ¿Y qué diferencia hay entre ese hombre robusto é injusto que anda martirizando, esclavizando y socaliñando al niño impotente, y un gran Estado que ofende, tiraniza, oprime de todos modos á uno de menor importancia física, para obligarle á dar lo que no debe dar, á hacer lo que no debe hacer? España es ese jigante injusto y descomedido que pega á un niño inocente é indefenso, España es esa nación poderosa que se lleva por fuerza lo que los inferiores en poder no están obligados á darle y destruye lo que no puede llevarse. Esta es la carrera de los hunos, de los vándalos,

de los lestrigones, y para no andar buscando comparaciones, es la carrera de los godos: si no pueden vencer al enemigo, lo imposibilitan por cualquir medio, aun cuando no les resulte el menor provecho; si no pueden rendir las ciudades, las bombardean, las destruyen. Ah, cómo se ve que éstos son los conquistadores de Méjico, los saqueadores de Roma!

Por qué han bombardeado Valparaiso? Qué baterías, qué fuertes tenía esta ciudad? Enemigos con quienes combatir, no les faltaban á los españoles; ahí estaba la escuadra aliada, desafiándoles, retándoles, provocándoles al combate: huyen de los hombres, y vienen á desflemarse con los objetos materiales; evitan los navíos enemigos, y vuelan á estrellarse contra los edificios. Vencedores de paredes, vencedores de techumbres, vencedores de puertas y ventanas, miserables vencedores! Entre vosotros y nosotros reina la misma diferencia que reinaría entre un enemigo que por su parte combatiese de arriba, en el aire, supuesta la perfección de los globos aereostáticos, y la gente de tierra: claro es que los de arriba destruirían á los de abajo, y en ello no habría valor, caballerosidad ni recomendación de ningún linaje. Pues tal sucede ahora mismo: vuestros buques destruyen nuestras ciudades, vencéis á la distancia y sin peligro: este triunfo amengua, infama al vencedor. Qué sois sino un jinete montado en un bridón fogoso que atropella á una criatura que gateaba por la calle? Ese no es derecho, es iniquidad; ese no es triunfo, es derrota. Vencedores de vigas y de tejas, buscad á los hombres, venid á tierra, medíos con los americanos de Junín!

Esos son los cristianos que ayunan dosceintos días al año; que se andan todo el día arándose el rostro con cruces y recruces; que se disciplinan las espaldas y las piernas; que cuando se les mete en la cabeza forman un motín y se ponen á rezar el rosario á medio día en las esquinas; que quitan el habla al que come carne algún día de cuaresma; que le pasan una soga por el cuello al que por casualidad no oye misa un día, y le van tirando á los infiernos; que llevan en su

cuerpo dos arrobas de escapularios y rosarios; que no léen libros prohibidos, y que tienen por ignorantes y bárbaros á los que no hacen lo que ellos. Al tomar tierra en Santa Marta los españoles de la conquista, echaron de ver por la orilla unos canastillos de cangrejos y otros comestibles de los naturales: cuando éstos se les presentaron, vieron que no llevaban la barba á la española, y de estos motivos se colgaron para destruirlos, y en estas cosas fundaron su derecho á la conquista. (*) Poco más ó menos, las causas de la guerra que ahora nos mueven nuestros ascendientes son de la misma naturaleza: no hacemos lo que ellos hacen, no pensamos como ellos piensan, y ante todo, ellos no tienen lo que nosotros tenemos; pues nos deben reconquistar, nos deben destruir: ¿es corto agravio éste de no llevar la barba á la española? es insulto pasajero ésto de trabajar, cultivar los campos, tener que comer de sobra? es vano motivo de guerra ésto de beneficiar minas inexhaustas, poseer bosques inmensos de finas y valiosas maderas, artículos de necesidad, de comodidad y de lujo en abundancia, cuando ellos se comen las manos? Pero si ellos no tienen nada de ésto, es porque no arriman el hombro al trabajo; agachen las espaldas, y desaparecerán por completo las causas de guerra contra la América latina. El guano del Perú son los cangrejos de Santa Marta; la plata de Copiapó, es no llevar la barba á la española. Qué de buena gana conquistara yo á esa España...... Allí, allí es donde se comen cangrejos y no se lleva la barba á la española......

Las ruinas de Valparaiso son la corona de laurel que César solicitaba del Senado romano; Chile está coronada, viva Chile! Ahora tiene muchos más y muy mayores títulos á la admiración, á la veneración y á la esperanza de los americanos. Nada le falta á Chile para ser grande y respetable; valor, honor, desgracia, gloria, todo lo tiene: no le faltaba sino la antigüedad, ya es antigua; pues no tiene vastas ruinas?

(*) López de Goma. Biblioteca inglesa.

Cuando el ruído de la guerra haya cesado, llegará el viajero y pensativo se sentará sobre un escombro. La meditación le ganará, la imaginación le trasportará, y en el silencio que le circunde, un genio se le aparecerá y le dirá: Qué haces viajero? Contemplas lo pasado, lloras lo presente, esperas en lo porvenir ó tienes algo que temer? El templo del Señor fué destruído en Jerusalén, y de sus cenizas revivió y se alzó mas soberbio y jigantezco: nada temas: cuando las ruinas no son en las ideas, las cosas vuelven á su ser primitivo con mejoras grandes y brillantes. Son por ventura aquestas ruinas las de vuestras instituciones? Son por ventura estos escombros los de vuestros pensamientos? Son por ventura estas piedras derribadas las del edificio inmenso de vuestras esperanzas? No: esperanzas, pensamientos, instituciones, todo lo tenéis en pie; qué importan estas techumbres hundidas, estos muros batidos, estas puertas desastilladas? Pedernal y madera hay en todas partes, y por mucho que se pierda en ellos, nada se ha perdido. Si por desgracia hubierais dejado arruinar vuestro gobierno, vuestros derechos ó vuestra honra, entonces en vez de consolarte, te diría: llora, viajero; lo que habéis perdido no se recupera jamás; agachasteis humildes la cabeza ante el injusto, pues no merecéis ser libres: soltasteis de la mano las constituciones que os regían, pues dejaos arrear por los tiranos; no moristeis antes que ver herido vuestro pundonor, pues cargad el peso de la infamia. Llora, viajero; llora, llora, viajero.

No llorará!.... Las ruinas de Valparaíso son las ruinas de Atenas; los medos han destruído la ciudad, pero los atenienses con sus dioses están en Salamina. La *patria* no consiste en las casas, los jardines, el suelo por donde andamos: si un pueblo se alza como una sola familia, y lleva consigo sus leyes, sus costumbres y creencias, la patria va con ese pueblo. Los atenienses guiados por Temístocles, no dejaron de ser atenienses fuera de su patria: Atenas estaba en el mar, en los navíos que iban á libraros de la esclavitud, en la tierra sagrada de Salamina, en el corazón de Arístides.

El bombardeo de Valparaiso es una victoria para Chile, puesto que la desgracia que nos traen la excelsitud de ánimo y el apego invencible á la honra es una victoria. América tiene el corazón oprimido; porque por feliz que sea la desgracia, no deja de arrancar lágrimas. Pero de las cenizas de Valparaiso va á nacer el Fénix que vivirá mil años. Chile está coronada, viva Chile!

Quito, 26 de Abril de 1866.



EL COSMOPOLITA.

NUM. 2.

Ce sera toujours beaucoup
que de gouverner les hommes
en les rendant plus hereux.
NONTESQUIEU.
"Esprit des lois".

OJEADA SOBRE

AMÉRICA.

Los filósofos han sacado no pocas consecuencias funestas para la especie humana, haciendo un principio de un hecho que bien podía tener lugar fuera de las reglas de la razón, y estableciendo como axiomas palabras sofísticas ó atroces juicios de hombres poco adictos al alto Señor Dios, que nunca hubiera creado un mundo en el cual su criatura viviese como en infierno, nadando en sangre, ardiendo en llamas, vociferando contra la divina Providencia. Así, al vér el constante y vasto degüello que tiene lugar de polo á polo, han concluído que la guerra era de derecho natural, y que nuestra vida no es-

11

taba en cobro sino con la muerte de nuestros semejantes. Desde Caín hasta nuestros días todo es matarse unos á otros: nacen las humanas sociedades, y matándose principian: el hogar doméstico se riega con sangre, la primera familia sufre el peso de esa dura ley. Hay dos hermanos y el uno mata al otro; Caín, qué has hecho de tu hermano? Soy por ventura su custodio? Contesta al Señor el réprobo, dando á entender con su insolencia cuan poco le había derribado una acción que él pensaba acaso tenerla por derecho propio. Conque la familia está manchada en sangre. Fórmase la tribu, y esa tribu procura dar con otra con quién entrar en guerra: los hijos de Jacob no dieron al mundo pobladores pacíficos: el maldito y el bendito de su padre son contrarios, se aborrecen de muerte y se hacen cruda guerra. Los Israelitas y los Amalecitas no pueden respirar el mismo aire; el universo les viene angosto si los unos no exterminan á los otros y quedan dueños de la vasta creación.

Cómo es en efecto que el salvaje ignorante é insensible está de suyo al cabo de las cosas que constituyen la guerra? Todo se le ignora, y sabe que puede matar á los demás; carece hasta de los instrumentos necesarios para la vida, y armas no le faltan, y las sabe forjar, y las emplea con arte y sabiduría. El rústico esquimal persigue al hurón, el hurón al iroqués, el iroqués al natche, y el selvoso Nuevo Mundo se llena con el ruído de las armas y los ayes de los moribundos en sus inmensas soledades.

Se forman las naciones, y las naciones se acometen desde sus principios, y las naciones se agarran cuerpo á cuerpo, y las naciones se destruyen. ¿No va el pueblo de Dios en triste cautiverio á Babilonia? Cambises se engolfa con millones de soldados en el desierto, y va sin rumbo, y va sin agua, y va sin guía en busca de pueblos que exterminar. Semíramis alza todos sus reinos, y va sin rumbo, y va sin agua, y va sin guía en busca de pueblos que exterminar. Ciro alza medio mundo y va sin rumbo, y va sin agua, y va sin guía en busca, de pueblos que exterminar: y todos estos exterminadores

son exterminados, y los conquistadores son conquistados, y los bebedores de sangre beben sangre. *Satia te sanguine, quem sitiste.* Y á todo ésto la tierra queda despoblada, cumpliendo los hombres con la *ley natural* de matarse unos á otros.

Cartago no puede sufrir á Roma ni Roma á Cartago: los moros acaban con los españoles, los españoles con los moros; los turcos detestan á los francos, los francos abominan á los turcos, y una guerra eterna está librada entre los hombres de razas y religiones diferentes. Qué digo? Los pueblos más civilizados, aquellos cuya inteligencia se ha encumbrado hasta el mismo cielo y cuyas prácticas caminan á un paso con la moral, no renuncian á la guerra: sus pechos están ardiendo siempre, su corazón celoso salta con ímpetus de exterminación. Europa no es estéril, como se diría exageradamente, por motivo de la sangre y los huesos humanos que la fecundizan y devuelven su vigor perdido: todo es campo de batalla, todo pirámides de cráneos, todo inscripciones á las víctimas de los reyes y de las revoluciones. Morat y Waterloo, Rocroy y Marengo, las Naves de Tolosa y la Rochela se encuentran por donde el viajero lleve sus pasos. Cuántos millares de hombres no han muerto en la Crimea? Cuántos millares de hombres no han muerto en Solferino? Y cuántos tienen que morir, oh Dios, en los campos que el demonio tiene previstos para sus festines! Y aquí, en este Nuevo Continente, en este vírgen mundo están pasando los acontecimientos más terribles que nunca vió la tierra.

Veis á una gran nación dividirse en dos falanges formidables: hermanos eran ayer, hoy enemigos: se arman de la cabeza á los pies, blanden la espada y se amenazan. Notad esa mirada horrible.... Qué odio, qué rencor, qué furia no indican esos ojos sanguíneos, esa arqueada ceja, ese aspecto cuyos rasgos todos intimidan á los enemigos de la paz! Llegó el instante.....los ríos corren bramando con redoblado caudal, á causa de la sangre que cae en ellos á torrentes: la metralla destruye las ciudades, la muerte en todas formas se ceba en

los americanos! Media nación ha perecido, y nadie triunfa, porque de los restos sojuzgados salen asesinos y siguen matando: á quién? Al libertador de los esclavos, al amigo de las leyes, al padre de los pueblos!

Dad un paso y en Méjico halláis á la muerte de mantel largo, borracha, dando gritos y danzando frenética de un extremo al otro de la infortunada República. El mejicano muere por defender su patria, el francés por dar nuevos esclavos á la suya; el dominicano muere por defender su patria, el español por dar nuevos esclavos á la suya; pero todos mueren y cumplen con la *ley natural* de matarse unos á otros.

El Plata corre también ensangrentado arrastrando hacia el mar cadáveres sin cuento. Si las naciones no aciertan á matar con propias fuerzas, se ligan, aunan las armas y, fuertes contra el débil, aniquilan al menor número, cosa para ellas de gran júbilo, materia de *Te Deum*, iluminaciones y fuegos de Bengala. El Brasil, Uruguay y Buenos Aires, agabillados contra el heroico Paraguay, sostienen con la punta de la lanza no sé qué derechos, piden no sé qué seguridades, llevan adelante no sé qué pretensiones que ellos mismos no aciertan á entender, no sabiendo de fijo sino que tanto más labrarán su fortuna cuanto más acosen al vecino, disminuyan su resistencia, lastimen al género humano. Buen derecho, punto de honra, cualquiera cosa podrá mediar allí; pero al hombre de bien, al hombre civilizado, al cristiano le basta saber que el Brasil es comerciante de carne humana, que compra y vende esclavos, para inclinarse á su adversario y poner de su parte la razón. Dios nos guarde de esos pueblos feroces que mandan buques á Guinea ó á las Costas de Oro, y allí con agujas, chupadores de cristal y abalorios se vuelven dueños de sus semejantes, amos de sus iguales, tiranos de los desgraciados. Estos pueblos jamás tienen razón, porque ella es una misma cosa con Dios, y Dios reprueba ese mercadear infame, esa ganancia impía sacada de la libertad ajena. Como quiera que sea el Paraná y el Plata arrastran sangre en lugar de agua, y mugientes é impetuosos van á teñir los mares.

Atravesad las Pampas, en donde ni por deshabitada y oscura está la tierra libre de la muerte, porque el silvestre *gaucho* vuela en su yegua veloz tras el viajero y allí luego le mata; y dais en Chile, abrasada á la hora de hoy en guerra que amenaza ser larga y espantosa. Los enemigos la han mojado ya con su sangre, el orgulloso español ve ya su estandarte flameando en uno de los templos de la nación acometida. He aquí el caso en que la guerra es justa, necesaria. Una potencia amiga se presenta derrepente, y encumbrando el pendón de la injusticia, pide dinero, reparaciones, deshonra al que ella tiene por indefenso; pues todo se le niega, que cuando sobra valor, superabundan los medios de resistencia. La lucha es desigual con una nación antigua, avesada á la conquista, poderosa de suyo, ufana con recientes triunfos: empero si una república joven y de estrechos lindes no llevaría lo mejor en la contienda, atentos sus recursos físicos, su fuerza moral es inmensa. De mala gana defendería un caminante una moneda de oro contra un bandido; mas una doncella brega hasta morir por la conservación de su honra, y en la misma debilidad encuentra el violador fuerzas invencibles. Se atraviesa la honra en esta guerra, la libertad corre peligro; pues Chile será fuerte, audaz, terrible, y ayudada por la justicia, dará al travez con estos viejos godos tan enemigos del reposo. La iniquidad está de su parte, Chile sostiene su derecho: Chile está en guerra, guerra justa para ella, honrosa guerra, permitida, disculpada, aconsejada por la ley de las naciones. *Justum est bellum, quibus necessarium; et pia armae quibus nulla nisi in armis relinquitur spes.*

Se halla el Perú en el mismo trance, el mismo enemigo le acomete. En dónde está la paz? Qué rincón ignorado habita ese ente divino? La paz es una lengua de fuego que baja momentáneamente, como el Espíritu Santo, sobre algún mortal afortunado, y torna al cielo, habiendo sido apenas conocida de los hombres. La paz es el demonio de Sócrates, la ninfa Ejeria de Numa, el genio de Pen. Oh paz, Cordero de Dios, paloma celestial, Paz, en dónde estás ahora? No en el Asia, porque el japonés degüella al franco; no en el África, por-

que el franco degüella al cabila; no en Europa, porque el cosaco degüella al polonés; no en América, porque los americanos se degüellan entre americanos! La paz es el ave Fénix; nace cada quinientos años, vuela por regiones desconocidas, y cuando muere no deja sino un descendiente: la mirra, el orobias, arden en la pira de esta ave del Paraíso; pero esos humos sabrosos y vivificantes no llegan á nosotros. Por dónde vuela ahora el ave Fénix? Cruza los verdes prados de la Arabia feliz? Pára en un oasis del gran desierto de Zahara? Gorgoritea posada tranquilamente en un aromo de los jardines de Boboli? Si está en alguna de estas partes del mundo, en América no está, nunca ha estado en la desventurada América. Guerra en los Estados Unidos, guerra en Méjico, guerra en la República Argentina, guerra en Chile, guerra en el Perú; en Bolivia, en Venezuela, en Colombia guerra, guerra!

Guerra en Venezuela, sí! guerra en Venezuela: guerra sin fin, exterminadora, abominable: treinta mil víctimas ha hecho la revolución: treinta mil ciudadanos menos en las familias: madres, esposas, hijas sin cuento lloran á treinta mil hijos, maridos ó padres. Número descomunal para un estallido miserable en lo perteneciente á la población, aunque grande, egregio en lo que mira al valor, la inteligencia y más prendas morales. Qué desgracia! Venezuela despuntada con la exuberancia de las más ricas y fructuosas plantas, quería ser la primera de las repúblicas de la América latina, si por lo relativo al pensamiento, si por lo tocante á la industria y los progresos materiales: ¿cómo había de ser? La patria de Bolívar abriga en su seno la simiente de los grandes hombres: donde nacen Sucres, Guales y Bellos por fuerza y razón hay un principio de grandeza que tarde ó temprano se desenvolverá grandioso y producirá efectos superiores: la guerra lo embaraza, la guerra lo pervierte: los venezolanos descendientes de los héroes de la independencia, y por el mismo caso llamados al más eminente puesto, se ocupan en matarse entre ellos, en destruírse, en ser inferiores á los que valen menos. Todo es guerra, todo sangre en Venezuela.

Pues Colombia? Pobre Colombia! Cómo se han acostumbrado á matar los colombianos! Entre las víctimas de las batallas y las del cadalso dicen que han perecido el largo de 25,000 hombres en estos últimos años. Á este paso, qué será de la desdichada América del Sud? Lo que piden sus desiertos para ser campos y tierras pertenecientes á la civilización es pobladores: pues la revolución los despuebla más y más, y con la despoblación y el apego á la matanza viene la barbarie. Y se ha dicho en verdad, la sangre de los colombianos es de muy buena consistencia; les hierve en las venas noblemente, y son capaces de arrojarse á las mayores cosas. Tengo por acertado el dicho vulgar de que en ellos hay algo de franceses,-vivos, inquietos, ardientes, acometedores de peligros y rebozando en pundonor. Tal es el carácter de la nación en general; y si el carácter general es bueno, como observa un filósofo, qué importan las ecepciones? Poco hace al caso que algunos colombianos me hayan insultado recientemente: no soy hombre de partido, no discurro como parcial: el escritor debe girar en órbita muy dilatada, sin parar la atención en tropiezos incapaces de detenerle en su carrera: no debe expresarse como rojo ni conservador, como secuaz de Mosquera ni Arboleda, como urbinista ni floreano: ésta es mezquina condición que no habla con los que profesan la verdad. El que habla mal de mí, no habla de mí: ni he sabido que Diójenes se haya irritado contra los que le llamaban *tonto* y querían hacer fisga de él. Diójenes, esa gente se burla de vos. Y yo, respondió el filósofo, no me tengo por burlado. Tan cierto es, como afirma Cicerón, que el hombre de bien no puede recibir injuria.

Lástima grande que tan buenas cualidades vengan á ser no tan útiles como pudieran, si los granadinos tirasen un poquillo la rienda al pensamiento y se dejasen estar quedos en donde la razón lo manda! Si algo les falta es buen juicio: son alborotados, anhelosos de lo imposible, *progresistas* á despecho del progreso la mayor parte de ellos; los otros, por convicción ó por contradicción, apenas si se mueven. De aquí resulta un

choque sempiterno entre los exaltados y los moderados, entre el espíritu de progreso violento y el espíritu de progreso paulatino, entre el sistema de Chateaubriand y el de los Girondinos. Yo pienso que el acierto está en la moderación, y tengo por axioma digno de Sócrates el vulgar proverbio que dice que *despacio se va lejos.* No merece aplauso aquel frenesí de *progresar* atropellando por la razón, la prudencia, la filosofía y todo; menos aún aquel espíritu de quietismo que aconseja no dar un paso, aquella tenacidad en aferrarse á lo establecido, bueno ó malo, aquella alma de plomo que cae verticalmente y se asienta como *de punto* para más no levantarse. Si nos lanzamos ciegos tras lo que á nosotros mismos se nos ignora, corremos el peligro de dar pasos en vago, á modo del Cíclope de Virgilio que persigue á los griegos de Ulises dando trancadas descomunales sin saber donde pisaba. El paso más seguro es ese sostenido, firme y al mismo tiempo moderado con el cual no se pierde el aliento y se llega tarde ó temprano adonde uno se propone. Arrancad vuestro caballo, y en media hora salváis dos ó tres leguas; pero allí le faltan las fuerzas; espumoso y jadeante, temblando, cae y os deja en media jornada. Ponedle en paso llano, tenedle á media rienda, y fresco y robusto llega adonde os dirigíais. Entre los granadinos unos quieren volar á toda rienda, otros moverse como tortugas, y se encuentran, y se chocan, y resultan heridos en la frente: de ahí la guerra, de ahí la sangre que no deja de correr en esas comarcas tan favorecidas por la naturaleza.

Cuál de las repúblicas sud-americanas puede lisonjearse de situación pacífica? Respuesta triste y verdadera, ninguna, ninguna. Revolución en Venezuela, revolución en Colombia, revolución en el Perú, revolución en Bolivia; en Bolivia revolución tras revolución: Linares, Achá, Bélsu, Melgarejo, Arguedas se derriban unos á otros cada día, y en este campo de Agramante no hay un rey Sobrino que ponga en orden á tanto desordenado ambicioso que derrama la sangre de sus propios hermanos por designios que nada tienen que ver con la patria ni con la libertad. La *libertad* y *la patria* en

la América latina son la piel de carnero con que el lobo se disfraza; *patria* dicen los traidores, los enemigos de ella, los que la venden á Europa: estos son *americanos* cuando va en ello su provecho; mañana volverán á ser franceses ó españoles, enemigos de la *turbulenta demagogia de América,* reconocedores del imperio mejicano. Oh escarnio! oh ruin juego de pasiones! oh inicuo entremeterse en la política para mal del género humano!

Es asimismo Centro-América teatro de sangrientas escenas. Carrera, el selvático y poderoso Carrera, ese Maximino falsificado, desoló á Guatemala, el Salvador y otras repúblicas; tiranizó á todas, corrompió á muchas, y la guerra y el patíbulo fueron la orden del día durante la larga dominación de ese indio atroz. Carrera ha muerto, y el cadalso sigue de pie, y más y más se gallardea en las ciudades. Pues no matan á Barrios á despecho de la palabra empeñada, á despecho de la misericordia y de la ley? Barrios representaba en Centro-América el liberalismo, el americanismo, el progreso; pues matan á Barrios, y los tiranos siguen reinando en las tinieblas, y la sangre corre, y el hombre vive para la desgracia.

El Ecuador ha vivido *en paz!* Oh desdichada paz! Oh paz vergonzosa y miserable! Esta ha sido la paz de la cárcel en donde los pobres indios tributarios gemían amontonados sufriendo el látigo de los capataces; la paz de los condenados á bóvedas, la paz de los obrajes: silencio profundo ó llanto ahogado; abatimiento, miseria, terror, esclavitud. Los deportados al Napo están en paz; los cadáveres encerrados en los nichos de San Diego están en paz. En vez de esta paz quiero la guerra, la guerra con todos sus trabajos y desdichas: la guerra de los cartagineses, la guerra de los moros, la guerra de los judíos, cualquiera guerra, cualquiera muerte; porque al fin el que muere deja de ser esclavo, deja de temer, y empieza á descansar; descansa sí, descansa en el seno de Dios, y olvida las miserias y calamidades de este mundo.

Y qué llaman paz los sayones del tirano? Dos guerras con la Nueva Granada, centenares de víctimas; fu-

12

ga, deshonra, vergüenza; ésto llaman paz? Mil y mil conspiraciones sofocadas, ahogadas en sangre; infinitos hombres muertos en los calabozos y el patíbulo; ésto llaman paz? Esta es la paz de los demonios! Idos con vuestra paz á los infiernos.

Ved aquí, americanos, el cuadro fiel de América; extiendo la mirada del uno al otro extremo del continente, y no veo sino guerra en todas las naciones conocidas que se titulan *civilizadas.* Quién sabe si en Patagonia y Polinesia los salvajes son más felices que nosotros? No es probable; en guerra deben de estar: en guerra constante, perpetua están los záparos con los jíbaros, los jíbaros con los canelos, los canelos con los murgas, y el hombre civilizado y el salvaje cumplen con la *ley natural* de matarse unos á otros.

No ha sido mi intento desfavorecer al continente americano con esta pintura sombría y nada halagadora; de América he hablado, porque de América quería hablar. No es más feliz Europa, y nada tiene que echarnos en cara en punto á calamidades y desventuras. Verdad es que en algunos de sus pueblos reina la paz á la hora de hoy; pero qué paz! Media nación armada, apercibida á la pelea, mantiene en paz á la otra media nación; Estados que han menester setecientos mil soldados sobre las armas, ¿podrán lisonjearse de la paz? Que falte un punto ese forzado equilibrio; y la guerra se precipita afuera, rugiendo y sacudiendo un tizón ensangrentado. La paz de Europa no es la paz de Jesucristo, no: la paz de Europa es la paz de Francia é Inglaterra, la desconfianza, el temor recíprocos, la amenaza; la una tiene ejércitos para sojuzgar el mundo, y sólo así se cree en paz; la otra se dilata por los mares, se apodera de todos los estrechos, domina las fortalezas más importantes de la tierra, y sólo así se cree en paz. Los zuavos, los húsares, los cazadores de Vincennes son la paz de Francia; los buques acorazados, Gibraltar, Malta son la paz de Inglaterra. Paz mezquina é inutil aquella que necesita de lanzas y cañones! Rusia ahogando á Polonia, ahorcándola, azotándola, mandándola á los

steeps de Siberia, es la paz de Europa. La Gran Puerta degollando, desterrando, aniquilando á mansalva á los montenegrinos, es la paz de Europa. Prusia defendiendo *el derecho divino*, oprimiendo á Dinamarca, despedazando los ducados; con su rey Guillermo, ese triste Fernando VII, con su Bismark, ese horroroso duque de Alba, ės la paz de Europa. Austria remachando más y más las cadenas de Venecia, sepultándola en *los pozos*, imponiéndole su lengua montaraz á viva fuerza, es la paz de Europa. Oh paz de Europa hermana de la paz de América!

Tras esta paz está la guerra, viva, ardiente, vigente é infalible, como *ley natural*, que no puede dejar de obrar en las humanas sociedades. Mas sea ello como fuere, nunca creeré en esa *ley de la naturaleza*. Las leyes de la naturaleza son todas justas, blandas, cumplideras; leyes de Dios al fin, y como tales, buenas y caritativas. El hombre las escatima, las pervierte, é investido de un derecho que no tiene, se dispara con sus armas á acometer al hombre. Pues no ha pretendido que la esclavitud tenía origen en la caridad? Según el derecho antiguo el vencedor tenía sobre los vencidos el de matarlos, y aún en el tormento: el vencedor, que en vez de quitar la vida al prisionero le cargaba de cadenas y le hacía su esclavo, era hombre *caritativo*. El acreedor tenía asimismo sobre el deudor insolvente el poder de vida ó muerte, podía matarlo, hacerle pedazos descoyuntándole según le inspirase su perverso instinto: si en vez de poner en ejecución esta facultad monstruosa *le hacía esclavo* dejándole con vida, era hombre *caritativo*. Luego la esclavitud nació de la misericordia, como lo sienta el autor de "El Espíritu de las leyes;" para refutarlo en seguida victoriosamente.

Si se discurre de ese modo vendremos á parar en que los mayores abusos, las costumbres más atroces, los crímenes de lesa humanidad mismo nacieron de alguna de las acciones aconsejadas por Dios, de alguna de las virtudes teologales. Bien que haya un viso de bondad en no quitar la vida á quien podemos quitarla; pero

quién nos invistió de este derecho? Fué la equidad divina ó la injusticia humana? No es ley abominable, reprobada por el cielo, aquella que pone al vencido inocente á merced del vencedor inícuo? Caritativo afecto debió de ser sin duda aquel que inspiró á los romanos la ley por la cual una deuda podía cobrarse en pedazos de carne del cuerpo humano, en miembros palpitantes, atenazeando, desperdigando, haciendo menudo picadillo del infeliz que á pesar de su honradez no podía satisfacerla!

Si la esclavitud tiene su origen en la misericordia, ¿por qué la guerra no había de ser de derecho natural? Los brutos se devoran unos á otros, y ésto sin motivos de venganza ni temores para el porvenir, sino tan sólo por natural instinto, por necesidad física é inevitable: el tigre persigue al corzo, el lobo al cordero, el alcotán á la paloma: desde el león hasta la hormiga, desde el águila hasta la abeja todas tienen víctimas, todos se seban en una especie inferior: la muerte es la vida, la guerra el trabajo que les proporciona la subsistencia. Suba mos al hombre; ¿no le vemos á éste devorar al hombre en varias comarcas de la tierra? Pueblos hay en donde los ancianos sirven de plato en los festines de los hijos; otros en donde los extranjeros son muy sabrosos para el ávido diente del salvaje; otros en fin en donde pelean entre vecinas tribus para ajenciarse el alimento en los miembros de los vencidos. Luego tan natural es la guerra entre brutos como entre racionales.

No, no, oh Dios, ésto no puede ser: un ente desposeido de razón está muy lejos de otro que la tiene: bien que el tigre devora al corzo, pero vemos que jamás el tigre devora al tigre, ni el oso al oso, el buitre al buitre? sólo el hombre devora al hombre, y en ésto viene á ser de peor condición que la bestia misma.

Éste es un abuso de su libre albedrío y nada más: cuántas cosas hay que hacemos y no debemos hacer? Cuántas acciones prohibidas por el Legislador Suprmo no las estamos poniendo por obra cada día? Cuántas palabras indecorosas, indecentes, que no debía contener la lengua no las soltamos insolentes á cada paso? El hombre comete adulterio, luego puede cometerlo por de-

recho; el hombre roba, luego puede robar; el hombre dice soberbio: No hay Dios! luego Dios no existe. Esto sería tomar el efecto por la causa, uno de los vicios de raciocinio que lleva á los mayores errores, señalado por la lógica como el arma del impío, que la suele forjar, no teniédola de mejor temple para sus combates. El hombre mata, luego puede matar; puede matar, luego lo hace por derecho propio; lo hace por derecho propio, luego Dios lo permite, lo manda; Dios lo permite, lo manda, luego Dios es.... Oh Dios, contén el ímpetu del ateo! Rompe esa cadena de blasfemias, pon aquí tu mano y muéstranos la verdad. Matamos así como robamos; matamos así como mentimos; matamos así como envidiamos: todas éstas son transgresiones de la ley natural: el estado de guerra es estado de crimen para el que no tiene de su parte la justicia y la defensa propia; y aquel discurso por el cual la guerra viene á ser ley de la naturaleza, y por el mismo caso á investir al Criador de pasiones horrorosas, no es sino el soritis de Caracalla: Quien nada me pide, no confía en mí; quien no confía en mí, se recela; quien se recela, me teme, me aborrece; quien me aborrece, desea mi muerte; quien desea mi muerte, conspira; quien conspira, debe morir. Consecuencias hiladas de este modo no tienen ningún peso en la razón, y no queda en limpio sino el abuso bárbaro, constante que los hombres hacen de uno de sus más preciosos atributos. No debe mentir, y miente, y ha mentido desde el principio del mundo; no debe codiciar, y ha codiciado siempre. Por el mismo tenor, no debe matar, y mata, y ha matado, y ha de matar hasta la consumación de los siglos, porque como dice Platón, no esperéis reformar las costumbres de los hombres á menos que no plazca á la Divinidad enviarnos un Genio revestido de todos sus poderes.

Sin los argumentos de raciocinio hay otros, y de mayor importancia, por donde venimos á la persuación de que la guerra no es de derecho natural. Si así fuera el Redentor del mundo no habría predicado la paz, no habría aconsejado el sufrimiento y el perdón de los agravios; porque siendo ellos motivos de guerra, bien así

entre personas como entre naciones,—"Sosteneos hubiera dicho, no evitéis la guerra, vengaos de vuestros enemigos." La guerra es de derecho humano, y como tal, errado, perverso: es el yugo que los reyes ponen á los pueblos, la triste necesidad en que éstos entran á causa de las inicuas tiranías. Y por más que me probasen lo contrario, yo jamás daría ascenso á derecho tan monstruoso; porque según el dicho de Pascal, el corazón tiene razones que la razón no tiene. Esas razones del corazón me convencen de que no debo llevar adelante á viva fuerza mis pretensiones, vertiendo la sangre de mis semejantes; me convencen de que es bárbaro y cruel sentenciar con la espada en favor del fuerte; me convencen de que es cosa indigna del hombre entrar una ciudad por fuerza de armas, degollar á ciegas, ancianos y niños, hombres y mujeres, culpables é inocentes; me convencen de que es injusto y atroz prevalerse del número y el arte para imponer deshonrosas condiciones á pueblos indefensos, obligarles á duros actos, y donde no, vomitar sobre ellos torrentes de metralla. Esto no lo permite le ley natural, éstas son sugestiones del demonio Tuvo quien le defienda Jesucristo, partidarios tuvo sin cuento, ejércitos hubiera tenido, y no hemos visto que se haya valido de la fuerza. ¿Peleó con los Judíos? Peleó con los Romanos? Al contrario, improbó la única acción sanguinaria que se cometió por él, volviendo á su lugar la oreja derribada por la espada de uno de sus discípulos. Esto no es instituir la guerra, ésto es reprobarla; y ha reprobado Jesucristo ninguna de las leyes naturales?

LA IMPRENTA

EN EL ECUADOR

Fracmentos de una carta.

. . . .

. . . . Helos allí regateando, escatimando el precio de la inteligencia, la libertad y la honra como si estas cosas lo tuvieran! La honra, sí, la libertad y la inteligencia, porque ellas están á cargo de los escritores que saben su deber, ; la imprenta las difunde y hace llegar al corazón y á la cabeza de donde la prolongada tiranía las haya desterrado.

Nosotros somos ricos por otro término, el brillo del oro no nos deslumbra. Y cómo había de ser si sabemos la opinión de Marco Tulio? "Qué será sino ser rico no ser ávido de riquezas? Es una renta el verse sin esta pasión de comprar y vender, sin esta pasión de la ganancia." Nadie que yo sepa se propuso nunca escribir en este triste rincón del mundo con el proyecto de medrar; lo que sí les sucede á los que escriben es que se ponen de blanco de los tiros de todo el mundo, sin contar con que el tirano contra quien alzan bandera les echa los ojos turbiamente y les señala para la muerte. Digo de blanco de los tiros de todo el mundo; de los enemigos por enemigos, de los amigos por. . . . Triste es decirlo y más conviene callarlo. Y aun no tan malo si todos los inconvenientes fueran éstos; pero todo es dificultades para el que se propone escribir en conciencia, cerrando con el enemigo público: todos temen, por la costumbre de temer; todos repugnan la más módica contribución, por cortedad y pequeñez, y porque tienen bien creído que nada vale menos que la imprenta. Y á todo ésto es preciso gastar, porque al paso que la imprenta *nada vale*, vale mucho. Soy gran aborrecedor de los pormenores, pero en ocasiones no hay forma de evitarlos: el primer número de "El Cosmopolita" hay

debido costar más de 200 pesos, y sin la liberalidad de un buen patriota, eso hubiera costado; y ustedes.....no, no lo puedo creer.

Por mucho que les haya pervertido y apocado la refinada tiranía de Don Gabriel, no era posible desennoblecer hasta ese extremo un pueblo tan caballeroso de suyo, tan puesto en el punto de la generosidad, tan amigo de su pundonor, y sobre todo, tan aborrecedor de los tiranos y tan libre y gallardo como siempre ha sido Guayaquil. La tiranía todo lo castiga, es mucha verdad.

Había en lo antiguo un gran imperio, regido por un gran emperador: todo era pomposo, largo, bueno: valientes eran los lidios y adictos á la honra como los que más. Vino un tal Ciro con numerosos ejércitos, venciólos, sojuzgólos, llevóse con cadenas á su rey, y oprimióles de manera, que dentro de poco todo era diferente entre los lidios, y en tanto grado peor, que los romanos, para expresar el colmo de la futilidad y la vileza, de lo mezquino y triste, á las más bajas acciones llamaban *lydi*. No quiera Dios, y no sucederá, que nunca vengamos á llamar *lydi* las acciones de los guayaquileños.

Déjeme U. hablar con claridad: yo nunca tuve por ilustrado al pueblo en globo; pero á salto de mata se encuentran en Guayaquil sujetos prominentes que cada uno de ellos vale por *una civilización*. Ciudad que ha dado Olmedos, Merinos y Rocafuertes, por fuerza tiene que ser considerada, y de las primeras y principales, no ya tan sólo en nuestra infeliz república, pero en América toda. Así como ha dado Rocafuertes, Merinos y Olmedos, puede dar en adelante hombres que nos sirvan de antorcha en estas tinieblas por donde vamos á trompicones sin saber adonde. El mismo García Moreno que, digan lo que quieran, es hombre sumamente notable, no es de Guayaquil? Notable, y aún *grande hombre* fué Catilina; notable, y aun *grande hombre* fué Cromwell; notable, y aún *grande hombre* fué Robespierre. ¿Acaso las virtudes solamente hacen notables? Los hacen también los crímenes y vicios: y cuando todas estas cosas, prendas, virtudes, crímenes y vicios vienen juntos como revueltos en la misma turqueza, forman

hombres sumamente notables, como García Moreno. Por mucho que lo lleven á mal sus enemigos ciegos, nunca dejaré de reconocer en él, en medio de sus maldades y ferocidades, ciertas prendas y aún virtudes. Si así no fuese, no hubiera sido tanto tiempo el primero, el único para todo, no se hubiera enseñoreado de la República, no la hubiera llevado á su casa á *empellones*, no hubiera andado sobre la gente como *sobre basura*. Encumbróse por obra de su sóla voluntad y valor, por obra de su constancia incontrastable; éstas son virtudes, y virtudes heroicas. Cuando he oído tacharle de cobardía, me he sonreído. Le llaman también *tonto* algunos: si va á política y materias de gobierno, vengo en ello; inhábil es para estas cosas; pero tiene para otras buen talento. Lo que sí hay es, que sus defectos y malas propensiones han preponderado sobre sus buenas cualidades, y cuando pudo ser presidente bueno y bien quisto, ha sido tirano desenfrenado y terrible. Todo ha querido hacerlo con palo y látigo, como si fuera un capataz de Charentón ó de Botany-Bay. Pero algunas veces, y no pocas, digo para mí: "Oh y cómo la acertó García Moreno! Así, así quiere ésta gente ser tratada." En vista de su brutal condición de no ceder sino á la fuerza, de no ser buena sino con los malos, y siempre mala con los buenos, á mí también me dan unas salvajes corazonadas de exterminación, y deseo que el Ecuador no tuviese sino una cabeza para que *el amigo* se la corte de un revés. Sabe U. cómo las indias de nuestros pueblos de la sierra exigen de sus maridos algunos mogicones y roturas de cabeza por semana como pruebas de cariño? Sin éso se tienen por despreciadas y mal queridas de sus cónyuges. Tal son los ecuatorianos: preciso es zurrarles duro para tenerles de buen genio. No ve U. cuántos partidarios, cuántos defensores tiene García Moreno? El Cosmopolita ha querido hacerles entender á sus compatriotas que son hombres, que no nacieron para esclavos, que es preciso ilustrarse, y otras cosas buenas: pues se les ha llevado el diablo: sus enemigos le han llamado *pícaro*, *atrevido*, sinvergüenza; sus amigos temerario, audaz, *herético*. Oh bendito *su-*

13

rriago! oh *barra* milagrosa! oh Santo Domingo eficaz! Á ratos le quiero mucho á García Moreno.

Si un capricho de la suerte, una vuelta de la fortuna pusiese en pinganitos á este inesperto Cosmopolita, todos sus conciudadanos pararían la oreja, observarían, esperarían: si bondadoso y blando echase por el camino de la civilización, tratándoles bien, procurando instruirles, compartiendo con ellos el poder y dejándoles íntegros sus derechos, todos se armarían de palos y piedras, le cogerían las vueltas, le gritarían y acosarían hasta obligarle al destierro ó hacerle morir. Si se sentara en el solio, terrible como el Satanás del Taso, con ojos centellantes cuya mirada resplandece como cometa infausto, armado de una disciplina de hierro, haciendo retiñir los grillos y las pozas que les preparaba, entónces sí que serían buenos, sumisos, tratables, precisamente como han sido con García. Inútil es advertir que van fuera de esta regla las excepciones que nunca faltaron á ninguna: pienso y me persuado que en medio de esta vasta servidumbre, en medio de este idiotismo y entorpecimiento de cabeza y corazón, hay todavía hombres de bien, amantes de la libertad y de la dignidad humana: raros, eso sí, muy raros; tanto que si uno se propusiera libertar su patria, por uno que hubiese para acompañarle en esa santa empresa, habría ciento por venderle.

. . . .

Y dejen ustedes de romperme la cabeza con la moledera de "*cuando sale*," "á qué hora," "á qué instante," y más impertinencias que nada tienen de esencial. Saldrá ó no saldrá según mis comodidades y mi humor, que en realidad de verdad no está ya para seguir metido en esta bolina ruin, en donde todo es arañazos y repelones. Por qué me he de esclavizar á una fecha? Con qué apoyos, con qué compañeros cuento para mi loca empresa? Los enemigos, ya sabe U. lo que son; pues sepa que entre *los amigos*, entre los pretensos *liberales* ha habido bellaco que no pudiendo salir bien en otras intentonas encaminadas á desacreditarme, echó á decir que mi escrito era *herético*.

No hay peor enemigo que el amigo.....el amigo solapado, falso, infame.

Métase U. con esta gente.....Oh no; lo mejor que podemos hacer con ella es lo que Don Quijote aconsejaba á su escudero hacer con el rusio, dejarla á sus aventuras, ora se pierda ó no. Qué partido urvinista es ese? En dónde está? García Moreno le ha pisado, ha bailado sobre él, le ha hecho polvo. Me dirán ustedes que doy armas al enemigo; el enemigo sabe ésto tanto como yo; por eso ha sido tan poderoso, por eso ha brincoteado riéndose sobre los pobres *urvinistas*. En tierra habitada por gente habría sido éste lo que ha sido?

....

Una idea, un principio podrá servir de bandera á un partido; un hombre, jamás sino á los pobres de espíritu. Patria, libertad, honra, he aquí mis caudillos; fuera de ellos, no tengo bandera. Desprecio tanto á los urvinistas como á los morenistas, si no les gobierna el pundonor; y tanto sería de los unos cuanto de los otros si la dignidad echase raya entre ellos. Nunca tuve empleo con Urvina ni le conocí personalmente sino después de su caída. El no insultar cobarde á un hombre ausente, hombre en desgracia, proscrito, no es escribir como urvinista. El sacar á las barbas del mundo los desafueros del tirano casi reinante todavía, en su presencia y su poder, es escribir, no como *urvinista*, sino como adicto á la verdad y á la filosofía, que en poco tiene la vida y en menos la muerte.

Pero qué mal hice en salir de mi silencio y alzar la voz en esta conejera! ¿Qué me había propuesto? Meter en los pechos esa chispa eléctrica que levanta á los pueblos y derriba á los reyes; ese principio santo y fecundo que echa por tierra las iniquidades establecidas; ese agente poderoso que socaba monarquías y erige repúblicas; ese 93 de Francia; ese 10 de Agosto de Quito. Quién oye? Quién entiende? Los judíos tomaron preso y lapidaron á ese profeta misterioso de que habla Josefo, que subía todos los días á las murallas á predecir las ruinas de Jerusalén, por causa de los crímenes y la co-

rrupción de sus habitantes. Si mis enemigos estuvieran para matarme ó mandarme al Napo, muchos de *mis amigos* aplaudirían en lo profundo de su corazón. Qué se ha de intentar en este desventurado pueblo? El que tiene la desgracia de vivir en él, debe seguir al pie de la letra la máxima de Pitágoras: Si quieres ser feliz, oculta tu vida.

. . . .

Para concluir con todo, Señor caballero, como es probable que yo no vuelva á meter mi mano en las suciedades de este país, sino fuere en ocasión muy especial, les daré acerca de una materia importante una luz, sino la tienen. La imprenta lleva á cabo las mayores y más seguras revoluciones; es ella misma una revolución, pausada, prudente, pero infalible. La imprenta previno el campo, inició la gran revolución francesa, revolución grandiosa, revolución universal. Voltaire y Rousseau, d' Alembert y Diderot hicieron más por ella que Saint Just y Camilo Desmulins. Las ideas de dignidad humana, libertad política, igualdad ante la ley, infiltradas poco á poco en el corazón y la cabeza de los hombres por esas plumas elocuentes, acarrearon la caída de los reyes, abolieron las tiranías. Las matanzas irracionales, los injustos sacrificios no los predican los filósofos; son obra de la anarquía momentánea, del desorden inevitable, del furor que las revoluciones traen consigo. Pero debajo de esta hirviente espuma queda en el fondo el oro aquilatado: obra del escritor, obra de la filosofía, obra de la imprenta.

La imprenta en los pueblos civilizados es la palanca con que se mueven los mayores pesos, el brazo de Hércules que despedaza tigres y leones: los reyes la tiemblan, los pueblos esperan en ella, y donde se la entiende y aprecia, la imprenta es un trono elevado que echa de sí mil rayos luminosos. Veo á un escritor entrar en la capital del mundo coronado de flores, en pomposos carros tirados por alfanas regias, cual triunfador de los juegos olímpicos, en medio de los vítores de un pueblo inmenso y entusiasta (*). Veo á otro escritor

(*) Voltaire, en París.

ser llamado como legislador á dictar códigos y leyes(*). Veo cien y cien escritores guardar el continente de patriarcas venerandos, bien quistos, admirados, respetados de sus compatriotas, y valer sus obras más que la de vano lujo, y correr entre la gente más que las de la vanidad y del entretenimiento. Tillotson y Clarck, Fenelón y Bossuet eran unos como dioses en la tierra. Pero en donde sucede ésto? En los pueblos cultos, he dicho: en Inglaterra, en donde no hay cochero que no compre antes su número de periódico que su cerveza; en Francia, en donde no hay costurerilla que no ocurra por "La Patrie" ó "Le Constitucionel;" en los Estados Unidos en donde los mozos de cámara se desayunan con artículos de política ó discursos del Congreso. Aquí el escritor no puede, no vale nada. El que no entiende, por ignorancia le desprecia; el que entiende, por viles motivos le aborrece, y todos le disfaman. Se suscriben á un periódico por condescendencia, por puro favor: escribir, no es servir al público, es pedirle un servicio. Da un rico un par de monedas, y tiene por seguro que *protege* al que va á publicar un escrito, si ya no piensa que éso era echarlas en la calle. Pues no hay imbéciles que se imaginan de buena fe darle á uno pruebas de amistad y consideración con leer lo que ha escrito? Si tengo tiempo, leeré, dicen con una sonrisa protectora. Y no advierten estos desgraciados que si por casualidad se da en *esta tribu* un hombre que ha pasado buenos años en leer y estudiar, en nutrirse de buenos pensamientos y mejores sentimientos, para después ver de ser útil á sus semejantes, aunque no fuese sino por su buena intención, merece lo contrario de lo que ellos le prodigan.

Verá U. como salen diciendo que hablo mal de mi patria, que la desacredito en el exterior, que......Qué sé yo qué? El hito no está en que hable mal ó bien, sino en que hable la verdad: españoles, ingleses, chinos, persas, ecuatorianos, todo es lo mismo para mí: son porciones del género humano que las miro con los mis-

(*) J. J. Rousseau, por los Corsos.

mos ojos: si son malos, malo; si son buenos, bueno. Aferrarse á un pedazo de tierra y no querer oír otra cosa ni por nada, es apocada condición. Denme un Ecuador libre, ilustrado, digno, y soy ecuatoriano; de lo contrario me quedo sin patria, porque *el hombre de bien no la tiene sino donde impera la virtud.* Llamaré Roma á cualquier rincón del mundo en donde pueda vivir libre, como decía Marco Bruto, y allí, allí es donde no seré extranjero.

Si hay acedía en mi lenguaje, conviene disculparla: ya U. ve que el haber principiado á publicar un periódico rebozando en honradez y buenas intenciones, no era motivo para este alzamiento de negros que han hecho contra mí unos y otros. Los infames capadocios rehusaron la libertad que los romanos les ofrecieron de su bella gracia: éste es el caso de los ecuatorianos.

LOS CORTESANOS.

Todos han oído que los aduladores de Alejandro Magno llevaban artificialmente la cabeza inclinada hacia el hombro izquierdo, porque el héroe, de naturaleza y nacimiento, la traía de ese modo. Bueno fuera, y muy bueno, que esos dañinos parásitos que crían en el trono, en la casa del poderoso y del rico, ansiasen por imitar las prendas y remedar las nobles acciones de los que toman por modelo en vicios ó defectos; mas no es conforme á su baja índole la alteza de alma que en algunos príncipes ó señores les impele á gloriosas obras: su ahinco se pone en aplaudir sus vicios y practicarlos por su cuenta siguiendo ridículos las cosas, sino malas, indiferentes. Y así debe ser, visto que de otro modo ya no fueran *cortesanos*, mas antes discípulos beneméritos, aprovechados en la gran escuela de la virtud y el heroísmo, y como tales, dignos del aprecio y el amor de sus semejantes. Para ser cortesano es preciso tener una almilla de marca menor, raquítico y perverso corazón, ideas extragadas, condición de todo en todo miserable. Los amigos de buena fe, los consejeros sesudos y de buena conciencia, los patriotas impelidos por el punto de honra de la patria que acuden al palacio y rodean al rey ó presidente, no son cortesanos; los empleados íntegros y cumplidos en el desempeño de sus deberes, los militares valerosos y pundonorosos que prestan el oído al menor ruído de guerra, y vuelan hacia el caudillo, no son cortesanos; los ciudadanos de valía cuya presencia y voz pueden mucho en el ánimo del Gobierno, los escritores justicieros que ensalzan su buen juicio y acertadas disposiciones, no son cortesanos: cortesano es el que alaba en el príncipe ó gobernante de cualquier título precisamente aquello que merece vituperio; cortesano es el que está pronto á poner de su parte cuanto ha menester el déspota para la consumación de sus caprichos; cortesano es el que tiene á honra y halla gus-

to en servirle, aún en lo vil, aún en lo doméstico. Pueblos hay en la tierra en donde uno de los mayores honores es recibir en la mano la saliva del emperador: aquí no es eso *un honor*, pero la reciben; la reciben, miserables! y están contentos.

Dionisio, tirano de Siracusa, se enfurecía porque Platón no le había declarado el más impertérrito guerrero, el más valiente de los hombres; Dionisio, apocado y ruín tirano, sin valor ni audacia, trémulo siempre, viviendo en mil mortificaciones á efecto de defender su vida; Dionisio, que de recelo del rapista y por precaución, en lugar de afaitarse, se abrasaba la barba con un carbón encendido; Dionisio, quería que el filósofo le declarase el más valiente de los hombres. Tenía razón Dionisio, atento que durante su larga tiranía no había visto sino rostros cuitados á su rededor, no había oído sino palabras de lisonjas, no había presenciado sino hechos encaminados á deificarle, en términos que el mismo Aristipo, con ser quien era, se echaba de rodillas por aquel suelo, dando por disculpa que el buen príncipe suele tener los oídos en los pies. He aquí la obra de los cortesanos; corrompen, desfiguran, pervierten al poderoso: si fué bueno, si germinaban en su pecho simientes de sanos frutos, todo lo dañan, todo lo arruinan y siembran en él cicuta. Sin los Patrobios y Policletos, sin los Narcisos y Asiáticos Roma no hubiera por ventura vertido tanta sangre ni tantas lágrimas, porque los Cayos y Nerones y Vitelios no hubieran sido tan Vitelios tan Nerones ni tan Cayos. La verdadera, la horrible tiranía está á las veces en manos de los eunucos: raros son los déspotas que lo son por sí y exclusivamente; raros, ya que el mismo Luis XIV no cometió la acción más vituperable de su vida sino á impulso de los cortesanos: la revocación del Edicto de Nantes obra fué de Madama de Mainteuon, obra de los que la inspiraban, obra de los cortesanos; y si bien uno de estos fué, es y será hombre grande, no por éso dejó de ser en esa coyuntura ciego y mezquino, Dios le haya perdonado.

El magistrado ha menester gran superioridad de espíritu, gran cordura y experiencia para no dejarse arre-

batar al abismo adonde le arrastran los aduladores; es preciso ser aquel Alejandro Magno, que á pesar de todos se reconocía mortal, dejando á los dioses la divinidad de que querían revestirle á porfía sus secuaces. Recibe el héroe una herida en una gran batalla; corre su sangre, y él, sereno y filosófico: Qué decis ahora? pregunta á los que le rodean; este humor colorado que fluye de mis venas es aquel licor divino que Homero hace manar de las heridas de los dioses? Paréceme que no es sino sangre, y que yo soy hombre como todos. Estas lecciones no las saben dar sino los verdaderamente grandes, porque no son tales por el valor tan sólo, mas por *la filosofía, la moral* y *la virtud* en junta. Un tiranuelo apocado convendrá de buena gana en que es superior magistrado; un tímido y huidor general, como los muchos que tenemos, dará gustoso oídos á los que le llaman intrépido y constante guerrero; un caudillo inepto, que deja por su cuenta á los soldados en el instante del peligro, se llamará, cuando él pasó, y se dejará llamar buen táctico, jefe digno, incontrastable obstáculo para el enemigo; y si colmada la lisonja hubiera quién quisiera hacerle pasar por hijo de Júpiter, sino creyese del todo, á lo menos se pondría á dudar acerca de su estirpe.

Los cortesanos son la peste de los Gobiernos, y el rey sabio ó cuerdo presidente debía echarlos de su lado, debía huir de ellos como de leprosos: todo lo estragan con su pestífero aliento; la mentira es familiar en ellos, *es su modo de hablar*, cosa propia y natural. Vióla el tirano la Constitución, echa las leyes por la ventana: Qué energía de hombre, qué pulso para gobernar! El mismo Agesilao no hizo dormir las leyes 24 horas? Degüella prisioneros de guerra, azota ciudadanos, destierra representantes de la nación: Sí.... ésto es lo que esa gente necesitaba, una mano de hierro; ahora es cuando vá á reinar la paz, y seguir su camino la prosperidad pública. Quiebra la justicia, despliega las banderas del despotismo, y entre cadáveres ó mudos esclavos se pasea con el látigo en la mano: Héroe, sabio, grande hombre! Grande hombre, grande para los esclavos.

Juan Bautista Poquelín, mozo de cámara del rey Luis XIV, empezaba á llamarse Moliére. El monarca, á fuer de protector de los ingenios, le cobró cariño y hacía gran aprecio del poeta: vió representar y aplaudió sin rebozo varias de sus primeras comedias; lo que hizo que en la Corte no se hablara sino de Moliére. Moliére, gran poeta; Moliére, ingenio sin par, alma sublime; qué donaire, qué sal ática en sus chistes! Cómo se siente uno ganar de la risa á una palabra suya, qué plácidas sensaciones despiertan el corazón más perezoso! Y ésa mirada profunda con la cual requiere el corazón humano! En él la filosofía y la poesía vienen asidas de la mano: todo es gracia, pero todo moralidad; todo parece lijero, pero todo encierra algo profundo y grave. No ven como tiene á S. M. todo de su parte? Así habla el cortesano.

S. M. guarda silencio en la primera representación de *Le bourgeois gentil homme*, lo cual es luego tomado por señal de desaprobación; ya Moliére no vale nada para los cortesanos: Por quién nos toma este poetastro? exclama un duque; piensa divertirnos con sus cinco eternos actos en prosa? Qué pesadez, Dios mío; uno se muere de sueño; todo vacío, todo huero; de dónde se le puso al tal Poquelín venir á encajarnos su insulso comedión? Represéntase la pieza segunda vez á solicitud del rey, el cual lleno de gusto dice á su autor en medio de la Corte: "Señor de Moliére, vuestra comedia me ha hechizado; me parece muy buena; á lo menos es de todo mi agrado, y la veré representar cuantas veces pueda. A la primera, mi juicio se vió indeciso; pero ahora entiendo que no habéis hecho cosa mejor; os felicito y aplaudo de todas veras". Este Moliére es verdaderamente un grande hombre, exclama el mismo duque, así como el rey hubo salido. Qué admirable pieza la que nos ha dado: todo ingenioso, poético, superior: qué son Aristófanes y Terencio? Uno no siente sino que se acabe esta divina comedia, y les sé decir á ustedes que el teatro en manos de semejante maestro es una escuela de moral y sabiduría.

Los mismos cortesanos desdeñaban sobre manera

al mismo poeta mientras el rey no le hubo dado señales de alta consideración; en términos que el pobre Moliére estaba hambreado en todo un palacio de Versalles, porque hasta los sirvientes querían tratarle mal. Súpolo el rey un día, y le dijo amistosa y respetuosamente: "Señor de Moliére, sé que aquí lo pasáis mal; dispensad mi descuido y hacedme la honra de comer conmigo de hoy para adelante." Mandó luego se sirviera, y él con sus manos ofreció el primer plato al poeta. Desde entonces tiempo y paciencia le faltaban á éste para honrar con su presencia los banquetes de los grandes que se le disputaban cual si fuera el propio Luis XIV.

Éste es el cortesano monárquico, el cortesano europeo. El cortesano americano, el cortesano republicano es vil, mucho más vil. El cortesano monárquico no desconoce el honor, cae ó muere con su rey; tiene bandera, la sigue; sabe quién es, á quién pertenece y qué piensa. El americano, el republicano es un ente sin pundonor, sin principios, sin afecciones sino malas: no cae con su rey, su rey es el que está de pié, el que manda: hace lo posible por ser de los triunfantes, para él no hay mas infamia que la pérdida de su sueldo. El cortesano republicano habla de éste modo:

1855.

Éste Urvina vale mucho: da gusto verle mandar. Y quién ha hecho hasta ahora lo que él? Contribuyó para la expulsión de los jesuitas, sancionó la ley que los echaba del país, y con ésto obró por la moral, por la seguridad del Estado. Sancionó, llevó adelante la abolición de la esclavitud; hizo lo posible para indemnizar á los dueños de los negros, de modo que á nadie perjudicase esa reforma caritativa, ese gran paso hacia la moderna civilización. ¿Y el pueblo no tiene voz y voto, por decirlo así, en las grandes materias que forman hoy el tema de la democracia? Hasta

1866.

Pícaro Urvina! lo peor que tenía es no saber mandar absolutamente: dejábase llevar por la gente más ruín, más inepta. Un coronel tal puede más en su ánimo que un congreso, un negro cualquiera, con que fuese soldado, había de alcanzar de él mucho más que su mayor y más ilustrado amigo. Y qué de males no hizo á la nación durante su aciago mando! Expulsó á los jesuitas; golpe terrible á la religión y las buenas costumbres. Abolió la esclavitud, es decir, arruinó la industria, acabó con las haciendas: los negros fueron libres, y todo se echó á perder: los artículos de primera

hoy no se habían visto *sociedades populares* promovidas, sostenidas, fomentadas por el Gobierno: los artesanos ignoraban lo que eran *derechos* y ni se les había pasado por el pensamiento perorar en tribuna, hablar de igualdad, hombrearse con los altos magistrados, é ir cobrando insensiblemente cierta importancia política que manifiesta los grandiosos efectos del republicanismo. Desengañémonos, Urvina es hombre de importancia, á quién debemos sostener á todo trance.

necesidad fueron caros al doble; no hay quien trabaje, la canalla se insolenta. Pues no vemos á los *cholos* imbuídos de la idea de *ilustrarse*! ya no quieren sino colegio; echan menos la tribuna, la democracia. Y á quién se deben estos males? A Urvina que hecho el demócrata daba cabida en su gobierno, ó más bien en su ejército, á cuanto pícaro y malvado alimentaba la tierra. ¿Cuándo oyó Urvina un consejo de un hombre civil, de un sano entendimiento, de un sincero amigo? No daba gusto sino á las bayonetas: qué bien le han pagado! qué bien caído, qué bien desterrado está.

El que usa estos lenguajes es el mismo, ó más bien los que los usan son los mismos, pues son muchos. El hombre de bien, el patriota sensitivo, el ciudadano generoso y amigo de la verdad no sabe qué sacar de ese fárrago de contradicciones, de ese *gatuperio* de oprobios y alabanzas, en el cual parece borra todo: depurado ese material en el crisol de la justicia por un sabio filósofo, por ventura quedaría un grano de oro aquilatado, pero á buen seguro hubiera mucha escoria. El que finca sus esperanzas en el Erario, cualquiera que sea el que mande, no es juez idóneo; el que aspira á una gobernación y la quiere conservar largos años, no sabe lo que se dice; su lengua va siempre encaminada á su provecho, ora oculte la verdad, ora olvide los antiguos beneficios: juicio sano, corazón bien formado, virtud se ha menester para juzgar bien á los hombres. Estos mismos desgraciados para quienes García Moreno ha sido y es todavía, porque aun se espera en él, un héroe, un grande hombre, ¿qué han de decir cuando el viento se lo lleve como á hoja seca, cuando desaparezca en este vaivén perenne que trae revueltas las cosas de esta desdichada parte del mundo? He aquí lo que dicen hoy, he aquí lo dirán después.

1865.

Digan lo que quieran sus enemigos, García es un prodigio: con la constancia y el valor del héroe da altravez la tiranía y se eleva sobre todos. No contento con ésto engrandece la República; desafía, acomete á la nación insolente que de continuo nos estaba amenazando. Si la suerte le fué adversa, no es culpa suya; se perdió, pero no por eso hizo temblar menos á los granadinos, ni los Arboledas y Mosqueras le respetaron menos. Dónde se ha visto que un prisionero goce tantos y tan señalados honores como él gozó? Luego se rescata él mismo, y él solito se viene á toda carrera, y hace de nuevo temblar á sus enemigos interiores. Inquieto, heroico, sublime, junta todo género de gentes y vuelve á mover guerra al otro partido de Colombia. Si le vuelven á derrotar, no es culpa suya; á Carlos XII le derrotaron también los rusos en Pultava, á Napoleón los ingleses en Waterloo. Y este amor por la instrucción ¿quién lo ha tenido? trae maestros de todas partes, les tiene bien pagados, y eso basta. Fomenta las obras públicas, los ingenieros andan de arriba para abajo, todo es movimiento. Ni los conventos se escapan de su vigilancia, hace venir religiosos nuevecitos y en abundancia: todo camina para el bien, todo; porque su principal ahinco es exterminar á los enemigos de la patria.

1875 ó acaso ántes.

En resumidas cuentas el tal García no era sino un calvatrueno: *helé,* los bienes que nos dejó, enemigos sincuento, por haberle obedecido, por haberle ayudado en la tiranía. Quien nos metió á servirle ciegos en todas sus botaratadas? Sin saber por qué ni para qué va á estrellarse contra Julio Arboleda, y se deja cojer como recluta. Y no es ésto lo peor, sino que este tunante se burla de él como le da la gana mandando á los pastusos presentarle las armas [las cachiporras] cada y cuando le ven. ¿A quién no le hubiera escarmentado ese cuerazo? Á él no; alza la gente, deja incultos los campos, mete un llanto deplorable en toda la República, y montado en más de 800 caballos, manda á su aparcero, que al otro día vuelve con una cara larga, diciendo que *ese Tomás* es el mismo diablo, y que todo se ha perdido *menos el honor*, porque felizmente no lo había llevado.

Y esa manía de hartarnos de frailes y extranjeros de toda clase, sin saber para qué; por decir que trae extranjeros, y que él sabe lo que se hace: él sabría lo que se hacía, pero la República iba derechito á su ruina, y nosotros, ó éramos muy malos ó muy tontos que le aplaudíamos eso. Por dicha todo pasa, y la Providencia al fin se compadece de sus criaturas.

Ya les oígo expresarse de esta manera á sus más adictos, sus más fieles amigos, sus generales, sus coroneles, sus gobernadores, sus huéspedes: mis flechas no se

dirigen á él en esta ocasión; dirígense á ésta abominable turba que está con el que manda, que ayuda al revolucionario á derrocar al gobierno débil, que es revolucionario cuando las pesas caen bien, y ministerial, gobiernista, si el sueldo está seguro: á esa turba sin principios ni ley de conciencia que grita porque la mandan gritar, que calla porque la mandan callar; que tiene por bueno lo que el amo estima tal, por malo lo que él lo aprecia así. Dadles coyuntura de venganza, ofrecedles tenerles bien pagados, hacedles columbrar la impunidad de sus delitos, y en ella tendréis amigos fieles, cualesquiera que seáis. Eliogábalo mandó por público rescripto que se le creyese y le tuviese verdaderamente y sin duda por Cibeles, madre de los dioses. Todos sus cortesanos se dieron buena prisa en creerle y tenerle por Cibeles, madre de los dioses. Si al mariscal Mitre en Buenos Aires, ó á Carrera en Guatemala, ó á García Moreno en el Ecuador se les hubiera puesto en la cabeza mandar y ordenar por bando se les crea y tenga por Saturno, padre de los dioses, los gobernadores de provincia hubieran creído y tenídoles por Saturno, padre de los dioses, y echo correr proclamas para el desposorio de tan esclarecidos novios. No hablo de éste ni de aquel gobierno; en todos hay cortesanos, palaciegos; para éstos quisiera yo un azote de Dios, un Atila que los empalase á todos, purgase y dejase limpia la tierra de esa abominable enfermedad. Filipo tuvo cortesanos, Augusto, Francisco I° los tuvieron: y si dando un salto inmenso pasamos á nuestros países y nuestros tiempos, Castilla tuvo cortesanos, Urbina los tuvo, García Moreno, tan altivo y soberbio, tan amigo de no oír sino á sí mismo, los tuvo á su vez: éstos le aconsejaban no renunciar la presidencia, y él eso, se quería; éstos hacían negar las renuncias, y él eso se quería; éstos le decían que era hombre necesario, y él eso se quería. Y ningún emperador, rey ni presidente que yo sepa, ha desconfiado enteramente de ellos ni del todo les ha cerrado las puertas, por bueno que fuese. Alejandro los despreciaba, Enrique IV les aborrecía; pero no ha dado el mundo sino un Alejandro y un Enrique IV. Y, cosa rara, un bueno, un pobre hombre,

el presidente Róbles, no dejaba de dar sus cachetadas á los cortesanos: su hombría de bien se irritaba de la mentira, le exasperaba la lisonja, y acaso su misma medianía, teniéndole inferior al infame artificio palaciego, á esa fina pero infausta máquina de la adulación política, le hacía presentarse superior por inocencia; tal es la fama de ese ex-presidente, ex-general y ex-hombre, y tales las cosas que de él he oído referir.

Érase Róbles muy amigo de los *vinos;* pensaba acaso el pobre que eso era cosa de presidentes, y corría muy valido su *gusto* y la superioridad de los que se bebían en palacio. Día hubo de llegar en que diese una buena lección á sus cortesanos: comían de confianza, bebían á banderas desplegadas buenos vinos, añejos de cuarenta años, la flor y nata de la uva de Burdeos y Borgoña. "Qué dicen ustedes de este vino? pregunta Róbles. Exquisito! Superior! Admirable! Exclaman cien voces, atropellándose por ser primeras. "Yo nunca lo probé tan bueno; ésto le debe costar á V. E. caro?" "Aquí *se masca* la uva, ésto no es Julián Medoc." "Dicen que en Europa mismo no lo toman sino los potentados." Y cómo ha de ser? Mi general es hombre que entiende." "Vaya! Ni Urvina dió nunca una cosa parecida."—Y ese vino de Maruri qué tal es? añade Róbles.—Oh....eso no vale nada." "Abominable, ruín." "No se puede tragar." "Yo no sé como haya quién pueda pasar un sorbo." "Canpeche, vinillo con cal." "No es bueno ni para California."—Pues sepan ustedes, interrumpe el presidente, entre sonreído é indignado, que todos los vinos que han tomado hoy son de Maruri.

Unos pusieron la cara larga, otros ancha; éstos se agacharon, ésos se revolvieron; tales se rieron á hurtadillas, cuales se hicieron colorados, y ninguno dijo una palabra, sino fueron los más dignos, que por seguro los había.

Éstos son los cortesanos, y lo que dicen de los vinos de Róbles y del café de García Moreno, dicen de la justicia, la verdad, la grandeza, la política en fin, y la moral en general. Lo que para ellos no vale nada, si con eso esperan ganar la voluntad del amo, es por ven-

tura bueno y de subido precio; lo que tienen por grande y superior, talvez no es sino bajo y despreciable. Triste del magistrado que sea llamado grande por los palaciegos! Triste si no tiene más sufragios. El juez competente es el público, el gran público; la voz sonora y firme que sale del medio de la nación es la que pronuncia, y la posteridad canoniza las virtudes. El vicio anda con corona, es cierto, vestido de emperador; pero en su día el demonio le despoja, le dá látigo y carga con su presa. La verdad sube á los cielos.

LA VIRTUD ANTIGUA

Y LA VIRTUD MODERNA.

Á los Señores colaboradores de "La Patria."

Muy Señores míos;

Si en lo esencial están ustedes en un corazón conmigo, en lo secundario tendremos poco que decir. "El grave defecto de que adolece en general" "El Cosmopolita," según el entender de ustedes, no está en mí, sino en los que precipitan su juicio sin cargar la consideración en la sustancia de las cosas. Quítese aquella *contraposición* entre las virtudes paganas y cristianas, entre María madre de Dios, y Arria, mujer de Cecina Peto, y de suyo quedan en nada esos *abismos tenebrosos, ruidos temerosos, preludios horrorosos* con que se nos quiere hacer temblar. Nuestro anhelo porque la mujer tome ideas de lo antiguo no implica menosprecio por lo moderno; antes por el contrario, suponemos primitiva, precisa y adquirida ya la educación religiosa, para que vengamos á proponerla ahora como cosa nueva de la cual convendría tomar lecciones. Quién no sabe que el cristianismo ante todo? María! es el primer nombre que la niña pronuncia, en él suelta la lengua, con él principian los ejercicios de su habla. No la ven ustedes haciendo altarcitos y oyendo la misa que un rapaz de la familia ahí luego se la dice? La mujer entre nosotros nace, vive y muere cristiana: y se imaginan ustedes que á estas horas hemos de querer venir á convertila al paganismo? Más loco sería quien tal creyese que quien tal intentase.

Yo no he dado una lección en el prospecto de "El Cosmopolita;" era y no más un preludio, una introduc-

ción á lo que me proponía decir acerca de la educación de la mujer. Mis ideas se hubieran desenvuelto á gusto de los más aprensivos cristianos, porque de las virtudes antiguas y modernas habría procurado destilar, si sufre decirse, una sola, buena y verdadera. Tal era mi intento, y tal lo habría manifestado, si ustedes no se hubieran anticipado á reprobar lo que aun no había dicho. Bien se me alcanza que la pura y limpia virtud, la virtud digna del cielo está en la ley cristiana, ley de Dios. Pero si los antiguos griegos y romanos practicaron gran parte de ella por especial favor de la Providencia, diremos que no fué virtud solamente porque el Redentor no había aún descendido al mundo? Virtud fué la de Sócrates, sabiduría la de Platón. Cómo! Sócrates practicando y enseñando el sufrimiento; Sócrates sufriendo y aconsejando la pobreza; Sócrates poniendo por obra y prescribiendo la modestia: Sócrates hablando en todo caso la verdad; Sócrates humilde; Sócrates morigerado; Sócrates continente; Sócrates benigno, bueno, afable no fué virtuoso verdaderamente? Todo lo que Jesucristo predicó después, Sócrates lo predicó antes; casi todo lo que Sócrates practicó antes, Jesucristo lo enseñó después. Si Sócrates hubiera vivido en tiempo de Jesucristo, habría sido el primero, el más querido de sus discípulos, él le hubiera bautizado en el Jordán. Sí, Sócrates es uno como profeta, en cierto modo precursor del Mesías, que han venerado todos los siglos, que nosotros debemos venerar, que venerarán nuestros descendientes. Filósofo sin par, hombre tan sólo inferior á Jesús, alma sublime, Sócrates! ¿No eres tú el que con mano firme rasga el espeso manto que envolvía al mundo, y con mirada clara distingue allá un solo Dios eterno? No eres tú el que muere por la sabiduría? No eres tú el que pone escuela de grandeza de alma y bondad de corazón? El Salvador estaba lejos de emprender en su grande obra, y ya en la tierra había un hombre que le anunciaba con las suyas: éste era Sócrates. Y porque no tuvo el nombre de *cristiano* ni lo podía tener hemos de llevar á mal que se le proponga como ejemplar de virtud y sabiduría? Quién ha dicho

que los hombres de hoy inmolen un gallo á Mercurio á la hora de su muerte? Fuera de esta debilidad ó condescendencia, Sócrates fué verdadero y buen cristiano, y el Padre le ha bautizado talvez en la Ciudad de Dios.

Notad qué similitud reina entre estos dos ecelsos personajes: uno y otro nacen en humilde cuna; uno y otro llevan vida pobre, laboriosa, bienhechora á los demás; uno y otro tienen discípulos; uno y otro son denunciados, acusados, perseguidos; uno y otro beben el amargo cáliz; uno y otro mueren á manos de los que querían salvar. Jesucristo murió por redimir al género humano, Sócrates no murió por la vanidad. No hay sino una diferencia entre los dos maestros, pero diferencia grande, infinita, la que media del cielo á la tierra, es á saber, que el uno era hombre Dios, y el otro hombre puramente. Si se desea imitar á Sócrates, no se echa en olvido á Jesucristo: el toque de la dificultad estará en la naturaleza de las obras que se escriban: si son religiosas y encaminadas á la conversión de los fieles, no hay para que nombrar Sócrates ni Platones; todo será en ellas Jesucristo y San Juan Evangelista; si es mundana, cosa del siglo, que versa sobre la educación política y civil, sobre el aprendizaje de las sociedades y el paso común de la vida, teniendo por bien averiguado y admitido ya lo perteneciente á la religión, nadie nos quita que nos valgamos de los filósofos y grandes hombres de lo antiguo. Déjenme ustedes escribir un libro ascético, y les ofrezco no olvidar á ninguno de los Santos ni Santas de la Corte Celestial. Pero está uno hablando de Atenas y de la Roma antigua, y ha de salir con Santo Tomé y Santo Toribio? Tengan ustedes conciencia. Y tengan también cuidado, porque si empiezan ahora á echar piedras á Sócrates, pueden correr la suerte de Anyto y Melito, quienes fueron perseguidos por los griegos, aborrecidos y escupidos de todos, excomulgados y al fin lapidados á su vez, por haber acusado al Maestro ante el Areópago. Los siglos y las generaciones han ungido á Sócrates: es uno como Gran Pontífice: el que le toca, queda maldito.

Yo sé bien que Jesucristo es el primero, el princi-

pal modelo de virtud. Su Imitación es, á mi juicio, uno de los más sublimes y mejores libros que salieron de la mano del hombre. Pero en segundo lugar, y cuando no venga al caso hablar de él, qué, quién nos prohibe acudir á los varones antiguos, sabios y virtuosos? Ustedes han querido sentar un principio ocasionado á mil sonrojos según alcanzo á columbrar, esto es, que fuera de la Iglesia no puede haber virtud. Para no apartarnos del mismo filósofo, una vez que tanto les disuenan los nombres gentiles, díganme ustedes: la humildad en sí misma es virtud cristiana? en San Francisco lo es, en Santa Teresa lo es, y no lo sería en Sócrates? Si en éste no era virtud, ¿qué era? vicio, ó cosa indiferente? Estos son los *abismos*, los *ruídos*, los *preludios* á que ustedes nos arrastrarían con sus doctrinas egoistas.

"Si con el corazón puro tiendes los brazos á la Divinidad, y te rehusas á lo inícuo, y no vives en pecado; entonces elevarás la frente sin mancilla, y olvidarás tu miseria, y no te acordarás de tus males sino como de aguas que han pasado. Y tu gloria resplandecerá como el sol de medio día, y cuando te creas consumido, renacerás como la estrella matutina. Y permanecerás seguro, y en la tumba dormirás sin temor."

"Señor, quién habitará en vuestro tabernáculo, y quién reposará sobre vuestra montaña Santa? El que va por el camino de la inocencia y practica la virtud: el que dice la verdad en su corazón, y no oculta el artificio en sus palabras: el que no hace mal á su hermano y no le provoca con injurias: aquel cuya presencia confunde á los perversos, y honra al hombre temeroso de Dios; que hace contra el mal un juramento irrevocable; que no da dinero á usura ni recibe presentes para juzgar con injusticia; éste, éste es el que no irá vacilante por la eternidad."

Así hablan los profetas: aquí no hay egoismo, aquí no se condena la virtud de Sócrates, aquí no hay *ruídos* ni *preludios*.

"Tribulación y angustia sobre el alma de todo hombre que practique el mal, del judío desde luego, después del pagano; pero gloria, honra y paz eterna á

todo el que practica el bien, al judío y al gentil, porque Dios no hace distinción de personas." (*)

He aquí los discípulos del Señor abriéndo los brazos al género humano, y vosotros echándole á empellones al infierno! "Al judío desde luego, después del gentil, porque Dios no distingue las personas". Habéis oído? Y si Dios no excluye á ningun bueno, nosotros huiremos su contacto bien así como de gente maldecida? Ya habéis visto, la virtud es virtud en todo tiempo y lugar, y de ella hay ricas fuentes en esas tierras que vosotros cubris de tinieblas y condenación. El Señor es magnánimo, el Señor es generoso. "Hay muchas moradas en la casa de mi padre, dice él mismo", y vosotros trabajáis por hacer esa casa mezquina y miserable, donde no haya espacio sino para los elejidos vuestros, y no para los elejidos del Señor.

Leo con asombro en vuestro escrito: Iremos á la antigua Roma (y por lo tanto á la antigua Grecia, pues que hadeis aunado estas palabras) en busca de la moral y de la virtud? Pero ellas son hijas de la religión &. Y leo con gusto, y me consuela este pasaje de Bossuet. "Poco más ó menos por el mismo tiempo Thales mileciano formó la secta jónica, de donde salieren *esos grandes filósofos* Heráclito, Demetrio, Empédocles, Parménides; Anaxágoras, que hizo ver el mundo construído por un espíritu eterno; Sócrates, que algo después trajo el mundo al estudio de las buenas costumbres, y *fué el padre de la filosofía moral*". Carneades, Plutarco y otros filósofos discípulos de Platón, discípulo de Sócrates, trajeron á Roma esta filosofía moral, y la enseñaron, y tuvieron sectarios infinitos. He allí la filosofía moral, y con ella la moral y la virtud con *las buenas costumbres á que Sócrates trajo el mundo.* Mi Dios! ahora no me fío en la autoridad de un pagano: Bossuet, Bossuet es mi apoyo; Bossuet, Bossuet es mi guía; Bossuet, Bossuet es mi maestro. El me hace ver que esos Gentiles que vosotros oborrecéis y menospreciáis son *grandes filósofos*; el me hace ver que esos hombres cie-

[*] Epístola de San Pablo á los Romanos.

gos incapaces de moral y virtud, son padres de la moral; el me hace ver que esos idólatras hijos de Satanás ven el mundo construído por un espíritu eterno y proclaman un sólo Dios.

Si antes de la propagación de la religión cristiana no podía haber moral ni virtud, como afirmáis, venis por vuestros pasos, vendados los ojos, á poneros al borde de un abismo más *tenebroso* que ese que *yo he querido cavar*: Moisés, Aarón, Josué, y tú, gran Melchisedech, no conocisteis la moral; David, Salomón, y tu Ratzías venerable, no conocisteis la virtud; Exequías, Jeremías, y tú sublime Isaías, no conocisteis la sabiduría. Y con todo, "no solamente veíais á Jesucristo, mas antes érais su imagen y representábais sus misterios". Lejos de mí el pensamiento de creer á mis impugnadores imbuídos en estas creencias; ésto no es sino para hacerles ver cuan peligroso es dejarse arrastrar por un entusiasmo ciego ó una mala fe sin límites, que muchas veces llevan á la impiedad involuntaria aún á los hombres más adictos á la religión cristiana.

El empeño constante de ellos es hacer pasar por impíos, por *herejes* á los que no lo son, como si eso no fuera faltar á la caridad, dejar de observar la ley de Dios, ser impíos ellos mismos. Pero qué diferentes son los juicios de Dios de los de los hombres! Mientras vosotros nos condenáis, él nos absuelve, como piensa Tertuliano. (*) Sed sabios sobriamente, no lo seáis más de lo preciso, dice el Apostol.

"Sois jeneroso con el jeneroso, seréis terrible con el perverso.

Vos sois, Señor, quien hace brillar la antorcha que me alumbra; iluminad mis tinieblas.

En vuestra custodia, ó mi Dios, atravesaré el campo de mis enemigos; con vos tendré fuerza y agilidad para salvar sus murallas.

Dios es más elevado que los cielos: tú, miserable criatura, no podrías alcanzarle; más profundo que el infierno, impenetrable á tus miradas. Dios es más esten.

[*] Apologético.

so que la tierra, más vasto que la mar.

Dios toma al culpable, le carga de cadenas, le llama á juicio: ¿quién puede oponerse á su sentencia?

Dios conoce la vanidad de los mortales, ve el crímen en medio de las tinieblas." (*)

Sí, Dios es y hace todo ésto: Dios ve el crímen en medio de las tinieblas. Vosotros, *miserables criaturas*, ¿qué veis? Queréis por dicha igualaros á Dios viendo lo que no se puede ver en medio de las tinieblas que nos rodean? Cuan prontos se hallan de continuo á condenar á sus semejantes *los piadosos* que no quieren ver en la religión sino una estrecha cárcel en donde el hombre no puede moverse ni echar la mirada en torno suyo! Dios es más elevado que los cielos, más profundo que el infierno, más estenso que la tierra, más vasto que la mar; y lo que es Dios es su religión, elevada, profunda, estensa, vasta. Y tú quieres reducirla á mezquinos lindes? Y tú rebajas su infinita altura? Y tú le quitas su profundidad y la haces somera y sin asientos? "Hombrecillo de tierra, de qué te ensoberbeces? Polvo y ceniza, por qué te magnificas y engrandeces?" Tú no puedes tomar á Dios y medirle, y formarle según tus pasiones y tu mezquina y vil naturaleza. Déjale encumbrado, profundo, estenso, vasto, generoso.

Todos preferiremos siempre María, madre de Dios, á Lucrecia, muger de Colatino, esto es sin duda: no hay, no puede haber contraposición, rivalidad entre ellas. La virtud se junta con la virtud á pesar de tiempos y distancias. Mahoma ha reunido á María, hermana de Moisés, María, madre de Dios, Cadijah su esposa, Játima su hija, y las ha llamado *las cuatro mujeres perfectas*. Vosotros, cristianos de por ahí, tomaríais por los cabellos á Játima y Cadijah, y sin averiguar su naturaleza, sin meteros á consultar al Juez Supremo si eran buenas ó malas, las aventaríais al infierno, tan solamente porque eran esposa é hija de Mahoma. Éste ha hecho lo contrario; ha tomado á la hermana de Moisés y á la madre

[*] Cántico de David. Los Jueces. Job. Ant. Test.

de Jesús y las ha puesto como las dos primeras mujeres cabales. Haceis pues al verdadero menos magnánimo, menos benigno, menos perdonador que al falso profeta, Dios me guarde de querer igualar á esas mujeres de condición tan diferente! Lo que hay de virtud en ellas, si es virtud, todo se saldrá allá; pero la calidad sublime de ser la una de ellas hermana del mayor y más santo de los profetas, la otra madre de Dios mismo, las separa de las demás personas de su sexo, y á la segunda, de su sexo y del género humano. Pero María dechado de virtudes, humilde, justa, compasiva, caritativa, buena, santa, ¿llevaría á mal que hubiese otras mujeres santas, buenas, caritativas, compasivas, justas, humildes, dechados de virtudes? No, por Dios, no! antes quisiera que todas fuesen como ella.

Aquí tienen ustedes que la *suicida* Lucrecia hubiera sido *Santa Lucrecia*, si en tiempo de los reyes hubiera habido Pontífice Romano. Ya veo que se os erizan los cabellos, os asustais, horrorizáis y me haceis cruces. No importa, Lucrecia, muger de Colatino, hubiera sido *Santa Lucrecia*, y vosotros la hubiéreis *puesto cerillas* y rezádola más de un *Padre nuestro*. Lucrecia es un conjunto de virtudes, de virtudes cristianas: modesta, pues trabajaba en junta de sus criadas; humilde, por la misma razón; caritativa, pues no habla de nadie ni hace mal á nadie: honesta, pues por haber perdido la honra á pesar suyo se da de puñaladas. Aquí está lo malo, decís; con este hecho impiamente heroico pierde todas sus virtudes. No es así. Una mujer cristiana, desde luego, hubiera luchado hasta la muerte, y si sus fuerzas flaqueaban para la defensa, no la hubieran abandonado para el último recurso: hubiérase quitado la vida antes de la consumación del crímen, y la Iglesia le recibiera entre sus mártires. Si las ideas de estos tiempos hubieran reinado entonces, Lucrecia habría hecho lo propio; mas el cristianismo aun no iluminaba la tierra, y una mujer, por virtuosa y santa que fuese, no podía atenerse á su doctrina. Más aún, la esposa de Colatino, lejos de cometer una acción reprensible con suicidarse, no obraba sino un acto indiferente según las ideas de esos tiempos; indi-

ferente, si ya no era virtuoso, como indicador de un ánimo fuerte y de una masculinidad siempre bien vistos entre los romanos. Cómo pues llamar *criminal* á esa mujer heroica? Ni las leyes, ni las costumbres, ni la filosofía prohibían el suicidio; y ha de ser criminal quien lo verificaba? Y echad de ver que nunca aplaudí en Lucrecia el acto mismo del suicidio, ni pretendería que nuestras mujeres empezasen ahora á matarse cuando sufriesen la desgracia de esa antigua, sino el pundonor subido, la virtud sin límites y la pureza irritada que la pone en la necesidad urgente de quitarse la vida, sin pensar en más recurso. Lo que yo quisiera que nuestras esposas aprendiesen de Lucrecia sería la fidelidad, la buena fe, la modestia y ese honrado apego á su marido, que no le permite vivir después de haber mancillado su honra; no, nunca quise la imitasen ni en el gentilismo, ni en el suicidio.

Todo eso pueden aprenderlo de nuestras Santas, decís. En buena hora; pero porque lo pueden aprender de nuestras Santas, no lo pueden aprender de aquella? En Lucrecia me fijé, por cuanto ella es un egregio personaje que se levanta sobre el género humano y está á la vista de todo el mundo; y como mi ánimo era hablar de las antiguas virtudes romanas, no podía yo salir con Santa Quisiaca. La Historia y el Año Cristiano son cosas muy diferentes, pero que en ninguna manera se excluyen: yo propongo la una sin prohibir el otro; ustedes dan á entender que con éste no tenemos otra cosa que desear. Buen provecho.

Qué hubiera debido hacer una cristiana en la estrecha situación de la romana? Resistir hasta el último suspiro, ó matarse antes de sufrir el sello de la infamia, decís. Pero Lucrecia no lo podía.... Por qué? Por motivo de esa misma infamia de que ella quería huír. Viene Sesto Tarquino, hijo del rey, y la amenaza con la muerte si en el acto no se rinde á su pasión. La honrada esposa desprecia el hierro que ya hiere su pecho. Pues mira, dice Sesto, te mato, luego mato á uno de tus esclavos, pongo juntos los dos cadáveres, corro hacia Colatino y le doy cuenta de haber matado á su

mujer, como buen amigo suyo, por haberla encontrado *infraganti* delito de adulterio con un esclavo. Sabido es que entre los romanos todos tenían la facultad de matar á los adúlteros, si los sorprendían criminales, y quien tal obraba, hacía un distinguido favor á sus amigos.... Qué hace Lucrecia? qué debía hacer? Matarse. Vuelvo á advertir que la ley de Cristo no regía aún, y que Lucrecia no pensaba cometer un crimen; y torno á advertiros que, en mi concepto, ella servirá de ejemplar de lo bueno de su alma, no de lo malo, si algo malo hubiese en alma tan grandiosa.

Debía Lucrecia haber dado cuenta á su marido sin matarse? Porque no resististe, hubiera éste respondido.—Porque no pude.—Pues porque no te dejaste matar?—Por que me amenazó con la infamia....—Y ahora te tienes por limpia de ella? no estás infamada? no eres adúltera, infiel, visto que es físicamente imposible la consumación del crimen á viva fuerza, no he de pensar que consentiste? no me cubre á mi tu infamia tanto como á tí? y si te cubriste de ella, ¿no debo tener por bien averiguado que he perdido tu corazón? y sin tu corazón, ¿qué es la vida para mí que te amo más que á ella? Lucrecia muere de su propia mano, por no vivir infamada, y esa sublime muerte trae consigo la libertad de Roma. Qué grande acontecimiento!

Lucrecia es suicida, y por suicida, decís, no se la debe mentar en cosa de virtudes. Y qué diréis, y qué haréis cuando os presente yo *suicidas* beatificadas, canonizadas por los Pontífices Romanos? Suicidas por la misma causa de Lucrecia, suicidas Santas, Santas suicidas? Qué asombro! Aquí están, aquí están.——

Vosotros que sois tan buenos cristianos debéis saber más que nosotros, pobres desventurados herejes, dignos de compasión. Abrid las obras de San Ambrosio, buscad el tratado "De la virginidad," y ved allí á *Santa Pelagia* con su madre y sus hermanas lanzándose en un río por no servir de plato á los ambrientos de ellas.

Echad la vista á la Historia Eclesiástica de Rufino, y ved allí á Santa Sofronia dándose de puñaladas,

cual otra Lucrecia, por huír de las brutales manos del emperador Maxencio.

Leéd, buscad por ahí, y hallaréis otras varias Santas suicidas. Y tened entendido que fueron canonizadas después de su muerte, pues á mi se me ignora que nadie haya recibido en vida ese augusto tributo de veneración.

Qué decís? Santa Pelagia, su madre y sus hermanas debían haber servido de *plato á los ambrientos de ellas* por amor de Dios? Santa Sofronia debía haberse entregado al emperador Maxencio por amor de Dios? Ajenos os hallabais de querer proferir una blasfemia, y la habéis proferido.

Yo, pobre hereje digno de compasión, me quedo á Lucrecia y Pelagia y Sofronia; vosotros católicos romanos, á quién os quedáis? *Notable es* que vuelva yo á proponeros *tres suicidas*. Prosigamos.

Ni pretendí hacer comparaciones entre las mujeres paganas y las cristianas, ni menos dar la preferencia á aquellas. Cada una en su lugar; María, en el corazón y la cabeza, en la cabeza y los labios de la mujer desde que nace hasta que espira; Lucrecia, Arria, Pompeya Paulina, cuando empieza su educación secundaria, cuando viene á su conocimiento el pundonor del mundo, el punto de honra. Si decís que estas cosas son innecesarias ó contrarias á la religión cristiana, probaréis que está en la naturaleza del hombre formar sociedades de Santos y Santas. La mujer que alcance fuerzas morales para ser una Virgen María, ignore en buena hora los nombres de Grecia y Roma: el hombre que sea capaz de seguir punto por punto la "Imitación de Jesucristo," prescinda de la filosofía de Platón. Pero así como no podemos ser Pitágoras ni Sócrates, asimismo no podemos ser Jesuses ni Magdalenas. El hombre moderno, civilizado según las formas de las sociedades que componemos y los tiempos que alcanzamos, tiene que ser cristiano desde luego, después *gentil*, si tener nociones de la filosofía antigua ó imitar las virtudes heroicas es profesar el gentilismo.

Ya os entiendo que vuestro ahinco es echar abajo toda la grande antigüedad, de un hachazo, como el soldado de Constantino hizo con la estatua de Serapis: advertid, hermanos, que eso sería entrar Roma á sangre y fuego, derribar á tontas y á ciegas templos, circos, estatuas y más grandezas del arte. Derribar la antigüedad es poner fuego á la biblioteca alejandrina; derribar la antigüedad, es querer destruír como Calígula la Ilíada de Homero y las Décadas de Tito Livio. De buena gana destruiríais la Ilíada, ¿no es verdad? Y cómo no, cuando en ella no se habla de San Crispín y San Clavijo, sino de Júpiter Tonante y Agamenon Atrida? Destruíd la Ilíada, amigos, y asemejáos á Calígula, católico romano. Yo no destruyo la Ilíada, y admiro, y venero, y aprendo de memoria las Sagradas Escrituras: las Sagradas Escrituras, fuente inagotable de virtudes, mar de poesía, monumento grandioso digno de la inspiración divina. Si á bien tenéis ahora, levantadme un *auto de fe*, mostradme las calderas hirvientes.... Torquemada está pronto á escucharos y compláceros. ¿Qué insensato empeño es éste de querer formar sectas, doctrinas diferentes y opuestas en donde no hay ni puede haber sino una religión y doctrina? Todos somos unos en ellas, y grito yo con Jeremías: El templo de Dios, el templo de Dios, el templo de Dios está entre nosotros!

"Ni qué iríamos á buscar en la Roma antigua? Sería la libertad?" Habéis dicho también. Sí, en la Roma antigua iremos á buscar la libertad, que por desdicha no la conocemos en la mayor parte de las naciones modernas. Hablamos de la libertad política, ya me habéis comprendido; de esa libertad que se siembra y cosecha en el monte Aventino. No echéis en olvido que nunca me referí en mis acotaciones ni ejemplares sino á la *Roma antigua*: llegan los emperadores, cesa mi admiración por Roma, dado que con su llegada cesan las virtudes romanas. Harto se me acuerda que los Marios y los Silas, los Pompeyos y los Césares no fueron emperadores; pero éstos no pertenecen ya á la antigua Roma. La Roma de los Decios, la Roma de los Fabricios, la

Roma de los Régulos, la Roma de los Escipiones, la Roma de las Cornelias, la Roma de las Bolumnias y Veturias esa es la antigua Roma. En ella iremos á buscar la abnegación patriótica, lanzándonos con los Decios á brazo partido en medio de los enemigos por salvar la patria; en ella iremos á buscar la honradez invencible, negándonos con Escipión á dar cuentas al Senado; en ella iremos á buscar la pobreza evangélica, despreciando las riquezas con Fabricio, en ella iremos á buscar la buena fe, volviéndonos con Régulo á Cartago.

Bella será y amable la joven que hoy *prende su cerilla y la pone á su patrón por la salud de su hijo;* Bolumnia empero y la anciana Veturia representando al esposo y al hijo por la salud de Roma, en consideración á la Divinidad, la generosidad y la paciencia, son grandiosas y sublimes. Yo gusto de esa madre devota y su cerrilla, y como no se opone en ningún modo á la de Coriolano saliendo de luto al frente de las matronas romanas al campo de los Volsgos, de buena gana la quiero también y la venero. Vosotros os contentáis de alumbraros con *cerrillas;* un grande hombre, un sublime cristiano piensa muy de otra manera: "Sería vergonzoso en general, dice á todo hombre de bien ignorar el género humano" (*). Para huír de esta vergüenza iremos á Roma á buscar todas esas cosas, á conocer al género humano hirviendo en el Foro, saludando á la libertad á voz en grito. Roma es libre, "uno de los pueblos más libres que nunca vió la tierra," como dice Montesquieu, Porque es libre, y para serlo, se retira al monte Sacro; porque es libre, y para serlo, derroca á los reyes, destruye á los Descenviros; porque es libre, y para serlo, tiene la ley Valeria. Y no iremos á buscar la libertad en Roma?

"El esposo tirano de la esposa," habéis dicho. La ley mantenía á la mujer en perpetua tutela hasta el día en que se casaba, en el cual quedaba emancipada y libre: nunca en Roma tuvo el marido el derecho de vida y muerte sobre la mujer, nunca pudo obligarla ni la obli-

(*) Bossuet. Discour sur l' histoire universelle.

gó á los trabajos y penas de la servidumbre. En Roma se podía repudiar á la mujer, y esta facultad la tenían amplia los maridos; y con todo *era tal el respeto que se tenía á los auspicios*, tales las costumbres y la moral, que por el espacio de quinientos veinte años nadie se atrevió á usar de este derecho, hasta que Cervilio Ruga repudió á su esposa por motivo de esterilidad (*). Las mujeres tenían templos aparte; las casadas, juntas misteriosas en donde trataban cosas ignoradas siempre por los maridos, quienes sufrían esos misterios con religioso silencio. Más de un grande hombre dijo en los asuntos graves: "Lo consultaré con mi mujer." He aquí el esposo tirano, he aquí la esposa tiranizada.

Queréis "la libertad de pensar, hablar, trabajar, aprender y enseñar:" todo ésto lo tenía el pueblo romano. Pensaba hasta el extremo de ser él mismo su legislador; hablaba hasta llenar el cielo de sus voces; en el Foro no hacía sino hablar; los Tribunos hablaban más que los Cónsules. No trabajaba mucho, es verdad, porque profesaba las armas, no porque no tuviese libertad para tan noble ocupación; pero ved luego al otro lado del Tíber, y en un corto pegujal hallaréis á Cincinato labrando la tierra con sus manos. Esperad ¿quiénes vienen allí? Son los principales padres conscriptos que el Senado envía en comisión á revestir de la púrpura dictatorial al viejo labrador. Cincinato obedece; pero después de haber salvado la patria en cortos días, vuelve y empuña otra vez la esteva. ¿No se trabaja en Roma?

En cuanto á los *alaridos del esclavo desgarrado por el látigo* del dueño, que no *del patrón* (el patrón era un protector obligado á tales y cuales servicios para con sus clientes; el patrón, en Roma, no tenía esclavos tenía amigos que le servían con buenos oficios, y á quienes él protegía á su vez) esos alaridos, digo, más me desgarran las entrañas á mí que á vosotros; pero la culpa de la esclavitud, estoy lejos de echarla á Roma ni á su religión: mujeres tenían los dioses, queridas y men-

(*) Dionisio de Halicarnaso.

sageros; mas no he sabido que en el Olimpo hubiese esclavos. La esclavitud es el gran pecado de los pueblos antiguos y modernos, el crimen de que no se quieren castigar ni pueden prescindir; pero no tiene su origen en Roma, ni es vicio de la naturaleza de las antiguas afecciones. No lo es, ya que se ha afirmado que ella procedía de la conmiseración, la caridad, virtudes evangélicas, y de las principales; no lo es, ya que ha sobrevivido á Roma; no lo es, ya que ha reinado junto con el cristianismo en muchas partes de la tierra; no lo es, ya que reina todavía para vergüenza de nuestros tiempos. No queréis ir á la antigua Roma por no oír los alaridos del esclavo; pues no vayáis tampoco á los Estados Unidos, nación cristiana por la mayor parte; no vayáis al Brasil, en un todo cristiana; no vayáis á Cuba, esclava de España, católica, apostólica, romana. ¿Por qué habéis querido tiznar á Roma con esa mancha que tanto afea á los tiempos antiguos cuanto á los modernos? El cristianismo acabará por extirpar ese nefando abuso; pero tarda, tarda más de lo que pide la naturaleza: el Evangelio no sufre la esclavitud, el Redentor muere por el género humano y todo entero lo redime. No, no iremos á buscar en Roma la esclavitud, porque el hombre de bien á ninguna parte ha de ir á buscar sino lo justo y bueno.

Y echad de ver una cosa, que yo he querido ir á Roma, que es el pueblo romano el que me admira, y de ningún modo á la infame Capadocia, ni los galos y germanos de entonces. No me traigáis estos esclavos desnudos á ponérmelos por delante: así les compadezco yo como vosotros, así los libertaríais vosotros como yo. El derecho antiguo de la guerra era monstruoso: hizo mal Roma en reducir á la esclavitud á los prisioneros: pero en descuento de este abuso; ¿no se os acuerda cuántos vencidos enemigos, tan inferiores á los romanos y tan cortos de ventura en sus comarcas, vinieron á Roma á ser *ciudadanos romanos?* En Roma, al lado de un crimen halláis siempre una virtud. Id á Roma; aprovechad de lo segundo, absteneos de lo primero.

El vicio general de que adolece vuestra censura es la

mala fe, lo veo, lo palpo; y demás de ésto hay en ella error de juicio y un espíritu de generalización que tuercen mis intentos y estragan mis ideas, Cito á Platón, y decís que Atenas no puede servirnos de modelo; traigo una ley de Licurgo, y voláis á advertirme que en Lacedemonia se toleraba el hurto; admiro á Lucrecia, y qué prontos y apercibidos estáis á echarme en cara el suicidio! Locura sería en mí pretender que ahora nos educásemos en la escuela de Hegesías; locura, y muy grande, que imitásemos en todo á los romanos. Pero es no menor la vuestra de querer inspirar repugnancia por las antigüedades griega y romana, y hacernos olvidar los nombres de Solón y de Catón por los de San Plácido y San Clérigo. No sería mejor pensar en todo, saber de todo, y del vasto campo de las civilizaciones antiguas y modernas tomar la flor y adornarnos con ella? Diréis que para salvarnos no habemos menester las sentencias de Bías ni los consejos de Pitaco; y yo os digo que porque los sepamos no nos condena el Señor á las llamas infernales. Y sobre todo, ¿no os lo dijo ya Bossuet? Sería vergonzoso á todo hombre de bien ignorar el género humano. Condenad cuanto queráis á vuestros semejantes; pero, *felices los que esperan en silencio la salud de Dios.*

Qué diría Gibbón si os oyese la peregrina especie de no querer se inspire á los jóvenes *simpatía* por la antigua Roma? Qué diría Fenelón? Qué diría el gran Carlos de Secondat? Qué dirían tantos varones perilustres que han preponderado sobre los demás, no por haber vertido su sangre, más antes por haber estudiado en el Pórtico y el Liceo; por haber ido con los diputados del Senado en busca de las buenas leyes del mundo para formar *las doce tablas;* por haber bebido, no de *las turbias aguas de Sodoma,* sino de las cristalinas y sabrosas del Peneo? No me cerréis las puertas de la antigüedad, porque os a rompo á hachazos.

Y Cicerón! mi Cicerón viene aquí arrastrado por las barbas como *sodomita,* para que el fuego del cielo llueva sobre él? No me acuerdo haber leído en ninguna parte que este grande hombre se haya precipitado en

ese abismo: Middleton en su vida no lo trae: los historiadores de Roma no lo dicen, ó he perdido la memoria de ello. Todo puede ser, visto que ese era crimen harto común entre los antiguos, si bien es Nerón el que se casa públicamente con Esporo. Uno de los mejores emperadores cayó también en esa lomedal: harto conocido es el impúdico Antinoo; pero Publio, aquel hermoso niño, no dió ocasión á la abolición de la esclavitud por deudas defendiendo su pudicicia á todo trance contra el infame Papirio? En Roma, al lado de un grán crimen, siempre una grán virtud, no lo olvidéis. '

"Oh! si en el seno de algún pueblo católico cundiera tán abominable vicio, se estremecerían de horror aún las potestades del infierno," esclamáis horrorizados. Las potestades del infierno están estremecidas; Sodoma y Gomorra están reedificadas; horrorizaos! En dónde? En el seno de más de un pueblo católico....En esas ciudades–monstruos en donde los vicios más inverosímiles habitan entre tinieblas; en donde el dios Príapo tiene altares en oscuros subterráneos; en donde los hechizos de Venus nada pueden; en donde los Antinoos y Esporos desbancan á las Frines y Popeas; en donde..... Jóvenes que habéis tenido la desgracia de salir por un instante de la inocente América, decid si estoy hablando la verdad. Qué crímenes, qué horrores, qué pecados inauditos no se llevarán adelante en esas bacanales, que aunque no se disparen enloquecidas por las calles públicas, están bailando, saltando y corriendo furiosas por sus escondrijos? Los que no habéis viajado, no sabéis .....Pero nadie ignora por allá que ese nefando vicio está hoy tan coronado como en lo antiguo. Tan coronado, no, porque las leyes no lo sufren como en Atenas, ni lo prescriben á los mozos como en la infame Tebas; pero ay! no deja de reinar. Os atreverías á desmentirme? y los mil viajeros que os citaría luego? y los mil casos auténticos que os pusiera á la vista? y las mil pruebas que os adujera? Estemos á justicia, España es en este particular la nación más bien quista de la Providencia; en España la naturaleza está en sus términos; reina majestuosa, no se apea ni un punto de su trono, y

los hombres la tributan sus respetos en la debida forma.

El grave, religioso español no va á Sodoma; si se pierde es en Jerusalén. De aquí es que nosotros estamos libres de ese vicio, nos horrorizamos de sólo oírlo, y la mayor parte de los americanos aun ignora lo que ello pueda ser. Dichosa ignorancia! Pero dad un paso de España, salvad las Columnas de Hércules, y allí veréis á la madre natura tirada por el fango, estropeada, pisoteada por el hombre. "Dícese que en Argel se ha llegado al extremo de no tener ni una mujer en los serrallos; y cuando los revolucionarios contra el sultán Achmet de Constantinopla saquearon la casa de Chaya, no se encontró en ella ni una mujer." (*) Si bien es verdad que estos desventurados pueblos viven en las tinieblas del Corán, los otros profesan el Evangelio: esas son llagas incurables con que el género humano morirá infestado. Si la ley del Cristo fuera observada, se curarían; pero qué importa que se la profese cuando no se la sigue? No hay otro diluvio, no llueve fuego sobre las ciudades, porque el Señor ha dicho: "No maldeciré á la tierra en adelante á causa de los hombres, porque su pensamiento y su corazón están inclinados al mal desde que nacen: no fulminaré pues mi ira contra toda criatura viviente, como lo he dicho." (**)

"Por dicha buscaremos la propiedad en la antigua Roma?" Principia así vuestro argumento acerca de esta importante y esencial materia. Sí, iremos á la antigua Roma á buscar la propiedad; pues ella no podía estar ausente de un pueblo que *era magnánimo, porque era virtuoso*, y porque era virtuoso desdeñaba las riquezas. "No basta en una buena democracia que sean iguales las porciones de tierra, sino que han de ser pequeñas, como entre los romanos. No permita Dios, decía Curio á sus soldados, que ningún ciudadano crea ser poca tierra, la que es suficiente para alimentar á un hombre."

[*] Esp. Des lois.
[**] Moisés. El Génesis.

El comunismo y el socialismo, estos azotes de las modernas sociedades, no han salido, no podían haber salido de un pueblo en donde cada ciudadano se contentaba con una porción de tierra que él podía labrar con sus manos. Los graneros públicos en Roma no estaban al arbitrio del pueblo: los magistrados repartían el trigo conforme al número de personas de la familia; y la ley agraria que yo sepa, nunca tuvo por objeto la comunidad de bienes: de continuo se la debatía en el Foro, mas el Senado en ésto se mantuvo firme; y cuando ella hubiera pasado, no disponía que los romanos gozasen de sus bienes en común, sino que la tierra se repartiese en justicia, quitando algo al que tenía por demás, dando algo al que tenía menos, ó nada tenía: cosa muy diferente del comunismo de los absurdos revolucionarios franceses. Una vez hecho el repartimiento, la porción de cada ciudadano quedaba garantida por la ley, sagrada, precisamente como sucede entre nosotros: con esta diferencia, que entre los antiguos romanos no eran las riquezas de la menor estima, ni había ricos en la antigua Roma; al paso que en las sociedades cristianas todo poseen unos, nada otros. No quiero ley agraria, no porque ella por su naturaleza no sea justa, sino por las injusticias y males sin cuento que traería consigo, caso que fuera posible llevarla á cabo, lo cual es muy dudoso; La revolución francesa no lo pudo, ¿quién lo podría? Ricos hay en Francia, ricos en Inglaterra que tienen de renta una libra esterlina por minuto; ricos en esta misma pobre *aldea nuestra.* Pobres hay en Francia, pobres en Inglaterra, de esos que se comen las manos y se echan en el Támesis ó el Sena; pobres en *esta pobre patria.* Sea como quiera, la propiedad exista, vaya adelante como está, haya pobres y ricos. Los unos gozen de sus riquezas, los otros quedémonos al Señor. "Y Jesús, mirando al rededor, dijo á sus discípulos: Cuán dificil es que los que poseen riquezas entren en el reino de los cielos." (*)

Todo viene al fin á parar en Dios, amigos míos: ora andemos perdidos por los laberintos de la antigüe-

(*) Evangelio de San Marcos.

dad, envueltos en sus tinieblas; ora salgamos á éstos que nos parecen *claros* tiempos, el resumen de nuestros juicios y nuestras afecciones es siempre Dios. Sócrates le vió, Platón le vió, Anaxágoras le había visto antes; San Pablo, San Jerónimo, San Agustín le vieron después; nosotros le vemos ahora; nuestros hijos le irán viendo conforme vayan viniendo. Demos de mano la disputa, porque en presencia de Dios, como dice el Apostol, la humana sabiduría no es sino locura; y lo que en Dios parece incuerdo, es más cuerdo que toda la sabiduría de los hombres, y lo que en Dios parece flaco, es más fuerte que toda la fuerza de los hombres.

POST SCRIPTUM.

Á los Señores colaboradores de "La Patria."

Tratado á lo serio lo que valía la pena, poco me esplayaré en lo de menor importancia, y eso tan solamente por dejar á ustedes en un todo satisfechos. Y para ser buenos amigos, cúmpleme volverles en la misma moneda sus amables obsequios en lo tocante *al gallo, al gato, y á la mujer romana,* cosas que les han hecho solozar no poco, en ese lenguaje tan azomado á la burla; el zaherimiento irrita; la broma fina y culta puede correr y pasar entre amigos; gusto de la sal que purifica y mantiene las cosas en su punto; la de botica es amarga, repugnante, y si á más de ésto se la propina fuera de tiempo, hasta es venenosa. Esos graciosos pesados, horrorosos que le echan á uno á la cabeza escobas y basura, no son del gremio de los Larras. Pero quién no reirá en presencia del Fígaro de Beaumarchais?

Pues, Señor, *ese gallo* no está mal en donde está; ni por qué había de estar? Porque está parado sobre *la pata izquierda* solamente? Aquí está mi error; póngale yo sobre la derecha, y todos quedaban contentos. También les molesta á ustedes el que esté durmiendo ese animal; ¡ cómo si los gallos no se cansaran y tuvieran sueño tanto como los hombres ! Por qué se les mete á ustedes el demonio de que duerma el que tiene sueño ? ¿ Ustedes no duermen asimismo ? Sobre cual pata lo hacen, me harán el favor de decirme, para no errar en adelante.

Ahora viene el gato........y tengan cuidado con él, por cuanto Buffón y más naturalistas le tienen por el animalillo más retobado, colérico, indomable y metebullas cuando se enoja. Ya se isieron del rabo de ese gato y mátame que aflojarlo. Si se revuelve les vacia un ojo por lo menos, y quedan ustedes que ni pintados para ir tras del Santo Sepulcro. Pregúntanme qué tienen

de particular los gallos y gatos de Roma para haberlos traído á colación con preferencia á los de cualquiera otra parte. Tienen de particular que son los que ví, y que no me parecieron tan por demás para la poesía. Si uno ve un gallo en Roma, y quiere hablar de él, ¿ha de hablar de él, ó del que ustedes tienen en su casa entre sus gallinas? Si en lugar de *ese gallo* les pongo el de San Pedro, entonces sí quedaban ustedes para hacerme presidente. Pues el monto de tan notable perjuicio no ha de estar en un gallo por otro; póngales el de San Pedro, y andar. Y dejémoslo aquí, porque *daca el gallo, toma el gallo, se quedan las plumas en la mano.* Pero no dejaré de advertirles que *el gato* no podía yo haberlo visto *acurrucado en el lecho de Lucrecia,* porque los mismos naturalistas le describen como el ente más ingrato, infiel, pérfido y lasivo que conoce el reino animal; y este no podía simbolizar la castidad, la buena fe, la pureza mismas encarnadas en la mujer de Colatino. Yo sé en donde pongo mis gatos; ustedes truecan los frenos.

Ni había yo menester *la imaginación* que suponen en mí, para describir á una mujer romana, *alta, pálida y melancólica,* sino que tales son los rasgos físicos característicos de las actuales mujeres de Roma, como puede verse en geografías y viajes. Cuando ustedes pensaban de mí que estaba imaginando, no hacía sino echar por ahí una pincelada descriptiva. "Tenemos por más probable que esa mujer sería camo el común de las mujeres, dicen ustedes ni más ni menos." Aquí tiene usted que todas las mujeres han de ser *omotas,* rechonchas y coloradas sin remedio; y no ceden ustedes ni un punto, sino que *ni más ni menos.* Ya no es dable á los viajeros, cuando están en Inglaterra, decir que las inglesas son altas, rubias, hermosas, graves é insensibles; cuando están en Francia, que las francesas, son de mediana estatura, morenas, donosas, vivas, amables y el fuego mismo por adentro; cuando están en España, que las españolas son las reinas de las mujeres: rostro ovalado, colorcillo de *costra* ligeramente embebibo de clavel: formas combadas, carnes duras: ojos negros, rasgados, fuentes de vida y amor: porte de ninfa, genio

alegre: esveltas, elegantes, preciosas: su alma una viva llama. No, Señor, todo ésto es cosa de pura imaginación; las mujeres son lo mismo en todas partes, *omotas*, rechonchas y coloradas, ni más ni menos. Si mis *sensorinos* salieran cuatro pasos de su casa, se admirarían mucho de *lo grande que había sabido ser el mundo.*

Pues sepan ustedes, mal que les pese, que las romanas son *altas, pálibas y de mirar profundo;* gente melancólica que por la mayor parte se viste de negro. En cuánto á la que ví en la Roca Tarpeya, déjense ustedes de *imaginación* ni calabazas; la ví positivamente; allí vive, así vive, así es, ó era cuándo yo llevaba mis pasos por ésos mundos. Echen ustedes luego á andar á Roma, vayan á la Roca Tarpeya, y verán lo que yo ví, y sentirán lo que yo sentí, y dirían lo que yo dije, si *el gallo* y *el gato* no les parecieran tan prosaícos. Mas que fuera de ustedes si yo, así como les he traído suicidas santas cuando menos lo esperaban, hiciese una escursión por los campos de la literatura y les trajese *gallos* ante los cuales agacharían humildes la cabeza? *La grulla* de uno de los hermosos cuentos de Byrón debe de ser para ustedes *una buena porquería*, como dice de lo mejor un buen caballero de esos para quienes la poesía está bajo de siete llaves: *la comadreja* de Hoffman les haría reír mucho, sino supieran que era de Hoffman; y otros comunes animalillos que serían poéticos ó prosaícos según y conforme, cómo y en dónde se les ponga.

Digan ustedes lo que quieran, el que ladre lúgubremente un perro, cante un gallo, bale una oveja en el silencio de unas ruinas, á cualquiera que tenga un grano de poesía en su alma le ha de parecer bien. Víctor Hugo se deja ir por las orillas del Rhin olvidado del mundo, metido dentro de sí mismo, ahijado en un todo con la madre naturaleza. Echa de ver por ahí un escarabajo y se detiene, y se agacha, y de volteado que estaba sobre las alas el pobrecillo insecto, pataleando y agonizando, le pone caritativo en su postura natural, admira *su brillante coraza*, y cuando le ve alzarse por el aire, libre y zumbador, experimenta en su alma el vivo

gozo de haber obrado *una acción de hombre de bien.* Luego se pone á descansar á la sombra de un viejo árbol: en un hueco del añoso tronco una araña ha tendido su red: dos ó tres moscas, vivas aún como recientemente aherrojadas, se mueven allí sin esperanza de libertad: rompe la red el viajero, y deja en paz y salvo á las prisioneras, que luego se ponen á volar en torno suyo, como agradeciendo á su bienhechor. Oye el *tlac tlac* de un sapo en los chaparros de un arruinado castillo feudal, entra en él, ve una nube de murciélagos circunvolando en las salas sin tumbado: una luciérnaga hace por ahí brillar sus ojos: pasa un cuervo haciendo sonar las alas: ladra un perro en la oscuridad, pues anochece: bala una oveja, canta un gallo . . . . . . ¿Qué tal, señores poetas? Si ustedes no supieran en lo que el mundo tiene á Víctor Hugo, ya le llamarían tonto y majadero.

Dirán que Byron es ateo, y Victór Hugo *hereje*; pues aquí viene Isaías el profeta, Isaías el poeta, el gran poeta, el gran profeta, Isaías!

"Jerusalén! Jerusalén! ay de tí, Jerusalén! . . . . . Te habitarán las bestias feroces; las culebras andarán por tus palacios; se dejarán oír aves siniestras; los animales todos darán ahullidos por tus plazas. Jerusalén! Jerusalén!"

¿Qué hubieran hecho ustedes conmigo si yo hubiera puesto en las ruinas de Roma un par de culebras y un tigre? Si me cojen, me matan sin remedio. Pero Isaías no les hace caso; pone en las ruinas de Jerusalén culebras y tigres y chacales y perros feroces. Verdad es que allí no se ven *gallos* ni *gatos*; pero no se andan por ahí gritando toda clase de animales? Y si es así, ¿con qué autoridad excluirían ustedes del género animal esas dos especies? Pueden ustedes declarar con juramento por ante un escribano, que Isaías nunca hubiera puesto en las ruinas de la ciudad de Roma gallos, gatos ni perros? Por Dios todopoderoso que es gran cobardía encarnizarse tanto en un pájaro de tan cortas fuerzas como el gallo! Déjenmelo ustedes allí, y entreménganse en espolear á sus caballos; que no hemos de

ir á pelarnos las barbas porque yo no haya puesto en la Roca Tarpeya un lagarto, un *diostedé* y un elefante.

Lamartine, poeta tan querido, tan admirado de todos, á quién los *censorinos* poco se atreven *á coger puntos*, dice que pasaría contento la vida—

Avec le cri du coq et le chant des oiseaux,
Avec le bêlement prolongé des troupeaux."

¿Saben ustedes lo que es *coq*? Gallo; y lo que es *bêlement des troupeaux*? Balido de los rebaños, de las *obejas*, nada menos. Y no he sabido que ustedes ni nadie le haya querido demandar á Lamartine, á causa de este gallo y estas ovejas. La poesía no está en las palabras, amigos, sino en las ideas; y muchas veces cae uno en ridículo por querer reirse de lo que no siente ni entiende; pues como dijo un antiguo, hay mil veces más personas capaces de entender á un geómetra que á un poeta. Cuya sentencia puede muy bien tener lugar aquí, ya que se ha mentado á Byron, Víctor Hugo y Lamartine.

Ese cuadro que pinté, no de tan mala mano como ustedes piensan, no solamente es fiel, pero también tiene su objeto. Contemplo á mis pies el Foro romano: las ruinas del Coliseo se encunbran allá solitarias y funestas: un buho grita metido entre la paja que ha crecido en sus paredes: el templo de la Paz, no menos jigantesco, rotoso, derruido, se me presenta de más cerca. Los arcos de Tito y Severo; los escombros del templo de Jano; la oscura boca por donde se desciende al palacio de Augusto; una columna herguida ella sola en medio de rimeros de cascote; un fracmento de arco sosteniéndose al travez de veinte siglos y á pesar de toda arquitectura; y al frente allá más lejos el monte Aventino hirviendo en recuerdos del pueblo rey, del gran pueblo romano: cobijado todo por un silencio vasto, profundo, grandioso: la muerte, el pasado en formas jigantescas era lo que yo tenía por delante. Vuelvo la vista, y en una casuca de triste aspecto veo una mujer callada vestida de negro; veo un gallo parado sobre una de sus patas; veo un gató acurrucado en un jergón: ésta es la vida, éste es el presente de la Señora del mundo en raquíticas proporciones. La Roma antigua y la moderna no

18

están bien contrapuestas? Hablé de la Roma actual como nación política, y de ninguna manera como el asiento de la Iglesia, y por ésto no le hice majestuosa y grande. La Roma cristiana no es Roma, esa es Jerusalén; y esta Jerusalén es bella, extensa, poderosa; su autoridad se reconoce en la mayor parte de la tierra, es otra vez la Señora del mundo.

Daré fin á este largo escrito invitando á ustedes y á todos los escritores hombres de bien, á firmar los suyos. No quiero hablar de ustedes, Señores colaboradores de "La Patria," porque en medio de este hervidero de injusticias, injurias, barbaridades y desvergüenzas como se me ha dicho ha removido mi "Cosmopolita," solo ustedes han sabido hasta aquí guardar un cierto término de moderación. Si bien no me han considerado ustedes mucho, al leer su escrito diríamos que estábamos en un pueblo tal cual civilizado, en donde aun cuando Apolo no tiene altares, Minerva no deja de tener devotos. Hay, digo, mucho de vil, de cobarde é indecente en ocultar su nombre cuando se hiere á otro: el anónimo infama, no al que es víctima de él, sino al que tras él se oculta. Asestar un garrotazo á un transeunte por la espalda, y echar á huír ¿no es quedar infame? Ni la verdad, ni la justicia, ni la dignidad toman parte con el anónimo, ni gozan de la menor garantía. El anónimo no es más que la injusticia, la mentira, la cobardía y la indecencia con coraza: no hay cosa que no pueda decir ni diga el anónimo, y por lo mismo alcanza poco crédito y menos aprecio de parte de los dignos. Los ladrones procuran que no se note en ellos; los asesinos andan á esconderse; los pícaros consumados cambian de nombre: los anónimos, los libelistas son con ellos una misma cosa. Los Phartos estaban obligados á grabar sus nombres en sus flechas: así fué como á la muerte del rey Filipo de Macedonia se encontró que el dardo que le había arrancado la vida decía: "Asterio ha lanzado esta flecha mortal á Filipo." Yo he hecho lo que Asterio, he lanzado con mi nombre flechas mortales á *Filipo*; y qué hacen los suyos? Se agabillan, se enmascaran, se tiñen las manos y se ponen á esperarme á la vuelta de la esquina.

Si todos firmasen, por corrompidos que muchos fuesen, en algo tendrían la verdad, la dignidad y el decoro, sino por ellos mismos, por respeto al público, el cual siempre condena lo inicuo y se indigna de la impudencia. Ustedes, Señores colaboradores de "La Patria," como no escriben libelos, firmen también sus escritos: eso nada quita y da honra. Por suaves y decentes que fuesen las maneras de un enmascarado, no reñiría yo con él.—"Quién es U.? le debía de preguntar.—Soy Caballero!—Eso no basta, dígame U. su nombre, deme á conocer su condición para ver de aceptar su desafío.—Soy caballero.—Caballero en buena hora, pero si no se quita la máscara, cuando yo traígo la cara limpia, deja U. de serlo." Hay desigualdad, injusticia en la disputa entre un conocido y un desconocido. La flaca naturaleza nos suele llevar con frecuencia fuera de nosotros mismos, y de la suave y culta broma pasamos al sarcasmo, y de éste á la injuria no hay ni un paso, lo cual es por extremo fácil para el que nada tiene que temer, estando como está tras del anónimo.

Suplicaría á ustedes asimismo nombrar los autores y las obras que citan, ahora para hacernos el servicio de indicarnos esas fuentes de instrucción, ahora por ver si los suyos sobrepujan á los nuestros. De ningún tomo sería la autoridad de un *fray Mariano* en contra de la de un gran Bossuet, ni sufre la razón que hable *Don Diego* cuando habla Tertuliano.

CONTRACENSURA.

24 de febrero.

Pensamos por un instante encontrar en el colaborador de "La Patria" al hombre moderado, al censor benigno, al adversario culto: vana y fugaz satisfacción! El número 18 de ese periódico viene destilando hiel, empapado en veneno sutil y corroedor. Acaso nunca pretendimos haber hecho una cosa perfecta? Que nuestros contrarios prorrumpan en dicterios; que por motivos de política los apasionados lleven á mal nuestro modo de pensar; que la gente de bajo suelo nos muerda como perro los talones: todo ésto, como esperado y sabido en general, y como ignorado por nosotros en nuestro caso particular, no nos ha causado el menor daño. Pero que *el amigo, el liberal*, el compañero de juventud y estudios se cale también el capirote, y armado de *garrotillo* salga á buscarnos las espaldas, esto es lo que nos desconsuela. Si era él hombre de bien y consecuente, ¿porqué no se llegó á nosotros y nos dijo en buenas razones, cuando aun era tiempo de aprovechar de su sabiduría, lo que ahora nos ha dicho en malas? Sea como fuere, la moderación es el mejor temperamento, y reprimiéndonos lo posible, y no considerándole á él *modesto* sino de nombre, hablaremos con modestia acerca de los puntos que nos parece exigir aclaraciones.

Si el tono general de nuestro escrito indica alguna arrogancia, declaramos que será obra de nuestro carácter; y nadie puede disfrazar el suyo, á menos de no ser hipócrita consumado; de estudiado y reprensible vanisterio, de ninguna manera. La humildad cristiana, evangélica, por la cual nos postramos ante Dios, es una gran virtud que debemos desear para nosotros y para nuestros semejantes: esa humildad profana que va arrastrando á los hombres por el suelo, que de continuo les está

haciendo hablar de sí mismos, que les tiene agradeciendo empalagosamente un par de botas hasta que llega el día de la ingratitud; esta humildad, es cierto, no habla con nosotros. Humildes con el Señor, altos con los altos, despreciadores de los viles, tal es nuestra divisa: si por ésto merecemos la muerte, asesínennos. Decir que hemos tenido tiempo de leer, de estudiar, de aprender, de sentir sería "una jactancia vecina de la audacia epicúrea?" No, mil veces no; porque el leer, el estudiar, el aprender y el sentir no implican la idea de suficiencia, y muy bien puede uno hacer todo eso sin presumir de docto. Con qué decir que se tiene tiempo para una cosa es incurrir en epicureismo? Nuestro censor tiene tiempo para satirizar, herir á sus amigos, escribir parodias y decir donaires dando brinquitos y haciendo jestos, y porque tiene tiempo para todo ésto le hemos de comparar con Epicuro? Qué pensará el censor que es Epicuro? Pues Señor, la modestia consistirá en andar rallando con su ineptitud para venir al fin á quedar de *sabio* sin saber cómo ni cuando! Sócrates dijo, es cierto, que su ciencia consistía en saber que nada sabía; pero esto era con relación á la infinidad de Dios y á lo mucho que había que saber, y de ningún modo porque el filósofo se tuviera por negado é insipiente.

Aquel pasaje en que nos quejamos de los ignorantes (oiga U., de los ignorantes y no de toda clase de gentes) aludía buenamente á nuestras ruines costumbres según las cuales no podemos sufrir que nadie salga á luz, ni manifieste aptitudes para las bellas letras, y venía muy á cuento, pues acababa de verse una prueba de ello en el libelo publicado contra Don Julio Zaldumbide. Hablé yo de los tontos malos, y no de los hombres buenos, talentosos é instruídos. Porqué ha tomado U. con tanto calor la defensa de los primeros? Lo que le falta á U., Señor colaborador, no es talento ni instrucción, sino buena fe y alteza de alma. No hemos dicho que "para la crítica de los hombres instruídos tendremos el oído atento; y que así como nos tomen en errores ó descuidos, nos aprovecharemos presurosos de su sabiduría?" Pero ya corrió U. á ponerse entre los *críticos*

carramplines: siempre este flujo por envilecerse! No sabe que tan mal visto es el hablar mal de sí mismo, como el hablar bien? Nosotros no nos ensalzamos, U. se deprime hasta la tierra: no parece sino que halla consuelo y gusto en tenerse por incapaz, aunque dando á entender lo contrario. Tema no le suceda lo que á ese conocido nuestro que andaba buscando lisonjas con insultarse á sí propio en presencia de los que podían vendérselas: "Mis ningunas luces," "Mi nula capacidad," "Mi negadez ó ignorancia son causas de que yo no sirva para nada." Qué dice U., le respondían unos, U. es hombre ilustrado. Calle U. decíanle otros, su talento honra á su patria. Vaya que U. se desfavorece, le respondían los de más etiqueta: es precisamente lo contrario de lo que U. dice. Pero hubo uno de no tan buen humor que con mucha política le respondió: Así es Señor Don....Cavalario. Sabe U. Señor colaborador, cómo se llama la soberbia con vestido de humildad? Hipocrecía. Ah....si U. *pone velas* y sirve de criado en los conventos, ya no podemos fiarnos de U.

Lo del *reloj* amigo, no salió bien en donde U. lo encajonó. Para qué se estudia? No es á fin de compartir con sus semejantes las luces adquiridas? U. quiere, y tuvo la inocencia de decirlo, pensando que decía una cosa buena, que la instrucción sea como el reloj, para tenerla en el bolsillo; al modo que el avaro posee tesoros para tenerlos bajo tierra. En qué se diferenciaría la sabiduría de la ignorancia, si fuera para guardarla cuidadosamente? Así como el más pobre es el rico que no quiere usar de sus riquezas, así el más ignorante sería el instruído que no quisiera usar de su instrucción. U. quiere que se la use, pero *guardada se la tiene para su uso particular.* Cómo se usa de la instrucción en *uso particular* del que la posee? Así como U. usa de su sombrero que no puede servir sino para U.? Si se usa de la instrucción adquirida, ha de ser comunicándola con los demás, no hay remedio. Según el concepto de nuestro censorino los historiadores y filósofos son unos fanfarrones impertinentes empeñados en referir sin que nadie les pregunte, lo sucedido en el mundo, como un lo-

có que anduviera avisando á todos la hora que indicaba su puntero.

Tenga U. su instrucción en el bolsillo, ó en la oreja, pero deje que los demás sean francos y liberales. Bien está que no se ande uno por las calles enseñando historia á cuantos encuentre; pero que cuando se ofrezca la ocasión haya de huírse de ella por el vil temor de desagradar á los ignorantes, no sería reprensible? Si vuelve U. al reloj, le haré notar que hay relojes públicos que dan las horas á la ciudad, y nadie se enoja porque se le hace este bien. El asunto era *cargar la mano*: cárguenos U. la mano: ¿no ve como los de Don Gabriel nos cargan la mano? Haga U. lo que ellos.

Mas permítanos decirle que este linaje de crítica no comunica mucha honra al que la hace: hémonos aficionado á ese estilo con la lectura de Plutarco y de Montaigne: éste sobre todo no escribe una página acerca de cualquier materia, que no esté rebozando en historia, en dichos de hombres célebres, y no hemos sabido que en Francia le hayan hecho correr con galgos á Montaigne. U. sí no podría leer una hoja de los libros de estos autores sin que *se le cayesen de la mano;* y los culpables y reprensibles serían tales filósofos y no U. Vamos, algunas piruetas y donaires para Montaigne.... Y á más de ésto es falso que nuestro cuaderno esté atestado de *sentencias copiadas*, como U. afirma; antes son muy raras, y lo que más se pudiera notar sería las alusiones históricas, las cuales son malas sólo cuando no vienen á tiempo.

Si U. no alcanza á hallar las relaciones de las cosas, á aplicar lo pasado á lo presente, á sentir y distinguir, ¿qué hemos de hacer nosotros? Cuando ha convenido hemos citado; á lo menos así nos lo parece: si no hay tal, perdone, hermano, y no haga reír tanto.

Miren quién había sido el de la *cerilla y los preludios*.... Ah, Don Cerrillo! Y como le gruñiría el corazón en el pecho cuándo salió á luz ese maldito "Cosmopolita," para que tan sin motivo haya tomado á su cargo el desacreditarnos siendo como era nuestro amigo y visitador! Es verdad que cuando nos vió ya le hervía

la mala intención en las entrañas, porque le faltó el ánimo, habló trémulo, y aún tras la lana de membrillo que le cubre el rostro no pudo ocultar bien su falsía. De sus ruines elogios no hacemos cuenta.

Ese ahinco por singularizarnos en nuestro modo de hablar no lo verá ningún hombre de buena fe: si hablamos defectuosos será sin advertencia: puede ser que la frecuente lectura de los clásicos nos haya comunicado esos *defectos*, pero que los busquemos con ahinco, no lo dice sino quien tiene sumo empeño en hallarnos de todo punto malos. El satírico no nos ha visto ir *á caza de idiotismos*, ni lo dice porque tal sea la verdad ni él se lo piense así: dice hoy lo que oyó ayer. *Es un eco el asturiano.*

Lo que *se conoce, se ve, se palpa* es la malignidad y falta de hombría de bien *del censor* en la malicia con que disloca, mutila, rompe y desbarata nuestros pensamientos y los períodos en que están expresados, á fin de tener motivos y ocasiones de retozar á costa ajena. ¡Si á él le tomasen, y le desorejasen, y le rebanasen los labios, y le tusasen el copete, en vez de quedar más hermoso de lo que es, se volvería feo y repugnante, es claro.

Confesaremos de una vez que algunas tiene razón en sus obsrvaciones, principalmente cuando habla de la concordancia de los verbos: ya por descuido, ya por falta de tiempo para castigar el lenguaje, y ya, lo que es más probable, por olvido de las reglas, el hecho es que á ese respecto hemos cometido algunas faltas. Esto no es sino una prueba más de las infinitas que dan los hombres cada día de su insuficiencia y de su propensión al error; y nosotros no nos avergonzamos como ellos de confesar que ignoramos lo que no sabemos, según dijo un grande hombre. Por esta ingenuidad va también el Juvenalillo á levantar su palo. Con éstos no hay medio; si uno es sincero, es ignorante; si obstinado, presuntuoso: su oficio es maltratar de todos modos á sus víctimas. El censor, el crítico razonable y justo es personaje esencial en la república de las letras: el satírico es en la literatura lo que el verdugo en la asociación civil, no sirve sino para matar. Para esto ha servido siem-

pre nuestro sabio modesto: No tengo noticia de un escrito suyo que no haya sido encaminado al descrédito de sus compatriotas, buenos ó malos, á quienes siempre ha tratado de denigrar con ruines personalidades, ó de ridiculizar con parodias, aun cuando no cupiese el ridículo. Lástima que su buen ingenio se desagüe por el albañal de la bufonada y el escarnio: así, nada se enseña; lo que se consigue es irritar á los hombres y ponerse á mil peligros y amarguras. Don Mariano José de Larra, era un literato sumamente culto y bien criado, y nunca tomó por asunto de sus burlas á sus amigos poniéndose máscara para no ser conocido; antes cuando había tratado ofensivamente á una persona, le daba la dirección de su casa, advirtiéndole á qué hora se le podía hallar. Sería U. capaz de esta hidalguía? Vamos á ver, ya sabe U. en donde poso en Quito cuando voy. . . . Sea crítico á modo de Boileau, amigo modesto; ármese de pluma para escribir, no de cordel para ahorcar inocentes.

U. critica todo, lo bueno y lo malo, lo que sabe y lo que ignora. Corrige en nosotros los idiotismos, y los avienta á manos llenas: qué cosas tan lindas son esos "Por Santa Bárbara!" "Voto á Sánes!" "Jesús que es bueno," y otras insonoras y molestas frases con qué piensa que brilla!

Censura asimismo lo que no entiende. Dijimos por ejemplo, que un librero había corregido la Ilíada de su *propio marte*, ésto es, como lo puede ver aún en el diccionario, si es que nunca lo encontró en sus lecturillas, de su propio caudal, su propio ingenio; y él corrige **Marte**, pensando que habíamos querido hablar del dios ó del planeta de este nombre.

El torneo de la frase es un adefecio, porque él no lo ha visto: lea á Capmany, uno de los más autorizados hablistas de la lengua castellana, y hallará "el *torneo* de la expresión," en vez de el *giro* de los galiparlistas. Cuando se dice *oídos torpes*, se habla de los oídos torpes y no de todos los oídos. Ya pensó él que cuando eso dijimos nos acordamos precisamente de él? Qué impertinencia!

Tiene también otro vicio *el colaborador*, y es el de hurtar cuantos puntos y comas le da la gana: ¿no sabe cuánto puede una coma en el sentido de un período? Por eso cuando dijimos: Y ese Caracalla nombrado poco ha, &c. él escondió esta coma para entenderlo á su modo.

"Tocar de cerca es tener una persona parentezco próximo con otra." Precisamente lo que quisimos decir. Él bien hubiera querido que dijésemos otra cosa.

U. entendió, Señor censor, á primera leida, á quien *dejaban vivo* los siracusanos vencedores de los atenienses ¿no es verdad? Así lo han entendido todos, y esto basta. Hubiera sido necesario un gran esfuerzo de tontera para dudar acerca de cual sería el término de la concordancia. Quiso U. hacer una gracia, pero no la hizo.

Con *pinceladas* de pintor, como U. ha entendido, no puede *retumbar el Taso* ni nadie; pero con versos sublimes en la idea y sonoros en la forma, muy bien puede retumbar el Taso. Que sería de U. si nosotros dijésemos, y U. no supiera que era del Éxodo esta figura, que "*las palabras* se oían por los ojos?" Se reiría U. como ese rey del Pegú de quien hablamos en nuestro número primero, y si fuera alcalde nos mandaría presos. Estos son modos de hablar figurados, que harto expresan la idea para el que los quiere entender; y no debía U. imaginarse que aquel poeta iba retumbando como trueno por la vóbeda celeste, sino que se expresaba en versos numerosos y solemnes. Al vulgo es preciso hablarle su lengua, amigo, de otro modo nada entiende. Y U. vea lo que tiene el querer hacer reír contra viento y marea.

Cervantes usa, si mal no me acuerdo, el verbo *pasar* en el sentido que U. censura. Si U. tiene razón, yo no tengo culpa: mientras ésto se dilucida, guarde su chufeta.

Agenciarse puede significar y significa buscar, consegir una cosa, como puede verse en Las Casas, Mor de Fuentes y otros acreditados neologistas, y como lo indica la etimología misma del vocablo, pues viene de *agente*, que es el que da los pasos ó corre las diligencias pa-

ra hacer ó conseguir una cosa. U. ha visto quizás esa palabra en el sentido que corrige, y por eso llama *despropósito* cualquier otro uso. Siempre modesto.

El pensamiento podría entrar como *pieza de arquitectura* cuando el verbo *bornear* con que viene fuera tomado en un sentido recto; pero si cualquiera lo entiende en el metafórico, U. queda de mal albañil, puesto que buen juglar. Dirá que el diccionario no trae ese sentido; puede ser; pero convenga U. en que el diccionario no debe ser un carcelero atroz que no nos permita movernos.

Sin los vicios de una larga sucesión de siglos...... "Este pensamiento está cortado en lo mejor," dice U.; y para qué lo cortó?

No puede hablarse sino entre rincones .... "Falso, será *entre parapetos*." U. está parecido á ese buen catedrático que al pie de un gran discurso de don Florentino Gonzales puso esta nota por toda impugnación: Falso! y anduvo á decir que le habían hecho pedazos. Amigo mío modesto, diga U. sus cosas y hágalas entre parapetos, pero deje que los otros digan algo *entre rincones*, autorizados con Coloma .... "Al principio, con hablar *entre rincones*, como de cosa prohibida; después á voz en grito." (Coloma. Traducción de Tácito.)

Mas los hombres que son ni pequeñuelos ni ignorantes...... Con un adarme de conciencia que U. tuviese habría visto que el *no* que allí falta no se quedó en nuestro tintero sino en el del impresor.

"Mas qué *de* bueno puede acarrearnos?" Vea U. á Baralt, pero déjenos ver á Granada. "No está claro que tenemos acá adentro de nuestras entrañas un calor pestilencial, que nos viene por parte del pecado, el cual gasta cuanto *de bueno* en el hombre hay?" U. habría querido que Granada dijese: *Cuanto bueno*, y que nosotros dijésemos: Mas *qué bueno* puede acarrearnos? Absurdo á todas luces. Esa alambicada distinción que algunos hacen entre el *de* partitivo y el *de* que indica encarecimiento, no se echa de ver en los clásicos; y aun cuando así fuera, no dirá U. que en el caso que censura el *de* fuese partitivo. Nuestro Baralt, mortal al fin, tie-

ne también su flaco: lo que él no vió ó no le gusta, lo desecha sin apelación. Pero no ve U. á Baralt mismo, este amo suyo, andar siempre con el sombrero en la mano en presencia de Granada? Ejemplos de éste *de* le traería á U. á millares: los maestros de la lengua lo tomarían por ventura del francés? Del francés en tiempo que esta lengua estaba léjos de preponderar entre las modernas, y en que el castellano privaba y daba la ley en todas las naciones cultas? No es probable.

El sol de Carlos V. se puso sin remedio. Cuando se dice el *sol se puso*, se habla con toda la precisión y el rigor posibles. "En qué venta de España se habrá detenido el picaronazo del sol?" Exclama U. gracioso. El sol se pone en el occidente, no *se detiene* en venta de España ni de trigo. De puro modesto no sabe U. sin duda el dicho tan conocido de ese emperador, que *el sol no se ponía en sus dominios.* Cuando el botarga hace una fea bufonada en los circos de marona, todos guardan silencio.

"De modo y de manera" se ve escrito en muchos buenos libros. Esta acumulación de voces sinónimas expresa el encarecimiento, al modo que Cervantes dice, *sin saber cómo ni cómo.*

Dudé cuando escribía ese *tan primeros años*, y me pareció que sin esfuerzo podía entenderse tan verdes, tan juveniles años, tan al principio de nuestra existencia. No me empeño en sostenerlo.

La espresión *á tú por tú* significará lo que U. dice; pero ésto no quita que *tratar tú por tú* significa tratar familiarmente, hombrearse, como se desprende esta manera de decir de "La Celestina": "Nunca tratan con parientes, con iguales á quien puedan hablar tú por tú." Y sabe U. qué es "La Celestina?" Uno de los oráculos de la lengua castellana. Aquí tiene U. que el Señor Bello pudo haber tratado con familiaridad á Bolívar y San Martín, y de ningun modo *perdiéndoles el respeto y diciéndoles palabras injuriosas*, como U. pretende. (El público vuelve á guardar silencio.) Y *el misterio* de resultar el Señor Bello uno de los dos, Bolívar ó San Martín, no es misterio; pues habiéndose hablado de *los pro-*

hombres de la independencia, bien podía Bello entrar como uno de ellos; porque, como dice Baralt, muchas veces la concordancia se hizo con las ideas y no con las palabras: y aun cuando así no fuese, ponemos *los* en vez de *esos*, como se halla en el manuscrito, y U. no tiene que decir.

Puesto que no hay sino un solo Dios, nadie puede llegar sino á él, ora se diga *al mismo Dios*, ó *al Dios mismo*. Don Cerillo quería llegar á otro Dios? Hele allí pagano á su vez. Y los *preludios borrascosos*? y los *ruidos achacosos*? y los *abismos presurosos*?

Qué fue del rey Don Juan?
Los infantes de Aragón
Qué se hicieron?
Qué fue de tanto galán,
Qué fue de tanta invención
Cómo trajeron?

No sabe Don Cerillo que cuando se escribe en verso hay casi plena libertad de invertir el orden natural de las palabras?

"Errante en la soledad del extranjero ....." Se habla de la persona, no del *país* por donde iba. Algunas veces al crítico también se le agua la inteligencia.

"A vueltas con nuestras ansias de saber....." Aquí bailó *la zarandilla* el buen modesto, pero sin gracia; porque *á vueltas* no es solamente *reñir* ó luchar, como él quiere, sino también una expresión elíptica que indica el empeño con que uno toma una cosa. Pero como aun cuando tuviéramos razón el sabio supersticioso no querría creernos, oiga á su mismo Baralt: "Se esforzaba en hacer derivar de ellos su prosapia y andaba siempre *á vueltas* con el arbol genealógico y otros bagatelas de nobleza hereditaria." Andaría por ventura ese tal riñendo con el árbol genealógico, y á rempujones y cachetes con otros bagatelas de nobleza hereditaria? Si no le pareció bien, pudo el *critiquete* murmurar de la elípsis que hemos cometido suprimiendo el verbo *andar*; pero el modo adverbial está muy bien usado. Cuando él lo encontró en algún librajo lo encontró sin duda en

el sentido que ha sabido, pero ni se le *pasaba por la imaginación* que Baralt y otros autores podían usarlo en otro. Vean lo que tiene criticar lo que se ignora, y á pesar de la modestia decidir en todos los casos con la autoridad de un Dictador.

En que nosotros erramos y hemos errado, no hay duda; pero tampoco hay en que los critiquillos van á medirse algo de hoy para adelante. Escribir una cosa que guste á algunos no es ofender á nadie, amigo modesto; ni se nos acuerda de haber insultado á U. en "El Cosmopolita" para que de amigo se nos torne contrario sin más que eso.

Lo de los *galicismos*, hermano, indica ciega esclavitud en U.: ha leido á Baralt, y ya no quiere oir otra cosa ni azotado; pero no hemos sabido que la Academia haya canonizado á ese autor, estimable desde luego; sólo las Sagradas Escrituras podemos citar los cristianos con la fe del carbonero; en todo lo demás cabe duda: *Dubitas Agustinus.* No la hay en que, si hubiéramos tenido en la memeria todo el diccionario de galicismos cuando escribíamos el primer número de "El Cosmopolita," hubiéramos evitado algo de lo que U. nos echa en cara. Pero querer desterrar de la lengua moderna el vocablo *país*, por ejemplo, es un delirio que nadie podrá llevar á cima: bueno que haya venido del francés; pero si está ya naturalizado en todos los pueblos que hablan español, si el tal término está arraigado en la lengua de todo sujeto, así ignorante como ilustrado, ¿qué remedio? Dejarlo en casa, tanto más cuanto que la palabrilla es útil en extremo; porque cuando se habla, no del pueblo, de los habitantes de una nación, sino de la tierra, la comarca, no acierta uno á expresar la idea si no quiere decir *país*. *Comarca* desde luego sale bien en ciertos casos, pero *país* indica algo de más general y estenso. Los antiguos decían *provincias*, como se ve en Mariana; cosa inadmisible al presente. Ni Don Rafael María, ni Capmany condenan el uso de la palabra *país* en sentido de territorio, suelo de una nación, ésta es otra. Y ya U. vino á mandar al Napo al pobre *país* que no nos hace mal ninguno.

La misma suerte corre al verbo *hacer* en sus manos. Quítenoslo U., hecho el purista, y ya no podemos hacer nada. Galicismo será en ciertos casos; pero siempre, hombre de Dios?

Dice U. que está mal usado el comparativo *mejor*. No lo creo: cuando se usa *mejor* por *más bien*, se habla gálicamente; pero cuando mejor está por más bueno (convenientemente, útil) se habla castizo. "Nuestro modo de hablar tan conocido: *Esto me estaría mejor que aquello*, ó quiere decir: *Esto sería mejor para mí, más bueno* (conveniente, útil &c.) *que aquello*; ó vale: *Esto, y no aquello, es lo que más buena, ó justa, ó rectamente me toca hacer.*" U. nos ha remitido á Baralt, á Baralt cuyas palabras hemos copiado, le remitimos nosotros. Según esa doctrina dijo Cervantes: "Al soldado *mejor* le estuviera oler á pólvora que á algalia." Y no dirá U. que la frase censurada en nuestro escrito no sea de la misma naturaleza que la de Cervantes: "Estos Julios y Gabrieles, á quienes mejor les hubiera estado &c.;" ésto es: *Á quienes les hubiera sido más bueno, conveniente, útil &c.* Pero como lo primero que U. vió fue que *mejor* no se podía usar por *más bien*, ya nos censuró con la fisga acostumbrada, sin meterse á averiguar si había ó no algo más que saber á ese respecto. U. y los críticos de su calaña corregirían á Cervantes mandándole decir: Al soldado *más bien* le estuviera oler á pólvora que á algalia. Y es gran impudencia citar autores para apoyar con ellos lo contrario de lo que ellos dicen.

Otro tanto decimos de la crítica al tan enérjico modo de hablar del mismo Cervantes, á quien hemos seguido cuando hemos dicho: Podría ser que los ecuatorianos le perdonasen (á Don Gabriel) *si ya* se arrepintiese. Dice U. que el *ya* es redundante; puede ser; pero si le quitamos debilitamos la dicción, como sucedería si le quitásemos al autor del Quijote este *ya* tan bien empleado: "Pero él se guardará bien, si *ya* no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo." Aquí tiene U., ese *ya* no hace falta, y con todo ahí se está aplaudido por los comentadores. La gramática cede muchas veces á la retórica, Señor Don colabo-

rador; y es muy extraño que un crítico de profesión ignore cosas tan sabidas. Si todo lo sacrifica á aquel arte, nunca será U. sino un dómine maltratador de niños.

Y en todo es así, pues quiere se escriban viajes sin consentir en que el autor entre en ellos para nada. Todo viajero habla de sí, en lo cual no se ha de ver jactancia sino necesidad; pues si U. viaja, Don modesto, quién ha de hablar sino U.? Quiere que andando por Grecia ó Turquía se haga obrar y decir á Santo Domingo? Llega U. á Constantinopla y solicita del Gran Señor una entrada al harem: viene en ello el Sultán, pero da orden como luego se agregue el curioso viajero al cuerpo de eunucos, lo cual es al punto ejecutado. Si estos lances le pasan á U., buen hombre, ha de venir á achacarlos al pobre Santo Domingo? Perdió U. lo mejor, pero le queda *su retrato*.

Cómo había yo de querer entrar en docena con el Señor Bello y otros hombres ilustres, buen amigo? Si tal pudo entenderse, atribúyalo U. á falta de expresión de mi parte, pero no se empeñe en afearme con tan ridícula vanidad. Soy poeta, sabio, grande hombre? Desconocido é ignorante mozo, todo lo que hago es llorar al acordarme de Bello, como César lloró en presencia del busto de Alejandro, por no haber hecho nada hasta ahora. Bien me entendía U., pero el fin era sacarme mal. U. me ha hecho cruces por gentil, yo se las hago por mal intencionado.

En órden á mi composición á Don Andrés, estuve, estoy y he de estar en duda hasta que un juez autorizado la absuelva ó la condene. U. no es idóneo, ni lo que dice de ella lo dice porque tal sea la verdad ni le parezca así: se lo han soplado á U. con cervatana, y de este modo su crítica tiene menos mérito aún. Requiérese más inteligencia, más conocimiento de las cosas, mejor gusto, y sobre todo más sinceridad de los que á U. le adornan, para ser competente en la materia. Y ese nervio delicadísimo que tienen algunos corazones, metálico, sonoro, que vibra dulce cuando las Musas ponen allí los dedos ¿lo tiene el suyo? La poesía

es más bien obra del corazón que de la cabeza. No se acuerda U. de cuando con nuestro amigo Zaldumbide le llevábamos á la fuerza á hacerle *oír ecos* en los prados silenciosos de los alrededores de Quito, ó sobre las verdes colinas que circundan la ciudad? Nunca quiso ni pudo U. oir ni entender *ecos*: siempre, siempre ha tenido alma de encerado. Quién por toda poesía no ha leído sino el "Sopla que quema," podrá ser juez en poesía? Cómo ha de ser el que piensa que la Musa es un mono que *salta de la mesa á debajo del catre*, ó un gato que se le come el queso! Preciso es que tenga mucho de *maese Pedro* quien piensa y habla de este modo. El que se haya usado el vocablo *catre* le parece muy mal á maese Pedro, porque los de menguadillo sentimiento siempre tuvieron para sí que la poesía consistía en decir todo con palabras poco comunes y de rodeada manera. Éstos no pueden sufrir se nombre las cosas con sus nombres, y todo lo que no sea llamar al cielo *el tindáreo huevo*, y á las estrellas *gallinas celestiales*, será prosa y *de la más ruin*. Lea el criticastro "El Moro expósito," y encontrará el vocablo *catre* sin ambajes ni gallinas celestiales, muy bien traído por su misma sencillez. Y Don Ángel de Saavedra no es uno de los poetas modernos más aplaudidos? No hay que salir diciendo que ese catre está en un capítulo jocoso; no, es en un pasaje serio, y muy serio. Yo debía haber dicho, para parecer bien al crítico, tálamo, ó lo que más le hubiera gustado, navío de la recámara. El catre es lo que le molesta; vaya pues á burlarse de Don Ángel de Saavedra. Con que la Musa no *se metió debajo del catre*; U. es el que está metido en un zapato, U. Monsieur Boileau de órgano ambulante. Los poetas calificando los míos de *sonoros versos* (véase "El Americano," del Perú), y éste alma de cántaro llamándolos prosa, *y de la más trivial!* Fray Trivia ete de Prosapete, su reverenda tendrá voto en el Capítulo de la Merced, no en estas cosas.

En que vendría á parar la más egregia versificación en manos de semejante crítico? La tuerce, la disloca, se la come á pedazos, y se toma á reir de que uno haya podido componer tan malos versos.

"Temblaron los pequeños confundidos
Del ímpio furor suyo; alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los amados brazos extendiendo
Movió el airado cuello aquel potente."

Así habla Herrera. Pues Herrera en manos del modesto censor hablaría así: Confundidos los pequeños temblaron del furor impío suyo, temblaron. Dios Señor, alzó la frente contra tí, la frente, la frente, y con semblante arrogante y pecho, la frente, y extendiendo los brazos armados *(y por supuesto que todo ésto está en verso)* el cuello airado aquel potente movió. Este pícaro y mañoso modo de criticar no sería de Luigi Vampa, si Luigi Vampa hubiera sido tán buen censor como el que ahora tenemos? Á éstos más les falta conciencia que vena poética. Un zapatero decidió que la Eneida no valía un par de botas, y éste estába én estrecha correspondencia literaria con Fray Trivialillo de Prosapillo.

Cuando ofrecí tal cual trozo de *literatura y de amena poesía*, tenía el pensamiento de contar con alguno que yo conceptuaba amigo mío, y de traducir algo de los poetas de mi predilección, nombradamente algunas escenas de las tragedias de Racine. Dirá U. que ésto pensaba, pero que no lo dije: así es; pero es también muy cierto que lejos de excluir á mis amigos de mi empresa, mi deseo era que entrasen á la parte. U. quiso más bien salir al camino á esperarme en una encrucijada que viajar conmigo.

Sindica U. mi prosa de *trivial* (poco antes la sindicó de pomposa y retumbante;) puede ser. Pero *Esconderse debajo del catre*, *No salir ni á palos*, *Tener la boca llena de macarrones* ¿no es hablar como las mujeres del mercado? Todo ésto lo aprende U. sin duda en su barrio, varón cultísimo, y nos da buenas muestras de su habla *moratiniana*. Si involuntariamente me hubiera yo dejado decir algunas de esas cosas, me moriría de vergüenza cuando me lo advirtiesen; á U. le gustan mucho *esos lugares*.

Porque allí llega sediento,
Pide vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánselo, bébelo,
Págalo y vase contento.

No le dejaré pasar otro punto lleno de malicia. Cuando decía yo que á los *malos críticos* (entienda, á los malos y no á los buenos) les podía suceder lo que al librero á quien Alcibíades dió de bofetones, no hablaba de los que yo le pudiera dar á U. materialmente, sinó de los que ahora mismo le doy por escrito. Seguro estaba U. *tras el Chimborazo*, como ahora puede estarlo tras el Pasochoa; no he de ir en efecto *montado* en U. ni en nadie á darle allá de bofetones, porque sería mucha molestia para tan poco.

Y para acabar, amigo modesto, le diré que en esa denigración que U. hace de mi carácter, pintándole como visionario y adicto á la religión byrónica, mas hay impertinencia y mala fe que verdad. Le pareció bien repetir lo que los camanduleros están diciendo siempre de todo el que no manda decir responsos, y allí lo repitió. Muéstreme U. virtudes, y lejos de no creer en ellas, me tendré por feliz en aplaudirlas. ¿Pero cómo negar nuestros vicios?

Puede ser que U. tome el partido de *negar*; y por qué no? quien ha tenido la vileza de agraviar y desacreditar á un amigo, no tendría la de negar? Pero en todo caso, tenga U. cuidado; esos malditos alumnos de Byron suelen tener virtudes infernales, y sobre todo cuando se llaman Don Juan.... Nunca hubiera hecho U. con respecto á mí cosa más acertada que cultivar mi indiferencia.

Vea qué de amarguras no hubiera evitado con sólo ser leal. Por medio de cartas, mientras duró nuestra correspondencia, y con un atento recado cuando fuí á Quito, le manifesté mi deseo de consultarle acerca de mi prosa: U. se desentendió. Quiere U. que haya virtudes entre nosotros, y es el primero en faltar á ellas: si ya no puede uno fiarse de sus conocidos, sus amigos ¿cómo no ha de dudar? Aquí me tiene U. sin el me-

por resentimiento, ni encono contra nadie, porque ni sé quienes me insultan, ni de que modo se expresan. Pero U. que para coronar la obra se ingenia de modo que llegue su "La Patría" á mi retiro, y me obliga á leerla con astucias, es muy culpable para conmigo y para con la moral en globo.

Ya sé que U. anda descargándose con decir que *esa censura ha ido de Cuenca*, y que aun cuando U. la hubiera escrito, á nada habría faltado, porque no había sido mi *amigo íntimo*. Mi amigo íntimo, ¿cómo podía ser....? Mas para ser consecuente, de buen proceder, noble caballero, no era precisa la amistad íntima; bastaba la que U. aparentaba, y más cuando le escribí con tiempo que me aprovecharía de sus luces en un escrito que tenía entre manos. Luego no me conceptuaba yo un Moratín ni me llamaba Mor de Fuentes, como neciamente han querido entender ustedes. Cuando dije *que las habrían con todo un Moratín*, quise decir que no faltando quien por ignorancia, critique lo más castizo, yo les confundiría talvez poniéndoles por delante los maestros de la lengua, como ha sucedido con U. mismo que ha criticado ridículamente y sin saberlo á Granada, Cervantes, Coloma, Las Casas, y hasta á Baralt, que para U. es el *Cosmos* del habla castellana.

La naturaleza del impulso que le ha movido á U. á unirse á mis denigradores, puede columbrarse en la proposición que sigue. Si "El Cosmopolita" hubiera sido peor de lo que es, U. hubiera sido mucho más indulgente; si en el todo hubiera sido malo, U. me hubiera aplaudido. Si al contrario fuera mejor de lo que es, U. sería mucho más agrio y venenoso con su autor; si fuera una cosa rematadamente buena, U. haría lo posible para que le fusilasen. Y diga que U. es de los virtuosos! Porqué no escribió *su censura* con su nombre? En la franqueza hay mucha nobleza: cuando el autor apoya con su firma sus escritos, no dice sino lo que puede decir con decoro, y si el caso lo pide, sostener con el brazo. El anónimo es el gérmen de la inmoralidad, y el primer día de nuestra civilización será el en que todos firmemos nuestras obras.

Con ésto dense por notificados los perversos cuyo encono ha ido hasta el extremo de impulsar á inocentes sacerdotes para que profanen el púlpito con prédicas irracionales. Ah, Señor colaborador, U. no estaba sólo, tenía cómplices, era una conspiración inicua la de ustedes! Pero qué dirán de este pueblo los verdaderamente cristianos y civilizados, al saber que se predica contra un escrito qué está rebozando en afecciones religiosas, en el cual prepondera el cristianismo? "El espíritu de la filosofía cristiana simbolizado en la palabra *cosmopolita* reina en el fondo del Cosmopolita," leo en un periódico extranjero. Y estos desgraciados? Complacen, talvez sin caer en cuenta, con la iniquidad, la ruindad, la hipocresía, ésto es con el demonio que se despedaza en el pecho de ciertos miserables.

Si éstos caen en mi pluma, quedarán en tiras, en hilachas; y si es preciso que caigan en mis manos, les obligaré á bofetones á ser hombres. No saben que hay mucha diferencia entre las pobres gentes aferradas á la vida y los que la desprecian? El león es generoso, pero si le hieren alevosamente, ruge, salta, devora, vende cara su vida. Podré caer, pero será sobre otros.

Una de las cosas que yo me había propuesto era formar (á lo menos intentarlo) buenas hijas, buenas esposas, buenas madres, como claro lo dije; y en la buena hija, buena esposa y buena madre no está todo el Evangelio, por lo que mira á la mujer? Y la que así fuere formada no sería buena y perfecta cristiana? El cristianismo consiste en el conocimiento y la práctica de las virtudes, no en esas viles y afrentosas humillaciones de ir v.g. á servir con la servilleta al brazo en tristes mesas. Si ésto hicieran por espíritu de caridad, aún no tan malo; pero si luego salen á infringir todos los mandamientos de Dios, ¿qué son sino condenados? En la doctrina de Jesucristo nada hay falso, y no es religioso quien pervierte la verdad y se ocupa en el daño de sus semejantes. Pues no dudo que no hay falta de inteligencia sino sobra de malicia en los que han dicho necia y desvergonzadamente que mi fin era establecer no sé qué *sistema sobre las ruinas de la sociedad cristiana.*

Lo que sí me propusiera con ardor sería establecer el cristianismo puro y limpio sobre las ruinas de la iniquidad, la hipocresía, el fanatismo, y ojalá Dios me diera licencia para este santo apostolado, aun cuando el martirio fuera mi única esperanza.

COLABORADORES.

Carta de un Cristiano viejo.

Qué tiempos los que alcanzamos, Braulio! Ó el juicio se acerca, ó estoy por volverme loco. El Cosmopolita es sin duda el precursor del juez supremo; el mundo está para acabarse. Mi mula baya ha parido en Chillo; en Amagüaña ha nacido un chibo con dos cabezas, y el sacristán nos conversó el domingo que de la torre había bajado una voz que decía: Ay de tí, Amagüaña! pueblo infeliz. Amagüaña!....¡Ay de tí, hermoso valle de Chillo, lástima te tengo! Tus bueyes se morirán de consunción, tus vacas ya no han de dar toretes, se han de agusanar las papas de tus llanos! Ay de tí, Amagüaña!"....Braulio, Braulísimo, misericordia!.

Cuando yo que vengo á Quito encuentro con la novedad de "El Cosmopolita," y se confirman mis temores: ahora veo que la lluvia de tierra que tuvimos el año de 50 no había sido así no más, y que ese jigante que vimos en las nuves cuando estuvimos haciendo cortar la cebada de Huacamullo, se daba la mano con estos diablos que ahora salen. No ves cómo se ponen á alabar con tanto calor á la antigüa Roma, pueblo de gentiles? No ves cómo andan de arriba para abajo con nombres de herejes, con Sócrates y Platones, con Escipiones y Lucrecias? Platón! yo me contento con plato, porque soy hombre modesto, y estos aumentativos tienen para mí no sé qué sabor de arrianismo que no se aviene con mis virtudes. Acabo de salir de los ejercicios del Tejar, en donde servía en la mesa, y no me acuerdo que ninguno de los buenos cristianos ni de los sabios padres que ahí comían me haya pedido Platones: todos se allanaban á decirme: Hermano, tráeme un plato.

Qué laya de rotos serán esos Numas, Trajanos, Césares y Pompeyos, Cicerones y Tito-Livios que "El Cosmopoiita" nos viene ensartando á cado paso? Han

de ser sin duda algunos discípulos de Rousseau, que no habiendo conocido á Don Gabriel, no podían ser hombres grandes de ninguna manera. Y ese *Panteón*, *ese Coliseo*, *esa Vià-Sacra* qué son al lado de nuestro puente de los Gallinazos? Algunas veces me río de estos volterianos. Ya habrían querido los Romanos la carretera que Don Gabriel nos dió y nos quitó en Chillo. Entre paréntesis, Braulio, ¿qué te parecen la inconsecuencia y la maldad de este hombre? Rompe haciendas, derriba casas, nos da carretera; otro día amanece, fuera carretera, y volvemos á nuestro lodo y á nuestras quebradas. Pero tonto, por que ya teníamos en el pensamiento su reelección.....Ahora se equivoca, ahora no le hemos de hacer ni Eforo de Lacidimonia, ó Lacedemonio, ó Ladecimiona, ó cómo dice "El Cosmopolita:" tienen unos términos estos herejes!

Pero qué viene á ser "El Cosmopolita" en realidad? No es periódico porqué los periódicos tienen condiciones, agencias, días señalados para salir. Cuadernos periódicos no hemos conocido: se usaron talvez en tiempo del paganismo, y de aquí está novedad. Y luego dice tantas cosas que por tonto que uno no sea no hay forma de entenderle. "Gustan sobre manera las lágrimas que César vierte sobre Pompeyo." Parece que dice sobre madera, ¿qué nos importan esas lágrimas sobre madera ó sobre mareda? Yo no lloro sino cuando se me hiela el maíz, y lloré también, te digo la verdad, cuando *papá García* me quiso mandar amarrado á Ipiales por mal hablado. "Los Gracos son la encarnación de la libertad romana." Entiendes, Braulio? Cómo ha de ser Graco y Encarnación al mismo tiempo? *Gracos* suena á hombres; luego no hay Encarnaciones ni Antuquitas que valgan. Estos enemigos de la religión así son generalmente, no saben lo que se dicen. Gracos! qué nombres, Dios mío! Yo con mis hijos no paso de José, y entre Graco y Sancho, me quedaba á Sancho, te digo porque te quiero. "Que el Senado había sido una junta de dioses deteniendo á los galos respetuosos y mudos en su presencia." En toda esta algarábia (otros dicen algarabía) no se entiende si-

no aquello de decir que el Senado era una junta de dioses. Dioses senadores y junta de dioses! qué politeismo tan refinado! Á ese templario es preciso quemarlo. Nosotros poniendo velas á San Antonio, y él con junta de dioses.... "Ispahan," "Couvier," "Sully," qué demonio de voquiblos! Ésto es griego ó hebreo? porqué no escribe este hombre en castellano? Yo cuando hablo, hablo claro; por eso en el cumpleaños de esa cierta.....hum? le dije claro:

Tienes una boquirris
Tan chiquitirris,
Que me la comeriba
Con tomatirris.

Ésto es hablar con Juvellanos, *puesto que* sea mentira que le hayamos leído ni una página.

Pero lo que me pone á punto de renegar son esos cuentos que nos ensarta, como si fuéramos niños de escuela para creerle buenamente. "Que en Grecia las plazas públicas servían de imprenta: que un bruto enseñó á hablar á los romanos," y otras enseñanzas de esta naturaleza. Según oía á mi agüela, en Roma se habló tanto como en otra parte, sin que brüto ni bruta enseñase á hablar á los romanos; y más brutos hubieran sido ellos si se hubieran dejado instruir por un bruto. Nosotros al contrario, enseñamos á hablar á los animales, y yo mismo tengo diestra á mi lora en el alabado, y al padre Vaca en esos magníficos y estupendos sermones en que manda á puñados al infierno al Cosmopolita y sus lectores.

"Los Pirineos y los Alpes son hermanos." Gran noticia! Sean hermanos ó primos hermanos esos caballeros, qué nos importa? Yo también soy primo hermano de Macilo, ¿me he de poner por ésto á conversarlo á todos, como un loco que anduviese con el reloj en la mano avisando á todo el mundo la hora que era? Los tales Alpes y Pirineos deben de ser algunos jansenistas propaganderos de las falsas religiones, cuando merecen el aplauso de los apóstatas Julianos.

Yendo el otro día á la hacienda topé con mi compadre el cura de Conocoto, y me detuve un buen rato

á conversar con él. Este Cosmopolita es un hereje, le dije antes de saludarle; después le saludé, y proseguí: pues no ve, compadre cura, como no se acuerda de ninguno de los millares de santos que tenemos los cristianos? Todos esos Epaminondos, y Tolomios, y Epícaros han de pertenecer sin duda á las sectas de Arrio y de Pelagio. Epícaros! buena autoridad para nosotros. Si Epícaros nos pone de ejemplo, nos ha de poner también Epícaras, y ha de querer que la epicardía nos sirva de modelo. Como quiera que sea, á mí no me gustan las citas, porque no las entiendo; y para qué pasajes que nó sabemos, nombres que no hemos oído? Si se ha de hablar con autoridades, ahí están Mazo y el padre Astete, y si más apura, el Martirologio y mi vida que pienso escribir cuando sea un poco viejo. Yo me acuerdo también haber mentado á Bruto en un gran discurso en la Escuela Democrática, es cierto: dije que cuando sea grande había de tener en la una mano el cabo de la libertad, y en la otra el cuchillo de Bruto para matar al que me de cólera. Cosa de muchachos: cuando á uno le cría moho en el celebro, y la frailesía le ha dejado en las entrañas una pulgada de sedimento de católico, ya piensa de otra suerte.

Yo entiendo que el maldito Cosmopolita empieza á hacer sectarios, Braulio mío; por que el cura, con ser cura, se puso á defenderle y decir que nó había ni lejos de herejía en todo el cuaderno, sino que al contrario rebosaba en las doctrinas evangélicas, y me puso por ejemplo la buena intención de querer formar buenas hijas, buenas esposas, buenas madres, precisamente lo que deseara Jesucristo. Pero esas citas tan endiabladas? le añadí.—No son endiabladas, dijo con una pachorra de matarlo: cómo quiere U., compadre Tomesdo, que hablando v. g. de la libertad que gozaban los atenienses para expresar su dictamen en los asuntos públicos, saliese citando el concilio de Trento? No sería peregrino que para recomendar el desinterés á un general ó á un magistrado viniésemos con San Martín Porras ó con la bula *In cena domine?* Veamos sino lo que resultara.

Hablando el "Cosmopolita" de la conveniencia de amenizar los periódicos con artículos de diferentes géneros, dice: "Licurgo mandó colocar en todas las mesas públicas la estatua de la risa. En Lacedemonia todos los ciudadanos comían juntos, sin que de esta obligación estuviesen exentos los reyes ni los Éforos. Tenía para sí aquel gran legislador que la vida más austera debía templarse con tal ó cual pasatiempo honesto, y que era conveniente quitarse las canas con algunos instantes de bien sazonada charla, y un asomo de ironía culta y salerosa, capaz de separar los labios, según la costumbre de Demócrito. Si Licurgo, el severo é inflexible Licurgo, hizo venir la estatua de la riza á los banquetes de los lacedemonios, ¿cómo la habíamos de proscribir de nuestra humilde mesa? Rabelais se hombrea en las librerías de los doctos con Homero y Tito-Livio, Lafontaine ocupa lugar eminente en ellas, y nada se hace sin Moliere." Compongamos este trozo como U. y otros parecidos á U. entienden.

San Junípero mandó colocar la estatua de la risa en todas las mesas públicas. En Lacedemonia.....(pero como es nación de gentiles, digamos más bien Polonia.) En Polonia todos los ciudadanos comían juntos, sin que de esta obligación estuviesen exentos los reyes ni.... los arciprestes (Éforos, huele á paganismo.) Tenía para sí aquel gran legislador. (No Licurgo, porque eso es herejía, sino San Sarabito) que la vida más austera debía templarse con tal cual pasatiempo honesto, y que era conveniente quitarse las canas con algunos instantes de bien sazonada charla, y un asomo de ironía culta y salerosa, capaz de separar los labíos, según la costumbre de........Pascual Bailón (Échele un asperjes á Demócrito.) Si San Junípero, el severo é inflexible San Junípero, mandó colocar la estatua de la risa en los banquetes de los polacos (*Liberanus Domine* de los lacedemonios;) cómo la habíamos de proscribir de nuestra humilde mesa? San Gervacio se hombrea en las librerias de los doctos con San Simplicio y San Tiricio (Rabelais es una indirecta Barrabás; Homero no me gustó, porque hace consonante con cuatrero, y Tito-Livio, me

suena á Silvio Pellico, gran hereje.) Con que San Gervacio se hombrea en las librerías de los doctos con San Simplicio y San Tiricio, y nada se hace sin el padre maestro Asmodeo. (Dejémonos de Moliere, pues entiendo que ésto más es moler que otra cosa.)

Qué le parecería ese modo de escribir? me dijo el cura.—Magnífico, le respondí.—Pero si son puros disparates.—Mas que sean disparates, ahí se oye siquiera el nombre de tal cual santo, al paso que los otros son adefesios sin sustancia. Lacidimiona! qué significa ésto? Yo le quitaba las canas á mi agüela con las manos, y no con *instantes de charla* bien ni mal sazonada, como quieren los gentiles. Quitar las canas con instantes y con charla, Braulio? Esto es cosa de mágica sin duda; las brujas atraen á sus amantes con palabras misteriosas, y les quitan la blanca: yo no puedo sufrir estas semejanzas, mi conciencia me manda fruncirme por atras y por delante, y estas cosas no me desarrugan la frente, antes me la arrugan más. Anoche perdí el sueño rumiando una representación al Gobierno para pedirle el restablecimiento del Santo Oficio. ¿Qué te parece? no respondes, Braulio? archi-Braulio, contra-Braulio, me insultas con tu silencio.

El cura procuró convencerme de que las citas deben ser adecuadas para el asunto de que se trata, y como yo soy cabezudo algunas veces, no le quise entender, lo cual hizo que mi compadre se enojase y hasta me tratase de tonto. Pero yo que tengo pocas correas, porque por algo he de ser bermejo, me irrité, le grité y me fuí, propuesto á romper el compadrazgo, convencido como estoy de que no nos convienen esas amistades. Nosotros tenemos en el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, y en los dientes una sesma de toba que por humildad nos la dejamos; y hemos de ir á rozarnos con esos clériguillos pisaverdes, riveteados de luteranismo y con copete de Voltaire? Arre allá diablo! primero me dejaría freir en caserola, que dejar el camino que he tomado. Confesándome, comulgando, entrando á ejercicios y sirviendo en la mesa, poniendo velas á mi patrón y tratando de herejes, luteranos, calvi-

nistas, albigenses, arrianos, metodistas, casuistas, hu-sistas, molinistas, urvinistas, infiernistas, diablistas y satanistas á los demás, pienso, si Dios no dispone otra cosa, llegar á un ministerio cuando mis cuñados sean presidentes. Esos pobres Cosmopolitas no aspiran á nada sin duda, cuando se ponen con tanta simplicidad á hablar en conciencia lo que á ellos les parece. En estos buenos tiempos de conversión, por la sacristía se pasa al solio, y el que nacesita blanca, haga negra su alma, que tiempo habrá para convertirse deveras.

No ven á papá García? está gordo de hostias y ha sido presidente. Braulio, callarás.....ya oígo tus disparates. "Papá García, dices, más ha hecho con la lanza que con el rosario; ha sudado la gota gruesa, se ha roto mil veces las costillas yendo de cabeza en invierno ya por Angas, ya por el Pailón, ya por Quevedo; apareciendo otra vez aquí como por encanto, atravezando bosques y desiertos, sólo, mal comido ó sin comer, mal bebido ó sin beber, mal dormido ó sin dormir; haciéndose rajas con una actividad asombrosa; gritando, corriendo, matando, girando y reventando sin cesar como una pieza de fuegos artificiales. Ha sido audaz, arrojado, emprendedor, constante, infatigable, terrible, espantoso y horroroso: ha tenido valor y voluntad; cuerpo de bronce, alma de hierro, brazo de diablo; un demonio, en fin, que á fuerza de quererlo se salió con la suya. De este modo llegó á apoderarse del mando. Se sienten ustedes capaces de imitarle? Las confesiones, comuniones y ejercicios, no eran sino la sobre carga, ó *la soberna*, como ustedes llaman; pero la acémila estaba ya bien cargada. Impetuoso, pronto, activo, violento, no sin valor, y cruel en toda caso, estos son los caracteres del modelo que ustedes quieren imitar, para *hacerse* presidentes y ministros. Vamos á ver; váyase cada uno de ustedes sólo á Guayaquil por Quevedo, y vuelva al otro día sin botas ni alforjas; tomen la lanza en Mocha y alancéen gente á diestra y siniestra; den látigo al general Ayarza; hagan temblar á todos, métanlos en un zapato, y les hago presidentes.

Pero querer llegar á los primeros puestos con ayunos, golpes de pecho, misas redobladas, almorzando y merendanbo en la Iglesia, es cosa ridícula, digna de ustedes. Si una junta de beatas hubiera de elegirles, en buena hora; mas por poco civilizados que sean los hombres, no les elegirían á ustedes sino para *demanderos*, de ésos que andan el Viernes Santo montados en su rosinante gritando por las calles: "Para el santo entierro de Cristo vida nuestra!" Con todo, no desmayen ustedes, que puede ser que con el tiempo lleguen á ser Guardianes de San Diego ó Priores de la Recoleta, por que dicen que ese ateo de el Cosmopolita tiene contra ustedes unas armas que matan el alma.....y que si se ofrece, no le faltan tampoco contra el cuerpo. Vos no sabes sino insultar; ya has de salir llamándome archi-Braulio y contra-Braulio, porque te quiero abrir los ojos."

Dí lo que quieras, Brulio; costumbre tienes de abusar de la amistad; todo te he oído y tengo paciencia. Pero en qué quedamos? es bueno ó malo el "Cosmopolita?" Cuando lo entiendo, me parece bueno; cuando no, puros disparates y herejías. Pero lo principal es dar á entender que no vale nada, como yá lo he hecho en una magnífica censura, digna de San Policarpo, que *el Zueco*, mi maestro, me la ha llamada *sabia*, como si fuera cosa de *volatinería*. Mas si te he de decir la verdad, no puedo yo sufrir, magüer pobre diablo, que otro llame la atención más que yo. Qué demonio! si habré salido bien? Algo pícaro y mañoso anduve; por éso estoy con el rabo entre las piernas, si el Cosmopolita sabe algo de mí. Dicen además que este luterano anda tras uno con quien volarse los sesos. Ni la crea.... Yo tengo mujer, hijos y estoy buscando la vida; el no tiene nada de ésto ni hace nada, y está de monte en monte con el mundo. Te sonríes, Braulio? Rebraulio, Braulísimo, vos también sales contra mí? Algunas veces tengo ímpetus de ahorcarme, y no sé porqué no lo hago; pero por mano de otro?....Bien está San Pedro en Roma.

No he de acabar sin manifestarte mi disgusto por los endiablados modos de hablar que ha inventado el diablo de el Cosmopolita: "No es de nosotros alzar el ve-

lo que cubre el hogar doméstico." Tantas vueltas y revueltas para decir: No es bueno hablar de lo de dentro de casa. "El sol de Carlos V se puso sin remedio, reina la noche en España." Yo hubiera dicho como buen cristiano: El picaronazo del sol se detuvo en una venta de España: el pícaro de Carlos V quedó con los dientes largos: se acabó *la majahüilla;* juera! ya no hay *mamada*. . . . "La libertad es una diosa que nos posée, nos anima, nos inspira y vuelve sublimes." Sublime jerigonza! la libertad no es diosa ni dioso, no es sino un ser ó un poder, ó un querer ó como la define un condiscípulo mío, una especie de maestro de escuela aéreo que nos da látigo por adentro. (Bravo, Don Tomesdo!)

De política no te hablo; estoy cansado de ella: no ves que por mis manos han pasado todos los asuntos importantes? De tanto escribir sobre Méjico, Chile, el Perú y el Ecuador casi me hago basilisco. Ya no está el alcacer para zampoñas, y como dicen, con el mazo dando y á Dios llamando, que no quiero perro con cencerro; mas si te hacen tús tús con una dádiva, envásala; porque del lobo un pelo, Señor mío; ni somos nosotros *de la cría*, y al que le toca le duele, como dice mi mujer. El ojo del amo engorda al caballo, respondo yo, porque no soy de los que se dejan llevar al pilón, y si me dan treinta doy ciento, pues más vale un toma que dos te daré; y finalmente, el cornudo es el último que sabe. Zuas! sóplate ésa! Por aquí se lanza usted al Caracol; y me voy á confesar, y se los lleve el diablo á todos, aunque ésta no sea *frase de Moratín y Garcilazo*, ni *patética armonía* como llama Riofrío, otro hereje, á las del Cosmopolita. Á mí no me parecía sino frase *trivial y tavérnaria*, y por eso lo dije. Huuuuu. . . . yo no sé; qué diablo! Hasta luego.

Tomesdo Pisenaso.

Verax.

CAPITULO DE CARTA.

"El servicio que te pido encarecidamente y que te lo agradeceré, es el siguiente. Insertarás en tu cuaderno estas cláusulas de nuestros corresponsales de Europa. "En París se ha mandado construir un reloj de tres grandes campanas para el palacio de Gobierno de Quito; *pagado*, según se dijo, con el sueldo del Presidente de la República del Ecuador, Don Gabriel García Moreno. Mas parece que no ha sido *pagado* sino con el dinero producto de las suscripciones hechas en esa República para llevar *Hermanas de la Caridad;* las cuales se niegan á ir, sabedoras de que el mismo que las pedía hacía nulo su santo ministerio, fusilando con crueldad sin ejemplo prisioneros de guerra, en el acto mismo de tomarlos rendidos. La principal ocupación, y uno de los primeros artículos de su instituto es, velar á la cabecera de los heridos, para lo cual siguen á los ejércitos al campo de batalla. Si en el país de García Moreno no hay heridos sino muertos, á cuya cabecera han de velar?" Esto es textual; y bueno es herir á nuestro tirano con sus propias armas."

Las Hermanas de la Caridad no se han equivocado sino en un punto; García Moreno no ha fusilado á los rendidos *en el acto*, sino con mucha pausa y cantonoo: un día almorzaba una cabeza humana, y merendaba dos: al siguiente almorzaba dos, y merendaba tres; al tercer día, tenía mesa de once, y cenaba media docena de prisioneros. Así estuvo de mantel largo algunos días, gordo de sangre el gran caribe. Fusilar en el acto de tomarlo al enemigo, puede no ser obra sino de un impulso pasajero, de un arranque de ira incontenible, en el cual puede caer aun el hombre no feroz ni malo de naturaleza. Lo maravilloso está en matar hermanos con calma y placer, volviendo al regosto cada día. Si la Caridad huye de García Moreno, si responde á su llamada con desdenes, García Moreno no es muy católico: Ah . . . . García Moreno . . . .

CANAL INTEROCEANICO.

Las grandes ideas necesitan mucho tiempo para madurar; los grandes proyectos son primero grandes utopías; las grandes obras pasan por largos noviciados, si cabe la expresión, y después de las pruebas á que las sujeta el egoísmo, la imposibilidad ó la ignorancia, vienen á ser grandes realidades en manos de los sabios y de los gobiernos filantrópicos é ilustrados. Á la hora de hoy el mundo ve con asombro venir á cima empresas dignas de los antiguos egipcios, el pueblo más industrioso y prodigioso que haya producido el género humano: la apertura del istmo de Suez la había proyectado César, pero no pudo ó no tuvo tiempo de verificarla; pues una nación moderna la lleva adelante, y en breve las Indias orientales estarán á un paso de Europa; la perforación de los Alpes no se hubieran imaginado los Romanos; pues dos naciones modernas la consuman, y dentro de poco Francia é Italia se darán la mano, el monte Cenis no será un obstáculo para el viajero: la locomotora pasará bramando por las entrañas de la tierra, el vapor se abrirá camino á través de las montañas. Los Estados Unidos trabajan en el ferrocarril del Pacífico, obra prodigiosa, digna de la nación que maravillaría á la antigüedad más sabia. Los Faraones levantan sus pirámides, emplean gentes y caudales infinitos en una empresa inútil: monumentos del orgullo, allí se están esos estupendos obeliscos burlándose de los siglos y de la barbarie de los conquistadores: la civilización moderna es más *civilizada*, más sabia, más caritativa: lo útil es lo principal: sus obras tienen por fin el adelanto; el provecho del género humano es el ahinco de la industria.

La comunicación del Pacífico con el Atlántico ha ocupado desde muy atrás á los gobiernos y á los sabios: los reyes de España nunca quisieron dar oídos á las proposiciones de éstos, si para el absolutismo y la tiranía

que ejercían en América no eran buenos esos canales por donde hubieran fluido á torrentes las luces de Europa á la infortunada América, depósito inmenso de tinieblas. Bonaparte, tirano ilustrado, gran tirano, pero grande hombre, mandó después comisiones científicas á explorar el istmo de Panamá y ver en donde era más posible y conveniente la ruptura, que él tenía en su pensamiento, como el hecho más jigantesco y útil que hubiera tenido lugar en el mundo. Empero las malas propensiones de esa naturaleza sobrehumana vencían á las buenas, y el canal de Panamá quedó en idea, ocupado *el gran artífice* en el avasallamiento de los reyes y la conquista de las naciones. Humbolt echó en seguida por ahí su mirada investigadora, y señaló varios puntos por donde el istmo podía ser rompido; si bien me acuerdo, él prefiere el lago de Nicaragua; mas otros ingenios eminentes indican á Panamá, como la parte más estrecha, más llana y menos costosa.

El Congreso de Colombia tiene entre manos este gravísimo é importante asunto, y parece llegado el día de la realización de esa obra digna de los dioses; el istmo será rompido, el Pacífico se descargará rugiendo en el Atlántico, y los dos mundos se abrazarán estrechamente. El comercio da un gran paso, asciende á un principado, y con él, la civilización europea se establecerá en nuestra América como en su propia casa. Loor á los varones amantes de la sociedad humana, que inician, protegen, y llevan adelante estas empresas! En ellas deben ocuparse los gobiernos, no en destruirse unos á otros: dadnos vías de comunicación, no caminos de perdición; romped montes, atravesad por todas sus entrañas, no paséis por nuestros pechos; erigid templos á la luz, no cadalsos; trabajad por la vida no por la muerte: cesen las revoluciones, principie la paz y la concordia, madre del progreso.

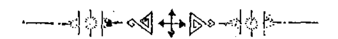
La paz y la concordia .... ! hélas allí lejos del progreso: Colombia se propone abrir el istmo de Panamá, y el Gobierno y el Congreso entran en pugna, es lo primero que hacen: esta guerra sin sangre es muchas veces más perjudicial que la guerra sangrienta; ¿ qué

harán bueno dos poderes discordes? Don Manuel Murillo ha muerto para el liberalismo; la democracia está de luto. Este célebre campeón de la perfectibilidad social es á la hora de hoy campeón del retroceso, sus compatriotas le acusan de *ospinismo.* Quién hubiera pensado que este girondino americano se pasase á los *Borbones emigrados?* Yo no sé lo que haya de verdad en ello; mas la prensa de Colombia no le es nada favorable; y cuando le veo cerrar las puertas al Ministro Plenipotenciario del Perú, que iba con el santo encargo de tratar de la independencia americana, me lleno de asombro, hiervo en indignación. Todas las repúblicas latino-americanas ofreciendo á porfía su cooperación á Chile y el Perú, y el presidente Murillo dando con las puertas en la cara á los enviados de estas naciones! Qué mengua para vosotros, granadinos! Cuando debíais estar ya con el fusil al hombro, marchando hacia los campos de Ayacucho al son de vuestra vencedora caja, os negáis á oir á vuestros hermanos, que vierten su sangre por la causa común! Pero no; la culpa ni la mancilla no son vuestras: Murillo responderá ante el gran tribunal de América .... Vosotros, con Mosquera, haréis luego ver que en estas ocasiones sois los primeros, y que no sin fruto recibisteis lecciones de Bolivar. (*)

El Gobierno de Colombia, ó Don Manuel Murillo, da la preferencia á los ingleses en la empresa de la ruptura del Istmo; el cuerpo legislativo le declara incompetente para concluir él solo asunto de tanta trascendencia, y lo toma sobre sí: la opinión general está con el Congreso; todos quieren aliarse con los Estados Unidos y trabajar con ellos en esa obra. Así debe ser, y tan así que lo contrario sería faltar al *americanismo*, de que tanto alarde estamos haciendo, y á nuestra propia conveniencia. Bastaba considerar que Inglaterra se ha opuesto tenazmente á la ruptura del Istmo de Suez, y que Francia ha tenido que hacer sobre humanos esfuerzos, para convencerse del egoísmo de esa nación orgullosa

(*) A última hora recibimos malas noticias de Mosquera: no permita el cielo que sea cierta su apostasía.

y predominante. Prefiérase á los americanos, porque son americanos, porque son republicanos y demócratas, porque están más cerca de nosotros, y porque menos tenemos que temer de ellos que de una potencia europea. El temor de la *absorción* no debe entrar para nada en este caso; con canal ó sin canal, con istmo ó sin istmo, con ruptura ó sin ruptura, nos han de *absorver* cuando les venga á cuento: y entre absorción y absorción, absuérvanos un hombre y no un dragón. Los europeos nos quieren para esclavos, con los americanos seríamos ciudadanos: no hay probabilidad de que vayamos á sentarnos en los sillones de los lores, ni en los del Cuerpo Legislativo de Francia; ni en la sala de las Córtes; al paso que no sería imposible ir á hombrearnos con los modestos hijos de Washington, deliberando acerca de la democracia y de republicanismo.



EL COSMOPOLITA.

NUM. 3.

Ce sera toujours beaucoup
que de gouverner les hommes
en les rendant plus hereux.
MONTESQUIEU.
"*Esprit des lois*".

ESPAÑA

Y LA TRIPLE ALIANZA. (*)

La unión es la fuerza se anda diciendo de continuo, la unión es la victoria. Todos se acuerdan de ese peñasco ó gran piedra de Lamenais que el hijo del hombre encuentra en su camino: no puede vencerla él solo, y busca otro con quien abrirse paso; los dos tampoco pueden, y llaman un tercero; los tres son débiles aún, pues crecen las fuerzas con nuevos trabajadores, y con el impulso unánime de los que se hallaban en la necesidad de pa-

(*) Después de escrito este artículo hemos sabido que el Gobierno de Bolivia ha ofrecido su alianza á los de Chile y el Perú.

sar, supérase el obstáculo, y va cada uno á su destino. Los pueblos entienden perfectamente esta parábola: deben unirse, se unen; deben sostenerse, y en los verdaderos conflictos así lo hacen; deben defenderse unos á otros, se defienden. Sertorio, para manifestar á sus soldados el poder de la unión, hizo traer un caballo á su presencio, y de cerda en cerda le fué arrancando la cola sin la menor dificultad. Ahora, dijo, habrá poder humano que pueda arrancar la cola entera? Las repúblicas latino-americanas tomadas cada cual aparte cederá á una gran potencia de Europa con la misma facilidad que las cerdas del caballo de Sertorio; reunidas son más fuertes que la cola entera, no hay poder en el mundo que las pueda arrancar. *L' union fait la force.*

La falta de los pueblos de la América del sud, la gran falta que les ha ocasionado mil peligros, y que al fin los perdería si se obstinasen en cometerla, es el no haber querido practicar esa verdad, aun cuando palparán su eficacia. Ahora, ó el riesgo es inmitente, ó más dóciles con la experiencia principian cuerdas á dar oídos á la voz de la razón. Por qué se han perdido tantas ciudades y naciones? Porque mientras urgía el enemigo común, ellas se defendían de por sí, y como eran inferiores en potencia, sucumbieron. Pues la razón no sufre que un miembro de la familia sea acometido por un enemigo injusto y de pujanza superior, y los demás se dejen estar mano sobre mano, contemplando *neutrales* la ruina de su amigo, su deudo. Por todos respectos somos unos mismos los americanos: sangre, interés, historia, esperanzas forman de nosotros una sola nación: La América del sud es nuestra casa común; en ella vivimos y hemos de vivir, pues reparémosla, defendámosla: Si viene un incendiario y le pone fuego ¿habrá entre nosotros quienes dejen de acudir á salvarla? habrá quien diga: Yo nada tengo que ver en tal incendio? Esto sería responder como aquel filósofo que, avisado de que su casa ardía, dijo con mucha flema: —Advertidlo á mi mujer, que yo no me meto en cosas domésticas.

Mas esta mutua protección no ha de ser ciega é indeliberada, por cuanto la injusticia nunca halló protec-

tores sino entre los injustos. Si una república sud-americana viniese al caso de negar lo debido; si, terca y vanamente orgullosa, tuviese en menos la satisfacción que debía al agraviado; si traspasando la ley de las naciones llevase adelante obras discordes con la civilización y las costumbres políticas de los tiempos que alcanzamos; entonces lo más honrado, seguro y plausible sería dejarla luchar con la potencia ofendida, sóla y sin cooperación física ni moral de sus hermanas, si había despreciado sus buenos oficios. Ni de padre á hijo se ha de defender lo inicuo á todo trance; no puede darse moral que nos prescriba obligaciones contrarias á la gran ley de la justicia universal, á la Providencia divina, que en forma de buena fe, y de sinceridad, y de equidad, y de grandeza de alma señorea los corazones hechos á la condición de Dios. Porque puede haber ladrones en América, no estamos constreñidos todos á serlo por la sola razón de ser americanos; porque puede haber ruines en América, no estamos todos constreñidos á serlo por la sola razón de ser americanos; lo equitativo y justo es lo más cuerdo, si, conforme al dicho de Cicerón, no puede haber cosa útil si no es honesta. Esa mentida utilidad que resulta de las malas acciones, en ley de conciencia, no es sino grande perjuicio; pues nos pone en mal con el Gran Juez, á quien no se le oculta la verdadera esencia de las cosas, por más que los hombres las perviertan y disfracen con vanos y estragadores afeites. Lo inhonesto acarrea bienes de muy poca cuenta que van perdiéndose de día en día sin saber cómo ni cómo; pues según el refrán del vulgo, que los suele tener muy sabios, lo mal buscado, mal logrado. Todos los hombres son hermanos, y si esta calidad había de atarles á la malicia de unos pocos, de nada les valdría ser hermanos; pues si porque los americanos son americanos hubieran de levantarse con el fin de sostener el orgullo y la injusticia, los asiáticos por asiáticos, los africanos por africanos, y por europeos los europeos, serían unos mismos, y moviendo un solo brazo, acometerían á consumar los actos más reprobados por el derecho, tanto divino como humano, en ruina de la conciencia. Y de aquí qué

había de resultar? Una guerra vasta, furiosa, indomable, que dentro de poco destruiría más de la mitad del género humano, ó traería á la una parte del mundo bárbaramente aherrojada á los pies de la otra. La unión es útil y necesaria muchas veces; pero no pocas es asimismo innecesaria y aun perjudicial. ¿Útil ha de ser la unión de la gente truhana y bellaca puesta en asociación para urdir tramoyas ó insidias contra la seguridad pública? ¿Útil ha de ser la unión de los bandoleros que se andan á monte viendo como despojar de vida y hacienda á sus hermanos? Útil ha de ser la unión, frecuente por desdicha, de esos hombres de desbaratada conciencia que se ligan para formar un grupo amenazante y opresor en las ciudades, y compran y venden la justicia, y no tienen cuenta con las leyes, y las cosas corren entre ellos cual pudieran en una gazapina? Nada de ésto es ni puede ser bueno. La unión será útil cuando sea con fines decentes, cuando sea honesta y vaya encaminada al sostenimiento de la libertad y la honra.

Tal es precisamente el caso en que se hallan las repúblicas de la América latina, y la unión que tiene lugar entre ellas ahora mismo es de las más plausibles. Tras aquel biombo de *honrosas y debidas satisfacciones* oculta España sus cadenas: cadenas largas, pesadas y terribles, que apenas sería capaz de tomar sobre sí todo un continente. Es necesario unirse, levantarse, bregar á todo poder, morir ó vivir triunfantes y libres de la infamia. El ilustrado ministro Cobarrubias ha puesto en claro el designio con que los españoles mueven guerra á Chile; el no menos ilustrado ministro Pacheco pone asimismo en claro las intenciones con que la movieron al Perú. Ciegos podemos ser, pero en tanto extremo que no columbremos peligro tan patente, no: de muy atrás ha preparado España la guerra que hoy mueve á la América latina: Chile no le había dado aún el menor pretexto, y ya en su mente ordenaba la guerra á Chile: el Perú no le había irrogado la menor injuria; y ya ella hacía en sus proyectos guerra al Perú. España ha puesto en pie una gran flota, ha consagrado á la marina gran parte de su ejército, y el de tierra lo ha hecho numero-

so, le tiene en punto de batalla. Abrigaba por ventura la idea de una guerra en Europa? Absurdo sería suponer que España pensase *pedir satisfacciones* á la Gran Bretaña, ni que se propusiera conquistar las Rusias. Lo que es con Francia, no han discordado ni un ápice desde la inauguración del imperio, y bien porque la emperatriz de los franceses mantiene por amor patrio la armonía, bien porque la política general de Napoleon lo entienda de ese modo, España no abrigó contra el imperio francés ni sombra de recelo, una vez que Eugenia, condesa de Montijo, vino á ser Eugenia, emperatriz de Francia. Antes por el contrario hemos visto de continuo ligadas estas dos naciones bien así en la guerra como en la diplomacia: juntas fueron á Cochinchina, juntas vinieron á Méjico: Francia ha influído en España para el reconocimiento del reino de Italia, España ha influído en Francia para que continuase la ocupación de Roma. No, España no ha tenido que temer de su vecina, ni otra guerra le amenazaba por donde se hallase en el deber y presición de armarse tan formidablemente como lo ha estado haciendo de algunos años á esta parte. La guerra de Marruecos estaba de todo en todo orillada, y no obstante crecían y se activaban los aprestos bélicos: ¿Qué objeto tenían esos buques acorazados, esos cañones rayados, esas lanchas cañoneras, ese aumento del ejército? Ya lo hemos visto: á los mares del Sur se destinaba toda esa pompa conquistadora, á la América latina habían de venir los cañones de Marruecos. Qué significa esa actitud poderosa y amenazente con que alza el cuerpo España, y puesta de puntillas, hace por manifestarse gigantesca á los americanos? Pareja ha dicho á su gobierno que la orgullosa Chile vendría luego á no ser más que suplicante, que contaba con la benevolencia del Perú; que....¿qué más ha dicho? Lo necesario para que vengamos en conocimiento de los planes liberticidas que Madrid abriga contra los sud-americanos.

Pues los sud-americanos se dan por notificados. Ya se unen, ya se levantan á defender su independencia. Chile, el Perú y el Ecuador se han obligado por un pacto solemne á hacer cada uno suyo el peligro, á defender-

se y acometer por los propios motivos, á vencer ó morir en el mismo campo. El primero ha iniciado la guerra como si San Martín la dirigiese: cordura, acierto, valor, todo le sobra, y cuando el arrogante Pareja ofreció á su reino llegar y vencer, llegó y murió. *Vini, vidi, vici* tan solamente lo pudo decir César; en cualquiera otra boca estas palabras son ridículas y ocasionadas á la vergüenza. Preciso es, con la fortuna, haberse con modestia, porque raras veces suele sufrir soberbios, y tal pensó haberla sujetado que queda molido en su rodaje. Lo que es Chile, está movida no solamente por el afecto de la patria, la honra y la justicia, pero también por el calor del triunfo, pues que ha tomado buques, hecho prisioneros, obligado á suicidarse á un almirante. Y quien tal ha principiado, ¿cómo seguirá? y quien tal sigue ¿cómo acabará? Chile va á quedar bien puesta, Chile será, y en ley de justicia, considerada y respetada en todo el continente. De hoy más ya las naciones europeas pondrán alguna medida á sus descomunales pretensiones; ya el derecho de gentes no será tan hollado y vilipendiado por los poderosos, ya verán que una vez resuelto á la defensa un pueblo, siquiera sea pequeño y de escasa consideración, es no poco temible y difícil de subyugar. Todos estos bienes los deberá América á Chile, porque Chile ha sido la primera, la única en mantenerse firme, y con robusto pecho aceptar y aun declarar la guerra á la orgullosa España.

La política europea respecto de los estados latinoamericanos, raras veces fué justa y magnánima: lo que en el Viejo Mundo era equitativo, en el Nuevo era inícuo; lo que en el Viejo Mundo era ilustrado, en el Nuevo era bárbaro; lo que en el Viejo Mundo era disculpable, en el Nuevo era insufrible; y lo que allá se terminaba por notas diplomáticas, aquí se aclaraba con navíos de guerra. El derecho internacional de Europa tiene dos espadas: la una, la de la razón y la equidad; con ésta se cortan las dificultades entre fuertes: la otra, la del interés y la violencia; con ésta se cortan las dificultades en América. Qué de indemnizaciones indebidas, qué de satisfacciones sin motivo, qué de humillaciones

inmerecidas no han puesto por obra las grandes naciones europeas con las mezquinas repúblicas americanas desde la independencia? Justicia allende los mares; injusticia aquende los mares. *Plaisante justice qu' une riviere ou une montagne borne*, dice Pascal. Sí, graciosa justicia limitada por un río ó una montaña: pues qué hay de por medio sino un mar? Y la justicia que no reconoce límites, cuya jurisdicción se extiende por todos los ámbitos del universo, es apocada, desconocida así que un buque navega treinta días? Justicia fué en el Habre, en Veracruz es injusticia: justicia en Soupthamtón, en Montevideo es injusticia: justicia en Cádiz, en el Callao, en Valparaiso es injusticia. Qué mágicos tan poderosos son estos hombres de Europa, pero qué mágicos tan injustos! Cómo se ingenian para tan notable y extraordinaria transmutación? Chile va á ser el *contra-mágico* que desencante esos encantos, ponga las cosas en su punto, y haga de la justicia, justicia en el Havre, Soupthamtón, Cádiz, Veracruz, Montevideo, el Callao y Valparaiso. Noble tarea!

El Perú no hubiera obrado menos con un buen gobierno, con hombres de entendimiento y pundonor; pero en la más estrecha cuyuntura le cupo en suerte magistrados poco hechos á las sanas máximas de política y menos adictos á su patria. Todo corrió turbio con el desventurado Pezet: la razón desconocida, la hacienda pública invadida, la honra hacha girones, el nombre americano sonando áspero, dando dentera á todo el mundo. Pero el pueblo no sufre tanto vilipendio; conoce su vergüenza, se indigna, se alza, da por nula su infamia, raya, borra, echa tierra en los viles actos de los pérfidos ó cobardes, y moviendo brazos poderosos dice: Yo también soy nación, yo también soy pueblo americano! Jóvenes ilustrados y patriotas forman hoy el gobierno del Perú: Jefe Supremo y ministros son todos de confianza, ora por sus luces, ora por su valor. Prado y Pacheco han desbaratado la triste obra de Pezet y Riveiro; Prado y Pacheco secundarán la magnífica de Pérez y Covarrubias. Todos los ministros del Jefe Supremo del Perú son liberales, instruídos, pundonorosos y adictos á su pa-

tria; con estos caudillos el Perú será para los españoles lo que fué con Miller en Junín: todo nos presagia buen suceso.

La adhesión del Ecuador no es tan insignificante como se piensa vulgarmente: el Ecuador tiene Guayaquil, puerto de gran importancia en el Pacífico, ya por su situación geográfica, ya por su astillero, si no el único el mejor de sus costas. España aspiraría á poseerlo, y aun cuando por impulsos de nobleza y patriotismo nuestro Gobierno no hubiera tomodo parte en la guerra, por necesidad la habría tomado; pues no había medio, ó se adhería á la causa americana, ó se sometía á los españoles, lo cual no es de presumir en tales hombres cuales tienen las riendas del gobierno. ¿Ni cuándo hubiéramos sufrido los ecuatorianos esa afrenta que nos hubiera ocasionado la esclavitud? Ha hecho muy bien el Gobierno en formalizar esa alianza que, aun cuando no existiese en las formas diplomáticas, era viva y efectiva en todos los corazones. Si algún vicio contuviese el pacto, cosa sería de ninguna importancia, sino era sino en la forma; lo esencial estaba en la unión, y ella se ha verificado. Un ejército ecuatariano en Guayaquil será de no corta suposición para la guerra, cuanto más que estará advertido que no irá á pelear con sus compatriotas, como por desgracia lo ha hecho otras veces. El Gobierno debe cifrar todo su anhelo en lo tocante á Guayaquil, y no perder de vista que puede este puerto ser bloqueado. ¿Por qué no procuraría negociar algunas de esas máquinas submarinas, que llaman *torpedos*, para el caso de un bombardeo? Los españoles de todo son capaces, según vayan las cosas: pues conviene prevenirnos, conviene destruir sus buques antes que ellos destruyan nuestras ciudades. Si no tenemos flota, acudamos á todos los medios posibles de defensa: la muerte mil veces antes que las cadenas.

Si la guerra llega á verificarse, habrá otro punto muy delicado en que el Gobierno debe cargar el juicio: no puede haber ejército sin caudillo, ni la centralización del poder fué más necesaria en ningún caso. Conviene un director supremo, un comandante en jefe que tenga

en sus manos la autoridad militar y cargue con el peso de las cosas. Este debe ser un hombre muy *americano*; sin mala nota á este respecto, muy leal y patriota, y al mismo tiempo muy entendido en el arte de la guerra. Pero ésto no sería necesario sino cuando ella tomase otra forma, pues en lo actual no la vemos de talla que pueda obligarnos á ésas molestas y peligrosas medidas: un General en Jefe es otro presidente, y mal año para la República que tenga dos mandones rivales y desobedientes. La situación interior de España pide toda la atención de su Gobierno; el vasto partido liberal se mueve por todas partes y empieza á hacer rostro á los tiranos; la prensa echa rayos y truena contra la reconquista; Europa toda murmura y desanima á la vieja conquistadora: Cuba por otra parte es motivo de gran zozobra para O'Donnel, y no hay trazas de que los españoles se pongan encima, cuando los valerosos chilenos los tienen debajo. Con todo, el Gobierno del Ecuador no debe apartar los ojos de la guerra: la previsión, la prevención son partes de la política: estese apercibido á la defensa, y siquiera nos acometa el enemigo. Los valientes hijos del Guayas están á la vanguardia: éstos son de los que toman la lanza con los dientes, se echan al agua, y abordan buques de guerra: qué será, mi Dios, ver á esta brava gente escalar las Numancias y las Blancas, y cada soldado como un dios tronar y relampaguear, repartir la muerte á un lado y otro, y gallardeando en los navíos enemigos dar vivas á la independencia y la libertad de América! Estos no son imposibles; los *colombianos* son capaces de todo, y lo que ahora nos parece cosa de imaginación, ha tenido lugar real y verdaderamente en otro tiempo. Sólo un Páez necesitan los guayaquileños para llevar adelante esas proezas dignas de los dioses; ¿lo hallarán? De entre los ciudadanos pacíficos, de entre el pueblo han salido muchas veces los grandes capitanes que han sido la gloria de la patria: el peligro y la necesidad son alquimistas que hacen oro. Todo debemos esperar de los honrados y valerosos guayos.

Colombia no tardará probablemente en hacer de la *triple*, la cuádruple alianza. ¿Y qué auxiliar tan poderoso

no tendríamos en ella? Un ejército de ocho ó diez mil hombres de esos aguerridos, familiarizados con las fatigas de la campaña, despreciadores de la muerte, ¿cuánto no podría? Nación tan principal como es Colombia, no puede permanecer indiferente; la neutralidad sería una mancha; y ni el Señor Murillo, ni el General Mosquera, ni el pueblo colombiano, querrían ser para menos en circunstancias tan solemnes y de tan graves consecuencias para la América latina.

LA PARTE ILUSTRADA

DEL ECUADOR.

Contestación á un amigo íntimo.

12 de febrero.

Qué haces, buen amigo? Ah! curándome me matas, porque sacarme de la grata ignorancia en que vivía es, ó más bien hubiera sido, quitarme la tranquilidad, y con ella todos mis placeres, si yo no hubiera estado bien cubierto. No es empero el mal tan grande como te lo imaginas; no es, ya por haberlo esperado sin remedio, ya porque sé que lo que está sucediendo ha sucedido siempre y ha de suceder hasta el último día del mundo. Quién procuró nunca el bien impunemente? He abogado por la libertad de imprenta, he alzado la voz en favor de Chile, he puesto el pecho sin temor á los disparos de la tiranía, he clamado por los derechos de la República, he gritado contra la barbarie que en forma de patíbulo, de azote y de mordaza se había metido en el Ecuador. Pues por todo ésto me sueltan la jauría. *E pur si muove.*

"Querer atar la lengua de los maldicientes es lo mismo que querer poner puertas al campo," ya lo dijo nuestro incomparable Cervantes: querer atar la lengua de los locos ¿qué sería? Un día fuí á conocer el hospicio de Bicetre en París: lo que primero se me ofreció á la vista fué un furioso con camisola en un sillón: no podía estar más sujeto, pero causaba horror: la greña revuelta, los ojos sanguíneos, terribles: refunfuñaba, echaba espuma por los labios cárdenos: y qué modo de mirar! Veíanse por los patios muchos otros, libres, porque éstos no venían á las manos. Llegóse á nosotros uno de ésos y buenamente le dijo á mi compañero: So canalla: quién le ha dicho á U. que yo soy loco?

Y sin darle tiempo ni para volver de su asombro, se fué por ahí tarareando la marcellesa. Otro vino, mirónos fijamente puesto en jarras y nos dijo: Qué par de pícaros tan atrevidos y glotones! vaya si siquiera supieran fumar!....pero todo se les va en herejías. Dió luego un par de zapatetas en el aire, y prendió una carrera, veloz como un rebezo de los Alpes. Íbansenos llegando en seguida tres personas, de las cuales las dos traían al otro alzado al medio diciendo á grito herido: Viva el almirante Lapérouse! Viva el almirante Lapérouse! Y en llegando á nosotros pusiéronle con gran presteza en el suelo, y todos tres paráronsenos delante rectos y con brava cara. Tonto! tonto! me dijo el uno, y dándose una palmada en la frente, añadió lleno de satisfacción: Aquí hay cantera!.... Bañándome el otro con su aliento, díjome á su vez: Hez del pueblo, estás pensando que somos aquí mozos de agua y lana? El último no quiso ser para menos, é hizo con mi amigo lo que los otros conmigo; pero fué á más en los vituperios, porque no se apeó un punto de *ladrón y asesino;* y mirándonos con el mayor desprecio fuéronse al son de la misma cantinela: Viva el almirante Lapérouse!

De ver que no habíamos respondido un término, otro que nos observaba se vino para nosotros y nos dijo mal enojado: Y así se dejan insultar cobardes? Cómo no contestan á esos pícaros? Respondimos que porque teníamos por locos á esos desgraciados. Así es, dijo, todos los que ustedes ven aquí son locos, fuera de mí; pues no han dado en la flor de tener por almiran- Lapérouse á ese reverendo?—No hay que creer nada de ese vergante, gritó otro que á la sazón llegaba; y estos locos que parecían cuerdos lleváronnos á conocer *la República*, que bien merecía conocerse. El almirante Lapérause hacía el presidente: tres orates de malísimo pelaje y de peor condición eran el vicepresidente y los ministros; y una muchedumbre arremolinada y gritona servía de *partido*, teniendo izada por bandera la cola de un caballo, á modo de musulmanes.

El estado era muy bien regido, porque Lapérouse así lo sabía regir como comerse un *merliton*. Dábales

recio con una vara á sus partidarios y les decía: Duro, canallas, duro! Y ellos gritaban á todo su poder: Ladrones! asesinos! traidores! pícaros! ingratos! calumniantes! Dábales otra mano el almirante y les decía: Más duro, perros, más duro! Y seguía la canturía: Calumniantes! ingratos! pícaros! traidores! asesinos! ladrones! Y en tanto que gritaban, todos y cada uno metía la mano en una grande arca que allí estaba llena de agujeros, y de ella traía á la faltriquera no sé qué, y volvía el puño á su agujero, y gritaba desaforado: Ladrones! asesinos! pícaros! bárbaros! herejes! calumniantes! Y estos calumniantes, herejes, bárbaros, pícaros, asesinos y ladrones eran unos pobres diablos que por ahí se dejaban estar acurrucados, pálidos, trémulos, sin osar levantar los ojos ni hacer ni ser nada de lo que los otros decían, con el nombre de *oposicionistas*. De aquí barruntamos que éstos debían de ser los vencidos, porque se nos vino al punto á la memoria que "el malvado que vence es un héroe; el hombre de bien vencido, infame y digno del cadalso."

Por qué se me acuerda ahora este cuadro triste y desconsolador? Porque lo que ví en Bicetre lo estoy viendo todos los días en muchas de las repúblicas sud-americanas, y sobre todo en esta infeliz hasta no más porción del mundo en donde me cupo la desgracia de ver la luz del día.

Seguimos paseándonos por los diversos patios del hospicio, y fuimos topando muchos y curiosos personajes. Yo soy poeta, decía uno, y elevaba himnos patrióticos mejores que los de Tirteo. Yo soy diplomático, decía otro, y allá van insultos de estado á Talleirand y Metternich. Yo soy ascendista, exclamaba aquél, y ensartaba número tras número. Á todo ésto una buena vieja subida por ahí en un escaño les miraba con una sorna que era un gusto verla. Acertamos á pasar por cerca de ella, y nos dijo anhelosa: Caballeritos, caballeritos, no tienen ustedes lástima de ese desventurado tropel? Apártense algo de esa gentuza, porque á poco hacer les echa lodo encima. Y era así la verdad, visto que en un súbito descomedimiento y un impulso

24

dañino los dementes dieron en aventar tierra por todas partes. Guarda Pablo! dije á mi amigo, y salimos sin el menor daño ni la menor mancilla en la honra á pesar de las injurias que llovieron sobre nosotros.

Cómo he de querer quitarles á estos pobres diablos de mis compatriotas agraviadores de aquí la escasa razón que Dios les habrá dado? Cuerdos deben de ser en su casa, y en lo de *ver medio*, hasta de talento, porque según el viejo y buen refrán, no hay bobo para su negocio. Pero en política son locos de remate. No hay sino tocar á su caudillo, puesto que con decoro y dignidad, y todo es desatarse en improperios y cerriles baladronadas: "Asesino! traidor! ingrato! infame! tonto! sin saber á quien ni por qué dicen todo eso, lo mismo que los de Bicetre. Justicia, razón, miramientos, buena crianza, ¿qué son para ellos? Nada. Un enemigo de su alcuña ¿qué no hubiera dicho de García Moreno? Con qué colores no le hubiera pintado? Qué palabras no se hubiera dejado decir? Yo le he tratado con la decencia y la consideración que debo, en primer lugar á la civilización, en segundo al público, y por último á mi propio decoro. No tendrá vergüenza Don Gabriel de sufrir que le defiendan de ese modo? *Les dames de la halle* no pueden dar ganando causa. Querría un hombre digno que una montonera de indias borrachas de esas que los lunes hierven por los barrios de Quito tomase á su cargo su defensa? No se tendría por perdido con semejantes abogados? Y aun me han dicho (si deberé de creerlo!) que el mismo Don Gabriel y el vicepresidente Carvajal embarran esos papeles, que si algún poder tuvieran, nos arrastrarían muy pronto á la barbarie. Es posible, Señor Don Gabriel? Es posible Señor Don Rafael? Un ex-presidente y un vicepresidente aventando impurezas por el aire? No olviden ustedes la suerte de los que escupen al cielo.....

No digo ésto á modo de queja ni de contestación: como escritor, pinto las costumbres y me lamento de nuestra barbarie. La enemistad política debe ser más moderada, más bien mirada, más caballerosa y, si es posible, más benevolente que la enemistad privada. Ha

salido de mi pluma ni un solo término de esos que ustedes echan á raudales? No he insultado ni he pedido al cielo maldiciones para ninguno de ustedes; y sé por el imprudente amigo á quien dirijo esta carta, que ustedes no conocen término ni medida....Si así vamos, camino llevamos de dar en trogloditas; es decir llevan ustedes, que no los que saben hasta donde pueden ir el encono y la tirria de partido. Creen lo que me dicen? De ninguna manera; y con todo me lo dicen. Ésta es la mala fe, el dolo malo. Qué es dolo malo? Dar á entender una cosa y hacer otra, decía Aquilio, cuya respuesta admira Cicerón. Qué es dolo malo? Pensar una cosa y decir otra, diría yo; y Marco Tulio me aplaudiría.

He dicho que Don Gabriel ha azotado ciudadanos por motivos de política, y en contestación gritan: "..........!" Pero vamos á ver, es verdad ó no que Don Gabriel haya azotado? He dicho que Don Gabriel ha matado gente por motivos de política, y me responden: "Mentiroso! Aquí de Dios! Hay un sol que nos alumbra.—Mentiroso! Hay un Juez Supremo que castiga los crímenes y premia las virtudes.—Mentiroso!

Este es el proceso que su partido me forma, Señor Don Gabriel: añadan ustedes algunas docenas de vocablos de esos que se oyen en el mercado y el cuartel, y habrán echado el resto de su elocuencia. Somos ó no ilustrados? Pues cómo, mis buenos amigos, sobrepujar á los bárbaros en ruindad y descomedimiento? No, yo no puedo pelear con ustedes. Cuando en este lugar en donde vivo encuentro un motín de indios ébrios los domingos, furiosos y vociferantes, me doy por vencido, me voy por otro lado. Cuando por casualidad corre la gente tras un perro hidrofoviaco, y yo vengo al encuentro, me doy por vencido, me voy por otro lado. Cuando yendo al campo, mi olfato me advierte que acaba de pasar ó está por ahí un zorro, me doy por vencido, aprieto el acicate y paso á carrera. Han vencido ustedes; pero si siguen venciendo de ese modo, son perdidos.

Y tú, querido amigo, que lées en mi pensamiento y palpas mi corazón, ¿sabes cuan desabrido estoy de la po-

lítica y reñido con ella, habiéndola tocado por la prime ra vez? Honrado fué mi propósito: quería obligar á Don Gabriel por medio de la razón á ausentarse por algún tiempo, porque así me parecía convenir á la tranquilidad de este desventurado pueblo: quería dar algún estímulo pundonoroso al Gobierno nuevamente establecido: quería amortiguar las bajas pasiones y los rencores de los partidos: quería ilustrar á los desalumbrados y que los más instruídos que yo, me instruyesen: quería infundir en el pecho de mis compatriotas el afecto de la dignidad política y de la personal: quería que á los ojos de las demás naciones no nos presentásemos tan bastos y para poco, bien así en nuestras costumbres como en nuestros escritos: quería.....Qué más quería? Tú sabes que nada podía querer yo sino en justicia. Oh.....! Si algo hubiera mejor que ser hombre de bien, no aspiraría á ello; contentaríame con ser hombre de bien.

---

13 *de Febrero.*

No há mucho tiempo, si te acuerdas en una de nuestras ciudades mataron á un pintor francés, porque había hecho un retrato muy parecido al original. Séamos justos y digamos que ésto fué antes de la independencia, cuando las tinieblas españolas envolvían á la pobre América, cuerpo sin alma, cadáver con movimiento galvánico. Es el caso que el francés andaba por ahí tomando vistas, sacando paisajes, rindiendo veneración á la madre naturaleza. En una de éstas le dió gana de hacer un retrato, y luego lo hizo. El pueblo se asombra desde luego, se asusta después, indígnase en seguida, y acaba por atropellar y matar al artista á los gritos de: Brujo! brujo! muera el brujo! Pensó esa pobre gente que á menos de no ser brujo no se podía hacer una cosa *tan parecida.*

Hemos salido de esa tenebrosa situacion? Somos mejores que los de ese tiempo? No hay duda, nos ci-

vilizamos á más andar; pero bien me temo que llevamos errado el camino, y que pensando ir para la civilización, vamos de prisa á una barbarie de otra clase. Mi pobre Cosmopolita ha sido el retrato del francés: Brujo! brujo! gritan; cómo sin ser brujo hubiera compuesto ese pícaro él solito ese cuadernote! El que no entiende, dice que no vale nada; el que ha recibido disgusto de verlo publicado, dice que *son disparates*; el que quiere acometerme con mejores armas, sale voceando que su autor es pagano. ¡Hay mas que decir! pagano por haber celebrado la antigua Roma! Pues, Señor, ya un viajero no puede exhalar un término de admiración á la vista de las ruinas de Balbec, y si lo hace, ha de hablar precisamente de la Iglesia Romana, ó pasa por gentil. Ya no puede pasearse solitario y pensativo por las calles desiertas de Pompeya y echar la memoria á cosas de otros tiempos, y si lo hace, ha de hablar precisamente de la Iglesia Romana, ó pasa por gentil. Brujo! brujo! maten al brujo!

Confiesen ustedes, hay mucha negadez ó mala fe en llamarme brujo por no haber dicho que he comulgado en San Juan de Letrán; pues no era difícil comprender que esas comparaciones de "El Cosmopolita" no aludían sino á la importancia política y civil de las dos Romas, la antigua y la moderna, á su consideración como naciones, á la belleza y grandeza materiales, sin que la idea religiosa entrase para nada en ese lugar de mi cuaderno. Me tienen ustedes por gentil? No conozco sino un pagano de buena fe, que en sus mayores cuitas no usaba sino esta exclamación: Oh Saturno, padre de los dieses! Y ese era emparentado con ustedes, por donde sospecho que algo se les ha pegado de su religión, cuando les veo adorar al bellocino de oro y sacrificar víctimas humanas á Júpiter Vengador.

Bien está San Pedro en Roma: déjenmelo ustedes allí, y no se empeñen en hacerme *hereje* á pesar mio. Si á fuerza de tortura y picardía consiguieran embaucar al pueblo para que me cobrase tirria é hiciese lo que con el pintor, yo encontraría las puertas del cielo más abiertas que ustedes, porque hablo la verdad. Mire U., co-

mo si éstos fueran tiempo y lugar para tratar cosas de religión y hablar mal de la Iglesia! Con qué objeto? con qué esperanza? en qué parte del mundo está más arraigada la fe de Jesucristo? Suponiendo por un instante que el Redentor del mundo no hubiera sido sino persona humana, yo, y todo hombre amigo de la especie, haría lo posible para imbuir á los pueblos en la idea de que era el mismo Dios. Jesucristo hombre, es un grande hombre, el mayor de todos; Jesucristo Dios, es el que mantiene en el mundo la virtud y tira la rienda al crimen. La ley de Jesucristo debe ser no solamente ley religiosa, más antes ley política. Si despojásemos á este gran profeta de su carácter divino, pondríamos á las humanas sociedades al borde de un abismo: el hombre no basta para contener al hombre, es necesario el Dios: pues Jesucristo es Dios! Tiberio quiso clasificarle entre los dioses del Olimpo: según Lampridio, Adriano le erigió templos; y Alejandro Severo le veneraba y ponía entre las almas de los más justos, entre Abraham y Orfeo. Los más encarnizados enemigos de Jesucristo nunca se atrevieron á irrogarle injuria: Volusiano, Juliano el Apóstata, Celso confiesan sus milagros, y según otro historiador, los mismos oráculos del gentilismo le declararon *hombre ilustre por la piedad.* Y después de todo ésto, y después de 1800 años de fe ciega, y después de lo útil y necesrio que es *el creer* para el hombre, hemos de salir ahora con *mama Rénan,* como dijo un salado amigo nuestro? Arrimen estas armas, mis buenos amigos; están ya muy gastadas, muy embotadas, ya no cortan tanto como ustedes quisieran.

Poco te he entendido eso de *las dos escuelas*: hombre, en este bolsico del Ecuador no hay escuelas de ninguna clase, menos religiosas, ni una ni dos. Todos los pobres ecuatorianos son cortados por la misma tijera; camanduleros de por vida, incapaces, en materia de religión, de pensar ni creer fuera de lo que pensó y creyó su abuela, amigos de vestirse de beatas y ceñirse con cíngulos de cuero. Dicen que *los urvinistas* son herejes; qué lindos herejes! Vé los mártes y viernes á pasearte,

á las cinco de la tarde, en el pretil de la Capilla Mayor, y los verás ir asomando uno por uno á esos buenos urvinistas, arrebozados de su capa, fumando su papelillo hasta el cabo, sin dar motivo á nadie, y luego desembozarse y entrar devotamente á *la santa escuela de Cristo.* Síguelos, y allí los ves puestos en cruz, besando la tierra de cuando en cuando, con una cara de viernes santo, como si nunca hubieran hecho el menor daño. Estos son los *herejes:* ninguno de ellos se contenta con una sola misa, y muy pocos serán los que no se desayunen con un buen salterio. Algunos de los urvinistas han dado por fin en confesarse; bien es que dicen que ésto es para *hacerse* presidentes, con galicismo y todo. No es malo. No les falta ni la devoción de llamar *herejes* á los demás, cosa esencial para ser buen cristiano en esta buena tierra de Dios.

Los de las *escuelas religiosas* del Ecuador, y todo decendiente de español, son como los antiguos persas; no proceden á ninguno de los actos naturales, buenos ó malos, sin abrumarse con una lluvia de ceremonias. Pasan por una capilla cerrada, y le hacen más mochas que un chino etiquetero á su emperador; la saludan con las manos, con el pecho, con los pies, y mientras pasan, le dejan media docena de *para servir á U.* Estornudan, y en seguida rezan el alabado; vuelven á estornudar, vuelve el alabado: bostezan, y se atrancan la boca con los dedos, hacen allí una barricada de cruces que no hay diablo que pase. Tosen, y ofrecen una vela á Santa Rita, porque tosieron; se tropiezan, y se acuerdan de las once mil vírgenes. Si les viene un zumbidillo á los oídos, esas son las almas que piden oraciones y responsos: si se les hiela la punta de la nariz, el difunto Don Mariano está penando. Mal año que ladre un perro á media noche, porque por ahí anda un muerto embozado de su mortaja, ó va á morir una persona de familia; y si no le ponen por lo menos una vela por semana, *su patrón* les dá de palos. Éstos son los que están divididos en *escuelas religiosas:* aquí hay arrianos, luteranos, calvinistas, protestantes, ateos, indiferentes, y sobre todo hermanos moravos. Ah hermanos moravos, de buena

gana hiciera yo una *rinconada* con ustedes....

El corazón puro es la única ofrenda que acepta el Señor: pero si mientras estáis mintiendo ó hablando mal del prójimo, os viene un bostezo y os hacéis cruces en la boca, el demonio se ríe y os apunta en su padrón. Las prácticas religiosas son convenientes y necesarias; pero distinguid, por Dios, la religión de la superstición, corred una línea entre la virtud y la hipocresía. Vais de prisa á cometer una mala acción; lleváis en el pensasamiento un adulterio, una trampa, una perfidia contra vuestro amigo: serpentea un relámpago en el horizante, y allá van cruces; mas no por ésto suspendéis vuestros pasos, y el adulterio, y la trampa y la perfidia vienen á felice cima, cuando acababais de nombrar á Dios y á Santa Bárbara. No, ésto no es ser cristianos, ésto es ser hermanos condenados. ¡Qué satisfacción hablar con Dios en la soledad, huído de los hombres, mal calificado por ellos, pero titulado, condecorado por el Soberano de los cielos! Arbitraria, inicua gente, hacedme arder en las llamas infernales: mi Dios es mi favorecedor, mi amparador, mi curador; poderoso médico! Veis? me toma, me saca de vuestro infierno, me lava con una agua divina, aplica su aceite á mis quemaduras, pone paños en mis llagas....Oh Dios, me voy contigo.

Dirán que esa religión bárbara y de trastienda es la del pueblo bajo; pero no dirán la verdad y dirán mal: García Moreno no pertenece al pueblo bajo, ni los colaboradores de "La Patria," ni los que hacen predicar contra "El Cosmopolita."

---

14 *de Febrero.*

Quieren burlarse de mí, se empeñan en llamarme ....? Ay, amigo, déjalos; ¿qué sería de nosotros si las sentencias de tales jueces fueran válidas? "Qué reproche más vano, oh gran Hércules, que acusarte de cobardía?" En cuanto *al burlarse,* se me acuerda ahora

lo que le pasaba á Víctor Hugo en una ciudad de Alemania. Un mudo trompudo, desrengado, baboso, sarnoso y arambeloso estaba siempre en tal parte de una calle por donde el poeta pasaba todos los días. Pues así como aquél divisaba á éste, se tomaba á reir con tanta gana y de modo, que al objeto de la burla se le metía el diablo en el cuerpo. "Yo le parecía, dice, el ente más ridículo del mundo." Se irritaba el poeta, pero siempre acababa por reirse á su vez. Esos son los que se ríen de mí. No faltará un criticastro aprehensivo ó malicioso que salga diciendo que me comparo con Hércules y con Víctor Hugo. No es así, porque en muchos casos el término de comparación está solamente en cierto punto sin que los sujetos ó cosas comparadas hayan de tocarse por todos sus lados de preciso. Muy bien puedo yo no ser como Hércules ni Víctor Hugo, y los que se rían de mí ser como ese de Alemania.

En orden al *no hacerme caso*, allá va á dar; pero más cuadra lo que le dijo un amigo mío muy gracioso á un *peleante* con quien tenía voces en la plaza pública. Es de advertir que aquél llamaba *su condiscípulo* á cuanto asno encontraba en calles y caminos, y no decía mal. Pues el doctor (lo era el peleante,) le dijo con el mayor desprecio: Hombre, si yo no hago el menor caso de U., y siempre le doy la espaida. *Mis condiscípulos* tampoco me hacen caso cuando les encuentro, respondió el compadre; ni me saludan, ni me ven, y muchas veces me dan las ancas.

La política no es digna de alabanza sino cuando la justicia la emplea con buenos fines, dice el filósofo más hombre de bien que haya conocido el mundo. Ves como se pervierte entre nosotros máxima tan llena de virtud y sabiduría? Tomar parte en la política es renunciar inmediatamente á la hombría de bien, la magnanimidad, la generosidad, la dignidad y todo. El universo de un partido está en su interés y su caudillo: lo que éste piensa y quiere es lo justo y debido. Se sienta una verdad constante al mundo entero, é inmediatamente le dicen á uno: Mentira! Repite la voz general, dice lo

que saben y han dicho todos hace tiempos, y allí sale uno á gritarle: Calumniante! No podía haber habido error involuntario en la naturaleza de las cosas, en el número ó la forma? No podía el escritor haberse dejado arrastrar de la opinión común y sentar como absolutamente verdadero lo que talvez no había sido sino en parte? No puede estar lejos, muy lejos de toda mala intención cuando habla de acciones y acontecimientos que entroncan sin violencia con la moral tomada en globo? Pues para estas dificultades no hay sino un corte en estas comarcas infelices: Mentira! calumnia! Son éstos los agentes de la verdad? Podrá ella salir de la MENTIRA y la CALUMNIA? Discusión no cabe con semejante modo de contestar, ni es posible que algo aprendamos en esta escuela de libertinaje político, en donde por corteses y bien mirados que los hombres sean en particular, se tornan zafios y brutales, desconocedores de la verdad y la filosofía. El que pertenece á un partido no está obligado sino á defenderle á todo trance, á sangre y fuego, dando tajos y cuchilladas á tontas y á ciegas á todo el que no es de los suyos. La Verdad, majestuosa y venerable, está sentada en un excelso trípode: una aureola resplandeciente la circuye: genios aéreos, divinos vuelan en su torno, pero á sus pies no hay de rodillas sino tal cual sectario. Viene un *hombre de partido*, una hacha al hombro, é impetuoso y sacrílego asesta un gran golpe á la diosa inmaculada: Mentira! grita, mentira! Y la Verdad herida, arroyada con sangre responde dulcemente: Verdad! cierra entonces el sacrílego con sus adoradores, mas ellos vuelven los ojos á su diosa, y sufren en silencio, y dicen modestos, pero firmes: Verdad!

El que dice lo que millares de hombres tienen dicho hace años, lo que tiene creído y sabido todo el mundo, no es el mentiroso y calumniante: si hay mentira, estará en los que primero la expresaron; si calumnia, en los que la inventaron, y si perfidia, será de parte de los que se ingeniaron de modo que vengamos á estar persuadidos de lo que nos dijeron. Demos que no fuese verdad todo lo que los historiadores nos dicen de la revolución francesa: llamaremos calumniante al que ahora

recuerda con buena ocasión los espantosos hechos del terror? Sobre absurdo es ridículo este modo de tomar las cosas, y el hombre digno debe contentarse con esta clase de satisfacciones, sin descender á casos particulares ni á *nombrecillos* que deslustrarían sus escritos. Se ha discurrido bien? Hay justicia, buen sentido, sinceridad en este modo de expresarse? Responded, hombres de partido: responded, *arboledistas y mosqueristas; urbinistas y morenistas, responded.* Mentira! Ya respondísteis.

Quien no sigue esas banderas ¿qué dirá de vosotros en su conciencia, aun cuando por escrito no lo diga? El que quiere ser hombre de bien, imparcial y digno entre nosotros, es víctima de mil tiranos, mil verdugos le aprietan el cordel y le dan talonazos en el pecho, muere en mil suplicios. Preciso es echar tierra en la cara á la hombría de bien, sepultar en el corral á la justicia, y, armado de garrocha, salir á la calle gritando como loco: Viva Arboleda! muera Mosquera! Viva Mosquera! muera Arboleda! Viva García Moreno! muera Urvina! Viva Urvina! muera García Moreno! Viva, muera todo el mundo! Destierro, horca, muerte, látigo, infamia, calumnia, infierno, diablo muera! viva! He aquí la política, he aquí los partidos.

Acuérdome que un escritor distinguido habló mal una ocasión en Francia de un difunto personaje: inculpábale el haber hecho mal su deber como oficial del ejército del Emperador y, lo que peor suena, le acusaba de deslealtad á su patria. Grave era el asunto. Un pariente de este *traidor* volvió por la honra del finado, y desde Bélgica donde se hallaba, dirigióse al escritor á París haciéndole tales y cuales aclaraciones, dándole tales y cuales datos, aduciendo tales y cuales pruebas por donde la memoria de su tío quedaba sin mancilla. Sombra no había de injuria en el escrito del agraviado, el cual, francés al fin, civilizado y culto, ponía en claro la verdad, y de no ser reconocida por obstinación ó malicia, presentábase resuelto á defender á todo trance la honra de un deudo suyo tan cercano. Qué hizo el escritor? Reconoció su equivocación, proclamó la verdad, aplau-

dió la conducta de su adversario, y rindió toda clase de alabanzas bien así al muerto agraviado injustamente, como al vivo defensor, tan digno y caballero.

Ésto es ser hombres civilizados. Qué hubieran respondido los de por aquí á ese escritor de buena fé? Pícaro! calumniante! ingrato! facineroso! Y todos hubieran acometido á aventarle impetuosos lodo y basura, vociferando como negros desmandados, sin advertir que ellos eran los que más se ensuciaban. Iroqueses con levita, hambrientos de carne humana, hacen de la imprenta una máquina de prostitución, un altar en donde, sacerdotes impuros, sacrifican víctimas inocentes. Oh Dios .... ! la muerte mil veces primero que ser amigo ni enemigo de éstos.

Harto sé que las naciones de Europa han hecho un camino de mil años para llegar adonde están; y en esta larga succesión de siglos ¿por qué pruebas no habrá pasado esa parte del mundo? Bárbara fué también; grosera, brutal, indomable, todo, precisamente como nosotros ahora. En esa Francia tan culta y bien criada los escritores se trataban, ahora cuatro ó cinco siglos no más, de *perros y puercos*. Nosotros seguimos las huellas del Viejo Mundo, y cayendo y levantando, tarde ó temprano llegaremos al fin adonde él ha llegado. Culpa es de los tiempos más que de los hombres .... Pero no te parece que algunos nacen fuera de tiempo y lugar?

He sufrido un desengaño, amigo mío. Ví un día un edificio vasto, encumbrado, de gran apariencia; y como no supe que podía ser ello, no tanto un impulso de curiosidad cuanto mi anhelo por hallar algo bueno y extraordinario, llevóme á sus puertas; y cuando iba á entrar garboso, eché de ver en el frontispicio esta inscripción en gruesas letras: AQUÍ NO ENTRAN SINO LAS ALMAS CORROMPIDAS. Este no es el templo de Epidauro, dije para mí, y volví sobre mis pasos, y preferí vivir hombre de bien ignorado á brillar pícaro en la escena del mundo.

15 *de Febrero.*

Si hubieras venido á este lugar habrías visto, entre otras cosas buenas, á los indios de los altos *ganar la plaza* el domingo de Cuasimodo. Espectáculo es éste digno de la observación de un filósofo, y que en una pincelada te diera á conocer la situación moral de esa desventurada clase de hombres. Digo que los indios se andan por ahí rodeando, al son de su tambor y pifanillo, borrachos hasto no más, ésto se cae de su peso. Suenan las cuatro de la tarde, y con impetuosidad indecible precipítanse hácia la puerta de la Iglesia de todos los vientos de la población, voceando como endiablados, sacudiendo palos, aventando piedras á cual más ciego, *á ganar la plaza;* ésto es á apoderarse de la puerta de la Iglesia, hazaña que les da más derecho que á los demás para danzar en la plaza mayor el día de Corpus Cristi. Decir las pescozadas, mogicones, empellones, torniscones, patadas, caídas, pisadas y roturas de cabeza que allí tienen lugar, no es dable á mi corta palabra: es la borrachera más borracha y estupenda que se puede imaginar, y este ganar la plaza acarrea males sin cuento para todo el año.

Tal es nuestra política! García Moreno y toda la falange de políticos, armados de palos, piedras y garrochas se disparan por un lado gritando *á ganar la plaza:* los otros partidos por otra parte con palos, piedras, chuzos se disparan gritando á ganar la plaza.

No, yo no quiero ganar la plaza; deja, me vuelvo á mi silencio. Si algo me sacara de él sería la gran causa americana, esa noble Chile, tan digna de la simpatía de los buenos, tan singular en honra, orden, valor y más virtudes. Por lo que mira á lo de aquí, amigo mío, lo que aconsejaba Don Quijote, dejarlo á sus aventuras, ora se pierda ó nó. Sí propongo obediencia á las leyes, me han de llamar *urvinista;* si nombro á la antigua Roma, me han de decir pagano; si animo al Gobierno vacilante, me han de calificar de traidor, y me han de acosar á los gritos de: Al brujo! al brujo! maten al brujo!

En ciertas circunstancias la pluma no basta para ilustrar á los pueblos; requiérese la espada. Si Pedro el Grande no hubiera sido Emperador, no habría salido con el glorioso empeño de civilizar á Rusia. Hubo menester hierro con que corte las barbas al zafio é indomable moscovita. Los escritores que prepararon la revolución francesa, revolución de ideas, de principios y costumbres más que de personas; revolución de la cual he querido hablar en otra parte de este escrito, y que es preciso advertirlo en vista de la malicia de mis contrarios; los escritores, digo, que prepararon esa revolución, tuvieron millones de hombres que les escuchen de buena voluntad, les entiendan, animen, ayuden y secunden: sin ésto nada hubieran alcanzado, y para ésto se han de pasar siglos y siglos.

Tengo ó no razón para este desabrimiento? Ah! de qué indignación me sentía poseido! Todos hirviendo en deseos de venganza; todos oprimidos, perseguidos, ultrajados por García Moreno y teniéndole por *monstruo vomitado del infierno;* y cuando se presentaba uno con bandera alzada, voz segura y pecho firme en contra de la tiranía, echar á huir unos, á disfamarle otros.

Connaturalizados con la tiranía, nadie quiere oir hablar de libertad: los esclavos del tirano darían la vida porque él volviese al trono; sus víctimas ni ahorcados darían un cabello porque no volviese. ¡Oh poder funesto el de la tiranía! la tiranía corrompe las costumbres, estraga los corazones, envilece las almas: el tirano no tiene amigos y enemigos, no tiene sino esclavos; y como todos obran por temor, perdióse para siempre el pueblo en donde él ha echado raíces, si la Providencia no le redime por medio de un enviado suyo, un redentor que tenga en sí algo divino. La gente que vive en lugares pantanosos cuyo aire pestilente y mal sano altera la constitución y cambia el temperamento, no puede ya sufrir el aire libre, enférmase en una atmósfera despejada y suspira por su morada hedionda. Ésto es lo que ha sucedido con los ecuatorianos; están como asombrados, respiran aire diferente del habitual, y les

hace falta la pestilencia en medio de la cual habían corrompido su alma: parece que echan menos el *terror*: el semblante del patíbulo, el chis chas de las cadenas, el zumbido del azote habían cobrado una cierta influencia misteriosa en ellos; aunque víctimas de esos tormentos, les gustaban esas escenas. García Moreno ha tenido el poder infernal de la serpiente que fascina, domina, atrae á sí á ciertas aves para devorarlas, las cuales, aun cuando saben por instinto lo que les va á suceder, no pueden evitar su ruina, y se acercan á ella, y se entregan y perecen. Acaso García Moreno considera, estima, quiere ni trata bien á sus partidarios? Son los más oprimidos, ultrajados y tiranizados: cuando se ofrece les da de bofetones, les escupe en la cara, les sacude tomándoles por los cabezones, y ellos ahí están de rodillas: en cierto modo son más desventurados que los otros; ¿y cómo no? Peor es á los ojos de Dios y de los hombres ser cómplice de un crimen que ser víctima. Ya digo, necesitamos para salvarnos una especial mirada de la Providencia.

Ya me entiendes que cuando hablo de los oprimidos no quiero hablar de todos; hay entre ellos hombres de conciencia y pro que tarde ó temprano serán útiles á su patria. Éstos, con los hombres de bien de toda la nación debían formar un partido que se llame constitucional, liberal ó *racional* en lo sucesivo, y tal sería *la parte ilustrada del Ecuador*.



---

16 *de Febrero.*

Por lo que hace á tus temores, no dejaban de ser fundados: no hay mucha caballerosidad en nuestros enemigos; y con todo no hago á Don Gabriel el agravio de tenerle por capaz de una asonada. Desprecié ciertos avisos á este respecto, y con razón, porque si él hubiera tenido á bien contestar mis cargos con la fuerza, me habría desafiado, y de mi persona á la suya el caso hubie-

ra sido muy decente. Yo andaba prevenido á cualquier lance y resuelto á vender cara mi vida, que cuando no se la tiene en mucho, no es gran cosa el morir. ",Ó ha sido ó ha de ser, nada hay actual en la muerte." He sabido después que yo no estaba sólo, amigo mío, y ésto me ha reconciliado un tanto con los *oprimidos;* con los oprímidos, con los hombres de bien y pundonor, los pobres, el pueblo en una palabra: tanto como ésto no quiero desfavorecer á los demás; jóvenes principales, bien animados, aunque pocos, me seguían con la vista por la plaza; y donde no, brazos fornidos, de ésos hechos á la sierra y al martillo se hubieran alzado por centenas para defenderme ó vengarme, caso de que tuviera lugar una pandilla. Porque el pueblo, esta clase tan humilde, sufridora y callada, como útil y necesaria en la asociación civil; el pueblo, tan desdeñado, tan poco metido en la política, tan ciego, tiene á las veces movimientos de héroe y de justo, le alumbra una ráfaga de luz divina, una mano invisible y poderosa le sube á lo alto, y allí, con voz predominante habla como el personaje principal de la nación. Cómo no ha de comprender el pueblo que conviene servir de salvaguardia al que defiende sus derechos? Cómo no ha de sentir que le cabe la obligación de unirse á los que claman por la libertad? Cómo no ha de palpar la justicia de los que no quieren azote, *barra* ni mordaza para nadie? Pues hubo hombre del pueblo que....Y no ha de ser satisfactorio verse rodeado de desconocidos que se exponen á todo por la seguridad de un desconocido? Ya me llamarán demagogo, Saturnino, Graco; no soy demagogo; nadie aborrece más que yo los motines populares, y nadie los fomentaría menos. Pero la libertad del pueblo, su dignidad y el buen paso de su vida los defendería á todo trance; y si se tratara de un asalto inicuo....aceptaría su auxilio, seguro de que no hacía más que defender sus fueros.

El pueblo tiranizado, escarnecido é indignado al fin, sacude con mano poderosa los tronos de los reyes y los derriba á sus pies; el pueblo tiranizado, escarnecido é indignado al fin, distingue lo bueno de lo malo, y pide cuenta á sus opresores de cualquiera clase que sean. El

pueblo libre se ennoblece, dilata y da de sí Lincolns y Johnsons, presidentes, que se sacrifican por la libertad de los infortunados negros. Sastres y carpinteros son los que hacen palidecer á los Bonapartes y Brunswiches en sus tronos, sastres y carpinteros los que ahora tienen colgado al mundo de sus decisiones.

Más que un acontecimiento trágico en las calles deseaba yo una escena de derecho, un *juri*, á fin de que el pueblo tiranizado, escarnecido é indignado al fin, se explayase en campo legal, y con la justicia de su parte en forma y en esencia, levantase la bandera de su rehabilitación. No se me oculta que la justicia se vende en estas infortunadas tierras, no tanto por dinero cuanto por *moneda de partido:* las pasiones le hacen fuerza, es vencida, subyugada; pero si un pueblo inmenso le guarda las espaldas, resuelto y firme y animado por un buen caudillo, los jueces por la razón ó la fuerza tendrían que ser justos....

Pienso que un jurado con García Moreno por acusador ó defensor no acabaría sino con sangre: la precipitación de su carácter no estaría en paz con la calma de los tribunales, la arrogancia que hasta aquí le ha hecho salir bien le empujaría á la violencia, y no habiendo quien se humille ni le sufra, sino al contrario uno que eche combustibles en la efervescencia de sus entrañas, todo sería tiros y puñaladas. Qué importa el número de víctimas? De la sangre ha salido muchas veces la hermosa libertad risueña y fulgurante.

---

17 *de Febrero.*

Qué bienhechora, qué grata es la ignorancia! Un río espumoso corre entre dos vegas cuajadas de árboles frutales: la cresta occidental de los Andes, cubierta de espigas en toda la extensión de sus faldas, semeja un matizado tablero: cuando el día se oscurece para llover, y se encapota el cielo, y truena, ella toma ese semblante

sombrío y misterioso de los montes Mauritanos. Al pie de un peñón negro y gigantesco hay un tupido bosque en cuyas profundidades gorgoritean diversas avecillas: á un lado surge, de debajo de una grande piedra, un arroyo cristalino, que rodea serpenteando el bosque, formando cascaditas y conchitas, murmullando tiernamente. Al otro lado del río se alzan varias columnas de humo; los rebaños pacen y balan por las laderas; no se oye voz humana, sino la del viento que silva por las copas de los árboles. Este retiro encantador se llama El Sueño. Allí me encontrarán mis amigos para reconciliarse conmigo, ó mis enemigos para prenderme. No es imposible que haya más Cosmopolita; si las circunstancias lo exigieren imperiosamente, habrá, cuando á bien lo tenga su autor, aunque más aspira al Sueño. Allí no se oye el vocerío antipático y amenazante de la política, allí se olvida todo, y con no saber lo que sucede, es uno tan feliz como si nunca hubiera sufrido mal ninguno. El sueño es la imagen de la muerte; será por eso que los hombres se agradan tanto de él; el sueño es el descanso, el sueño es el refugio contra las desgracias. Siga cada uno su camino, y cada cual se salga con la suya. Si otros tienen el poder de injuriarme, como dice Aristipo, yo tengo el de no oirles.

LOS PROSCRITOS.

Super flumina Babylonis sedimus et flebimus cum recordaremur Sion,

"El destierro no es un mal," dice un proscrito. Esta es la filosofía de Epicuro, y yo veo ahí á Posidonio bregando con el dolor y exclamando: Oh dolor! nunca confesaré que eres un mal. Para los ciudadanos del universo que encuentran patria en donde hay hombres; para las almas de buen temple curtidas en el infortunio; para las naturalezas fuertes hechas á los vaivenes y fracasos de la vida, podrá no ser, podrá el destierro no ser mal; pero si se toman en cuenta los lazos de la sangre, las tiernas correspondencias del corazón, las gratas costumbres contraídas sin saber cuando y tan difíciles de olvidar, mal es; si se ve con la memoria los rostros conocidos, queridos desde la infancia, mal es; si se echa la vista á la distante patria, y se pregunta triste el desterrado: Mi madre como está? qué hace mi esposa? qué es de mis hijos, pobres niños sin padre? mal es. Mal es, amigo, y grande mal: nadie mirará por tí como la mujer que vive en tí, que respira en junta tuya, que tiembla á tu menor peligro, y halla su dicha en servirte, cuidarte y ocuparse en tus cosas, teniéndose por feliz á cada paso que te agrada. La caridad es como Dios, está en todas partes, no hay duda; ó más bien es Dios mismo con otro nombre; y como él no falta en el más oscuro rincón; en donde estamos la encontramos. Pero yo te se decir, amigo, noble amigo, que la caridad en forma de madre, de esposa, de hija, de hermana es mucho más pudiente y lisongera.

Á las penas que el destierro trae consigo añade la indignación que causa la injusticia; la acerbitud del corazón al contemplar el triunfo de la tiranía, y ve cómo es terrible la situación de los proscirtos. Cuando te retraes y meditas; cuando tu alma rompe las cadenas que la es-

trechan con la sociedad humana, y vuela y se encumbra á otras regiones; cuando tu corazón oprimido se te quiere salir por la garganta, no dices para tí: Porqué estoy desterrado? porqué se me priva del trato de mi familia y mis amigos? porqué no vuelvo á ver los lugares queridos donde nací, crecí y me volví hombre? Tus prendas te granjearán blandas afecciones donde te halles; pero es otro el modo de querer de los que nos han querido siempre, y no te es dado decir que puedes de un día á otro cambiar los objetos de tu cariño. El amor tiene medida, no lo dudes; no es infinito, no es un caudal inmenso que alcance para todos, que se lo pueda repartir entre muchos dejando contento á cada cual; si amas aquí, no puedes amar allá; si quieres aquí mucho, poco has de querer allá; si los amigos de la juventud, los inseparables compañeros pueden algo en tu memoria, no es posible que los nuevos llenen del todo tu corazón: algo habrá vacío en él: suspiras, sí, suspiras, te oigo: Ay! dices, cuando volveré? he de morir en el destierro? una sepultura prestada ha de recibir mis huesos? Y qué suerte fué la mía para verme ausente, lejos de todo lo que hacía para mí grata la vida? Un hombre, un solo hombre me causa tantos males sin justicia ni razón. Tirano! valiera más haberme muerto, porque en la tumba se duerme tranquila y suavemente, no es uno víctima de las horribles pesadillas del extranjero que no puede volver á su querida patria.

Patria! de súbito
Pronuncié trémulo:
Un ay! profundo
Del pecho dí,
Luego otro y siéntome
Bañado en lágrimas,
Y gemebundo
Triste caí.

Bien como un vértigo
La pena agítame;
Por aquel suelo
Rodando voy:
Ayes sin límites
Arrojo, y lánguido
Callo; mi duelo
Me desmayó.

Aun la expatriación voluntaria tiene espinas muy agudas, y más de una vez se ha arrepentido el viajero de haberse alejado del hogar, dejándose llevar de la

curiosidad ó del anhelo por ver y conocer otras ciudades y naciones. La nostalgia es una horrible enfermedad, y á ella están sujetos principalmente los hijos de las montañas: así los escoseses son los que más echan menos los patrios lares; los suisos no pueden vivir fuera de sus comarcas: el monte Blanco, el Sion, la Joung Frau son personas para ellos: los quieren, conversan, viven juntos, y cuando los altibajos de la suerte les separa de ellos á pesar suyo, tanto suspiran por la naturaleza como por los individuos más queridos. Qué sucederá pues con los hijos de los Andes, los habitantes del Ecuador, el país más elevado y montuoso del mundo? En donde quiera que se hallen serán víctimas de la nostalgia. Sólo el que ha padecido este mal puede saber, aunque no alcance á decir, lo que ello es. Los que ven indiferentes la suerte de los desterrados, acuérdense de Prometeo devorado constantemente por un buitre y sin morir jamás: las entrañas chorrean sangre, el corazón está perforado en mil partes, una llaga horripilante tiene siempre el pecho vivo por adentro. Nos lastima la suerte del leproso, de buena gana compadecemos al tísico; pues si todos supieran lo que es la nostalgia, verían que no hay sujeto más digno de compasión que el que adolece de ella. La nostalgia consiste en un amor indecible por la patria y un profundo disgusto del país en que se está: es una opresión del corazón que no se alcanza á ponderar, una inquietud que no deja una hora de sosiego, un deseo de llorar á gritos al mismo tiempo que eso es imposible, un aborrecimiento muy grande á la vida y á los hombres, unas ansias de volar ó de arrojarse en un abismo, un no sé qué de indefinible y terrible que hace de la vida un verdadero martirio. El deseo vivo, ardiente es otro suplicio; la esperanza constante y no cumplida, otro suplicio, el suplicio de las hijas de Danao condenadas á acarrear agua en un harnero; paréceles que ya cumplen su tarea, que terminan su desgracia, y vuelven á la obra, y sigue su martirio.

Un salvaje de Haití llevado á Francia vió en el Jardín de Plantas de París el árbol del pan, y con los brazos abiertos abalanzóse á él, abrazóle, estrechóle,

lloró á gritos y cayó exánime. Éste es el amor de la patria: vió el salvaje el árbol de su tierra, y se deshizo en llanto. He oído que á Olmedo le sucedió lo propio, y no me parece exagerado ese vivo sentimiento: mucho se quiere á un animalillo, á una planta compatriota, y se tiene gran apego á todo lo que nos recuerda nuestras afortunadas comarcas. Acuérdome que en ese mismo Jardín de Plantas á donde yo iba con tanta frecuencia, poco me dedicaba á ver los leones, tigres y panteras de África, pero era asiduo visitador de los animales americanos; y quien creyera, el cóndor de los Andes rivalizaba en mi afecto con el águila del monte Atos. El cedro del Líbano, desde luego, me asombraba; pero si veía por ahí la verbena, la ortiga de América ó la coronilla, era un gusto para mí; parecíame que estaba entre *paisanos*, entre amigos: y si un gran gallo *tanisario* echaba por ahí su canto prolongado, solemne y melancólico, le prestaba el oído y el corazón con más placer que al rugido del tigre de Mauritania. Salid, idos lejos, y veréis lo que es el afecto de la Patria. Yo no vacilaré en afirmar que la mayor pena es el destierro; hablo de las penas *civilizadas*, no de las que usan los bárbaros, como el azote, el hambre, la barra de grillos: la muerte es cosa mucho más blanda y llevadera, la muerte es leve pena, si ya no es un beneficio; á lo menos en ciertos casos, es un beneficio. Pasado ese instante de terror y angustia, llega el bien infinito del reposo; reposo blando, imperturbable, eterno. No caer otra vez en manos de los tiranos, ¿no ha de ser un beneficio?

El destierro es pena repetida, reproducida, constante; al desterrado se le castiga todos los días, á cada hora, se le está castigando siempre; injusticia de más de la marca, porque no hay delito que merezca más de una punición. Y no se le castiga á él sólo; los suyos pagan también su falta, si es que la cometió, ó todos inocentes padecen todos una injusta pena. Dudo que el que se vá padezca más que el que permanece; el uno lleva el corazón partido, es cierto; pero el otro queda ahogado en llanto, sin alma, medio muerto. **Yerovi,**

por ejemplo, como buen ciudadano y buen hijo, se fué triste y pesaroso de dejar su patria y á su madre; pero esta anciana Señora muere todos los días, su vida es llorar, su alimento el llanto amargo. Mi hijo! dice, mi hijo! y se echa á gemir, y se enferma, y padece más que su hijo. Cometió alguna falta esta Señora, esta criatura inofensiva é inocente? De ninguna manera; y con todo es la más cruelmente castigada. Ahora suponed un expatriado que haya dejado también mujer é hijos tiernos, como sucede con muchos, y que esta mujer y estos hijos vivían del sudor de la frente del marido y el padre, del diario trabajo del hombre; ¿qué será de tantos inocentes? Tristeza, abatimiento, lágrimas, y acaso hambre ¡qué horror! porque al tirano se le antojó expatriar al principal de la familia. Sea uno en buena hora bárbaro con los enemigos; pero una mujer, un niño ?qué motivo pueden dar? Ninguno, y son los más cruelmente castigados.

Un *poseedor* de gente vendió una vez una negra esclava que tenía varios hijos tiernos: la desdichada negra tenía fuertemente abrazados á los negrillos, oponiéndo una obstinada resistencia á los verdugos que querían arrancarlos unos de otros. La madre y los hijos, todos lloraban, gritaban con desesperación, pedían auxilio, clamaban á Dios: ¡desventuradas criaturas! La madre fué llevada á viva fuerza á un país lejano, los parbulitos hijos suyos quedaron huérfanos en manos de un amo desapiadado y mal cristiano. Qué ansias, qué agudos dolores no serían los de esos infelices?

Pues no pasa otra cosa con los desterrados. Miren que es terrible, cruel, contra la naturaleza ésto de tomar á un hombre, arrancarle de su casa á fuerza de armas, sin tener cuenta con piedad ni miramientos de ninguna clase, cuando madres, esposas, hijas y hermanas llenan el cielo de sus voces, y echarlo sin más ni más á un desierto ó á una nación desconocida!

García Moreno pudo haber hecho todo eso, por que nació con corazón cuadrado, herizado de puntas de hierro y cubierto con la lana de aquel insecto que ortiga mortalmente; él nació para tirano, y en todas sus

crueldades no hace sino cumplir con las leyes de su naturaleza; pero que Don Jerónimo Carrión y Don Manuel Bustamante, hombres mansos, suaves, civilizados, incapaces de tiranía lleven adelante las obras de su horrible antecesor, es cosa que no cabe en el juicio. Sabido es que la mayor parte de los ecuatorianos proscritos por él fueron inocentes: si hubiese entre ellos algunos que dieron motivo y ocasión de maltrato, eso sería á García Moreno; y no siendo subsistente la causa, no debe serlo el efecto. Aunque lo más positivo es, y yo no lo dudo, que en vez de ser delito era acción muy noble y meritoria la de los que procuraban la caída del tirano. El que me negare esta *atrevida* afirmación, admitirá y probará que los ciudadanos están obligados á sufrir todo género de allanamientos y tropelías; que el déspota puede atropellar y romper por ellos; que la vida y la dignidad no merecen reparo; que no tienen, en fin, derecho para la propia defensa. Criminales son, y muy criminales, los que se levantan contra un Gobierno justo y legal, en el que reinan las leyes y los derechos del hombre están en cobro; pero intentar el derribo de un violador de la Constitución, violador de la civilización, violador de la humanidad, lejos de ser delito á los ojos del hombre de bien y patriota generoso, es virtud, timbre, intento digno de alabanza. Manifiéstese que García Moreno no fué tirano atroz, y todos sus actos quedarán sincerados: violador de la Constitución, puesto que no ha hecho sino su voluntad; violador de la civilización, puesto que ha dado azotes á ciudadanos beneméritos, ha hecho morir en el suplicio á otros, á degollado prisioneros rendidos; violador de la humanidad, por las mismas y otras muchas razones. Y cuando por favor de la Providencia viene la autoridad ejecutiva á manos de un hombre de bien, ¿no ha de causar viva sorpresa y aflicción oir todavía los ayes de los proscritos? Los proscritos de García Moreno serán proscritos de Carrión? Por qué? Por haber querido libertar á su patria de una calamidad, de un azote? No es posible. Para llevar adelante y consagrar los desafueros del exterminador, es preciso tener deci-

dida inclinación á la injusticia y á la tiranía, lo cual nó sucede con los actuales gobernantes. Respetar las obras de García Moreno es perder el respeto á la justicia, á la civilización, á la caridad, á la generosidad, á todas las virtudes, ésto es, á la religión, á Dios mismo. Señor Don Jerónimo! U., U. amparador de la tiranía? ejecutor de los decretos del Gran Turco? alguacil de Barrabás? No es posible, no es posible! Llegará el día en que el Juez Supremo herguido él sólo en medio de las ruinas del mundo, dé una voz, y el género humano salga de la tierra y se ponga de pie temblando en su presencia. En este juzgado no hay solios ni sillones: sólo el Juez está rodeado de una aureola deslumbrante, y el universo es un teatro inmenso de majestad y horror: un ángel tiene la balanza, otro la espada de la justicia: arriba, el cielo abierto deja entrever al justo el premio de sus virtudes; abajo, el infierno hierve en un confuso montón de fuego y sombras. Presidente, ya te llama: Qué has hecho? dice; por qué no extendiste tu diestra protectora sobre los que padecían, en lugar de seguir oprimiéndolos? No sabías que las lecciones del perverso son sentencias de condenación? Alza la cara, mírame.....! *Y tú tiemblas, y nó respóndes, y estás pálido y mudo.*

Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet aperebit
Nihil innultum remanebit.

Sabemos que muchos de los desterrados han obtenido ya salvoconducto, que muchos han vuelto á sus hogares, y que irán viniendo *poco á poco.* Este poco á poco es lo que nos aflige; porque para males tan graves como los del destierro nó se ha de emplear el método homeopático, cuando se los puede curar con una sola medicina y en el acto, como con la mano de Dios. El que tiene el poder de remediar la desgracia, no lo haga *poco á poco*, hágalo de una hecha: mientras más bienes obra, más se acerca el hombre á la Divinidad; mientras más bienes deja de hacer, más se aleja de ella. Triste del gobernante que no vé seguro su poder sino en la

muerte ó la ausencia de los mejores ciudadanos! Si es preciso que mantenga lejos de la patria á padres de familias, á profesores sabios, á ingenios eruditos, que todos son no solamente útiles, pero también necesarios en ella, diga que Dios no gusta de su reinado, cuando no le permite mandar sino á tan bárbara cortapisa. El magistrado podrá llamarse feliz cuando su vida y su poder estén en salvo en medio de sus compatriotas reunidos, y esa seguridad misma depende de la presencia y la asistencia de ellos. Dios me guarde de mandar, sino había de ser sino matando á unos y desterrando á otros: la gobernación brillante será la sostenida y aplaudida por todos ó la mayor parte; pero es miserable destino vivir temiendo á éste por *urvinista*, á ése por *gomista*, á esotro por *morenista*. Fórmese un partido, un gran partido de ecuatorianos, y que la hombría de bien, la elevación de carácter, la independencia en el modo de pensar, el talento no sean motivos de exclusión. Qué es, mi Dios, ver separar con gran cuidado á los hombres de buena cabeza y sano corazón de los congresos en donde se decide la suerte de la patria, para componerlos por la mayor parte de gente allegadiza sin luces ni virtudes! Esto no es reunir un congreso, sino juntar un rebaño; no se va á la sala de sesiones, se va al redil; se oye, no se piensa; se obedece, no se quiere.

García Moreno ha corrompido la forma de gobierno, ha convertido la república en despotismo, porque ha eliminado el uno de los poderes, el poder legislativo. El Gobierno es el legislador; aquí no hay presidente, hay déspota; el sufragio popular no es sino un sucio biombo tras el cual juegan de manos los gobernadores y *jefes* de milicias: bajás poderosos, mandan hacer todo lo que á ellos les mandaron. ¡Y tenemos la desvergüenza de llamarnos republicanos!

Preciso es que este inicuo sistema se destruya: cayó el tirano, pues caiga la tiranía: mantener los malos usos introducidos por otro, poco se diferencia de ser introductor de ellos. Señor Carrión! mientras más se diferencie U. de García Moreno, más merecerá nuestro aprecio; mientras más impruebe U. sus actos, más le-

gales, más humanos, más brillantes serán los suyos. La costumbre de ver padecer ó de padecer nos hace no mirar con el horripilamiento que merece la dictadura de García; pero contemple U., y vea que es monstruoso ésto de haber dado en tierra con los derechos del pueblo, con la forma de Gobierno, con la dignidad del hombre. Sostendrá U. las obras de ese desgraciado? Imposible.

Y U. Señor Don Manuel, ¿qué dice á todo ésto? Enviará imperiosamente á las provincias *listas* de candidatos para Senadores y Diputados al congreso? Y tildará, y rayará, y borrará colérico las que vengan de ellas, á este sujeto por *urvinista*, á ese por independiente, á esotro por hombre de bien y de conciencia propia, al de más allá por hombre de principios y de sano juicio? Pues qué sería ésto sino ser García Moreno? Ah, Señor Don Manuel, para ser García Moreno necesita U. meterse en el cuerpo una plancha de hierro candente en lugar de alma, y ponerse á chirriar, chispear y echar humo por todas partes, girando, hirviendo y reventando estrepitoso como un *castillo* ó un *chihuahua*, lanzando tiros mortales á la redonda, tóquenle á quien le tocaren. Quédese U. más bien de hombre; hombre reposado, justo, pensador: sea bueno y sabio ministro: como hombre, hágase querer de sus semejantes; como magistrado, inspire respeto, no miedo, grangéese la estima, no el menosprecio de sus conciudadanos. Nada tiene U. que temer de ellos: el haber la familia de Urvina solicitado salvoconducto, es una prenda de seguridad para el Gobierno; pues no hemos de pensar que ese general mande en rehenes los pedazos de su corazón para ponerse á urdir *expediciones*. Hizo bien, muy bien en conspirar contra García Moreno; ésto era cumplir con su deber de ecuatoriano, de ciudadano, de hombre: todos fueron suyos, sólo la suerte estuvo en contra. Haría mal, y muy mal en conspirar contra Carrión, si éste no se covirtiese en tirano, lo que no tiene traza de suceder. Urvina faltaría á toda clase de deberes, obraría contra su propia honra, desbarataría su dignidad, y no tendría un sólo adicto en el partido liberal. Haber salido mal en sus empresas contra el tirano, é intentar otras nuevas contra

un Gobierno inofensivo hasta la presente, contra el orden de su patria, contra las leyes no violadas por los gobernantes, obra sería insensata y de pésimos resultados. No, Urvina no piensa, no puede pensar en eso; y si para colmo de su desgracia abrigara un pensamiento hostil al actual Gobierno, lo abrigaría él sólo, no tendría amigos, ni compañeros, ni secuaces. El Gobierno, el Ecuador, América no tendrían que temer sino á García Moreno, si éste no fuese ya cayendo por su propio peso: la mano de Dios está sobre él por encima; por debajo, la del demonio le tira y carga con su presa. Pero aun es tiempo, el Señor no le ha soltado; pídale misericordia, y cenará con él en el paraíso.

En vista de todo ésto, la cordura está en la generosidad; vuelvan los desterrados, no se hurte el voto popular á los liberales, no se excluya ni á los partidarios mismos de García, si por dicha hubiese entre ellos algún hombre de bien y de valor. Destruyamos el despotismo, volvamos á la república; pasemos de la tribu á la nación, seamos hombres, civilicémonos y progresemos. El Gobierno no debe ser cosa de *allegados* y de esclavos solamente, debe ser de ciudadanos: la seguridad, y lo que es más, la gloria de ustedes, señores gobernantes, está en la filantropía: alcen ustedes este sudario con que el tirano ha dejado cubierta la República; tóquenla humana y blandamente, quizás no esté del todo muerta; revívanla, levántenla, anímenla, hagan ustedes un milagro. Señor Don Jerónimo, piensa U. que valdría algo con ser presidente de un panteón? Señor Don Manuel, hallaría U. su satisfacción en dominar un campo de ruinas? Es U. dueño de un difunto, bien: qué hace con él? á dónde va? qué puede? qué es? Manda U. un cadáver: ¡mando funesto y miserable! Dele U. vida, comuníquele el fuego sagrado, ábrale los ojos, suéltele la lengua....Oh arte divino, alquimia sobrehumana! Ya el cadáver se mueve, se para, ve, oye, piensa, obra. Á quién la gloria de esta transmutación sublime?

En sus manos está el formar un pueblo, comunicarle dignidad, y aun grandeza, y ser respetables presidentes y ministros entendidos. Yo no sé sino una regla

del arte de gobernar; si á ustedes no les parece errada, aprovéchense de ella: — Hacerse estimar y respetar de todos, y querer de los más que se pueda.

Vuelvan los desterrados! no me cansaré de repetirlo: en esta escasez de hombres, es grave imprudencia tener fuera á los mejores. Carbo, Riofrío, Yerovi, Gómez de la Torre, Moncayo, Auz, Gonzales y otros ciento hacen falta aquí, no hay con quien llenar el vacío que ellos han dejado. Éstos no son conspiradores, son buenos ciudadanos; no serán *una amenaza*, serán apoyos, columnas del Gobierno. Algunos de los notables ecuatorianos se hallan ya en el seno de la patria, como Carbo; otros han obtenido salvoconducto, como Yerovi; más porqué no se le da á Riofrío inmediatamente? Cual fué su delito? el haber alzado su voz patriótica y elocuente en contra de la tiranía? el haber escrito en favor del pueblo? el haber defendido las leyes y los derechos del hombre? Señor Carrión! ese distinguido ecuatoriano merece coronas y no destierro. Salvoconducto para Riofrío! Salvoconducto para Gómez de la Torre, para Auz, para Gonzales, para todos! Lo mejor que U. hubiera hecho habría sido inaugurar su gobernación con un amplio decreto de amnistía; no sucedió eso, pues repare la falta, que los actos de integridad y de virtud nunca vienen tarde; y si no es atrevimento, Dios mismo nos los agradece, y tarde ó temprano nos paga con usura. Echa tu pan en la corriente, que allá abajo y cuando menos acuerdes lo volverás á encontrar, dice la divina sabiduría. Yo pienso que se debe obrar el bien aun cuando de ello no nos resulte provecho, porque, según el decir de un filósofo, la recompensa de una buena acción es la acción misma. Hombre, toma por tu divisa: HUYO DEL MAL, y serás de los escogidos; Gobierno, toma por tu divisa: PROCURO EL BIEN, y cumplirás con tu grandioso encargo.

Vuelvan los desterrados!

Sí, volved amigos; ya harto habéis apurado la amargura del destierro. La fuente, el río, el prado, la

tierra de la patria son necesarias ya para vosotros; el cielo, las nuves, los montes, las selvas de la patria son necesarios ya para vosotros; la verde yerba por donde íbais, la hojarasca en que os tendíais, la sombra del árbol que buscábais son necesarias ya para vosotros.

La pura y límpida
Celeste vóbeda,
La nívea cumbre
Que se alza allá,
Los montes ásperos
Las cimas rápidas
Tengo costumbre
De contemplar.

Florestas, árboles,
Llanuras plácidas,
Dueños sois todos
Del corazón;
Si os veo gózome,
Si os pierdo muérome;
De todos modos
Queridos sois.

Y esos corazones, y esos rostros, y esas manos con las cuales vivís estrechos á pesar de la distancia, ¿cómo no se estremecerán, se inmutarán, temblarán cuando palpiten, se animen, se extiendan para recibiros? Oh vosotros que tenéis amigos y parientes, venid! Vosotros sois queridos, deseados aquí, venid! Dejadme á mí el destierro, á mí que no tengo amigos, á mí que no tengo patria. Pues el haber expuesto mi vida por todos, estando cierto como estaba de que iba á morir á manos del tirano ó á matarle yo; el haber alzado la voz contra su selvático poderío, clamando por la humanidad y la civilización, ha sido un crimen á los ojos de todos, y á nadie he tenido que temer más que á *mis amigos*.

Si á la doméstica
Ventura próvido
Circunscribiste
Toda ambición,
En suerte cúpote
Suerte benévola,
Lleno pusiste
Tu corazón.

Quien niega indómito
Yendo sin brújula
El cuello al yugo
De la amistad,
Males sin límites
Padece tétrico;
Él su verdugo
Se matará.

La patria pídete,
Vuélvete, vuélvete,
Tú que enemigos
No hallas aquí;
Yo, planta exótica,
No arraigo, pésame!
Ni mis amigos
Me han de sufrir.

Tu suerte déjame,
Destierro tócame
Á mí que ansioso
Quiero volar:
Lejos, incógnito
Vagando lúgubre
Tanto *inreposo*
Quiero acabar.

Los que en su pecho corazón abrigan
Vibrante y puro, á comprenderme alcanzan:
Los que un demonio por una alma nutren
Prosigan en herir, éso les cuadra.

JUAN BORJA.

Vuolsi cosi colá dove si puote
Ció che si vuole.
DANTE.

Los hombres compran y venden iniquidades y mentiras; la verdad es artículo prohibido, la caridad, contrabando en sus injustas aduanas. Oh santo cielo! este comercio infame de falsas palabras é inicuos hechos es el que se practica más activamente entre ellos. Se venden, se prestan, se alquilan para disfamar á sus semejantes, y ricos con los estipendios del demonio, se pavonean insolentes como superiores á los buenos. Antes había *alquilados* para llorar en los entierros; ahora hay alquilados para defender criminales, alquilados para mentir, alquilados para insultar, alquilados para calumniar, alquilados para disfamar, y lo que suena peor, alquilados para cavar las sepluturas, remover los huesos de los muertos, hacer aguas sobre ellos y torcer las coyunturas de los esqueletos. ¡ Impíos! no saben que un sepulcro es tan sagrado como un altar? Un difunto es un sacerdote: tocarle, es perderle el respeto; abofetearle es quedar excomulgado; aventar sus cenizas al aire, es incurir en la ira de Dios. Vosotros que entráis los cementerios á sangre y fuego, montados en los diablos, furiosos y terribles con vuestras armas, miráos las manos.... ¿ no están negras? Negras sí, negras! negras como las de Malco. Si abofeteáis y alanceáis á un difunto, y difunto que en vida fué hombre de bien y buen cristiano, capaces sois de abofetear y alancear á Jesucristo. Tarde habéis nacido: vosotros debíais haber infestado la tierra maldita de Gomorra, ó vivido en tiempo de Herodes, para escupir en la cara al Justo y clavarle en el madero de la cruz.

La misericordia de Dios es infinita, ella es su principal atributo: debemos suponer y creer que el hombre que muere en el gremio de la religión, que muere con

paciencia, perdonando los agravios, sin quejarse de la justicia divina, fué por ella perdonado, aun cuando haya sido gran culpable; y si demás de ésto murió en el martirio, tengamos por cierto que fué á aumentar el número de los escogidos. Juan Borja murió con todos estos requisitos; Dios es misericordioso y perdonador, luego Juan Borja está á la diestra del Padre. Y vosotros, viles gusanillos, os atrevéis á picar un fruto bendito por Dios? os atrevéis á destilar vuestro veneno sobre un perdonado de Dios? os atrevéis á manchar una reputación purificada por la sentencia de Dios? Diréis por ventura en vuestra insensatez: No, ese no podía salvarse: á la hora de hoy gime en las llamas infernales, y es por eso que batimos las palmas y afeamos su memoria. Desgraciados! y si á pesar de vuestro deseo se salvó, ¿qué viene á ser este baile infernal que tenéis sobre sus cenizas? Un festejo del infierno, cosa peor que las bacanales de Roma, en donde se cometían incestos é infanticidios, en donde la Divinidad y la humanidad servían de suelo á las plantas de los malditos.

Y por qué no se habría salvado? porque no fué de los vuestros, porque no perteneció á vuestro partido: he aquí las cosas divinas subordinadas á las humanas, y á las más miserables! Qué suversión tan impía é insolente! Por defender á un hombre, y á un mal hombre, juzgáis mal, decís mal de la Providencia, y obráis contra ella en la tenebrosa empresa de voltear las tumbas y poneros á devorar las carnes aún no del todo podridas del que fué hombre! En vuestro sacrilegio no se os viene al corazón el fundado temor de que ese que fué hombre obtenga del Altísimo el permiso de volver al mundo á pediros cuenta de vuestros ultrajes? Si convidáis á la estatua del Comendador, ella vendrá; si evocáis la sombra de Bancuo, se os aparecerá; si insultáis, si desafiáis á Juan Borja, saldrá de la tierra, se os presentará. Casos de esta naturaleza han acontecido en el mundo, y por un quebrantamiento temporáneo de las leyes naturales, la Soberana Esencia permite cosas extraordinarias y no prohibe sucesos horrorosos. El homdre de bien debe temer agraviar á los muertos,

ya por la majestad misma de la muerte, ya porque el agraviado puede ser uno de los convidados al banquete celestial, y en este caso tanto valdría insultar al Padre eterno cuanto á sus escojidos. Las leyes de Solón prohibían con penas severísimas hablar mal de los difuntos: ah! cómo adoptaran nuestros códigos esa ley humana y santa! Si se persigue á los hombres aun en el sepulcro, no hay forma ni esperanza de acabar con el rencor, y la reconciliación á que ellos deben tender, se vuelve imposible. Desgraciados que profesáis la falsedad y la maldad, contentaos con los vivos: el muerto es plato que horripila, no lo devoréis! Sois acaso vampiros?

Es denoche, noche avanzada y lóbrega. El sueño del que vive ocupado en el mal es siempre inquieto y perturbado por sombras y quimeras. Solo estás, y perseguido por un recuerdo triste ó por un justo temor. Tu lámpara relampaguea, vacila entre si se apaga ó no, y alumbra á medias tu cuarto, que ya se te antoja el teatro de un extraordinario acontecimiento. Una campanita da monotonamente las doce de la noche: un perro ladra, con ese ladrido funesto que infunde pavor al vulgo, con ese ladrido que presagia una muerte ó una aparición sobrenatural. Suena allá confuso, y apagado va rodando por los horizontes un nocturno trueno: ¿no es un ay de la naturaleza enferma que descubre sus secretos dolores y pide socorro al Todopoderoso? Rompe las nubes una fugaz centella y pasa por las rendijas de tus ventanas. Todo es grave, todo solemne, lo que vez y oyes, y tu espíritu se dispone al abatimiento y al terror. Qué ruidecillo oyes á tu puerta? Te espeluzas, un hormigueo activo te anda por el cuerpo: fijas el oído, inmóvil quedas. Una sombra se aparece, y con lento paso avanza hacia tu lecho. A quién reconoces en ella? Es la estatua del Comendador que convidaste á cenar? Es la sombra de Bancuo que evocaste? es Juan Borja á quien insultaste, calumniaste, ultrajaste después de muerto? El es! No puedes apartar los ojos de esa mirada fija, severa, terrible: ves la sangre de sus heridas,

las llagas de su cuerpo: la barra de grillos, que ha venido arrastrando, suena, y ese chis chas funesto te llena de miedo, miedo mudo y sin recurso, ca tu lengua está pegada al paladar. Nada dice la sombra, pero estás aterrado: alza luego la mano y te señala el cielo con ademán amenazante: ya le has entendido, quiere decir: Yo estoy allí, y tú me obligas á bajar; yo soy de los escogidos, y tú me colocas entre los réprobos: yo sirvo al Señor, y tú me tratas como si fuera del demonio. Lo que ata el Señor, tú lo desatas; lo que él desata, vuelves á atar desobediente: él pone la mano en una parte, y tú pones la tuya encima . . . . Mírame! sabes quien te habla?

La luz disipa el miedo; fué una horrible pesadilla; pero ah . . . . Dejan algo á ganar las pesadillas? Dicen que los malos las padecen con frecuencia.

Mirad, yo no me defiendo, ni sé que algo tenga de qué defenderme. Llevad vuestra tarea adelante, vosotros que vivís para lo malo; pero es desdorosa, pesada tarea ésto de vivir para la disfamación y la mengua de los otros. Mengua de los otros? No: el sol no se oscurece porque un criado sacuda un gergón polvoroso: la luna no pierde su brillo ni se detiene, porque un animal iluso la siga dando aullidos. La mengua no es sino para vosotros: el que ahorca es más infame que el ahorcado, porque éste podía haber muerto inocente, al paso que aquel no deja de ser verdugo. Pensáis por ventura que la política consiste en cubrir de improperios y soñados delitos á los que llamáis *enemigos?* Se os entiende que mientras más difamáis á los otros seréis mejores políticos y más elocuentes escritores? No es así: educaos, sed hombres estimables, buenos ciudadanos. De pena me moriría si se me hubiera escapado una injuria contra alguno de vosotros. Repruebo los malos actos de García Moreno; si hubiera obrado buenos, los aplaudiría, así como no desconozco tal cual virtud que le adorna, al mismo tiempo que reprendo sus defectos. Hablo mal de él alguna vez, porque el mutismo es cosa de esclavos, cuando puede hablar la razón, y porque callar los des-

manes del tirano es en cierto modo ser cómplice de ellos: el juicio y la sentencia de los pueblos es su castigo; si no se le juzga, queda impune, y la impunidad es el semillero de los crímenes. Yo persigo á un tirano, á un hombre perseguido por su propia conciencia, á uno á quién me manda perseguir la justicia divina: no le insulto, le juzgo; no le condeno, le perdono; no le destierro, le suplico en nombre de la paz y la tranquilidad se ausente por algún tiempo. Nada ganáis en la opinión pública con vuestras vociferaciones; al contrario, perdéis de día en día, si algo os queda que perder.

Sed escritores, no libelistas; oradores, no pregoneros; jueces, no verdugos. Acaso todo consiste en *decir* una cosa? Conviene que sea verdadera y digna: si así no es, calladla.

Suponed que hubiera un desgraciado sin talento ni virtud que aceptara vuestra guerra: ¿qué sería de vosotros? Vosotros que os engordáis con carne humana, vendríais á una triste situación; pues así como no respetáis vosotros la sepultura ajena, así él no respetaría la de vuestro deudo. Os parecería bien se cave la de vuestro padre, se dé con el cadáver, se le sacuda, se le llene de improperios escupiéndole en el carcomido rostro? De ninguna manera. Pues cómo, buenos amigos, hacéis con otros lo que no queréis que os hagan? no sabéis que ésto es faltar al precepto divino? Y no diréis que á vuestro padre, por ejemplo, no haya nada que decirle..... Respetadle, respetadle, ca si proseguís en vuestra guerra contra los muertos, le esponéis á terribles pruebas: los parientes, los amigos de Juan Borja no querrán al fin cobraros en la misma moneda, viendo que los vivos son enemigos con quiénes no se debe reñir? Los hijos de los difuntos en expedición contra los difuntos! No hagáis eso, desgraciados: entrad en razón, moderaos, respetad la memoria de vuestros padres, no les pongáis de carnaza en la guerra que provocáis impíos.

Escritores, hombres de Estado, magistrados, pensáis que sois todo ésto, y no sois nada. Lo primero en una encumbrada posición no es el sueldo sino la dignidad: despreciad lo uno, cultivad lo otro, si queréis ser bien

quistos de vuestros conciudadanos. No hay muertos en vuestra casa? He oído que sí . . . . Sed prudentes, acordáos . . . . No insultéis á vivos ni á muertos, no deis ocasión de represalias, porque no todos serán como el Cosmopolita.

Ah, Señores, triste es, muy triste el tener que dar estos consejos: sed en buena hora enemigos de los hombres; pero no lo seáis de la moral, la humanidad, la caridad y la civilización. Cómo no habéis querido sufrir ni un desahogo á las viudas y los huérfanos? Sinceran ellos la memoria del marido y el padre, y vosotros os echáis sobre el difunto con tantas mandíbulas abiertas; estáis acaso en las ruinas de Palmira . . . . ?. Exhalan ellos su dolor, y vosotros acometéis á aplaudir el triste suceso de sus lágrimas. Se quejan ellos de la tiranía, y vosotros ponéis en las nubes al tirano. Guárdeme Dios de vér ni conocer el corte de vuestra frase; pero los gemidos de una anciana y virtuosa madre llegan á mis oídos, y responde mi corazón, y se alza mi voz, para execraros no, sino para compadeceros. Escribid cosas que instruyan y deleiten, no cosas que ofendan al hombre en particular, y en general á la sociedad humana. Qué consuelo sería para todos si de hoy en adelante contestáseis como hombres educados, moderados y civilizados, y qué placer para nosotros el hallar adversarios sabios y dignos con quienes tratar los graves y grandes asuntos de moral y filosofía! Mucho se aprende en la disputa medida y comedida: la moderación es madre de la armonía, y de la armonía nace el progreso. Dos escritores que discuten sin salir jamás de la esencia de las cosas, son dos operarios de civilización: ambos ponen su material en el crisol, apuran el fuego, y el oro se cuaja en granos. No os quedéis á la escoria, amigos míos.

VISITAS

DE UN INCÓGNITO.

Pedro José Proudhóm.

Era Aguilar un viajero que ocultando su nombre andaba por todas las naciones. Aguilar se llama; nadie empero le conoce ni acierta á saber de donde vino, ni el motivo del genio taciturno y la soledad en que siempre se le mira. Trae en el pecho por ventura una inveterada pesadumbre; mas ni se queja, ni hace por disimular, ni menos por templarla, con los pasatiempos de la ciudad á donde llega. Con todo, á las veces olvida su desapego por el mundo, y acomete á lanzarse en lo más turbulento de su oleaje. Vivir en uno con los hombres, es traer al tablero rectitud, pundonor, dignidad y todo: les desestima por la mayor parte, y no poco les teme, dado que las llagas de su corazón, en cicatriz apenas, no quieren se las escarnize. Muéstrase como ahuyentado de la sociedad humana, mirándola de lejos con el disgusto que á una persona aborrecida; y si da en ella alguna vez, trátala así, cual á gente estropeada, hecha á lo malo y nada merecedora del acato de los buenos.

No por ésto se despeña ciegamente en el odio general y común menosprecio de los hombres: un baño de virtud es á sus ojos remedio que mejora hasta al vecino de quien usa tomarlo: de ella, pues, gusta en extremo, si bien él mismo se halla ¡mal pecado! distante de su predominio. La vida suya está llena de altibajos: si alguno diese fondo en ella, ni supiera lo que encuentra, un ángel ó un demonio.

También la sabiduría es del gremio de sus afecciones; y tiene para sí que Sócrates debía regir el mundo, Dios en la tierra, sin reconocer más señorío que el del cielo. Murió con el sabio la sabiduría: los que por hoy se llaman tales, son apenas los eunucos que la sirven, haciendo por vestir el ropaje sagrado, y sin acertar jamás

con las entradas. Mas como quiera que mejores no los hay, Aguilar les buscaba, y con gran resolución íbase entrando por las puertas de los ingenios más sonados de Europa.

El solar de la Cartuja de París, cantada por Fontanes, hace al presente un cuerpo con el jardín del Luxemburgo, añadiendo, por decirlo así, tristeza á la melancolía; porque es triste no ver sino el paraje donde un tiempo se hirgiera la mansión de los buenos, traída á la nada por el empuje de las revoluciones Y el Luxemburgo, con ser casa de reyes, da de sí un olor de recogimiento que harto se asemeja á la murria del corazón enamorado. Á la puesta del sol, las vidrieras del palacio, como embebidas de ópalo, esparcen un color suave, y le echan sobre el verde-oscuro de los arbustos que al pie de las paredes crecen. Las puntas de los tilos brillan como rociadas de polvo de oro, los castaños dan cabida en sus profundidades al favonio del crepúsculo, que gime haciendo suyo todo el parque.

Va Aguilar una tarde por el jardín del Luxemburgo con su habitual tranquilo paso, sin compañero, sólo en medio del gentío. Rodea una ó dos veces los ámbitos del bosque, toma salida por el solar de la Cartuja, y calle abajo, tira por la del infierno. No á mucho andar, detiénese en una casa de mediano parecer: llama á la puerta con dos recios martillazos, la portera se asoma al postigo, y Aguilar le pregunta: Pedro José Proudhom? —Entrad, Señor, en casa le hallaréis. Á la vuelta de un instante el viajero estaba rostro á rostro con el ingenio de Francia el mayor y más nombrado. Hablaron los dos, el desconocido y el filósofo, del modo que cumple á sujetos que nunca se habían visto: puntos varios trataron, pero de lance en lance vinieron á caer en la filosofía y cosas de la naturaleza, de lo cual á Aguilar no poco se le entiende. Y como el entusiasmo de la conversación, dejando de ser tal cual, llegase á lo notable, todo enfervorizado y con acento más que humano, el viajero hablaba así: —Nuestra alma es Dios, decís y habéis-

lo dicho en todas vuestras obras: éste es el panteísmo que azotaba al siglo de los filosofantes, explayándose en los crédulos, abismando á cuanta criatura le dió cabida en el pensamiento. Si Dios es el alma humana, Dios es suceptible de perfección: si es suceptible de perfección, ha menester un principio, un autor que la lleve á cima, adelantando siempre la perfectibilidad; si este principio, si este autor existe, el debe ser Dios, visto que es más poderoso. Y como el alma está asimismo en camino de estragarse á cada instante, Dios sería capaz de perdimiento, de deshonra, de delito: admitís por lo tanto un Dios perverso?

Callaba Proudhom mientras disecaba en cierto modo las razones del desconocido: á cabo de rato dijo fríamente;—Dios, como los otros entes, sigue las leyes de la naturaleza—Y quién es la naturaleza? qué veis en este golfo donde tratáis de ahogar el raciocinio?—Veo á la naturaleza misma.—Pues esa es Dios, con un nombre para el panteísmo, y otro para la filosofía verdadera. Este todo formado de los vientos y los mares, de los astros y el espacio, de los hombres y las otras sensibles criaturas; este todo girando perpetuamente al compás del instrumento que nunca se destempla, y salvando las edades con el mismo paso, para llegar á un fin no sospechado por nosotros; ésto que llamáis naturaleza, es, digamos, lo visible de la Divinidad, si bien el agente que le da el impulso y le gobierna es aparte de ella misma. Vuestro desbarro consiste en tomar el efecto por la causa.—Todo puede ser; mas la divinidad que decís, la siento dentro de mí; es ésto lo que me constituye grande.

En vista de orgullo y tesón tan desmedidos, Aguilar se fué de todas.—Qué decís? replicó, subiendo la voz de punto lanzando fuego por los ojos; os llamáis Dios vos mismo? si tal es vuestra esencia, trabucad este universo, y creadme luego otro mejor. Si vos sois omnipotente, serelo yo también; y si tenéis un rival, dejáis de serlo por el mismo caso. Dios limitado, Dios endeble, Dios capaz de vencimiento, reconoce un superior de poder sin obstáculo, de voluntad sin lindes. Ese es el Dios que negáis, Proudhom.

Calló Aguilar escudriñando la conciencia de aquel hombre raro.—Despejad, dijo éste, después de una meditación serena; despejad el universo de la especie humana, y al punto concibe un abismo vuestra inteligencia. No se os entiende que al no haber hombre, nada habría? —Se me entiende que el orgullo os eleva arbitrariamente á la categoría de Divinidad: hacéis pie contra el Altísimo, y vuestro brazo impío enarbola el pendón de la desobediencia, he ahí todo. Pudiera no existir el hombre, y existir el universo; el mundo mismo existiría, al modo que existen esos vacíos cenotafios no habitados jamás por ningún polvo.

Callaron los dos como aturdidos por la conciencia exasperada; el mismo Dios negado por *el soberbio* selló sus labios, y le puso á temblar el corazón. La lengua puede romper el freno y abalanzarse disparada á lo más infernal; no así aquel profundo afecto que nos somueve el alma, y se remonta á la inteligencia, y la alumbra, y la baña en torno, como una llama divina.

Proudhom ha dicho en suma: Hay en el universo dos entes encontrados, Dios y yo; no puede el uno reinar, á menos de la destrucción del otro. Así el insensato Cayo se encerraba á solas con la estatua de Júpiter Olímpico, y en voz tonante le decía: Tu cabeza está en un hilo: destrúyeme, ó te destruiré. Mandó también construir un aparato por cuyo medio tronaba contra el dios.

La razón ni la conciencia no han sido diques á la riada de la presunción de aquel filósofo. Dotóle naturaleza de talento sin par, y desdeñando nivelarse con los otros mortales, alza bandera contra el Todopoderoso. Aliado del demonio, declara guerra al cielo, nada pone sueltas al disparo de su avilantez.

Y qué razón sufriría que éste como demonio sea hombre de bien, honrado, suave de carácter, estoy por decir, virtuoso? Proudhom lo es, y no así como quiera: dechado de moral; costumbres domésticas, que no hay más que pedir; compasivo del infortunio, á par de una alma inocentísima; afable con sus semejantes, llano de trato, casi humilde en el comercio de los hombres; amigo de la

justicia como el que más, y gran perseguidor del crimen. Aquí viene en razón un caso á este respecto.—Iba un hombre su camino adelante. Otro viene y le dice: Sois fulano?—Halládole habéis.—Te buscaba.... Y de un pistoletazo le esparce los sesos en las piedras. En vista de semejante desafuero, uno de los muchos que acaso por ahí pasaban, con gran resolución é incontenible furia se abalanza al matador, y se le aferra al cuello. Llega la fuerza pública; á nadie empero le confía, y él en persona le arrastra ante los jueces. Instruído el sumario, este transeunte es el primer testigo. Vuestro nombre? le pregunta el presidente del jurado.—Pedro José Proudhom ....Cuál sería el asombro de los jueces al oirle! Descártase luego el tribunal de los demás requisitos del proceso y condena á muerte al asesino.

No á mucho de la visita del recóndito extranjero, echó á volar Proudhom un libro incendiario, cuajado de tiros contra la Providencia, de invectivas contra la propiedad, de reniegos y conjuros contra la mujer; una máquina, en fin, descomunal contra el orden de las cosas. La censura dió orden como se le confiscase al punto por vía ejecutiva; lo cual hizo que tal libro corriese y se vendiese entre rincones, más y mejor desde el instante que se le prohibía; pues tal es el estilo de los hombres, piden lo que se les niega, quieren lo que se les veda, hallan lo que se les oculta.

Proscrita la obra, el autor es arrastrado al tribunal de correcciones, por subversor de las costumbres, leyes y mandatos del culto; por demoledor de lo existente, y enemigo, en suma, de Dios y de los hombres. Acontecimiento fué que dió grande estampida, no ya en París tan sólo, mas en todo el imperio. Defendióse mal Proudhom, sin ninguna elocuencia de palabra, ni lógica de raciocinio. Labruyere hubiera hecho de perlas su retrato: corto en el decir; de modales timidísimos; y aquel empacho general que raya en el idiotismo, tal cual el de Corneille ó el gran Racine. Mas con la pluma y á sus solas, capaz del cielo y de la tierra: toma en la diestra el universo; pésalo, mídelo, pártelo por el medio, y quiere desentrañar los arcanos de todo un Dios y de la naturaleza.

En su embargo y confusión, dijo con todo una cosa de sustancia, y que cuadraba con los sucesos: "No atino como se residencie á los ciudadanos en hecho de religión en un país que no tiene ninguna." Francia es con efecto el pueblo de la indiferencia religiosa.

En Roma se permitía al acusado retirarse antes de la sentencia; por donde Coriolano se partió sin esperar, el decreto del pueblo. En Francia no hay tal uso; Proudhom fué condenado. Pero cierta tolerancia y mesura con varón de tanta cuenta, hicieron como cerrar los ojos á la ley, y se dejó ponerse en cobro al delincuente. Hoy habita Proudhom en Bruselas en el ostracismo. (*)

Hombre bueno y sin tacha en lo privado; en lo público avieso y poco diferente del demonio. Mandó bautizar á su hijo con empeño; y en la obra por la cual fué perseguido, invoca á Satanás con la misma vehemencia que el Taso á las Piérides hermanas, ó Goethe á los manes de sus progenitores. Martín Lutero había hecho, tres siglos antes, la propia invocación. "Oh Satán!" principia, y se enzarza en el más cruel *infernalismo.*

Todo bien considerado, el sistema de este filósofo no viene á ser sino el abismo de Empédocles: arrojarse en un volcán, por dejar un sabor de divino á los mortales. Aguilar piensa lo mismo; y como al partirse del sofista echó de ver un dejo de inocencia en el fondo de su perversidad, le perdonó sus desvaríos.

París, Noviembre de 1859.

(*) Proudhom ha muerto últimamente abjurando sus creencias religiosas y sus ideas políticas y sociales.

LA JUVENTUD SE VA.

Sonríe, sí, sonríe; á ese lenguaje
Puedo en el mismo responder: y mira,
Co, uas no son ni á lo vulgar mis penas,
Sino muy triste y sin igual mi vida.

Más la lóbrega noche en que me hundieron
Y el aislamiento mudo, todavía
Cobran voz y se alumbran al mirarte,
Despierta el corazón á tu sonrisa.

Mi soledad lloraba y la que vuela
Rápida juventud; y el ver los días
Arrastrarse uno á otro, y la esperanza
Dar traspieses, cada hora envejecida.

Flor de la edad, detente! que á lo menos
Vea tu aspecto á mi sabor: te esquivas,
Aun no bien te miramos, ya nos dejas,
Quien te detenga no hay, no hay quien te siga.

Á no volver y apenas que llegaban
Huyen los años de la edad florida:
Como el agua del río, la que corre
No vuelve más por la rivera misma.

Y triste no ha de ser por nuestros ojos
Verlos pasar? se escapan: en la orilla
Me quedo, espectador de mi desastre,
Sentado en piedra muerta piedra viva. (*)

Y ésta que no es más larga que una aurora,
Ésta digo del hombre corta vida,
Pasarla así tan solo y taciturno
Era suerte en verdad que entristecía.

(*) Verso de Petrarca.

He amado, he penado; quien me amaba,
Amando, al igual mío padecía,
Gocé, padecí más; victoria es esa
Que no deja á ganar sino desdichas.

Ello pasó: los toques inmortales
De ese como paraíso los traían
Mis recuerdos; más cúmpleme callarlo,
Que el deber, el dolor á ésto me obligan.

Y tanta soledad fué desde entonces
Que hasta mi sombra de mi cuerpo huía;
Ó más bien, fuí yo mismo quien al mundo
Retiróle la gracia inmerecida.

Más no dejó de ser mi hirviente pecho
De pasiones hogar; y una codicia
Y aspiración de bienandanza ignota
En zozobroso ahinco me traían.

Llegas entonces, y descubro todo
Ser amor y no más, Adelaída;
Amor indecifrable, amor sin pago
Y sin objeto, que en sí solo ardía.

Y me pongo á adorarte al punto mismo,
Si el cariño al cariño siempre excita;
Porque mirarme y conturbarte era uno,
Y mi mano al tocar te estremecías:

Y me escuchas....y luego....y me respondes....
Y esa trémula voz, y esa porfía
En callar otras veces, todo, todo
Mi adelantada pretensión confirma.

Y tus lágrimas ví, lágrimas puras,
Hilo á hilo correr; y tu mejilla
Húmeda y como rosa, descompuesto
Tu divino color palidecía.

Preciso el temor es....No te despeñes,
No á todo des asenso, pobre niña;
Tras un boscaje de palabras tristes
Por ventura se esconde la perfidia.

Perfidia? no, perfidia! Infausta empero,
Mucho más la verdad; pues si confías
En ella solamente y vas tras ella,
Sólo hay de verdadero la desdicha.

Huye los labios, que si el fuego salta
De los míos allá, los prendería
En devorantes llamas que no aflojan
Hasta que forman un montón de ruínas....

Tal es la helada para el trigo en cierne,
Tal para tí mi amor, Adelaída:
Siempre, siempre fuí así, pecho tan hondo,
Ya encendido volcán, ya tumba fría.

Baños, á orillas del Ulba.



EL COSMOPOLITA.

NUM. 4.

Ce sera toujours beaucoup
que de gouverner les hommes
en les rendant plus hereux.
MONTESQUIEU.
"Esprit des lois."

ADVERTENCIAS.

Si es del caso, advertiremos que varios de los artículos contenidos en esta humilde *enciclopedia*, son principios ó partes de escritos que, si no fuera faltar á la modestia, los llamaríamos obras; pero digamos *obritas*, para no ofender á nadie, ni despertar el mal dormido encono de los que no nos perdonan nuestra aplicación á los estudios.

DE LA REPÚBLICA,
LECCIONES AL PUEBLO,
CUADROS HISTÓRICOS,
LA MUJER,

DE LOS ANIMALES,
BELLAS ARTES,
VISITAS DE UN INCOGNITO,
VIAJES

y otros escritos, saldrán á luz cada cual en su volumen, cuando y cómo lo quiera la suerte. El Ecuador no es para el caso, por mil razones, y entre ellas, la miserable situación de la imprenta. Heroísmo es acometer aquí la empresa de la publicación de cualquier escrito, por corto que sea; y si mis compatriotas supieran qué cóleras, qué angustias, qué contratiempos, qué amarguras, qué penas son esas, sin más que eso me cononizarían. Si llega para mí el día de volver á Europa, prometo á mis conciudadanos que no les daré mucho que murmurar en justicia.

Lejos estoy de tenerme por competente para todas esas materias: si algo me sale bien, me contentaré con eso, y por eso me perdonarán lo malo. He abrazado esa variedad de asuntos, porque me ha parecido conveniente, no ilustrar á mis compatriotas, sino ilustrarme con ellos. Por lo demás, cualquiera puede hacerme sus observaciones y corregirme mis errores: no pido sino buena fe y moderación en la censura, y sabré aprovecharme de las luces ajenas. Beaumarchais sometía sus obras al juicio de su cocinera, Lafontaine leía las suyas á los muchachos, Moliere se consultaba con su criada, la vieja Laforest: no hay gusanillo que no pueda enseñarnos algo: pues se aprende de los grandes y los pequeños. Todos tienen derecho sobre mí, ya que el escritor está sentado en el banco de la opinión pública: tienen derecho á corregirme, si yerro; á juzgarme, si cometo delito por la prensa; á castigarme, si se me juzga en justicia y me obstino en no reconocer mis errores. Empero, nadie tiene derecho á insultarme; ni la injuria sirve para nada, sino para fomentar la barbarie, ahogando en el resentimiento y la venganza las más nobles pasiones.

Declaro que las mías no son ciegas en lo concerniente á la política: heme puesto fuera de los partidos,

para poder ver á todos; no me acojo á bandera ninguna, para reprender lo malo en unos y otros y ensalzar lo bueno. De aquí puede resultar que caiga yo herido por los flechazos de ambos campos: no me arredra esa muerte: si hay cielo en la política, yo voy allá.

Por lo que hace á las costumbres, la de vivir siempre ilesos les irritará talvez á algunos contra mí; mas sepan que no tienen ellos razón de indignarse, y que yo la tengo cabal de criticarlas. Si descubren mala intención, pónganmela patente; pero dudo que nadie me tome in fraganti delito de mentira ó de exajeración. El campo de la verdad es vasto; no tengo por qué ni para qué salirme fuera.

Las humanidades son asunto más delicado de lo que se piensa: el buen gusto, ese *bon gout* de los franceses, no es calidad común á todos; antes la tengo por rarísima. Talento, instrucción, audacia literaria las tienen muchos: el buen gusto es una piedra preciosa de inestimable valor por sus exquisitas aguas. *Un gallo*, un perro, un onagro pueden ser altamente poéticos: ésto no lo saben los censores sabios; es un secreto de los hombres de buen gusto, un misterio de la verdadera poesía. Conténganse los que se tienen por llamados para decidir por su voto en los asuntos literarios: el que uno no entienda una cosa, no prueba sino que no la entiende; el que no le guste á él, no prueba sino que á él no le gusta; el que no la haya visto ni oido, no prueba sino que no la oyó ni la vió nunca; y muy bien puede suceder que á pesar de todo eso sea justa y buena. La condición de crítico requiere mucho talento, mucha ciencia, mucho buen gusto.

La historia es ya más fácil; no se requiere para ella sino juicio y memoria. Memoria, esta facultad despreciada y vilipendiada, esta facultad negada por el orgullo y la vanidad. Nadie quiere tener memoria, porque piensan que ella excluye la inteligencia; y nada más común que oir quejarse de la falta de memoria. "La memoria que Dios me ha dado," "Qué memoria la mía," "Vaya con

mi memoria," se oye á cada paso. Pero no hay quien hable mal de su talento, no hay quien reconozca su tontera. Yo pienso que la memoria es una gran cosa, y que no es malo tenerla: puede uno muy bien tener memoria y no ser tonto.

La mía no es superior, pero no es mala; y con todo no deja de cometer sus faltas. En el libro segundo dije, por ejemplo, que Sócrates fué condenado por el Areópago: no lo fué sino por los treinta tiranos. Nadie me ha corregido ni éste ni otros errores sustanciales, si hubiese algunos; pero no ha habido quien no me agravie, porque el impresor se salió con la suya de poner una C en vez de una S. Vean lo que es no tener memoria, amigos míos. Ustedes la tienen, mal que les pese; lo que les falta es otra cosa.....

La sistemática delicadeza de algunos intentará por ventura sincerar la memoria de un personaje histórico, el Papa Alejandro VI. Empresa injusta y atrevida fuera, pero no faltará quien la tome á pechos. La polémica es útil por todo extremo, y no la temen los que descanzan en la conciencia y han bebido en buenas fuentes sus conocimientos: de ella salta la verdad, como el fuego de la piedra herida por el acero. Con todo, por si hubiese quien me tache de animosidad contra ese pontífice romano, anticiparé que en muchos buenos libros lo he hallado bosquejado como lo bosquejo. No me explayo en esta materia; mas un rasgo solo podría ser punto de indignación para los que se indignan de todo lo que no les conviene. El incesto del Papa Alejandro con su hija Lucrecia, no es cosa averiguada hasta la evidencia, ni lo podía ser; esas cosas no tienen testigos, y aquí falla la máxima de Santo Tomás, el sabio. Pero es delito que los más y más autorizados autores se lo imputan de redondo; si bien algunos no lo traen sino como rumores y decires maliciosos de esos tiempos. Los españoles, á fuer de compatriotas de Alejandro, han tomado por suyo el empeño de defenderle, y aun citan á Voltaire, como autoridad no nada sospechosa en estas materias. *El rey* Voltaire lo quiere decidir todo; su autoridad no sufre contraresto;

pero atiéndase á que este hombre propendía á ir siempre contra la corriente general, á opinar en todo caso de diverso modo que la mayoría: su lujo era tomarse cuerpo á cuerpo con su siglo, y obligarle á venerarle de rodillas, sin que vaya para él un ardite en el acierto ó el error de la posteridad. Por otra parte Voltaire no defiende al Papa Alejandro sino en lo concerniente al envenamiento del príncepe Zizimo, hermano de Bayaceto, refugiado en Roma. Los autores italianos, casi unánimes, inculpan á Alejandro horribles hechos, y no pocos extranjeros, como Gordón y Roscoe, no le perdonan mucho. Mejor fuera que ese pontífice hubiera sido bueno; pero si no lo fué, ¿qué obligación nos corre de ocultar sus obras? *La historia tiene su pudor*, es cierto; pero la verdad tiene su deber, y sus exigencias son irresistibles.

El que lée para vivir y vive para leer; que piensa para vivir y vive para pensar, debe tener en la cabeza gran copia de ideas propias y ajenas: si la memoria no interviene allí y lo pone en orden todo, se corre gran peligro de tomar las unas por las otras. Huyo de aprovecharme de ajenos pensamientos, y si en ocasiones me aprovecho, lo digo francamente. Corneille tomaba lo bueno donde lo encontraba, como quién lo tenía por suyo. No me gusta esta despreocupación; cada uno debe pensar por sí mismo. Mas no será raro el expresar como propia una idea perteneciente á otros autores, ya porque se le presenta á uno á la imaginación como un vago recuerdo, ya porque brote de su cabeza inmediata y espontáneamente, como sucede con los más ilustres. He encontrado una idea expresada en tres grandes poetas, y ninguno advierte que la haya visto en otro libro. Exequías en la Escritura Sagrada, Dante en la Divina Comedia, y Byron en uno de sus poemas, todos dicen, hablando los unos de Dios, los otros de grandes y piadosos personajes, que quisieron abrazar á los pequeños, como la gallina abraza con sus alas á sus polluelos. Bien cuidaría yo de no llamar plagiarios á Dante ni á Byron. El plagiario en la literatura es lo que el monedero falso en la asociación civil, sujeto despreciable. En este libro se

hallarán dos pensamientos, que no he querido ponerlos como ajenos, porque pienso que son míos; que no los pongo enteramente como propios, porque tengo una vaga idea de haberlos leído en alguna parte. Y son tan de mi gusto, que diera una mano porque nadie me los hubiese expresado antes que yo. Hablando de la cúpula de San Pedro, en Roma, digo que *esa es una epopeya en piedra.* Cuánto le pagara á Lamartine porque no lo hubiera dicho antes él! Si una confusa reminiscencia no me engaña, ese poeta ha aplicado esa figura á un edificio de la antigua Grecia. Para lo que sigue, ya no hay reminiscencia; cierto estoy de que me pertenece exclusivamente. Digo también que pulir una columna del Partenón, es lo mismo que dorar las alas á la mariposa. Si Lamartine ú otro escritor lo han dicho antes, no les perdono jamás, y con justicia.

Audaz unas veces, otras tímida, pero siempre curiosa é investigadora, mi vista se extiende por América: no contemplo solamente este retazo de tierra que llamamos Ecuador; procuro abarcar con la mirada el nuevo mundo. Si me sucede lo que á los gigantes de Flegra, que cayeron por su audacia, caeré, mas por la buena intención, respetarán al caído. Política, filosofía, historia, costumbres, humanidades no son en "El Cosmopolita," ecuatorianas. Nadie se sonría antes de leerme; después, admito el juicio. Qué vanidad ni orgullo ha de haber aquí, señores? muy bien puede uno ensanchar la materia de su pluma, sin tenerse por escritor ilustre ni grande hombre.

Pero sí hay en esta tierra una cosa muy *ecuatoriana*, y es la bárbara costumbre de secuestrar en los correos cuanto escrito se confía á la fe pública. He recibido cartas de varias ciudades de América pidiéndome "El Cosmopolita," precisamente de personas á quienes lo había dirigido con su nombre. En Quito y Guayaquil andan rodando ejemplares rotulados para sujetos de Lima, Santiago y otras partes, que fueron puestos en varias de las administraciones de la Repúblca. Un paquete de

treinta ejemplares remitido á un amigo mío á Francia, no llegó á su destino, y recibí un reclamo. "El Cosmopolita" apenas ha salido del Ecuador: y este es un mal, con vanidad y todo, no á mí, sino á este pueblo. Cuándo hemos de ser nada, si perseguimos con tanta tenacidad á la inteligencia? Nuestros gobiernos la tienen en eterna cuarentena; peste horrorosa, allí se está relegada en los rincones. Qué innoble, qué abominable tiranía! Cuando los gobiernos son los que deben contribuir eficazmente á la propagación de las luces, á la ilustración de todas las clases de la sociedad humana, á las relaciones con las repúblicas amigas, se convierten en *vigilantes y celadores*, para no dejar pasar una idea, no permitir que salga una verdad? Los delincuentes de la libertad de pensamiento somos contrabandistas perseguidos; si nos cojen, nos fusilan. Y véalos usted á esos aduaneros de la inteligencia, piensan que ejercen la política, que son sagaces, expertos, vivos en arrastrar á sus almacenes los escritos, romperlos, violarlos, desentrañarlos, cual si fuesen ruines fardos de mercancías, y echar á los rincones el pensamiento del hombre, el alma del género humano, el espíritu del mundo. No, ahí no hay sino iniquidad, ruindad, infamia.

No digo que nuestro actual gobierno tenga parte en esa violación: las costumbres políticas están corrompidas de años atrás, y los empleados siguen su camino; pero si digo, y afirmo, y pruebo que no por ser inocente en esta materia es menos responsable; pues por medianas que sean las luces de los gobernantes, deben saber y entender que "el magistrado es reo de cuantos delitos deja de prohibir y castigar." Empleado sin escrúpulo es lo mismo que cristiano sin religión. Desde cuándo es política y talento el faltar al juramento, á la fe, á la integridad, á la moral, á la civilización? Dios de bondad, á qué situación hemos llegado!

Por cada ejemplar de "El Cosmopolita" se ofrecía en las agencias seis, ocho, diez y aun más pesos, como les consta á muchos: dí orden de no vender ese escrito, porque así debía ser entonces. Luego no hay allí *política y sagacidad* solamente, sino también insultos á la

propiedad: qué más da que me tomen mis cosas de mi casa ó de otra parte? El correo debe ser un embajador sagrado, personaje inviolable; si no le armáis del caduceo, huiremos de él como de un hombre sospechoso. Formemos un gobierno, caballeros, no una gazapina.

No sé quienes ni cómo han violado la correspondencia: correspondencia, pues los escritos públicos son cartas á infinidad de personas: expongo los hechos, y los probaré, si fuere necesario. No es buen gobierno el que deja de hacer males; es también malo el que no hace bienes. Qué importa que no corra sangre, si anda de caída la fe pública, cubierta de arapos la confianza, desterrada la civilización, y entronizada la barbarie en todas formas?

MEJICO.

[El palacio de las Tullerías.]

NAPOLEON III, paseándose en la sala del trono.

Maximiliano prisionero! qué dices, Munster?

EL MARQUES DE MUNSTER.

Que debemos aprovecharnos de la lección para en adelante, Sire.

NAPOLEON.

Luego no es racional el parecer de Lamartine, que América está destinada por la naturaleza para servir á Europa?

EL MARQUES DE MUNSTER.

La naturaleza no ha criado esclavos: el nuevo mundo será algún día dueño y señor del viejo; pero es un error y una extravagancia en nosotros querer conquistar á América. Nuestro pobre Lamartine no ha expresado ahí ni una idea poética, menos política ni filosófica. Tan es así, que él mismo, cuando ha escrito con sinceridad, es decir siempre, ha dicho todo lo contrario. Por la natural sucesión de los acontecimientos, esa parte del mundo se engrandecerá de día en día: puédese matar á un niño; pero es un homicidio. Y qué niño, Sire; no hemos podido acabar con él. Por mi parte, no solamente me infunde respeto América, pero también la temo.

NAPOLEON, después de una meditabunda pausa.

Montesquieu tiene la culpa; talvez me perjudica el estudiarlo demasiado.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Sí; Montesquieu pretende que las conquistas lejanas afirman las monarquías.

NAPOLEON.

Has dado en mi pensamiento, Munster. Secondat es muy socorrido; mas á fuerza de ser profundo y verdadero, es peligroso muchas veces. Su principio no puede ser más fundado; empero su aplicación á la práctica no ha sido tan fácil como pensábamos.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Por qué no fuimos á Asia, Sire?

NAPOLEON.

Porque allí están los ingleses: la casaca colorada me disgusta.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Hemos salido mal; y lo que me angustia es, no tanto el mal éxito de la empresa de Méjico, cuanto el triunfo de nuestros enemigos en Francia. Qué dirá Thiers! qué dirá Favre!

NAPOLEON.

Favre.....Thiers.....esos hombres piensan bien: el uno por egoísmo, el otro por filantropía, ambos serían buenos consejeros.

EL MARQUES DE MUNSTER.

De buena gana prendería fuego al mundo nuestro amigo Thiers por el interés de Francia; Julio Favre es otra cosa. Nos ha combatido con la filosofía y la verdad: previó nuestra ruina en Méjico; ha triunfado. El ciudadano del universo es más grande que el de tal ó cual imperio.

NAPOLEON.

El retiro de nuestras tropas no podía sino traer la pérdida de Maximiliano: desgraciado príncipe! Y sabes que me inquieta su suerte? Si le matan, su sangre caerá sobre mí; semejante al personaje de Macbek, andaré con las manos al aire, horrorizado de sus manchas.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Nos han derrotado los Estados Unidos; el sastre Johnson nos roba nuestra hermosa conquista.

NAPOLEON.

No; aun sin los Estados Unidos, no podíamos permanecer en Méjico: cuando no pudimos domarlo en el primer empuje, á la larga era imposible. El pueblo que se aferra á su libertad, no puede ser vencido. Los mejicanos tienen su Pelayo, y por fuerza teníamos que salir de Méjico. Antes no gusta que Johnson haya venido como á protejer mi retirada.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Sin él, mucho me temo que hubiéramos ca bado por la destrucción completa del ejército expedicionario, ó por una poca honrosa retirada.

NAPOLEON.

Treinta mil franceses, Munster! treinta mil valientes menos en mis ejércitos, treinta mil ciudadanos menos en el Imperio. Qué gana tengo de exclamar, dándome contra las paredes: Quintilio Varo, vuélveme mis legiones!

[Entra un chambelán]

Los señores Thiers y Julio Favre piden licencia á V. M. para entrar.

NAPOLEON.

Julio Favre...... Thiers...... que entren.

[Sale el chambelán]

NAPOLEON.

He aquí una cosa rara; Thiers y Favre á verme en las Tullerías.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Y no hay incompetencia entre esa visita y el recibimiento de los embajadores que aguarda V. M?

31

NAPOLEON.

Que aguarden los embajadores.

(Entran Thiers y Favre y se inclinan profundamente en presencia del emperador.)

NAPOLEON.

Ya os entiendo, señores; es la generosidad la que os trae á mi palacio.

THIERS.

Sire, las desgracias de Francia nos tocan á todos los franceses.

NAPOLEON.

Qué me aconsejáis ahora? Debí haber seguido vuestra política.

JULIO FAVRE.

Puesto que así se expresa V. M., le aconsejaríamos renunciar para siempre á las conquistas. "El imperio es la paz," ha dicho V. M. Si este grandioso programa se hubiese cumplido, nuestra Francia no hubiera sufrido tan rudo golpe. Harto tenemos con la patria, y para todo nos bastamos á nosotros mismos. Que el Imperio sea la paz en adelante, Sire!

NAPOLEON.

No miré sino por su engrandecimiento: he errado en la obra; el pensamiento fué justo y grande.

JULIO FAVRE.

Justo no, perdóneme V. M.

NAPOLEON.

Quiero decir bien concebido.

THIERS

Si aun fuese tiempo, convendría salvar á Maximiliano á todo trance, valerse de Johnson, intervenir, supli-

car, si fuese necesario: la ejecución de ese infortunado príncipe sería, no solamente una desgracia, pero casi una infamia. Los príncipes más ilustres de Europa, muertos en el patíbulo en América!

NAPOLEON, desconcertado.

Y quién los ha llevado? y quién tiene la culpa? Yo, señores, yo!

JULIO FAVRE.

Las desgracias son la sabiduría del porvenir. Por ahora, fortaleza, Sire.

NAPOLEON.

Pero si matan á Maximiliano?

JULIO FAVRE.

No le matarán: los mejicanos son valientes; pues tienen que ser generosos. Juárez es un grande hombre, Sire.

NAPOLEON.

Ya lo sabía. Con que Francia no había de poder á Méjico.... Un hombre sólo puede más que un innumerable ejército. No os admiran la constancia, la tenacidad, la habilidad, la fe del presidente de Méjico? Ahora estoy para exclamar como Pirrro en vista del campamento de los romanos: Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera.

JULIO FAVRE.

Bárbaros .... nosotros lo hemos sido en Méjico, Sire: hemos olvidado que la civilización es como la verdadera religión, que no se la propaga á punta de lanza: hemos degollado, hemos azotado, hemos violado los convenios: los mejicanos han respetado más que nosotros á sus semejantes, al hombre, al soldado, al extranjero. Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera.

NAPOLEON.

Confío en que no me haréis el agravio de pensar que he autorizado esos desafueros. La guerra tiene mil variadas formas; no siempre es bella, no siempre honesta: la guerra es muchas veces una impúdica cortesana.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Si es verdad que tales cosas han sucedido en Méjico, señores, á nadie le toca más avergonzarse que al gobierno: Francia, esta Francia ilustre, propagadora de los derechos del hombre, salvaguardia de la libertad, abolidora de la esclavitud, en todo el mundo, con el látigo en la mano, ¡que monstruosidad!

NAPOLEON.

Si todo aquello es verdad, como decís, tenemos vergüenza para mucho tiempo. Espero, con todo, que las quejas de los mejicanos no sean más justas de lo que nos convendría. Sabéis que admiro á los mejicanos y á su caudillo?

THIERS.

Y son admirables verdaderamente. Vencidos, postrados, arruinados ayer; hoy, triunfantes, arrogantes, restablecidos en su patria y su poder. Esos nuevos castellanos merecen nuestra estima, no nuestro menosprecio; nuestro cariño, no nuestro aborrecimiento; nuestra amistad, no nuestra enemiga.

NAPOLEON.

Han tenido su Cueva de Covadonga. Y dicen que Juárez es un indezuelo.

JULIO FAVRE.

Pero qué alma tan aristocrática, qué espíritu tan encumbrado, qué naturaleza tan completa!

NAPOLEON.

Es decir que los americanos quieren ser libres....

JULIO FAVRE.

Y lo serán. La pobre España anda por ahí sin saber que hacerse: su orgullo ha de parar en mal. La naturaleza misma ha hecho una grandiosa demarcación, y el principio de ese presidente, de ese tan filosófico Monroe, me parece fundado en la verdad y la filosofía: América para los americanos. No es lo mismo que si dijésemos: Europa para los europeos?

NAPOLEON, después de algún silencio.

Que sea como quieran; pero á Maximiliano que no maten, que no le maten!

LA EMPERATRIZ EUGENIA, entrando precipitada.

Murió el príncipe! Murió Maximiliano! Lo anuncia el telégrafo de Havas.

NAPOLEON, cubriéndose el rostro con las manos.

En el patíbulo........! (*)

(*) En París circuló antes de tiempo la noticia del fusilamiento de Maximiliano, y produjo un terrible efecto en el gobierno y en la población entera.

DE LA REPUBLICA

EL PODER LEGISLATIVO.

Solón dijo que él había dado á los atenienses, no las mejores leyes, sino las mejores que podían recibir. Por donde se ve, como observa Plutarco, que el legislador acomodaba las leyes á las cosas, y no las cosas á las leyes. La ley natural es el principio y fuente de la civil; quien ignore la naturaleza, ignorará la política, y puesto en el eminente sillón de la legislatura, estará fuera de su lugar: la felicidad de los pueblos consiste en la sabiduría de los que les gobiernan; la ciencia de regirlos no es tan llana y hacedera como parece. De aquí es que un tirano antiguo solía decir con mucho juicio; "Nadie sabe cuan gran bestia es el imperio;" insinuando por ahí la fuerza y maña que han menester los que le rigen, ya legislando, ya haciendo ejecutar las leyes. El mismo decía otras veces, que con ser emperador tenía al lobo por las orejas. Nuestros Congresos no tienen al lobo por las orejas; el lobo es el que les tiene.

Pero qué es ley? Las cosas más comunes y que más claras parecen, son muchas veces las más oscuras é inesplicables: cualquiera sabe que es ley, y muy pocos lo saben. Hay idea más patente que esta: Dios? pues nada más difícil que definirlo. Yerón, rey de Siracusa, rogó á Simónides le dijese en buenos términos lo que era Dios. El filósofo pidió un día de plazo para responder; transcurrido el cual, volvió á pedir otros dos días; pasaron éstos, y pidió cuatro; y así iba redoblando el plazo, mientras más meditaba, y al fin no supo decir que era Dios. Si me preguntasen que es ley, yo haría lo que Simónides. Que no es fácil acertar con su verdadera definición, lo prueban las innumerables que se han dado de ella, las refutaciones y sistemas que han tenido lugar en orden á esa palabra sola. Montesquieu dice que las leyes son *relaciones y relaciones eternas*. La ley en gene

ral es la razón humana en cuanto gobierna á todos los pueblos de la tierra, dice el mismo en otro lugar de sus obras. Por desgracia el imperio de la razón no se dilata por todo el haz de la tierra; es al contrario, de estrechos límites, y escasa su población. En Lacedemonia la ley consentía el hurto; era esa ley la razón humana? En Roma la ley autorizaba al padre á matar al hijo; era esa ley la razón humana? En la antigua Francia la justicia se defendía con la espada; el duelo judicial era una ley; era esa ley la razón humana? En la China la ley prohibe la sociabilidad del género humano; es esa ley la razón humana? En el Japón la ley obliga al hijo .... obliga á la madre .... ¡ qué atrocidad ! es esa ley la razón humana? Y que todas esas eran y son leyes, nadie lo pone en duda. Oh Dios! si la razón gobernase á los pueblos, este hervidero de injusticias, iniquidades, guerras y desastres no les traería á mal andar, y no hubiera tiranos ni esclavos, verdugos ni víctimas. Si Montesquieu hubiese dicho lo que la ley debía ser, habría dicho bien; pero se trataba de lo que es, y con mucha sabiduría dijo una filosófica necedad.

Juan Jacobo Rousseau, legislador, y gran legislador, electo por la filosofía, ha dicho con admirable precisión: "Ley es la expresión de la voluntad general." Bentham se indigna con Montesquieu; las *relaciones eternas* son para él eternos despropósitos, y con Rousseau no es más condescendiente. Mas diga Bentham lo que quiera, ley es la expresión de la voluntad general; pues aun cuando haya leyes emanadas de un autócrata ó de un Congreso tiránico ó abyecto, se supone que los ciudadanos han delegado su poder en ellos, y de este modo la voluntad general está representada por la de los legisladores. Podrá ella ser inicua, pero es ley: en ese caso á los pueblos les toca abrogarla ciñiendo espada á la razón, haciendo mover los brazos á la justicia.

Cuando el uno de esos filósofos definía la ley, y el otro daba por errada y mala esa definición, ninguno de los dos sabía lo que hacía: ¡qué atrevimiento el mío! Ah.... esperad. Abro las memorias de Xenofonte acerca de Sócrates, y leo: Ley es lo que los ciudadanos acordes

han resuelto prohibir ó hacer, No es ésta la definición de Rousseau? no es ésto lo que tan poco satisface á Bentham? A Sócrates le creo después de Dios, él es la antorcha que sobre una altísima montaña está alumbrando sempiternamente al género humano. No es éste el *magister dixit* de los peripatéticos; es la sabiduría acomodada al dicernimiento: meditad, pensad, concluid, y decidme si la ley es otra cosa que la definida por el antiguo filósofo y por el filósofo moderno.

Una vez que los legisladores sepan qué es ley, han de saber qué es república. República es el gobierno de todos por todos. Hablo de las repúblicas puras, de aquellas en que, imperando la virtud, todos son ciudadanos, y todos los ciudadanos toman parte en las cosas del Estado; de las repúblicas libres, sabias, filantrópicas y generosas: de esas repúblicas donde el pueblo tiene voto, y donde este voto no es arrancado á viva fuerza, ó con inicuas amenazas; donde los magistrados reciben la magistratura como cargo consejil; donde las riquezas son onerosas; donde la pobreza honrada no es ocasión de vilipendio, ni la inteligencia causa de temor, ni la conciencia y hombría de bien motivos de exclusión é insignificancia. Pero dónde sucede eso? Esta república es más imaginaria y fantástica que la de Platón; más imaginaria y fantástica, pues si de ésta se destierra á los poetas; si en ella las mujeres son comunes; si se consagra la esclavitud; en esa se pide igualdad, humanidad, virtud, de las cuales los hombres están más léjos que de la esclavitud y del libertinaje. Las antiguas repúblicas griegas son las que más se han acercado á la perfección: Atenas y Esparta tenían admirables instituciones, si hemos de consultar á la distribución y al equilibrio de los poderes: que Jesucristo haya volcado de cimientos los antiguos sistemas, purificándolo todo con su pureza, alumbrándolo todo con su luz, es muy diferente: enormes iniquidades han dejado de cebarse en los hombres; pero muchos y muy terribles abusos, no conocidos por los antiguos, pesan sobre nosotros, como eslabones de esa cadena lúgubre de miserias á que parece estar condenada la especie huma-

na por su propia maldad. Ah! no hemos sabido estimar en su grande precio la sangre del Justo: la derramó por redimirnos de la esclavitud; pues cómo somos esclavos? la derramó por curarnos de la ignorancia; pues cómo somos ignorantes? la derramó por volvernos buenos; pues cómo somos malos? Bayle pretende que con verdaderos cristianos sería imposible todo gobierno, y más el republicano. Bayle es enemigo de todas las religiones, Bayle habla mal de todos los gobiernos, Bayle es ateo; no puede ni quiere decir cosa buena ni justa. El bueno, el gran gobierno sería el compuesto de verdaderos cristianos. Si Bayle hubiera dicho que no hay verdaderos cristianos, habría atinado con la verdad. Quién me dice que Jesucristo no hubiera sido buen rey, si su reino hubiera sido de este mundo? Jesucristo, presidente no nos hubiera azotado, ni nos hubiera puesto contribuciones exhorbitantes, ni nos hubiera tenido clavados á una pared en barras de hierro, ni hubiera fusilado, ni hubiera desterrado, ni hubiera hervido, chispeado y reventado como una máquina infernal, arruinando todo el circuíto adonde podían llegar sus tiros. Justo, misericordioso, blando, sabio, bueno era Jesucristo: y sus prosélitos no habían de poder formar un buen gobierno?

Qué desgracia! estoy para dejarme llevar por los oráculos de la gentilidad: la profetiza de Porfirio declaró que Jesucristo era santo y piadoso personaje, digno de la morada eterna, y que habitaba entre los espíritus divinos; pero que por una misteriosa fatalidad sus secuaces no le habían comprendido, y que estaban lejos de parecérsele. La profetiza dió en lo cierto.

Iba á decir que en Atenas y Esparta los poderes estaban bien equilibrados, y los derechos y deberes de los ciudadanos eran respetados y cumplidos en ley de conciencia, y con gran magnanimidad de parte de magistrados y de ciudadanos. Los reyes en Esparta no eran esos mortales todopoderosos que hacen temblar la tierra con solo fruncir las cejas, como Júpiter Olímpico; ciudadanos eran casi iguales á los demás, y la ley el verdadero monarca. El rey estaba sujeto al Senado; pero como el Senado podía también propasarse, si era absoluto, había

otro magistrado que le servía de freno: *éste era el éforo*. Así, todo estaba equilibrado, todo previsto: el rey temblaba ante el Senado, el Senado temblaba ante el éforo, el éforo temblaba ante el rey; y el rey, y el éforo y el Senado temblaban ante el pueblo. En épocas modernas la república de Venecia ha querido parecerse en algo á la de Lacedemonia; los Inquisidores de Estado no son sino los éforos de Esparta; el dux es el rey, y el consejo de los diez y el gran consejo, son el Senado de los treinta y el consejo de los trecientos de la república griega: el león de San Marcos no rugía á orillas del Eurotas, en verdad; ese león terrible cuya boca abierta se traga la delación y vomita la muerte de los ciudadanos.

En la forma republicana el principio del gobierno es la virtud, como el honor en la monarquía y el temor en el despotismo: (*) la virtud es el principio, el móvil y el fin de las leyes; de aquí proviene la excelencia de la república sobre las otras formas de gobierno. Filósofos hay que prevéen á mucha distancia la suerte del mundo político: según ellos, todas las naciones han de venir á dar en repúblicas con el transcurso de los tiempos. Si allá en los senos del porvenir se trabaja en esta transformación sublime, la tarea de los siglos es obra de Dios mismo: podrá ello suceder, pero será cuando la perfectibilidad humana haya llegado á su remate; cuando la inteligencia se haya encumbrado al cielo; cuando el corazón de los hombres se haya purificado en el crisol de sus adversidades mismas, y un hábil químico sepa poner cuidadosa y sabiamente aparte el oro puro y la inmunda escoria. Esto no lo verán ni los hijos de nuestros hijos. Tiempos ha se predice la caída de los reyes: "Los tiempos se acercan," exclaman los amigos del bien; pero los tiempos no llegan: corre la sangre, despedázanse las armas, gimen las naciones, y un clamoreo inmenso y lúgubre se oye de polo á polo: los tiranos hieren, los pueblos reciben el golpe; los verdugos alzan el brazo, los pueblos caen. Los tiempos se

(*) Esprit des lois.

acercan; ¿cuándo acabarán de llegar? Han llegado para Polonia, han llegado para Hungría, han llegado para Rusia, han llegado, ay! han llegado para Alemania. Los tiempos de la muerte y el exterminio han llegado y van llegando para varias comarcas de la tierra; los tiempos de la luz, los tiempos de la redención, se acercan, pero no llegan. No profeso el fatalismo, no tengo esa fatalidad; mas cuando presto el oído y oigo los ayes de los pueblos, y el retiñido de sus cadenas rompe el aire, y las vociferaciones de los malos y los fuertes nos aturden, no puedo menos de pensar que los tiempos se acercan muy despacio. A causa de las iniquidades de los pueblos los reyes se multiplican, dice el sabio. (*) Cuando los pueblos dejen de ser inicuos, se disminuirán los reyes.

Si el principio de la república es la virtud, los republicanos han de ser virtuosos: entiéndese la virtud política; si bien ella no es más que el corolario de la virtud moral: un pueblo compuesto de hombres virtuosos moral y filosóficamente, por fuerza había de constituir un buen gobierno, y éste sería el republicano, por cuanto la igualdad reina en él, condición indispensable de la perfección social. Richelieu, en su testamento político, aconseja no servirse de los hombres de bien, y mayormente si pertenecen al estado llano. No hay que servirse, dice, de gentes de humilde cuna, por buenas que sean, porque son muy austeras y mal contentadizas. En estas negras palabras se encierra todo el secreto de la tiranía; Richelieu es un Hobbes con sotana, un Blackstone del sagrado colegio: y Richelieu es tenido por gran político, gran hombre de estado. La ciencia que excluye la virtud, es la ciencia del espíritu malo: ¿qué mucho que haya todavía quien sostenga el derecho divino de los reyes? Richelieu ha dominado, ayer no más, en una grande é ilustre nación. Penn, fundando una república, educando un pueblo para la libertad y la paz, es y vale más que todos esos grandes hombres, grandes, por haber dicho ó hecho grandes males ó desvergüenzas. Ben-

(*) Libros sabios. Los Proverbios.

dito sea Dios que nosotros más cerca de Penn y de Franklin que de Hobbes y Richelieu.

En una buena democracia los poderes han de estar bien distribuídos; el legislativo, el ejecutivo y el judicial, rueda cada uno en su órbita respectiva, sus jurisdicciones se tocan, pero jamás se confunden: si el uno quiere conquistar algo, si pone el pie en el territorio de los otros, piérdese el equilibrio, tambalea la máquina, se desquicia y cae desbaratada. Puede suceder que el poder legislativo prepondere sobre los otros, y ésto se debe determinar desde el principio; y aun estoy por decir que conviene esa preponderancia, por cuanto veo que la república romana nunca fué más libre y feliz, que cuando el Senado tenía en sus manos casi todas las riendas del gobierno: el senado deliberaba de la paz y de la guerra, enviaba embajadores á las naciones amigas ó enemigas, entendía en los asuntos religiosos, decretaba honores á los generales, reglaba los triunfos; á él le competían muchas cosas que ahora son exclusiva incumbencia del rey ó del presidente. Más difícil es el abuso de muchas personas juntas que el de una sola, puesto que los hombres se entienden maravillosamente para el mal: los Decembiros caen, Tiberio reina más de veinte años.

El mal estar de las repúblicas sud-americanas consiste, no tanto en sus malas leyes, cuanto en que las buenas no son obedecidas, y en que el poder ejecutivo tiene por ellas mismas facultades exhorbitantes, y cuando no las tiene, se las arroga de mano poderosa. La violación de una ley es un paso á la tiranía; y yo no la sufriría sino cuando el primer magistrado pudiese hacer este juramento: Juro que he salvado la patria. Pero entendámonos; salvar la patria, es salvarla verdaderamente; cosa que la comprenderemos bien, si sabemos lo que es *patria*. En estas nacioncillas de *partidos* cada cual llama *patria* á su poder y su provecho: patria es el mando, patria el sueldo, patria las bayonetas, patria el *partido*. Un: fracción de hombres conspira, y con las armas en la mano se lanza á derrocar al gobierno: va á salvar la *patria*. El gobierno es más fuerte, extermina á los di-

sidentes: salvó la patria. Los que mandaron ya no mandan, los que vivieron de las rentas del Estado ya no viven de ellas: pobre patria! está en ruina la patria. Los qué mandan actualmente se engordan como lechoncillos, bien comidos y bebidos, bien cuidados por su propio anhelo: la patria va bien, qué buena patria! Odio, ira, venganza hierben en el corazón de los caídos, pero la impotencia los tiene represados en su seno: ah perra patria, la patria nada vale: odio, ira, venganza hierben en el corazón de los que reinan, y sin asomos de nobleza ni humanidad sueltan la rienda á sus pasiones destructoras, persiguiendo, calumniando, insultando, desterrando á sus enemigos personales: ¡patria, dulce patria! Qué dulce es la venganza, decía un tiranuelo. Será para los malos; mas no saben que *el deleite de la venganza dura un instante, el de la misericordia, toda la vida.*

Los tiranos siempre están jurando que han salvado la patria: cierto, salvan *su patria,* ésto es, su ganga, su vaca lechera, cuyas ubres chupan con desesperado ahinco. Qué patria han de salvar los tiranos, sino la tienen? Su patria es el infierno; vayan á salvarlo, y sálvense con él. Azotar, hacer morir en el martirio, desterrar familias enteras, no detenerse ni en presencia de la bella debilidad, del sexo desvalido, no es salvar la patria. Cicerón exterminando á Catilina y más facinerosos que se habían propuesto incendiar á Roma y apagarla con la sangre de todos los hombres de bien, salvó la patria verdaderamente, y su juramento es digno del gran Consul. Y podríamos decir, que si Catilina hubiese triunfado, hubiera salvado la patria? Ah.... nuestros Catilinillas salvan la patria........

La rigidez de Catón y el otro senador que hubieran preferido la ruina de ella á la violación de una ley, es tenacidad reprensible, ausencia de razón; porque si las leyes se dictaron para conservarla, absurdo sería dejarla perder por no infringir una cláusula del código. Lo que en este caso se podría hacer sería, dejarlas dormir veinticuatro horas, cómo aconsejaba Agesilao, y despertarlas respetuosamente cuando hubiese pasado la necesidad de su sueño: tan santas son las leyes, que así des-

piertas como dormidas son el mayor bien de las sociedades humanas,

Mario se escusó de haberlas violado, con decir que el ruído de las armas le había impedido oírlas; y el gran Pompeyo dijo, que las leyes y estatutos no hablan con la gente armada. Pero es de advertir que estos varones florecieron en tiempo de la relajación de la República: las virtudes romanas habían desaparecido, y el absolutismo imperial y la tiranía salían á la escena de alto coturno, vestidos de príncipes, brillando con el ostro y los diamantes, enemigos de la justicia. En los buenos días de la República no se hablaba de ese modo: las leyes eran venerandas, poderosas, se sobreponían á los cónsules, y á los tribunos, á los nobles y al pueblo mismo. El senado romano era Sanhedrín del antiguo Egipto, el Areópago de Atenas: tribunal sagrado, donde la verdad y la justicia tenían cada cual su trono, y presidían á los padres conscriptos haciéndose respetar y temer con un gesto altamente digno y majestuoso, pero inflexible. Se hubiera visto en esos felices tiempos á un soldado blandiendo su sable á la redonda, dispersar á los senadores del imperio? se hubiera visto á un presidente amarrar á los diputados al Congreso, la víspera de su instalación, y aventarlos á los desiertos ó al través de los mares? Estas cosas suceden en estos siglos de civilización, cuando estamos muy creídos de nuestros progresos, cuando las luces nos inundan y estamos nadando en ellas á modo de espíritus celestiales. Saben en qué forma de gobierno estamos constituídos los sud-americanos! En el despotismo; despotismo puro y neto; yo no hallo otro nombre que dar á esta preponderancia del poder ejecutivo, á esta nulidad y envilecimiento del legislativo, á este abandono ó perversión del judicial. El presidente lleva adelante su voluntad, á despecho de las leyes y de los buenos ciudadanos; el presidente dispone á su antojo del Congreso; el presidente tiene de la oreja á los jueces: si éste está animado de malas inclinaciones, se despeña en la tiranía con la mayor facilidad, sin el menor peligro; y los estragos que obra, allá se van con los desaforamientos del gran Señor de los turcos. Nos de-

cimos *republicanos*, y muy pagados del nombre, cuidamos poco de la esencia de la cosa. ? Qué república, cuando el poder lejislativo es un puro resorte del ejecutivo ? Dirán que eso depende del abuso, que es obra de la tiranía; y yo no digo otra cosa; pero añado que ese abuso es ya sistema, que esa tiranía ha venido á ser calidad necesaria del que manda, porque los códigos han perdido su fuerza y vigor, ó más bien, nunca los han tenido; porque la ley fundamental no tiene fundamentos; porque la razón pública nada puede en el ánimo del déspota; porque la justicia es moneda que rechazan los magistrados; porque se tiene poco cariño á la libertad política, ó no se la comprende en el todo; porque la dignidad humana habla apenas con estos desventurados pueblos, que de la colonia pasaron á la anarquía, de mano de los vireyes á la de algunos zafios é ignorantes soldados, quienes tenían entendido, que libertad y abuso eran una misma cosa. Necesitamos ilustrarnos para constituírnos bien; necesitamos civilizarnos para conocer nuestra verdadera felicidad: esa felicidad de buena ley, que nace de las virtudes cívicas, de la libertad medida, del patriotismo puro, de la igualdad bien entendida.

Á qué distancia no estamos de los Estados Unidos, con ser que pocos años median entre su independencia y y la nuestra! ¿ De qué proviene esta inferioridad ? en primer lugar, de la índole de las razas: el anglo-americano es reposado, amigo del orden y de la paz, respetador de la ley, acatador del mérito: el hispano-americano es inquieto, movedizo, ambicioso: desprecia las leyes, tiene poca cuenta con la justicia, y se quiere engrandecer á toda costa: el procomún es nada para él; su provecho personal es su religión: de aquí provienen las anuales revoluciones de las repúblicas sub-americanas. En segundo lugar, de que Franklín y Washington hicieron más por la paz que por la guerra, tuvieron apoyos poderosos entre sus compatriotas, y acatados y venerados por ellos, coronaron de oliva á la libertad, y no la armaron de espada: Bolívar tuvo que sostener cruentas luchas, más con los americanos mismos, más con

sus compañeros de armas, que con el enemigo común. Se vieron libres del yugo, y ya cada uno se tuvo por señor; como si venir á ser libre y dar en revoltoso y desobediente se parecieran en algo. Cuando veo al gran Bolívar en la precisión de pasar por las armas á un Piar; cuando veo á un Mariño mover á su general más guerra que á España; cuando veo á un Páez defeccionado; cuando veo á un Santander aborreciendo al grande hombre, urdiendo conspiraciones contra el libertador de América, contra su propio protector; cuando veo á un Congreso de Venezuela proscribir al mayor de sus hijos, y poner á talla su cabeza, me hago cruces de los sud-americanos, y no me admira ya de que estos pueblos hayan gemido bajo el yugo de Obando, Flores, Monagas, Gamarra y Santa Cruz. Los Estados Unidos han tenido Madisons y Jeffersons después de Washington; nosotros, no hemos tenido sino García Morenos, Carreras y Pezées después de Bolívar y de Sucre. Aquí está nuestra miseria.

Con que si consiguiésemos infundir dignidad y firmeza en los legisladores, habríamos dado un gran paso hacia la perfección republicana: dignidad para guardar ese regio continente, esa ilustre conducta con los que los senadores romanos pasaron por dioses y por reyes en el concepto de los extranjeros y de sus propios enemigos: firmeza, para no ceder á las insinuaciones del presidente, para sonreírse de sus amenazas, y para saber sufrir los fracasos que les acarrée la grandeza de carácter. Yo querría que todos nuestros senadores y diputados fuesen como aquel virtuoso y sostenido Basilio, que supo sobreponerse á la altanería del prefecto Modesto: "Príncipe, escribió éste al emperador, démonos por vencidos; este obispo es superior á las seducciones y á las amenazas." Sed superiores á las seducciones y á las amenazas, y mereceréis representar á la nación; de otro modo, más sois para siervos que para legisladores. El legislador ha de ser sabio, desde luego; si no lo sois, cómo legisláis? El legislador ha de ser justo; sino lo sois, cómo legisláis? El legislador ha de ser independiente

y digno; sino lo sois, como legisláis? Desventurados pueblos que piensan ejercer un derecho, y no hacen sino ceder á la mano que pesa sobre ellos! Si éstos tuvieran libre alvedrío; si los esbirros y agentes de la tiranía no les impusiesen sus órdenes; si hubieran de juzgar según su propio juicio, elegirían llevados de su conciencia, y el poder legislativo no sería este poder abyecto y ruín, este cuerpo sin alma, este bausán á quien el tirano y sus ministros hacen sentarse y pararse por medio de un resorte de su fábrica. El pueblo no siempre elige lo mejor; pero sino le obligan, tampoco elige lo peor; es como el generoso bruto, que aun andando entre tinieblas, ve más que el ginete, y pisa en buena parte, huyendo del despeñadero. Mas si le arrastran con la soga al cuello á la mesa electoral; si un caudillo militar con sus satélites está por ahí haciendo relampaguear sus lanzas; si el gobernador muestra su cara de Medusa, ¿qué ha de hacer el pobre pueblo? Se corta, vacila, tiembla y hace todo lo que le mandan. El sufragio universal, en ciertas repúblicas de la América latina, es la irrisión de la libertad y la justicia, la más sangrienta burla que los verdugos hicieron de los víctimas.

Un sombrío tirano convidó al Senado á su alcázar, á deliberar acerca de asuntos muy graves y muy grandes: conforme iban llegando los senadores, íbanlos entrando en una sala enlutada, en donde todo era oscuro y aterrador: un hujier, vestido de negro y con careta, conducía á cada uno á su asiento. En la mesa presidencial estaba un candelero de bronce con una sola vela, luz marchita, luz de agonía y muerte. Todo silencio, todo misterio. Los senadores no atinan que les pasa: después de la deliberación, el tirano había ofrecido un espléndido festín. Van sentándose á la fila uno por uno; nadie se atreve á desplegar los labios. Miran al asiento, y venlo en forma de ataúd, forrado con paño negro: el nombre de cada senador está escrito bajo de él. Todos han llegado, y cuando se miran unos á otros trémulos de miedo, por puertas escusadas y secretas van saliendo unos fantasmas espantosos, teñidos en sangre, con pavonados sables en la diestra. Álzanlos en ademán fiero, van á herir.... una

33

carcajada sale de un rincón y se prolonga por el espacioso y fúnebre recinto. Era el tirano que reía." Luego se presenta, y se excusa con los senadores, pidiéndoles dispensen esa broma. Si ellos tenían la libertad de deliberar y votar; ¿él no tenía la de quitarles la vida?

Esta es la imajen de nuestro sufragio popular, esta es la imajen de nuestras cámaras legislativas: cada sufragante, cada diputado está sentado sobre su tumba: si obedece, vivirá; si obra en conciencia, morirá; entendiéndose por muerte lo mismo el fusilamiento que la prisión, y que la deportación á los bosques salvajes. Cuando he visto un pobre hombre metido de soldado al otro día que había sufragado según su parecer, hiervo en indignación, me muero de lástima, y tengo á gran desgracia haber nacido en estos tiempos y en estas tierras. Platón daba gracias á los dioses de haber nacido hombre y no bruto, griego y no bárbaro; pero sobre todo les agradecía el haberle echado al mundo en tiempo de Sócrates. De qué les agradeceré yo? De haber nacido hombre de bien, de haberme impreso su imajen en mi mi alma, de haberme formado sensible y apto para la compasión de mis semejantes. No desesperemos: el porvenir es fecundo en acontecimientos: los cambios del espíritu humano tienden á la perfección. Sólo la China vive estancada, hacen cuatro mil años, en su ilustrada barbarie: América, jóven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino: se civilizará, será libre, feliz, y gozará sin estorbo los dones de su gran naturaleza.

LECCIONES AL PUEBLO.

Pueblo, pon el oído atento, se ha pronunciado tu nombre. Sabes lo que eres? No la hez de la sociedad humana, como te llaman unos; ni soberano absoluto, como te dicen otros. Pueblo es el globo de la nación: separa á tus enemigos, y queda el pueblo.

El tirano que se alza con la libertad de sus semejantes, y viola las leyes naturales y civiles, y persigue, y ultraja, y extermina á los hombres, no pertenece al pueblo.

El opulento que nada en oro, y cierra la mano á la caridad, y ve sin conmoverse el hambre del indigente, y se ríe de la desgracia, y piensa que nadie necesita más que él, no pertenece al pueblo.

El soberbio que alza el cuello erguido, en la convicción de que un título sin valor real, ó una usurpada é inmerecida preponderancia le elevan sobre los otros, no pertenece al pueblo.

El impío sacerdote que cambia la misericordia en crueldad, la caridad en avaricia, en soberbia la modestia, y olvidando los ejemplos del Maestro ayuda á los tiranos á oprimir al débil, no pertenece al pueblo.

El juez perjuro que pervierte la justicia, y en sus autos se atiene á su conveniencia; que resuelve según le sobornaron ó según hablaron las preocupaciones de *su clase*, no pertenece al pueblo.

El militar desvanecido, que anda deslumbrando con la argentería de sus vestidos sin mirar ó mirando como grande á los pequeños; que desenvaina la espada y hiere sin motivo; que sirve al déspota en sus desolaciones, no pertenece al pueblo.

El que oprime, el que maltrata, el que desdeña á sus hermanos, teniendo para sí que es más que ellos, no pertenece al pueblo.

Oh tú que vives del sudor de tu frente; que mantienes con tu diario trabajo ancianos padres, tiernos hijos, tú eres pueblo.

Oh tú que en los conflictos de la patria cargas con el peligro y las fatigas de la guerra; que rindes el aliento por defenderla, y si ella triunfa no ganas sino la gloria de haber sido su salvador, tú eres pueblo.

Oh tú que arrancas á la madre tierra, á fuerza de industria y de constancia, los frutos indispensables para la vida, tú eres pueblo.

Oh tú que forjas los metales, labras la madera, construyes la habitación del hombre con tus manos, y la habilitas de comodidades y de lujo, tú eres pueblo.

Oh tú que hilas y tejes, que preservas del frío á los miembros, que comunicas saludable calor á la humana criatura, tú eres pueblo.

Oh tú que trabajas y padeces, que padeces, y no te quejas, que sin quejarte cumples tus deberes de ciudadano y llevas sobre tí las cargas de la asociación civil, tú eres pueblo.

Tú eres pueblo, y por todo eso vales más que tus opresores; tú eres pueblo, y por todo eso eres más bien quisto con la Providencia; tú eres pueblo, y por todo eso el género humano es el pueblo, fuera de los lobos y los zánganos que con nombre de reyes, presidentes y otros títulos pervierten la naturaleza.

Tus enemigos te tratan como á esclavo, tus aduladores te desvanecen con exageradas atribuciones, con lisonjas á las cuales has de cerrar el oído, si quieres tener pensamientos ajuiciados. Lo justo está siempre en el término medio: si tiras por los extremos, vas fuera de camino. Los oligarcas te tienen por su servidor, su proveedor, su víctima; los demagogos quieren constituirte en tirano, á fuerza de infatuaciones, á fuerza de hacerte presumir de grande.

Sólo Dios es grande; pequeño es el pueblo, si pequeño es el hombre: no presumas de grandeza; si presumes de grandeza, das en la soberbia, y de la soberbia á la tiranía, no hay ni un paso. Y habrá ganado algo la justicia en un cambio de tiranos? Teme corroborar con tus obras aquel decir tan triste de los pesimistas: El hombre no rechaza de sí la tiranía, sino para hacerla recaer sobre los otros; el que no es víctima es verdugo.

Rechaza de tí la tiranía; no la hagas empero recaer sobre los otros; deja de ser víctima, sin pasar á la parte de atormentar á tus hermanos.

Y sabes quienes son tus hermanos? Tus hermanos son los hombres todos, buenos y malos, grandes y pequeños. De aquí es que estás obligado á perdonar á los que te dañaron, á protejer á los infelices, á ser uno mismo con tus semejantes, puesto que hayan renunciado á la perversión del alma. ¿No es la fraternidad uno de tus caracteres?

Si dejando de padecer empiezas á maltratar; si dejando de ser esclavo, principias á esclavizar; si dejando de ser inferior, levanta las alas la soberbia, y haces por dominar á tu vez inicuamente, dejas de ser pueblo y vienes á tirano.

Entonces la libertad tendrá derecho para decirte: Si eres mi alumno, ¿dónde está el respeto que me debes? Y la igualdad encapotará la frente y te dirá: Para ésto me invocabas? Y la fraternidad entristecida te dirigirá sus tiernas quejas, y tú no le sabrás responder. El que llora los males, no tanto porque él los padece, cuanto porque no ve padecerlos á los otros, no merece salir de la miseria.

La libertad es como la sabiduría; si no se la comunica con los demás, es enteramente inútil; valía más no conocerla, porque así estábamos libres de la inmodestia y el desvanecimiento. Eres libre; mas si habiendo conquistado tu libertad, han perdido otros la suya, ¿se ha perfeccionado el mundo? Sea tu constante anhelo la perfección moral, ca de ella procede, como de legítimo abolengo, la perfección social. Deudo es ese, que si los hombres alcanzasen á comprender sus lazos, á respetarlos y á gozar de sus ventajas, ya nada tendrían que pedir á la fortuna.

Cuando te dicen que eres libre, no entiendas del poder de la maldad, tómalo en buena parte, y entiende serlo para tu bien y el de tus conciudadanos. Pues si no lo habíamos de ser sino para ir á un paso con lo inícuo, ¿sería la libertad otra cosa que una facultad dañina? En ese caso el hombre libre sería como la cicuta, que tiene

el poder de quitar la vida: y la cicuta sue'e cebarse con preferencia en la virtud. Sed sabios sobriamente, dice el Apóstol. Sed libres sobriamente, os digo yo.

La ciencia de los pueblos consiste en conocer sus derechos y en cumplir sus deberes: el que no cumple sus deberes es pueblo corrompido; el que no conoce sus derechos, esclavo; y el que no conoce sus derechos ni practica sus deberes, bárbaro. Pueblo, huye de la corrupción, la esclavitud y la barbarie; porque la barbarie, la esclavitud y la corrupción son la desgracia de los pueblos.

Oyóse un día un clamor lejano, sordo, inmenso; el cielo se cubrió de nubes; se enlobregueció la atmósfera, y la tierra temió y esperó. El ruído iba acercándose, y los palacios de los reyes empezaron á temblar; llegó una sobrevienta, sacudiólos fuertemente, y dió con ellos en el suelo. El estrépito del derrocamiento se unió al clamor que había ya llegado, y el mundo aturdido no supo qué estaba sucediendo. Las coronas de los monarcas volaron por los aires, crugieron y se desbarataron sus tronos, el viento se llevó en pedazos la púrpura del manto real.

Era un pueblo, un grande pueblo, que había conocido sus derechos, después de haber cumplido en vano largo tiempo sus deberes. Abrió los ojos, y miró; y la luz se le entró por ellos, y le llegó al alma, y la alumbró; y una vez alumbrada, vió todo lo que debe ver, y alzó el brazo, y dijo: Juro ser libre!

Y, tal fué de grave y grande el sonido de esa voz, que se dilató en el espacio, y retumbó como trueno, y los tiranos la oyeron y palidecieron y temblaron.

Y alzado el brazo, el pueblo se acercó, y lo dejó caer, y las testas coronadas rodaron por el polvo envueltas en su propia sangre: hombre y mujer, mayor y niño, todos murieron. Los otros reyes vieron eso, oyeron los ayes desgarradores de sus regios parientes, y en lugar de defenderlos, se asieron con todas sus fuerzas, con la una mano, del brazo de su silla; con la otra acudieron á contener la diadema que se alzaba de sus sienes y quería irse por los aires: lívidos, de mirar turbio, dando diente con diente, se estuvieron sin osar dar una voz ni un paso.

Y ese pueblo seguía hiriendo, y tanto hirió, que fué demás. No fué ya conjunto de hombres, mas antes tracalada de fieras ahijadas por el hambre, que se arrojaba á comerlo y destruirlo todo.

Los reyes y las clases privilegiadas se habían unido contra el pueblo; y esa triple tiranía oprimía con tres millones de brazos, y ya los hombres no podían con sus males. En vano se quejaron, en vano alzaron voces suplicantes, en vano pusieron las manos á los opresores: los opresores redoblaban sus esfuerzos, y en regocijo impío bebían la sangre de los *súbditos*, engullían miembros enteros, y medio borrachos, se reían estrepitosamente de sus víctimas.

Viendo que no podían remediar sus males, tomaron éstas su camino, y á sus verdugos les tocó el suplicar y el gemir. ¡Y cómo bailó, gran Dios, la libertad sobre la tiranía! cómo la estropeó, cómo la mató, cómo á su vez le bebió la sangre y se embeodó con ella! Y no se saciaba ni se empalagaba: la vida no es harta para su desenfrenado apetito: remueve la tierra, pone al aire los huesos de los tiranos, pisa sobre ellos, toma, sacude los esqueletos, y con risas desencajadas insulta y se venga de los muertos.

Poder real, preponderancias nobiliarias, distinción de castas, regalías, fueros y privilegios, todo ha venido abajo á esa terrible sacudida: es el fuego del cielo que destruye las ciudades malditas, es el turbión ardiente que sepulta á Herculano y las cenizas que ahogan á Pompeya.

Sabéis cómo se llama ese nuevo azote de Dios? Revolución se llama. El orador del pueblo se encastilla en la tribuna, sacude la melena como león, arroja centellas de sus ojos inflamados, y suelta la voz en sublimes raudales de elocuencia: Revolución!

El fiscal del pueblo arrastra á sus enemigos ante el tribunal del pueblo, y les acusa, y les da en rostro con sus desalmamientos, y les pide cuentas de sus desmanes; y los jueces les condenan al último suplicio: Revolución!

El amigo del pueblo levanta al pueblo, y corre las calles como torrente devastador, y echa voces á la libertad, y formula juramentos cívicos, é invade los palacios,

y rasga los títulos de sus opresores: Revolución!

El pueblo se reune, y discute, y anula lo pasado, y se da nuevas leyes, y los cetros y coronas quedan abolidos, y se erige el altar de la patria con las joyas de los tiranos: Revolución!

El pueblo acude al altar de la patria, y se prosterna, y con la mano sobre el Evangelio jura que la ha salvado, y jura vivir libre: Revolución! Revolución!

Revolución, monstruo bienhechor, que devoras las iniquidades, como Saturno deboraba las piedras, y echas por tierra la impía Babel, y disipas las tinieblas, contiénete en los términos de la justicia, castiga, no te vengues, repara, no agravies; concibe, da á luz los ángeles que suele abrigar tu seno, no te entregues á Satanás.

Pueblo, si los que te gobiernan dejan de ser gobernantes, y se convierten en verdugos, y te chupan la sangre, y te ofenden y mancillan; la revolución es un derecho de los tuyos, ejércelo. Estás obligado á obedecer las leyes; la ciega voluntad y los caprichos de uno ó muchos hombres, de ninguna manera. No adores á la diosa Razón; adora á Dios y sigue á la razón; sin Dios no hay razón, sin Dios no hay justicia, sin Dios no hay pueblo ni gobierno: témelo, y no temas al tirano; síguelo, y derriba á tus opresoros.

Mas si viviendo en sana paz, y estando las leyes en su puesto, y siendo los magistrados lo que deben ser, gruñes mal contentadizo, y estiendes los brazos, y estiras el cuello, y sigues gruñendo, cometes injusticia: la revolución en este caso es iniquidad. Conténtate con lo que las leyes te conceden, puesto que tú hayas concurrido á formarlas, y puesto que tu sufragio haya sido respetado.

Si un Dictador ó una convención despótica las dictaron solos y por su cuenta, te queda el derecho de examinarlas y pesarlas en tu balanza: si tienen por base la ley de la justicia, respeta, obedece: si el interés particular ó la iniquidad jeneral las promovieron, ruge, levántate, vuelve por tus prerogativas.

No te figures que con ser pueblo tienes derecho para todo: si estás en el mismo caso que un presidente, no

alegues tu condición de pertenecer al pueblo para andar sobre él, porque en ese caso también el presidente pertenece al pueblo. Si un noble tiene la justicia de su parte, no invoques los derechos del pueblo para defraudar al noble. Si un fuerte fué ofendido por tí, no digas: El pueblo tiene derecho, el pueblo tiene razón; porque el pueblo no tiene razón ni derecho contra el derecho y la razón.

Un hombre del pueblo levantó un día su tablado, cubriendo con él la ventana de uno que él llamaba noble: era un espectáculo público en la plaza, á cuyo entretenimiento eran todos llamados igualmente.—Buen amigo, le dijo el segundo, cómo me quitáis la vista con vuestro palco?—La plaza es del pueblo, contestó soberbio el otro.—Luego el pueblo tiene porque quitarnos la luz que el sol reparte á todas las criaturas? Me llenáis de oscuridad mi cuarto, por estar cómodo vos; pensáis que es justo? y además, el espectáculo es para la ciudad entera, ¿con qué derecho me excluís? Confundióse el hombre, pero no cedió, porque estaba puesto en que ejercía sus derechos.—Son cosas del público, dijo.—Pertenecéis al público?—Sí,—Y yo á quién pertenezco? no soy parte del público tanto como vos? Si yo os impido invalidar mi ventana, quebranto las prerogativas de la comunidad social; si vos, apesar de mis protestaciones, me hurtáis la luz, el aire que necesito en mi habitación, os aprovecháis de las prerogativas de la comunidad social: luego el público es una persona, luego el público sois voz?—El público somos todos, pero el pueblo está ya cansado de ser en todo inferior, de estar siempre después.—No os disputo la preeminencia del lugar; tomad el primer puesto, encumbraos cuanto esté en vuestro poder: no abogo sino por mi derecho; pues que yo soy dueño de esta ventana, he de usar de ella con más razón, que la que vos tendríais en privarme de mi natural comodidad.

Hubo el juez de atravesarse en ello, y decidió que el hombre del pueblo erigiese su tablado sin perjuicio de otro, porque no estaba en la justicia el que el pueblo privase

de ella á los que en su entender pertenecían á otra clase.

Regíos por la sentencia de ese juez: los bienes de la naturaleza son comunes á todas las criaturas: no porque vivís oprimidos aspiréis á oprimir á los otros, ni tengáis entendido que del daño ajeno ha de resultar vuestra fortuna: el mal es como el tejo, árbol cuya sombra es perniciosa: el mal es como el cabrahigo, árbol cuyo fruto no madura. Arrimaos al de la sabiduría: su sombra es vasta y bienhechora, allí hay lugar para todos, y sus frutos, gratos al paladar, son saludables y nutritivos. La sabiduría en este caso es la cordura, el sufrimiento: no penséis que os quiero enzarzar en las escabrosidades de la ciencia.

En profesando el sufrimiento y la cordura, el Señor os tendrá presentes: no sabéis que él jamás olvida á los que se acuerdan de él? Si sois cuerdos y sufridos, seréis el pueblo de Dios, y si vais por un desierto, él irá á buscaros, y os hallará en su eterna solicitud.

"El Señor encontró á su pueblo en un lugar desierto, en una tierra desesperadora, en donde era presa del horror y de la angustia; y le tomó, y le condujo acá y hallá, y le instruyó, y le guarda como á la pupila de sus ojos." (*)

Habéis oído? el pueblo justo es como la pupila de los ojos del Señor.

" Los que amáis al Señor, aborreced el mal: el Señor protege á los buenos, y los libra de las manos del perverso."

La luz es para el justo; la alegría para el corazón no corrompido. Justos, regocijáos en el Señor, celebrad su santidad." (**)

Habéis oído? La justicia, siempre la justicia: el señor no quiere sino justicia y rectitud de corazón. Los grandes del mundo la desprecian; vosotros, pequeñuelos, respetadla: en el día supremo, vosotros seréis grandes y los grandes pequeñuelos.

(*) Segundo cántico de Moisés.
(**) David. Los salmos.

El oprimido piensa que en todo y siempre es víctima, y muchas veces no es así; de aquí es que para quejarse lo ha de consultar primero á la razón y la conciencia. Sabéis por qué os hablo de este modo? Porque las virtudes no han de venir adulteradas con vicios; honrar á Dios, trabajar, padecer con paciencia, virtudes son: sufrid las adversidades, trabajad, honrad á Dios, y no aspiréis á preeminencias vanas, ni os dejéis inficionar por el orgullo.

No exageréis vuestros quebrantos; para tener perfecto derecho á la reparación de los agravios: si de esclavos venís á libres, mirad que la libertad suele ser muchas veces lo que un tesoro en manos de un efebo sin experiencia; gástalo sin medida, y gástalo en su daño: libertad es tesoro que requiere la más sábia economía; si gastáis demás, veniros han los males que llueven sobre el pródigo.

Si jemís en esclavitud, aspirad á sacudir el yugo que os oprime; una vez libres, no salgáis desapoderados como toro que se lanza del toril embistiendo con quien encuentra y destruyendo á cuantos puede. No habéis visto como el buey sale de la collera, manso, humilde y se pone á pacer libre en la dehesa? Sed ántes como el buey que como el toro.

Los tiranos están de continuo diciendo: Libertad; las víctimas murmuran por lo bajo: Libertad. Quién la comprende en su verdadero sentido? quién conoce su divina esencia? Ella es el poder de obrar el bien y el mal: si se obra el bien, se ejerce una facultad sublime; si el mal, habremos seguido al espíritu malo: Satanás no es libre para el mal?

Para que la libertad sea virtud, ha de preponderar en el hombre la inclinación al bien: ved aquí que no conviene ser del todo libres: ¿ cómo ha de convenir ser malos?

Yo ví en el frontispicio de una cárcel esta inscripción grabada en gruesos caractéres: LIBERTAS. Esta filosófica y triste paradoja quiere decir que la libertad necesita riendas: de otro modo, irá como un suelto y fo-

goso bridón á precipitarse en un abismo, si el ginete lo montó sin freno y le ahija sin cesar. La sociedad humana es esa cárcel en cuyo frontispicio se grabó :- LIBERTAS.

Para vivir reunidos, no nos hemos desprendido voluntariamente de buena parte de nuestra libertad natural? Luego querer hacer en el seno de la comunión lo que haríamos si permaneciésemos salvajes, vagueando en las profundidades de las selvas, es romper el pacto social, es merecer el castigo que nosotros mismos quisimos imponernos.

Pueblo, hay muchas cosas que no puedes hacer, aún cuando te figures que esa restricción coarta tu libertad : cuando te la coarta la tiranía, indígnate ; cuando te la coarta la razón, vuelve en tí, y sufre el contratiempo, que en buenas cuentas, es tu bien, puesto que lo es de todos los asociados.

—

En tiempos antiguos un pueblo se levantó, y dejó la ciudad, y se retiró á un monte: los senadores y los nobles quedaron solos, y tuvieron miedo de verse abandonados, y no pudieron vivir sin el pueblo: tiranos sin tiranizados, verdugos sin víctimas, ¿como podía ser? La ciudad, por otra parte, estaba desierta y muda, los templos de los dioses, mudos y desiertos. Nadie venía al foro á defender su causa, nadie acudía al senado á oir á los padres conscriptos.

Los padres conscriptos vieron que sin el pueblo tenían que deponer el cetro de marfil y empuñar el timón del arado; que habían de forjar el hierro con sus manos, y que las matronas habían de amasar el pan de cada día.

Y esto les supo mal, y cayeron en la cuenta de que la tan desdeñada plebe era la parte más necesaria de la asociación, y que era locura despecharla en términos que se ponga en cobro y viva de por sí.

La gente llana puede vivir sola, como lo vemos en los campos: los nobles no son pera ella necesarios, al paso que los nobles no acertarían á vivir sin la gente llana: ¿quién les sembraría sus tierras? quién adornaría sus

casas? quién les daría de comer y de vestir? Nobles, ingratos nobles! despreciad, aborreced, maltratad á los que os dan de comer y de vestir, á los que adornan vuestras casas y siembran vuestras tierras.

Y ese pueblo no bajaba de su monte, y los tiranos no sabían que hacerse, y los senadores no tenían á quien dar leyes: entonces se dijeron: Sin pueblo no hay nación. Y enviaron hacia el pueblo el más sabio de ellos, que le persuadiese el volver á la ciudad, y en uno todos, formasen la nación.

Caigan los tiranos, dijo el pueblo; déjennos elegir de entre nosotros un magistrado que nos defienda, y sea este magistrado inviolable. Y los tiranos cayeron, y el pueblo eligió su magistrado inviolable, y mudada la forma de gobierno, volvió el pueblo á la ciudad. Y no volvió altivo ni presuntuoso, que se había comprometido por su parte á no ser demasiado libre.

Pueblo, si te privan de la libertad, deja solos á tus opresores, retírate á un monte, hasta que la hayas reconquistado: una vez reconquistada, vuelve, pero no vuelvas demasiado libre.

CUADROS HISTORICOS.

Conjuración de Marco Bruto. Si Julio César merecía la muerte que sufrió. Cual es el verdadero tirano.

Dormía Julio César una noche con su mujer Calpurnia: Calpurnia gime entre sueños, ayes lastimeros salen de sus labios, se ágita al lado de su esposo y le llama tiernamente por su nombre. César despierta asustado: Calpurnia! Calpurnia! qué tienes? Recuérdase á su vez Calpurnia, y le cuenta que le tenía degollado en sus brazos, bañado en sangre, con cien puñaladas en el cuerpo. La pesadilla había pasado, y la tierna mujer lloraba todavía; lloroba y le suplicaba fervorosa no concurrir al Senado el día entrante, pues el dictador lo tenía convocado, y el hechicero Aspurina había augurado mal de esa sesión: dijo á César que los idus de Marzo le serían funestos; que se mantuviese encerrado en su palacio; que no apartase los ojos de si mismo. César, ánimo fuerte, creyendo en su destino, y teniendo por absurdo que el dueño del universo, el matador de dos millones de hombres, el vencedor de Pompeyo y de cien reyes, viniese á tener un fin tan triste, no lo quiso creer, y echó á burlas las predicciones del adivino. Empeñado estaba en consolar á su esposa y en descargarla de recelos tan graves y tan grandes, cuando de súbito se abren las puertas del palacio con aterrante ruído, y se dan una y otra vez contra las paredes, sin que persona humana interviniese en el acaecimiento.

Los romanos eran muy dados á las supersticiones: el vuelo de una ave, el grito de un animal, una nube de rara forma en la bóveda celeste, les infundían pavor, y les obligaban á variar de propósitos ó á desistir de lo que tenían resuelto. Los adivinos eran unos como sacerdotes, y sus presagios merecían la más cumplida fe, arreglándose á ellos los hombres de más asentado juicio.

Ciego es el destino, nadie puede evitar su suerte: estaba escrito que César moriría en el Senado, á manos de sus protegidos, de sus hijos por ventura; en el Senado murió, á manos de sus protegidos, á manos de su hijo; hijo, sino por naturaleza, por afecciones y agradecimiento. Ya un vago recelo se había apoderado del grande hombre: si en uno como César cupiese el miedo, diríamos que lo experimentó por la primera vez de su vida, sino era más bien lo que experimentaba terror indeterminado, presentimiento de una luctuosa tragedia que iba á privar á Roma y al mundo del más ilustre de sus hijos. Animábase á quedarse, y resolvíase á salir; quería postergar la reunión de los padres conscriptos, y se afirmaba otra vez en que había de ser el mismo día. Qué dirán los senadores? se preguntaba. Dirán que les tengo en poco, que les reuno ó les despido según como me siento el genio, que más parecen mis criados que los diputados de Roma. Y esta Roma que cree en César, tendría hoy motivo, y talvez razón, para dudar de César? Iré al Senado.

En que ocasión estáis enfermo, Ligario amigo! dijo Marco Bruto, entrando misteriosamente en casa de Ligario. El enfermo se alza vivamente sobre los codos: si se trata de una empresa digna de vos, estoy sano y bueno, responde conmovido. De éstos eran los conjurados contra César. Casio había concebido la idea, y desde que la concibió, no vió caudillo más natural ni más llamado para la empresa que Marco Bruto; con ser que Marco Bruto debía la vida á César, con ser que Marco Bruto era el objeto del cariño y de los más finos miramientos de César. Huído Pompeyo, rotas sus legiones, César, dueño del campo y de la vida de millares de enemigos, no tuvo otro cuidado que averiguar por Bruto, manifestando la mayor inquietud. Ha muerto Bruto? preguntaba á todos; buscad á Bruto, traédmelo aquí! Bruto fué hallado, se le presentó al vencedor, el cual le colmó de honores, y desde entonces no le permitió se apartase de su lado. Este Bruto es el que conspira contra César. Sublime ingrato!

Bruto no conspiraba contra su protector, conspiraba contra el que él tenía por opresor de su patria; no tramaba la muerte del hombre grande, tramaba la del tirano de Roma. Qué mucho que su alma encumbrada se inclinase á la ruína del dictador perpetuo? Pompeyo le debía la muerte de su padre; y con todo, huyó de César y siguió á Pompeyo. Es que la justicia era el móvil de las acciones de este gran matador, y á la virtud iban á dar todos sus pensamientos.

El Senado está reunido: un triste silencio impera en el recinto de las leyes; los padres conscriptos están ahí como en un banquete fúnebre. Los patios del palacio, enchidos de gente, resuenan con murmullo sordo, la muchedumbre se apiña, sin saber lo que desea ó lo que teme. La predicción de Aspurina había ya despertado los ánimos, Roma estaba avizorando, y temblaba de lo que iba á suceder. Los conjurados entre tanto se mueren de angustia: la víctima no llega, el instante pasa, ¿qué hacer? Envíanle al instante una comisión: un amigo del dictador entra á su casa y dícele resuelto: César, el Senado se impacienta, murmura el pueblo; acudid á donde tan deseado sois. César acude: una muchedumbre inmensa le rodea, se estrecha en torno suyo, quiere verle, tocarle: César es el dios de Roma, el dios del mundo. El fatídico adivino acierta á hallarse por ahí. Hola, Aspurina, dícele César sonriendo; los idus de marzo han llegado.—Sí, responde el hechicero: mas no han pasado todavía. Sigue adelante el dictador, y entra en la sala: los senadores, respetuosos, se inclinan todos; la estatua de Pompeyo parece recibirle con respeto: pues no había llorado el uno sobre el otro, cuando le encontró en cenizas en las playas arenosas del Egipto? ¡Qué grandes enemigos!

Llégase Casca á César en ademán humilde, como quien va á pedir una gracia: una vez en junta suya, álzale el manto y le clava un puñal en el cuerpo. Malvado Casca, que haces! grita César, y tira por su espada. Caen entonces sobre él gran número de conjurados y le ciernen á cuchilladas. La víctima se defendió largo ra-

lo dando descomunales voces, tal que los senadores y el pueblo, todos estaban aterrados. Mas cuando echó de ver que Marco Bruto era también de los asesinos y le acometía por su parte, se abandonó á la muerte, arrojando un gran suspiro. Tú también, hijo mío? exclama lleno de heridas, y dejando de defenderse, va tambaleando á caer á los pies de la estatua de su yerno, que salpica con su sangre.

Los senadores inocentes huyen despavoridos; los conjurados salen blandiendo sus espadas sangrientas, llamando á grito herido á los romanos á la libertad. El pueblo está pasmado, no sabe qué hacerse: por una parte ve á su ídolo tendido ahí en medio de un charco de su propia sangre; al domador de los bárbaros, al generoso, al magnánimo César, al grande hombre vencedor del mundo, honor de Roma; por otra, Marco Bruto y Casio apóstoles de la libertad, dechados de virtudes, protectores del pueblo, exhortando á sus conciudadanos á unirse á su partido. César había deseado la corona, quiso volverse rey: esta era grave ofensa para el pueblo romano, que había dudado, mientras sus matadores no se lo persuadieron: pues muera César, vivan Bruto y Casio!

Pero Antonio no era extraño á estos acontecimientos; ahí estaba atisbándolo todo, viendo como debía obrar. Temiendo su adhesión á César, y sus grandes fuerzas, los conspiradores habían tenido la advertencia de sacarle fuera engañosamente. Vió Antonio muerto á César, pues fué de los conjurados. Mas cuando el pueblo vuelve en sí, y ve que César no existía, y cae en la cuenta de que se le ha quitado su gloria y su esperanza, pone el grito en el cielo, llama á César, maldice á sus verdugos, y corre á satisfacer su rabia en la sangre de los que habían vertido la del héroe. Pero éstos estaban ya puestos en cobro: los romanos entonces, armados de tizones encendidos, desmelenados, furiosos, corren por las calles llenando la ciudad de infernal vocerío: Adónde van? qué objeto tienen esos mechones ardientes? Van á incendiar las casas de los conjurados contra César, van á arrasar esas moradas malditas. Antonio ha arras-

trado el cadáver hacia fuera, lo ha colocado á vista del pueblo, ha sacudido á su vista el manto ensangrentado y le ha pedido venganza. Venganza! grita el pueblo; mas los objetos de su ira están ya lejos de Roma. La muerte de César fué un gran acontecimiento, no ya tan sólo en la tierra, pero también en el cielo, puesto que el sol mismo guardó un año de luto, y la naturaleza entera gimió lúgubremente, como quien había perdido el fruto más noble de su seno. Tal era la convicción del pueblo romano. Y en verdad, hay coincidencias que de puro extrañas vienen á ser misteriosas y á influir en el ánimo de los hombres: el gran eclipse que aconteció cuando la muerte de ese guerrero, y los males sin cuento que cayeron sobre Roma y el mundo cuando él hubo dejado de existir, son indicios claros de que los dioses sintieron la desgracia de su hijo predilecto, y de que reprobaron la acción de sus matadores. César no fué tirano, fué grande hombre: ambicioso, pero juicioso; terrible, pero magnánimo; inquieto, pero grande; grande en todo caso. Holló las leyes de su patria, se alzó con la libertad, éste fué su delito; mas para ese fin no empleó iniquidades ni crueldades, como suelen los tiranos; todo lo consiguió por obra de su inteligencia y su valor; y cuando se vió dueño del mundo, desenvolvió las dotes de su naturaleza sobrehumana. Nada ha olvidado sino las injurias, dijo Cicerón: *nihil oblitus nisi injurias.* Esta expresión del mayor de sus enemigos es ella sola una apología. Nada ha olvidado sino las injurias: olvidó la enemistad y la guerra que le movió ese mismo orador; perdonóle, llamóle á su lado, y para César no había cosa más regalada que oir á Cicerón en el foro, *o pro rostris* en la plaza pública. Olvidó, perdonó á Catón de Útica, y cuando supo su suicidio, manifestó un vivo y sincero pesar. Olvidó, perdonó á Casio y Bruto, los salvó en Farsalia, los volvió sus favoritos. Olvidó, perdonó á Quinto Ligario, ese conspirador enfermo, que si se trataba de matar á su amigo generoso, estaba sano y bueno. Mas no olvidó la grandeza del imperio; no olvidó la majestad y dignidad del Senado; no olvidó el amor del pueblo; no olvidó la justicia; no olvidó las leyes, des-

pués que hubo triunfado, nada olvidó, sino fueron las injurias recibidas. Esto no es ser tirano, ésto es ser grande hombre.

César revolvía grandiosos proyectos en su cabeza, cuando el puñal de Bruto cortó el hilo de tan preciosos días: proponíase declarar la guerrra y sojuzgar á los partos, eternos enemigos del Imperio, bárbaros que se habían burlado de las armas de los más insignes capitanes, que se reían de la civilización romana y la tenían por barbarie. Una vez rotos y vencidos estos formidables enemigos, pensaba atravezar la Hircania, costeando el mar Caspio y el monte Cáucaso: domaría entonces á Germania y las naciones vecinas, y volvería á Roma por las Galias, después de haber redondeado el Imperio, fijando el océano por lindes. (*) Después de la batalla de Farsalia, César se presentó victorioso en un instante por todo el universo, según el gran modo de decir de Bossuet. Después de la victoria de los partos, hubiérase otra vez presentado victorioso en un instante por todo el universo. He aquí en su pensamiento la gloria de Roma, grande idea, digna de aquel que, como un dios, se mostraba en un instante en las tres partes del mundo.

Proponíase también romper el istmo de Corinto, secar las lagunas pontinas, cambiar el curso del Anío y del Tíber y echarlos en el mar de Terracina, para proteger el comercio; proponíase todo el bien de su patria, y reinar en ella, si ella lo consintiese, mas como padre que ejerce sobre los hijos el derecho de la naturaleza, que como tirano que usurpa el de sus semejantes, quitándoles la libertad y la vida. Una vez muerto el dictador, encontráronse en su testamento generosos legados al pueblo romano: ni avaro, ni cruel, ni soberbio; franco, piadoso, afable, tales eran las dotes del hombre y del emperador. Cuando joven tuvo los vicios de la juventud: era el *marido de todas las mujeres de Roma;* tunaba, se festejaba algunas veces, tanto que Catón le llamó una ocasión *borracho* en pleno Senado. César no hizo sino reír y seguir galanteando á la hermana del austero romano.

(*) Véase á Plutarco.

Acusósele también de connivencias con Catilina; cargo que nunca se le pudo probar, y que no está en la naturaleza de las cosas: César había menester un gran teatro, una escena espaciosa y famosa para el estupendo drama que tenía en su imaginación: Roma y César eran una misma cosa, y Catilina tiraba nada menos que á la destrucción de Roma: Querría César por ventura la destrucción de César? Sin Roma, ¿qué hubiera sido del elevado ingenio, del valor sin límites, de la habilidad consumada, y en fin, de la ambición de César? César no fué cómplice de Catilina, el cual no los tuvo sino fueron los malvados de su misma calaña, los Léntulos, y Cetegos, los inespertos y engañados jóvenes á quienes el demagogo había seducido con embustes. Cuando entró en el camino de la grandeza, César fué ya otro: el conquistador de las Galias no es el lechuguino de Roma, que emplea medio día en acicalarse la cabellera; el vencedor de Pompeyo, no es el enamorado burlesco de la hermana de Catón. Puede presumirse en César lo que sucedió con Junio Bruto: éste ocultaba su amor por la libertad y el grandioso designio que abrigaba de redimir á su patria, bajo una fingida idiotez que le salvase la vida: el otro ocultaba su desmesurada ambición y sus descomunales esperanzas, so capa de ligereza y tunantería, que le mantuviesen á salvo de la mirada investigadora del más virtuoso de los romanos. Si éstos vivían persuadidos de que el sol guardó luto por César, claro es que le tenían en gran opinión, y no habían de ir á persuadirse de que la imagen de la luz eterna guardase duelo por un malvado, indigno de la mirada de los dioses y de la admiración de los mortales.

Luego Bruto hizo mal en quitarle la vida? Yo no lo dudo. Los que invocan el puñal de Bruto, no saben lo que dicen: Bruto no es más que un asesino de buena fe, un sublime asesino. Y cómo hubiera de haber hecho bien, cuando con la muerte de César muere para siempre la libertad de Roma? El triunvirato, Marco Antonio, Octavio, Lépido, obra son de Casio y Bruto. Por ventura estos republicanos lo conocieron después, cuando se vieron acosados por fantasmas, sin tranquilidad ni

placer, hasta que cada cual se dió la muerte con su mano.

La posteridad ha absuelto á Bruto, pero no deja de compadecer y admirar á César. Ha absuelto á Bruto la posteridad, porque su crimen fué obra de la virtud. Vió alzarse un amo en Roma, ciudad de los Cónsules, patria de los Escipiones, cuna de los Decios, y no lo pudo sufrir: hirvió su sangre, se le fué la cabeza, *su alma estuvo triste hasta la muerte.* Por la libertad de Roma quitó la vida á César, por la libertad de Roma sacrificó la suya. Bruto se equivocó: cuando pensaba salvar la libertad, la mató para siempre. Después de César, Roma no ha sido libre ni un instante: Augusto, Tito, Trajano, emperadores fueron, señores absolutos, y el Senado no era ya reunión de dioses ni junta de reyes; esclavos eran, libres y dignos, tan solamente en cuanto lo sufría el humor ó el capricho del monarca.

Ha hecho bien la posteridad en absolver á Marco Bruto, puesto que él hizo mal en conspirar contra Julio César. Ese Marco Bruto tenía en sí un dios por alma: no sufría sino lo bueno, ni aspiraba sino á lo grande. Erró; también erraron los ángeles, cuando suponiéndose iguales al Criador, se revelaron contra Él y batallaron con sus ejércitos en las profundidades lóbregas del caos. Pero en la vida de ese romano no hay acción reprensible fuera de esa: todo era en el justo; virtuoso, bueno, todo. Llora la pérdida de Roma; vence enemigos, y los trata como á amigos; destruye ciudades á pesar suyo, y gime sobre sus cenizas, como un profeta de la Biblia. Es guerrero, gran guerrero; y las vísperas de las batallas no parece en su tienda de campaña soldado, mas antes patriarca meditando acerca de los siglos y de la suerte de los reinos. La sombra de César se le aparece, y él la interroga con firmeza sobrehumana; pierde la esperanza de rescatar á su patria, y aunque victorioso por su parte en los Campos Filípicos, sube á un peñón solitario, arroja una mirada triste sobre el mundo, tributa á Roma su lágrima postrera, y se atraviesa el pecho con su espada. *¡Sublime tonto!*

No es el puñal de Bruto el que han de invocar los amigos de la libertad y la dignidad del hombre: éste no

es el *puñal de la salud*, no es el puñal sagrado. El puñal de la salud es el puñal de Sigeriano y Parteniano; el puñal de la salud es el puñal de Quereas; el puñal de la salud es el que mandó aguzar Cevino; el puñal de la salud....ah! esperad....el puñal de la salud es el de Carlota Corday. Si hay quien condene á estos santos matadores, ése es un asesino del género humano. Matad á Calígula, matad á Caracalla, intentad la muerte de Nerón, intentad y llevad adelante la de Marat, y no temáis el juicio de Dios: los hombres, injustos é inicuos casi siempre, pueden condenaros; en el tribunal supremo, estáis absueltos. Respetar la vida de cada uno de esos monstruos, ¿qué es sino sufrir la muerte de millones de inocentes? qué es sino ser cómplice de sus crímenes? qué es sino ser digno de su tiranía? Nerón quita la vida á su hermano, Británico muere por obra de la hechicera Locusta; Nerón obliga á morir á Séneca, su preceptor, su padre; Nerón diezma el Senado; Nerón trae al patíbulo á sus ejércitos victoriosos; Nerón sacrifica los mejores romanos á la avaricia de un eunuco ó al resentimiento de una cortesana. Nerón....qué más hace Nerón? Nerón mata á su madre, y apacenta sus ojos voluptuosos en el ensangrentado cuerpo! No será sagrado el puñal que se bañe en la sangre de esta fiera? no será santo el hombre que arranque al mundo de sus garras? Hasta ahora no he sabido que se haya hablado mal del proyecto de Flavio Cevino y de Africano Quinciano, y el mundo ha absuelto y canonizado á Carlota Corday: el que la trate de asesino, es asesino el mismo. Para que estas acciones sean tenidas por virtudes, y no por crímenes, no habrá sino que averiguar hasta donde se estendía la maldad ó la insensatez de un tirano. Si éste se lleva el freno y corre desbocado tras la ruína de sus semejantes, sin mirar en Dios ni en los hombres, matarlo! El cruel *timoratismo*, la ciega razón de algunos mal aconsejados teólogos han pretendido que los hombres no tenían derecho de libertarse de sus tiranos, por infernales que éstos fuesen; porque, dicen, si viven, es porque Dios quiere; si reinan, es porque Dios lo permite; si matan, es porque Dios lo tenía así dispuesto.

Esta sabiduría es la de Satanás; y dando que ese modo de discutir tuviese fundamentos de verdad, todavía irían fuera de camino; pues fácil sería someterles con sus propias armas. Si las víctimas se indignan, es porque Dios lo quiere; si un salvador se alza de entre ellas, y con el brazo levantado se arroja sobre el tirano, es porque Dios lo permite; si el tirano cae teñido en su propia sangre, y allí queda presa del demonio, es porque Dios lo tenía dispuesto.

El hombre tiene derecho á la propia defensa, y á todo corazón bien formado le toca libertar á sus semejantes de un azote arruinador. Advertid que hablo de esos tiranos de más de la marca, de esos que hacen daños por mayor, de esos que, haciendo tiras la justicia con los dientes, se disparan furiosos á robar y matar, violar las cosas más sagradas y vender su patria: si á éstos se les dejase con vida y mando largo tiempo, el género humano ya no existiría, el mundo sería un vasto campo de huesos de novecientos millones de hombres que viven difundidos en la circunferencia de la tierra. Estos tiranuelos que se contentan con hurtar y rasguñar; que ponen insidias y arman redes en donde sólo ellos caen, éstos no pueden equipararse con los otros; y si no mueren en el cadalso, juzgados por el juez, condenados por la ley, sus víctimas deben contentarse con imposibilitarlos, marcándoles con hierro candente, señalándoles en el rostro, no como á tiranos, sino como á malhechores, para que giman por ahí en algún rincón, y se arrepientan, y se hagan perdonar de Dios.

Los que tachen mi modo de pensar, sepan que el senado romano declaró por un decreto á Escipión Nasica *el más santo de la ciudad*; á Escipión Nasica, matador de Tiberio Graco. Y eso que Graco era grande hombre; pero el senado no lo pensaba así; y declaró *santo*, el *más santo* de todos, á un matador. La sangre de los enemigos del linaje humano ha corrido siempre con aplauso de los buenos.

Soy de parecer que nosotros no debemos matar á nuestros tiranuelos honrándoles con *el puñal de la salud.*

Si un pueblo es oprimido, maltratado, estragado por el ahinco destructor de un malvado fuerte, levántese ese pueblo y dígale: Llegó tu día, vas á morir, malvado! Hay conjuraciones santas: el que al frente de una vasta porción de ciudadanos se lanza hacia el tirano apellidando libertad, y le mata con su mano á medio día y en la plaza pública, no es asesino; será conspirador, en buena hora; pero grán conspirador, benefactor de la especie humana; familia de Séneca, cómplice de Quinciano, amigo de Carlota Corday, bueno y glorioso personaje. Este conspirador ha de estar callado y quieto en un pueblo vil, digno de la tiranía; porque el primer *patriota* á quien se descubra, ha de ir corriendo á decir asustado á su mujer: Jesús me ampare! fulano quiere asesinar al prójimo! Conspirar contra Calígula, levantar un pueblo todo, y á la luz del dia declararle enemigo del género humano, no es *asesinar*. Tácito llama grandes hazañas á esos hechos (*principium tanti facinoris capessivere.*) El hombre de bien y patriota verdadero no tiene en ciertos lugares más salvación que su silencio: toda idea generosa comunicada á los otros es un diamante echado en un barrizal; es el precioso canda sembrado en las Lagunas Pontinas. Eres cuerdo? calla y permanece inmóvil: tu reino no es de este mundo.

Si los emperadorcillos ruines de la América del sud fueran buenamente pagando sus crímenes en donde y cómo deben, no lloraríamos tantas calamidades y miserias: cada pueblo debe ser un tribunal, cada ciudadano un juez, y en la calle por donde acostumbre pasar el presidente, se debe pintar un cadalso negro que lo vea cada día. Así serían buenos talvez. Pero qué es ésto de atropellar por todo, sin curar de vidas ni haciendas, empleando los códigos en estopas para fusilar á los que á ellos se les antoje, enviando á destierro á buenos ciudadanos, sin más que el mal corazón ó las erradas conveniencias de los que mandan? Y luego los oprimidos no pueden dar un paso ni decir una palabra: el presidente, lo es para su comodidad, para su orgullo y su riqueza, y para mal de todos los demás; con lo cual pervierten las máximas de la política y los fines de la asociación civil;

pues la ley natural supone que el que manda hace un sacrificio, que se desentiende de su propia felicidad, y se consagra á la de los que están sujetos á su gobernación. "Toda autoridad se avienta, por decirlo así, afuera," dice un filósofo: no se da ella en bien de los que gobiernan, sino en el de los gobernados. Por aquí, la nación es una hacienda de los que mandan, los ciudadanos, esclavos ó peones, á quienes es preciso tratar según el sistema de la China, *palo y látigo*. Ah repúblicas turcas.... bien quisiera yo una conflagración universal, un terremoto que nos destruya de cimientos, para que después de algunos siglos volvamos á venir al mundo dignos de la civilización y del Criador que nos hizo á su semejanza: á esa semejanza que la perdemos cada día por nuestras infamias y maldades. El cielo se contrista, el infierno se sonríe, cuando echan los ojos á esta desdichada parte del mundo.

LA MUJER.

Entre las necedades de los hombres, ninguna de más tomo que el haber dudado acerca de la naturaleza de la mujer; y entre sus desvergüenzas, ninguna más digna de castigo que el haber sugetado á votación el alma del bello sexo. Pero la tenían los que discutían y votaban? Si la mujer no tiene alma, no hay porque la tenga el hombre, pues dijo el Criador: "Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza;" y el Criador lo entendía del hombre y la mujer, ó de la especie humana.

Hagan y digan los concilios lo que quieran, nosotros remontémonos al Olimpo, y veámoslo cubierto de grey femenina, rebozando en deidades seductoras, que se dividen el Empíreo por iguales partes con los dioses. Y aun así, ellas tienen lo mejor: Júpiter lanza el rayo, mas la sabiduría es dote de Minerva: el uno la fuerza y el poder, la otra el consejo y la previsión; el uno el fruncir las cejas y hacer temblar cielos y tierra, según el sublime verso de Homero, la otra el tomar las cosas en su mejor aspecto, el decidirlas conforme á la eterna sabiduría: el uno el destruir y el vengarse, la otra el castigar con mesura, el perdonar con clemencia. Bien conocieron los hombres primitivos la naturaleza de la mujer, cuando la invistieron de las prendas con que brilla esa divinidad, y por Dios, que más veneración alcanzaba entre ellos Berecintia que Saturno, y la púdica Diana era más querida que el enamorado Febo.

Si bajamos á la tierra, encontramos al sexo débil el más fuerte desde los primeros tiempos: el pronunciar los oráculos divinos, casi siempre fué empleo de mujeres; el mantener el fuego sagrado, de mujeres; el inspirar á los legisladores y á los reyes, como ninfas ó magas tocadas del espíritu celestial, de mujeres. Con que si los dioses hablaron, hablaron por boca de ellas; ellas fueron las intérpretes de su voluntad soberana. Apolo no se abre por lo común en su templo al sacerdote: la

pitonisa que poseída del furor divino pronuncia las verdades eternas y advierte las futuras, mujer es; la Sibila que descubre los hados al pío Eneas, mujer es; la que presenta al rey de Roma los libros de la sabiduría, mujer es; mujer Beleda, que trata con la Divinidad, y vive oculta de los hombres en una torre solitaria.

El sabio Numa no entró en conversaciones con Mercurio, ni tuvo citas con el padre de los dioses; y eso que iba á dar forma á un gobierno, y á discutir acerca de la política y de las leyes que más conviniesen á su reino: sabio era Numa; quiso más bien ponerse en contacto con la Divinidad por medio del sexo femenino, y se enamoró de Egeria. Los romanos le creyeron: Numa tiene amores con una ninfa; el cielo le habla por su boca; cuanto hace y manda al pueblo, decretos son de la eterna Providencia. En avanzada noche el rey desaparece del palacio, nadie se atreve á seguir sus pasos: Egeria le espera un una gruta, en donde una agua pura y murmullante brota de la peña viva: plantas trepadoras, flores aromáticas la cubren con su frondosidad, y cuando Numa penetra en la fresca gruta, los romanos esperan en religioso silencio las instrucciones superiores que su rey ha de recibir de su inmortal querida. Egeria cierra el templo de Jano; Egeria comunica á los corazones los blandos movimientos de la paz; Egeria vuelve religioso al indiferente, sufrido al impaciente, ciudadano reposado y misericordioso al sanguinario y feroz discípulo de Rómulo. Egeria! Egeria! es la voz que cunde en Roma durante cuarenta años.

Los helenos primitivos llamaban á la mujer á todos sus espectáculos, y era ella la parte principal en todas sus solemnidades, así religiosas como políticas ó de puro entretenimiento. En Esparta se oía su dictamen en el consejo, y tenía voto en materias de gobierno: en la casa, la mujer era todo, y el marido le debía el más completo sometimiento, pues la educación de la esparciata nada daba que temer, y el hombre estaba libre de una caprichosa tiranía, ó de una indeliberada y peligrosa conducta. Licurgo había formado á la mujer por medio de sus leyes; la mujer formaba al hombre. Cómo es que pre-

domináis sobre los varones? preguntó una ateniense á Gorgo, madre de Leonidas.—Como que nosotras sabemos parirlos, respondió la espartana. Si, en Esparta las mujeres parían hombres, y los sabían criar, y educados por ellas, eran Ajises, Leonidas y Brasidas.

Las épocas más brillantes de las naciones fueron siempre aquellas en que más preponderaron las mujeres, tales como la de Pericles en Atenas, la de los Escipiones en Roma, y en los tiempos modernos, la de las Sevigné, las Laffayette y las Estael en Francia. Aspasia es una cortesana, y los filósofos de más nombre van á su casa á ilustrarse en la sabiduría, no en la prostitución: Pericles aprendió de Aspasia la elocuencia; Sócrates tuvo en mucho su amistad, y no sacó poco provecho de sus filosóficas visitas. En los días más cultos de Roma, los grandes hombres acudían al estrado de las mujeres distinguidas á tomar lecciones de la lengua y de filosofía, sin contar con que las matronas romanas alcanzaban de los hombres veneración casi igual á la que rendían á los dioses. Las vestales gozaban mil privilegios; eran una suerte de pontífices, que merecían el respeto del pueblo, principiando desde los gobernadores de la República. Cuál no sería el culto que se rendía á las mujeres en Roma, cuando el senado mandó al pretor á casa de Urgulania, mujer particular, á recibir las declaraciones para que se le había llamado? Urgulania, soberbia, y bien poseída de los fueros de su sexo, negose á comparecer en el senado por testigo de verdad; y el senado, lejos de dejarse arrebatar de la ira y dictar medidas violentas, se allanó á enviar al pretor, magistrado de gran suposición, á casa de un testigo. Y ésto reinando Tiberio, ésto es, cuando las virtudes andaban por puertas ajenas, y el vicio en todas formas se había enseñoreado en Roma. El príncipe, el senado, el ejército, el pueblo, nobles y plebeyos, todos iban por el mismo camino: recordar á Bruto era delito de lesa majestad; nombrar á Casio, incurrir en pena de la vida. El emperador había hecho pintar en sus salas la Impudicicia, en las variadas y horribles posturas que su cortejo Etifacles imaginó por orden suya; y lo que hacía el emperador hacían los imperados, las víc-

timas imitaban al verdugo. Roma era una vasta centina de vicios, en donde el libertinaje, el soborno, la calumnia, la delación hervían á todo fuego: las virtudes habían huído al vuelo de ese clima infestado por el aliento de Tiberio; y sólo una virtud se dejó estar inmóvil, como el dios Término,—el respeto á la mujer: todo lo osaron los romanos, menos despreciarla; todo lo intentaron, menos abatirla: esa deidad, siempre la misma, ora salga y se encamine silenciosa al ejército de los Volsgos, á postrarse á los pies de Coriolano ó á mandarle como reina, ora suba en carro triunfal al Capitolio, infringiendo las leyes y costumbres de sus antepasados. (*)

Si volvemos á los griegos, vemos á la mujer endiosada por ellos, árbitro del honor y la gloria de los hombres: Corina arrebata á Píndaro la diadema de laurel en las justas literarias, y la que ya brillaba por la hermosura, hace también suyo el premio de la poesía. El vencido dijo en su despecho que los griegos habían cometido injusticia para con él, que se habían dejado cohechar por las promesas de su rival, y que le defraudaban á él el prez de la victoria. Mal mirado Píndaro! No pudo someterse al juicio de los jueces, con tanta mayor cortesía, cuanto que su adversario era una bella joven que por fuerza había de vencer ¿Cómo quería triunfar de una Corina? La más grata victoria para él hubiera sido cedérsela urbanamente, puesto que él fuese superior: de ese modo, habría sido vencido victorioso, cuando con su despecho y sus vociferaciones se manifestó indigno de esos triunfos. Si es verdad que los griegos cometieron injusticia dando la palma á Corina, auto en favor: eso prueba las contemplaciones que se tenían por la mujer, y los miramientos que la enaltecían sobre los hombres.

El premio de la victoria en los juegos olímpicos no consistía tanto en una corona gramínea ó un vaso de oro, cuanto en los aplausos con que honraban al vencedor las beldades, testigos de su gloria. Alcibíades se lanza en

(*) Agripina madre de Nerón se atrevió á subir al Capitolio en carroza tirada de caballos; gran desacato que ninguna mujer había cometido hasta ella, y que escandalizó á los romanos.

su carro tirado por yeguas leves y ligeras como el zéfiro: mil ojos le siguen, mil corazones palpitan y se van tras él: vuela el mozo, alcanza, traspasa á sus rivales, y cuando ha llegado al término, vuelve acompasado y grave á recoger miradas y suspiros de tantas y tan hechiceras jóvenes como tienen á honra el ser vistas por el hermoso libertino.

Los Sámnites tenían concursos donde las virtudes eran puestas á prueba: los viejos examinaban y votaban; los jóvenes, objeto eran del examen y de la recompensa. El más valiente, más cuerdo, más merecedor tenía el premio: ¿qué premio? La muchacha que él eligiese entre todas las de la nación. La mujer es la más fina y cabal presea; no hay cosa que más valga: así lo creyeron los Sámnites, cuando la mayor cosa á que podía aspirar el más completo joven, era la mujer que él eligiese para casarse con ella. Después seguía el que hubiese obtenido mayor número de votos que el primero; después el otro, y así los más cumplidos muchachos iban eligiendo á las más bellas niñas, y seguramente satisfacían los anhelos de su corazón, pues cuando se empeñaban en ser buenos y virtuosos, ya las tenían en él. Si estas poéticas y dulces antigüallas hubiesen de revivir entre nosotros, habría menos cobardes, menos bribones, menos viles; porque ¿quién no pondría el pecho al peligro, quién no ensayaría el honor, quién no practicaría la dignidad para llegar al blanco de sus anhelos? ¡Oh premio inestimable! Ya me figuro en una gran junta de jóvenes y viejos, averiguando los unos las buenas acciones de los otros, declarando á éste el más justo, á ése el más honrado, á aquel el más valiente de todos, y diciendo á los más merecedores: Elegid! Y como las más bell[illegible] y honestas rapazas están ahí, el muchacho más cabal clava los ojos en la más perfecta, pronuncia trémulo su nombre, y los jueces se la dan por esposa y compañera de toda la vida.

Es verdad que las virtudes suelen alcanzar honores, pero no es lo común, y muchas veces los que más merecen alcanzan menos: las preocupaciones son vicios, no hay duda: los vicios son contrarios de las virtudes, por

eso las preocupaciones no miran en ellas. Llaman ciega á la fortuna; yo la llamaría también tonta: el ciego acierta alguna vez, el tacto le sirve de vista: el tonto, jamás. De aquí proviene que la fortuna sea mala aparejadora, madrina de uniones deslayadas, que no sabe á cual da ni á cual deja de dar, árbitro inicuo en cuyas decisiones prepondera la injusticia. Si la costumbre de los Sámnites fuera también costumbre nuestra, cuántos y cuántos zompos que gozan á banderas desplegadas del bien que no merecen, se consumirían en desventurada soledad? Pero todo viene revuelto en el mundo; ya no se pregunta: Á cuántos injustos enemigos de la patria has quitado la vida? Cuántas veces valiste al desvalido, socorriste al indigente? Qué has hecho por el género humano, ó cuando menos por la nación, ó cuando menos por tu familia? Veámos los efectos de tu valor; manifiesta tu propensión á la justicia; declara tus actos ó palabras que redundaron en bien del procomún. Tienes apego á la verdad, jamás la ocultas? no yeres á tus semejantes con armas ni con palabras? eres modesto, acompasado en tu conducta? no antepones tu provecho á la justicia? Si respondes á mi satisfacción, ahí está mi hija, tómala. Como ella es honesta, modesta, diligente, todo lo que el hombre de bien ha de apetecer, necesita un hombre digno, pundonoroso, de valor, y de valer por sus prendas personales. De talento no hablo; eso no es mérito del que lo posée; favor de la naturaleza, he ahí todo; así como no es mérito la hermosura, sino se la realza con la virtud. Todo lo que el hombre adquiere por su voluntad y sus esfuerzos, es una recomendación, puesto que sea cosa honesta: la sabiduría, la instrucción, la prudencia y la modestia que proceden del estudio, son verdaderamente prendas que realzan á quien las posée. Posées estas prendas? Ahí está mi hija.

No, ahora lo que se pregunta es, *cuánto tienes*, en primer lugar; en segundo lugar, cuánto tienes; y en tercer lugar, cuánto tienes: el dinero es talento, el dinero honradez, el dinero valor: y como él no entra en los tesoros del alma, los ricos de espíritu, por la mayor parte son pobres de materia. ¿ Qué importa? ellos ha-

bitan otro mundo, en donde las cosas corren de manera que su suerte es de las mejores. Dicen de Pericles qué no quiso dar por mujer una hija suya á un hombre opulentísimo de Atenas, y que reconvenido por sus amigos, respondió: Mi hija ha menester un hombre que necesite riquezas, y no riquezas que necesiten un hombre. Sabio Pericles!

En Candía era al contrario; las muchachas elegían sus maridos á su voluntad, cuando habían conquistado este precioso derecho con su buena índole y su impoluto proceder. ¿Y no es para notarse que esta rara costumbre prevaleciese también en América entre los bárbaros anteriores á la conquista? En la antigua Nicaragua se practicaba lo que en Candía, y las mujeres eran dueños absolutos, precisamente en el negocio que más las ocupa, negocio que dice el bienestar ó la desventura de su vida. Mujeres hay de desvariado juicio, es cierto; pero dudo que si ellas en general tuvieran el poder de elegir sus cónyuges, los fueran á buscar entre los ruínes: prevalecerían las virtudes varoniles; no serían postergados los mejores. Dicen que el talento las seduce desde luego: Chateaubriand pretende haberse ganado el corazón de una niña, siendo ya él muy entrado en edad: pamplinas: la juventud es requisito indispensable en el amor, y un viejo sabio no puede grangearse sino el aprecio y el respeto de la gente moza. Si el valor acompaña al talento, cosa por extremo rara, ya el hombre cuenta con más franca entrada en el pecho mujeril: el gallardo denuedo puede en ver ' .. mucho con ellas, si es que la inteligencia le arrebola con sus tornasoles; pues el ímpetu disparado, sin freno de razón, allá se va con el arrojo de los animales: el valor por sí solo nada puede, del mismo modo que la inteligencia, sin su apoyo, es dote incompleta, que poco contribuye para la felicidad. No vemos ingenios prostituídos á la codicia, rendidos al temor, esclavos de la infamia? Nada vale la cabeza llena, estando vacío el pecho: empero el ingenio y el valor forman consorcio digno de los dioses, cuyo fruto es muy preciado. Ingenio cualquiera tiene: valor, también muchos; mas valor é ingenio todo junto, es don que escasea, y que

la naturaleza reserva á sus predilectos. Julio César fué amado de casi todas las mujeres de Roma; Julio César era ingenioso y valiente: Alcibíades era perseguido por las más bellas y principales señoras de Atenas; Alcibíades era ingenioso y valiente: era además bello, *el más bello de los griegos;* ¿qué mucho que las Frines se muriesen por él? Pues la belleza es otra prenda para con las beldades femeninas, y puesto que sea la última en el concepto de los filósofos, á todo mi parecer, es la primera. Entiéndase que junto con la belleza del cuerpo ha de venir la del alma, como que la perfección física divorciada de la moral, entrará por muy poco en la opinión y el cariño de las mujeres. Las estatuas de los antiguos griegos habían ingerido amor alguna vez en el pecho de la humana criatura: cuéntase de un niño que vino á enamorarse perdidamente de la Venus de Praxiteles, y que de noche iba á llorar junto á ella, cubriéndola de besos. Era que esas estatuas tenían alma en cierto modo, visto que el cincel de esos maravillosos artistas había sido templado y afilado por las divinidades del Olimpo. Todavía es más para admirar el amor de Pasifae por el toro: pasión absurda, originada y sustentada tan solamente por la belleza material, y acaso atizada por el demonio de los sentidos. Pero en fin, raras cosas son ésas, y no vemos que las mujeres anden perdidas de amores por toros ni estatuas, cuando ninguna se escapa de entregar su corazón á algún dichoso mancebo.

Con que la hermosura es otra causa de amor, y si ella viene á un paso con el ingenio y el valor, el mortal dichoso que reuna en sí esas tres llamas celestiales, abrazará el mundo, y no habrá mujer hermosa ó fea, que no dé por él la vida. La noche del desposorio de Abdul Motaleb, padre de Mahoma, con Amnisa, doscientas muchachas árabes de las más nobles tribus murieron ó se mataron de celos y desesperación. Es una virtud confesar nuestras flaquezas, ¿no es verdad? soy poco envidioso; mas confieso que Lord Byron me ha quitado el sueño, como los laureles de Milcíades desvelaban á Temístocles; pero este Abdul Motaleb, me ha muerto de envidia. Diablo de árabe! qué hechizos ponía en juego

para ser amado de todas las mujeres? El haber causado la muerte á doscientas princesas, es verdaderamente suerte de envidia. Pues el padre del profeta era ingenioso, valiente y sobremanera hermoso.

Luego es evidente que las jóvenes de la isla de Candía y las de la antigua Nicaragua escogían siempre al más digno de ellas, y que eran preferidos los más cumplidos mozos. Por donde se ve que ellos habrán hecho lo posible para merecer esa elección, y que, ya tengan el derecho de ese noble escogimiento, ya sean el objeto de la parcialidad femenina, siempre tendían á las virtudes y á la perfección moral. Institución verdaderamente sabia, si las hay, que aseguraba á la grandeza de alma el galardón de su excelencia, y que posponía á los viles y para poco, de quienes suele ser la mejor parte en estos tiempos y estas costumbres pervertidas.

En uno y otro caso, la mujer era tenida en mucho en esos pueblos, ya que ella era la piedra de toque en la cual se averiguaban los quilates del varón, cuyas acciones todas se encaminaban á merecer su estima. En los siglos venideros, tan lejos de perder algo las mujeres, crecieron en ascendiente, y su influencia llegó á ser en un todo decisiva. La andante caballería, el hidalgo galanteo, las justas, cañas y torneos, todo era en bien y en honra de las damas, y tal la devoción que los hombres les tenían, que cuando faltaba una gran cosa que hacer por ellas, se proponían duelos en su honor, para matar el tiempo. Un duque de Borbón propuso un desafío á muerte á cualquier caballero que aceptase su reto, como un homenaje á las señoras sus conocidas y parientes. Las estacadas en donde entraban esos misteriosos donceles, armados de todas armas, calado el morrión y baja la vicera, con la espada y la lanza bruñidas, montados en negros bridones que relinchan al reconocer el campo, todo era galanteo, caballería amorosa; pues el motivo procedía las más veces de una mujer, y el fin era una mujer: una mujer pone las armas en la mano, una mujer ciñe la corona al vencedor; por una mujer contienden dos caballeros, por ella muere el uno y el otro vive honrado y feliz con el alcanzado premio. *El paso*

honroso fué un homenaje á las mujeres: Suero de Quiñones es un Don Quijote de juicio, un sublime Don Quijote, que expone su vida y la de sus amigos en honor de las damas: ¿acaso esos adalides emprendían esas poéticas locuras por otro motivo ni con otro fin que el de vengar á una señora agraviada, ó el de agradarla por medio de sus corteses gallardías? En esos tiempos de amor y de finura no hubiera habido delito mayor ni más infame que el desaforarse contra una mujer: los varones hacían gala de protegerla, y á gentileza era tenido el padecer, y aun el matarse por ella. No como en estos tiempos, y en algunas naciones semibárbaras, en donde los tiranos no miran en la belleza ni en la debilidad mujeriles, y dejan caer su brazo así sobre la fuerte como sobre la inerme víctima. Donde el fuero de la mujer no se ha fiado por las costumbres, y los varones no la respeten como á una deidad tutelar, la civilización no reinará sino á medias, y por fuerza y razón seremos broncos y retrógrados, por mucho que nos andemos llamando civilizados y refinados pueblos.

El respeto á la mujer no consiste en un ciego avasallamiento á sus caprichos y á su voluntad absoluta, que no siempre suele ser acertada: la educación es la primera grada de su trono: dejarla gozar de sus derechos, obligarla blandamente á cumplir sus deberes, he aquí la educación de la mujer. En llegando á su perfección moral, ya puede tenerse por árbitro de las costumbres y de las acciones de los hombres. Su imperio es blando y grato, porque su imperio es el del amor: ella no manda, obliga con tiernas insinuaciones; no reprende, hace ver las faltas, y nos castiga con benignas sonrisas; no sirve de tirano, sino de freno moderador de nuestros disparatados impulsos. Si nos dejásemos llevar por ellas, seríamos menos desgraciados: las mujeres no juegan, no beben, no riñen: el tahur no oye jamás á su esposa; ruega, llora ésta, le habla de sus hijos, le pone de manifiesto la miseria que va llegando, la deshonra que ya pesa sobre él; nada, sigue jugando, desprecia los consejos y los ayes de su mujer, y consuma su ruína. El bebedor es áspero y terrible con su esposa; ésta, tierna, suave,

suplicante con él; inundada en lágrimas le ruega que acabe ese camino de perdición, que vuelva á la hombría de bien y la dignidad antes profesada; se le cuelga al cuello, redobla sus súplicas, y por ver si vence, aplica ruborosa sus labios á los de su indigno marido; nada; recházale éste con rudeza, ó la engaña con fingidas promesas, y sigue bebiendo y consuma su ruína. La mujer media en las riñas; amiga de la paz, por ahí se anda derramando lágrimas, procurando acomodar á los contendientes, borrar las disidencias, volver á la perdida concordia. Con que si el tahur oyese á su mujer, dejaría de jugar; si el bebedor oyese á su mujer, dejaría de beber; si el camorrista oyese á su mujer, huiría las ocasiones, sería buen padre, pacífico ciudadano, y como tal, querido de sus deudos y amigos, respetado de la asociación en general. El llanto de la mujer tiene generalmente un santo motivo y se encamina á un noble fin: llora por enmendar á su marido descarriado; llora por echar por buen camino al hijo: el padre le hace llorar con las dolencias y miserias de la senectud; el hermano le hace llorar con sus vicios ó con sus peligros. Si alguna vez derrama lágrimas de soberbia, conviene disimular y contenerla con blandura: la paloma también se enfurece alguna vez y da picotazos á la mano que se le acerca: ¿acaso se la corrige ni se la doma con rigor? no, su índole es rendirse á la dulzura; y cuando se le pone por delante la razón en buenos términos, es cierto que se triunfa de su orgullo y su capricho.

Pienso que si la influencia de la mujer sobre el varón fuera de todo punto nula, éste sería un animal feroz é indómito, que no conociera las dulzuras de la vida, y anduviera tropezando con todas las penalidades y miserias. Poco más ó menos ésto sucede en los países donde la religión ó las costumbres consagran la poligamia, y donde por consiguiente la mujer es una propiedad, un trasto de que se sirve el hombre en sus bestiales impulsos: tales son los pueblos mahometanos, tales las rancherías salvajes de África, tales algunas tribus del Nuevo Mundo, que ni las luces de la filosofía han alumbrado, ni los destellos del cristianismo llegan todavía á sacarlas de

las tinieblas en que viven, más del demonio que de Dios. El invencible obstáculo que oponen á la civilización los pueblos de Asia, es el amor á la poligamia, como lo han echado de ver los misioneros cristianos. (*) La poligamia mantiene envilecida á la mujer, que debiendo ser igual al hombre, permanece esclava, encerrada entre las paredes de un cerrallo, sin tratar con más ser viviente que con el estragado y embrutecido dueño, ó con los eunucos que la custodian látigo en mano. Las mujeres son nada, en Turquía, por ejemplo: máquinas vivas para los placeres del hombre bruto, son feriadas en junta de los ganados en las plazas públicas y compradas por los ricos musulmanes, pasan su vida en una espléndida cárcel, condenadas al desamor perpetuo, á la insensibilidad y al embrutecimiento. Acostumbrado á muchas mujeres, el hombre mismo no puede amar; y donde no reina el cariño, difícil es que reine la concordia. Una familia turca es un conjunto de barbaries: si de príncipes y soberanos, todos los hermanos esperan que el primogénito les saque los ojos cuando suba al trono: si de ricas personas particulares, el padre compra hermosas esclavas, y ocupado en abismarse en la concupiscencia, descuida á todos los que no le favorecen en ella: si de pobres, el desnaturalizado viejo vende á las niñas, y las entrega por dinero á la salacidad del Gran Señor ó de los turcos prominentes. Qué abismo, qué infierno! Y todo porque la mujer no ocupa su lugar; porque el hombre le usurpa su trono y la tiene esclavizada. Si el Evangelio penetrase esas regiones, lo primero que haría sería redimir á la mujer: ella libre, todo lo demás correría de su cuenta.

No ha mucho tiempo, en Rusia, la mujer era víctima de la misma suerte que en las naciones donde reina el islanismo. Para ver de casarse, el hombre la compraba á precio de oro; y como la hacía suya por su dinero, la conceptuaba cosa, propiedad, no persona ni compañera en los gustos y sinsabores de la vida. Las faenas más fatigosas pesaban sobre el ente de menos fuerzas: se la uncía al yugo junto con el buey, traía á cuestas pesos

(*) Virey. Histoire naturelle du gendre humain.

enormes: servía de acémila, de can: su suerte, peor que la del bruto, pues éste nació para estas cosas, al paso que la otra siente dentro de sí el espíritu divino, y se vé tratar por su tirano como si no fuera de su misma especie. Las mujeres no hallaban cabida en ese bárbaro imperio, no digo en las deliberaciones de los hombres, pero ni en sus pasatiempos: estaban para servirles, obedecerles, y tras ésto sufrir los embates del genio varonil, ciego y pesado, cuando no se ha sometido á ese moderador benigno y suave, es á saber, la palabra, la mano de la esposa. Quién lo creyera! la prueba más clásica del amor conyugal eran el palo y el puño del marido; el cual si medianamente adicto á su mujer, había de medirla el cuerpo con los pies siquiera una vez por semana. Si no mediaba este indicio de cariño, esta manifestación de respeto, la esposa lloraba amargamente la desventura de verse despreciada ó aborrecida por su consorte. (*) Así, la falta de educación pervierte la naturaleza, en términos que lo justo viene á parecer injusto, lo puesto en razón disparatado, bajo lo noble, negro lo blanco.

Nació un grande hombre en Rusia, y todo fué diferente: Pedro el Grande estendió su mirada de Providencia sobre la sociedad, las leyes y costumbres de su patria, y echó de ver al punto que esa vasta porción de hombres era una vasta porción de bárbaros, vasta porción de criaturas degeneradas é infelices. Se propuso desempantanar á sus compatriotas, y contemplándose á sí mismo, vió que era capaz de esa sublime empresa; y como un genio le inspiraba, dió al instante en el toque de la dificultad. Arrancó á la mujer del sumidero, le dió derechos, prerogativas: la volvió privilegiada, de sierva que hasta entonces había sido. Llamóla á su corte, la enseñó á vestirse con elegancia, andar siempre bien traída, hacerse respetar y amar por el hombre. Trasplantó á su reino los usos de los pueblos cultos, y con ellos, la estima y consideración por el bello sexo fueron ya una ley para el poco antes rudo moscovita.

Me acuerdo haber oído á un hombre de mucho ta-

(*) Lettres Persiennes.

lento, al mentor del gran Bolívar, que no había sino dos hombres grandes en el mundo: Pedro primero de Rusia, y Simón Bolívar: á Napoleón le llamaba títere, á Alejandro borracho, á César libertino. Parece que discurre Diójenes, despreciador de los hombres. Habrá desdén en ese modo de pensar, pero no hay exactitud; pues si el macedón y el romano son libertinos y borrachos solamente, cualquier otro filósofo tendrá derecho para llamar tonto á Pedro el Grande. Don Simón estaba lleno de Bolívar, y para él no había otra persona en el mundo: tenía razón el buen viejo en lo que toca al venerarle; pero no la tenía en desdeñar á los demás. *Títere* Napoleón! Buen títere que da trancadas de gigante por el mundo, va pisando en los tronos de los reyes, derribando sus solios con su varilla mágica, y guardando en la faltriquera las coronas de Europa! Encadena á la revolución más estupenda que los hombres hayan llevado á cima, la trae á sus pies, y allí la tiene bramando, pero inmóvil: títere. Vibra su espada en lo alto, y los monarcas se quedan fascinados y aterrados: títere. Echa á andar, y los mares se cierran, y los montes se abren para darle paso, y los hombres caen á su presencia: títere!

Sea de esto lo que fuere, Pedro el Grande es un grande hombre: venció al temerario Cárlos, afirmó la independencia de su patria, civilizóla y encumbróla en poco tiempo hasta el extremo de ponerla par á par de los mayores y más refinados pueblos. Venció por su valor, aprovechó de la victoria por su ingenio, civilizó por medio de la mujer: ésta, ésta es su gran obra, su obra maestra. Las mujeres de Sanpetersburgo son ahora parisienses: instruídas, hacendosas, elegantes, amables: dominan en los hombres por la razón y el amor; ¿qué mucho que Rusia sea hoy nación civilizada, una de las cinco grandes potencias de Europa? La mujer es una Circe: transforma en cochinos á los hombres, y en hombres á los cochinos: si se la oprime, se la envilece; y de su envilecimiento nace la barbarie del hombre. Si se la respeta y protege, sin caer en cuenta, pule al hombre, le hace digno de ella y del Criador.

Los galos, como los antiguos esparciatas, pedían á las mujeres su dictamen en cualquier asunto, grande ó pequeño, y su juicio era por ellos respetado, hasta el extremo de ser decisivo. Muchas victorias debieron á sus mujeres. Éstas les siguen al campo de batalla, y permaneciendo cerca de ellos, les animan á la pelea con gritos y ademanes heroicos, les infunden valor y fuerza, invocan á los dioses, y reenfurecen á los guerreros, cuando con ruegos, cuando con amenazas. Si á pesar de sus patrióticas exhortaciones vuelven las espaldas, ahí es el descubrirse el seno, el mostrar los pechos de los cuales están suspendidos los parvulitos hijos suyos, el perorarles con ahincada elocuencia sobre que vuelvan al combate, pues de ser vencidos, todo aquello sería presa del enemigo victorioso. No hay trepidar: á tan cruda memoria, padres y maridos vuelven á la carga, trabucan á los contrarios, y amontonan muertos sobre muertos. No son las mujeres las que vencen?

Los galos y germanos tenían bien creído que la Divinidad se comunicaba con ellas; por donde éstas alcanzaban exquisitos miramientos de parte de los hombres, llegando la veneración á punto, que á ellas mismas se las conceptuaba entes divinos, que por puro favor habitaban con los mortales. Beleda es una sacerdotisa que dispone á su antojo de las cosas y de las voluntades de ancianos y guerreros: trata con los dioses, y dicta los oráculos: á nadie le es permitido mirarla en el semblante: vive en una torre misteriosa, en la cual no penetra sino un propincuo de la pontificia. Los bárbaros no tenían más razón para creer en ella que su sexo, de cuya nobleza no dudaron ni un punto, cuya debilidad respetaron y protegieron devotamente, cual si cumpliesen un precepto religioso. Pues estos bárbaros tan bien mirados, estos bravíos galos y germanos, son ahora los franceses y alemanes, ésto es, los pueblos más sabios y cultos de la tierra. Los bretones, los escandinavos, los godos y casi todos los hombres de familia caucasiana, apreciaron á la mujer en su verdadero valor, y junto con ella se han civilizado, y junto con ella poséen la sabiduría y cultura de Europa.

La lámpara inviolable de los atenienses ardía de continuo al pie de la estatua de Minerva: el apagarse alguna vez era horrendo vaticinio, señal de calamidad pública y desventura nacional. La mujer es esa lámpara: mientras arde benigna, todo va bien: su llama alumbra la cabeza del hombre, mantiene el fuego de su pecho, y en ritmo acorde pensamientos y pasiones, la asociación sigue adelante á sus fines, puesta en sus términos la buena madre naturaleza. Si se apaga, el cielo y la tierra vuelven al caos primitivo: los hombres se andan por ahí á tienta paredes, trabucándose y dando consigo en tierra, presa del desamparo y la ignorancia. Mantengamos la llama de esa lámpara, si ya la hemos prendido; si no, prendámosla: esa luz es la de Minerva, esa luz es la del Evangelio: sólo respetando á la mujer seremos respetables, sólo ilustrando á la mujer seremos ilustrados, sólo labrando su felicidad seremos felices. Pitágoras reveló á su hija Damo todos los misterios de la filosofía, la heredó de su ciencia, le traspasó su alma. Porqué no haríamos lo que Pitágoras? Si algo sabemos, enseñémoslo á nuestras esposas y nuestras hijas; si algunos divinos secretos nos endiosan revelémoslos á ellas, á fin de que se ladéen con nosotros: no nos revelan ellas sus misterios? cuántas y cuan tiernas cosas no aprendemos de ellas? Su pecho es un venero inexhausto de riquezas: liberales son ellas con nosotros; pues cómo ser mezquinos con ellas? Lo abstruso y demasiado elevado, dejémoslo á la sabiduría del filósofo; pero lo necesario y útil, que ellas lo sepan. Echemos, echemos aceite en la lámpara de Minerva; la torcida es de amianto que jamás se consume.

DE LOS ANIMALES.

INTRODUCCION.

El *instinto* de los animales se acomoda poco á la comprensión del hombre; es una de esas ideas que jamás se presentan claras, y de que el alma no tiene cabal conciencia. Por mi parte, nunca supe que era *instinto*, por mucho que leyese y viese explicada esta palabra, por mucho que la oyese de boca del maestro, y por mucho que la pronunciase yo mismo en certámenes de filosofía. Si el instinto es el impulso ciego, como quieren algunos, una máquina tiene instinto, pues que obra impelida por un impulso ciego; si hay deliberación, previsión, precaución en ese impulso, ya es algo más que instinto: la inteligencia alborea, sube, aclara más y dice: Yo soy!

La inteligencia es facultad de la organización física, parece ya fuera de duda. Y porqué no había de pensar un animal, cuando *piensa* un aparato puramente mecánico? Una vez llamó mi atención un gran cartel con letras de oro fijo en una pared de la fonda en que posaba yo en Florencia, Victor Hugo dice, que los carteles, las inscripciones, los avisos en letras coloradas, los papeles pegados en las puertas de las barberías son escuelas de sabiduría, y que muchas veces en ellos se aprende más que en la historia romana. *Las columnas vespasianas* son con efecto fuentes de instrucción. Llégome á los dorados caractéres, y leo: "Jhon Fructus, perfeccionador de la máquina de calcular, anuncia á los nobles viajeros de esta fonda .... " Máquina para calcular .... ya estoy, es el aparato de Pascal, perfeccionado por Babage. Estos filósofos han obligado á calcular, á computar, á deducir á la materia; ésto es, la han obligado á pensar. Los más complicados problemas de álgebra se resuelven por ella: el sol es medido, la tierra y más planetas giran en su torno, y esa maquinilla lo ve y lo

sabe. Cuántas veces es mayor el sol que el globo que habitamos?—Un millón trescientas mil veces.—Cómo! ese *carbón encendido*, que para Heráclito no tenía sino un pie de diámetro, y que Anaxágoras le vió porte del Peloponeso, es un millón trescientas mil veces mayor que la tierra? No hay remedio: el aparato de Pascal lo prueba materialmente; contra los números no hay argumento. El aparato de Pascal y de Babage saben más que Eráclito y Anaxágoras: triste indicio de la miseria humana, degeneración de la sublime inteligencia con que el hombre quiere endiosarse, rivalizando con los entes divinos.

Alza la frente al cielo, y se contempla
Poco inferior al ángel.

Baja la frente al suelo, y se contempla
Muy inferior al ángel,

le diría yo á Pope. No, el hombre no es grande, ni superior á todas las criaturas de la tierra, por la inteligencia, sino por las facultades del alma. Mucho más talento tienen varios animales que el hombre: la habilidad de la combinación es perfecta en varias de las especies irracionales: construyen, prevéen mejor que él, y en la ejecución de sus obras, son más admirables. De aquí es que varios filósofos de la antigüedad han pretendido que él aprendió de los animales muchas de las artes que hoy forman el conforto de su vida, y que deleitan sus sentidos. La araña es un geómetra perfecto: jamás falta á la medida, ninguna proporción se escapa á su inteligencia; todo es en compás, nada al acaso. La mano de la mujer es más fina y delicada que la de su compañero: delicada y fina como es, podría jamás llegar á la finura y la delicadeza de la araña? Aracne desafió á Minerva á hilar y teger: dudo que se hubiera atrevido á desafiar á ese insectillo.

El castor edifica, la golondrina y el alción construyen: cansados estamos de oir á los naturalistas y á los viajeros las relaciones del prodigioso amaño con que

primero levanta sus edificios y forma su república : todo lo computa, todo lo prevée : como edifica á orillas de los lagos ó los ríos, estaría expuesto á las inundaciones : sabe ésto, y pone remedio anticipado al riesgo. Como la suma estrechez de la morada podía acarrearle males y pestilencias, entresaca los miembros de la familia, y les envía á fundar colonias en lugares acomodados : libre de la plétora de habitantes, sigue viviendo sábiamente, repara las averías de sus palacios, discurre nuevas comodidades, y para él todo lo sufraga su laboriosidad y su discurso. Si el hombre, envidioso y enemigo de todo el que con su muerte le proporciona algún logro más de los muchos que ya disfruta, no se empeñase en perseguir á ese inofensivo animal, sería ese animal un ente feliz, para quien el mundo se había criado sin defecto. No valdría más imitarle en la obediencia, el orden, el aseo y mil otras prendas que la adornan, que ir en busca suya, seguidos de perros, armados de arcabuces, á soltar traidoramente las válvulas que le preservan del agua, para inundar esa morada tranquila y ahogar á sus habitantes ? Así debe ser ; pero la codicia no lo piensa así : gran sacrificador es la codicia, druída insaciable de sangre :

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar ; la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.

Plutarco afirma haber tenido en sus manos varios nidos de alción, y que la perspicacia de su inteligencia y de su vista nunca pudo comprender ni ver cómo ni de qué era construída esa obra maravillosa. El alción es una avecilla marítima, muy extraordinaria, si verdaderas las cosas que de ella se refieren : nada menos que la naturaleza la da por privilegiada, obrando en la vasta estensión de los mares la más bonancible calma, suspendiendo hasta el escarceo de las corrientes, sofrenando á los vientos, mientras el alción engendra sus polluelos. Con qué si el mar se desembravece y permanece en silencio cuando una ave ejecuta sus anhelos amorosos, véase pues si el amor no es grande y respetable personaje, príncipe

de las pasiones, condecorado por la naturaleza misma, infanzón que tiene jurisdicción aparte, y cuya soberanía está al resguardo de mil armados y pomposos centinelas. El alción suele arder en las llamas del amor cabalmente en lo más arrebatado de las estaciones, digo cuando se aproximan los equinoxios, tiempo en que el mar se levanta de sus asientos, y repartido en montañas por el aire, sacude cien cabezas, ruje y se agita en una convulsión sublime. Pues el amor de una avecilla tiene la virtud de domeñear á ese desenfrenado monstruo. Qué importa que estas cosas sean del dominio de la poesía? no será menos verdad que Plutarco tuvo en sus manos esos nidos, y que admiró y no comprendió el primor y el consejo con que habían sido construídos: tanto estaban libres del agua, que ni el estar en el agua de continuo hacía que penetrase ni una gota en ellos: pues cómo entra y sale el alción? Esto es lo maravilloso. Esta clase de obras, ¿no serán las de la inteligencia? El instinto es el impulso material: el impulso material no es capaz de armonía, de simetría ni de previsión; luego donde encontramos previsión, simetría y armonía, debemos buscar algo diferente del instinto. Podemos decir que el animal busca su alimento por instinto, que se aproximan los dos sexos por instinto; pero el castor edifica con inteligencia, la araña tege con arte, la golondrina construye con habilidad, el alción forma su nido con sabiduría; y sabiduría, habilidad, arte, inteligencia no son ni pueden ser cosas subordinadas al instinto; efectos son de la inteligencia, ó más bien, son la inteligencia misma.

Reflexionemos en que esta facultad es diferente de la razón, y en que nada tiene que ver ella con la conciencia, y no habrá porqué temblar de las deducciones que pudieran sacarse de la inteligencia de los animales. Montaigne se empeña en dotarles de razón, y como él lo tiene creído, viene paso á paso á dar en la impiedad: ni podía menos: la razón es dote del alma: por la razón juzgamos, por ella tenemos conocimientos de lo pasado, por ella prevemos el porvenir: la razón entronca con la convicción del alma, la conciencia. Si dotásemos á los brutos de razón, iríamos por nuestros

pasos á dar en el materialismo, negando la existencia de Dios, ó admitiendo un Dios injusto, cruel y caprichoso, que tanto vale como negarle. Pues si las bestias tuviesen encendida en su cabeza la antorcha de la razón, suficiente motivo habría para que le conociesen y esperasen en él: con lo cual vendrían á igualarse al hombre, y éste á ser inferior á ellos; pues que siendo iguales, los devoraba á cada instante.

Si por las facultades de la materia nos asimilamos á los brutos, por las del espíritu nos remontamos al cielo y somos imagen del Criador: el alma es la excelencia del hombre; el alma, este principio indefinido, esta sustancia invisible é impalpable, no conocida por nosotros; el alma, esta animación, este anhelo por lo divino, que nos hace considerarnos superiores, y que nos aflige cuando la vemos atada á la carne mortal, á esta comida de gusanos que tanto nos ocupa. Hacía bien Plotino en derramar lágrimas cada vez que se sentaba á la mesa. Esas lágrimas querían decir: siento dentro de mí un espíritu celestial, y me veo sugeto á las necesidades de los entes sin razón; una llama ardiente, inspiradora, purificadora me lame las entrañas y me levanta á la región etérea, y los apetitos del cuerpo me tienen encadenado á la tierra; mi juicio se abre, ofrece anchurosos ámbitos á los más puros y encumbrados pensamientos; Dios mismo cabe en él, y luego me siento mezquino é impotente, me comparo con el perro, y me veo igual ó inferior á él en el comer y en el beber, en el dormir y en las otras exigencias de los animales. Lloraba Plotino, lloraba sin consuelo.

Pero hacía mal, porque eso era no conformarse con su naturaleza: este enlace tan misterioso á nuestra vista, esta sociedad íntima del cuerpo y el alma constituyen el hombre. Si el Criador nos hubiera hecho espíritus solamente, no habríamos sido hombres: quiso formar este ser mixto, esta composición divino-terrena, este dios-bruto, y por eso somos, y por eso vivimos, y por eso nos elevamos con los afectos á nuestra causa primitiva, y por nuestras brutales pasiones estamos clavados al terrón del mundo.

Acaso conocemos á Dios por la inteligencia? No, eso sería igualarnos á Él; superior es á nuestra comprensión, y si á ella hubiéramos de quedarnos, el Dios que comprendiésemos sería poco diferente de nosotros. Todos los filósofos antiguos trataron de averiguar su esencia; todos los filósofos antiguos fueron locos. Thales, el primero que tuvo ese arrojo, dice que la Divinidad es un espíritu; pero no dice más. Anaxímenes llama Dios al aire, infinito y sin punto de reposo. Parménides tiene para sí que Dios es un círculo inmenso que rodea el mundo, animándole por medio de la luz; ésto es que la luz es el principio del universo. Empédocles no admite más dioses que los cuatro elementos primitivos. Anaxágoras ha visto un espíritu invisible difundido en los mundos y el espacio; y Pitágoras se adhiere á este modo de pensar. El espíritu del Señor llena el universo, y el que todo lo contiene, todo lo llena. (*) He aquí á los filósofos gentiles pensando y diciendo lo mismo que los profetas de la ley antigua. Dios es ese vaso prodigioso que atrae á sí todos los rayos de la luz, y compone el fuego en donde cada hombre va á prender su antorcha. Demócrito propaga la idea de que la inteligencia del hombre es el divino principio: sistema desenterrado por algunos filósofos modernos, como Proudhom, que piensan tener á Dios dentro de sí mismos. Otros pensaron que el sol regía al mundo; otros atribuyeron á las estrellas la potencia creadora; otros la sospecharon en los cometas que se muestran resplandecientes, y atravesando el firmamento con su radiosa cabellera, se reengolfan en los abismos infinitos de la eternidad.

En medio de este caos de ideas y de estos soberbios sistemas, llega Platón, y en alta voz les dice á todos: Impíos! el padre de los mundos es superior á vosotros: como queréis conocerlo con vuestra menguada inteligencia, vosotros que ni sabéis su nombre? Á todo buen parecer, ésta es la idea más sensata. Dejemos ignorado al gran incógnito, y contentémonos con vivir y morir persuadidos de que Él nos sacó de la nada, y que mira por

(*) Libro de la Sabiduría.

nosotros. Tácito afirma que, en tratándose de la Divinidad, más religioso es ignorarla que averiguar su esencia; doctrina que ha cristianizado San Agustín, cuando dice, que nos hemos de someter humildemente á no conocerla, bastándonos esperar en su Providencia. No hay en efecto qué decir acerca de Dios: espíritu, aire, fuego, planetas, estrellas, todo nos deja en la misma incertidumbre: su esencia nos es desconocida, es su eternidad, en cuyas profundidades oscuras é infinitas se pierde la pobre inteligencia de la humana criatura. Podéis decirme qué es no tener principio ni fin? qué es existir sin haber nacido? qué es no acabarse jamás, y durar por los siglos de los siglos? Nadie lo comprende, y el mortal que echa hacia arriba el pensamiento y sigue esas ideas, pierde el vuelo y cae, como águila que quisiese llegar al sol. No alcanzamos á conocer á Dios, pero estamos convencidos de que existe, elevamos á Él nuestro corazón, esperamos en su bondad, y la misericordia con que le revestimos es el recobro de nuestros quebrantos, el consuelo de nuestras amarguras. No veo cómo nos quedaría algo á ganar pereciendo el instante que morimos, según quieren los materialistas: ¿por qué degenerar de nuestro solar divino? pues en suma, el espíritu que nos anima es una mirada de Dios pegada á nuestro corazón, como una estrella al firmamento: la luz de esa estrella es inextinguible; ¿por qué procurar apagarla? cómo llegar á consumar ese sacrílegio? apagar la mirada de Dios....Impíos! no veis que eso sería peor que apagar el sol que nos alumbra? Si alumbra el sol, si Dios te mira, es por tu bien; pues qué mal te hace ese bien? Hombre mezquino, ingrato filósofo, si tu alma te hace daño, devuélvela al Señor, y queda bruto; empero no la robes á los que con ella somos grandes y felices. Hay quienes prueban que fueron animales primitivamente, y que ahora son hombres en razón de la tendencia de la naturaleza á los cambios que la perfeccionan. Esos grandes pensadores afirman que la cadena de los entes no tiene intermisión ninguna; que del horangután se pasa al hombre, como de la ostra al pólipo, como de la oruga á los seres más animados: la criatura humana, según

ellos, no es sino un animal más perfecto que los otros, á cuya perfección ha llegado á fuerza de industria: antes anduvo en cuatro pies, fué tan apocado y grosero como los otros. Desciendan ellos en buenhora de los jocos y babuinos; no les disputemos su progenie ilustre; pero nosotros, menos sabios, tengamos por cierto que el Criador sopló sobre el hombre, y le infundió su esencia, y le crió para la inmortalidad.

Por ésto es superior á los animales brutos, y en esto finca el punto de diferencia. Ellos fueron creados para el hombre, puesto que desde el principio del mundo los hombres se han aprovechado de ellos. Un ente con alma no podía nacer destinado para ser esclavo de otro, y menos para la satisfacción de su apetito. Los animales no tienen alma; empero, qué razon habría para privarles de la inteligencia? Nada perdemos en que ellos entiendan algo á su vez, nada ganamos en despojarles de ese modesto don. Dime, tú que le despojas, ¿hay ideas que nos vienen por los sentidos?—Es claro.—Tienen sentidos los animales?—No se puede negar.—Luego los animales reciben ideas.—Tengo que concederlo.—Las ideas nacen de la inteligencia? ó más bien, no es el conjunto de ideas que forma la inteligencia?—También es cierto.—Pues cómo, si los animales reciben ideas, pues qué tienen sentidos; pues cómo, digo, negarles las ideas?

Tanto caudal han hecho de los sentidos algunos pensadores, que han intentado formar hombres con las manos: Condillac se propuso animar una estatua haciéndola ver, oir, gustar y palpar. Insensato Condillac! Ya ve, ya oye tu estatua; me dirás que por eso es hombre? Demos que la hubieses dado sentidos; bastaba eso? Y el alma, miserable, y el alma? Sopla pues sobre tu estatua, ingiérela el espíritu, sé Dios: solamente así podrás crear hombres.

Ni es verdad que todas las ideas nos vengan por medio de los sentidos. *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*: nada hay en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos, dicen esos artífices de hom-

bres. Yo no lo creo; y no lo creo, porque este principio lleva al ateísmo en derechura. No vemos, ni oímos, ni palpamos la inmortalidad del alma, y tenemos idea de la inmortalidad del alma. No vemos, ni oímos, ni olemos la eternidad, y tenemos idea de la eternidad. No vemos, ni oímos, ni gustamos á Dios, y tenemos idea de Dios. Luego es falso tu principio, Condillac. Hay ideas que no pasan por los sentidos, y éstas son las más excelentes; las hay que nos vienen por ellos, y éstas nos son comunes con los animales.

Tenemos ideas de los colores, porque los vemos; los animales ven los colores, luego tienen idea de ellos. Tan es así, que el toro bravo se enfurece más á la vista del rojo, cuando los otros colores no modifican su humor. Dicen del armiño que se goza en la blancura de su piel, en términos que si se ve en la alternativa de ensuciarla ó morir, prefiere la muerte. Tenemos ideas de los sonidos, porque los oímos; los animales oyen, luego tienen ideas de los sonidos. Ni cómo sin tener perfecta idea de ellos habían de ser tan armoniosos? El Rossini del huerto vale más que el Rossini de San Carlos de Nápoles; el Weber del jardín es más tierno que el de las ciudades de Alemania; el salvaje Mozart del bosque se expresa mejor que el Mozart civilizado del Concierto de París.

Una mañana de primavera salió con la aurora, Aguilar, mi viajero, y tomó por las orillas del Jenil, en la Vega de Granada: mucho había andado ya, distraídos el corazón y el pensamiento, ora mirando al cielo y recreándose con el grandioso espectáculo del oriente cuajado de grandes témpanos de purpúreas nubes; ora siguiendo con la vista una nubecita blanca, escarmenada y leve, que se elevaba al zenit, ella sola en medio de un gran trecho de azul celeste. Del cielo bajaba los ojos á la tierra, y veía las montañas salir á luz como recién nacidas; y la Sierra Morena se alzaba medio oscura, y la Sierra Elvira brillaba á la distancia. Entretanto iba él caminando á lento paso, y el Jenil le acompañaba, y departía con él en su grato murmullo, contándole secretos de náyades y ninfas.

El sol había escalado buena parte del firmamento, el calor no era de despreciar: acogióse el viajero á la sombra de un árbol, y permaneció en silencio, mirando pasar las ondas de ese enamorado río. Qué voz divina rompe de súbito en la copa del árbol, y encadena mil acentos numerosos? un ángel bajó en forma de ave á maravillar al mundo con la melodía del paraíso? Dios de bondad! qué ternura, qué dulzura, qué amor, qué vida, qué inmortalidad en ese canto nunca oído! Metálica, sonora era la voz; y tan acompasadas, y tan variadas, y tan artísticas las notas de esa música, que el compositor más hábil quedaría maravillado de oirlas, y desconsolado de no poderlas imitar. Era el ruiseñor: y el ruiseñor le tuvo absorto al viandante, y suspenso su gorjeo, y el viandante permaneció como alma bienaventurada que se cuelga de la mano de Dios: sintió, gozó, todo el paraíso tuvo adentro.

Que gorjée el ruiseñor, y que gorjée armoniosamente, podría ser obra del instinto; nació formado para ello, y no es gran prodigio su habilidad. También los metales heridos por otro cuerpo dan su sonido, me dirán; también el mar tiene su música, cuando le solevanta Eolo, y viene á darse contra la costa brava. Pero que enseñe á cantar con método y sufrimientos, con arte y maestría á sus polluelos, no puede sino ser obra de la inteligencia El padre enseña, el hijo aprende: el uno pone la nota y el término de la composición, el otro escucha atento y silencioso: cuando el maestro calla, toma la voz el discípulo y prueba á ver si da con la métrica de los sonidos. Cuando todo va bien, pasan de una lección á otra; si hay algún destemple ó discordancia, corrige al punto el viejo ruiseñor, el discipulillo enmienda de buena gana el yerro, y poco á poco se ejercita en la música de los árboles, hasta que, provecto en esa ciencia encantadora, gorgoritea como principal en los sombrosos bosques de la Alhambra.

Reina en los conciertos de estas aves cierta emulación y punto de honra, que se ha visto ponerse dos de estos melodiosos entecillos á contender muy de propósito en voz y melodía, llevando tan al extremo el amor por

la victoria, que primero que ceder, quedaban muertos de fatiga. (*) Luego saben lo que es la primacía, luego tienen ideas de la preponderancia, luego comparan, luego piensan. Y qué sería todo eso sino obra del pensamiento? El pensamiento combina, forma planes, prevée y obvia los inconvenientes; cosas que vemos maravillosamente practicadas en varias aves y animales. Arriano afirma haber visto un elefante que al són de un timbal que tenía en la trompa hacía bailar á sus compañeros, y que así el tocador como los danzantes, guardaban la más perfecta armonía. Si por antiguo dudásemos de la veracidad de Arriano, enselvémonos con Audubón en los senos de las vírgenes montañas del nuevo mundo, y veamos obrar á ciertos animales como al hombre más astuto é imaginador.

"Cuando en otoño millares de pájaros de diferentes especies se retiran del norte al sur, embarcáos y navegad en las dormidas aguas del Misisipí. Donde encontréis dos árboles superiores á los demás, alzad los ojos: allí está el águila parada inmovil en la cima de uno de los dos árboles: resplandece en su órbita su ojo rutilante, echa la mirada á lo largo del río, y contempla atentamente lo que en él hay y sucede: escucha, observa, recoge todos los ruídos, los distingue por pequeños que sean: el gamo que toca apenas la hojarasca, no se escapa á su advertencia. En el árbol del frente está la hembra del águila sirviendo de centinela: de cuando en cuando lanza un chillido con el cual parece exhortar al macho á la paciencia: éste responde batiendo las alas ó por medio de la inclinación de todo su cuerpo, y una manera de canto cuyo estallido y discordancia se parecen á la risa de un maniático; en seguida vuelve á ponerse de pie, pero tan inmovil, tan callado, que parece de mármol. Patos de todas especies, gallinetas, abutardas huyen en mangas arrastradas por el río; presa que el águila desprecia, y que este desprecio libra de la muerte. Un sonido que el

(*) Essais de Montaigne. Lamartine afirma haber presenciado esta lucha musical, y que el ruiseñor vencido cayó muerto á sus pies. (Cours de literature.)

viento lleva por encima de la corriente, llega en fin á los oídos de los dos salteadores; ese sonido tiene la ronquera de un instrumento de cobre; es el canto del cisne. La hembra avisa al macho por un llamamiento compuesto de dos notas: todo el cuerpo de éste se estremece de cólera: dos ó tres picotazos con los cuales arregla su pluma, le preparan á la guerra: ya está dispuesto para echar á volar. Viene el cisne cual buque flotante en el aire, con su cuello blanco tirado hacia delante, brillando el ojo de inquietud. El precipitado movimiento de sus dos alas basta para sostener la mole de su cuerpo, y sus patas replegadas sobre la cola no parecen á la vista. Víctima fatal vá acercándose lentamente. Retruena un grito de guerra, preséntase el águila con la rapidez de una estrella que corre ó del rayo que resplandece. El cisne avista á su verdugo, recoge el cuello, describe un semicírculo, y maniobra en su agonía para librarse de la muerte. Sólo le queda el medio de zambullirse en la corriente; pero el águila, previendo la astucia, obliga á su presa á mantenerse en el aire, conservándose debajo sin interrupción, y amenazando herirla en el vientre ó debajo de las alas. Esta profundidad de combinación que el hombre envidiara al pájaro, no deja jamás de llegar á su fin: el cisne se fatiga, se debilita y pierde toda esperanza de salvarse; pero aun entonces su enemigo, temiendo que caiga en el agua, hiere con sus garras á su víctima por debajo de las alas, y la precipita oblícuamente á la margen del río.

Tánto poder, tánta destreza, tánta actividad, tánta prudencia coronan la victoria. No vierais sin horrorizaros el triunfo del águila: baila sobre el cadáver, clava profundamente sus uñas de cobre en el corazón del cisne espirante, bate las alas, aulla de alegría; las últimas convulsiones del pájaro le embriagan; levanta su cabeza calva hacia el cielo, y sus ojos encendidos de orgullo toman el color de sangre; no tarda en unírsele su hembra; los dos ponen el cisne patas arriba, le atraviesan la pechuga con el pico, y se llenan de la sangre aun caliente que mana de sus heridas." (*)

(*) Audubon, citado por Aimé-Martín.

Este foragido del nuevo mundo es más estratégico que Anibal: el uno se remonta á los Alpes, extiende su mirada conquistadora por la extensión de Italia, desciende y estalla como trueno; el otro está inmovil sobre un cedro de las orillas del Metchacebé, observa, espía, atiende, y cuando ha llegado el instante, rompe las hostilidades, poniendo en ejecución el plan más ingenioso y eficaz. Si el águila usara solamente de la fuerza, su presa escapara de la muerte, y el hermoso cisne con su cuello estirado y con sus alas de ángel siguiera llenando de sus trinos los senos aromáticos de las montuosas riberas de ese río. Pero el águila entiende que no bastan las fuerzas, y acude á la astucia intelectual: no os intimida esa *cabeza calva* medio escondida entre la frondosidad de un árbol? Sus ojos brillan como carbunclos, se picotea las alas para arreglar la pluma, se inclina, arroja un grito y se echa veloz sobre el cisne que por ahí viene cantando. Le ha derribado, le ha abierto la pechuga, le ha bebido la sangre, baila de gusto y da aullidos placenteros que espantan á las otras aves. Este gran bandido tiene talento, hace la guerra según reglas de estrategia, vence con ardides bélicos y con valor á toda prueba. Es Napoleon dando picotazos á un lado y otro en Europa, clavando las garras en la pechuga de todas las naciones, bebiéndoles la sangre, y alzando su calva cabeza al cielo, mientras su mirada resplandece como cometa infausto.

BELLAS ARTES.

LA PINTURA.

El Consul Mumio, destructor de Corinto, enviaba á Roma una colección de cuadros, obras maestras de los más ilustres pintores de la antigüedad. Si se pierden en el camino, dijo al comisionado del transporte, me habéis de reponer con otros nuevos. La ignorancia tiene gran fuerza en el decir; no había modo de echar fuera con más eficacia la cerril alma de Mumio: pinturas de Apeles, Polignoto y Melanto le habían de reponer con otras nuevas, compradas en cualquier tienda de Roma! La perfección en el arte no tiene precio; de aquí es que si la Transfiguración, de Rafael, ó el San Jerónimo del Dominiquino estuviesen de venta, todas las naciones civilizadas las querrían para sí. En una de esas obras maestras que adornaban los museos de Corinto, ó que honran al Vaticano, la belleza material entra por muy poco; tan poco, que de cien personas que contemplan diariamente esos cuadros *en mudo asombro, sublimados al cielo*, uno habrá que experimente de verdad las celestiales sensaciones que nos describen lo viajeros. El dios de la pintura es como el Dios del universo; se oculta tras un velo impenetrable al común de los hombres, y no se deja ver sino de tal cual mortal privilegiado, á quien se descubre en un éxtasis divino. Como Dios tras la bóveda celeste, así la Belleza está tras las obras de los grandes maestros: los que dicen que la ven á la primera ojeada, que sienten rebosar el corazón en inefables emociones, son impostores, no les creáis: éstos pueden asimismo ver á Dios rompiendo con la vista el cielo, y no hay fundamento mayor para creerles.

En un cuadro perfecto no se aprecia lo material, se aprecia lo moral: allí se ve una grande alma vaciada en una tira de lienzo, se ve una época, se estudia una civi-

lización, y los siglos pasados acuden con todas sus grandezas. Las artes van á un paso con la literatura, la filosofía, la política, la civilización, en una palabra; ó más bien, son partes de la civilización y ellas el más claro indicio de la cultura ó la barbarie de los pueblos. Nunca se dió pueblo ilustrado que tuviese en poco las artes, ni bárbaro que alcanzase espíritus para saberlas estimar; y ¿ cómo había de ser, si ellas no son más que la expresión de la belleza, la perfección del alma educada, pulida según las reglas del progreso humano? Los tiempos primitivos dan de sí poetas, y estos suelen ser los mayores; la poesía es una bárbara sublime; los pueblos sabios no tengan esperanza de producir un gran poeta. Todas las civilizaciones principiaron por la poesía; porque el tumulto de afecciones inconexas que hierven en el hombre semi-basto, la necesidad de conocimientos, el vago anhelo de placeres y de timbres se exhalan en voces rítmicas, en pomposas figuras, con que los bardos tejen sus poemas. Homero es un legislador; y en tiempo de Homero Grecia era un conjunto de pueblos zafios, muy distantes de la pulidez y la sabiduría á que había de venir con el transcurso de los siglos. Pues en tiempo de Homero las bellas artes aún no salían de la cuna; las bellas artes son hijas de la civilización. Reinos que abriguen en su seno un Miguel Angel, un Murillo, un Lebrum, no tienen nada que desear ni que esperar: llegaron á la cumbre de la montaña, ahora principia el descenso.

En los tiempos antiguos el siglo de Pericles es el que podíamos llamar el siglo-rey: con Pericles vive Praxiteles, con Pericles vive Fidias; Pericles funda el Pecilo, Pericles levanta el Partenon. Si el bello ideal y la sabiduría se encarnasen en persona humana, el bello ideal y la sabiduría se llamarían *Pericles*.

Después de esta época tan gloriosa para el género humano, las artes esperaron muchos siglos: poder, grandeza, elocuencia, filosofía todo pasó de Grecia á Roma: Grecia quedó reengolfada en su barbarie primitiva, Roma se civilizó. Oraba un día Cicerón en Atenas: cuando hubo concluído, el auditorio rompió en vivos aplausos, transportado de júbilo y fervor. Un solo hombre se de-

jaba estar por ahí meditabundo, tácito, afligido, sin participar del general transporte. Marco Tulio parecía tener en poco el aplauso de los demás; sólo á ese hombre veía, sólo su dictamen esperaba: inquieto, dudando de sí mismo, como quien espera sentencia de vida ó muerte, se va para ese hombre y le dice: Apolonio! nada dices? de donde á tí esa melancolía? estás mal pagado de tu discípulo? Suspira el maestro, y responde tristemente: "Nadie te admira más que yo, Cicerón; pero el ver que lo único que le quedaba á mi patria se va contigo á Roma, me causa viva pena, y no puedo menos que llorar la infelicidad de Grecia." Todo lo había perdido Grecia; mas le quedaba la elocuencia: fué Cicerón á Atenas, y se la trajo á Roma.

Cuando Apolonio echaba lágrimas por la desnudez de su patria, no se acordaba de una cosa: en todo imitaron, y en mucho sobrepujaron los romanos á los griegos: las bellas artes, patrimonio exclusivo fueron de éstos. Para un Alejandro hubo un César, para un Homero un Virjilio, para un Demóstenes un Cicerón; para un Apeles, para un Praxiteles, para un Pirgotelo, no dió rivales la señora del mundo. El ingenio artístico es más raro; el númen que engendró el Yaliso es muy más invisible y misterioso que el que inspiró la Eneida. Héroes tuvo Grecia, héroes tuvo Roma; poetas tuvo Grecia, poetas tuvo Roma; legisladores tuvo Grecia, legisladores tuvo Roma: los grandes artistas fueron dote exclusiva de esa gran madre de lo bello, no hubo quien los transporte á Roma. Los tyrios cargaron de cadenas de oro la estatua de Apolo y la ataron á una gran columna de mármol, porque no se pasase al campo de Alejandro: así los griegos ataron con cadenas de oro á la pintura, la música y la escultura, como á otros tantas diosas, y las sugetaron á las columnas del Hecatompedon, porque no huyesen al Capitolio.

No bubo grandes artistas en la antigua Roma: fué menester una gran revolución de siglos y de cosas, para fecundar su suelo y echar en él la semilla de las artes, que después han dado tan opimos y sazonados frutos. En arquitectura fueron entendidos los romanos; y aun

así, no hicieron sino copiar imperfectamente las formas de la griega, dando otra mano a la ya perfecta obra de sus maestros, como sucedió con las columnas de pórfido transportadas de Atenas, para emplearlas en un romano edificio. ¿Qué pulimento cabía en un miembro del templo de Júpiter? Eso era dorar las alas de la mariposa, hilar de nuevo y adelgazar los hilos de la araña. Jamás, se llegará a superar a los griegos en las artes, jamás. El aire, el sol de Grecia, las montañas, la tierra misma contenían un principio vivificador y perfeccionador del alma, que no se percibe en otras partes: los dedos de los griegos eran dedos de ángel, canales por donde manaban a torrentes la inteligencia y la habilidad sublimes que endiosaban a esos hombres.

Las Musas de la pintura tienen su Parnaso, las ninfas de la escultura tienen su fuente Castalia, los genios de la música tienen sus sagrados bosques en donde vuelan aéreos llenando la comarca de plañideros y enamorados sones.

O diremos que los romanos no tuvieron tiempo ni humor para entregarse de propósito a la perfección de las bellas artes? Diremos que no lo pudieron, porque no dejaron de intentarlo: el légamo de su tierra carecía de aquella pinguosidad fecunda que se requiere para formar Calímacos, y, Arístides Tebanos; o ya las aguas del Tamiso contenían un principio de divinidad, que entrando en un molde perfecto se cuajaba en un dios; pero es lo cierto que la divina Grecia tiene la gloria de haber sido la única en componer Yalisos y Partenones. El pulso del romano era más duro; con más destreza empuñaba la jabalina que el pincel, sabía más hacer rodar la catapulta que manejar el buril, y empapar ciudades en sangre era más de su gusto que embeber la esponja en los colores. Los dioses del Tíber casi todos descendieron de Marte; Apolo mismo fué allí menos delicado que brioso: el Apolo del Parnaso es blando, bello, sonreído y enamorado; su cabellera flota rubia a las espaldas, está coronado de rosas, tiene en el puño un haz de siempreviva. El Apolo de los montes sabinos es [illegible]

Más denuedo, más robustéz, más disparados impulsos en Roma; más finura, más primor, más divinidad en Grecia: el romano es un grande hombre: el griego, un bello dios.

La antiguedad era muy sabia; el verdadero mérito, el mérito que está dentro del hombre mismo era el que se honrraba: los hombres eran principales por su talento y sus virtudes; el valor, título para la grandeza y la veneración de sus semejantes. Los agrijentinos quisieron coronar de ray a Empédocles: el filósofo se rió de la vanidad, y por vanidad fué a echarse de cabeza en el cráter del Etna; era que tenía en menos la fama de monarca, y quiso alcanzar la de genio divino: cargar los dioses con Empédocles, ¿no era más que reinar Empédocles en Agrijento? Agatocles, menos presumido, aceptó el trono de Sicilia; y Agatocles era hijo de un pobre alfarero, como quien dice OLLERO.... Alfarero su padre; él, dignísimo de un cetro. Los filósofos, poetas y artistas eran gente de gran suposición, y Fidias se hombreaba con ese gran Pericles. De los grandes hombres nacen los grandes valores, ha dicho un pensador; de los grandes honores nacen los grandes ingenios, diríamos nosotros: estímulo, admiración, respeto, honrra, he ahí los protectores del ingenio: por ésto uno muy grande y superior a los comunes, no se suele desenvolver sino en los tiempos y pueblos libres, mandando magistrados liberales e ilustres, en medio de una vasta muchedumbre de gente conocedora y apreciadora de la grandéza.

La ignorancia no protege sino el vicio; la sabiduría general abráza, calienta e incuba eficazmente eda grey divina que con nombre de filósofos, sabios, poetas y artistas ha ilustrado algunas épocas felices y algunas porciones del género humano.

La satisfacción de conceptuarse y verse superior a los demás, no es lo único que avalora a los hombres de sobresaliente ingenio: verdad es que muchas veces suelen ellos pagar la pena de su preponderancia; pero gozan asimismo del premio de sus virtudes, y suele ... ellos ... ... plandos ...



admiración y aplauso,son ya retribuciones que el mundo suele tener en estima:pero el gozo -exprimentado por el alma superior,esos íntimos afectos que le conmueve el corazón,esas ráfagas de inteligencia que le ponen en duda si pertenece a la especie humana o a una categoría de entes superiores,ésta es su remuneración más apreciada.Y si depuestos un instante del excelso trípode en que beben sus inspiraciones,bajan a ser hombres,el mundo suele darles dulces pruebas de ternura.___Elpinice fué una de las más bellas y renombradas griegas: por Elpinice hubiera arrojado un príncipe su corona de rey,por Elpinice hubiera Alcibíades desdeñado la gloria y las riquezas.Elpinice, tiene también su ambición:no satisfecha con -la nombradía presente,aspira a la posteridad, quiere inmortalizar su belleza.Y cómo lo consigue?por medio del ingenio,por medio del amor.Polignoto pintaba entonces su gran cuadro de la guerra de Troya.Elpinice se va para el artista,y le ruega ponerla entre las troyanas de su lienzo.La súplica no hubiera bastado -para tan grave pretensión;más a la sonrrisa -de esos labios,a la mirada de esos ojos,al acento seductor de esa voz plateada y armoniosano pudo Polignoto resistir.Pintóla pues tan hermosa y a lo vivo,que llena de gozo la incomparable griega,pagó con una noche al artista incomparable.La habilidad no siempre es infructuosa.

La ruina de Grecia fué la ruina de -las bellas artes:Roma se enriqueció con los primores de su esclava,mas nunca pudo ser lo que ella había sido:la turqueza se había roto, el barro fino,sutilísimo de que era formada, no lo tenían los romanos:contentáronse con a-acarrear a sus palacios cuadros,estátuas y columnas,bien asi como a esclavos de cuyo mérito se aprovechaban:esclavos eso sí,muy respetados,esclavos ilustres,que comunicaban a sus dueños importancia.Vínose abajo el imperio romano,y los tesoros de la antiguedad,las obras maestras, fue-



sus desoladoras irrupciones; y si algo se había escapado del furor de los godos y los vándalos, la ignorancia y el furor de otros bárbaros acabó por destruirlo: Gregorio I cifró todo su anhelo en el olvido total de la antigua Roma: bibliotecas, museos, depósitos de preseas costosísimas, el blanco fueron de su furia arruinadora: persiguió á Tito Livio, cual si el historiador fuese un parricida; no dejó en fin una estatua, no sufrió un cuadro en las paredes: (*) Qué mucho que tan poco nos sobre de esa devoración satánica?

Urbano VIII, de la familia de los Barberini, saqueó el panteón de Agripa, le despojó de sus adornos, redujo á *metálico* las riquezas de ese noble monumento, y mereció que se dijese:

Quod non fecerunt bárbari, fecere Barberini.

Si algo queda en Roma de la belleza antigua, á costa ha sido de grandes sacrificios, interviniendo la cordura y generosidad de algunos pontífices ilustres. Roma y el mundo deben harto á un Julio II, á un León X y á un Sixto V: con más de un Gregorio I, no tendríamos noticia de Grecia ni de Roma. No, no es preciso que un hombre no vista sotana para que sea bueno y sabio: clérigos hay grandes é ilustres. No ha mucho tiempo encontróse en una pared medianil de la ciudad eterna una estatua del gran Pompeyo: los propietarios de las dos casas litigaron sobre cual la tomaría para sí. El juez, á imitación del Sabio, ó ya llevado por un impulso de bárbara imparcialidad, condenó al gran Pompeyo á ser partido por medio cuerpo, y mandó adjudicar una parte á cada uno de los contendientes. Iba la sentencia á ejecutarse, cuando llegó á oídos del pontífice: exasperado, activo, terrible manda suspender la ejecución, y abre sus tesoros: los de la estatua toman lo que quieren, y ella pasa á adornar el Vaticano.

Desde el hundimiento de la civilización antigua hasta

(*) Gibbón. Decline and fall of the Romain Empire.

la restauración de las luces, transcurren algunos centenares de años. Muere Grecia, vive Roma; muere Roma, reina la edad media; pasa la edad media, nace la Italia moderna. Las revoluciones, las destrucciones, la sangre de tantas generaciones la ha fecundado: por conductos recónditos y misteriosos la savia de Atenas y Corinto ha pasado a Roma y Florencia; por una filosofía incomprensible, el alma de Praxiteles y de Apeles ha venido a dar vida a Miguel Angel y Rafael.

Miguel Angel es uno de los genios (1) más portentosos y cabales que ha nacido de mujer: no hablemos de los héroes; esta es otra familia; y aún así, Miguel Angel fue también guerrero, y atrevidísimo emprendedor de grandes cosas; más él prepondera por su talento y su habilidad insigne para las bellas artes: escultor y pintor, en grado primo: su profesión principal era en tallar en mármol: ofrecióse la ocasión de pintar, y pintó el Juicio final. Este hombre tenía en sí un pequeño Olimpo: Minerva, Apolo, Venus, Palas, Musas y Gracias habitaban los espaciosos ámbitos de su cabeza. Arquitecto, había de ser de primer órden: ahí está la cúpula de San Pedro volando en el espacio, como un globo portentoso que se encumbra al cielo cargado de las maravillas de la tierra: ¡qué atrevimiento! ¡qué majestad sublime! ¡qué grandiosa poesía! La cúpula de San Pedro es una epopeya en piedra; son los versos de la Iliada cuajados en una esfera sonora, musical, digna de la bóveda celeste: si al hombre le fuese dable hacer astros, Miguel Angel había hecho un sol.

He visto su Moisés en San Pedro IN VINCULI: es Moisés, autor del Pentateuco; Moisés, que pide a Faraón la libertad de Israel; Moisés, que hace brotar agua del Orep; Moisés, que guia al pueblo de Dios a través del mar Rojo; Moisés, que baja del Monte Sinaí con las tablas de la ley, fulgurante de gloria, despidiendo centellas y ráfagas de luz divina de su rostro: el mismo Moisés, con su mirada de inspirado, con su barba de patriarca, con su ropaje de padre del pueblo, con su ademán de profeta.

(1).

Cuando Miguel Angel, tomó el cincel para desbastar su mármol, había visto el gran profeta en su sueño divino: Dios le cerró los ojos y le dijo: *Mira!* y él *miró*, y Moisés se le quedó pegado en la *imaginación*, y sacudió la cabeza, y la *imágen* tomó cuerpo, y fué Moisés.

El juicio final pintado al fresco en la Capilla Sixtina, es también obra de Miguel Angel: hasta entónces no se había dedicado a la pintura, ni sabía que fuese de su pertenencia el hacer Juicios finales: el papa dijo para sí: Miguel Angel es Miguel Angel: el que ha levantado la cúpula de San Pedro, muy bien puede hacer un Juicio final. Y le tomó, y le encerró en el Vaticano, y el Juicio final fué, y ahí se está causando la admiración de los mortales. Esta obra debe ser grande obra, ya que tan célebre ha llegado a ser en el mundo: la posteridad no sanciona sino las nombradías merecidas, ni es racional suponer que unánimes se engañen los hombres acerca de un objeto. He leído u oído tachar el Juicio final: quién tal hace, tiene el alma en forma de ovillo, rodando por sus entrañas. No hubo quién critique y aún corrija de su mano la divina Illíada? Hombres hay que llaman pícaro al sol, porque oyeron decir que en él se descubrían MANCHAS. Dejémosles a éstos que le sigan dando aullidos; nosotros atengámonos al juicio de los sabios y a la sanción del tiempo: los siglos son muy justos y entendidos: sus sentencias no sufren revisión, porque la justicia está encarnada en las fórmulas de sus juicios.

Si la filosofía ha tenido un príncipe, si la historia ha tenido el suyo, lo tiene asimismo la pintura: Rafael es el príncipe de los pintores: si este grande hombre huviera vivido en la grande época de Atenas, habría sido alimentado a expensas del erario, y se le habría enterrado en el Pritáneo. Rafael yace en el Panteón de Roma, entre varios otros esclarecidos varones, y ésta es no menor fortuna: en vida no fué tampoco mal visto de la suerte; los pontífices le acariciaron, le amaron sus conciudadanos, el mundo empezaba a despertarse a la admiración



con que hoy glorifica su memoria. Desdeñó por esposa una hija de cardenal; y era que él mismo aspiraba a la púrpura cardenalicia. El que se llama Rafael, es más que Pontífice romano: ¡miserable achaque del ingenio anhelar lo que vale ménos que él! El cardenal Rafael habría desaparecido en una oleada del género humano, y yaciera sin recuerdo en un rincón silencioso de la eternidad; Rafael, el pintor, vive en la memoria de los hombres, y vivirá mientras en algo tengan éstos la verdad y la hermosura. León X. amparó al gran artista, el gran artista amparó a León X; y cuentas bien ajustadas, auqel era superior: el uno tenía el mando y alguna alteza de alma; el otro tenía por suyos el ingenio, el genio y el corazón; es decir, alma de más refinada y grandiosa sustancia que las demás, potencia creadora, númen que en forma de paloma celestial aletea sobre una cabeza privilegiada, y la inspira como Espíritu Santo. Virgilio, Rafael, Canova, Rossini son de la misma familia egregia, cuyo mayorazgo pasa por derecho divino a lejanos descendientes, sin que tantísimos desheredados hayan por eso de quejarse de la Providencia: esa paloma celestial, ese Espíritu Santo, aletea sobre la cabeza de esos hombres-dioses

Tan difícil me parece componer una Eneida como una Transfiguración: ambas son partos de inteligencias portentosas, quedando el misterio en favor de la segunda: los versos de Virgilio se comprenden, se sienten sus afectos: la belleza, en la Eneida, está a la mano, se la toca, se saborea uno con ella, y sabe qué y a quien ha de admirar; es un armónico instrumento que suena sin dificultad, que se le oye de lleno, en cuyos raudales melodiosos el alma se empapa y nada alegre, como un blanco cisne en los senos del Caíster. El bello ideal, en la transfigutación, es invisible a ojos profanos: se sabe que hay grandeza y belleza en ése cuadro, pero no se las descubre: en su presencia, el que sabe en donde y ante quien está, se siente poseído de admiración y respe-

ro él existe: recojeos dentro de vosotros mismos, poneos en Dios, pedidle, hurtadle un rayo de luz, y os sentís ya más aptos para comprender y sentir; qué alba ligeramente encarnada se os presenta en el horizonte? parece que algo veis: mirad, clavad el alma en esa rubicundez sublime.... Ya veis, ya conocéis, ya apreciáis por vosotros mismos: un espectáculo divino se os descubre; el Señor se transfigura, y este gran misterio viene rodeado de misterios: vago, grande, bello é indeciso es todo lo que veis: los ojos de ese rostro son ojos de Dios, el color de ese rostro es color de Dios, el ademán de esa imágen es ademán de Dios.

Léese en libros, óyese á viajeros de todo linaje los transportes súbitos que experimentan en presencia de la Transfiguración: no hay sino que oyeron que tal suele suceder: un gran artista, cuyos ojos experimentados profesan el deleitarse con pulidos lineamentos y pinceladas maestras, comprenderá desde luego el mérito de esa tela: él es como un espejo ustorio que atrae los rayos del sol, y no solamente reune luz, mas aun cría fuego. Pero vistas sin arte ni experiencia, ¿cómo han de ser adecuadas para el caso de ver de una ojeada el bello ideal? El bello ideal, esa ave aérea, cuyos matices huyen y vuelven como los del iris, cuya condición es no dejarse ver ni tocar sino de manos pulcras del más fino tanteo. Poesía en el alma se ha menester para entender á un poeta: la pintura es poesía, poesía en bulto, poesía en forma de mujer ó de ángel; y la poesía es don tan escasamente repartido entre los hombres, que la mayor parte de ellos no la conocen sino de reputación; nunca la vieron ni conversaron con ella. El hacer versos es en el día oficio mecánico: el carpintero labra mesas, el herrero forja llaves; el que no es ni uno ni otro, no *compone*, *hace* versos. Y hay quien los hace sonoros y medidos, y con todo está muy lejos de la poesía. Esta es de gran prosapia, desinteresada y espiritual doncella: no comercia, no da ni recibe á logro, no compra ni vende; independiente, sensitiva y elevada, vuela y se encumbra, calienta las alas al sol, desciende como el Arcángel, se posa en el Helicón ó en el Olimpo, y de allí extiende á la redonda su mirada de águila.

El ahinco por comprender y *sentir* las obras maestras que enriquecen al Vaticano, y el continuo y largo ejercicio de mirarlas, pueden infundir á pausas la virtud de conocerlas y sentirlas, así como la tierra inculta y estéril viene á dar en productiva á fuerza de abono y laboreo. De mí sé decir que admiré al principio las pinturas de Rafael en el Vaticano, porque tenía entendido que debía admirarlas. Pero sintiendo dentro de mí un cierto rubor de no ser capaz de ese deleite que lo grande y bello proporcionan al alma, aminorábame á mis propios ojos y me veía humilde y pequeñuelo. No comprender el Paraíso perdido, no estimar el templo de San Pedro, no tener oídos formados para el Don Juan de Mozar ó para el Miserere de Rossini, no es posible: he de entender, he de sentir la Transfiguración de Rafael. Y fuí, y volví, y torné al Vaticano; y consulté á los espíritus, y miré, y tuve fuerte querer; y si en hecho de verdad no dí con el hito de la perfección, salí de Roma convencido de que me había deleitado en la Transfiguración, en la Comunión de San Gerónimo del Dominiquino, y en el Descendimiento de Daniel de Bolterre, las tres obras maestras de la pintura moderna Bien pudo no ser así, mas para mi consuelo ó para mi vanidad, eso me basta.

El Vaticano es un depósito inmenso de lo más primoroso que ha obrado el hombre en orden á las artes: los restos de los tiempos antiguos, la flor de los modernos, el Vaticano los contiene. Miguel Angel y Rafael pintaron las salas del palacio: Rafael respira donde quiera, y sus maestras pinceladas no deleitan á la vista solamente, pero hasta perfume tienen, y en junta del de las flores de los jardines que circuyen la casa apostólica, difúndese por los espaciosos ámbitos. Rafael tenía dos dioses impresos en su alma; el dios de la pintura, y la mujer: amaba más que pintaba, gozaba más que trabajaba; y en tanta manera se dejó arrebatar tras el deleite, que murió agotado á los 37 años de edad; edad tierna para lo que debe vivir un grande hombre. El papa tenía gran cuenta con impedir sus estragadores pasatiempos: vano empeño: un mozo enamorado se convierte en humo, se sale por las rendijas de las puertas, si le encie-

rran. Así es que hubo Su Santidad de consentir en un amoroso atrevimiento, una osadía santa: consintió, digo, en que el artista trajera consigo á su paloma, la bella *Fornarina*. Pues no había remedio; el amor le ahijaba, la imaginación le sacaba fuera de sí, los sentidos le arrastraban, y alzando la mano de la obra, se salía del palacio tres y cuatro veces al día; desorden redundante en perjuicio del Pontífice y de la posteridad: con menos condescendencia para con Rafael, menos hubiera hecho en el Vaticano: con más rígida moral, acaso nada. El águila en jaula, se recoge, se angustia, languidece y pierde su real grandeza; el hombre de remontados pensamientos y de hervorosas afecciones, necesita de un circuito tan ancho como el universo.

Murió Rafael en la flor de la edad: lo mismo suele suceder con todo mortal privilegiado, que sale del nivel común de la especie humana. Un sabio puede prolongar su vida hasta partir límites con un siglo: hemos visto al más sabio de los tiempos modernos ir adelante hasta acercarse á los cien años: Humboldt acabó sus días á los noventa y más, y otros de su misma condición se estendieron interminablemente por el tiempo. Sabiduría es una matrona reposada que vive en buena paz con las pasiones, sin sostener la menor guerra dentro de sí misma: el sabio todo lo tiene en la cabeza, todo sucede en él en la cabeza: su corazón es fuente dormida en donde nadie bebe, en donde no se quiebra el viento. El corazón es la fuente de la vida, como dicen los poetas: *the painting source of life*. Si nadie toca sus aguas, no se agota; si nadie le perturba, se deja estar tranquilo sin caer en cuenta de los años. La madeja de la existencia y de la muerte se mueve lentamente en la cabeza; en el corazón, gira con rapidez horrorizante: puede el hombre pensar largo tiempo; sentir, muy corto. Si las ruedas de la vida van saltando entre piedras, de no romperse súbito, se gastan, y la máquina cae deshecha: el celebro es materia suave, elástica; allí ruedan con comodidad y lentitud. De aquí es que el secreto de la vida consiste en experimentar pocas y leves afecciones; secreto sin alhago por cierto, para los que han batallado consigo mis-

mos y saben cuanto hay noble y seductor en las refriegas de las pasiones borrascosas.

El cuerpo de Rafael permaneció expuesto tres dias, por exigirlo así la veneración pública: Roma iba viniendo á casa del difunto: nobles, plebeyos, sabios, ignorantes, todos llevaban á su casa en tributo un corazón oprimido de pesar, y una lágrima sincera en los ojos. Cuando al tercer dia iba á llevársele á la mansión eterna, el papa acudió presuroso, prosternóse en presencia del cadáver, oró un instante, tomó entre sus manos una de las insensibles, y cubriéndola de besos, rompió á llorar, con ahinco y ternura tales, que nadie pudo resistir á la pesadumbre.(*) Rafael oyó ese llanto sublime, y se alegró de haber nacido, y alegróse de haber muerto.

El príncipe de los pintores no tuvo modelo sino fué la naturaleza: la naturaleza en su desnudez embelesante, con sus torneadas y primorosas formas, con sus hechizos y sus naturalidades seductoras. Desde luego, había seguido la manera del Perugino, su maestro; más en viendo que él había nacido creador y no imitador, ya no hubo seguir otro sistema que el de su propia inspiración. Rafael tenía en su corazón las muestras de sus más suaves y atrevidos rasgos; su querida le sirvió para sus vírgenes, esos rostros celestiales que envidiarían los ángeles del cielo: la belleza y el amor no podían menos de producir Gracias, en la íntima unión que el destino les había preparado. Suerte en verdad muy para envidiada, gozar é inmortalizarse al mismo tiempo, erigir el monumento de su fama, engolfado en los encantos de la mujer amada! Dicen de los grandes poetas que suelen trasmitir á sus armonías las gracias, las pasiones, y hasta los defectos de las que endiosa su cariño: así debe de ser: el inspirador, el numen ó el genio no es sino la pasión, ese hirviente anhelo con que se desea ó se disfruta lo que se ama. No hay grandeza sin fuego; el pecho de un hombre ha de ser un volcán, para que éste sea grande: la tibieza es medianía; la frialdad, ineptitud. Vemos las

(*) Si postró dinanzi l' estinto Raffaello e baciogli quella mano tra le lágrime.—Audino. Hist. de Leon X.

cumbres de los montes superiores cubiertos de hielo eterno; mas allí dentro arde el fuego del mundo, el fuego de los siglos, y es acaso en razón de su misma impetuosidad, que la naturaleza ha querido domarle con ese peso enfriador. El oro más puro es el que más ha hervido en el crisol; el alma más sublime es la que más se ha purificado en sus propias llamas: las pasiones son maravillosos alquimistas.

Rafael copiaba las formas de su querida, y formaba vírgenes: ese es el estudio natural: no hay más escuela para los ingenios crecidos de marca que la naturaleza misma. Zeuxis de Heraclea formó la imagen que fué el asombro de Grecia, reuniendo en una las perfecciones de varias hermosuras: de una tomó el porte, de otra el ademán; de ésta la sonrisa, de esa el mirar de ojos; de tal el color y la tersura, de cual el torneo de los miembros y los suaves declives de las carnes, según cada una de ellas sobresalía en tal ó cual perfección ó donosura. Si Venus, la Venus viva, la Venus del Olimpo, no hubiera salido de la espuma del mar todo formada, así la hubiera hecho su padre. Las imágenes más bellas, de la naturaleza toma el bardo; de la naturaleza aprende el músico sus más tiernas y sonoras voces; el universo es para él fuente de armonías: las oye en los astros, las oye en los vientos, las oye en los mares, las oye en los árboles, las oye en el gorjeo de las aves, las oye en el rugido de las fieras, y hasta el pío pío del implume pajarillo es para él simiente de armonía. De un suspiro amoroso compone una nota; una sonrisa de su amada la convierte en acento; un rayo de luz que yere las tinieblas pasa al libro de sus sinfonías. El que alcance el arte de vaciar su alma en una hoja de papel ó en una banda de lienzo, ese es poeta, músico ó pintor, verdadero y grande, puesto que su alma sea grande y verdadera.

CUADROS
DE COSTUMBRES.

CAPÍTULO QUE SE LE OLVIDÓ Á CERVANTES.

Inténdame chi può, ch' i' m' intend' io.
PETRARCA.

Algunas veces te he oído, prosiguió Don Quijote, que nos estuviera mejor volvernos luego á casa á cuidar de nuestras haciendas y familias, y vivir como hombres de bien y buenos cristianos, dejando las aventuras á los Palmerines y Amadises. Mira lo que dices, Sancho, y no te dejes llevar por la corriente de tu simplicidad, la cual te vuelve más tonto y menguado de lo que realmente eres. Si yo renunciara á mis acostumbrados y famosos hechos, qué fuera de los afligidos y los huérfanos, de las doncellas agraviadas, las viudas menesterosas y las princesas encantadas? Y esta mi buena y cortadora espada había de permanecer ociosa, tomándose de orín en un rincón? No se inventó para mí la blandura del reposo, ni sufre mi temperamento vivir bajo tejado, cuando la naturaleza me brinda con sus libertades, y la ancha bóveda del cielo me cubre en toda su extensión, debajo de la cual voy consumando altas acciones, llevando á cima las obras á que los hados me destinaron aún ántes que naciera.—Dígame, Señor Don Quijote, dijo Sancho, qué llaman hados los andantes caballeros?—Hados? Hados son lo que la gente rústica y el vulgo, al cual tú perteneces, suele llamar destino; y si me entiendes, aquella fuerza en cuya razón nadie es dueño de dejar de hacer tal cosa, de ir á tal parte ó dejar de ir; ó en una palabre, hados son los decretos que en bien ó en mal están escritos por la Providencia de toda una eternidad. Esto los filósofos suelen llamar suerte, los teólogos predestinación, hados ó estrella los poetas, y el vulgo, como te

llevo dicho, se contenta con llamar destino.

—Y según esa teología, Vuesamerced qué viene á ser? replicó Sancho. Paróse Don Quijote, y por de pronto no supo que responder, sospechando que la pregunta envolvía alguna malicia.—Yo vendría á ser poeta, respondió al fin, con un sí es no es de rubor, si no estuviera visto y conocido que fuí, soy y he de ser andante caballero, sin que otra profesión distraiga mis pensamientos, ni ocupación alguna que no pertenezca á las armas y diga bien con los impulsos de mi valeroso pecho. Y aunque es verdad que cuando más enamorado estuve no dejé de urdir y tejer algunos tiernos madrigales, por vía fué de pasatiempo, y por dar vado á las penas que me hervían en el corazón, las cuales si no se las exhala en blandas quejas y armoniosos suspiros, suelen lastimar el alma y desmadejar el brazo. Ó para decirte de una vez, la andante caballería encierra en sí todas las profesiones, y el que la sigue está obligado á parecer inmediatamente aquello que se le ofrece parecer; porque figúrate que andando por esos mundos de Dios topemos algún sabio nigromante, como me sucedió cuando entré en la cueva de Montesinos; ¿no era preciso tener buen repuesto de sabiduría, y aún algunas puntas y ribetes de mago, para poder ir á un paso con aquel sabio Merlín, de quién tantas maravillas has oído? Qué figura habría hecho yo en su presencia, sino hubiera sabido á qué quedarme en cuanto á su ciencia de lo pasado y sus predicciones de lo venidero? Pues te sé decir que no nos quedamos nada á deber, y que tan admirado quedó él de mí, como yo de él.—Eso yo lo veo bien, exclamó Sancho; como que nadie que no sea rematadamente ciego, puede dejar de hacerse cruces de las cosas de mi Señor Don Quijote. Volvió á mirarle Don Quijote, y volvió á ver si Sancho no quería hacerle burla. Mas el buen Panza que harto conocía los efectos de la cólera de su amo, añadió sin pérdida de tiempo: Digo que las acciones de Vuesamerced están siempre encaminadas á lo más glorioso, y que mi Señora Dulcinea tiene el más galano y merecedor caballero que nunca se vió por toda la redondez y cercunfirencia de la tierra.—Has de decir circunferencia, dijo

Don Quijote; pues no está bien que el escudero de un tal caballero como yo soy hable tan á lo rústico y villano. Y como te iba á decir, no pocas veces se hallará asimismo el caballero andante en la precisión de ser poeta; pues sin el amor, tan una mesma cosa con él, vanos é inútiles serían los esfuerzos de los caballeros, muchos de los cuales se llamaron trovadores. Á éstos la galantería les pone muchas veces en el artículo de sacrificar á las Musas, como cuando en algún castillo encantado alguna apasionada doncella les canta por la noche á su ventana las armónicas y rimadas sensaciones de su alma, pidiendo misericordia para sus amorosas cuitas. Qué harías tú, Sancho, si te encontrases incapaz de responder del propio modo á sus solicitudes? Por vida de mi mujer, respondió Sancho, si no hay quien no sea poeta, con más razón lo había de ser yo, que no fuí tan extraño á ese oficio; pues si me sé acordar, en un cumpleaños de Marisancha escribí nna cosa como versos, ó como se llaman; pero estaban igualitos, precisamente como los he visto en algún libro que acaso tuve á la mano. ¿No me has dicho que no sabias leer ni escribir? le interrumpió su amo; cómo los escribiste?—Digo que los repasé, y ensarté y acomodé en la memoria, de modo que cuando llegase el instante de necesitallos, me saliesen uno por uno en orden y sin atropellarse.—Y qué tales te salieron?—Flauteados, y melosos y blandos como unas gachas. ¿No es el modo de hacerlos el ir contando con los dedos, y dandose de calabazadas contra las paredes, para hacer venir ideas?—No, hombre, eso lo hacen los tontos.—Pues así los hice yo.—Pues mal año para tí. La poesía es inspiración divina: Apolo viene por sus pasos, y no se le arrastra como al degolladero. Muchos hay, es verdad, que componen versos; pero como un maquinista hace máquinas, como un alarife acomoda las sillares en el edificio. Los tales, aún cuando tengan facilidad para metrificar, y aún cuando el vulgo necio los llame poetas, no lo son, sino poetastros, que no hallan subida al Pindo. La poesía no está fuera del hombre, está dentro de él mismo; por manera que un verdadero poeta por fuerza es hombre bueno, de alma grande, de corazón noble,

despreciador de los vicios ruines: la codicia, las industrias lucrativas no tienen lugar en su pecho; y rico de los bienes de la naturaleza, se sonríe de los de la fortuna. El poeta de alma, de corazón, no de cabeza, es enemigo de los malos: ni envidia, ni maldice, ni malquista, ni injuria solapadamente á aquellos cuya reputación le molesta; ó más bien, al verdadero poeta no le molesta la reputación de los demás, porque él se siente superior, ó está pronto á reconocer la superioridad ajena; otra virtud. La poesía es la belleza, la perfección del alma: poetas malvados, no los hay, te lo puedo afirmar y te lo afirmo; poetas ruines, mucho menos. El padre Homero mendigaba el pan de la vida; mas á modo de patriarca, cantando fracmentos de su divino poema, con la lira en la mano; esto es, siempre digno y sublime. El ingenio puede llegar á mucho, no lo niego; los algebristas son ingeniosos: ingenio seco, sin jugo, que no se paladea sino con trabajo y disgusto: la poesía es húmida, jugosa, mana de una fuente viva, que dentro del pecho está brotando de continuo su límpido raudal. Quien al componer sus metrificaciones no se sintió conmovido interiormente, quien nunca sintió las lágrimas en los ojos á tiempo que escribía, mal puede llamarse poeta: á esfuerzos de su mediana inteligencia hará versos, en buena hora; éste será una máquina de hacer versos.

—Según ésto, dijo Sancho, yo soy máquina de hacer versos? —Has compuesto muchos? — Hasta unos seis.—Pues qué máquina has de ser, hombre!—Necesario ha de ser componerlos en gran número? — No digo eso; pero calla, majadero, que ya me estás importunando; ni es ahora tiempo de oír sandeces tuyas; pues si el vivo deseo de acometer alguna inaudita aventura no me engaña, ahora mismo se me ofrece la ocasión de consumarla, y tan extraordinaria y grande, como nunca me sucedieron.

En ésto se oyó en una casuca de campo, que acaso por ahí se hallaba, el rasgueo apresurado de una guitarra, junto con la voz más tuna y regocijada que se puede imaginar; y acudiendo los viajeros á ver qué era ello, no era todo sino una jira, en la cual unos buenos frailes bo-

gaban á su sabor, ahorrados de faldas, con gorros á la turca, apesar del cerquillo, en buena paz y compañía con media docena de esas que suelen llamarse mozas del partido. Detuvo Don Quijote á Rocinante, y en el más grave tono que le prestó la voz dijo á su escudero: Ves aquí, Sancho, el trance más delicado y de mayores consecuencias que la suerte había deparado á mi fortuna. Estaba previsto de *ab eterno* que la fuerza de mi invencible brazo había de dar al travez con el poder de los infieles, y arrancar de sus impías manos la santa ciudad de Dios, por la cual tanta sangre derramaron los príncipes cristianos. Esos que ves allí no son menos que los reyes y caudillos moslemíticos, deliberando sobre el *cómo* han de dar fondo con los ejércitos de Jesucristo, y esas señoras son sin duda algunas cautivas reinas y princesas, que los turcos reservan para sus harenes, en mengua y deshonra de las ciudades de Europa. Pues aun cuando te parezca que andamos por los campos de España, la Providencia me ha traído por misteriosas sendas y desconocidas á este famoso teatro, la sagrada Palestina, en donde ponga yo en ejercicio los irresistibles empujes de mi brazo, y consume y acabe la libertad de la ciudad de Cristo, esclava tantos años, por falta de un andante caballero. Ese que ves allí al frente de los demás, es Selím, rey de Jerusalén, venerable tanto cuanto á despecho del mahometismo que profesa; ese jigante fosco que arruga la frente y amenaza soberbio á los cielos y tierra, es el descomedido Argante, á quien yo ponga luego en pretina, y enseñe como se trata con andantes caballeros. Mira por otro lado á Solimán, que habiendo perdido sus reinos, ha venido á ofrecer su espada al rey de Palestina: este infiel es de fuerzas prodigiosas y de valor á prueba de leones: peor para él; así se cebará mi saña en él más y mejor, y aprenderá á ser flaco y pusilánime, cuando su mala estrella le depara encuentros con el caballero de la ardiente espada, como estoy propuesto llamarme de hoy para adelante.—Ah, Señor caballero de la ardiente espada, le interrumpió su escudero; ahora que ha nombrado *estrella*, es Vuesamerced teólogo ó poeta? Miróle Don Quijote puesto en cólera, que no le gustaba el hincapié

de Sancho en esa materia, tocada sólo de paso. Qué vá de estrella á teología, bellaco villano! gritóle, y requirió el lanzón; á lo que te sé entender, tú quieres ponerme la mano en la horcajadura: reñido estás con la vida, Panza indigno! Y le asentó tal palo entre la oreja y el hombro, que mal su grado tambaleó Sancho, como quien se ha bebido un odre de aguardiente. No lo dije por tanto, Señor caballero, exclamó el maltratado Panza, viendo que su amo estaba ya á punto de asegundar la caricia; sino que como esta *maldita estrella* se me ha quedado en la frente, no pude menos de dejarla caer cuando me la tocaron. Si es así, te lo perdono, dijo el caballero, y vuelto á su reposo, prosiguió: Allí descubro también al mago Ismeno, el de la larga barba y elevado turbante: hechicero muy peligroso, donde no se le oponen las reglas de la andante caballería. Ah, Don Solimán! añadió en su heroica exaltación; hora habéis de llevar la expresión de mi voluntad y de mis amorosas ansias á la Señora de mis pensamientos, sino de buen grado, rabo entre piernas y con una cadena á cuestas.

Asombrados los frailes, no menos que Sancho, oían las locuras de Don Quijote; si bien no tuvieron mucho tiempo de admirar las palabras, porque las acciones iban á poner el colmo á su sorpresa. Descomunal y villana muchedumbre! dijo en voz colérica y alzada, dirigiéndose á los frailes: dejadme luego en libertad á esas princesas, ó sois muertos al instante. Y sin esperar respuesta ni disculpa de ninguna clase, arremetió con ellos tan furioso y violento que los buenos de los religiosos no tuvieron tiempo ni voluntad de sostener la acometida; y viendo que tenían que haberlas con un loco nada manso ni católico, echaron á huir por esos campos, en habitillo como estaban, dejando por botín de guerra á su vencedor todas las provisiones de su francachela, inclusas las barraganas; las cuales, unas por desmayarse, otras por dar voces, otras por favorecer al mal herido sacerdote con el cual encontró primero la lanza de Don Quijote, no tuvieron ánimo ni comodidad de huirse. Entonces el vencedor, poniendo la punta de la lanza en el pecho del caído: Confesad, dijo, que os ven-

cí en singular batalla, y prometed que iréis luego á presentaros á la sin par Dulcinea, en homenaje á su hermosura incomparable, y como prueba del valor y la constancia de su mal ferido caballero.— No tiene que confesar ni que prometer, dijo á esta sazón una de las pelanduzcas, que ya iban recobrando sus espíritus, sino que Vuesamerced le ha estropeado y muerto sin motivo, y que vamos ahora mismo á dar cuenta á la santa hermandad, de que anda por aquí un loco furioso hiriendo y matando á la gente, sin esperar razón ni disculpa.—Altas y podorosas Señoras, respondió Don Quijote, bien es de princesas de vuestra alcurnia, y de generosos pechos como los que ahora me roban los sentidos, implorar por sus propios enemigos, y pedir á sus vencedores el perdón de quienes les habían cautivado. Pero no era menos obligación mía acometer á esta turba desmandada, y volveros á la dulce libertad que habíais perdido, á despecho de la religión y de la cortesía que se debe á vuestro sexo.—No somos altas ni gordas, interrumpió la misma que había hablado; somos unas pobres mujeres, que cansadas de trabajar, vinimos á pasar el día en el campo con nuestros primos que Vuesamerced ha tan inhumanamente muerto ó dispersado.— No la dejó Don Quijote continuar, y con el más fino y esmerado galanteo, dijo: No os curedes de estos males, fermosas criaturas, que puesto que lo parecen, no lo son en realidad, sino bienes que al fin y á la postre habéis de agradecer á quien los obra. Y dirigiéndose á su prisionero, le dijo con rudeza: levantaos, si aun sois vivo; y si la vida os incomoda, hablad luego, que yo os hago el servicio de quitárcsla.

No pudo sufrir el buen padre este favor, y sabiendo por experiencia que más tardaba su enemigo en decir que en hacer, púsose en pie al punto con indecible agilidad, sin otro daño en su vencimiento que una fuerte contusión en las costillas. Y como le pareciese contra la religión el hacer falso juramento, pues no había él, religioso casi viejo, de ir á presentarse á ninguna Dulcinea, como vencido y prisionero, negóse á lo que su vencedor mandaba, diciendo que antes perdería mil veces la vida. Pues ahora vendréis conmigo, y yo sabré

para qué penitencia os guardo, dijo Don Quijote, vuelto ya á su cólera; y ordenóle como luego echase piernas en las ancas de Rocinante, al cual escaló, seguro de ser obedecido. Pero el fraile estaba puesto en que eso no podía ser: con lo cual el caballero, inflamado en buena ira, saltó abajo, y con el lanzón en ristre, le amenazó pasalle de parte á parte, si al punto no obedecía. No creyó el pobre sacerdote de su conveniencia echar más leña al fuego de su adversario, y suplicándole llegase Rocinante á un altillo que por ahí estaba, montóse en la grupa á horcajadillas, con el hábito arregazado y el cogote al aire, y principiaron á trotar por esos caminos de Dios. Con más, que Don Quijote le había obligado á traer la guitarra en la mano, de suerte que era cosa de ver figura como la que componían dos personajes de tan diferente condición y aspecto, sobre un espectro de caballo, con una guitarra á cuestas.

Sancho, que por su cuenta había también echado pie á tierra, cuando vió que no era batalla de correr peligros, dedicóse sin reparo á una canasta de biscochos y un frasco de aguardiente que pudo haber á la mano, y acariciólos hasta que su amo el batallador hubo dado la orden de montar; la cual fué por él obedecida sin el menor refrán, observación ni plática, cosa rara en uno como Sancho. Qué te parece, Sancho, dijo Don Quijote, que hagamos de este descomedido mahometano? No veo yo por donde este buen religioso pueda ser mahometano, respondió el escudero; y lo mejor que pudiéramos hacer fuera entregarlo en su convento, y allá su prelado ó superior le infrinja el castigo merecido por estas borracherías, que tan á menos traen las órdenes religiosas. Ya te dejaste decir infrinja, otro despropósito, le interrumpió su amo: lo que yo entiendo es que quisiste decir imponga; pues el mismo verbo infligir es ya rancio y de ninguna significación en lo bien hablado. Y sírvate de regla que ha de haber mucha oportunidad y elegancia en un anacronismo, para que pueda pasar. Yo no entiendo de arnaconismos, Señor mío, dijo Sancho; ni sé de verbos sino que el Verbo Divino se encarnó en las purísimas entrañas de

María, por obra y gracia del Espíritu Santo.—Eso no hay quien lo quite; pero no puedo sufrir oírte hablar tan necio, cuando con ser mi escudero debías por esa mesma razón usar términos cultos y adecuados para las circunstancias. Y en lo de llevar, como dices, á este religioso á su convento, no me parece mal; puesto que mejor estaría presentarle al congreso, porque vean esos legisladores cuan sin eficacia son sus leyes, y cuan á despecho de ellas y de las buenas costumbres andan relajados estos frailes. Y yo te sé decir que á ninguna congregación le corre más estrecho deber de ceñirse á la moral, si exceptuamos la orden de la andante caballería, que á los que profesan el sacerdocio, por cuanto en ella están las cosas de Dios, y por cuanto sería cosa más del infierno que del cielo, servirse de impuras manos en los sacrificios. Esto ha sido así desde los primitivos tiempos, como que los sacerdotes idólatras mismos debían ser los más santos de los hombres. Ahí tienes á los de Isis, ahí á los de Apolo, ahí á los flamines de Júpiter: ve qué respeto y venerabilidad, pàra expresarme de este modo, inspiran á los demás esos mortales privilegiados. Entróse nunca al antro de Trofonio sin un secreto terror, que así te lo causaba el dios como el misterioso sacerdote que le servía? De las preeminencias que gozaban los sacerdotes se seguía ser tan severas las penas con que las leyes castigaban á los indignos de su santo ministerio. Clodia Leta fué enterrada viva, por haber roto sus votos, y lo propio sucedió á otras varias sacerdotisas de Vesta, las cuales, como acaso oíste alguna vez, llamábanse vestales Si pues tanto rigor corría con los paganos sacerdotes, ¿qué no debería ser con los cristianos? es por ésto que no me parece bien contentarnos con presentar este buen fraile á su provincial, el cual le mandará por castigo de visitador á una provincia, revestido de extraordinarias y plenas facultades; mas antes exponerlo á la vergüenza pública de modo que le pese. Ahora verás lo que hago.

Y como en ésto habían entrado en la ciudad, íbanse por sus pasos encaminando al palacio del cuerpo legislativo, llegados á donde, desmontóse Don Quijote,

arrastrando consigo al fraile, al cual le quitó *velis nolis* la chupa de piqué blanco de algodón, y en mangas de camisa entróle en vilo en la sala misma de sesiones. El presidente hubo de preguntar que era ello; y dicho lo que pasaba, mandó con indignación se echase *ese loco* fuera, y el religioso á su convento.

DE LOS CELOS.

CONSEJO DEL OBISPO DE BELEY.

RARO GÉNERO DE MISANTROPÍA.

Elles font la sotisse et nous sommes les sots ...
MOLIERE.

He leído en la "Fisiología de las pasiones" de Alibert, que la de los celos es inseparable del amor; pero que si éste puede venir alguna vez sin ellos, ellos presuponen sin remedio la pasión amorosa. La naturaleza ha variado de algunos siglos acá, ó esta proposición fisiológica no es tan general como la sientan los autores. Hortencio, enamorado perdidísimo de la mujer de Catón de Utica, se la pidió prestada por algún tiempo. El grave romano contestó que reflexionaría, y después de echadas bien sus cuentas, prestósela en efecto, con ser, como era su apego á su mujer, muy positivo y grande, y muy pundonoroso el carácter de Catón, según todos lo sabemos. Cuando Hortencio hizo tal pedido á su amigo íntimo, bien sabría como lo hacía; y cuando el filósofo consintió en la demanda, no era sin duda cosa opuesta á la virtud y á los principios de moral, tan arraigados en su pecho y tan bien determinados, que nunca y nadie los profesó más puros. Pueblo ha habido en el mundo, y de los más ilustres, donde uno de los castigos más severos impuestos por la ley á los malos ciudadanos era la prohibición de prestar sus mujeres á sus conocidos, y aún á los extranjeros. Y para que en toda una Esparta se llevasen adelante usos tan contrarios á los nuestros, no serán pues en sí mismos tan absurdos y extravagantes como nos parecen, ni los celos tan inherentes á la naturaleza, que sin ellos no pueda subsistir en armonía, yendo acompasadamente á sus mayores fines. Ni podemos acogernos á la escapatoria de que la corrupción per-

vierte las leyes naturales, en términos que dejan de parecernos leyes, y el ánimo se acomoda insensiblemente á lo que en el estado de pureza tendríamos por inicuo ó vergonzoso. Hubo pueblo más hecho á la virtud que el de Lacedemonia? Dónde fueron más austeras las costumbres? Y los anales del mundo recuerdan á varón más virtuoso y moral que Catón de Utica? César, Lúculo, Pompeyo, Antonio y otros muchos prohombres miraron con indiferencia la desgracia conyugal, pues todos habían pasado por lo mismo que Catón, y aún sin su consentimiento. Pero hubo un tonto Lépido que se mató por causa de su mujer.....Cuál fué más cuerdo? Lépido ó aquellos? para nuestras pasiones y costumbres, Lépido sin duda. Sin duda, pues si ahora dos mil años no deshonraba una cosa, ahora puede deshonrar; y si en Roma se tenía harta serenidad para conservarla en el trance más arduo de la vida, por hoy no hay quien la tenga, sino es en algunas naciones en donde, á fuerza de civilización, los vicios mangonean de virtudes, como en Francia.

Mi Francia! tan querida, tan alabada por mí en cualquiera oportunidad, tiene también sus vicios y defectos. No se hade matar á la madre por obedecer al padre; mas la verdad tiene exigencias tales, que el no satisfacerlas es de impíos; el hacer ó decir lo contrario de lo que ella ordena, de malvados. Hartas virtudes y grandezas adornan á esa hermosa porción del género humano, para que no se puedan mencionar sus fragilidades sin traer á menos su fama y nombradía. Francia es una de las primeras naciones del mundo, y en ciertas cosas, la primera. Por eso mismo sus vicios son más de temer, dado que sus costumbres pasan á los otros pueblos, y que aun sus extravagancias tienen imitadores. Pues por ésto, y porque los guardianes de la moral no han de permitir la entrada en sagrado recinto á ninguno que no sea de su gremio, conviene extigmatizar los vicios dondequiera se los encuentre.

En Francia, digo, el matrimonio es asunto de pura comodidad, y por la mayor parte se casan para ser libres. Una jovencilla honesta, fresca, rosagante, que á torren-

tes esparcía donaire y donosura, respondió en el tono más sincero y natural del mundo á uno que la requería de amores: Cuando me case, es otra cosa........no ve usted que todavía soy soltera? El adulterio hablaba por boca de esa niña, en cuyas palabras, nosotros, *bárbaros americanos*, no podemos pensar, sin que nos discurra por todo el cuerpo un hormigueo y un friecillo mortales, y sin que se nos ericen los cabellos, cual nos pudiera suceder al frente de un aparecido. Se daría cosa más ridícula en ese infortunado pueblo que un hombre que exigiese fidelidad en su mujer? ni más necia y fuera de tiempo que una mujer que averiguase los pasos de su marido? Ah, señores franceses, no será este asunto desafío, pues hablo la verdad; y si ha de serlo, Moliere es mi padrino, óiganle ustedes.

"Mi padre me ha tenido en la sujeción más incómoda y fastidiosa, (dice á su novio, Dorimena, encantadora muchacha que está para casarse); con vos me preparo á desquitarme el tiempo perdido......Me gustan juegos, bailes, paseos, convites, libertad, en fin, absoluta, y todo linaje de placeres. Viviremos sin estorbarnos uno á otro; ninguno de los dos pedirá cuenta de sus acciones á su consorte ... ni celos, ni molestias....cada cual su camino...." Este programa ofrece más que la Odisea. Y aunque al bueno de Esgaranelo no le sabe á ambrosía, y le suben, como él dice, algunos *vapores á la cabeza*, la linda moza no se proponía sino lo que la mayor parte se propone; y si no hubiera estado su plan en las costumbres de su tierra, no le hubiera propuesto á su futuro, ésto se cae de su peso. Me dirán que la rapaza quería intimidarle y disuadirle del matrimonio; si así es, aquí viene Trissotín respondiendo á la virtuosa Enriqueta, la cual en un arranque de indignación le hizo una terrible amenaza:

A tous évenements le sage est préparé.
Guéri, par la raison, des faiblaises vulgaires,
Il se met au dessus de ces sortes d' affaires.

"El sabio arrostra con toda clase de acontecimientos: las flaquezas del vulgo se cura él con la razón, y

permanece superior á esas que llaman *desgracias*. . . . ."

Sabio filósofo! Bendito sea Dios que aquí no tenemos Trissotines; y si los hay, son de otra tela: ellos no se ponen *au dessus* sino *au dessous;* no lo sufren de sabios, sino de *callados;* no de inteligentes, sino de beocios. Y pocas veces no serán terribles *esos lances* aún para los Trissotines *au dessous:* vea usted que un tonto cela como un toro, mugiendo, escarbando la tierra, echando espuma. El tonto celoso se pone tras una puerta, y no da más que un trancazo. . . . Vale más meterse con los sabios; éstos siquiera alguna vez dirán con Monsieur Cryssalda:

Ce son coups du hasard dont on n' est point garant;
Et bien sot, se me semble, est le soin qu' on en prent.

"Esos son *casos fortuitos* de los cuales uno no es responsable; y á todo mi parecer, es un zoquete el que los toma á lo serio." Dios nos guarde y nos favorezca!

No, no son estas cosas de comedia; y aún si lo fuesen, siempre serían cuadros de costumbres, visto que la comedia no hace sino representarlas. Pero si necesarios han de ser acontecimientos y desgracias reales, ahí está ese mismo desgraciado poeta, que tan al vivo ha pintado su tiempo y las inclinaciones de sus compatriotas; ahí está viviendo en la agonía, despedazado su pecho por las furias, acarreando consigo la más negra tristeza, porque tuvo la desgracia de amar profundamente á su esposa, y ésta hacía lo que Dorimena se prometía hacer, y algo más. Después de varios estravíos y aventuras escandalosas de la joven Armanda, perdonóla el poeta, su marido, y ofreció vivir con ella adorándola, con la sola condición de que renunciase á sus galanterías: Armanda rechazó con indignación esta cortapisa, y se separaron para siempre. Qué costumbres!

Y no han variado con el tiempo; lo mismo sucede hoy que en el siglo de Luis XIV. Chateaubriand reune á dos cónyuges al cabo de la vejez, después de haber pasado la vida cada uno por su cuenta, á referir-

se uno á otro sus aventuras amorosas, propuestos á vivir en lo sucesivo como Tobías y Sara, cuando ninguno de los dos se apea de los sesenta. Queréis más autoridades? Oh....qué fisonomía horrible se presenta allí? los labios apartados en infernal sonrisa, irónicos los ojos, el jesto en general aterrador y avergonzador al mismo tiempo: una suerte de obispo de Meudón, un Rabelais atrasado, pero no menos sabio y espantoso.... ya le habéis conocido; es Balzac con sus cuentas en la mano, esa aritmética diabólica ¿cuántas esposas fieles hay en Francia? Tres. ¡Qué monstruosidad! (*)

Un buen matrimonio, según el dicho antiguo, no puede formarse sino entre un sordo y una ciega En Francia se exige también que el marido sea mudo, conforme al acertado consejo que Camús, obispo de Beley, (**) dió á uno de los *predestinados* de Balsac. Rogábale el predestinado encarecidamente convertir á su mujer á la honradez, mediante la elocuencia de la religión; porque, decía, ya no bastan con ella ni mis ruegos, ni mis arrebatos, y no parece sino que lo hace adrede......Todo sería por demás, amigo mío, respondió el buen prelado; mi silencio, y sobre todo el vuestro, sería lo más prudente. Créame U., querido, vale más ser *Cornelio Tácito* que *Publio Cornelio*.

Según el viajero Dampier, en Pulo Condoro, en el reino de Siam, en Tonquín, en Cochinchina y otras naciones de Asia, los hombres ofrecen sus mujeres á los extranjeros á mezquino precio; y en Combaya no hay muchacha más apetecida para casarse con ella, que la más disoluta de todas: las de su condición son muy buscadas; las que serían buenas para nosotros, digo las doncellas, muy mal vistas para los moradores de esos países. Y qué diremos de la *poliandra*, ó matrimonio

(*) Véanse las conferencias del Padre Jacinto en Nuestra Señora de París, acerca del matrimonio, y se verá si Balsac ha exajerado.
(**) Essais de Montaigne.

de una mujer con muchos hombres, que reina en el Tibet, el Bután, el reino de Nepaul y en otras regiones donde el número de hembras es inferior al de varones? Las mujeres se acomodan, dicen los viajeros, mucho más que los hombres á ese estado; pero éstos no se desesperan ni se dan de navajadas sobre cual ha de ser preferido. Por donde puede verse que los celos no son inseparables del amor, sinó donde las costumbres y el modo de mirar las cosas hacen que la honra del marido vaya á un paso con la fidelidad de la mujer. Preocupación será ésta, pero, si las hay, es una virtud, y de las más necesarias para el concierto y el buen paso de la sociedad humana. Allá se avengan esos grandes romanos con su indiferencia; nosotros no debemos imitarles en ella, así como ni en otras muchas cosas. Lucrecia dándose de puñaladas en presencia de su marido, por haberle sido infiel, puesto que violada, es sin duda personaje más simpático y digno de respeto, que Catón de Útica prestando fríamente su mujer al orador Hortencio. ¡Santo pudor! un pueblo celoso es más formado para la moral, que otro que no lo es; y en esta parte los moros valen más que muchos de los civilizados de la raza caucasiana.

Pero donde reinan los celos, qué pasión tan terrible suele ser! Mitridates, rey del Ponto, es vencido por Lúculo en una gran batalla: huye á uña de caballo, y una vez en cobro, su primer cuidado es mandar orden á sus mujeres y concubinas, y aún á sus hermanas, como sin perder punto de tiempo se quiten la vida con sus manos. Todas obedecieron: Berenice, la hermosa Berenice, y la célebre Monima, víctimas fueron de los celos del vencido. Ésta intentó ahorcarse con la banda real, y cuando se la hubo roto, despechada exclamó: Oh tela maldita, que no me servirás ni para ésto!" y entregó al verdugo la garganta.

Los bárbaros, hombres que se hallan más cerca de la naturaleza, y por el mismo caso saben más lo que ella pide, casi siempre han preferido su muerte y la del objeto de su cariño á la posesión de él por otros; robo es éste, á sus ojos, de cosa sagrada: un mauritano ó

un pharto no vacilaría en poner fuego al mundo, si se tratase de arrebatársele su esposa ó su querida. Pero asimismo hay otros, no menos bárbaros, que regalan con las suyas á los extraños, cual por un sorbo de aguardiente, cual por un cigarro, cual en fin por pura cortesía y propensión hospitalaria. Los celos no constituyen pues la naturaleza ni son inseparables del amor. Pero es la cosa del mundo más ocasionada á la tragedia, como acabamos de ver con las mujeres de Mitridates, y como nos lo prueba Otelo ahogando desapiadadamente á la dulce Desdémona.

Estos celos son naturales, rectos y .... casi debidos: de ellos nace la tragedia: pero hay ciertos celos cómicos, que bien podían llamarse celos al revés, y son los que el marido procura inspirar á su mujer, cuando debe hacer lo posible para extirpar los que mal grado suyo hubiere sembrado en su tierno pecho. *Celos al revés* .... los hay! y ésta es una de las ridículas manías de los hombres. Mas las cosas al revés paran de fijo en mal. El gran comediante de Luis XIV, según puede verse en su vida, no era feliz en todo; y siendo él tan vivo é ingenioso, andaba siempre á vueltas con unos sirvientes desmañados, los cuales eran no escasa parte de sus disgustos. Uno entre ellos se llamaba Provanzal, y era su oficio vestir á su amo de los pies á la cabeza, visto que el grande hombre gustaba de ponerse en manos ajenas, precisamente para lo que debe hacerse con las propias. Una ocasión había de salir de prisa á ver al rey, para cuyo grave paso vestíase del modo correspondiente. El bueno del criado le puso una de las medias al revés, cosa de no poca trascendencia, si el lector tiene en memoria que en esos buenos tiempos iban los hombres con peluca, calzón corto y casaca á la chamberga, en cuyo vestido la pierna había menester el mayor acicalamiento, como sucediera, Dios me perdone, si el bello sexo se vistiera de modo que la traiga al aire.—Provanzal, dice el poeta, esa media está al revés. Adviértelo el muchacho, tómala por la boca, y la voltea en el mismo hecho de sacarla; pero sin hacer

cuenta de esta volteada, mete en ella el brazo, la voltea, y se la pone á su amo.—Provanzal! esa media está al revés. Asombrado al mozo, ve que es así, la tira por el borde superior, con lo cual queda al derecho; pero sin hacer caso de esta otra volteada, mete en ella el brazo muy activo, la torna á poner al revés, y se lo encaja á su amo. El hombre estaba ya irritado.—Bruto! esa media está al revés! Y como el pobre mozo repitiese la misma maniobra, su Señor se fué de todas, y de un puntapié en la barba le echó patas arriba. En cualquier oficio, dijo furioso no serás sino un bestia.—Y ustedes, filósofos ó diablos, exclama aturdido el mozo, cómo hacen para que todo sea cosa de brujería! Pues hubo menester el infeliz veinte y cuatro largas horas para dar, á fuerza de meditación, en cómo esa maldita media estaba siempre al revés (*)

Las cosas al revés son malas; así los celos al revés fueron motivo de un lance muy desagradable para Don Bruno, excelente sujeto, sin más flaco, entre los muchos de que adolece, que un vehemente deseo de hacerse celar por su mujer. Hombre es que jamás sale de su casa, y quiere que su mujer le cele; que huye del género humano, y mucho más del sexo hermoso, y quiere que su mujer le cele; que no tiene gracia ni plata, y quiere que su mujer le cele. Para esta honrada empresa finge recibir cartas misteriosas, y las lée á hurto de su esposa, pero de modo que ésta lo eche de ver; luego las deja caer como por descuido delante de ella, y las recoge presto y asustado. Cuando no le sale bien esta tramoya, déjalas en la mesa, cual pudiera por olvido, y sale á dar su vuelta por los corredores, á fin de proporcionar á su mujer tiempo de curiosear y ver que es ello. La maldita nunca se comidió á preguntarle nada á ese respecto, ni quiso saber qué papeles eran esos, ni por qué andaba su dueño tan rodeado de misterios.

Acendrado juicio tenía Doña Frasca en no dar gusto al simple de su marido en tan singular y majade-

(*) Grimarest. Vida de Molière.

ra pretensión; pues hartó se la alcanzaba que no había ni una mínima de verdad en las aventuras que el buen hombre quería darla á entender, por puro vanistorio, ó por echar leña al cariño de su esposa, como quien algo había oído acerca de los caprichosos efectos de los celos. Despechado de ver que nadie hacía caso de sus intrigas, determinó Don Bruno dar una clara prueba de su infidelidad, y sacar á las barbas del mundo su perfidia. Por ahí, vecina á su casa moraba una tal Dolores, muchacha de buenas prendas, á quien él nunca se había atrevido ni á mirar en el semblante, menos aun á decir una palabra, pero á quien no perdía ocasión de encomiar en presencia de su mujer, poniendo en las nubes sus donaires.

Pues por ahora todo le sale al pelo de su intento: su esposa le preguntó por qué se peinaba con tanta maña: un criadito vino ha hablarle á hurtadillas, y es precisamente día de la virgen de Dolores.

—Qué día es hoy? pregunta á su mujer.

—Pues no sabes? de Dolores.

Eso se quería Don Bruno. Manda sin rebozo por dos botellas de coñac negro, tómalas debajo de la capa, y se previene á salir.

—Si no vuelvo hasta de noche, no hay que esperarme........

—Así haremos, responde fríamente la señora. Pero se dignó añadir, á dónde vas?

—Yo sabré........

Y salió airoso, no sin haber antes requerido con la vista la calle, que de suyo era desierta, por si viniese alguien á tiempo que salía; pues era el tal uno como misántropo, muy temedor de la gente y amigo de huír de ella. Y como nadie pareciese, tomó hacia abajo, y volviendo á cada paso la cabeza, se entró precipitadamente en un solar de tienda arruinada, donde se dejó estar necio todo el día, y donde, gracias á Dios, pensaba dejarse estar toda la noche, con el laudable propósito de dar á entender á su mujer que andaba jacareando. Este desgraciado no tenía amigos ni conocidos, ni sabía qué hacerse cuando por casualidad salía de su casa. Allí se

estuvo en la tienda votada, y por no estar enteramente ocioso, empezó á beber á solas, y de manera bebió, que éntre tarde ya había trasegado en su estómago buena parte de la bodega que consigo traía. Él se emborrachaba, la noche llegaba; y con un escaso resto de conocimiento alcanzó á columbrar que el quedarse allí toda la noche tendido por aquel suelo, ébrio y sin abrigo, podía acarrearle por lo menos una fiebre, si ya no era comido de perros. Pensó por consiguiente en volver á su casa, á pesar de su resolución, para lo cual tornó á requerir la calle, sacando de cuando en cuando la cabeza.

En una de estas sacadas ¡ mal pecado ! acertó á pasar medio borracho un mayor Lama que había por entonces, muy bravo y pendenciero, y sin más que haberle visto escondedizo, entró al solar y le dió tal mano de mojicones y patadas, que la gente que acudió á los reniegos del mayor y los ayes del infeliz Don Bruno, hubo de entrar á éste en brazos á su casa, no tanto privado del juicio por beodo, cuanto molido y medio muerto por los golpes del militar.

Cuando la señora supo lo que pasaba, y vió entrar en vilo á su marido, lejos de echarse á ver lo que tenía y derramar lágrimas de enternecimiento, se cubrió el rostro con las manos, y dijo despechada: Este mudo me ha de quitar la vida........

Al otro día amaneció mi Don Bruno con cara de derviche, trasijado, pálido, ojerudo, verde y sucio además.

—Panchita, dijo á su mujer, qué me sucedió ayer?

—Vos has de saber pues, animal.

—Digo que cómo volví á casa.

—Arrastrado como perro.

—Yo no me acuerdo sino que estuve en una yata .... y que entró el mayor Lama .... y no me acuerdo más.

Y era así la verdad, visto que la pobre cabeza de Don Bruno, ya de suyo mal nivelada, rodaba en una atmósfera confusa de coñac negro, de Dolores, de enamoramientos, de montones de tierra tras los cuales había estado escondido, de soldados, de fieros y de golpes. Se acordaba también vagamente de haber ido por una calle

en angarillas, y de haber oído reir á algunas personas y compadecerle otras; y no se acordaba más.... Su mujer le habló castizo, y le dijo en buenos términos, que si pasaba adelante en sus extravagancias, el mayor Lama no dejaría de toparle por ahí, y que con esta advertencia ya podía ir á dar años á la Dolores cada y cuando se le antojase. Con ésto Don Bruno se curó de su vanidad ridícula, por la cual ansiaba los celos de su mujer, y aun quieren decir que se confesó y se fué á pasar con su familia una buena temporada en una hacienda.

La fe es una de las mayores virtudes, bien así en las promesas como en el matrimonio; y tanto más sagrada en éste, cuanto que sobre ser un pacto entre dos personas, es un sacramento sublimado por ritos divinos, y por la misma razón impone á los contrayentes deberes de peso mayor que cualquier otro. La verdadera virtud consiste en practicar una virtud naturalmente, y sin esfuerzos: hacer lo posible para ejercitarla, aun contra la propia inclinación, es ya acción muy meritoria. Delito es llevar adelante un vicio, aun cuando no seamos poderosos á evitarlo; ¿qué será pues fingir los que no se tienen? Locura digna de castigo, ceguedad imperdonable, cuyas ruines consecuencias no tardan en experimentar los necios. Hay quienes procuran manifestarse peores de lo que son, y éstos los más desgraciados, sea ello obra de maldad, vanidad ó simplicidad de espíritu. Qué estado más delicioso y envidiable que el del hombre cierto del cariño y la virtud de su mujer, fiel él mismo y labrador de la armonía doméstica y el buen paso de la vida? No verse satisfecho ni contento con bienes tan sencillos, pero tan superiores á las coronas de los reyes, viene á ser no merecerlos, ó no saber apreciar tanta ventura. ¿Y puede haberla más cabal que el no turbado sosiego de un aduar pacífico, que siente pasar las días por sobre él sin amargura ni zozobra, mientras la Providencia reparte entre los que le componen las bendiciones apetecidas de los buenos? Pero hay más de un Don Bruno vivo y efectivo, que anhela la perturbación de la verdadera felicidad, por dar vado á un necio orgullo; y el que os he dado á conocer está ahí entre vosotros.

VIAJES.

POESÍA DE LOS MOROS.

CÓRDOBA. LA GRAN MEZQUITA

Abdala Abulabás Asafad ha subido al trono de Damasco: los Beni Omeyas cayeron bajo el alfanje de sus rivales, y toda la poderosa familia es exterminada. Noventa caballeros escapan del degüello general, y se refugian en Egipto: recíbelos el Wali con aparatos y demostraciones regias; los príncipes son bien venidos á su corte. Para el festejo de tan ilustres huéspedes un banquete se prepara, tan real y suntuoso, como nunca lo tuvieron reyes. Los príncipes Omeyas están sentados á la mesa, considerados y servidos por los principales señores de la corte; el Wali exhala el alma por acariciarles y adularles. ¿Qué acontece? Se cambia el servicio, y el segundo mantel se compone de noventa cabezas que chorrean sangre, con los ojos monstruosamente abiertos. Son las de los Omeyas, huéspedes del gran Wali de Egipto. La cimitarra de Abdala Abulabás era muy larga; habíase extendido hasta el palacio de su real deudo.

Un resto quedó no obstante de familia tan noble como corta de ventura: Abderrahman ben Moabia siente correr por sus venas sangre de califas; hierve su pecho en grandiosas afecciones, su alma en encumbrados pensamientos. Joven es, y por el mismo caso reboza en esperanzas; sólo se mira, mas el valor no necesita compañeros: persíguenle de muerte los matadores de sus padres; él es prudente, huye y se interna en el desierto. La vida del príncipe Moabia está en un hilo: las órdenes de Abulabás se trasmiten como por encanto á todos los vientos del imperio, sus súbditos están so-

bre aviso; adonde llegue, ahí morirá; sin contar con que numerosas cabalgadas de beduinos y soldados árabes le persiguen en todas direcciones. Abderrahman sigue su estrella; sigue por ahora el camino del fugitivo; por él llegará á un trono, y se verá que el Califa tenía razón de anhelar la muerte de enemigo tan flaco y nada temible como parecía ben Moabia.

Cruza desiertos, lucha con fieras, vence leones, se acoge á la choza de un negro salvaje; camina, camina sin descorazonarse á los mayores trabajos, y su industria burla la vigilancia de las paradas y espías que le esperan en todos los caminos. Unas veces ayudado de disfraces, otras de la fuerza de su brazo, se sale con su empeño: no hay dificultades para un grande corazón. Abderrahman se halla entre amigos, ha llegado á Mauritania, en donde un noble Jeque de la tribu seneta le recibe. ¿Qué torbellino de polvo se acerca por allá? Una manga de beduinos con los sables en alto se aproxima á galope.—Por Alá, ¿no habéis visto un joven en cuya busca andamos? Es de gentil parecer, soberbio en su ademán; príncipe, en una palabra.—Sí por cierto, visto le habemos hace poco; llegó entre nosotros, y tres días ha que anda á casa de leones: echad hacia el occidente, y hallarle habéis no ha mucho andar.

—Mirad que son órdenes del gran Califa, y que un engaño os costaría la vida.

—Id, amigos; el rumbo que os indicamos es vuestro camino.

—Alá sea con vosotros.

Y los beduinos partieron á toda rienda envueltos en un huracán de ardiente arena.

¡Generosos bárbaros! instruyen á su huésped de lo que pasa, hácenle montar una yegua veloz, y con una guardia de jóvenes guerreros, envíanle á una tribu más remota. Aquí le llegaron embajadores de España para ofrecerle á nombre de los muslimes el corazón y el respeto de los creyentes, pues iba á ser proclamado rey, con absoluta independencia del Califa de Damasco, él, desterrado, fugitivo, que á cada paso podía dar en la tumba.

Partió luego Abderrahman con los embajadores y no pocos zenétes que le acompañaron por adhesión á su persona, y, llegado á su reino, se festejó su venida con zambras y cañas, en donde nadie las rompió más ni con mayor gentileza que el príncipe ben Moabia, amor de las doncellas desde el primer día, gloria de la patria así como hubo desenvuelto las grandiosas prendas con qué la naturaleza le había distinguido. Este fué el primero y más cabal de los reyes muslímicos de España; éste trajo á Córdoba la silla del Imperio; éste hizo de ella una ciudad tan grande y magnífica, que pocas hubo tan magníficas y grandes.

El rey no perdió tiempo de aventar hacia fuera la magnificencia de su alma: el primer monumento de su grandeza fué la gran mezquita, á la cual dió principio, determinado á sobrepujar en sublimidad y perfección á los templos de Damasco, Bagdad, Ispahn y de todos los del rico Oriente. Fórmanla mil noventa y tres columnas de finos mármoles, que sustentan cincuenta y siete arcos estupendos, debajo de los cuales se espacian anchas naves enlosadas de mármol laboreado, sonoro á los pies, agradable á la vista. Cuatro mil lámparas de oro suspendidas en las bóvedas hacen del edificio un gran foco de luz: en las festividades solemnes, todas ellas se encienden, y á la salida del Ramazán, el templo es cosa grandiosa, digna del Dios que adoramos todos y digna de profeta menos impostor que Mahoma, á quien está consagrado. Gástase en estas lámparas gran copia de esencias y perfumes, y éstos de los más delicados y costosos: la mirra, el ámbar, el áloe no son economizados; blancas columnas de humos sabrosos y vivificantes se levantan de braseros de plata bruñida, y en alas azulinas se espacian por las anchurosas nabes: las paredes, labradas, ostentan á modo de jardines, flores abiertas del más bello color: el oro, el azul, el blanco mate componen esa vistosa alfombra que aforra las columnas, y mil y mil caprichosas bordaduras se extienden á lo largo en cordones retorcidos, formando maravillosos resaltos, por los cuales la vista vaga complacida, deleitándose con el primor de de esos ricos objetos. Las cúpulas están coronadas de

grandes bolas doradas, y la mayor de todas y más eminente es de oro masizo. Sus puertas son diez y nueve, unas hacia el oriente, otras al occidente: puertas de bronce de maravilloso laboreo, floreadas de ese *ori–azul*, mezcla de oro y de ese azul que parece tener hasta fragancia. Este color se ha perdido; era un secreto de los árabes. La puerta principal está forrada de esas láminas de oro, y es principal en todo: mayor en porte, más espesa, más grandiosa: por ella entra Dios cuando se viste de pontífice.

En el interior del templo no reina aquella funestidad religiosa, aquella murria santa, aquella devoción y profunda tristeza que se derrama desde el tabernáculo hasta el peristilo en las iglesias cristianas, en las Catedrales de Italia y de la España goda; al contrario, los sentidos no encuentran allí sino de que animarse y jubilar: risueño aspecto, sonoros y alegres ruídos comunican al alma uno como gozo interior, y el creyente no se halla en la mezquita con un Dios zahareño é intratable, sino con un Dios jovial y bondadoso. Los edificios moriscos tienen ésto de particular, que son por dentro risueños, leves, amables; por fuera hoscos, refunfuñones, amenazantes: la política pasa á la religión: los monarcas edifican así sus palacios, á efecto de infundir pavor al vulgo con la presencia de un monumento tenebroso, y gozar ellos á su sabor en los interiores, venteados por las blandas alas del dios ciego: tal es la Alhambra de Granada, tal el Alcázar de Sevilla,

El rey Abderrahman ben Moabia trabajaba en este edificio con sus manos una hora al día; otro que tal Hixen, su hijo, en cuyo reinado se dió cima á monumento tan principal y grandioso. Este Hixen fué muy humilde para con su profeta, muy impío para con su maestro, muy insolente para con los hombres: con sus manos trabajó en el templo de Dios; pero de intento hizo acarrear la tierra desde Narbona, ciudad de Francia, á espaldas de cristianos, acémilas para el moro vencedor: ¡pobres cristianos! ¿qué sería de ellos acarreando tierra á espaldas para el templo de religión aborrecida? pues la acarrearon, y en gran parte ayudaron al levantamien-

to de la gran mezquita.

Han vengado el ultraje con el tiempo, y bien: ay! se han vengado demás. Esa fábrica maravillosa, alumbrada por cuatro mil lámparas del más fino metal, á donde se entraba por diez y nueve puertas de bronce, cuyas cúpulas estaban coronadas por grandes globos brillantes, en cuyo interior se aspiraban todos los perfumes de Arabia y Persia, ¿es el templo que he visto con mis ojos? Lo ví tan sólo con los ojos del alma: la gran mezquita de Abderrahman y de Hixen no existe ya; los siglos, los trastornos, la codicia, la barbarie, y más que todo la indolencia de los godos vencedores, ha convertido la mezquita en una sublime ruina: ahora está en pie, han tenido la caridad de no derribarla; pero es un esqueleto, una gran armazón; es Behemón despojado de la piel y de la carne, de sus colmillos preciosos: allí se está como un recuerdo, como una curiosidad, sin riqueza, sin primor, sin vida; resto fósil, cadáver antediluviano sobre el cual han caído todas las plagas del cielo, en el cual se han puesto las manos y los pies de la tierra. Como quedaban las ciudades por donde pasaban el gran Tamerlán ó Atila, así ha quedado la gran mezquita: los godos no pasaron, más se quedaron en ella: saqueada, ultrajada, desfigurada, mutilada, embarrada la mezquita, no es ya la gran mezquita, es una triste y pobre iglesia. Que no hay un grano de oro en ella, es claro; que no arde sino la plebeya grasa en lugar del áloe, cierto; que las paredes han perdido sus flores, que los bronces de las puertas han desaparecido, sin duda. Y para mayor abundamiento de barbarie, el arte ha perdido sus pulidas formas, la levedad morisca ha sido afeada con la cargazón de la arquitectura gótica. Cada órden puede ser perfecta por sí misma: hay también órdenes mixtas, que convinadas con pulso y sabiduría, componen hermosas obras; mas para que la combinación no falte á la armonía, á la métrica de la arquitectura, las órdenes han de ser de la misma familia, ha de reinar entre ellas tal similitud, que la una no desdiga de la otra: así lo quiere Vitruvio. Mas entre las de diferente, y aun opuesta naturaleza, no puede formarse sino monstruos. En la arquitectura árabe

todo es delicado, todo fino, todo leve: sus formas parece que están volando, algo hay de paloma en un edificio morisco: blandura, convexidad de miembros, vivacidad, brillantez, gran riqueza de colores: una alcoba de sultana es un cuello de paloma; el íris está arrollado allí, dando vueltas y revueltas como una culebra celeste, dorado, tornasalado, cambiante de los más vívidos y al mismo tiempo los más suaves matices. La arquitectura morisca es un madrigal armonioso, grato al oído: sus pilastras de jaspe, sus capiteles de oro, el mármol de su pavimento, y el arqueado voluptuoso de sus partes, todo es cosa de amor: nueve Musas habitan en la cumbre del Parnaso; otras nueve demoran invisibles en el Jeneralife.

¿ Pues cómo las cinceladas toscas, los miembros fornidos, el formidable gesto de la arquitectura gótica han de formar parte de un árabe edificio? Esto sería retocar un cuadro de Rafael con el pulso disparado y el recargo de colores de Salvator Rosa; intercalar en la Eneida escenas de las trajedias lúgubres de Shakespeare. Esos altares adustos no están bien en la mezquita: Dios está en el universo; grandes y excelsos templos tiene en todas las naciones de la tierra; pero no gusta de la desarmonía, él, tan acompasado y armonioso.

La mezquita de Córdoba es un gran recuerdo del imperio de los árabes de España: poder, sabiduría, arte, civilización en eminente grado, todo indica esa portentosa fábrica. Ahora está rodeada de melancolía; algo hay triste y desolado en ella: parece la casa de los siglos en donde van cayendo los años uno por uno; y como los pasados son pasados, nadie cuida de ella: indolentes son las sombras. El imán y el alfaquí no cuidan ya de su recinto, el muezzín no vela en los altos alminares, ni se oye tarde de la noche su voz solemne y religiosa: No hay más Dios que Dios, y Alá es su profeta! No hay más Dios que Dios! Alzaos, creyentes, y acudid á adorarle en su templo! La campana melancólica suena á la oración, y tal cual cristiano español embozado de su capa se encamina silencioso por el patio de las palmas: la fuente de las abluciones está allí; mas ya no es santa, ni se consuma un misterio en torno de ella: algunas

aguadoras arambelosas cogen agua en sus cántaros al son de su fandango, en lugar de esos graves y pomposos árabes, que cubiertos de su manto, rodeaban la fuente para lavarse en ella devotamente las manos antes de entrar á la *zahala*, ú oración de la tarde. Los siglos y las razas van pasando: todo acaba, todo cambia: sólo Dios es el mismo, sólo Dios existe eternamete: los muslimes le adoraron en ese templo; en el mismo le adoran los cristianos, y aunque no entre esas mismas paredes, en ese lugar le adorarán las generaciones venideras, cualquiera que sea su religión: el principio y la base de todas es Dios; nadie varía en este punto, ni variará probablemente: los dioses se fueron, no hay más que un Ente infinito y soberano legislador de cielos y tierra.

Abderrahman ben Moabia plantó la primer palma, de la cual nacieron las que dan sombra á la mezquita, y de ellas todas las que hoy asombran el suelo de Andalucía. Palmas son cargadas de años; á cuestas con la edad, no pueden ya con la tristeza: el viento se posa en sus cumbres á la hora del crepúsculo, y arrulla como tórtola viuda: la noche abanza, y él se atrista más; cierra la oscuridad, y todavía gime; parece ave nocturna, presagiadora de pesares y de muerte. Extranjero, ¿qué haces arrimado al viejo tronco de esa palma? mira que las sombras adelantan, retírate á tu albergue, porque de noche no hay mucha seguridad en este anchuroso y triste patio: dicen que un bulto blanco sale de la mezquita y viene á hacer una ablución en la fuente que está cerca de tí; luego un suspiro ahogado sale de ese rincón, y en las hojas de las palmas se oye un chillido temeroso, como de animalillos tiernos abandonados de su madre. Y aun sin ésto, la Sierra Morena está nevada, el ambiente es helador; la oscuridad y el silencio infunden tristes pensamientos.— Poco va en ello: el corazón oprimido requiere soledad, el pensamiento sombrío, sombras pide: dejadme aquí: ¿no soy extranjero? tan solo estaré en mi morada como al pie de este triste árbol: y si una lágrima se me cuelga en las pestañas, podré enjugármela sin que nadie me lo observe, y ésto es ya un adelantado. Si por aquí andan sombras misteriosas, tanto mejor; depar-

tiré con ellas; ¿no soy sombra yo también? En cuanto á esos ruidos misteriosos que bajan de los árboles, música son para mí: la oscuridad es sol para los tristes.

Córdoba fué siempre ciudad grande y renombrada: la fundó Marco Marcelo, y en tiempo de los romanos se llamó Colonia Patricia, en razón de ser asiento de sus gobernadores, ó acaso por dar de sí varones esclarecidos que la engrandecían en la opinión de la metrópoli, y la braban su felicidad interior. En Córdoba florecieron muchos y muy preciosos ingenios: las ciencias tuvieron allí sus patriarcas, las artes se vieron en su cumbre, la poesía tuvo apasionados que la cortejaron anhelosos y triunfaron de ellas. Aristóteles tenía allí sabios traductores, Hipócrates entendidos discípulos, y ni Copérnico leyó en el cielo con más claridad que los muslimes. Pues bien, estos hombres ilustrados y sagaces eran llamados *bárbaros y perros* por los españoles; los españoles, que no conocían entonces ni una universidad, los españoles que apenas sabían leer, los españoles que honraban la ignorancia. Cuando toda Europa yacía como muerta para la sabiduría, envuelta en las profundas tinieblas del siglo onceno, los árabes de España poseían las ciencias, cultivaban las artes, sacrificaban á las Musas.(*) La España morisca era el horizonte por donde estaba saliendo el sol que un día había de iluminar á Europa, la España morisca fué la escuela de donde salieron los maestros que instruyeron á los hombres modernos. La civilización actual, en cierto modo, tiene su origen en los árabes de España: á los árabes se deben los mayores y más útiles descubrimientos; los árabes conservaron preciosos manuscritos de la antigüedad, á los cuales deben en gran parte su sabiduría los sabios de nuestros tiempos.

Lo material era correspondiente á lo moral: un no muy extenso territorio contenía más habitantes que un vastísimo reino: Andalucía y más provincias moriscas eran como una colmena donde no hay punto de lugar

(*) Juan Andrés. Historia de la literatura.

perdido: hervían en ella los hombres por millones, activos, laboriosos, inteligentes, dados á todo género de industria, sino tiraban para el estudio, al cual muchos se entregaban de propósito. Seis grandes y magníficas ciudades, cada cual digna de ser metrópoli de un imperio, contenía la España morisca: Córdoba, su capital; Toledo, Zaragoza, Mérida, Granada y Murcia: fuera de éstas se contaban ochenta ciudades populosas y de primer orden, trescientas inferiores, y no malas, é infinitos pueblos y villorios cuajados de gente entregada al laboreo del campo ó á la industria manufacturera.

Reinando Alhaken, uno de sus más insignes reyes, Córdoba tenía doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas, y doscientos baños públicos. El aseo era para los muslimes una como religión ó parte de ella, tal que á nadie le era dable penetrar en el templo sin hacer una previa ablución. El vestido, la morada se había de tener tan en cuenta como el cuerpo: cada ciudad era una concha tersa y brillante, cada mujer una náyade habitadora de las fuentes. Todo al revés de lo que sucede con los bienaventurados españoles: hanse visto motines encabezados por la gente de chapa, pidiendo la vida del Ministro que habia tenido la torpe idea de mandar barrer las calles, (*) y se dan hombres que no se acuerdan haber tomado un baño en su vida: ¡ dichosos españoles!

Córdoba existe; pero qué Córdoba! No son los templos de cuatro mil columnas de mármol con capiteles de oro; no los alcázares de Azahara ni los jardines de Meruán; no las pilas, tasas y baños de blanco jaspe sombreados por mirtos y laureles; ni menos las doscientas mil familias que poblaban la Córdoba de más felices tiempos. Guadalquivir no riega ya sus huertos, donde no hay fruta que no sea conocida, ni refleja en su límpido cristal los alminares de las mezquitas y las ricas fachadas de los palacios de mármol: triste está

(*) Bukle. Ispain. Cuando Ensenada mandó asear la ciudad de Madrid, hubo un gran motín, y por poco no paga el Ministro con la vida su horrible disposición.

Guadalquivir; la sultana no extiende ya su lindo pie, y él no tiene que besar enamorado; nada fecundizan sus aguas; yerma la tierra, se come á sí misma de disgusto; los hombres acarrean consigo pereza invencible; el orgullo les vuelve miserables. Todo arruinado, todo perdido; los campos no se riegan, se siembra poco, se cosecha menos, y el hambre y la desnudez tienen escuela de pesares.

A cuestas con estos pensamientos, con toda esa ciudad casi fabulosa en la cabeza, andaba yo un día sin objeto por las callejuelas inmundas de la que hoy también se llama Córdoba: río abajo, río arriba, admiraba lo pasado, me lastimaba lo presente, y nunca daba con una cosa que me levantase el ánimo, sino era tal cual resto de la antigüedad respetado por los siglos. Era yo entonces semejante á ese retórico á quien el demasiado conocimiento del bello ideal, no le permitía gozar de ninguna composición poética; ay! conocía demasiado la Córdoba de los antiguos tiempos: para que pudiese gustarme la de nuestros días, si algo hay en ella que alcance á deleitar al viajero. Una andaluza gentil, que se anda donairosa por la orilla, flechando con sus rasgagados ojos negros, no digo que no. Las mujeres hacen de flores; todo lo embellecen, todo lo perfuman con su presencia: lo feo es hermoso, lo triste alegre: las ruinas cobran vida, las tumbas mismas se sonríen si ellas se asoman sonreídas por allí. Sin mujeres no hay belleza ni verdad. Si á algún filósofo he compadecido, ha sido á aquel austero Xenócrates que no tenía corazón para el bello sexo: él, que con su frialdad triunfó de la más bella de las griegas, es digno de compasión; y aquel estoico de firmeza inapeable que no ve á su esposa sino una vez en su vida, *y eso por pura cortesía*, me parece un mármol sabio, hombre tan sólo en la cabeza. Si otro mérito no tuvieran las mujeres que el de no poder vivir nosotros sin ellas, ya era eso gran título para celebrarlas; ahora si tomamos en cuenta las mil celestiales sensaciones y felicidades que nos labran, no hay voz para hacer su apología. Dicen que causan trabajillos; no es gran cosa: á lo menos así nos lo parece

á los que tenemos la fortuna ó la desgracia de no ser casados: en cambio de los bienes que ellas traen consigo, vengan los males, puesto que no sean de los malos.... Pues han de saber ustedes que hay males malos, y males buenos: esas deliciosas penas del corazón, esos delirios de la imaginación, esas angustias del alma, esos suspiros, esos ayes que se abrigan y se arrojan cuando se ama, males son buenos; la felicidad acrisolada, de ellos nace. Mi pobre Sócrates dijo una cosa que no me gusta: Cuál es mejor, Sócrates, le preguntaron, casarse ó no? Cualquiera de las dos cosas que hagas, respondió el filósofo, te has de arrepentir. Vamos, que no siempre sea así: convengamos en que uno puede ser feliz por mucho tiempo, á pesar de la sabiduría: ama, y descuida lo demás. El arte de ser feliz es el arte de hacer durar el amor: el Ariosto lo supo muy bien, cuando dijo:

Che dolce più, che più giocondo stato
Saria di quel d' un amoroso cuore?

Iba á decir que á falta de grandeza hay belleza en Córdoba: las andaluzas no han menester mi testimonio para ser las más preciosas españolas, y las cordobezas no ceden un punto á las lindas georgianas. Vaya una anécdota episódica para hacer ver cuánto influyen las hermosas en el ánimo, y cuánto obran en favor de su patria y de lo á ella perteneciente.

Un extranjero fué acometido de la nostalgia en París: aborreció todo en Francia, á los hombres, á las mujeres, el cielo, el suelo, el clima, las costumbres, todo. El otoño es terrible estación, muy ocasionada á enfermedades morales: la locura, el despecho, el suicidio reinan en el otoño muy más que en otro tiempo. Las nieblas bajan y se andan rastreras por las calles; oscurece antes de anochecer; el aire es frío, la nieve cae en plumas, y las ráfagas del cierzo las estrellan contra el rostro. Con que el alma se afunesta, las penas suben de punto, caen gotas de limón en las llagas del pecho. Mas de repente parece el sol entre un rompido inmenso de nubes, el cie-

lo se muestra risueño, azul, purísimo, y la tierra toma un baño de alegría. No hay corazón que no se contente en una de esas hermosas tardes en que los árboles se adornan con cabelleras de oro, en que las nubes ruedan por los horizontes á modo de enormes trozos de oro derrumbados de una mina prodigiosa; en que los habitantes saborean el aire y la luz por las calles principales de la ciudad. Las mujeres de París no viven en sus casas; todas están en la calle, y en estos días de pláceme para la naturaleza, son las que más la festejan y se festejan con ella. Iba pues yo con mi infortunado misántropo por el *boulevard* Montmartre, y poco á poco se le fué desencapotando la frente, ya su mirada no era turbia; á pocas vueltas, víle sonreir. Era, Señor, que íbamos encontrando falanges de muchachas, frescas, rosagantes, elegantes, airosas y apetitosas, como no es posible ponderar. ¿De dónde salió ese enjambre de dulces abejas que nos picaban por donde quiera nos volviésemos? conqué había tantas bellas en París? Ó los campos Elíseos de Mahoma se abrieron de repente y dejaron derramar esa lluvia de huríes? El hecho es que eran bonitas, y por feliz y rara casualidad, en un largo trecho no topamos ni una vieja ni una fea. Y esas retrecheras que son el diablo! por medio de una infernal maquinilla la orla del vestido está á una tercia del tobillo: ya ustedes se imaginan lo que es eso. . . . y un modo de andar, y un modo de mirar, y un ademán, que allí le hubiera querido ver al buen Xenócrates. . . . Pues el que iba á mi lado se reconcilió consigo mismo, y con Francia, y con su cielo, y con su suelo, y con su clima; tornóse adorador de París, y allí se está hasta ahora conceptuándose el más feliz de los mortales. Tanto como ésto son poderosas las mujeres!

Oh Dios! De este vistoso cuadro he de pasar á un cuadro triste: estoy en Córdoba, y lo que en ella veo no todo es alhagüeño. He andado por las orillas del Guadalquivir, he entrado y salido diez veces de la gran mezquita, he recorrido la ciudad del uno al otro extremo, y cuando el exceso de pensar y recordar me rendía

la cabeza, y el de sentir y padecer el corazón, un pavoroso espectáculo ha puesto de repente mi ánimo de punta, si puedo expresarme de este modo: al desembocar en una grande plaza, descubro un vásto hormiguero de cabezas humanas: es una muchedumbre apiñada, llena, impaciente, que se codea, se empuja, se golpea por llegar cada uno de los que la componen á un cierto lugar, en donde el motín es más compacto y bullicioso. Veo, observo, ¡gran Dios! no es gente, espectros son horripilantes; pálido y descarnado el rostro en unos; en otros, negro, ese negro amarillento de ictericia; la greña sucia y revuelta; inmundos girones por vestidos, por los cuales entreparece hasta lo que debe estar oculto según la pudicicia. Son mendigos, centenares de mendigos en una escasa población! Un hombre caritativo les da por ahí en una tienda una galleta baza; de ahí el apresuramiento, de ahí las ansias de la miserable turba. Y no todos viejos y lesiados, sino muchos de ellos gentes de verdes años, y muy enteros y cabales de miembros. ¿Por qué se arrastran en tan indigno estado? por qué se mueren de hambre? Por que en España no se vive para comer, ni se come para vivir. El español es sobrio; esta virtud nace de un vicio, de un pecado mortal, la pereza; el español es orgulloso; del orgullo proviene la ociosidad, de la ociosidad la penuria. El español tiene en poco el trabajo; de ésto resulta que carece de lo necesario. Y cuando carece de lo necesario, da en bandido ó en mendigo, ó en uno y otro, según sus comodidades. Entretanto la tierra, la fecunda y bondadosa tierra, permanece yerma: media España está inculta, y la mitad de sus habitantes no tienen oficio ni beneficio, ni como pasar la vida. No son ponderaciones éstas; viajad en España, atravesad la Mancha, y veréis, y sentiréis, y lloraréis. Desgraciados hay que viven como brutos, comiendo hierbas crudas, durmiendo debajo de un chaparro.

Yendo de Granada á Madrid, detúvose el coche para dar un pienso á los caballos en un poblacho de mezquino aspecto; una nube de mendigos cayó al instante sobre los viajeros, que prudentemente no nos apea-

mos: se agolpaban á las portezuelas, pedían, gritaban, aullaban, y tirarles una ruin moneda de cobre, era hacerles grave daño; dábanse de navajadas, reñían hasta no más, se estropeaban por ganarla cada cual. Un sujeto de entre los caminantes, que luego le conocí por un gran cirujano de Madrid, el renombrado Toca, hizo señas á una miserable mujer que se dejaba estar triste y algo apartada: por todo vestido tenía ésta una bayeta amarilla prendida al hombro, con la cual se cubría como podía todo el cuerpo.—Por qué tienes ese color? le preguntó el Doctor, cuando el espectro se hubo llegado.—Por que no tengo casa, y como hierbas, respondió la desdichada en tono que me removió todas las lágrimas en el pecho. Cuando arrancaron los caballos, eché al tropel de pordioseros un puñado de piezas de cobre, y me alejé con el corazón oprimido de lástima, pero indignado contra el gobierno que tal y tanto sufre. En Francia, Inglaterra, Suisa y Alemania no hay una pulgada de tierra inculta: si hay hombres que padecen hambre, es porque les falta trabajo: pero aun este mal lo remedian los buenos gobiernos y los sabios monarcas. Sabido es que la invención de cada nueva máquina priva de trabajo, y por lo mismo de sustento, á centenares de jornaleros: el gobierno acude á esta dificultad, imagina obras, proporciona ocupación á los que viven de sus manos: ésto hace Napoleon, cuyo principal cuidado es no tener un hombre ocioso en el imperio. Ese amo que tenía á sus criados ocupados en esparcir y recoger en seguida un saco de trigo, porque no tenían otra cosa que hacer, era un sabio filósofo, digno de la gobernación de un reino.

Guárdenos Dios del encono y la venganza¡ Ahora que los españoles nos han manifestado tan á las claras su enemiga y su aborrecimiento, no son en nuestra opinión peores que antes: sus vicios y defectos están en su naturaleza, y no en las buenas ó malas obras que consuman con nosotros. Por lo mismo, sus agravios no serán razones para cerrar los ojos á la verdad, cuando la justicia nos favorece con sus nobles impulsos. No todo es malo en nuestros desgraciados progenitores; antes hay en su carácter elevación y grandeza, y sus procedimien-

tos públicos no siempre fueron reprobados. Hubo tiempo en que dominaron en la mayor parte del mundo civilizado; segunda Roma, España oía rugir su león en las cuatro partes de la tierra: valerosos, denodados, sabios en la guerra; héroes poéticos, pero terribles; héroes de Homero, feroces, brutales, implacables: la magnanimidad nunca fué una de sus virtudes. Pero han llevado á cima obras maravillosas. Dejan la patria como aventureros un puñado de catalanes, y merced al brío de su pecho y á la fuerza de su brazo, vense luego señores del imperio de Oriente: deshacen ejércitos, entran ciudades, humillan emperadores, y dan la ley á una vasta porción de hombres maravillados en su esclavitud del poder de esos extranjeros. Rojer Lauria, Roberto de Rocafor y Berenguel Entenza pueden ser cada uno el protagonista de una ilíada. Tiembla Constantinopla en su presencia; encapotan la frente, y tiemblan los Paleólogos: y eran uno contra mil! Digan lo que quieran, la conquista del nuevo mundo es asimismo un hecho maravilloso: con menos barbarie y crueldad, habrían pasado por verdaderos dioses.

El español es hidalgo, caballeroso, valiente; grave, mesurado, juicioso; respetuoso con la Divinidad, pero sobervio con los hombres. Los malos gobiernos han estragado su carácter público; los vicios de la política han pasado, andando el tiempo, á la conducta privada. Triste verdad, pero verdad, el español de nuestros tiempos no es el español antiguo: bastardea, se estraga cada día: el honor se pierde ántes que el valor, y á la vista del mundo acaban de parecer, ni honrados, ni valientes. El despotismo y la superstición son los más crueles enemigos de los hombres. Volvamos á los moros.

Medina Azahara. Abderrahman Anasir.

Medina Azahara es un palacio, orillas del Guadalquivir, á cinco leguas de Córdoba. El amor dirigió la obra, los genios la edificaron: esas columnas aéreas, esos tumbados azulinos, esos pavimentos sonoros y armoniosos,

no son hechura de hombres. Fuentes y jardines de agua cristalina, pilas, conchas, y tasones de pórfido y otras piedras preciosas adornan las principales cuadras del alcázar; porque en los calores ardientes del estío es por todo extremo grato entregarse á la inacción en una estancia en cuyo centro hierve un espumoso chorro de agua pura, respirando los perfumes que despiden las juncieras. En la sala del Califa se ve una fuente de jaspe coronada por un cisne de oro, cuyas fauces despiden dos enfurecidos borbollones, que bañando los pies de la hermosa ave, corre de prisa por el canal que serpentea en medio de la cuadra. Una grande y prodigiosa perla sirve de airón al cisne de oro.

Este palacio está circuído de jardines y de bosquecillos aromáticos: el naranjo, el limonero, el cidro, el granado distribuídos simétricamente, ó en caprichosa y revuelta muchedumbre, dan cabida á los jilgueros y gorriones, que se entregan allí á terribles familiaridades, cantando sus amores en el más apasionado y armónico gorjeo: la mariposa no es extraña en esa florida y civilizada selva: vuela de aquí para allí, presenta al sol sus alas desplegadas y temblorosas, formando una multitud de niños y fugitivos iris, que matizan el jardín á manera de flores celestiales: ora se posa un instante en la rosa de güeldres, ora pasa al lirio dulce, ora se alza y cae otra vez en la fragrante madreselva: todo es placer para ella; chupa el jugo del jazmín, párase y aletea levemente, se alza y forma círculos inestricables en el aire, amorosa, tierna, brillante: si es verdad la transmigración de las almas, Cleopatra vive en esa mariposa.

A estos bosquesillos siguen otros árboles mayores, más oscuros y frondosos: en ellos la sombra es ya más densa, ya la hojarasca amontonada al pie del tronco ofrece descanso muelle á la sultana que ha fatigado sus miembros de puro andar tras el arroyo. Á estos medianos bosques siguen otros de corpulentos y sombríos árboles: povos y ciclamores, cedros y nogales, la palma de dátil, y aún el silvestre pino componen un intrincado y fresco sitio, en donde corre tal cual gamo enredando su corna-

menta en las ramas que se inclinan á la tierra. De suerte que así como va creciendo la distancia, los árboles son mayores, tal, que la vista encuentra á lo lejos con un sombrío horizonte, que contrasta maravillosamente con lo amarillo y lo purpúreo de los jardines del contorno.

El pabellón de Anasir está sobre un recuesto en medio de estos bosques, algo distante del palacio: en él descansa cuando vuelve de la caza, y sus jaurías atrailladas se tiran ijadeantes en el patio, hasta que su Señor haya cobrado alientos para tirar al edificio principal. Este pabellón es un dije de arquitectura, una como concha de nacar en figura y proporciones acomodadas al arte: talvez un buzo encantador sacó fuera del mar la mansión de una nereida enamorada, y la plantó en el jardín del moro: sólo así puede ser tan primoroso y poético el alcazaruelo que corona la floresta, en donde descansa el rey á la vuelta de sus deportes varoniles. Su harén se compone de las más bellas andaluzas, esclavas africanas, presente del soberano del Algarbe, sirias y judías de la más cumplida hermosura traídas al efecto, y las cristianas de Toledo, hechas cautivas en la guerra.

Anasir es muy enamorado; cuando no está en campo con cristianos, se entrega á las delicias del amor: sus queridas tañen los más blandos y voluptuosos instrumentos, y la guitarra en manos de una granadina, habla una lengua celestial, que presto da con el camino del corazón.

Cantan las moras, y ese canto es la expresión de las ansias de su pecho: no todas son felices, por que no todas aman; ¿cómo han de amar todas al mismo hombre? cada corazón necesita un corazón: cada corazón es esclavo, y necesita un Señor; cada corazón es dueño, y necesita un esclavo. Correspondencia no cabe sino de dos en dos; no son abejas las mujeres; mujeres son, y ambiciosas, y egoístas, y no se contentan con una tira de alma; quiérenla toda, entera, una para cada una: y hacen bien; más merecen todavía.

No son felices las moras del serrallo, porque no tienen á quien amar: amo es, no amante el gran Miramolín; ¿puede la esclava amar al amo? le teme, sino le

aborrece. Y esas bellas mujeres encerradas de por vida, lloran su esclavitud ; ¿ á qué ser hermosas ? ¿ á qué haber nacido con tan singular donaire ? *Ó funesto don el de la hermosura !* si ella trae la esclavitud y la desgracia, es un mal de la naturaleza. Qué importan los palacios, los jardines, los baños de mármol, los tapices de Damasco, las alfombras de Cachemira, las joyas de Golconda y Bisapour ? Si el corazón está oprimido en el pecho, no hay felicidad posible.

Anasir no es tampoco muy dichoso : poder, riqueza y nombradía, nada le falta : los gustos de la vida se apiñan en su rededor; obedecido, respetado, servido, ¿ qué le falta ? Le falta ser feliz, pues la felicidad es muy diferente de esas cosas, está dentro de nosotros mismos, y no en lo que nos rodea.

Anasir tuvo dos hijos, Alhaken, heredero ya jurado del trono, y Abdala, segundogénito, príncipe de raras prendas y virtudes. El derecho de primogenitura deparaba la corona á su hermano ; mas la naturaleza á él le había criado para rey. Ésto lo tuvo él para sí, y se lo dieron á entender sus amigos y deudos. Abdala no puede sufrir la injusticia; el trono es mío dice, porque he nacido para el mando : Alhaken es antes para servil que para rey ; me usurpa, me defrauda. Y llevado de estos pensamientos, urde una conspiración contra la soberanía y la vida de su hermano.

Aben Adilbar, varón de cuenta, y de los más principales cortesanos de Anasir, es el consejero y apoyador del príncipe rebelde, el cual tiene de su mano muchos jeques y wizires, y muy de los primeros. La conjuración se ha fijado para el día de las víctimas : muerto Alhaken, los conjurados victoriosos constreñirían al viejo Abderrahman á hacer jurar al mozo Abdala, y los muslimes le aclamrían por su rey. Llega la fiesta de las víctimas, el plan homicida permanece secreto, nada ha transpirado entre los enemigos. Al reir del alba caerá la cabeza de Alhaken, y los moros victorearán á Abdala. ¿ Qué ha sucedido ? Llegó el instante . . . . Dos cabezas nadando en su sangre están boquiabiertas en una mesa de mármol de la sala de Anasir. Son las del

conspirador Abdala y de Adilbar, su consejero.

El rey había seguido el hilo de la conspiración; dos horas antes de su término, dió en ella un corte, y todo se fué abajo. Cuando el hijo rebelde compareció á media noche ante su padre, éste le dijo: Te tienes por ofendido porque no reinas? En seguida lloró amarga y desesperadamente, y mandó cortarle la cabeza. Las súplicas y el llanto de Alhaken nada pudieron en el duro ánimo del viejo. Mas los pesares y los remordimientos acabaron con su vida, y no fué muy atrás del sin ventura Abdala.

Éstos son los felices de la tierra: ¡oh príncipes! nada tiene que envidiaros el pastor en su vivienda de hojas, y el campesino en medio de su familia, sin ambición, sin codicia, ignorante de los goces prohibidos ó inmodestos, se acerca más á la felicidad, que vosotros encaramados en vuestros resplandecientes tronos.

Pero no vemos en ese rey moro á Junio Bruto y á Tiberio al mismo tiempo? De éste son los palabras, del otro las acciones: Cuando no reináis, hija mía, os creís oprimidos, dijo Tiberio á Agripina, esposa de Germánico; y esta grandeza de carácter acarreó lu muerte de Agripina. Junio Bruto entregando inflexible á los lictores á sus hijos traidores á Roma y á su padre, no es otro que este árabe de España haciendo decapitar á su hijo en su presencia. Por qué se dice tanto de Bruto y de su acción, cuando apenas hay quién sepa el nombre de Abderraman? La firmeza de alma, el bárbaro heroísmo, lo rudo y atroz del hecho son los mismos en los dos; empero el uno es Junio Bruto, Cónsul de Roma; el otro no es sino Anasir, príncipe de los muslimes.

LA SALUD

Y LA MEDICINA.

CARTA SENTIMENTAL.

Sí, querido, las penas morales son mucho menos llevaderas que las físicas; el alma, como sustancia más noble y elevada, es superior al cuerpo, así en lo bueno como en lo malo. El hombre abrumado de tristeza, solitario y taciturno, padece más que el paralítico: la materia vil, ya puede estragarse; pero la parte invisible de la criatura merece más solicitud, si bien un enfermo del espíritu es uno como ente divino, desposeido de la gracia, que experimentase las grandes sensaciones anexas á su naturaleza, sin poder satisfacerse con las cosas de la tierra. Pocos son capaces de los males del espíritu: las grandes pasiones hacen grandes víctimas; casi todos se atascan en esa tristecilla del vulgo, que no trae consigo sino un escozor molesto, sin brindarles con esas preciosas remuneraciones con que nos alhaga la sensibilidad extrema.

Las leyes de Moisés castigaban severamente los males de que el paciente era responsable, ora proviniesen de los vicios, ora de la negligencia. No quiera Dios que incurramos en las penas de las leyes de Moisés. Tenía razón ese profeta: el que se deja arrebatar de sus malas pasiones y se precipita con los ojos cerrados en un abismo, debe morir: la salud es un beneficio de la Providencia, los espíritus de vida que nos dan fuerza y vigor, son dádivas del cielo que no debemos aprovechar sino bien aprovechadas, respetándolas y temiendo perderlas á cada instante. Qué necios y miserables son los pródigos de la salud! Éste estraga la economía del cuerpo, rompe y altera el sistema nervioso, inflama sus entrañas á fuerza de licores incendiarios, que al paso que destru-

yen la materia, corrompen y embrutecen el alma; ese ha erigido un templo á Venus, y sacerdote impuro, no se apea de sus aras; aquel se envenena diariamente con achaque de curarse males imaginarios, ó resabios de su genio peregrino; el de más allá piensa que es cosa de señores ó de gente de preponderancia literaria el tener mal estómago ó mala cabeza, y cuando no está enfermo en realidad, lo está en ficción. Con todos éstos hablan las leyes de Moisés.

Un músico griego, llamado Genófilo vivió 130 años sin haber nunca experimentado el menor insulto ni dolencia de ninguna clase: si la envidia deja de ser vicio alguna vez, éste es el caso; y tengo para mí que envidiar á Genófilo es una virtud: podrá el músico tener muchos envidiosos; rivales, pocos. En el siglo pasado murió en Londres un hombre de más de 150 años; la pobreza le hizo sobrio, la sobriedad le dió tan larga vida. Sabedor el rey de este caso extraordinario, le concedió al buen viejo una pensión: con la pensión vino el regalo, con el regalo la glotonería, con la glotonería la muerte. Al cabo de seis meses de riqueza murió el longeviviente: he aquí un caso en que la caridad fué mala, y en que un rey benéfico hizo un daño irreparable, no tanto en causar la muerte, cuanto en corromper las buenas costumbres.

Qué juicio tan acendrado tuvo el que dijo: Si tienes buen estómago, y respiras sin fatiga, y ni la gota ni la piedra te atormentan, eres más feliz que si poseyeses todas las riquezas de los reyes. Á Horacio le debemos dar crédito, por cuanto él hablaba siempre inspirado por su sabia razón ó por su madura experiencia: un privado de Augusto no podía sino ser rico, un discípulo de Epicuro sabía muy bien lo que era la vida y como se la aprovechaba. El deleite es el bien supremo, era la inscripción grabada en el pórtico de esa escuela, y sus alumnos verificaban esta máxima con sus cinco sentidos. El buen Horacio, en medio de su alegría, era gotoso, y no decía tan sustanciales cosas sino en los intervalos de sus graves dolencias: términos de comparación, en sí mismo tenía el filósofo-poeta; todo

lo había disfrutado, todo lo había padecido, y al fin vió que la salud es preferible á las coronas y grandezas de los príncipes.

La felicidad presente nos es desconocida; ó más bien, obra en nosotros de manera, que dueña absoluta de nuestras facultades, poco aptos nos deja para comprender la adversidad: la adversidad no se comprende sino cuando se enseñorea del hombre, la adversidad no es sentida por él sino cuando le tiene debajo. Pasa la dicha, y entonces se siente el peso de su ausencia; ni puede darse mal mayor que el haber perdido el bien que poseíamos, talvez sin estimarlo. Oh! el bien de la salud es grande bien, el más cabal, el más satisfactorio de todos, y como reposado y sin perturbadoras ansias, el más inocente de ellos. Después de una larga enfermedad en que los huesos del malhadado cuerpo han echado raíces en la cama, es muy suave, muy grata, muy dulce sensación la que se experimenta al verse uno en pie, recto y con frente altiva, á imagen de Dios, respirando el aire libre, recibiendo la luz del sol como un bautismo nuevo, mirando al firmamento y suspirando de pura gratitud al bondadoso Padre! Si él me tomase un día en mi aislamiento, y me dijese: Qué deseas en el mundo? qué puedo hacer por tí? qué me pides criatura? —Virtud respondería, desde luego, como lo más raro y escaso en la vida. — Nada más? — Salud, añadiría. — Nada más? — Sufrimiento. Y con salud y sufrimiento y alguna propensión al bien, fuera el más dichoso de los hombres. Satanás ofrece riquezas, mandos, triunfos ilícitos, infamias brillantes: echadle á pasear; sólo los dones de Dios nos honran y vuelven felices.

A juicio de los filósofos, la salud completa é inalterable tiene algunos inconvenientes; ó para hablar más claro, ella es efecto de la pesadez de espíritu y la ignorancia de las grandes cosas. Si queréis un hombre sano y robusto, dice Montaigne, no hay sino dejarlo engolfado en la ociosidad intelectual. Poco más ó menos es así: nada más contrario á la altitud de la inteligencia y á esas delicadezas del alma, que el grande y completo desarrollo de lo físico; pues el cuerpo no medra sino á

costa de lo moral, ni esta parte del hombre toma vuelo sino con detrimento de la materia. Los atletas y luchadores del circo apenas conocían la razón: su vida era puramente física, pues sólo al cuerpo se atendía en ellos: sus miembros fornidos, sus fuerzas hercúleas, sus poderosas facultades nutritivas y digestivas, compradas eran con su inteligencia y su sensibilidad: miserable contrato en el cual se perdía lo del ángel, para ganar lo del bruto! Qué importa la fuerza del león, si el pensamiento anda arrastrado por la tierra? Los varones ilustres, dotados de grande ingenio, que viven engolfados en la contemplación de la naturaleza ó de la Divinidad, estudiando de continuo y expresando sus pensamientos para bien del género humano, no fueron ni son grandes sino con penosos descuentos de salud y con mala disposición de cuerpo. Poca estima me manda el joven achaparrado y robusto que se precia de sus fuerzas y del arreglo inalterable de su estómago: sirva en buenahora para domador de potros; mas buscar alma en él, empeño sería vano: ésta, cuando se la tiene sensitiva y noble, no se hospeda en cuerpo muy fornido; el cual á su vez no es capaz de dar albergue á un habitante ilustre.

Pero si hubiese un término medio, una balanza en fiel que arreglase nuestra vida, dando al cuerpo lo del cuerpo y al alma lo del alma, ¿no sería preferible? Creo que sí; la vida achacosa no es vida, es agonía: haya sabios en el mundo, pero no exijamos mártires. Pensar, cavilar, dudar, conjeturar, acertar, errar con la inteligencia, y siempre trabajar, no me parece sabiduría de buena ley: sentir, aspirar, desear, esperar, desesperar, gozar, padecer con el corazón, y siempre trabajar, es refinamiento de sensibilidad, que poco bien comunica al hombre: la felicidad no está sino en la moderación: el término medio es el de la humana criatura: todo el que se sale de él es desgraciado, ora piense, ora sienta más que los otros. El vulgo es sabio, dijeron los antiguos, porque no lo es sino hasta donde debe ser: el vulgo es feliz, diríamos ahora, porque no pasa de la raya: la felicidad y la desgracia son vecinas; un paso, y nos perdemos para siempre.

Pero yo tengo algo que decir: esa felicidad de marca menor ¿podrá satisfacer á las naturalezas delicadas, á los corazones bien templados, á los pensamientos que vuelan y se encumbran al través del firmamento? Será desdicha; mas padecer á lo grande, es gran felicidad: la inteligencia audaz y fuerte que se arroja á contemplar y juzgar al universo, puede caer en dudas; no importa: por poco no es ángel el hombre que alza la frente al cielo é interroga al Creador. Luzbel fué uno de los principales querubines; pensó mucho acerca de sí mismo, dudó acerca de la superioridad del Todopoderoso, tuvo ánimo levantado, y se rebeló arrastrando consigo la tercera parte de los Coros y las Dominaciones celestiales. Cayó ese gran arcángel, pero fundó un reino en el abismo; perdió la luz, pero fué el príncipe de las tinieblas. Espantosa desgracia, pero desgracia grande! No, no envidiemos la suerte de Luzbel: los ángeles secundarios, que por menos soberbios quedaron fieles al Altísimo, son más felices que los otros, y lo serán eternamente. Desdichado del que quiere ser superior á su especie!

El vulgo sí, el vulgo sabe ser feliz; no piensa sino lo necesario, no siente sino lo necesario, y viviendo á su modo, no conoce ni las penas ni los placeres superiores; ama, y ahí luego se casa; no aspira á más, no le detienen los obstáculos que suelen encontrar en su propia naturaleza los hombres de rara constitución: desea, y á poco se ve satisfecho; posee cualquier cosa, y ya se llama rico; viene, va; habla mucho, calla apenas; se agita, reposa; hace lo mismo cada día, y vive contento y satisfecho; casi siempre lo pasa bien, y disfruta de salud maravillosa. Dichoso, pero triste vulgo!

Con la enfermedad vienen los médicos; necesaria y funesta sociedad, amigo mío: nadie cree en ellos, y todos les ocupan; todos están persuadidos de su ignorancia, y nadie deja de ponerse en sus manos: éste es uno de esos caprichos de los hombres, que á fuerza de ser generales, no parecen extravagantes. Los médicos han corrido en el mundo suerte varia: honrados, admi-

rados, estimados, queridos en unos tiempos y lugares; en otros, vilipendiados, mofados, aborrecidos, desterrados como enemigos del género humano, y al fin y á la postre, después de mil altibajos de fortuna, establecidos en todas las naciones como sujetos necesarios en la asociación civil.... Me dirán que Hipócrates inventor de la medicina, fué solicitado por los reyes, honrado por las ciudades. Bueno; pero los romanos vivieron quinientos años sin médicos, que no los sufría la ciudad, y así se presentaba alguno, como era desterrado. Catón el Censor, implacable enemigo de ellos, vivió 85 años, maravillosamente sano y robusto: su esposa iba á un paso con él, y no vivió sino poco menos. Si hubiera habido médicos en Roma, Catón no hubiera llevado tan adelante su gloriosa carrera, ilustrando al pueblo con su elocuencia, defendiendo la patria con su brazo. Cuando el Senado sufrió la presencia de esos científicos, empezó á notarse que la mortalidad en el Imperio era mucho mayor que lo había sido cuando se los desterraba; y, cosa digna de reparo, reinaron los médicos, y los romanos no llegaron á viejos.

"No hay nación en el mundo que no haya vivido largo tiempo sin médicos;" y á fe, que los hombres vivían más largo en sus principios; luego la medicina no es mal tan necesario, como se piensa comunmente. Los salvajes no tienen médicos, los bárbaros no los tienen; y bárbaros y salvajes gozan mejor y más larga salud que los hombres civilizados.

Verdad es que en la civilización está el germen de la mayor parte y de los peores males: los cálculos, la gota la caquexia, la clorosis y otras mil enfermedades no conocidas por los inocentes hijos de las selvas, efectos son de la civilización: vinos, manjares exquisitos, pimientos y adobos de los pueblos refinados, causas de penalidades y de muerte. En esos tiempos en que los ricos propietarios, los consulares domadores de naciones engordaban con carne humana los peces de sus viveros, un poeta se lamentaba ya de la civilización de Roma, y decía que ni las pestes ni las guerras, ni los terremotos, ni las hambrunas habían hecho más víctimas

que *la cocina. Plus gulam quan gladius*, dice el sabio. El bárbaro frugal vive excento de dolores y de achaques infinitos: casi todos los males entran por la boca. Luego, dirán los médicos, no es por desconfianza que los salvajes viven sin nosotros, sino porque no es necesaria entre ellos nuestra ciencia. Fuerte es la objeción; mas si les probásemos que en muchas ocasiones no son ellos sino cómplices de la enfermedad, peones de la muerte ¿qué dirían? En la aldea, en el compo abierto viven los hombres mucho más sanos y tranquilos, no tanto por motivo del aire libre y puro, cuanto en razón de estar ajenos á este ahinco por curarse, á esta gula de pósimas y drogas que arrastran al sepulcro buena parte de la gente ciudadana. "La muerte te mata no la enfermedad:" sabio apotegma que bien meditado, nos volvería menos infelices.

La medicina es ciencia real y verdadera; existe, pues que existe y es recibida y creída por la mayor parte de los hombres y en casi todo el mundo. ¿Cómo un error no se había de desvanecer en tantos siglos? cómo había de hacer progresos cada día? Errores hay, es cierto, que reinan largos tiempos y entre muchos hombres: testigos las religiones falsas, las malas formas de gobierno, el mahometismo, el despotismo. Pero los pueblos están divididos en estas materias, cuando en la medicina están acordes todos: los musulmanes tienen médicos, y ningunos más insignes; ahí están Aberroes y Avicenna; los cristianos, los judíos los tienen: en Asia, África, Europa y América reina la medicina, y no vemos que los otros errores se extiendan tan vastamente como esta dudosa, pero cierta ciencia; y es regla de crítica el admitir como prueba el asenso general. La medicina existe. ¿Cómo dudar de que una fiebre violenta puede ser combatida? La duda está en el combatiente; á éste es á quien debemos juzgar muy cautelosos.

El mundo hierve en charlatanes, enemigos de verdad, caballeros del milagro, que viven de la ignorancia y la simplicidad ajena: en ninguna parte hay más sabios médicos que en Francia; pero que el enfermo se vaya en

París muy paso á paso, porque cuando piensa estar en manos de un médico, no está sino en las de un *Jines de Pasamonte* político y civilizado. Unos matan por robar, otros roban primero y después matan: éstos bandidos son mucho más dignos de la horca, por cuanto nada exponen ellos, donde los otros arriesgan la vida, ó la libertad cuando menos. Endurecido y depravado en el todo ha de estar el corazón del hombre que, por uno ó dos pesos diarios, prolonga la enfermedad de un desgraciado extranjero, empeora el mal, y al fin le deja morir por ignorancia ó por rapacidad! Dos médicos tuve en París: una lijera nebralgia me la convirtieron en aguda inflamación, después de dos meses de tratamiento. Un vejete que servía de mandadero en la casa, hombre de bien y compasivo, me exhortaba todos los días con algún misterio á despedir á *esos señores.* Esos son bribones de profesión, me dijo al fin; cuando usted no tenga un real, le dejarán morir. No sabe usted que tienen compañía á partir de utilidades con el boticario?

No pensaba yo que la perversidad del hombre fuese hasta ese extremo. Dios me mandó un salvador: presentóse ese mismo día un caballero: Carlos Ledru, con quien venía, me dijo que era el barón de Guillmot. Y qué bueno y generoso, y qué pronto para el bien había sido el tal barón! Vió mi situación, y conmovido dijo: Y qué hacen ustedes que no llaman á Bouilleaud? sólo él puede salvar á este joven. Salió volando con Ledru, y al cabo de una hora oí en el patio el ruido de un coche de á cuatro caballos. El gran Bouilleaud, decano del cuerpo médico de París, estaba en mi casa! No contento con ésto, Ledru me trajo á Ricord; no contentos con éstos, Ledru y Guillmot me trajeron á Jubert de Lamballe, primer cirujano da la casa imperial de Francia. He aquí al que ayer estaba en manos de dos pícaros charlatanes, hoy en manos de tres sabios, grandes hombres! Cosas de la fortuna.

Qué consuelo para la especie humana ver que la hombría de bien y el caritativo afecto pueden venir en junta de la sabiduría! Bouilleaud y Ricord, no solamente me curaron, pero también me infundieron aprecio por

los hombres en general, y afecto á los médicos en particular: asistiéronme cuatro meses, viniendo á casa todos los días, no ya como médicos, mas aún como amigos, proporcionándome libros que leer, dándome conversaciones instructivas y gustosas. Es de saber que estos médicos recetan en sus casas; el enfermo ha de ir allá, y por cada consulta deja en la mesa uno ó dos luises de oro. El que los llama á la suya ha de ser capitalista, pues eso cuesta miles. Yo no pagué lo que debía: Bouillenad y Ricord se contentaron con mi gratitud, y con decir que si yo hubiera sido un duque de Brunswich, *un par de milloncitos* les hubiera valido mi curación. En cuanto al barón, no desdijo su conducta posterior de su modo de principiar: Ledru lloró á mares al dejarme en el ferrocarril del Havre.

Me acuerdo de estos amigos para templar la amargura que los otros han vertido en mi alma. Bueno y malo da de sí la especie humana: no hemos de aborrecer á todos los hombres. Á esos médicos los he citado, para hacer ver que los hay sabios, y, lo que es más raro, caritativos y generosos.

Mas para dar en la sabiduría, han estudiado y se han desvelado treinta ó cuarenta años, y aun así no profesan sino un ramo de la vasta ciencia, y lo estudian y practican todos los días. Desmarres, el gran oculista Desmarres, á quien ví no pocas veces, me dió también una prueba de modesta ingenuidad. Consultéle acerca de un cierto dolorcillo de corazón que me aquejaba; y después de retozar un tanto, como buen francés, sobre que los males del corazón suelen ser males de amor, me dijo buenamente: Querido mío, yo no me meto sino con los ojos; lo demás curo tanto como usted. Y el viejo Becherelle no quiso oir se le hablase del afecto de hígado. Estudian estos hombres toda la vida un solo ramo de medicina, observan en grandes anfiteatros, discuten, experimentan, y no curan sino una clase de enfermedades cada uno: harto fundamento hay para confiar en ellos. Y yo digo, que á menos de no contar sesenta años, y haber estudiado cuarenta por lo menos, y tener cana en barba y gastada la vista, nadie debe me-

terse á llamarse médico.

Pero como en América todo se hace por vía de progreso violento, pueden las cosas no correr del mismo modo: aquí andamos siempre trocando los frenos; lo que requiere pausa, lo hacemos por vapor; lo que en otras partes se hace por vapor, lo hacemos con pausa. En Europa los grandes médicos no abarcan sino una clase de enfermedades; en América los médicos abarcan todo el vasto campo de la ciencia. Un Trousseau, en París, no se ocupa sino en los males de los órganos respiratorios; en Quito, en Lima, en Bogotá un doctor Tirteáfuera cura hasta el alma: está en poco que no se comprometa á sacar del infierno un condenado, mediante la sabiduría de una receta; y si las boticas no fueran *tan desurtidas*, á buen seguro que le sacaba. Las enfermedades más raras, más desconocidas, en las cuales James Copland dudaría, nuestros médicos de veinticinco años y de diez y seis pelos de barba, parten con gran resolución, y diagnostican, y pronostican y nos embotican sin vacilar. Qué importa que el enfermo se muera? Su obligación no es sino *poner la receta*; de las consecuencias no son ellos responsables, sino el enfermo mismo que *se desmandó;* otras veces, él bien le hubiera curado; pero *ya no había sujeto*; otras, el boticario dió cambiada la droga; otras, la torpeza de las que le asistían le llevó al sepulcro, dándole á beber lo que era de untar, ó untando lo que era de beber. Jamás tiene el médico la culpa; mientras el enfermo no se acaba de morir, todo va á medida de sus deseos, y cuanto fenómeno va resultando en el curso de la enfermedad, efecto es de su previsión. Esopo trata de perlas este asunto.

Cómo te sientes? pregunta un médico á su enfermo. —He sudado mucho.—Muy bien, muy bien. Vuelve al otro día, y le dirige la misma pregunta.—Ahora he temblado y me he muerto de frío, responde el desgraciado.—Mucho mejor: ésto es lo que yo quería. Torna por la tercera vez, y torna á preguntarle.—He comenzado á hincharme y reventar como un hidrópico, dice el enfermo todo azorado y compungido.—Aunque sea como dos; todo va bien, querido. En ésto viene un criado á

informarse de la salud de su amo.—A fuerza de estar mejor, ya me acabo de morir, amigo mío, responde el moribundo.

Un caso por otro estilo aconteció no ha mucho en una de nuestras ciudades. Un enfermo estaba malo; bueno: hubo junta de médicos; mejor: y reunidos los doctores Zapata, Mocata, Paracelso y Paraceta, discurrieron de este modo.

EL DOCTOR ZAPATA.

Creerán ustedes que ese pícaro de Asturia me ha dañado la levita?

EL DOCTOR MOCATA.

Yo también estoy dado al diablo con el herrero; va y le rebana los cascos hasta el vivo á mi castaño: ni sé cuando pueda montar.

EL DOCTOR PARACELSO.

Si los herreros son malos, los mayordomos son peores.

EL DOCTOR PARACETA.

Por eso mejor es no tener nada: yo voy con el día; mis enfermos me mantienen, y no me meto á comprar haciendas ni caballos. Haciendas: .... ¿para qué? uno se muere de cólera, todo es para los indios. Caballos.... buena maula.

EL DOCTOR PARACELSO.

Cómo quiere que se viva sin caballos, hombre?

EL DOCTOR PARACETA.

Así como se vive sin panteras y sin tigres: cuando uno menos acuerda recibe una coz, y á la cama; y los enfermos?

EL DOCTOR PARACELSO.

Los enfermos se mueren si les da la gana; pero yo viviría sin ojos antes que sin caballos.

EL DOCTOR PARACETA.

Usted está parecido á ese abogado que no puede vivir sin pistolas; aunque siempre las tiene descargadas, y con el cañón cuidadosamente puesto hacia la pared, no sea que *salga el tiro*. Tiene usted caballos briosos, y jamás monta sino en mula de provincial.

EL DOCTOR PARACELSO, encolerizado.

Y quién le ha dicho?

EL DOCTOR ZAPATA.

No hay que exaltarse, caballeros. Saben qué es de García Moreno?

EL DOCTOR MOCATA.

Dicen que se va á Chile, y que allí estará comido y bebido y servido como cuerpo de rey, y que le traerán en palmitos.

EL DOCTOR PARACELSO.

Y cómo se va?

EL DOCTOR PARACETA.

De embajador.

EL DOCTOR ZAPATA.

Con tal de que no vuelva, allá se le nombre bajá á Janina, que no le cede un punto al famoso Alí bajá.

EL DOCTOR MOCATA.

Yo más bien le proclamaría kan de Tartaria.

EL DOCTOR PARACELSO.

Y yo bey de Tunis.

EL DOCTOR PARACETA.

Y yo dey de Marruecos.

EL DOCTOR ZAPATA.

Y yo dey de Marruecos, y bey de Tunis, y kan de Tartaria, y bajá de Janina, y embajador en el reino Micomicón, y emperador de Trapisonda.

Se acabó la junta, y el enfermo quedó á cargo de uno de los doctores, el cual mandó sangrarle, y no volvió más. Al cabo de ocho días encuentra á un próximo pariente *del muerto*, y le pregunta: cómo va el enfermo?

—No ha sabido, doctor? Murió hace ocho días.

—No puede ser.

—Le digo á U. que se murió.

—Está U. equivocado.

—Pero si ya se le ha mandado decir una docena de misas, y las exequias fueron ayer.

—Cosas de U.: en la junta se trató eso perfectamente.

—Bonita junta....pues le come la tierra, hoy siete días.

—Á ésto no me opongo; pero que se haya muerto, no me lo persuade.

—Con mil diablos, piensa que le hemos enterrado vivo?

—Pero si yo le he sangrado....

—Pues precisamente por eso se murió.

—Una sangría tan buena....

—Magnífica....

—En fin, ya que U. se empeña....peor hubiera sido que se muera sin sangría.

Entra un doctor en casa de un enfermo; encuentra allí uno de sus colegas, y sin decir ni chus ni mus, voltea las espaldas y se va. Si le necesitan en adelante, que le busquen en Ginebra.

Un convaleciente, por no morirse de hambre, se co-

mió una ala de pollo. Viene el doctor:

—Qué ha comido?

—Nada señor.

—Muy bien; está U. sano y bueno.

Al salir topa con una buena vieja: Señor, le dice ésta, una alita de pollo no más le dí.

—No ven? á ese bruto se le va á llevar el diablo: con razón está malísimo.

Y no vuelve más.

Va á salir el doctor: una criada le espera por ahí, y le extiende la mano al paso.

—Gracias.

—Señor, ha de volver mañana?

—Sí por cierto.

Vuelve al otro día, mas al salir no encuentra á la criada.

El enfermo queda malo, pero el doctor no vuelve más.

—Señor doctor, cuando me sanaré?

—Dentro de poco.

—Pero cómo hasta cuando?

—Quince días.

Pasan los quience días.

—Señor doctor, hasta cuándo será?

—Un mes á lo más.

Pasa el mes.

—Señor doctor, me sanaré ó no?

—Está U. sano.

—Sano? gracias á Dios: yo pensaba que me estaba muriendo.

—Quiero decir, casi sano.

—Y me sanaré?

—Quien sabe; eso es cosa del tiempo.

—La bebida le ha hecho daño, señor.

—No tenga U. cuidado.

— Se le han hinchado las piernas.

—Poco importa.

—Dice que siente un tumulto en el pecho, así como una cosa que hierve á borbollones.

—Sí? ahí tiene U. que el medicamento empieza á obrar.

—Pero señor, si es cosa de morirse.

—Aprensiones.

—Pero señor, si se muere.

—Está mejor.

—Ayer se confesó.

—Mal hecho.

—Le dió un ataque del que pensamos que no volvía.

—Yo respondo.

Se fué por cierto el desgraciado. Viene el doctor, cuando aquel se está velando.

—Ahí le tiene U. . . . .le dice sollozando una sobrina.

—Yo lo tenía previsto.

Pasa el doctor al otro cuarto.

—No nos dijo que U. respondía? exclama la señora.

—Quién hubiera creído.

Á un pobre maestro de escuela le tomó una rara enfermedad: tiñóse de amarillo, parecía haber tomado un baño de ocre: los ojos, amarillos; la lengua, amarilla; las manos, amarillas; en fin, maduro de caerse.

Viene el doctor.

—Qué tiene?

—Señor, no sé.

— Parece que ha variado U. de color.

—Y qué será?

—Pura debilidad: que le alimenten.

El enfermo, que estaba aborreciendo la comida como al diablo, no hizo caso.

Vuelve el doctor.

—Comió?

—Qué he de comer, no puedo.

—Pues esa misma falta de apetencia es pura gana de comer: coma U.

Á la vuelta de cinco días, fuera maestro.

Viene el doctor:

—Comió?

No hubo quien le responda, porque ya estaba sepultado el que respondía.

Curaba un médico en casa de un abogado. Desconfiando éste de aquel, llama otro médico.

—Doctor, ese bruto le está matando á mi mujer.

—Así lo veo.

—Parece que todo lo hace expresamente para que se muera.

—Así lo veo.

—Y cuando no le da la gana no viene.

—Así lo veo.

—Es hombre pesado, sin educación, insufrible.

En ésto viene el primero, y es muy bien recibido por el dueño de casa, quien le da las gracias por su bondad: su mujer, á él le debe el no morirse todavía.

Salen juntos los dos médicos conversando amistosamente.

—Estoy desesperado por salir de este animal; piensa que el salvar la vida á un hombre es lo mismo que poner un mal escrito.

—Abogados....

—Y si U. le oyera esas torpezas....no se le puede sufrir. Piensa U. volver?

—Yo? ni más.

—Ni yo tampoco.

Á la menor cosa no vuelve más el médico; y la mayor parte de ellos son duros con el pobre enfermo, si éste es pobre. La letra con sangre entra, dicen, y le enseñan á vivir. No hay situación que pida más suavidad y miramientos que la del que padece: el médico ha de ser como el sacerdote; se ha de insinuar con el alma, ha de mejorar desde luego el espíritu, ha de infundir confianza, se ha de hacer querer del paciente: ésta es la ciencia eficaz, la buena ciencia. Acaso la sabiduría

excluye la mansedumbre? acaso la sabiduría se opone al sufrimiento? Benditos médicos, cuánto nos hacen padecer! Por la mayor parte obran influídos de un mal principio: piensan que con ellos, en siendo médicos, ya no hablan las costumbres sociales, las delicadezas de la urbanidad, y que de suyo están dispensados de los deberes de los que no profesan la medicina. Abusan de la necesidad que de ellos se tiene: éste es el abuso de la fuerza, modo de obrar no nada generoso. Sed médicos en buenahora, mas no dejéis de ser hombres educados, cristianos caritativos, amigos consecuentes. El porte hidalgo, la conducta digna y bienhechora no están por demás en ninguna profesión: que os estimen como á caballeros vale más que os paguen con desprecio vuestros interesados servicios. Qué es, mi Dios, ver un hombre remirado en sus maneras, fino en su trato, pulido, atento, bien hablado, culto, amigo del bien y pundonoroso! Á éste se le puede remunerar, porque está puesto en razón que cada uno viva de su trabajo ó habilidad; pero al mismo tiempo se le tiene en mucho, se le respeta, se le quiere.

Poderoso caballero
Es don dinero;

mas la estima es una linda joven, honesta, pulcra de su persona, adorable, que trae locos á los hombres que alcanzan espíritus para medir los tesoros que ella encierra.

Médicos hay entre los nuestros, que no dejan nada que pedir: son completamente dignos y buenos caballeros, y muy entendidos en la ciencia. Con éstos no habla nuestra indignación: injusticia, y aun ingratitud sería condenar á todos: los que al leer estas líneas sientan agolpárseles la sangre al rostro, esos son los culpables. No haya miedo que concitemos la ojeriza de la clase en general, y de que no hallemos su auxilio cuando lo hayamos menester: al que esté en mejor concepto acerca de vosotros, al más instruído como profesor y más bondadoso como hombre, á ese lo buscaremos. Nadie se ha burlado y reído más de los médicos, nadie los ha zaherido y hecho más perjuicio que Molie-

re. Moliere murió en el más triste desamparo, sin el menor socorro del arte; mas por Dios vivo, que por ellos no faltó; pues cuando acudieron presurosos, ya no existía el gran poeta.

Cuántas llagas tiene ocultas la miserable especie humana! la animación, la alegría, el bullicio de la ciudad no son sino el barniz que cubre sus lacras y sus dolorosas fealdades. La humanidad es Job raspándose la lepra con una teja de oro.

En un chiribitil inmundo vive apiñada una familia: padre, madre, varios hijos, entre los cuales uno de pechos. La desventurada no se llega al fogón, porque no tiene que cocinar; el niño está pegado á ese seno magro y sin leche, como una mariposa muerta en la pared. El padre tiene por oficio hacer peines de asta de res; el día que no concluye uno, no comieron. Un peine vale un real; cuando el peine se vende, tiene la familia un real para todo el día: y el vestido? y el lavado? y el arriendo del cuarto? Cayó enferma la desdichada madre, es decir, el hambre la apuró. La casualidad (la Providencia suele tomar este nombre muchas veces,) trajo á la casa un médico: echa el doctor una mirada en torno suyo, pulsa á la enferma, contempla el rostro del hombre infeliz, y ve los harapos ó la desnudez de todos. Ya supo lo que tenían; hambre, y nada más. Recetó que comiesen, sacó cuatro pesetas, y por de pronto dejó qué almorzar á la familia. Pero, dijo á la madre, así que te alimentes, el niño morirá. Se alimentó la madre, murió el hijo. Volvió el doctor, le socorrió con diez pesos al peinero. Vistióse la familia, compró buenos instrumentos el buen hombre, trabajó más y mejor, y viven todos reconocidos de ese médico caritativo y generoso.

Este pasaje es cierto al pie de la letra, y lo he sabido por personas extrañas al doctor. Así debe ser el médico. Ojalá tuviera yo muchos casos de éstos de que formar historias.

AVENTURAS

TENEBROSAS.

El Doctor Acevedo en Jerusalèn.

Yo no sé si hay mucha semejanza entre los dos casos que voy á referir; pero es lo cierto que cuando me contaron la aventura de Acevedo, acudió pronto á mi memoria la del duque de Gandía, hijo de Alejandro VI, sumo Pontífice. Los sucesos, algo se dan la mano; los lugares, tienen entre sí no sé qué relación, que sin ser una verdadera similitud, al que los ha visto ambos, la presencia del uno le recuerda el otro sin el menor esfuerzo. Ya la tragedia del pobre duque de Gandía me había despertado el mayor interés, cuando la ví en el "Lara" de Lord Byron; después he leído todo el pasaje en el "León X" de Roscoe, y no ha sido sino para herir más mi imaginación, llena ya de ese aterrante drama. Y es en verdad cosa para tocar en lo vivo ver un mancebo lleno de vida, rebosando en felicidad y en esperanzas, si bien malvado y criminal, desaparecer de la noche á la mañana en un misterio impenetrable, objeto de terror para todos, de lástima para algunos. Y *ese pobre* papa Alejandro? con lágrimas que todo el rostro le bañaban, trémulo y fuera de sí, se comprometió consigo mismo á dejarse morir de hambre, ya que tan contraria le era la suerte en hurtarle todo el encanto de su vida.

El cardenal de Valencia y el duque de Gandía, hijos los dos del mismo padre, comieron con su madre Vanozza un día en las vecindades de *San Pietro in Vínculi*.—Hermano mío, dijo el cardenal á su hermano, llegada es la hora de recogernos al palacio; ya sabes que Su Santidad á poco hacer entra en cuidado por nosotros.—Lo mismo digo yo, respondió el duque; y dando un beso á su madre, pusieron piernas á sus mulas, y tira-

ron para el Vaticano, seguidos de sus criados. Juntos fueron hasta el palacio del cardenal Ascanio Sforza, donde el duque pidió permiso al de Valencia para separarse de él un instante, pues no le era dado volver al palacio apostólico, sin hacer antes *una visitilla*, devoción de su alma, á la cual no faltaría ni después de muerto. Enamorado debió de estar el mancebo, y muy adentro de la dicha, cuando ni la inquietud del *venerable* papa era bastante á hacerle faltar ni una noche á su costumbre. Verdad es que las hay muy gratas, y cuando el corazón se hace á la felicidad, ya es muy difícil dejar de aprovecharse de ella.

Dijo pues el apostólico don Gaiferos á Su Eminencia el cardenal, que ya sería con él en el Vaticano, y que entre tanto consolase á su santísimo progenitor. Despidió el de Gandía á todos sus criados, sino que á su *staffiero* que llevó consigo, y enderezó su mula hacia la *calle de los judíos*, con un sujeto enmascarado á las ancas, el cual llegó misterioso cuando el duque estaba á la mesa con su madre. Este mismo personaje se había presentado todos los días en el Vaticano, hacían tres meses, preguntando por Monseñor de Gandía, y se echó de ver que juntos hacían escapadas, de las cuales nadie, sino ellos, tenían conocimiento. La máscara es por ella misma un misterio; tras ella de continuo suele haber algo siniestro: sólo la virtud no ha menester disfraces: el crimen, la perfidia, la traición, casi siempre andan con careta. Será por ésto que la máscara infunde un vago afecto de terror, que no se acierta á saber de qué procede. Sea de ésto lo que fuere, Gandía y su enmascarado desaparecieron por la *calle de los judíos*, en medio de las más densas tinieblas, dejando al *staffiero* en una esquina, con orden de tornar al palacio, si ellos dentro de poco no volvían.

Giorgio Schiavoni, pescador, remaba á media noche su pesada barca: atracóla á la orilla del Tíber, y se puso á descargar el rimero de leña que ella contenía, sazonando su tarea con la canción amorosa:

Vieni....la barca é pronta ;
Lieve un' auretta spira ;
Tutto d' amor sospira,
L' onde, la terra, il ciel.

Vedi, l' argentea luna
Face agli amanti amica;
Non sembra che ti dica:
Corre alla tua fedel ?

Callado había un cuarto de hora, cuando echó de ver que se asomaron á la orilla dos hombres, miraron atentamente á un lado y otro y desaparecieron. Entonces calló más y observó. Otros dos vinieron, miraron como los otros, y desaparecieron. El pescador en profundo silencio, ocultóse por ahí. Qué iba á suceder? qué tramaban esos hombres? Muchos de esos misterios había presenciado Sciavoni durante su carrera, y con todo, la curiosidad estaba en su punto: sucedería quizás algo nuevo, de que por ventura algún provecho le resultase: calló, esperó, observó. Á cabo de rato ya no fueron dos hombres de á pie, sino uno á caballo, caballo blanco, que traía atravesado en el arzón un cuerpo humano, cuya cabeza y cuyos pies colgando á un lado y otro, vacilaban como péndulos. Éste inquirió á su vez con la vista el sitio, luego tañó un pitito funesto que vibró siniestramente en medio de la oscuridad, á cuya seña acudieron los hombres de á pie: tomaron éstos el cadáver, cada uno por su lado, le balancearon hasta comunicarle el impulso de sus brazos, y á toda fuerza, lanzáronle en lo más profundo del río. El agua le despojó de sus vestidos, y su manto blanco quedó flotando en la superficie, á modo de un cisne nocturno: los asesinos, con gruesas piedras, hundieron el manto, que al otro día hubiera servido de indicio. En Roma, á media noche, en el fatídico Tíber suceden estas cosas. El cadáver desapareció en el agua, los enmascarados volvieron su camino. El pescador declaró al otro día lo que había presenciado: requirióse prolijamente el lecho del Tíber por orden de Su Santidad, y el desdichado duque de Gandía salió todo desfigurado y emporcado con el lodo y las inmundicias que se arrojan en el río. Tenía el cadáver nueve heridas, en la cabeza, en el pecho y en otras partes. Hallóse en la faltriquera una bolsa con cien ducados, y por esta como por otras señales, se vino en conocimiento de que los matadores no eran la-

drones, ni el duque había sido víctima de la codicia. Quién le mató? por qué? El Pontífice hizo mil indagaciones, lloró á su hijo amargamente, y vino á descubrir que el matador era el santo cardenal de Valencia, otro hijo suyo, quien puso por de pronto tierra en medio y se refugió en Nápoles. Porqué hizo matar á su hermano? De celos con la hermana común! Lucrecia Borgia vivía á un tiempo con su padre, sus dos hermanos é infinitos otros hombres. El cardenal sufrió como pudo al Papa; al duque no le pudo sufrir. La ira de Dios se declaró en fin contra estos monstruos; todos murieron de muerte desastrada. Pero estoy olvidando declarar que no pasaron cuatro días, cuando *Su Santidad* llamó y recibió al cardenal con los brazos abiertos.

Ésto es lo que pasó en Roma; ved ahora lo que pasó en Quito. Una noche llamaron á la puerta de un practicante de medicina, y tanto llamaron, que éste hubo de acudir á la ventana á ver que le querían.—Con mil diablos! dijo, quién me rompe la puerta á esta hora de la noche?—Un caso urgente! le responden de abajo; salga volando, doctor.

—Bueno estoy para casos urgentes. Suponerse que he de ir á media noche, en camisa, á correr por esas calles de Dios....vuelvan mañana.

—Mañana no le necesitamos para maldita la cosa! baje usted, ó vea lo que se hace.

—Y quienes son ustedes? Al diablo el caso urgente! Y cerró la ventana el médico.

Entonces los de afuera esforzando la voz gritaron: Mire que le llama el doctor Acevedo!

Este nombre sonó como trueno para el practicante: cuando iba á reengolfarse en su lecho, volvió á la ventana todo asustado.—El doctor Acevedo? dijo: qué hay con el doctor Acevedo?

—Es él quien le llama; y nos ha dicho que no le demos tiempo ni para calzarse las botas.

Hombre de importancia y raro era Acevedo: el

que no le quería le temía, y sus discípulos se hubieran echado de cabeza en los infiernos por obedecerle. La sabiduría en él era el imperio, y por vida mía que era entendido en lo de hacerla venerar: si Acevedo no hubiera nacido para sabio, hubiera nacido para rey: qué temple de alma! Muchos se quejaban de su dureza, pero nadie tuvo qué decir de su hombría de bien; muchos le tachaban de altivez, pero nadie dijo un término acerca de su dignidad. Y acaso en la corrupción de estas costumbres y el envilecimiento de estos pueblos las más apreciables dotes no son calificadas de vicios? El buen carácter es *mal genio* aquí; la austeridad, rudeza. Si uno niega la mano á un pícaro, ¡qué hombre! es una fiera; si no contesta la salutación á un asesino, ¡qué genio! no se le puede sufrir; si huye de los ruines, loco; si aborrece á los malvados, tonto: hasta sus amigos le reprenden, y le aconsejan ser filósofo. Cuerpo de Cristo! filosofía sin verdad y sin nobleza, no la conozco: *saber vivir*, tomar el mundo como él es, tratar con los hombres como uno de ellos, cualquiera que sea su condición, no es filosofía. La virtud es su cimiento, y toda la que no esté edificada sobre ella es ciencia reprobada, alquimia inicua, por cuyo medio no se descubre ninguna piedra filosofal, sino es la de la corrupción. Pero el libro santo mismo dice: Pon tu pan y tu vino en la mesa del justo; mas huye de comer ni beber con los malvados.

De esos *filósofos*, y de los que poco entienden, y de los que menos sienten se compone por la mayor parte el tribunal de los que juzgan á los hombres que resaltan del nivel común: si una virtud no es tenida por vicio, no se escapa de ser estravagancia. Manifieste usted arrogancia digna, desprendimiento elevado; ¡Jesús, qué carácter de hombre! Y es curioso oírles discurrir entre ellos acerca del que no se les parece: le dan calificativos, le juzgan; rastrean, adivinan el móvil de sus acciones, y á sus ojos queda revestido de índole y propensiones opuestas á las con que le crió naturaleza; y no hay remedio sino que así es. Con razón se ha dicho que si un hombre naciera con un órgano más de placer, no le

dejarían vivir; le perseguirían, le matarían: cómo, pícaro! gozar más que todos? Monstruo! ser superior á los demás? Poco más ó menos ésto sucede con los que sienten ó piensan algo más y mejor que el común de los hombres: la exquisita sensibilidad, el puro corazón, la tendencia á lo bueno y á lo grande son ese sexto sentido que ofende á los que no nacieron con él. Si no entendemos á un hombre ó no somos capaces de apreciarle, ¿por qué juzgar y decir mal de ese hombre? Talvez es otro del que nosotros nos figuramos, y el defecto no está en él, sino en nuestras broncas afecciones. La filosofía no excluye la caridad; seamos *filósofos* con alguna misericordia; que muchas veces *las imaginaciones* suelen ser nuestras, y no de los que pensamos afeados y echados á perder por ellas. Y bien apurada la cosa, las *imaginaciones* que exijan un bueno ó grande mundo, no serán preferibles á las *realidades* que se contentan con uno malo y ruin? Sea cada uno *filósofo* á su modo, amigos míos: el que más huye del mal, se acerca más al bien; el que más se indigna de lo falso, es más digno de la verdad, de la verdad eterna, de Dios. Quien echa por este camino, dé en buenhora en la *locura*; ese será un ángel enfermo.

Acevedo era uno de esos hombres poco comunes, mal quisto con la mayor parte de sus semejantes: tenía un sentido más, y no le podían sufrir los malos; empero los que le entendían le apreciaban, los que le conocían le admiraban, y los que le querían le adoraban. Este sujeto ejercía gran influencia sobre el alma de los que con él trataban; era que su integridad, su elevación, su ciencia le constituían superior, y si no se le quería, fuerza era respetarle. Todos se acuerdan de ese porte majestuoso, esa hermosa presencia con que se le veía acudir á la desgracia ó al peligro; Acevedo está aquí, ¡qué consuelo! la enfermedad más grave no nos daba cuidado: ministro de la sabiduría, por ahí se andaba repartiendo salud y vida, como un dios mortal que hubiese recibido del Todopoderoso el santo encargo de mirar por el género humano. Murió Acevedo en sus floridos años;

¿quién no ha sentido, aún de los que no le querían bien? Este es el privilegio de los hombres útiles ó necesarios, ser llorados por todos; su familia no está en una casa, está en una ciudad entera; su cuna no es una ciudad, es una nación; su patria no es una nación, es el mundo.

Pues nuestro practicante, al oir el nombre de Acevedo, no supo por donde salir; de dos tranca las estuvo afuera, los botines cambiados, al revez la levita, el sombrero como pudo. Vamos, señores, dijo á dos embozados que le esperaban en la puerta; y su prisa fué tal, que no tuvo tiempo ni de mirar al rostro de los emisarios. Echaron á andar sin más averiguaciones, calle de San Roque abajo, y no fué sino en San Buenaventura que se le ocurrió ver con quienes iba. Y vió....¿quién pudiera decir lo que vió? Dos fantasmas arrebozados de inmensas capas, con sombreros tan grandes como ellos, y el rostro muy debajo de sendas máscaras, por donde entreparecían unos relampagueantes y terribles ojos. Allí se quedó de una pieza el practicante: la sangre toda se le corrió abajo, sintió un cierto friecillo hormigueado, y cuando buscó la voz, poco la halló. Adelante! dijo uno de los espectros, con ademán de decidida amenaza. Medio salió de su estupor la víctima, y balbució: Pero, señores....á donde me lleva...? Adelante! repitió el mismo espectro.

Cayó en la cuenta el practicante de que no podía hacer cosa más acertada que seguir, sin entremeterse á preguntar quienes ni á donde le llevaban. En este concepto alargó el paso con resolución tal, que á poco hacer se hallaban por Santa Clara, como quien se dirige á la quebra la de Jerusalén. Si la iglesia estuviera abierta, decía entre sí, todavía podía salvarme. Y he aquí que cuando pensaba salvarse, sale de esa misma iglesia un refuerzo de sombras que imposibilita más y más su fuga. Eran otros dos embozados, mayores de porte, más lúgubres de aspecto y más amenazantes en su ademán. Silenciosos como tumbas, agregáronse á la comitiva, y cinco ya, voltearon para el Robo. El Robo! lugar fatídico....allí ejecutan á los condenados á muerte;

allí se roba; allí se asesina; allí habitan las brujas; por allí andan los muertos; el Robo! y á esas horas!

—Por aquí! dijo uno de los fantasmas, enseñando imperiosamente una veredita que lleva á la quebrada. Santísima Virgen! dijo para sí el joven.

—Por aquí! repitió el fantasma. No había resistir: hubo de bajar, y cuando se halló en lo hondo de la quebrada, se detuvo como quien ha llegado al suplicio. Aquí me matan, pensaba, de aquí no paso; y sentía el frío del puñal en el cuerpo. Adelante! arriba! repitió imperioso el espectro. Entonces se le alzaron las alas del corazón al estudiante: de quitarme la vida, aquí hubiera sido, pensaba: arriba, al otro lado, hay gente; luego no se fragua mi ruina.

Llegados á la poblacioncilla de la banda, que algo tiene de Trastebere, entró la comitiva fúnebre en una casuca digna de los misterios de Astolfo, oscura, callada, funesta: un candil apagadizo relampaguea por ahí en un rincón; un perro negro, viejo, soñoliento quiere desperezarse á esa luz amarillenta, y gruñe sordo entre sueños: criatura humana, ni fuera ese un cementerio. Una gran sombra parece con todo en la esquina del corredor, da un paseo agitado, como Blígger el Azote en el patio de su castillo feudal, é interroga á los enmascarados.—No tardarán, responden éstos misteriosamente; lo que es nuestro practicante, aquí le tenemos; no es éste el que el doctor necesitaba?—Entradle ahí, dice el fantasma, que al parecer era el principal de ellos, y el protagonista del drama. Ábrese una puerta, y adentro el practicante.

El doctor Acevedo estaba allí en una gran silla de vaqueta, de esas del tiempo de la colonia; grave taciturno, sombrío. Su discípulo se inclinó en su presencia con el sombrero en la mano, y quiso averiguar el caso; el maestro le impuso silencio con un ademán. A lo menos ya estaba cierto el futuro médico de que no iban á matarle, y estando con Acevedo, aun era posible esperar que la aventura terminase ventajosamente. Reinó un cuarto de hora el silencio, así dentro como fuera; silencio profundo, temeroso, pesado, no interrum-

pido sino por tal cual canto de gallo, que sonaba lejos y triste, pues era la una de la mañana. De repente un chiflido agudo, semejante al que se oyó en la orilla del Tiber, cuando el asesinato del duque de Gandía, rompió el silencio, y se dilató por la quebrada, como una señal de brujas, ó cosa más infernal. Asomáronse los dos á una ventanilla, y vieron que los cinco enmascarados salían al encuentro de una carga que venía por ahí, del más lúgubre parecer: eran dos hombres negros, al medio de los cuales, otro á cuestas con un bulto, que luego se vió ser cuerpo humano. Entraron éstos al cuarto, y descargaron el cadáver: era una hermosa joven de hasta veinte años, que había sido apuñaleada una ó dos horas antes, según la rubicundez de las heridas y la sangre no bien seca todavía. Acevedo se enderezó súbitamente, le hirvió la sangre en las venas, brillaron de furor sus ojos, y se apoderó del cuerpo que yacía en el pavimento. Tómale el pulso, aplica el oído al corazón, y se deja estar en esta postura largo rato. Vive! exclama, vive, y puede salvarse. Saca entonces un pomito de su faltriquera y le aplica á la agonizante. Es un parasismo. . . .vivirá. A qué hora fue herida esta joven? — A las once, responde el hombre de la casa, el único que había entrado, y que se dejaba estar parado, inmóvil, como el genio de la muerte.—Con qué arma? replica el doctor.—Con puñal de dos filos.—Bien lo veo. . . . . . Agua, vendas, volando! Practicante!

—Señor!

—El estuche.

El estuche estuvo pronto, pues un ayudante de un gran médico, y un ayudante de Acevedo, se ha de olvidar antes la camisa que el estuche: en los terremotos, es lo primero á que acuden; después, si puede se viste, sino, vuela como Cupido.

Acevedo desplegó su prodigiosa habilidad; lavó las llagas, cogió las arterias, bendó, comunicó aliento, y aun movimiento; pues en el transcurso de media hora de varias aplicaciones, la joven abrió los ojos: ¡qué ojos! grandes, negros, lánguidos, con largas pestañas curbas: abriólos, y luego los volvió á cerrar como con

trabajo. Redobló el médico su sabiduría, y tornó la agonizante á abrir los ojos, y esta vez los abrió más grandes y animados; ya no eran ojos de vidrio, ojos eran con vida, con alma, y los mantuvo abiertos por más tiempo. El corazón alienta, dijo el doctor; débil, esó sí, muy débilmente: respira. Vea usted! mandó al ayudante. Inclinóse éste á los labios de la víctima, y dijo: respira. Esperó el sabio, observó, atendió: centinela de la vida, ahí se estaba una hora sin dejarla salir por la ancha abertura que la mujer tenía en el costado, silencioso y meditabundo, con su espaciosa frente hirviendo en pensamientos. No está fuera de peligro, dijo al fin; pero con mucho cuidado y vigilancia, vivirá. Doctor, respondió el hombre enmascarado, no solamente mis bienes de fortuna, pero mi vida son de usted, si salva á esta jóven.—Y si tanto desea salvarla, por qué la ha asesinado? Guardó silencio el desconocido.

No sabía yo que se mataba á quien se ama, continuó el doctor, que dejando de ser médico, tomó el lugar de juez; el puñal es arma de malvados, y si éste hace su oficio en una mujer, es también de cobardes. Tanta juventud, tanta hermosura, tanta inocencia como indica este semblante, habían de acabar en un puñal? Hombre fatídico, añadió subiendo la voz de punto, con santa cólera en su ademán; grande valor debe ser el suyo para desplomarse contra una inerme y bella criatura. Por qué quiso matarla? tiene el hombre por ventura derecho sobre la vida del hombre? Ah.....esta casa es guarida de bribones....

—Silencio! gritó uno de los otros, que á las voces de Acevedo había entrado. El principal se lo impuso á él, y parecía animado del mayor respeto hacia el mismo que le estaba tratando como á criminal.

—Silencio! repitió Acevedo; de silencio necesitais vosotros para vuestras obras: los muertos guardan silencio, las cuevas como ésta en donde ocurren estas escenas, guardan silencio. El hombre de bien, el que tiene siempre á Dios en memoria, el amigo del género humano, habla, y en voz alta contra las maldades y los crímenes. Podéis matarme aquí mismo, ahora mismo; ten-

dréis dos víctimas; pero si yo callase ante vosotros, podríais juzgarme vuestro cómplice, ó cuando ménos pensaríais que soy indiferente á este abominable desafuero. Silencio! Solo con vuestro puñal podéis imponérmelo: veo aquí á mis piés una mujer asesinada, y he de guardar silencio! No os conozco, y vuestra careta es otra vergüenza para vosotros. Quiénes sois? Por qué habéis obrado tan desalmadamente? Y no teméis que la justicia.....

—Ah doctor, si quiere usted hacer intervenir á la justicia, este puñal tan execrado sabrá poner remedio....

—No os denunciaré, porque os habéis servido de mí, porque os habéis fiado en mi, no por temor de ese puñal: soy caballero ante todo; libres estáis de mi delación; pero confesad que habéis cometido un crímen horrendo.

—Crímen, sí, crímen.....respondió sordamente el caudillo de los desconocidos; crímen horrendo. Y sabe usted que ese puñal más ha herido en mi corazón que en el de esa niña? ciego la amo, y con todo, quise matarla: una sospecha horrible, un indicio....Ah, me puso fuera de mí; crímen es, pero indeliberado. Sálvemela, doctor!

—He dicho que vivirá. En dónde la seguiré viendo?

—Aquí mismo, cada noche, hasta que sea posible llevarla á lugar más merecido. Un secreto en manos de usted, doctor Acevedo, más seguro está que en una tumba, ¿no es verdad?

—Me juzga usted como soy: de mi ayudante, yo respondo. Por ahora mi presencia es ya innecesaria; este jóven velará á la continua sobre la enferma; y si algo grave ocurriere, pasarme un aviso sin pérdida de tiempo: vendré, aun cuando fuere de día, con las precaucoines necesarias para no ser notado. Obsérvese prolijamente el plan que dejo. ¿Estoy libre?

—Libre, doctor, y respetado y venerado. El ayudante queda á nuestro cargo. Hola!, amigos! acompáñese al doctor hasta donde fuere su valuntad.

Dos de los encapados acompañaron á Acevedo hasta la plazuela de Santa Clara, en donde los despidió, y siguió sólo á su casa. A la vuelta de dos meses, tiempo durante el cual no faltó ni un día á ver á la herida, ésta estaba en situación de mudarse, y desapareció, y fué para

siempre. Ni Acevedo ni el practicante han revelado hasta ahora este misterio, sino á mí el último, que me acompañó en un viaje: un *tambo* brinda tanta confianza! Y si el brandi ó el sabroso cominillo alumbran la memoria del viandante, ríndese á la comezón de hablar. Bien respondió Filípides al rey Lisímaco, cuando éste le preguntó: Qué quieres que te comunique?—Lo que quieras, puesto que no sean secretos. Y como el viajero, que á la fecha es médico de nombradía, me dijo llanamente no ser sucesos de callar, como me los contaron se los cuento.

La casuca de Jerusalén no era sino lugar de cita, administración de placeres prohibidos, recepto de la dicha, hasta que vino á ser teatro de funestidades. Sus inquilinos, esos temerosos encapados, jente de pelo en pecho, ricos además, y acaso de elevada jerarquía. El cómo fué arrastrado allá Acevedo, lo he averiguado en otra parte, ó lo he adivinado por mi cuenta: la propia insidia hubo de ser que sirvió para el estudiante. Llamaron tarde de la noche á la puerta de aquel: mandó preguntar qué se ofrecía, y los de fuera respondieron: El Dr. Gala se muere! avisa al doctor, y dile que se levante! Acevedo así sabía ser maestro como discípulo: quería y respetaba al viejo Gala; y al saber su peligro, botóse de la cama y voló á casa de su maestro. Llegado á ésta, iba á entrar; impidiéronselo dos hombres que le esperaban en la puerta.—No es aquí, le dijo uno de ellos: adelante, doctor.

—Cómo?

—Adelante!

Y sin decir otra cosa le pusieron al pecho dos puñales, cuyas hojas vió relampagear en la oscuridad. No se cortó por eso; mas comprendió que las había con quienes sabrían hacerse obedecer, y siguió resueltamente hasta el lugar en donde le hemos visto.

No solamente es verosímil, pero también verdadera la presente historia. Y no sabía el bueno del practicante que en ella me ofrecía una insigne coyuntura para volver el corazón y la memoria al sabio y al amigo.

———o———

CUENTOS FANTASTICOS.

GASPAR BLONDIN. (*)

Atravesaba yo los Alpes en una noche tempestuosa, y me acojí á un tambo ó posada del camino: silvaba el viento, lurtes inmensos rodaban al abismo, produciendo un ruído funesto en la oscuridad; y en medio de esta naturaleza amenazadora, reunidos los pasajeros, el dueño de casa refirió lo que sigue:

"No ha mucho tiempo llegó aquí un desconocido del más extraño y pavoroso semblante: mis hijos le temieron al verle, y me rogaron no recibirle en casa. Qué secreto enlobreguecía á ese hombre? qué horrible crímen pesaba sobre él? No sé, le designé su cuarto, no muy firme de ánimo yo mismo, suplicándole se recojiese en él, atento que era tarde, si bien á ello me inducía el deseo de librarme de tal huésped. Húbose apenas retirado, cuando dos hombres armados se presentaron en el mesón, inquiriendo por un malandrín, cuyas señas dieron: eran dos jendarmes que le seguían la pista,

Mas cualquiera que fuese su calidad, nunca habría yo faltado á las costumbres hospitalarias que aprendí de mis padres, quienes me enseñaron á socorrer, aún á los criminales, cuando se viesen perseguidos. Dije pues á los alguaciles que no habíamos visto ninguna persona de tal gesto como nos la describían. No me lo creyeron, sabuesos de fino olfato como eran, y en derechura se dirijieron al aposento de aquel hombre.

Plació me el verlos entrar allí, pues, al no intervenir denuncio de mi parte, nada deseaba yo más que ver-

(*) He vuelto al castellano este primer cuento de una serie que escribí en francés, en Paris, bajo el influjo de una larga calentura. Cosas compuestas en la cama por un delirante, deben ántes tenerse por ensueños.

me desocupado de semejante amigo.

Mas cuáles no fueron mi sorpresa y mi disgusto cuando ví salir á los jendarmes exclamando: Ah, don tambero, en donde le há ocultado usted?

Escaparse no pudo el fugitivo; víle entrar en su cuarto, que no tiene salida sino es la puerta, de la cual no había apartado yo los ojos. Qué ente extraordinario era ese?

Amenazáronme los ministriles con volver dentro de poco, provistos de mejores órdenes y no dejé de conturbarme. Aun no bien habían salido al camino, cuando oímos un horroroso estrépito en el tugurio del huesped misterioso: víle en seguida aparecer en el dintel de su puerta, salir precipitado, y venir á caer á mis pies echando espuma por la boca, todo desarrapado y contorcido. Los jendarmes volvieron, le prendieron, le amarraron, y en volandas le llevaron, apesar de la profunda oscuridad y de la lluvia que caía á torrentes.

Al otro día supe en el pueblo vecino que ese hombre perturbaba todos los alrededores hacía algunos meses: oculto de día, rondaba de noche. Decíanse de él cosas muy inverosímiles, y muy de temer, si verdaderas; pero su único crímen conocido y probado era la muerte de su esposa.

Su querida, por cuyo amor había obrado esa acción abominable, se volvió por su influencia personaje tan raro y peligroso como él: temíanla los niños sin motivo, las mujeres evitaban su encuentro, y cuando la veían mal grado suyo, menudeaban las cruces en el pecho. Y aun dicen que sobrepujó á su amante en las negras acciones, metiéndose tan adentro en el comercio de los espíritus malignos, que le fué funesta á él mismo.

Un día citó á su hombre á un caserón botado, tristes ruínas por las cuales nadie se atrevía á pasar de noche; era fama que un fantasma se había apoderado de ellas, y que en las horas del silencio acudían allá una legión de brujas y demonios, á consumar los más pavorosos misterios, en medio de carcajadas, aullidos y lamentos capaces de traer el cielo abajo.

Suenan las doce' viene el amante: llama á la puer-

ta, llama.... Nada; responde sólo el eco. Duerme la bella? faltó á la cita? Un leve aleteo se deja oír sobre un viejo sauce del camino; luego un suspiro largo y profundo: luego estas palabras en quejumbroso acento: "Mucho has tardado, amigo mio!" Y como al volverse nada vió el desconocido, con voz siniestra prorrumpió: Casta maldita! en vano procuras engañarme: acuérdate que la fosa humea todavía, y que.... Ah, tú me la pagarás. Qué tienes Gaspar? dijo su querida, arrojándose de súbito en sus brazos; de qué te quejas?....... Duro, duro! estréchame contra tu corazón. Y como el diablo de hombre fuese acometido por un arranque de amor irresistible, abrazóla como para matarla: Angélica! exclamaba, Angélica de mi alma! las estrellas no son sino asquerosos insectos que roen la bóveda celeste. Mas luego echó de ver que apretaba en vano, que á nadie tenía entre sus brazos. Horrorizado él mismo, huyóse dando un grito espantoso en las tinieblas.



Al otro día un hombre del campo vino á quejarse al teniente del pueblo de que su hijita había desaparecido impensadamente de la casa. Dijo el triste, con lágrimas que á lo largo rodaban por su rostro, que abrigaba sospechas vehementes contra un tal Gaspar Blondín, hombre de temerosas costumbres, que ocultaba su vida envuelto en el misterio. Habíasele visto la tarde anterior rodando por los alrededores de la casa, y aún entró en ella sin objeto conocido; y como la niña jugaba en el patio, acaricióla, y dirijiéndose á su padre le dijo: Bella niña, bella niña, mi querido Cornifiche; la vende usted? Los perros se lanzaron sobre él, y desapareció por la quebrada.

Pasó la noche, amaneció Dios, y la cama de la muchachita se encontró vacía. Blondín no pareció en ninguna parte, á pesar de que todos los parientes y amigos del campesino hecharon á buscarle. El pobre paisano lloraba tanto más, cuanto que, decía, en su vida se había llamado Cornifiche.

La tarde del mismo día que tuvo lugar esta demanda, Blondín acudió á buscar á su querida en los escombros conocidos: "Todo se ha perdido! exclamó ésta así

como le vió : el monstruo ha dado á luz tres ángeles. Mira, Gaspar! en vano, en vano te amo........ Pero has hecho bien en traerme á mi chiquilla. Aureliana! Aureliana! decía rompiendo la cara á besos á la niña que Blodín acababa de presentarla ; el gato maulla, el mono grita, la olla yerve....... Ven, ven, Gaspar! añadió, y arrastró á su amante al interior de un cuarto hundido y sin culata, en donde largo tiempo había que murciélagos tenían sus hogares.

Blondín encontró la cama fría como nieve: guardaba silencio su querida, y á la luz de un mechero que alumbraba la estancia turbiamente, echó de ver que lo que tenía en sus brazos era el cadáver sangriento de su esposa. Volvió á correr horrorizado, y desde entonces ni más se ha vuelto á ver al tal Blondín".

—Como le hubieran visto? dijo á esta sazón uno de los oyentes, el cual, habiendo entrado mientras el tambero recitaba su tragedia, se dejó estar á la sombra en un rincón del comedor ; cómo le hubieran visto? le ahorcaron en Turín hacen dos meses.

—Yo lo sé muy bien! repuso el tambero medio enojado! *capo di Dio!* porqué no me deja usted concluir la relación de mi historia? Huéspedes hay muy indiscretos.

—No tenga usted cuidado, señor alojero, replicó el desconocido ; va usted á concluirla en términos mejores.

Y levantándose de su rincón se acercó á nosotros, al mismo tiempo que se alzaba su gran sombrero aberniano de ancha ala. Miróle el tambero con ojos azorados, palideció y gritó cayendo para atrás: Blondín!.. él es.

Paris, agosto 6 de 1858.

COMUNICACION

CON LOS ESPÍRITUS.

——o——

CARTA DE FRANCIA.

Ausencia y silencio malos son para el cariño: hemos soñado, hemos devaneado, sombras hemos visto, amigo mío. En vano vuestro nombre salió mil veces de nuestros labios; mudos los ecos, á nada respondieron. En dónde estáis? es tan grande la distancia que nos separa? Ni escribís por vuestro propio impulso, ni contestáis à las que se os escriben. Con *los salvajes* las cosas van de otro modo que entre hombres civilizados: en Francia se engaña, no se quiere; se conversa, no se siente. Mas como los Chactas entienden menos de engañar y conversar, presiso es que entiendan más de sentir y querer. ¿Habeis oividado que en mi casa se os llamaba el *salvaje americano*? Y Enriqueta se complacía por extremo en preguntaros si en esos países de América todavía la gente se vestia de plumas y andaba con cascabeles en el tobillo. Bien pues, mi Chactas, no se os ha podido olvidar en casa de vuestro amigo, y aquí le teneis ganado en este mismo instante de la afección más tierna, al contestar á vuestra inesperada carta.

Yo no creo en espíritus, amigo mío: alma de hombre, más firme es y menos hecha á las supersticiones; pero Enriqueta, de su propia naturaleza inclinada á los misterios, se deja llevar por el iluminismo, que quiere renacer en Europa. Y si os he de confesar mi flaqueza ó mi condescendencia, se os ha puesto entre la sabiduría de una sombra y las realidades de la vida; y con hartas lágrimas de mi esposa y no pocos ayes de Ledru, habéis pasado á vivir entre los justos: ya no existís, Montalvo; muerto sois, desengañaos: los espíritus no mienten.

Un caballero noble y su esposa, gente de gran significación en la sociedad culta, perdieron su hijo único, delicia de su vida: tan rudo golpe hubo de desquiciarles el juicio, secándoles el corazón á fuerza de echar lágrimas. Aniquilado el cuerpo, el alma refinó su sensibilidad, y los nervios hicieron su oficio. La señora creyó de buena fe en los espíritus; de tan buena fe, que Dios no existe con más verdad para ella. Vive en uno como delirio, evoca á su hijo, y su sombra se le aparece; la interroga, y la sombra contesta acerca de lo sucedido en tiempos y lugares pasados y remotos: profetisa del corazón, descubre con más anhelo lo que concierne á los afectos: si por amor ha venido como á desvanecérsele el cuerpo, y ser ella misma un ente aéreo y elevado, ¿qué mucho que se goce en lo que envuelve amor? Ella es el hilo eléctrico por donde la extraña ciencia de los que no existen viene á instruir á los vivos; el *medium* por el cual los misterios de la tumba se revelan.

He aquí la respuesta de la noble pitonisa con respecto á vos:

"Murió en enero de 1865: rogad por él. Resignado y con valor, rindió el aliento, y su espíritu fulgente se encumbró á la región divina. Una lágrima por Montalvo."

Estas elevadas, pero tristes palabras, han sido el rayo para mi pobre Enriqueta: veinte y ocho años de edad, ciento de penas: no es maravilla que las desgracias la encuentren tan pronta á creer en ella. Ha llorado, se ha enfermado, y mis esfuerzos para invalidar el oráculo, por demás han sido. Juzgad de la sorpresa viva, agradable que nos habéis dado con presentaros á nuestra memoria existiendo, pensando y sintiendo ni más ni menos que cuando viajábais por Europa!

¿Qué hacer en este caso? Cómo desmentir á un espíritu? con qué valor decir á la sacerdotiza: vuestro numen ha mentido al inspiraros, vuestra religión es falsa? Dejaros muerto era todavía más difícil: he llevado vuestra carta á la fúnebre tertulia de la *inspirada*, la han leído, y entre el asombro y la incredulidad, me han

preguntado: ¿ Es el que murió el año pasado? es él quien os escribe ahora?

—El es, señora.

—Mirad el lugar; está fecha da en el cielo, sin duda.

—Nada ménos que eso: vive en la tierra, y aun está por morir.

—No puede ser; nadie muere dos veces.

—Vive señora; esos son su puño y letra; y por feliz me tengo de que vuestro hijo se haya engañado por la primera vez. Disimulad mi indiscreción; no podía yo sino consultaros este pequeño inconveniente á la verdad eterna del oráculo. No me han puesto argumentos irrefutables, y hemos resuelto por unanimidad que vivís aun: vivís, Montalvo, consoláos.........................

....

La gran guerra europea vá á estallar: dos millones de guerreros están sobre las armas, y las testas coronadas ya no pueden soportar la sed de sangre. El emperador de Austria, el rey de Prusia y el de Italia son los beligerantes por de pronto: Francisco José, Víctor Manuel y Guillermo se miran turbiamente, y se amenazan sobre cual se llevará una tira más de tierra en los inícuos repartimientos que tienen por costumbre hacer los reyes. De esta guerra puede resultar un bien,—la libertad de Venecia: Garibaldi está en la escena, y éste es buen agüero. Venecia será libre, su libertad está en la naturaleza de las cosas: pero qué razón sufre que por libertar una comarca se esclavice otra? La conferencia provocada por el emperador de los franceses no tendrá lugar: esa compensación propuesta al Austria por la pérdida del Véneto, es un contrato impío. La integridad y la caridad pueden solamente discutir y resolver acerca de la verdadera conveniencia de los pueblos: las juntas de tiranos no lo deciden mejor que las armas. Europa vá á ser dentro de poco un campo de batalla.

....

He escrito una obra acerca de Rénan: no olvida-

ré de mandárosla cuando se haya publicado.

....

Ya sabéis que siempre me despido de vos con lágrimas. Adios.

Ledru.

París, 8 de junio de 1866.

CONTESTACIÓN.

No me maravilla el que los espíritus me hayan declarado su conciudadano en la ciudad de Dios; maravíllame sí el sentirme aun con vida después de la tempestad que ha estallado contra mí. Los días han pasado por sobre vuestro amigo como una manga de langostas, de las cuales cada una se ha llevado un pedazo de corazón, comiédose mis esperanzas: el consuelo es que se han hartado con las hojas; la raiz, Ledru querido, sana está y fresca, y se extiende por adentro, y una savia rica y abundosa promete renuevos más lozanos.

Nada más difícil que ser siempre el mismo hombre, dijo aquel antiguo tan conocido para vos; nada más difícil que ser siempre el mismo hombre: el bien y el mal allá se van con la corriente de los años, y juntos desembocan en ese mar sombrío, mar inmenso que el basto lenguaje de los hombres acierta á llamar ETERNIDAD: no hay dicha ni desgracia perpetuas: la vida es un vaivén, el hombre es el puntero que á su tiempo va llegando á todas las horas; estas horas son los bienes y los males. Ay, amigo, el arte consiste en mantener el arreglo de esa máquina; pues la felicidad viene de esa monotonía misma; el que sale del círculo común, desgraciado es. La vida no consiste en vivir, sino en saberla vivir, dice un bribón que yo conozco: ¡bribón sabio! Solo sí que esa ciencia es muy variada; el modo de saber vivir de uno, ignorancia es para otro: unos viven del mal, otros del bien; unos de materia, otros de alma, de afecciones, de pensamientos, ésto es de angustias y pesares; pues por una fatalidad inherente á las mejores dotes del

alma, la tristeza y los padecimientos son una cosa con ella. Sientes? bien; no te quiso mal naturaleza: padeces? bien; las penas refinan el corazón: el hombre que ha hervido mucho tiempo al fuego de los pesares, es la quinta esencia del oro, el metal de los mayores quilates, sonoro, purísimo, valioso. Verdad es que corre poco entre la gente del vulgo; pero esa moneda no se ha inventado para el comercio ruin, tráfago para el cual el cobre tiene sobrada importancia: ese oro circula entre los dioses; de ahí es que muchos son ricos sin saberlo.

Al oirme dudareis si en verdad soy hombre real, ó si pertenezco á la legión inmensa de esos que con el nombre de espíritus pueblan los cielos y los aires: yo mismo no estoy cierto; á veces hombre, y muy material, y muy apocado, y muy terreno; á veces alma pura, espíritu divino que vuela y se encumbra, y se empapa en la luz de Dios, y le canta en la lengua de los ánjeles; y á veces.... ay! preciso es decirlo todo, ente extraño, pensamiento descarriado, corazón perverso que se goza en su propia tortura, y rueda en un fluído negro, pestilente, que trasciende á infierno y da de sí un humo destructor que me sube á la garganta, y sale fuera, y me oscurece la vista. Corazones hay como el templo de Jano, con dos puertas; por la una entra y sale Dios, por la otra entra y sale el diablo. Y qué hombre no lo tiene así poco más ó menos? quién no ha sido bueno y malo en su vida? La diferencia no consiste sino en que unos descargan su maldad sobre sus semejantes, y otros son sus propias víctimas. De éstos me soy, amigo: habéisme tomado en un instante de franqueza: compadeced y callad.

No todo ha sido padecer desde que me separé de vosotros. En poco estuvo que fuese el mar mi sepultura, pues ya, ya me tragaba. El océano sin límites, solemne, grandioso me habría recibido en su seno, y con sus olas estaría rodando de polo á polo, formando parte de su melancólica grandeza. ¿Qué sepultura de más magnificencia? Si los dioses murieran, pudieran ser sepultados en el mar: esa tumba es digna de ellos; ni epitafios, ni inscripciones: su rotundidez lejana, su rui-

do sordo y profundo, su silencio misterioso bastan para formar el más sublime monumento. Morir en el mar, en medio de una tempestad horrenda, hosco el cielo, las nuves centellantes, las olas enfurecidas es uua de mis ambiciones. No la cumplí, amigo, y viví y llegué á esta patria,...á este....

Dos años han transcurrido para mí, blandos, perfumados, sabrosos; hélos bebido como un celestial elíxir, hánme embriagado, hánme transportado al primer día de la creación, he sido el primer hombre: mi lecho era de flores,—*pensamientos, violetas, adelfas y jacintos*, el más suave y frezco pedazo de la tierra, como dice el divino cantor del Paraíso perdido: lo demás digámoslo en su lengua:

There *we ours* fill of love and love's disport
Took largely; of ours moutnal guilt the seal,
The solace of ours sin.

Nadie puede gozar solo, amigo mío, lo dice el mismo poeta; ó en el goce del solitario no hay el menor contento. Ya veis por un delicioso jardín *esa amiga de la serpiente*, como se pasea con paso de reina, suelto el cabello, el rostro fulgurante, la mirada entre modesta y altiva, despidiendo en torno suyo un ambiente de dichosa perdición....Y se perdió? y nos perdimos? Esperad....Una voz solemne, divina, pero misericordiosa, me llama por ahí y me pregunta: En dónde estás? por qué te escondes?

El Paraíso se perdió, los ángeles del Señor nos sacan fuera. La felicidad es un préstamo; el acreedor nos coje las vueltas, y allí luego nos cobra, y volvemos otra vez á la indijencia; con más, que el recuerdo del bien perdido es el mayor de los males, y no soy el primero que lo dice.

Qué más dá que estas cosas se digan en verso? sí admitís que la poesía está en los afectos, podeis hallarla bien así en la rima como en la prosa. Mil veces os oí llamar poeta á Fenelón, y vuestro amigo Chateaubriand lo es, y mayor de marca, sin haber escrito en con-

sonante. Yo pienso, amigo, que sólo es poeta el corazón, sin que importe que sus ayes salgan rimados, ó libres de las estrechuras del fastidioso arte de Horacio. En todo caso, dispensad este arranque de enternecimiento, y atribuidlo á la sensibilidad del *salvaje americano*. Doña Enriqueta suele entenderle mas que vos: esta página es para ella. Para el consultor de la pitonisa, para el cargador del trípode sagrado, para el refutador de Renán, para el legatario de Armando Carrel, para el camarada de Chateaubriand, para el amigo de Luis Bonaparte y enemigo de Napoleon III, para el rival de Bérier, para el republicano en desgracia, para el *hombre caído!* y el patriota que tiene fe en el porvenir, son las siguientes líneas.

A lo que me sé acordar, el espíritu que descubrió mi muerte estaba en lo justo; si hoy vivo, bien puede ser efecto de un especial favor de la Providencia, ó de la suerte que me guarda para mayores fines; pero que he hecho una incursión á la morada eterna de los que han vivido, no lo pongáis en duda.—

Descendí primero á los infiernos, como Orfeo y Dante Alliggieri; pues el Altísimo había ordenado que antes de llegar á su diestra viera yo lo que era la mansión de la desdicha y el hervidero eterno en donde viven su agonía los réprobos del Señor, nadando en lagunas de lodo pestilente, ó devorados por vestiglos espantosos, ó enterrados hasta el cuello en témpanos de hielo y dando lastimeros aullidos que resuenan en las profundidades cavernosas del infierno. Allí vi uno sobre otro amontonados y confundidos los tiranos de la tierra; los que han vertido sangre humana por odio ó particular venganza; los que pecaron contra la naturaleza; los que ofendieron la pudicicia; los que se enriquecieron con lo ajeno; los que ocultaron la verdad y vivieron de la mentira; los que negaron á Dios; los que se rieron de la desgracia; los que abusaron de la inocencia; los que rastrearon los pasos del prójimo y le denunciaron; los que batieron las palmas á la deshon-

ra ó la caída de sus semejantes: todos los criminales, en fin, y los viciosos incorregibles; todos los malos y corrompidos de profesión: emperadores y reyes, pontífices y arzobispos; sultanes, califas y presidentes; canónigos y provinciales; clérigos, soldados, sabios y poétas en confuso montón gimiendo sin consuelo, blasfemando contra la justicia divina, y deseando volver al mundo para ser más perversos. Caín y Lamech estaban metidos en unos cilindros de hierro candente, libre sólo la cabeza, en la cual caía monótono un grán martillo, midiendo con sus golpes la eternidad: los tiranos de Roma, desde Tiberio hasta Cómodo, ensartados en una cadena, daban vueltas al rededor de una máquina que despedía en torno incesantemente torrentes de fuego y betunes encendidos, que todos les daban en el rostro: Mesalina, Lucrecia Borjia y todas las de su gremio estaban ahí desnudas, colgadas de los cabellos en unos garfios, y las furias las azotaban con culebras.

Volví la vista, y en una caldera inmensa, en donde hervía un líquido rojizo y humeante, ví hormiguear una multitud de cabezas, que se meneaban, se sacudían, se hundían y reaparecían sobre la superficie. Estos rostros tenían todas sus facciones, y no economizaban los gritos; de modo que ese era un vocerío infernal y aterrador, al cual mis oídos apenas pudieron resistir. Acerquéme y los fuí reconociendo, en razón de la ciencia del pasado que el Espíritu me había infundido. Una de esas cabezas estaba con tiara, insignia de dignidad suprema: me fijé en su semblante, no pude conocerle, porque huyó el rostro y se volvió; y así vuelto dió una gran voz y dijo: Mortal! cómo has penetrado en el recinto de los suplicios eternos? No respondí, porque estaba aterrado. Seguí viendo y seguí conociendo: ahí estaban Nestorio, que pedía al emperador Teodosio la exterminación de medio género humano; el casuista Lamy, que sostuvo en sus obras el monstruoso principio de que un religioso puede calumniar y aún asesinar á las personas perjudiciales á su compañía (*); el padre Escóvar y el padre

(*) Lamy. Cours de Théologie. Jean Racine. Histoire de Port-Royale.

Pirot, apologistas de este principio. Y todos esos energúmenos blasfemadores contra el más sabio y más santo de los doctores de la Iglesia; los condenadores de Agustín, que le han llamado hereje, loco y tonto; los que predicaron doctrinas contrarias á las del Apóstol, y pusieron alas á Jansenio. Todos éstos tenían los ojos abiertos, paradas las orejas, morados los labios y la lengua afuera; giraban por la caldera, luego se sumergían veloces, á modo de ranas, y resurjían, embarradas las barbas en fango ediondo y corrosivo. Y me aparté de allí, y en un reducto de fuego ví metidos á los matadores de Enrique III y Enrique IV de Francia, y al asesino del arzobispo de París, y á muchos otros de este linaje, que para mayor castigo el Juez les había dejado el puñal en la mano.

Recorrí muchos círculos y departamentos de la morada eterna; pasé el Flejetonte y el Osito, encontrando en donde quiera millones de almas condenadas á diferentes suplicios: unas tenían enterrada la cabeza, y todo el cuerpo afuera, manoteando y pataleando en el aire; otras estaban espetadas por el vientre en unos largos chuzos clavados en rocas encendidas; otras, colgadas de un pié, columpiando en vaivén interminable; otras, sentadas inmóviles, la cabeza en el pecho, cruzados los brazos, petrificadas para siempre, y sintiendo no obstante sobre sí todo el peso de los siglos. Dí la vuelta á la ciudad de Dite, y cuando menos hube pensado, me hallé otra vez en el lúgubre portón, á donde se agolpaban dando voces infinidad de almas en pena, curiosas de ver y conocer tres nuevos condenados que llegaban; acerquéme solitario, y ví en la barca de Carón atravesando el Aqueronte tres sombras silenciosas y afligidas. El viejo barquero remaba, y Cervero al otro lado daba grandes ladridos, llenando con ellos la infernal caverna. Llegó la barca á la orilla, y Carón puso á los recien venidos en la ribera con un recio espaldarazo á cada uno.

Batte col remo qualunque si adagia.

Agacharon éstos la cabeza, exhalando un ay! desgarrador, y se encaminaron á lento paso á la portada en

donde los precitos estaban amotinados. Quienes son? quienes son? gritaron todos. Yo que tenía el don de conocerlos, conocílos y dije: El primero es Mourowieff!—Mourowieff! repitieron los precitos.—El segundo es Rosas! dije yo.—Rosas! repitieron los precitos.—El tercero es García Moreno! dije yo—García Moreno! repitieron los precitos.

Llegaron las tres sombras, y las demás se abrieron y les dieron paso, y las miraron en silencio, como admiradas de sus huéspedes: y los tres iban agachados, taciturnos, sombríos; y cuando llegaron á su destino, un espectro movió una máquina, y de un aventón los estrelló contra una roca, en donde se clavaron para siempre. De lo alto cae sobre ellos unas gotas negras, que les corren por las mejillas como lágrimas de demonio: periódicamente se les llegan tres fantasmas con sendas disciplinas, y en las desnudas, rojas carnes hace cada uno su tarea: y la sangre corre en hilos por sus miembros, y se recoje á sus pies en charcos, y estos charcos se corrompen, y de su corrupción nacen gusanos que les suben lentamente por las piernas, y van á picarles el corazón, y se meten otra vez en sus entrañas. Una vez consumada esta sentencia, oí una carcajada prolongada, burlona, terrible en los ámbitos del reino de Plutón, la cual se dilató por no sé qué espacios desconocidos y funestos, y se apagó, dejándome trémulo de espanto.

Recobré mis espíritus, y echando á andar por ahí, dí con un río manso, callado, soñoliento: á sus márgenes crecen adormideras y pellones aromáticos: toméles y aspiréles, y además bebí de las aguas del río, que por lo cristalinas y agradables á la vista me despertaron la sed. Desde ese instante olvidé todo lo demás; no sé, no me acuerdo qué otra cosa vieron mis ojos, qué otros ruídos oyeron mis oídos. Ese río era el Leteo.

Cuando me haya despertado de ese agradable sueño, me volverán á la memoria los espectáculos y personas que seguí viendo en la mansión del dolor eterno, y cómo salí de ella, y cómo entré y recorrí el purgatorio, y cómo subí á la morada de la luz, y lo que ví y á quienes ví en ella, y cómo al fin estuve de vuelta en este va-

lle de lágrimas,—paraíso de los malos, infierno de los buenos.

El nuevo sol me ha vuelto á la realidad de las cosas; no estoy ya en el cielo ni en el infierno, en el mundo estoy, Ledru querido; no son todavía condenados los que veo, tiranos son; no están gimiendo sombras á orillas de los ríos infernales, retiñendo están las armas de los hombres, y el suelo rojea con sangre derramada.

La gran guerra que vá á tener lugar ó ha principiado en Europa, será como todas las guerras, exterminadora, infecunda, inútil. Sabéis cuál guerra produciría buenos frutos? La que la libertad moviese á la tiranía. Sabéis cuál guerra produciría buenos frutos? La que la virtud moviese á los vicios, la que la rectidud moviese á la perfidia. Sabéis cuál guerra produciría opimos frutos? La que los pueblos moviesen á los reyes, la que la misericordia moviese á la crueldad, la que las víctimas moviesen á los verdugos. Qué ha de resultar de la guerra que se mueven un emperador y dos reyes, un Francisco José, un Víctor Manuel y un Guillermo? Ha de resultar la libertad de Venecia, y la esclavitud de Alemania, si vencen los unos; si los otros, la esclavitud de Venecia ha subido de punto, y las otras provincias nada han ganado. El rey de Italia ha hecho mal en aliarse con el de Prusia: el despotismo y la constitución, el retroceso y el progreso, el derecho divino y el liberalismo no pueden formar sino ayuntamientos deslayados, de los cuales no nacen sino monstruos. Italia debió haber libertado el Véneto, sola, por sus propias fuerzas, so pena de sufrir el influjo de ese maldito reino de Prusia, que crece y se alimenta y se vuelve jigante, devorando á sus huéspedes y vecinos, y á los que por casualidad van á pasar, como el sanguinario Polifemo.

Prusia acaba de dar una prueba irrefutable de sus ambiciosas y tiránicas inclinaciones con la desmembración de Dinamarca; ¡y vá hoy á libertar el Véneto, aliado de la libre Italia? Absurdo! Ni los dioses ni los hombres de bien, dice Platón, aceptan los presentes de los malos. Soy de opinión que si Venecia no se ha de

libertar sino por mano del rey Guillermo, espere un poco más, hasta que ese fluído ardiente y vivificador que está corriendo por todas las arterias de la península itálica, se ponga en su punto, y alzado el brazo, los italianos todos acometan á los enemigos de su patria y rompan las cadenas de la reina del Adriático.

El gobierno de Víctor Manuel ha aceptado los actos impíos de la corte de Guillermo, en el hecho mismo de haber celebrado con ella una alianza: pide la nacionalidad de Italia, y aprueba el desmembramiento de otros reinos; invoca el derecho de la naturaleza, quiere que los miembros de un cuerpo pertenezcan á ese cuerpo, y busca el auxilio del divididor, del usurpador, del conquistador. No era ésta la política de Cavour, no es éste el modo de pensar del inmortal Mazzini. Garibaldi, desde luego, acepta la guerra; qué hacer? Sin Garibaldi no puede haber guerra en Italia: él bien hubiera querido que el gran asunto se confiase á él solo, y él solo hubiera obrado más y mejor, que en liga con los prusianos bruscos é insolentes. Pero en fin, algo puede resultar en bien de esa adorada patria, á la cual se tiene consagrado; ni es para uno como Garibaldi oír el estampido del cañón que truena por Venecia, y él dejarse estar tranquilo y reposado, contemplando el vaivén del mar de Nápoles, en su isla solitaria y silenciosa. La espada del gran italiano se ha desenvainado; no será en vano: éste es un nuevo Rienzi, inspirado por una Ejeria republicana, que ha consumado ya grandes acciones, y las irá consumando todavía: el destino de los hombres nacidos para cosas superiores tiene que llenarse: no abrigan ellos en el pecho esa hoguera que comunica fuego constante á sus venas; no se sienten poseídos por un espíritu divino; no viven colgados de una idea, de una esperanza, de un objeto, sin que llegue el día de las grandes obras. Venecia será libre: Garibaldi respira; Cavour nos hace falta. En cuanto al rey, si alguna disculpa merece, es en consideración á esa misma Venecia, tan ilustre como desgraciada.

Mas los actores de este drama no son solamente los que me habéis nombrado: **Francisco, Víctor y Guiller-**

mo traen la cara descubierta; ¿y el enmascarado? No negaréis que hay un enmascarado en la comedia, un gran enmascarado: ¿lo dudáis? mirad allí.......... ya entra en la escena: alto, fornido, de gallarda disposición; armado de todas armas, calado el casco, baja la visera, se presenta incógnito con ademanes de Señor:—Quién sois que así entráis sin licencia?—Quién puede! responde altivo y se pasea haciendo sonar la vaina de su sable. Este Masías es Napoleón III, protagonista del drama: la principal pasión, en él se desenvuelve; tiene él los hilos de la trama; y él mismo actor, y poeta, acomoda el desenlace á sus afectos é intenciones. Andad, amigo, tenéis un gran político, un gran enredador de las mayores cosas: lástima que no pueda yo deciros: Tenéis un gran hombre. No hay grandeza sin virtud: el molde de los grandes hombres es Catón; el de los grandes emperadores, Marco Aurelio.

Comunicadme lo que acontezca en Europa: aquí me hallarán vuestras cartas, en este rincón del mundo, en donde soy todo pensamiento y corazón.

Adios.

Montalvo.

Ecuador, Bosque de Ficoa, á 7 de agosto de 1866.

CARTA

DE UN PADRE JOVEN.

MANUSCRITO ENCONTRADO ENTRE LOS PAPELES DE UN VIAJERO INGLÉS MUERTO EN GRANADA.

Entre los viajeros que ocupaban la fonda de Minerva, en Granada, durante el tiempo de mi permanencia en esa ciudad, eché de ver un inglés por todo extremo taciturno y apartado del trato de le gente. Paseábase siempre solo, no tenía habla con nadie, y si por casualidad concurría á la mesa redonda, su asiento había de estar á alguna distancia de los otros huéspedes. Por costumbre madrugaba yo, pero ya él había salido, y era muy frecuente el encontranos en nuestro paseo matinal, cuando por los huertos de la vega, cuando en la colina del Albaicín, y alguna vez le encontré también observando melancólico las cuevas de los Gitanos. Ese hombre acarreaba consigo algún pesar profundo; ni era para menos la palidez de su semblante, y el rematado silencio que pesaba sobre él. Por mucho que nos viésemos nunca saludamos; pero la simpatía hablaba ya, y solamente el ser tan desconocidos era causa de que no nós comunicásemos. Una ocasión entré á la Alhambra, y después de recorrer los patios, galerías y aposentos desiertos del palacio, fuí á contemplar la ciudad; la Vega y las colinas desde el *Gabinete de la Sultana*, de donde se goza una grande y agradable vista. Los templos y sus simborios magestuosos; el Jenil y el Darro serpenteando por la verde campiña; la Sierra Elvira á mucha distancia; la Sierra Nevada al otro lado. Sobre este cuadro gravita un vasto y poético silencio, ese silencio lleno de ruídos y de voces que se ciernen sobre las ciudades populosas, cuando se las contempla de una altura. Al pasar por delante de la prisión de Juana la

Loca, ví un hombre sentado en el pedestal de una columna: inmóvil, agachado, con la mano en la mejilla, ni se movió al ruído de mis pasos. Era el inglés. Volví por ahí después de una hora, ahí estaba el viajero; pero esta vez alzó los ojos, y al verme, se levantó al instante:--Caballero, me dijo, pienso que nos entendemos. Y llegándose á mí, me estendió la mano. Ese hombre necesitaba un amigo, y estando yo en el mismo caso, la estreché sinceramente. La poesía del dolor rebosaba en su corazón; y como el mío estaba no más sano, pronto se vaciaron el uno en el otro. Su tristeza fué á más de día en día: las penas del alma obraban en el cuerpo: enfermo había estado mucho tiempo; se acabó de consumir, murió dentro de poco. Escribí al cónsul inglés en Málaga, quien tenía delegación del embajador de S. M. B. para entender en estas cosas, comunicándole el acontecimiento; el cónsul se trasladó á Granada, selló los baules del difunto, y se los llevó consigo.

Entre los papeles del viajero encontramos el borrador de una carta, por donde se descubre los motivos de sus pesares. Supliqué al cónsul me obsequiase con ese manuscrito, para conservarlo como prenda de un grande y desgraciado corazón, como recuerdo de una amistad, si fugitiva, amena y verdadera. Denegóse, con decir que nada apreciaría más la familia del infortunado Tomanyol; pero consintió en que sacase una copia. Hela aquí:

"Van tres semanas que no veo al niño, Aurelia; te escribo, aun cuando ésto sea en vano. El faltar á tu palabra sería poca cosa en este mundo de inconsecuencia y perfidia; pero el delito que cometes contra la naturaleza, no se te podría perdonar sino por un grande arrepentimiento. No sé si deveras me aborreces; mas en algunos puntos de tu conducta para conmigo, no puedo ver sino encono; encono injusto, amiga mía, encono ingrato, y poco digno de corazón como el tuyo. Aborrecerme, Adelaida? aborrecer al que ha hecho de tí una deidad, al que te ha adorado, al que ha vivido en tí, y mil veces estuvo pronto á sacrificar su vida á su amor?

cuando te hincabas por aquel suelo, y me abrazabas las rodillas, y tus lágrimas corrían por tu rostro, y en tu voz de ángel me decías esas cosas celestiales, no pensabas que algún tiempo el objeto de tu adoración sería objeto de odio implacable. ¿Qué hice contra tí? Procuré volverte á la gracia de tu padre, obtuve su perdón, te volví á tu familia. Y era todo un grande sacrificio para mí, porque dejé de verte, y me eché á morir. Anda y pregúntale á ese río cuántas lágrimas he derramado á sus orillas; pregunta á mis viejos árboles cuántas veces me vieron á su sombra rodando, gritando como un poseído, y quedándome luego inmóvil como sin vida, largas horas sin voz, sin aliento, sin alma. Por donde íbamos juntos, por allí voy: en donde nos sentábamos, allí me siento: busco tus huellas en el suelo, y me parece que las distingo, y me agacho, y beso la tierra, cual si fuese pavimento sagrado. A éste aborreces? Cuando desde tu ventana me ves salir sobre tarde, calado el sombrero hasta los ojos, sin volver ni alzar la vista, solo, sombrío, triste y encaminarme fuera de la ciudad, ¿qué piensas que voy á hacer por esos campos? Me veo fuera de la gente, y suelto la voz á llamarte, me hinco en la arena, te adoro. Y me parece que vienes, y me parece que llegas, y me parece que te abrazo, y con ahinco exclamo: Aurelia! y me muero, y no recobro la voz sino para volver á exclamar: Aurelia! A éste aborreces?

Felicidad, cosa fué de un día; tranquilidad, no la conozco; salud, destruída, á fuerza de padecer: corazón, pecho, alma, todo me duele, todo me mata. Vuelvo la vista al tiempo pasado, y me muero de envidia de mí mismo; me contemplo actualmente, y me muero de lástima de mí mismo. Yo soy ése que tú amabas; yo soy ése que descansaba en tu regazo; yo soy ése con cuya ensortijada cabellera tus dedos se entretenían; yo soy ése de cuyo cuello te colgabas, á quien mirabas con ojos rebosantes de amor; yo soy ése que podía todo contigo, que vivía en el paraíso. Y de todo lo que fuí, nada soy ahora, sino al contrario un hombre mísero, abandonado de la suerte, dejado de la mano de Dios; porque á veces se me entra Satanás en el cuerpo, y me hace gritar con-

tra el cielo y la tierra. Aislamiento, sliencio, terquedad, ésto en fin que llaman en mí orgullo y huranería, no es sino desgracia: iba á decir amor, pero está bien decir desgracia. Amor sin recuerdos ni esperanza, es digno de compasión; pero amor con pasado como el mío, es cosa terrible, que mata en el tormento, pues el mayor pesar es la memoria del bien que poseíamos. Quien nunca fué feliz, nada echa ménos; pero haber bajado del cielo, y ver hácia arriba, y no poder volver, es cosa de malditos, es el infierno vivo con todas sus sombras y sus llamas, hervidero en donde se retuesta y revienta el alma, en donde gime lúgubremente sin esperanza de perdón ni alivio.

Y con todo, ahí estás en frente mía, á dos pasos de mi casa, y talvez me ves todos los días. Me ves, pero no me adivinas: feliz, me conociste poco; desgraciado, me conoces menos. Pensaste, y no me fué posible arrancarte del pensamiento esa infernal idea, que te dejaba por desamor, por cansancio, por perversidad. Ingrata Adelaida! Desamor este fuego que chispea y hace ruído, que brilla y se agita en mi corazón, que se extiende por todo mi cuerpo y me devora las entrañas, y me seca la sangre, y hace llama, y se me sube á la cabeza, y la convierte en foco de delirios! Cansancio este deseo vehemente, este anhelo por verte siquiera á la distancia, esta inquietud, este malestar, esta locura en razón de la cual te nombro, y te veo, y me cuelgo de tus lábios, y te estrecho á mi seno hasta matarte! Perversidad este culto que te rindo; perversidad esta disposición á sacrificarme por tí, este querer alguna oportunidad para manifestarte la rectitud de mi alma, esta atmósfera pura y limpia en que respiro! Que no siempre soy bueno es indudable: ocasiones hay en que de buena gana le clavaría un puñal en el pecho al género humano, si fuese una sola persona; mas no porque le tenga por bueno, sino al contrario por parecerme tan inícuo, que merece la muerte. La virtud también tiene sus peligros: desearla pura y cabal, es aborrecer á los hombres.

Pero contigo, amiga mía, perverso contigo? cómo, cuándo? Perverso, uno que ha vertido ríos de lágrimas

perverso, uno que te hubiera convertido de mil amores en ente divino, y te hubiera colocado en los Tronos celestiales; perverso, uno que no vió en el mundo más habitante que su amada, que la amó teniéndola por buena, que la instruyó en la nobleza y la grandeza del alma. Perverso, Adelaida? perverso tu amigo, tu amante, tu dios?—Dios que causa tantos males y pesares, no puede ser sino perverso, dices. Óyeme: esos males y pesares no los he podido remediar; seré diós impotente; dios perverso, no: esos males y pesares así devoran mi pecho como el tuyo; seré dios miserable; dios perverso, no.

Qué digo, Aurelia? porqué me defiendo del calificativo de malo? qué orgullo el mio! tengo títulos para ser llamado con otro nombre? El haberme entrado con tanta violencia tan adentro de tu pecho, maldad es; el haberme apoderado de tu voluntad, el haber mandado en ella como tiránico dictador, maldad es; el haberte obligado á lo que el mundo dice *malo*, maldad: maldad, Aurelia, maldad. Pero dí que habiendo bebido contigo la ponzoña, no tuve el antídoto en mis manos. Compadece y perdona.

Y sabes de cuántas amarguras te he librado alejándome de tí? Lo que llamas en mí *perversidad*, no era sino generosidad; cambiar la dicha por la desgracia, el contento por el astío, el placer por el dolor, en consideración á tí, no es mal proceder, Aurelia. Pude haberte hecho mía para siempre y llamádote *mi esposa*. Esposa, dulce nombre, son armonioso y grato al oído, remedio de mil dolores! Ahora no hay para qué decirte si he temido tu genio ó tu carácter; en mi obstinación más ha entrado el miedo de mí mismo. Días hay que quisiera no ser yo: un mal desconocido me inficiona el alma, la vida es una enfermedad para mí: deseo la muerte, y la llamo con cólera; no viene, y rompo á quejarme de ella. El aire contiene para mí solamente un principio venenoso? bebo en el agua este espíritu destructor que se infiltra en mi corazón, y lo hincha hasta llenarme el pecho, y me ahoga sin dejarme ni la facultad de pedir socorro? Varias veces me preguntaste angustiada *qué tenía*; pues amante y amado, en lo fino de

la dicha, no siempre pude librarme de *mi enemigo.* Quién es? por qué me persigue? Las ruedas de mi vida se han desmontado; camino á paso desigual, y una niebla espesa me circuye. Si no pensara con tanto juicio, me tuviera por loco.

Y querrías ser mujer de uno como yo? Todo me gusta en él, hasta lo malo, decías. Ya piensas de otro modo, no es verdad? Ahora dices: Nada me gusta en él, ni lo bueno. Pero si es cierto que me aborreces, mira luego tu ingratitud y tu injusticia. Las noches de luna salgo á pasear, me voy lejos: el río murmulla adentro en su playa; argentino y espumoso, va pasando bajo las sombras de los árboles, como una serpiente gigantesca: los bosques de sus orillas están negros, la noche les profundiza y les comunica cierto horror, ese horror de la virgen y deshabitada naturaleza: la luna, á medio crecer, pasa de nube en nube: el espacio, vasto y sublime, se extiende infinitamente: la gente duerme: algunos animales dan sus voces, allá, perdidos en la distancia. Y un hombre, un solo hombre vela y contempla, y forma parte en esa grandiosa escena, solitario y pensativo, sentado en una piedra, ó arrimado al tronco de un árbol que le esconde en su sombra nocturna. Oyes qué dice ese habitante misterioso de la noche? Rompió el silencio y dijo: Aurelia! Vuelve á escuchar, ¿qué dice ahora? Alfonso! dice, y se cubre el rostro con las manos, y gime por su querida y por su hijo ternezuelo. Bien que estos misterios del alma se desenvuelvan en la soledad y el silencio de la noche; pero el corazón de la mujer es adivino; no te advierte el tuyo lo que está sucediendo? Y si adivinas, y si sabes ¿cómo me aborreces?

No me aborreces, estoy convencido de ello: tu aborrecimiento es como el mío, pues yo también te aborrezco muchas veces. El amor de grande alzada tiene la virtud de variar de índole y de forma: hoy es tórtola que arrulla afligida en la frondosidad de un árbol; mañana león que ruge y camina á grandes pasos por su desierto, sobándose los ijares con la cola, sacudiendo la melena, echando á un lado y otro su eléctrica mirada: ora águi-

la sublime que despliega las alas, y se deja ir por el aire en su real grandeza, mirando de hito en hito al sol; ora tigre henchido de cólera, que rechina los dientes y dá gritos horrorosos. Qué es un gran amante acometido por los celos? Un león, un tigre. Qué es el amante encendido en su pasión, que tiene en sus brazos á su amada, que mira vibrar sus ojos, echar fuego sus lábios? Una paloma ardiente. Qué es el amante envanecido con el amor de un noble pecho, de una mujer hermosa y digna? Una águila que vuela y se encumbra magestuosa, y traspasa los montes, y rompe la bóveda celeste. Qué es el amante abandonado de su amada, ó lejos de ella por su querer y su capricho? Una tórtola viuda que llena el bosque de tristeza con su llanto monótono y sentido. Te amo como león, te amo como tigre, te amo como águila, te amo como paloma, te amo como tórtola viuda. Las iras y las ferocidades del amor, no son aborrecimiento: es de esta clase el tuyo, Adelaida? Acuérdate bien: tarde de la noche me acerco por ahí como una sombra: tiemblas, pero me esperas: llego, caigo á tus pies, y tú te aferras á mi cuello: qué silencio tan elocuente! En ese instante agotábamos un siglo de felicidad. La luz de la luna, entrando por la ventana, te baña el rostro: la acequia hace su ruído allí debajo: todos duermen, todos son indiferentes á la vida; más esa hora es dichosa para nosotros. Voló la noche; la importuna aurora blanquea el horizonte: adios, adios, Aurelia! me voy cargado de besos y de dulces juramentos de tu boca.

Mentidos eran esos juramentos? ó decías por ventura: Juro aborrecerte? Mi universo, mi religión, mi dios están en tí: tuya, tuya....! Esto es lo que jurabas. Por eso, cuando piensas que me aborreces, no haces sino amarme con cólera, amarme con grandeza, amarme como leona herida.

No me aborreces; pero te vengas, y me maltratas, y bailas sobre mí, y me bebes la sangre. Has dejado de mandarme á mi hijo, sabiendo que en eso tenía yo un consuelo, que su presencia me curaba mil males en un instante, que era feliz con él. Mi pobre Alfonso!

si le hubieras oído gorjear, cuando con él al hombro me paseaba por mi cuarto! Cinco meses de edad, y ya conoce á su padre: alegre, movible, ruidoso, es una tempestadcilla en mi mesa de escribir: se va tras la luz, acomete á cojer las plumas, zapatea en la mesa, y da sus infantiles y armoniosas voces. Sano, limpio, lleno, paréceme tener en las manos un serafinillo, cuyos miembros me causan placer al tacto, cuyo espíritu se infiltra en mi alma causándome deleitosas emociones.

Siempre tuve una vaga idea de la paternidad: sin experimentarlo decididamente, cuando veía un hermoso niño, un afecto extraordinario é infinitamente grato me somovía el alma; mas luego pasaba eso, y ansias tenía de ser padre. Lo fuí; ¿para qué? Sabes lo que haces, Aurelia, en robarme mi hijo? Cambiemos de índole y de suerte; cambiemos por un instante: me deslizo en tu casa un día, me apodero del niño, y me voy lejos con él. Qué piensas, qué dices de mí? Lloras, te desesperas, me tienes por un monstruo de maldad, me abrumas á maldiciones: el fin de tan terrible golpe no puede ser sino la muerte; mueres de pesar, indignada y admirada de haber podido amar á semejante hombre. Pues tú, con serenidad y sin motivo, talvez por vano capricho, haces lo que yo no haría sin ser bárbaro y perverso. Madre eres tú, padre soy yo: tienes derecho para lo que yo no tendría? justo es en tí lo que en mí sería injusto? y lo que en mí fuera crueldad, en tí será cosa buena ó indiferente? El corazón que padece es sagrado; no andes sobre el mío, Aurelia, sino quieres cometer un sacrilegio.

Mis súplicas te irritan más; el tierno comedimiento de mis recados no arranca de tí sino abrupciones. "Nadie puede obligarme á mandarlo," dices. Nadie? Yo no entiendo esas *abogacías*, docta amiga, ni sé de leyes, sino que la gran ley de la naturaleza prohibe esas impiedades. Mi única ciencia es la del corazón: por ella sé que te amo, por ella sé que quiero á mi hijo, por ella sé que puedo y debo exigir su presencia, por ella sé que tú no debes alejarle de mí, y mucho menos enseñarle á aborrecer á su padre. Si sola tú tienes derecho sobre tu hijo, probarás luego que lo adquiriste sola, sin concur-

so de varón, por obra y gracia del Espíritu Santo; ó qué, puesto el rostro hácia el oriente, desplegaste los labios y recibiste el dulce y fecundante zéfiro de las Islas Afortunadas. Yo, pobre y pecador mortal, pienso que ese niño nació de la carne y los huesos de su padre, y que su sangre es mi sangre, su alma mi alma. Acaso me estrechará más al yugo de tu amor el verte tan bárbara conmigo? Yo no sabía que cuando se deja de amar, hay obligación de aborrecer: ¡feliz quien no posee la sabiduría del demonio! Tú vives engolfada en el universo delicioso de la maternidad; y al mismo tiempo un hombre, enfermo del corazón, pálido y solo está sentado á oscuras en su cuarto, á dos pasos de tí, mano á mano con la funesta idea del suicidio. Qué importa? Estés consolada tú y muera *ese malvado*: si ya no queda en tu corazón ni un resto de cariño por él, oirías indiferente los dobles de campanas, cuando él hubiese muerto. No hay fiera más cruel que una mujer encaprichada: si con mirarle pudiera salvar la vida á un hombre, no le mirara; si con una voz evitara su desgracia, se callara. Y talvez en un recado mal contestado, en una carta no recibida se pierde para siempre *lo mismo* que ella desea con ahinco. La felicidad es una ciencia; conviene no ignorarla enteramente.

Si no te mueven mis penas, muévate el propio interés de tu hijo; pues no puede convenirle el criarse lejos de su padre, sin verle jamás ni ser visto por él, sin la influencia que el uno debe ejercer sobre el otro desde los primeros años. De tu barbarie resultará un grave daño á tu hijo, y es, que no conocerá á su padre; y no conociéndole, no le querrá; y no queriéndole, será hijo desnaturalizado, ésto es, mal hijo, hijo desgraciado. Los afectos paternales y filiales son una religión; no los profanes, tú, su natural sacerdotisa. Nada ganarás en que mi hijo no me quiera: te vengas, llevas adelante una extravagancia; pero cometes un grave delito: la naturaleza exasperada, te mira, te alza la mano, te hiere.... Guárdate de sus iras.

Ni doblez, ni perfidia, ni esperanzas vanamente infundidas; llaneza, franqueza, verdad, y siempre amor,

ésto fué lo que viste en mí. Pues qué sorpresa has recibido? no teníamos prevista la separación? Mi conflicto era terrible: verte á punto de caer en cama, excomulgada de tu padre, insultada de tus hermanas, sino de Carmen, la pura y santa Carmen; sola en tu cuarto, sin amigos, sin criados, y lágrimas por todo consuelo. Ausente yo, encadenado por el honor en otra parte, y en completa imposibilidad de desbaratar esa máquina de padecimientos. Pues la hombría de bien, la ternura, el amor mismo me inspiraron. Tu padre había sido mal padre por un instante; mas yo le tenía por hombre de sano corazón, y por muy capaz de un acto generoso: si le tocaba en la parte sensible, todo estaba remediado por de pronto. Le daría mi palabra de no perturbar de nuevo tu tranquilidad, respetar tu arrepentimiento aún á costa de mi vida, huír de tí, no dar el menor paso encaminado á tu perdición. Dígalo Sir Francis, ese hombre bueno, que el día de la desgracia fué el único en acudir á ella, que el día de la angustia fué el único que pronunció una palabra de caridad y de consuelo. Aun cuando él me hubiese aborrecido mucho más, yo le habría querido en secreto, por su conducta para contigo. Qué suave, qué satisfactorio, qué santificador es el afecto del reconocimiento! Nos perseguían todos como á criminales, y si no nos hubieran temido, nos hubieran matado: solo él vió y supo que no éramos sino culpables muy inocentes.

Una noche tenía yo á mi hijo en los brazos: entró mi hermano, y por natural impulso se lo presenté, diciéndole que le conociese. Pues ni me contestó, ni pronunció un término á cerca de ese pobre niño, ni le miró, y salió al instante. Era por ventura esa criatura el fruto de un crimen? había nacido del adulterio, del insesto? De ninguna manera; y con todo, mi hermano me dejó de una pieza, admirado, indignado, pero más resentido que otra cosa, porque un torrente de lágrimas me subió por la garganta. Conque si él encontrase á ese niño tirado por el suelo, le pondría aparte de un puntillón, porque no era hijo de matrimonio? Virtud no veo en ese duro y nada filosófico proceder. El mismo, que tan severo quiso manifestarse conmigo, acariciaba paternalmente á

la hija natural de otro hermano suyo, llevábala á su casa, protejíala, sin ocurrírsele que *el decoro* padeciese en ese fraternal y caritativo comportamiento; y eso que la madre de esa niña ni con mucho era comparable con la que él y los suyos tan injustamente han aborrecido. *Dignidad*, severidad, rudeza con el uno; condescendencia, blandura, protección con el otro: ¡qué filosofía! El pundonor del mundo está subordinado á las pasiones; lo que en un caso es bueno, malo es en otro, y los hombres se juegan con las virtudes. Si el hermano no toma parte en las aflicciones del hermano, ya no nos queda sino la soledad y la amargura. El dolor es un solitario sin amigos; las lágrimas han de correr en secreto, sino queremos redoblarlas á fuerza de desengaños. Hasta el crímen merece compasión; una falta nada es para el alma sensible, y el honor puede muy bien ir junto con una desgracia. Quiero á los hijos de mi hermano como si fueran míos propios, y él es el mejor de los hombres; y con todo, me ha dado tanto que sentir.....Qué importa que estén los nuestros con nosotros en los golpes de la política, en los reveces de la fortuna? El malestar del corazón es el que más alivio necesita.

Y lo halla á veces: dígalo sir Francis, él, que habiendo sido mi enemigo mientras te tenía yo en mis garras, me ha servido después de mediador; él, que ha tomado sobre sí esa santa comisión... ....; él, que tarde de la noche trajo en sus brazos á mi hijo á la pila del bautismo; él, que vino á darme el nombre del recién nacido, y estrechó cordialmente mi mano, cuando se la estendí de la cama, donde yacía enfermo de pesares. Por lo demás, me desentiendo de las flaquezas de su genio; se halla con alguno de mis mal querientes, y ya no me saluda, ó me saluda con una desabrida impolítica, muy desagradable. Se somete el pobre amigo á las pasiones ajenas, ó tiene por indecoroso el tener habla conmigo; pero es eso por ventura lo indecoroso en él........? Ser siempre el mismo hombre, es privilegio de las almas de primera línea; y hay uno como valor en sobreponerse á las mezquindades ruines del vulgo. Él no tiene la culpa; así nació; con todo será bien volver á negarle la pa-

labra, porque esa *sonrisa de perros* es cosa fea, muy repulsiva para el hombre verídico y amigo de la correspondencia. Esto no quita que esté yo pronto á servirle en cualquier ocasión en que los vaivenes de la suerte me proporcionen la de manifestarle mi gratitud. Harto se me alcanza que sus buenas acciones no se encaminan á favorecerme; pero obrar en servicio tuyo, ¿no es para mí título de mayor agradecimiento?

. . . .

Aurelia mía, si yo hubiera encontrado en tu padre un hombre inflexible y necio; en tus hermanas, mujeres sin corazón, habría cerrado los ojos á todo, habría pasado al través de las hogueras del infierno, para salvarte casándome con tigo. Pues ver ahí á mi víctima en las convulsiones de la agonía, desamparada del mundo entero, sin recurso humano ni divino, y yo, causa y autor de tantos males, dejarme estar indiferente, habría sido cosa de malvados; y no de un malvado superior, sino de un malvado ruin. Seré talvez capaz de un crímen: de un proceder villano, jamás. Si me comprendieses, crecería tu estimación por mí; sentirías, no te indignarías; llorarías, no te enfurecerías.

Vamos á ver: cuando hablaba yo de separarnos, poniéndote á la vista mi desfavorable situación; cuando inundado en lágrimas exclamé á tus pies; "Llegó el día fatal, llegó, Adelaida.....;" por qué no me echaste los brazos al cuello, y te pusiste de rodillas, como otras veces te habías puesto, y derramaste amorosas y suplicantes lágrimas, y dijiste en voz trémula, pero resuelta: "Acepto tu desgracia, amigo mío; con tigo seré feliz de cualquier modo; aun la tiranía fuera yugo blando y llevadero, si viniese de mi esposo; tus misteriosas penas, yo te las curaré; el amor es un sabio que todo lo enseña, todo lo puede: querré lo que tú quieras, me gustará lo que te guste: mi anhelo se ha de cifrar en obedecerte y complacerte; mi felicidad, en verte feliz, Por lo demás, Dios mira por sus criaturas; quiero ser tuya, tuya" No habría vacilado yo ni un instante, y después de esa sublime prueba, olvidando, despreciando

ambiciones, deseos y esperanzas de otra naturaleza, te habría estrechado en mis brazos gritando: Esposa mía! Pero esa terrible noche tu alma se eclipsó, no fuiste tú, te perdiste de tí misma: ni una idea superior, ni un afecto de ternura, ni una palabra de cariño: llanto, voces, ademanes, todo era cólera, soberbia: me clavaste las uñas en el corazón, arrancaste grandes tiras, me mataste. Ese prosaico y vil *pues para qué se metió*, fué para mí el más triste desengaño que nunca experimenté en mi vida. Esto es, para qué nació, para qué tuvo corazón, para qué fué hombre; ¿no es así? Pero en medio de tu arrebato se te escapó una revelación sublime: "Ah! dijiste, justo, justo es que pague lo que hice con mi pobre madre!" No he de penetrar este misterio, que hizo herizar mis cabellos y temblar mi corazón: aun cuando ignore el delito, sé que Dios te lo perdonó en ese desesperado y profundo reconocimiento de su justicia: con tal de arrepentirme en esos términos, bien quisiera yo cometer crímenes. Pobre Adelaida, lo que piensas que ha concitado contra tí la ira del cielo, no es sino una niñería, tenida por tu inocencia en grande falta. Pero siempre indica una alma pura, un corazón bien formado eso de no olvidar las acciones reprensibles, eso de pensar que Dios nos las espía y nos castiga. Mas si tienes por cierto que yo no he sido sino el instrumento de la justicia divina, ¿cómo indignarse tan violentamente contra mí? Si el Juez me escogió para castigarte, debes respetar al agente de sus decretos soberanos.

Agente de sus decretos soberanos, hasta que pare en blanco de ellos. Pues mi día llegará, y en una contorsión grandiosa exclamaré: Justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Asora! justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Aduncia! justo, justo es que pague lo que hice con la pobre Aurelia! Las obras de Dios siempre son justas, y las iniquidades de los hombres van pasando por delante de sus ojos: justo, justo es que pague mis robos de corazones, mis asaltos á la inocencia. Pero no estoy ya bien castigado? Si las penas del infierno esperan á los malos, á mí no tienen

que esperarme; tiempos hace que las traigo todas en mi pecho: expío mis delitos al mismo tiempo que los cometo, y ese día tan temido, será el de mi salvación, de mi descanso, de mi felicidad. La tumba es una almohada suave y bienhechora; una vez que deje caer en ella la cabeza, dormiré, y no despertaré sino en el seno de mi Dios. .

Es posible, Adelaida? Tienes nuevas quejas contra mí? ó estás celosa de que el niño sienta apego por su padre? Contemplo mi conducta, y no veo en ella sino títulos á tu compasión, sino ya á tu cariño: vivo enteramente entregado á mis recuerdos, á vueltas con mis penas, secuestrado del comercio de los hombres, sin amigos, solo, siempre solo, sin el menor recobro de tantos padecimientos. Mi pecho es una llaga, alivio requiere, un cordial, un bálsamo que lo mejore; y me quitas mi único consuelo? Nunca te tuve por mujer de entrañas broncas; pero ahora, tras injusta, te conceptúo insensible, y me indigno á veces de haberte amado hasta el extremo de no ver lo que eras en realidad.

El hombre pertenece á su madre cuando nace; la infancia es propiedad suya; mas la puericia, la juventud son ya cosas del padre; á él le toca la instrucción, la dirección del hijo, y sólo él puede llevarle con mano firme por el sendero de la vida. Ni te disputo tus derechos, ni pienso que la madre no sea la más necesaria para el hijo; pero robar el hijo al padre y el padre al hijo, es acción impía de la cual resultarán males para todos tres. Cuando la razón le alumbre al niño, te preguntará: Quién es mi padre? en donde está?—No tienes padre, le responderás.—Murió? replicará; como se llamaba? Y no sabrás qué decir, y si te dura la maldad hasta entonces, le callarás mi nombre, y le infundirás malas sospechas. . . . .

Lo que hubieras debido hacer como amada mía y como madre de mi hijo, era desplegar un mundo de sufrimiento y de dulzura; manifestarte constante en tus afectos, suave de genio, pasiva, modesta, humilde: en este terreno se siembra la esperanza, y de ella suelen na-

cer *el remedio* y la felicidad. Qué he de pensar, qué he de desear, si mis pensamientos y deseos se estrellan en tu orgullo y tu soberbia? La desgracia insolente no tiene cura; se come á sí misma, y sus gruñidos ahuyentan á los buenos.

Cuando se hayan desdorado á mi vista los sueños que me traen fuera de mí, cuando la edad me regale con la calma, y mis turbulentas afecciones se asienten para siempre; el hogar, el bienestar domésticos, hande ser para mí tan precisos como el aire: si ya no gozo de ellos, es porque hasta ahora no he podido: voy hácia el templo, y una mano invisible me detiene: es el amigo de mi gloria? es el autor de mi desgracia? No sé; mas tengo para mí que el hombre no es feliz sino en los brazos de la esposa, rodeado de hijos, amando, amado por su familia, y bien quisto con sus conciudadanos. Puede llegar para mí un tiempo bonancible, y mi vista á tí se dirigiría: el deber, la naturaleza impondrían la ley; pero no conviene perder ni un ápice en mi aprecio ni en mi corazón; pues donde el amor no habla, mudo suele ser el deber mismo. Los árboles centenarios caen también al poder del hacha; sus profundas raíces nada pueden. Si estás constantemente haciendo contra mi amor, caerá, y talvez sin ruído, apesar de su corpulencia. Aun cuando nada mereciera yo de tí al presente, *el pasado* es un santo personaje al cual se han de prodigar lágrimas y respetos; y el porvenir, ¿no es un hermoso niño que se cria para rey? Acaríciale, sírvele. Habría lazo más estrecho, promesa más sagrada, deber más santo entre los dos que nuestro hijo común? Tú sola le diste vida, eres dueño exclusivo; estraño es su padre, nada tiene que ver en eso: padezca, se muera, se condene....

Ah egoísmo perverso, mezquindad satánica! Trae la mano, rómpeme el pecho, mira, toca ese corazón: cómo tiembla cómo echa sangre, cómo se hincha y se comprime! Estás contenta?

Si te temo, volveré los ojos á otra parte; ¿hay bien más precioso que el de la paz doméstica? y esta paz á cargo está de la mujer: su parte es la mansedumbre: buena, sufrida, obediente, amable, santa ha de ser la es-

posa: la cólera la saca de su puesto, la insolencia la roba sus hechizos, la aspereza socaba poco á poco la concordia. Qué armas ha puesto en sus manos la naturaleza? no son las lágrimas? Llora mujer, y vencerâs, dice el proverbio. Si ves ceñudo á tu marido, vé tímida hácia él, y pregúntale: Qué tienes, dueño mío? Si responde brusco, no desmayes; sonríe, abrázale, llora, y verás á ese hombre agitado de rudas afecciones apearse de su altanería, y llamarte *paloma*, y estrecharte en el seno, y ser feliz en medio mismo de sus secretos sinsabores. Si te dió motivo de disgusto, si temes de él.... no eches por el camino del enfurecimiento: cállate por lo pronto, gime en silencio, y huye de tratarle mal: luego verá tu tristeza, se entristecerá con ella, y cayendo en la cuenta de que no hay mujer que valga más que tú, volverá en sí, y de rodillas implorará tu perdón, y la dicha florecerá otra vez en tu casa con más fuerza. Si es hombre irasible, tu calma le pacifica; si desapoderado, tu humildad le contiene; si altivo y estrepitoso, tu mansedumbre y tu modestia le moderan: el que él sea malo no es razón para que lo seas también: mantén la armonía con todo tu poder; si le ayudas á desbaratarla, los males salen á torrentes, y la felicidad no es sino un recuerdo. El hogar es el imperio de la mujer; pero no lo rige bien sino por la cordura; la fuerza nada puede en ese reino; ó más bien, la fuerza de la esposa consiste en su debilidad. Qué hombre de elevadas afecciones ha de amar constantemente á una mujer que no sabe merecerlas? Virtudes, virtudes en la esposa: modestia, paciencia, obediencia y diligencia: en esta terrenidad se dá la dicha, y crece rodeada de mil olorosas y saludables flores. Cuando te veía afable y sonreída, Aurelia mía, eras más hermosa, más amable, más digna de mi cariño; cuando llorabas tiernamente, subía de punto la ternura de mi corazón, lloraba yo contigo; cuando estabas triste, pero sin enfado, me moría de pena, te abrazaba, te comunicaba mis espíritus. Una mujer henchida de ira y soberbia, es un ángel rebelde en vísperas de ser precipitado á los infiernos. Prendas te adornan, Adelaida, que envidiarían las mujeres más cum-

plidas: esa superioridad con que te levantas sobre las ideas, las costumbres, las preocupaciones y los gustos vulgares; ese señorío con que te mantienes alta; esa pulcritud, ese refinado esmero en tu persona y en tus cosas; ese amaño para todo lo doméstico; ese fuego vivo de tu corazón cuando amas; ese entregarte aun á la muerte por el objeto de tu cariño, son calidades que te realzan y te hacen digna del hombre mejor del mundo. Pero tu genio tiene lados.....muy temibles. Por qué me quitas la dulce satisfacción de ver á mi hijo? Por... No me maldigiste al separarnos? Qué Ariadna tan injusta, qué Dido tan ingrata! Los infortunios y desdichas que pedías y preveías para mí, era tu consuelo, tu gloria en medio de tu llanto.

"Llora dices, no puedo mandarlo." Pero los niños siempre lloran, todo es llorar en ellos, ni conocen otra lengua para sus necesidades y sensaciones: no llora en tu casa? Pues llore en la mía: sus ayes, sus lágrimas, sus graciosos gestos me complacerán; y en los pucheritos de sus labios, y en los oyuelos de sus megillas, y en sus húmedos ojos tendré una vena de felicidad, una fuente de alegría.

"Me iré á la quinta, se lo mandaré al encuentro cuando le vea pasar," dijiste otra vez. Tampoco era verdad. Voy por la quinta, devoro la casa con la vista, espero, vuelvo. ¿En dónde está mi Alfonso? en dónde está su madre? Mirarla como á enemiga, no lo puedo; como á amante, no lo debo; ¿qué eres para mí? Adelaida, mi Adelaida, eres mi amada, mi sueño, mi mundo.

Pero eres tú en realidad? tú, esa como princesa por lo digno, como paloma por lo amante, como noche oscura por lo triste? Qué desengaño! ese tumulto de trabajos y pesares, ha venido á parar bien pronto en una cadena de consuelos y dulzuras; pues mientras yo arrastro esta vida tristemente moral y austera, bailas tú, y aun vas á esa innoble tremolina, que en este lugar llaman *comedia!* Qué constancia en la aflicción, qué modo de merecer la honra de ser mi esposa! Increíble me pare-

ce el verte ahí dando vueltas y carreras con un cachidiablo ridículo, más despreciable sin máscara que con ella; repartiendo sonrisas á gente beoda y ruin, que no merece ni una mirada de la mujer de levantados pensamientos. Y en tanto que pierdes tus méritos en esa plebeya galli–danza, ¿qué hace el niño, en dónde está? Botado, escondido por ahí, en manos mercenarias, sin leche para su hambre, sin caricias para su lloro, sin arrullo para su sueño. Vuelve la cara á un lado y otro, busca el pecho y no lo halla; estiende las manecitas, alza las piernas ternezuelas, se ajita, gime; nada: la música ahoga sus voces. Si el niño piensa, si sabe lo que está sucediendo, allá en sus adentros dice: Qué madre!

Qué madre, sí, qué amada, qué buena para esposa! Cada golpe de ese bombo resuena en mi corazón; esa infame *oboería* cae en las llagas de mi pecho, como un veneno corrosivo. Te veo, sí, te veo.... colorada, reída, sin juicio cabal, el alma hecha trapo; brincas, corres, vuelves: un braso grosero te estrecha la cintura, unos pies toscos estropean el delicado tuyo; una voz ronca te ensucia los oídos; un aliento espeso te baña el rostro... Esto se llama *baile.* Baila pues, baila: tu hijo, pobre huérfano, se muere de necesidad: tu amante, ese hombre tan necio en amarte, se muere de indignación y angustia.

Esa es la Adelaida que quisiera vivir en el campo, á solas con la naturaleza, consagrada al objeto de su cariño; esa es la María Adelaida que pasaba oculta buenas horas entre las cortinas de su lecho, *por dejar que se gaste el día;* esa es la María Aurelia Adelaida que deseaba se muriesen todos los hombres de la ciudad, *por tener el gusto de no verlos.* La austeridad es madre del pudor, amiga mía: un pasatiempo noble, un concurso de personas de reconocida importancia, con cuyo trato haya mucho qué ganar y nada que perder, es lo único aceptado por la decencia y la inocencia. En tí concurría además *tu desgracia,* y ella pide luto, hasta que llegue el día del remedio. El que los otros te la perdonen, no es razón para que la festejes: una tumba está á tu lado; has de llorar constantemente, si aspiras al aprecio de los dignos. Solo yo tengo derecho de consolarte; si te con-

suelas fuera de mí, no mereces, ni mis penas, ni mi estima.

Ya conozco tú respuesta: Me obligan, dices; mi padre es imperioso y tenaz, y me falta valor para oponerme. Hay resistencias santas, Adelaida; aun la desobediencia es justa, cuando tiende á conservar el decoro. Tus hermanas pueden bailar, ellas no están en el caso de tus lágrimas, no tienen hijo que echar al traspatio, nada han perdido. Pero tú, Adelaida? Si la risa toma el lugar del llanto; si te diviertes con tanto desenfado; si desprecias *esa grande pérdida*, no serás ya la Adelaida de mi corazón y de mis sueños, esa mujer altiva, aunque modesta, orgullosa sin necedad, elevada sin orgullo, púdica, temerosa de la opinión de los buenos, despreciadora de todo lo que no trae el sello de la grandeza. Faltaba en tu casa un rincón á donde te retires con el niño, mientras dura ese sarao? Hombre de razón es tu padre, y exponiéndole tú las tuyas, bien hubiera cedido. Y cuánto, y cuánto me hubiera gustado el saber que te habías distinguido en la ternura, en la pesadumbre, en la consideración que debes á la virtud en general, y á tu amante en particular! Pero cada uno de esos pasos te alejan de mí cien leguas. Si nada esperas, si nada quieres, bebe, baila, anda regocijada en paseos y comedias. Olvidaste *esa terrible noche* en que por poco no expiras á mis pies de pura desesperación? ese llanto ahogado, esas convulsiones con que me abrazabas las rodillas, esas ansias con que me rogabas? Pluguiese al cielo que *lo de ahora* fuese tan engaño mío como *aquello* Me probarás que no has bailado, que mi hijo no se apartó de tus brazos ni un instante?

Los que quieren *distraerte* no saben cómo te perjudican. El dolor es un deber en ciertos casos, y no hay en el hombre lágrimas suficientes para llorar la honra perdida. El bueno de tu padre afloja de su rigidez? Bien podía ser menos negativo y duro, sin pasar á la parte de la condescendencia reprensible; pues si un cualquiera, ya más de medio beodo en la calle tiene á bien ir á tu casa á embeodarse por completo, no estará puesto en razón que él le franquee las puertas de esa casa y del pudor. Qué

gravedad, qué austeridad, qué señorío, qué grandeza! En una de *esas noches*, el alma se empaña, y muchas veces queda percudida para siempre: acaso es raro que en una hora pierda una joven todo su porvenir? Un pobre diablo, puede no mirar en esas cosas; pero la inteligencia, el corazón de fina sangre, el alma de egregia estirpe, miran en ello, y descubren abismos.... En todo hombre superior hay algo de Otelo. Ustedes están para mejor destino, pobres niñas; y es triste felicidad el andar con reputación de *amables* en boca de necios y borrachos.

Pobre Aurelia! oyes con qué rudeza te hablo? Mi amor fué siempre para tí desenfrenada tiranía; pero tiranía de amante, tiranía de corazón, esa tiranía que endiosa á la mujer amada, pero la ata con cadenas de oro, á fin de que la deidad no levante demasiado el vuelo. Así tirano me querías, pues veías en mí un tirano adorador de la dignidad y la nobleza del espíritu. Lo que acabo de decirte, atribúyelo á mi exaltación: el no ver á mi hijo tanto tiempo, el oír la música de *tus bailes*, me hace devanear, me aira, me infunde odio por tí, odio profundo. Pero tú no eres esa mala mujer que temo: eres desgraciada, padeces talvez tanto como yo: esas contradicciones al dolor, no prueban sino que vives en el mundo; y aun estoy cierto de que tus lágrimas borran tus sonrisas. El alma aletea dentro de mí, me agita, me conmueve más de lo que conviene á la razón: siéntome hervir á ratos: semejante á la pitonisa sentada en su trípode, aullo en una contorsión irreprimible, un dios maligno me posée, grito, vuelo, me pierdo en una eternidad de angustias. Pero ya pasó el arranque: mírame lánguido á tus pies, bañado el rostro en lágrimas, viéndote como á mi salvador. No eres mi estrella? pues bien, alúmbrame, guíame.

Y tú, Alfonso, hijo mío, no bebiste el alma de tu padre en esos tiernos besos? No quiera el cielo que te parezcas á él; esa sería grande infelicidad: corto es el número de sus años; el padecer, cuenta por siglos. Vuelve la vista á sus días pasados, y los ve oscuros; truena

y relampaguea en esos horizontes. Qué hora, qué instante disfrutó de placer acendrado? La dicha fué para él un grano de oro escondido en las entrañas de un monte. Tu madre, tu madre le hizo columbrar, y aun saborear la felicidad; pero qué felicidad! revuelta en amarguras, corrompida por pesares, amenazada de peligros; y aun así, rápida y pronta á desvanecerse. Toma de tu padre la elevación del ánimo; los bienes del mundo, búscalos en otra parte. Pero ven á verme, Alfonso; tú llegas como un vientecillo que me refresca el alma; me clavas la vista, y la luz de tus ojos corre al centro de mi corazón, y me lo alumbra, y me lo hace resplandecer de gozo. Cuando pienso en que he podido sacar al mundo tanta delicadeza é inocencia, me hago el favor de conceptuarme bueno. Ven, ven, Alfonso".

Seis meses después había el amante infortunado añadido á su borrador este *post scriptum.*—

"Hasta ahora no he podido echar una lágrima ni escribir una palabra: ese horroroso acontecimiento me ha tenido inmóvil, mudo. Qué difícil es morir de pesar! La necesidad, el dolor físico acaban pronto con la vida; el alma resiste á los mayores golpes, no sucumbe sino después de mucho tiempo. Esta homicida carta me sirve de infierno. Si *ellos* no viven ya, por demás es mi existencia. Aurelia, Alfonso, ¿dónde sois idos? Si os sobreviviese algunos años, me tendría por indigno de la vida: siento ya la muerte dentro de mí; luego nos reuniremos.... Entre tanto voy á padecer lejos de esta ingrata patria, y á esperar el fin de mis días en donde nadie me conozca".

Algunas palabras de este papel estaban medio borradas por gruesas lágrimas caídas en él de trecho en trecho. Cuando hube concluído su lectura, me pareció que yo lo había escrito, y me admiré de la similitud de acontecimientos y afecciones entre los dos taciturnos viajeros.

A pocos días de puplicado este manuscrito en una revista literaria de Londres, recibí la carta siguiente del cónsul inglés en Málaga.

"Puesto que habéis sacado á luz la carta de vuestro amigo, justo es que publiquéis la contestación de su desgraciada amante. Registrando más por menudo los papeles de Tomanvol, encontré en una navetilla secreta el que os incluyo. *Esa admirable mujer* merece que os ocupéis de ella, ya que, según parece, gustáis de las cosas del corazón, y lo tenéis vos mismo harto sensible. Os incluyo asimismo otra carta de Tomanvol dirigida á su hermano: ved qué hombre tan hombre de bien, tan apasionado y desgraciado era ese. Amante y amada, ambos para en uno."

Vuestro atento y seguro servidor.

Ulrico Wilfrido.

Tanto he leído la carta de Adelaida, que la tengo de memoria. En la primera oportunidad regalaré con ella á los tiernos corazones, y á buen seguro, tendrán que agradecerme. Mas no puedo menos que publicar ahora la de nuestro viajero á su hermano. Por ella se echa de ver que la contestación de su querida le movió á una justa y noble determinación, cuando por desgracia ya era tarde, porque el veneno había obrado inmediatamente en las entrañas de la pobre niña.

—"Mi constitución es así, no puedo hablar con calor sin llegar á la mayor exaltación, ni con ternura sin empapar la voz en lágrimas. El asunto que voy á comunicarte es de esta especie; no podría decirte una palabra sin gemir, y prefiero decírtelo por escrito. Me caso: grave resolución es ésta, pero inevitable. Mucho, mucho he cavilado, mucho he padecido batallando con las pasiones y con las ambiciones: al fin triunfa el amor, triunfa la modestia. Mil cosas se han acumulado para este tiempo: el fuego inextinguible de mi pecho; la naturaleza que me grita por boca de mi hijo; la lástima de ver á mi víctima consumiéndose sin esperanza de remedio ni consuelo. Si acaba por morirse, su sombra me perseguirá, los remordimientos me volverán más desgraciado de lo que soy, y por vana y orgullosa obstinación, ha-

bré dado al mundo un huérfano, que no merecía tanta infelicidad. Yo por mi parte arrastro una existencia infelicísima; no puede ir adelante esta vida. Lo que ves en mí, esta como frialdad ó indiferencia, no es sino la máscara: mi corazón se come á sí mismo, mi pecho es un hervidero horrible de los más tormentosos afectos, no tengo sociego ni gusto para nada. Con decirte que he dado en pensar en quitarme la vida, dicho se está que vivo en continuo peligro; sino acabo así, perderé el juicio por lo ménos, porque mi pensamiento anda girando en una rueda de funestas ideas. Qué espero ya? Por qué no me casaría? Tal vez ésta es mi salvación, tal vez no hay otro modo de salvarme. No es solamente el amor desgraciado la causa de mi zozobra: me atormenta un vago anhelo de cosa sin nombre, una aspiración indefinida á un no sé qué de extraordinario, que bastaría el no saber que es ello, para que fuese origen de malestar y de pesar. Quiero que al fin mi mundo me sea conocido; quiero saber cómo y para qué vivo; quiero señirme á lo posible, á lo real, á lo debido. Pues no es evidente que debo casarme con la madre de mi hijo? Evidente, si ella no deja de merecerlo. La hombría de bien, la ternura, la modestia no son cosas que desaprobarás. Has de sentir desde luego; pero si ves que el casarme conforma con la equidad, y que ya ésto es necesario, no te parecerá mal, y aun me darás la mano. Mi porvenir estaba en la política: demos que ella me fuese de todo en todo favorable, que me tocase una embajada, por ejemplo: mi vanidad ganaría algo, pero nada mi felicidad, y el provecho verdadero no viene fuera de ésta. Andaría yo errante de pueblo en pueblo, con el corazón oprimido de continuo, con la conciencia alborotada, es decir siempre desgraciado; y la muerte me alcanzaría en medio de mis incorregibles afecciones y mis tristes pensamientos. Mi vida será siempre literaria: si consigo aquietar mi espíritu en medio del sociego y la paz domésticos, seguiré estudiando y escribiendo, y cuando Dios lo permita, me iré á una nación civilizada á publicar mis escritos. De modo que ni siquiera queda por inconveniente el temor de sepultarme en la oscuridad, que en verdad fuera lo más atinado.

Ansío tu aprobación, querido Francis; quiero que me animes, me consueles, me contentes si es posible. Ya mucho he padecido; los floridos años se me van, y cuando quiera ser feliz, tarde será quizás. Desechar más de una vez corazones apasionados, acabar con la inocencia de mujeres que esperaban en mí, no es proceder que me prepare un tranquilo y dichoso porvenir. Si todavía desprecio á la mujer que me ama, que vive de la natural, aunque no infundida esperanza; que se ha sacrificado por mí; de temer es, y aun sería justo que fuese yo á dar con una que me cobrase por todas. Y no sería el colmo de la iniquidad abandonar á la desgraciada, olvidar á mi hijo para ir después á casarme con otra? No quiero: la felicidad de buena ley no puede venir sino junto con la conciencia. Tengamos quienes nos agradezcan, no quienes nos maldigan; quienes nos quieran, no quienes nos aborrezcan: una acción inicua es el tormento de la vida. Ni á qué debo aspirar? á la nobleza? Necedad; á las riquezas? Ruindad. El hombre no ha de valer por la mujer, sino la mujer por el hombre. Y lo honesto, y lo modesto, y lo debido no es lo más acomodado á la cordura? Siempre hubiera yo desdeñado un enlace en donde el orgullo y la soberbia de casta ó de fortuna viniesen moviendo los brazos: la decencia me basta, y no hay alcurnia más ilustre que la de la virtud, ni más sabia sabiduría que la que se contenta con los bienes del espíritu. Si soy poseedor de algunos de éstos, *ella* es capaz de saberlos estimar; y estimándolos, me respeta; y al tiempo que me respeta, me ama y se consume por mí. No son éstos títulos para su bien? Si andamos siempre en busca de mayor felicidad, dejamos pasar la verdadera, y damos en la falsa, y somos desgraciados, por falta de hombría de bien y de prudencia.

Una gran dificultad se te ha de ocurrir, sin duda, es á saber, mi falta de bienes de fortuna. Mi pobre Adelaida se allana á la modestia, y aun lo tiene á dicha. Y es tal su situación, me habla con tánta justicia y tánta vehemencia, se arrodilla con tántas lágrimas, me pone por delante á mi hijo en ademán tan trágico, que es imposible resistir. Si me he de casar después, vale más casarme ya: siem-

pre pasa de tiempo para cumplir con el deber y el honor! Dice Adelaida que mi pobreza será riqueza para ella, que la escacez será abundancia, que el hambre misma la robustecería conmigo, y que su lujo sería el ser mi esposa. Parece que esta muchacha ha estudiado la historia de los griegos, parece que habla la mujer de Foción. Aristipo fué á arrojar en el mar todo el dinero que tenía: no estaba sin duda para casarse. Pero estoy convencido de que la práctica de la virtud es la mayor riqueza, y un título para el cariño de Dios y el respeto de los hombres: la suerte misma, por contraria que nos sea, tiene que rendirse á la Providencia. Un acto de generosidad y de justicia no puede acarrearnos desgracias; lo que sí nos las acarrea es la injusticia y el egoísmo. Desgraciado del hombre que deja á la mujer que le entregó su virginidad y busca otra, dice la Escritura. Oigamos á Dios, obedezcámosle, sigámosle.

He oído muchas veces compadecer á los que se casan jóvenes, y más si prometen algo para el porvenir, como si la vejez fuera buena para hacerse amar y tener hijos; como si el matrimonio fuese contrario á la preponderancia! En todos tiempos y en todos los países civilizados se ha fomentado el matrimonio, se ha premiado la numerosa descendencia. Pues yo compadecería á los que no se casan: el egoísmo, el cinismo no son poesía ni filosofía: *temiendo* sin razón, esperando cosa mejor, sin fundamento, caminamos paso á paso á nuestra ruina: ruina es perder un corazón amante, é ir á dar con una mujer que nos haría mucha justicia con ser mala y castigarnos las iniquidades ó caprichos con que nos tenemes neciamente por *filósofos y poetas*. No hay más filosofía que la hombría de bien, ni mejor poesía que el labrar la felicidad de la que volvimos desgraciada. Hasta hoy he tenido instantes de temer á Dios; de hoy para adelante confío ciego en Dios."

Juan Enrique Tomanvol.

EL PADRE YEROVI

El género humano va pasando como las aguas del río que no vuelven: su curso es tumultuoso, y sus oleajes meten mucho ruído. Soberbios son los hombres; en una generación nace un humilde, y generaciones pasan que no traen sino malos.

Hierve en la ciudad la juventud alegre y bulliciosa: la alegría es su divisa, la vanidad su medio, el gusto su fin. Pues entre ella hubo un niño risueño y locuaz como sus compañeros, que no se distinguía de todos sino por la agudeza de su ingenio, y por tal cual instante de melancolía que á las veces le tomaba. Un día se llegó á su padre y le dijo: Padre mío, Dios me llama; quiero ser su servidor: la Iglesia es mi refugio, porque *un día pasado en su morada vale más que mil días.* Este niño era humilde de corazón.

El padre vió que había verdad y virtud en su hijo; pero como poseía la sabiduría de la experiencia, vió que podía ser errado ese camino, y temió, y quiso esperar y observar. El tiempo es testigo de las verdaderas inclinaciones del hombre; la prudencia trae consigo el buen éxito de las cosas: el padre, conmovido, estrechó al hijo en su seno, y vertió lágrimas, y respondió: Si Dios te llama, hijo mio, mejor para nosotros; mas nunca fue tarde para seguir las vías del Señor, al paso que si el mundo te atrae y te cautiva, ya no puedes volver á él, cuando entras por ministro de la religión. Joven eres; sigue una carrera que te mantenga apto para todo: si andando los años permanece este apego á lo eclesiástico, recibe las órdenes y sirve á Dios; si las pasiones mundanas se te despiertan á su tiempo, busca esposa, y sé buen padre, y sirve al Señor. No sólo el sacerdote va por su senda; el buen marido, el buen padre de familia es también un sacerdote, y el mundo, el templo del Altísimo: todo consiste en la virtud: sé virtuoso, y siempre le servirás.

Mas para ser malo, mejor es no infestar su casa, ni penetrar sus misterios, ni manosear sus símbolos. El mal sacerdote de Dios es buen sacerdote del demonio.

Y como el hijo era humilde de corazón, oyó á su padre y vió que era verdad cuanto decía, y obedeció y esperó. El corazón del padre es una fuente pura en donde hierve la felicidad del hijo: el joven cuerdo bebe en ella, y se baña, y queda limpio, y siente gran ligereza en el alma. ¿No es la obediencia una virtud?

Ese niño era obediente: siguió las indicaciones de su padre, y por el camino que él le había señalado, salió á la nombradía, y dentro de poco fué jurisconsulto, literato además, y su talento andaba en boga, siendo su reputación bien merecida. Conociéronle sus maestros y le distinguieron entre sus discípulos, y quisieron que esa clara inteligencia fuese mejor cultivada, y aprovechase á sus semejantes ese niño.

Títulos de sabiduría, fama, aprecio de los buenos, envidia de los malos no habían torcido sus inclinaciones, no habían ensoberbecido su alma: permanecía humilde, porque era humilde de corazón.

Y volvió á su padre, y le dijo: Padre mío, Dios me llama; quiero ser su servidor: *un día pasado en su morada, vale más que mil días.*

Y el anciano volvió á conmoverse, echó lágrimas, y estrechando á su hijo en el seno, respondió: Si Dios te llama, hijo mío, vé hacia él; sírvele como bueno, y honra su memoria.

El abogado, el literato distinguido, el joven brillante dió un paso del mundo afuera, y, sacerdote del Señor, comenzó á servirle; y le sirvió de veras, porque era humilde de corazón.

Mas como la virtud no se opone á los cargos de la asociación civil, y como por casualidad se hiciese entonces mucho caso del verdadero mérito; su prelado puso los ojos en el clérigo, y á pesar de sus juveniles años, le revistió de un cargo ilustre, y le envió á remotas provincias á ejercer la autoridad suprema en lo perteneciente á la Iglesia de Jesucristo.

Pero como era humilde de corazón, no pudo con-

temporizar con las costumbres que reinaban en esas ciudades: y como tampoco pudo acrisolarlas, vió que era inferior, y que en la lucha sería vencido. Cuáles son los enemigos más terribles sino aquellos que procuramos defender? Ylustrar al ignorante es defenderle, reformar al perdido es defenderle, traer al camino al descarriado es defenderle. *El Vicario apostólico* no pudo salir con su empeño, apesar de su conato, porque los otros estaban bien hallados consigo mismos, é hicieron pié contra el Vicario, y alzaron el brazo, y con el cuello herguido dijeron: No queremos!

Y no quisieron, y el Vicario no pudo constreñirles á cumplir sus deberes, porque para ello había menester la fuerza: la fuerza no era de su carácter, ni su carácter podía prestarse á aquellos duros actos que son indispensables para arrancar del sumidero de los vicios al vicioso pertinaz, para reformar las malas costumbres, para sugetar al estudio la pereza.

Y el apóstol del Señor sintió un profundo disgusto dentro de sí; y como no estaba en su mano obrar el bien quiso huir del mal, y de la noche á la mañana desapareció, sin que nadie supiese que rumbo había tomado.

En los selvosos Andes, circuído por una agreste naturaleza, se eleva un pueblo sencillo y feliz en su inocencia. La refinada cultura que pule, pero que estraga á los hombres, no ha llegado á esas breñas todavía; el ruído de las ciudades populosas no tiene allí cabida, y la existencia corre blandamente, no perturbados sus moradores por aquel desenfrenado regocijo que enloquece á las grandes capitales. Un justo edificó allí una casa á la virtud, á donde se retraen los buenos á buscar á Dios en el silencio.

Dios está en todas partes, su espíritu llena el aire, los mares y la tierra; ¿por qué ir á buscarle entre las paredes de un edificio? Porque el mundo se interpone entre él y los ojos del que le busca: la admósfera de las ciudades es infecta, el aliento de Dios es puro, no se les puede respirar al mismo tiempo: si nos llama, no le oímos; si nos mira, no le vemos: el placer, la avaricia,

la soberbia son nuestros cómplices, nos ayudan á desconocerle y desoírle. Justo, huye de las ciudades, retírate á una montaña ó á un triste monasterio.

La Tebaida sabe mil secretos habidos entre el hombre y su Creador: allí se despoja de la carne, y, espíritu bienaventurado, el hombre se salva de antemano, penetrando desde la tierra las glorias del cielo con su larga y pura vista. ¿Quién tiene su asiento á la diestra del Señor? qué voz resuena distinguida en los coros de los ángeles? Es la del humilde cenobita que pasó sus días contemplando su infinidad, adorando su divinidad, huído de los hombres y el pecado en un riscoso monte. El San Bernardo está más cerca del cielo, su cumbre se encuentra con el firmamento: la Trapa tiene puertas que dan al Paraíso: la Cartuja es una parada á la entrada de la gloria. Caridad, sabiduría, penitencia, he ahí los habitantes de esas melancólicas pero tranquilas y felices moradas.

Por qué el arrepentimiento se refugia en ellas? por qué el remordimiento siente alivio en ellas? Por que donde habitan los buenos habita el Señor, porque donde respiran los buenos respira el Señor. La virtud puede ser sociable, cierto; mas un pecho herido de los flechazos del mundo, una alma pringada por el fuego del mundo, un pensamiento enloquecido por los delirios del mundo, no se cura sino en la soledad, entre las cuatro paredes de una austera casa, donde no puso los pies la concupicencia con su horrible comitiva de desgracias.

El que teme las tentaciones y quiere huír las ocasiones, deja su vestido, toma el del monje, y padeciendo y sufriendo en la vida, espera descansar y ser premiado en la muerte. Qué hace ese majestuoso anciano, con la pala en la mano, en la puerta del convento? Cava su sepultura: allí se enterrará, de allí subirá al cielo; ¿no tiene la humildad entrada franca en él?

Pero si todos hiciesen lo mismo, el género humano se estinguiría luego, y en tanto que se extingue, no será el mundo sino un prolongado claustro, me dirán. Así es; mas he dicho quizás que todos deben vestir hábito y vivir cavando su sepultura? El que nació para padre,

tome esposa; el que nació para la guerra, ármese; el que nació para la sabiduría, estudie. Pero el humilde de corazón, aquel cuyas afecciones no le tiran al siglo, el alma sencilla é inocente que de suyo se inclina á la penitencia, ¿por qué no la practicaría? Siempre será ese un ejemplo de piedad, y no está por demás en la asociación civil el penitente. Podemos ser virtuosos sin exeso, y nuestro Padre común se contenta con la virtud medida; mas quién prohíbe que haya santos?

El Vicario apostólico había desaparecido de la noche á la mañana de la ciudad á él encomendada; y como si él fuera el culpable, como si él fuera el pecador, héle allí entregado á la más austera regla, privado voluntariamente del sueño y del alimento, clamando y pidiendo misericordia al Juez terrible, allí en la casa de la virtud, en ese pueblo de los Andes, el silvoso, frío Pasto.

Siete años ha vivido en penitencia: orar, confesar, mirar por la virtud ajena y por la propia, ésta es su ocupación diaria. El que habla con Dios tiene la conversación más dulce é instructiva; el que ve á Dios presencia el espectáculo más grande y placentero; el que vive con Dios tiene la vida más feliz y prolongada. Y aquel vicario humilde habla con Dios, y le ve, y vive con él; no es ésto ser feliz y vivir largo?

En un oscuro claustro de otra ciudad lejana camina un fraile por la noche con su lámpara en la mano: entra á la capilla del convento, se postra ante un crucifijo y permanece inmóvil, agachado, cruzados los brazos. Qué hace? Habla con Dios; quién es? El Vicario apostólico, el congregado de San Felipe Neri, el literato distinguido, el jurisconsulto consumado, el joven brillante de la ciudad de Quito. La muceta de Doctor se convirtió en corona de religioso, las borlas del humanista en cíngulos de franciscano. Pues no satisfecho de su humildad, la quiso todavía más subida, y tomó el grosero y pesado ropaje del convento. Y éste sí que sabe imitar á su modelo, Francisco revive en el fraile sabio y peni-

tente. Cuándo vió Cali persona más humilde? cuándo vió Cali monje más piadoso? cuándo vió Cali cristiano más caritativo? Caritativo, piadoso, humilde, todo lo fué aquel fraile, y como ninguno de estos tiempos. Por el ayuno, el insomnio y la devoción, San Jerónimo le hubiera envidiado, y viviendo en un desierto, los ánjeles hubieran bajado á servirle.

Héle allí preso al humilde sacerdote: los soldados le han tomado, los soldados le llevan, el pueblo gime y va tras él. Van á matarle? No; pero le mandan en destierro, le echan á empellones de la ciudad que purifica con su aliento, que santifica con su ejemplo. Un hombre virtuoso es el resguardo de un pueblo; un santo, su corona; ¿cómo echarle? La revolución es ciega: arremete con todos, y moviendo cien brazos, alcanza y hiere á sus amigos y sus enemigos. La revolución es un incendio que todo lo consume: la vil madera se va en humo y queda en cenizas; el oro, allí se queda cuajado y purificado. La revolución no es mala cuando es justa: destruye, pero crea; abate, pero levanta; es ciega, pero enjendra la luz. Los golpes que recibe el inocente, sírvanle de penitencia; el fanatismo, la barbarie, la tiranía caigan, mueran, perezcan.

El padre Yerovi sí que era virtuoso: ¡santo varón! daba limosna de su mano á la del pobre, oraba en un rincón de su oscura celda, escuchaba y practicaba la ley de todos modos. El padre Yerovi sí que era virtuoso verdaderamente, porque era humilde de corazón. Su humildad y su virtud se han encumbrado, han atravesado los mares, y el humilde fraile es conocido en la ciudad eterna, su nombre se pronuncia en el Vaticano. Y como en ocasiones el mérito suele abrirse paso por las sendas más estrechas; y como en ocasiones la pobreza puede más que el oro, el Pontífice quiere elevar á una gran categoría al religioso de San Diego, para cuyo efecto se consulta con sus cardenales. Obispo! Obispo! exclaman todos, y le ponen en la mano el cayado de pastor, y la grandiosa mitra en la cabeza.

El venerable sacerdote obedece, y sólo por obediencia acepta cargo tan supremo. El rayo estalla en los sitios más herguidos, el viento anda furioso por los montes, cuando el valle permanece en calma: así el orgullo en los hombres suele soplar por las altas gerarquías. Con el orgullo viene la soberbia, y la soberbia y el orgullo son ministros del espíritu malo.

El franciscano sabía ésto, y tembló cuando fué tan enaltecido por el Padre Santo, y se postró, y suplicó le dejaran en su desconocido y triste lugar, sirviendo á Dios sin orgullo ni soberbia.

Si los buenos se retraen, ¿quiénes han de regir á los hombres? quedan los malos. Es un deber, así en el buen ciudadano como en el buen sacerdote, no dejar las cosas de la República y de la Iglesia en manos de los ruines. El buen fraile sabía también ésto, y revistió humildemente los hábitos episcopales. El justo es como el sol matinal, sube y crece hasta el mediodía, dice el Señor.

En un arenal tostado por el calor de la zona tórrida, se sienta en una piedra debajo de un cabuyo un pobre caminante. Encendida la tierra, le abraza los pies descalzos, el grosero jergón que viste pesa en él y le sofoca. Por todo avío no se ve á su lado sino un bordón nudoso; por toda comodidad, el fardel que trae á cuestas: un perro ijadeante descansa á sus pies, he ahí su compañía; el caballo no se inventó para el que se dirige al cielo por el camino de la penitencia. Ya le habéis conocido: es el obispo de Cidonia que se dirige á su diócesis, el buen fraile de Cali, el confesor y servidor de la Penitenciaría de Lima, que ha sido elevado por su humildad á la categoría de pastor de los fieles, con derecho á la sucesión de un arzobispado.

Sigue adelante su camino: en la hoquedad de un barranco encuentra un ciego limosnero, que al más ligero ruído alza la voz y pide por la Virgen el pan de cada día. El obispo se le llega, baja el fardel de las espaldas, y divide con el ciego sus tristes provisiones. Hijo mío, le dice, mientras hay uno que nada tiene, nadie es dueño

sino de la mitad de su hacienda: toma, y da gracias al Señor: *malos son los días del pobre, pero el corazón alegre es un festín perpetuo.* Y le dió su bendición, y siguió adelante el religioso.

No ha mucho andar topó con un infeliz privado del uso de una pierna: andaba á duras penas apoyado en una débil caña que poco le servía, y pronto iba á quedarse por ahí falto de fuerzas El obispo se llegó á él y le dió su bordón nudoso: Hijo mío, le dijo, yo puedo cominar sin este bordón; tú lo necesitas más que yo; sírvete de él y da gracias al Señor.

Ese obispo era como Job, ojos del ciego, pies del cojo, pan del hambriento, sabía que *para Dios son justos, no los que escuchan la ley, sino los que la practican.*

Y siguió adelante su camino, y llegó de noche y en silencio á la capital de su diócesis, y fué consagrado al otro día, con modestia, siempre con modestia, porque era humilde de corazón.

Sabía muy bien aquel obispo que se le había revestido de su cargo illustre no en bien suyo sino en el de sus semejantes. Así en lo civil como en lo eclesiástico la autoridad se da y se recibe en provecho de los á ella sometidos: los que no entienden este principio son pésimos magistrados. El buen fraile era no solamente bueno, pero también muy entendido en la ciencia del derecho y en todo linaje de materias: un hombre sabio y bueno ¿qué no hará? Mucho, mucho hizo el franciscano, y por su voluntad hubiera obrado mucho más.

El orgullo se estremece en presencia de su modestia; la soberbia se confunde en presencia de su humildad; la lujuria pierde el color en presencia de su castidad: los vicios todos van viniendo á su palacio, y no saben donde meterse al resplandor de la virtud de ese buen padre. Mas no temen tanto su poder cuanto su mansedumbre: amonesta, no reprende; suplica, no castiga; da ejemplos, no se vale de la fuerza. Y las costumbres corrompidas, y la ignorancia arraigada, y la ley no obedecida objeto son de sus predicciones. Mañana me arrepentiré, dice el perverso; nunca fué tarde para hacerse perdonar de Dios. Pero el obispo empezó á decirles por la mañana:

" Quién nos afirma que hemos de ver la tarde? y por la tarde: Quién nos afirma que hemos de ver la mañana?" Y todo era caridad y penitencia en el palacio.

Un hombre sucio y beodo va tambaleando por la calle: la barba le ha crecido, la cabellera revuelta le cae en las sienes, sus vestidos están hechos girones. Este desgraciado es sacerdote, lo indican la sotana y el manteo. El obispo manda por él, y no le echa en prisiones ni le impone castigos de ninguna clase; lávale, vístele, y le hace sentar á su lado como á su predilecto; y come y bebe con él, y le abre los ojos, y le hace palpar su vergüenza, y le obliga con mansedumbre á cumplir sus deberes. Y ese mal sacerdote, ese ébrio de profesión no echa menos sus diversiones infamantes, porque está contento con las costumbres de su prelado y protector. El privilegio de la virtud es el respeto aun de sus enemigos; la virtud echa de sí un ambiente que deleita aun á los malos.

Á la puerta del palacio está temblando un cura que acaba de llegar de su parroquia: la conciencia le intimida, la justicia hace brillar su espada y le deslumbra. Sale su prelado, no severo, no terrible como esperaba el delincuente, sino manso y risueño. Hermano, le dice, hermano en Jesucristo, venid acá. Y le echa los brazos, y le aplica un ósculo de paz en la mejilla, y le introduce en su aposento. Él clérigo está confuso, pero ya no teme: la barragana que mantiene en el convento, los hijos mal habidos que perturban con sus voces la iglesia vecina, las francachelas á que se entrega por costumbre, todo lo tiene por delante. Nada ignora su prelado, mas huye de aludir á esos delitos: trae en memoria la santidad de su ministerio, presenta á Dios irritado por la corrupción, habla de las virtudes, hace gustar de ellas por su elocuencia, enternece con sus lágrimas, y el *hermano en Jesucristo* jura reformarse y vivir como lo manda Dios, porque abre los ojos, y vé que *vale más vivir humilde en su morada, que soberbio en casa del pecador.*

La penitencia sin la caridad nada puede en los consejos de la eterna sabiduría. La limosna limpia el pecado y evita la muerte, dicen las Santas Escrituras; si la ejercitas, tu alma no irá á caer en las tinieblas. La limosna es un gran título de salvación para con el Señor. Y como el obispo era sabio tenía presentes estas cosas, y como era bueno cumplía estos preceptos, y daba limosna, privándose hasta de lo necesario.

"Si tienes mucho, da con abundancia; si poco, procura que lo poco que des sea de corazón." Dios era muy oído por ese hombre justificado: si tenía mucho lo daba todo; si poco, lo daba todo, y siempre de corazón. Nada quedaba para él, y nada le hacía falta sino para dar á los demás. Sólo una túnica tenía, y no podía dársela al que no tenía ni una, pues Dios manda que el que tiene dos, dé la una al que no tiene.

En un aposento de un barrio populoso está una mujer enferma en su pobre cama: un hombre trabaja por ahí en un ímprobo oficio, y á pesar del hambre que le sale al rostro, trabaja muy activo, porque el día que descansa no se desayuna la familia. Dos niños pálidos y zarrapastrosos permanecen callados al pie de la cama de su madre; otro de tierna edad se suspende en el pecho de la enferma, y en vano lo chupa con ahinco; en vano, que las fuentes de la vida acaban de agotarse: llora el niño, llora la madre; los otros están hambreados, pero callan; padecen, pero sufren: ¡que socorrida virtud es la del sufrimiento! Las paredes del cuarto son negras, el fogón permanece frío: la ceniza es el símbolo de la tristeza. Un cuadro de la Virgen está clavado en la pared; al pie se ha acomodado una vela que arde perezosa y derramada. No almorzó esta mañana la familia, pero hubo para una vela de la Virgen: ¡qué socorrida virtud es la de la fe! La fe trae consigo la caridad. No almorzó la familia esta mañana, y talvez no comerá; ¿de qué sirve la fe? La fe sirve de mucho.

Deo gratias, exclama á la puerta un fraile; cómo te sientes, hija mía? La pobre mujer se alza en el lecho como puede, pide la mano al sacerdote y se la besa

con ardiente devoción. El padre de la familia se ha hincado ante el sacerdote, los niños se han hincado también, y el sacerdote los bendice á todos, porque es el santo obispo.

Llevó á esa pobre morada el pan del alma, y para el cuerpo dejó en la cabecera de la enferma lo necesario para quince días. Y volvió la vida á la familia, y la madre sufrió con resignación sus males, y el padre siguió trabajando contento, y los niños comenzaron á meter su alegre bulla en la casa porque ya estaban alimentados.

"Para Dios son justos, no los que escuchan la ley sino los que la practican." El santo obispo practicaba la ley, porque era justo.

El pueblo está reunido á las puertas del palacio arzobispal: una gran muchedumbre llena patios y corredores: viejos y niños, hombres y mujeres, ricos y pobres, todos se apiñan, todos quieren penetrar en un cuarto que ya no cabe de gente. Las campanas de la ciudad doblan á un tiempo en treinta iglesias, los habitantes andan agitados, y un vasto gemido que se levanta del palacio se difunde por la población entera. Siguen los dobles de las campanas, sigue el llanto del pueblo, no hay corazón que no esté opreso: ¿qué ha sucedido? Murió el santo, se apagó la llama, se consumó el sacrificio; el sacrificio, porque el santo murió en la cruz. Hambre, sed, llagas vivas, todo le atormenta, y todo lo sufre el martir, porque hace penitencia. Mas de qué se arrepentía? nunca obró el mal; por qué se martirizaba? no tuvo pecados. Empero tenía presente y repetía de continuo esta horrible queja: Miserable de mí, qué diré entonces? de qué patrón me colgaré, yo pecador, cuando apenas saldrá bien el varón justo?

Quid sum misser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus?
Cum vir justus sit securus.

Se consumó el sacrificio se apagó la llama, murió el santo: y el pueblo llora, y llora sin consuelo, porque de esos no vienen al mundo sino de tarde en tarde.

El Cosmopolita.

UNA PROVINCIAL,

NO DE LAS DE PASCAL.

Mi reverendo padre:

Vuesa Paternidad ha sido víctima de un engaño, asi como los religiosos á que alude en su carta del 22 del presente, víctimas de la indignación violenta de Vuesa Paternidad, y yo víctima de la iniquidad de algún infame enemigo. No me he dirigido á Vuesa Paternidad nunca ni para nada, menos para delatar *crímenes* que no han llegado á mis noticias, imputándolos á personas cuya conducta me es desconocida.

¿Y sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación? Mi campo es vasto y digno, campo del honor y de la gloria; no se encierra en el mezquino círculo del denuncio privado, ni sigo los pasos de las personas particulares: persigo á los tiranos, armado de las armas de la verdad y del valor, censuro los vicios de la asociación general, reprendo sus faltas por medio de la imprenta: si algo tengo que decir, de élla me valgo; ni soy tan pequeñuelo para ir á enfrascarme en ruines chismes y denuncios, cuando tengo un auditorio tan extenso como América, y cuando puedo hablar en voz alta, sin más temor que el que debo al Todopoderoso. Sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación?

Por naturaleza aborrezco los alborotos y disenciones de las gentes; llevado de la no muy buena opinión que del mundo tengo, qué será? Vivo en este lugar como en un desierto: no veo ni hablo á nadie; nadie me cuenta nada, ni tengo que contar á nadie; así es que todo se me ignora, y á gran dicha tengo ignorarlo todo, porque si algo se sabe es algún asunto como el que aho-

ra tratamos, iniquidad, mentira, infamia. Sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación?

Aun cuando algo relativo á esos buenos sacerdotes, que Vuesa Paternidad ha castigado antes de averiguar el delito, hubiera llegado á mi conocimiento á pesar mío, lejos hubiera estado de denunciarlos á su prelado privada y ruinmente como él ha creído: hubiéralos envuelto en mi censura general, y al público me hubiera dirigido, y no á un solo hombre, á un superior de convento. Sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación?

Esa infame carta que Vuesa Paternidad ha recibido con mi nombre no es mía, no podía ser! Con ese negro fin nunca me hubiera dirigido al padre Mera, ni me dirijo á nadie, ni me dirigiré jamás. Vuesa Reverenda ha debido dudar, tener por cierto que ese Montalvo á quien tan rudamente ha tratado, es superior á la calumnia, á la infamia, al odio y desprecio de los hombres. Sabe Vuesa Paternidad lo que hace cuando me imputa una delación?

La prudencia es parte de la virtud, mi Reverendo padre; ¿qué es ésto de vilipendiar á un hombre que está en posesión del aprecio público, llevado del primer movimiento de un ánimo irritable? El consejo es parte de la sabiduría, mi reverendo padre maestro; ¿qué es ésto de castigar, degradar, afligir á inocentes, y acaso virtuosos sacerdotes, sin más que un informe que bien podía ser falso, como ha sido? Una mano oculta, mano engangrenada y pestilente ha urdido esa trama, en donde Vuesa Reverenda ha caído sin la menor malicia, arrastrando consigo á tres inocentes, de los cuales los dos ni han soñado los *crímenes* de que se les acusa, y el otro está más lejos todavía de esa acusación. El mundo es una rufianezca, padre mío; una vasta rufianezca que hierve en bribones y perdidos de todo linaje: el hombre cuerdo ha de ir muy sobre sí para no dar la mano á un facineroso, ó para no negarla al honesto y honrado. La perspicacia es parte de la sabiduría, reverendísimo padre.

Y de qué principios y datos ha formado Vuesa Reverenda la convicción de que soy enemigo de los religio-

sos en general, y de que no tiene uno más que sea *freile* para que tenga en mí un enemigo? Si hubiera dicho que no tiene uno más que ser malo para que tenga en mí un enmigo, habría dado en lo cierto. Pero como estoy ajeno de creer que los crímenes y los vicios se vinculen tan solamente en el clero, bien puede ser que parte de la clerecía merezca mis consideraciones y respetos. Pero sí digo que á un sacerdote perverso y corrompido aborrezco más que á un soldado corrompido y perverso: ¿qué corolario resulta de aquí? que un venerable monje, que tiene á Cristo en el pecho, que practica la virtud, y de cuyos labios mana la sabiduría, es para mí como Crisóstomo ó Cipriano: la virtud encarnada, la virtud en forma humana es Dios multiplicado, Dios en todo tiempo y lugar. Me dirá Vuesa Reverenda que soy enemigo de Dios? Mira, padre, mira lo que dices: te cedo en sabiduría; en respeto á la Divinidad, ni un punto.

También Vuesa Reveranda será de los que se empeñan en tenerme por diferente de lo que soy? En los demás ese empeño es de mala fe; en los hombres de buena fe, como Su Reverenda, ese empeño no sería sino falta de noticias fidedignas. Actúese de mis escritos, infórmese de mi conducta, y dígame Vuesa Reverenda qué obras ó palabras mías son para calificarme de ciego enemigo de la clerecía?; qué discursos, qué paginas, qué acciones mías han refluído contra ella?; de qué manera persigo al clero, cuándo me presenté su implacable enemigo? Si el vicio se me pone por delante, doy con él en tierra, es verdad, aunque venga coronado de mitra, con cayado de pastor y lleno de escapularios: empero la caridad, la mansedumbre evangélica, el plácido sufrimiento del verdadero cristiano, son Cristos para mí; ante ellos me prosterno, sin temer la risa del impío, ni los sarcasmos del impúdico filosofante. Sed buenos, y podéis ser frailes; no os perseguiré por lo segundo, y os acataré por lo primero.

En vista de la falsedad de *ese informe*, y de la iniquidad que lo ha dictado, puede y debe Vuestra Reverenda revocar las severas órdenes dictadas contra esos buenos religiosos, que nada han hecho, que yo sepa, pa-

ra haber incurrido en el destierro y la suspensión de sus facultades. Justicia, padre, justicia en el cielo y en la tierra. Pero no exceso de justicia, como tampoco exceso de sabiduría ; pues la escritura manda no ser justos en exceso, ni más sabios de lo que conviene, no sea que el hombre se admire de sí mismo. Castigar demasiado y con suma prontitud, es exceso de justicia.

Aprecie Vuesa Reverenda mi franqueza y la razón que á ella me ha movido, y acepte las consideraciones con que me ofrezco de V. R. atento y seguro servidor.

Juan Montalvo.

He tenido por conveniente la publicación de esta carta, á fin de que, si alguna otra persona hubiese recibido alguna otra á mi nombre, con un objeto ruin ó necio, la tenga por apócrifa. No todos tendrán la irritada urbanidad de ese buen padre, y acaso abriguen fermentando callados en su pecho un rencor injusto contra mí; pues lo común y lo debido es no contestar á una carta depresiva.

Pero qué ignoble calidad de enemigos ! No contentos con insultarme se ponen á insultar á otros á mi nombre. El anónimo es el terreno de la infamia: ahora, el mentir, el denunciar, el ofender en cabeza ajena, delito es digno de la horca. No es la primera *carta*: ya un *distinguido poeta* andaba á leer una donde se refería una aventura muy triste para mí. "La audacia de Montalvo es pura ficción ; al instante que vea á don Gabriel, no sabe por donde es más derecho," decía poco más ó menos el corresponsal. No sé qué pastuso me había *metido en un zapato*, y García Moreno era un *tonto* en no hacer lo mismo. Pobre pastuso ! en ayunas está de esa victoria. Corrió la cosa de manera que no le permití ni hablar mientras yo las había con su compañero; porque eran dos, ésto más. Cuando yo salía desarmado por su modestia *ad hoc*, se me paró uno de ellos en la puerta, y solicitó mi amistad para en adelante : Somos sujetos de diferente condición, entre los cuales no cabe amistad, fué mi respuesta y despedida.

Me paseo siempre solo, y siempre por despoblado, y á tanto vá *mi extravagancia*, que me paseo denoche. Nunca he topado pastuso ni pastusa en mis soledades: esos valientes de media plaza, no prometen gran cosa. Si no es verdad al pie de la letra lo que he dicho, ya saben los Rodomontes en donde me han de hallar para desmentirme. No tengo audacia por sistema, Dios me guarde; mas pienso que el hombre no debe vivir, si no vive respetado de los buenos y temido de los ruines. En este concepto cualquier enemigo tiene mi vida pronta, si no es infame. Se puede castigar á un perro, mas no se riñe con él. *Su Señoría*, el de la carta, fué engañado ó quiso engañar. Y repito que esta guerra es indigna de hombres de alguna suposición.

En cuanto á Su Reverenda, el padre Meia, debo añadir que su réplica fué en un todo satisfactoria para la moral en globo, y para mí en particular. Revocó sus disposiciones acerca de *las víctimas*, y en términos me trató, en un todo contrarios á los de su primera carta.

ESTILO FAMILIAR.

—o—

CORRESPONDENCIA ÍNTIMA.

MISELANEA.

20 *de mayo de* 1867.

Llamar *patria* al país en que vivimos solamente, es mezquindad, amigo mío; el mundo entero es la patria del género humano, y á todos nos aprovecha el universo. Mas si á fuerza de voluntad y de trabajo cultivamos la inteligencia, refrenamos los disparados ímpetus del corazón, pulimos las costumbres, y en lo público y lo particular nos gobernamos por la razón, dejamos de componer aduares, y formamos un pueblo, y tenemos patria. Miéntras más civilizado es un pueblo, más apego tiene á ella; los Franceses los ingleses tienen más patria que nosotros, y gustosos se sácrificarían por la suya.

Veo que todo va aquí muy lentamente: las leyes, ó son malas ó no se las observa; el gobierno, ó es tiránico, ó en una invencible estolidez no sirve para nada; la ilustración no halla camino; las costumbres políticas están perdidas, ó para decirlo mejor, aún no las conocemos. Y no soy pesimista, ni me concreto á hablar de nuestra nacionzuela: estiendo la mirada por la anchurosa América del sud, y veo un tumulto de gente alzando los brazos y dando voces, sin saber por qué: revolución por aquí, revolución por allí; motines por acá, motines por allá; guerra, sangre, muerte en donde quiera, y el patíbulo surgiendo y descollando airoso y elegante, como una azucena del infierno.

—Quien viene por el mar?—Es una flota europea. —A qué viene?—A reconquistar la libre América. A las armas! gritan los americanos; y las voces más altas, y

los ademanes más feroces son de los que están acechando la oportunidad de poner una zancadilla á la pobre América.

No se me olvida la baraunda de Quito cuando llegó la noticia del triunfo del Callao: *las sociedades* andaban con caja por las calles, diciendo loas en las esquinas, y ofreciendo sus servicios á cuantos encontraban. Y buenamente los *patrióticos* y los *republicanos* iban á salir con cuadros, y banderas, y santos, y ciriales, cantando en coro, no la Pírrica, ni la Marcellesa, ni el *Ranz des Vaches*, ni el *God save the Qeen*, sino el *Te rogamus audinos!*

Para patriotas, no hay quien les vea la cara á los ecuatorianos; ¿y cómo se la han de ver, cuando todo su tema es *esconderse* al menor peligro, á la menor necesidad que de ellos se tenga? Patriotas conozco, y de los mejores, que han contraído tal hábito de esconderse, que, viviendo en plena paz, en paz *geronimiana*, y en completa seguridad de la persona, no pueden vivir tres meses sin esconderse siquiera quince días: en lo mejor desaparecen, y el diablo que dé con ellos. Pues señor, están ejerciendo la política, están escondidos; no ve usted que tienen las narices largas? Se dan un mes de encierro ó de despeñaderos, por lo que les puede suceder de aquí á cuatro años; ó bien será por no perder la costumbre, para cuando se les ofrezca: todo pide ejercicio, amigo. Cuando salen húmedos, enmohecidos, ahilados, oliendo á ratonera, y entre ellos se ven las caras, no dejan de reirse, pues ninguno sabe por qué se escondió; si bien al topar uno con otro ambos exclaman: De la que nos escapamos!

Los patrióticos y los republicanos solemnizaron muy bien el triunfo del Callao con algunas docenas de improperios á los del bando opuesto, y cada cual quedó muy satisfecho de su patriotismo; con esta diferencia, que *los republicanos* acusaban de traidores á la patria á *los patrióticos*, y *los patrióticos* se empeñaban tenazmente en que *los republicanos* fuesen los traidores. Buen provecho.

Yo pienso que ni unos ni otros son patriotas, ni republicanos, ni realistas, ni rapistas, ni alforja; y que ca-

la cual se esconde cuando le conviene, y sale cuando pierde el miedo, y grita cuando oye gritar; á la hora de comer se va á su casa, y santas pascuas.

Van fuera de esta regla aquellos hombres respetables, que á fuerza de sacrificios, y de virtudes cívicas, y de padecimientos honrosos han llegado á poseer fundadamente el aprecio de sus conciudadanos. Hablo tan sólo de esos patriotas, que, si triunfase España, serían españoles, y ayudarían con eficacia á mandarnos á los pontones de Cartagena; y de esos *republicanos* que de buena gana fueran condes del verde saúco.

Dilucidado el punto del *patriotismo*, con lo cual muy poco me ha movido usted, amigo mío, vengamos á otra materia; pero ántes me he de explicar. El patriotismo de buena ley, sincero, ilustrado y generoso, es uno de los más nobles afectos del hombre: lejos de desdeñarle, yo me recojo, y medito en sus aras, y venero la santidad de esa religión sublime. El género humano, la patria, la familia, el individuo, tal es la graduación de la filosofía; el que la invierte ó la pervierte es renegado de la virtud. Solo siento no tener buena, noble y grande patria, donde ser noble, bueno y gran patriota.

———0———

28 *de mayo.*

Aquí tiene usted, el profundo silencio de mis enemigos y de *mis amigos* después del segundo Cosmopolita, es cosa que me conmueve deveras. Acaso esperaba yo semejante triunfo? Es que tenía de ellos peor opinión que han merecido. Si hubiera yo aceptado su guerra, habría sido víctima, sin duda: á vituperios, á mentiras, á sandeces me llevan cuesta abajo, me pueden: acogíme á la razón, encastilléme en el honor, cubríme con la dignidad, y los he vencido; es decir, han vencido la dignidad, el honor y la razón; y quien se deja vencer por ellos es digno de alabanza, es victorioso. Pongamos escuela de civilización y de virtudes, y verá usted hervir en ellas mil aprovechados alumnos, que á poco serían

maestros. Libertad, paz, buen gobierno, y todo irá bien. Mas qué desgracia, no nos faltan aptitudes, pero nos faltan medios: somos libres mientras no nos oprimen; gozamos de paz mientras no hay revoluciones; el gobierno es bueno, porque no hay quien haga ver lo malo. El no escribir ni un diario, ni un periódico en todo una capital, es terrible argumento contra la libertad y la ilustración de estos pueblos. En los Estados Unidos se publican poco más ó menos mil periódicos: nuestra civilización es respecto de la de los Estados Unidos lo que uno á mil. La imprenta es la academia, el Pórtico y el Liceo de nuestros tiempos: si no tenemos quien nos enseñe, nada aprendemos; si no tenemos escuela, no tenemos donde ilustrarnos.

Con qué derecho se ha de llamar partido político uno que no escribe, ni habla, ni proclama sus principios, ni propaga sus ideas? Estudio, progreso, utilidad pública son condiciones indispensables para levantar cabeza y preponderar como buenos. Estar esperando casualidades, invasiones, revoluciones, es programa innoble que no debe prevalecer en justicia. Conviene pensar, hablar, obrar, hacer algo por sus semejantes, por el bien general, por el adelanto y la grandeza. Lo he sabido, propusiéronse ahora poco los liberales escribir un periódico; pero se fué á ellos un día uno de los de narices largas, y les predicó, que les dejó convertidos. "No es tiempo, dijo; no conviene." Y todos le creyeron, y no fué tiempo, y no convino. Siempre conviene, amigos, sostener las leyes, defender la cosa pública, propagar las luces; y jamás deja de ser tiempo para manifestarse hombres de honor y de valor. Qué es ésto, caballeros? si no es tiempo, si no conviene, ¿por qué se empeñan en sacarme del silencio á que estaba determinado? Para ellos no es tiempo; para el que sabe echar el gato al agua, no es tarde ni temprano. Escribo, no como persona de partido, sino como amigo de la verdad y la ilustración. Soy el primero en despreciar á los ruines, mas estoy pronto á respetar á los buenos, á cualquier bandera á que pertenezcan. He cedido á las insinuaciones de ustedes, no con la esperanza de resucitar un partido

muerto (maldita sea la resurrección; tierra le echara encima,) sino con la de formar uno bueno y grande, nuevo y justo, que comprenda la hombría de bien, el pundonor, la generosidad, la aplicación al estudio de la política y de la filosofía. Conviene escojer el grano, amigo mío, echar el ballico á un lado, para llevarlo al molino. Eso que aquí llaman *rojos y conservadores* está lleno de escoria: démelos usted en harnero, y le pegaré tal sacudida, que no quede sino el oro en pepita. Y de paso, amigo, nada me gusta más que estos *rojos:* son *despreocupados*, se sonríen con lástima de las cosas religiosas, cuando están en completa seguridad; pero demos que les alcance una tempestad de rayos por ahí, y no se da fraile más devoto que ellos: se santiguan, rumian su credo, prometen misas de todo corazón. Pasa el peligro, vuelven á ser *rojos*, no créen ni en Dios, admiran á Proudhom, son magníficos. Apuesto cualquier cosa que en el terremoto no hubo un hereje: sería de ver y oir á estos *despreocupados* filosofistas, si la tierra empezase á bailar borracha, y las torres á desplomarse fracasadas, y el suelo á abrir bocas de lobo, y las casas á hundirse; lóbrego el cielo, triste la atmósfera, gimiendo la naturaleza profunda y misteriosamente: todos nuestros *sacha*-ateos, incrédulos de salvado se confesarían á gritos unos con otros. Tampoco quiero decir que me parezca bien estos *alma--santas* ridículos, viciados á la hostia, como el ebrio consuetudinario al aguardiente; que van á la *santa escuela* de Cristo con la santa escuela del diablo en el pecho; que andan saludando *por humildad* hasta á los criados, y no pierden ocasión de aumentar sus bienes de fortuna, aun con perjuicio del infeliz; no, éstos tampoco me gustan; y si en mi mano estuviera, los reclutara á unos y otros, y montados en chivos, los mandara al país de las monas, á destruir los huevos de grulla. Yo quiero el cristiano á lo Cristo, el hombre de sano corazón, que no solamente escucha la ley, pero tambien la practica.

Conque, decía un partido bueno y justo, nuevo y grande. A éste pueden pertenecer todos los que ten-

gan la conciencia pura, y se sientan con inclinaciones elevadas y con altos pensamientos. Si por ésto me aborrecen los que no prosperan sin arruinar á los otros; los que no pueden vivir sin enterrar á sus contrarios; los que no se tienen por libres si no persiguen al vecino, aborrézcanme en buenhora. Pero yo me dejo matar antes que seguir ciegamente á éste ni á aquel hombre; y á manos de Carrión, de Urbina ó de García Moreno moriré por la justicia, ó por ella me honrarán estos sujetos. Hay urbinistas que entre bastidores me sindican de *ingrato.* Qué infamia! Ingrato, porque he sido el único que se ha atrevido á alzar la voz en favor de ese desgraciado proscrito, y decir lo que había bueno en él; ingrato, porque he reconocido sus defectos; ingrato, porque no pisé su casa, ni le conocí miéntras fué presidente. Los que lograron de Urbina cuando hubo que lograr en él, y le tiraron piedras cuando no tuvo que darles, esos son agradecidos y generosos pechos.

Es cosa de convertirse: ahora no hay quien no hable mal del pobre Urbina, inclusive sus amigos, porque hace tiempos reposa en la tumba, porque está lejos y sin esperanza de volver al mundo. Cuando venía, cuando el heroíco Pepe Marcos dió su gran golpe, eso sí que era bueno. No pocos adictos al Gobierno, políticos tornasoles, comenzaron á decirse entre ellos: Conviene hacer algo por Urbina. En cuanto á los urbinistas, no había más Dios ni Santa María que *el general.* Va *el otro,* se come de un bocado la gentezuela, se mete los buquecicos en el bolsillo, y se viene barriendo la expedición: ya Urbina es todo lo contrario: "Ese bruto," "ese majadero" "ese cobarde." Si hay justicia en estos reproches, él se lo sabrá; mas póngase á venir de nuevo, y verá como vuelve á ser Excelencia y libertador, y Jefe Supremo.

Acuérdome haber leído en un libro de ese interesante badulaque de Alejandro Dumas una especie muy salada. Cuando Napoleón estaba confinado en la isla de Elva, los periódicos de Francia no le conocían sino por *el monstruo, el tigre, el diablo.* Pónese Napoleón en

movimiento, empieza otra vez á tragarse el mundo á bocados, y los periódicos, los mismos periódicos, se entiende, se expresan de este modo, conforme el héroe va acercándose á la capital.

El monstruo ha desaparecido de la isla de Elva.

El ogro ha desembarcado en las costas de Francia, entre Cannes y Antibes, en el golfo Juan.

El tigre ha salido de las montañas de Grasse.

El tirano ha pasado por Seranón, Barreme y Digne.

Bonaparte ha llegado á Gap.

Napoleón durmió anoche en Fontainebleu.

Su Majestad el emperador entró ayer en su real palacio de las Tullerías en medio de las aclamaciones de su pueblo.

No me enojo; me río de nuestros patriotas á rata por cantidad.

El pobre Urbina no es *monstruo* ni *ogro*, ni *tigre*, ni *Excelencia*, ni San Pedro, ni calabazas; no es sino un hombre bueno, muy ducho en el errar. Pero sus manos están limpias; y aunque ahora sea un *pícaro* y *un malvado* para sus enemigos, no le contará Dios en los dedos las muertes que ha hecho, los crímenes que ha cometido. En suma, Urbina es un buen hombre, que de puro bueno no sirve para nada. Si hubiese yo de formar un gran presidente, tomaría de Rocafuerte el ardor por la ilustración general; de Roca la estoíca dignidad y la prosopopeya; de Urbina la mansedumbre y la humanidad (Todos los prisioneros de Urbina respiran, y aun le quieren); de García Moreno la energía y el delirio por las obras públicas: y tendríamos un hombre bueno, un excelente magistrado.

Lo de la *ingratitud*, amigo mio, me llama un instante la atención.

Los ruines están siempre prontos á llamar ingrato al que desprecia sus ruindades. Pero es abominable cosa el acudir á la mentira, y aun á *la calumnia*, para ocultar el verdadero motivo de los acontecimientos. "En verdad la mentira es un horrible vicio, dice Montaigne; no somos hombres ni vivimos unidos sino por

la espresión de los afectos y los pensamientos. La inteligencia corre por el canal de la palabra: el que la dice falsa, traiciona á la sociedad humana; ella es el instrumento del espíritu, el intérprete del alma: quien nos engaña, rompe ese necesario cuanto noble comercio, y deshace las ligaduras de la unión social."

Esto es lo mejor que tienen los filósofos virtuosos,—el aborrecimiento á la mentira: á mi ver no hay cosa que más envilezca á los hombres. El que miente desprecia á Dios, verdad eterna, y teme á sus semejantes, ya lo había dicho Plutarco. La mentira por maravilla no vendrá en junta de la pusilanimidad.

Acuérdome haber dicho en el seno de la confianza, que, en caso de triunfo para los principios liberales; para en caso de establecerse un gobierno bueno y justo, observador de las leyes, digno y elevado; lo único que aceptaría yo sería una legación á Europa. Esto me honra: deseara volver á Europa, á fin de ilustrarme; mas por el abatimiento, ni á la gloria me llevan.

Ya usted vé que me desentiendo de los que han dado lugar á estas líneas. Mi arma no es *el puñal*, ni busco enemigos dormidos: todos me han visto poner el pecho al peligro á medio día, fuera de los que volaban á esconderse cuando yo salía á buscarlo. No prospero con ruindad, y me admiro de las imputaciones de *esos malos amigos* y peores ciudadanos. Que me den motivo y ocasión en adelante, y habrán de ponerse el birrete de Merlín para volverse invisibles.

---

12 *de junio.*

Todo está bueno; pero lo *del gallo* no le perdonamos todavía, dicen los literatos de trastienda. Yo pienso que un gallo de Lamartine, uno de Víctor Hugo, uno del profeta Isaías y una grulla de Byron no necesitan nada para formar el más dulce y melodioso concierto. Empero si ellos no bastan, habré de acogerme á la autoridad del padre de las humanidades, al venerable

Horacio. Y cuidado que un gallo de Horacio es tanto como la serpiente de bronce del desierto.

Ad *galli* cantun consultor ubi ostia pulsat

Este Horacio es un majadero; *qué hubiera sido si hubiera oído cantar al gallo en el lecho de Lucrecia?* Pobres censores! si supieran que es poesía y de donde nace, no se rieran tanto de ella.

No ha mucho tiempo me traía lleno de aprensiones un personaje de singular aspecto: cara de vampiro, pálido, chupado y trasparente; labios húmedos y colorados; largos mechones colgando por las sienes; capa de clérigo, bordón y zuecos. Este hombre me traía entre dientes, como dicen: no era yo dueño de pasar por tal esquina, sin que se me riese en las barbas, mirándome de reojo con el más subido desprecio: una cachaza de matarlo. Mas era tal su pelaje, que nunca me resolví á dirigirle reconvención ninguna. No había vez que nos encontrásemos que no se riese de mí. —Pelmazo! le digo al fin, no pudiéndole ya sufrir; de qué se ríe? y le pongo el estoque en la cabeza, como la espada de Damocles.—Señorcito, exclama el vampiro con voz sumisa y amelada; es el cariño que le tengo. Cuando me alejaba riéndome á mi vez de la aventura, tira hácia mí cojín cojeando, y por la Vírgen santísima me pide *alguna cosita.* Vaya, dije, éstos son los que se ríen de mí.

Otra vez soltó una carcajada al pasar yo un Rodomonte, un *castellano viejo* de mal corazón, uno de esos de á uno en carga que no suele faltar en las ciudades; pero de modo que yo pensase que no era por mí, pues me dejó tomar buen trecho; y que los demás creyesen que de mí se burlaba. Al otro día fuí calladito á su casa, le puse las peras á cuatro, y cuando porfiaba en hacerle tragar un pedazo de plomo, hizo tanto que me convenció de que no tenía yo admirador más ardiente que él, ni tendría mejor amigo en adelante. Estos son los que se ríen de mí.

Vae ridentibus. Ay de los que se ríen !

Todos éstos se han reído de *mi gallo* de la Roca Torpeya. Y no es razón; pues cuando el gallo canta, guardan silencio las gallinas, según el modo de pensar de Juan de Meung:

C' est chose qui moult me déplaist
Quand poule chante et coq se taist.

Y ya que se ríen tambien de Horacio, vamos á ver si respetan algo á Milton:

;the crested cock whose clarion sounds.
The silent hours.

"El crestado gallo cuyo clarín anuncia las horas silenciosas."

Aquí tienen ustedes un gallo épico, un gran gallo; y no rompido de la crisma, cono ustedes, sino con cresta muy entera. Un gallo crestón en una apopeya, en el Paraíso perdido. Quién se ríe? No faltará quien. Cuando Bossuet pronunciaba sus oraciones fúnebres, un cleriguete sordo-mudo estaba por ahí metido en un rincón de Nuestra Señora, riéndose entre la sotana. Esto no lo he leído en ninguna historia, pero así ha de haber sido.

Conque tambien se ríen de Milton los poetas de toda broza? Cuando éstos se ven la cara, deben reirse de sí mismos; y si pudieran verse el alma, llorarían de cosa tan fea y triste. Lástima que no haya ocasión de pagar la risa, como hasta ahora poco se pagaba el llanto en los entierros: qué buena comparsa de *riones* formaríamos con el hato de censores y poetas que tenemos la honra de poseer! Los poetas hoy en día se propagan como el gusano de la seda; y no comen morera solamente, sino lo que pueden. Fuera cosa graciosa algunas docenas de poetas y censores alquilados para reír en los bodorrios. Si se me ofrece, ya sé á quienes he de buscar y quienes han de complacerme.

Volvamos al gallo: y pues los de la tierra no les satisfacen, les doy un gallo en el cielo, y no el de San Pedro, por ser muy conocido, sino otro de mejor cría.

El ángel Gabriel trajo de la Meca el Alborak, monstruo compuesto de caballo y de camello. Montado en él, Mahoma el profeta, subió á los cielos por una escalera de luz. Lo primero que vió fué un gallo, blanco al par de la nieve, y de tal magnitud, que con los pies tocaba el primer cielo, y con la cabeza daba en el segundo; bien que cada uno de los siete estuviese separado del superior por un espacio de quinientos años de camino. Todas las mañanas canta Dios un himno, y el gallo le acompaña. De donde proviene que todos los gallos de la tierra canten á la misma hora. Y el gallito era pequeño en gracia de Dios.

El primer cielo es de plata: allí encontró Mahoma á nuestro padre Adan. Pero ésto no es mi asunto, sino el hartarles de gallos á esas gallinetas que tanto han cacareado. Válgate el diablo! no pensaban nuestros *allspa*–litaratos que yo los tuviese tantos y tan finos á mi disposición. Y no se me han acabado; mas para acabar con éstos hemos hecho ya lo necesario.

Al capón que se hace gallo, azotallo. Y á manera de posdata les he de poner un gallo castellano, un gallo de Cervantes, por si no me entiendan á los latinos, ingleses, franceses y musulmanes.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del *gallo* primo.

---

15 *de junio*

No me hable usted de nuestros diputados, es asunto ingrato, amigo mío. Su elección no prueba sus aptitudes, puesto que se hacen làs elecciones á sangre y fuego. Ve usted venir por ahí una sarta de campesi-

nos engarzados en un cabestro? Son electores, vienen á sufragar. Mire usted desfilar esa retahila interminable de hombres del pueblo: son las milicias que salen en formación á sufragar en presencia y por orden de sus comandantes, habiéndoseles repartido de antemano el voto escrito. Por qué va arrastrado á la cárcel ese ciudadano? Porque ayer sufragó por los candidatos de la oposición, y hoy se ha echado de ver que años há cometió un pecado venial. Si por ventura un desgraciado tuvo un ruin empleo, es ignominiosamente depuesto, si no sigue las *órdenes superiores;* si tiene una justa pretensión, renuncia á ella para siempre; si entabla una acción legal en los tribunales, sale mal porque el brazo del gobernador es más largo que el de Carlos Longimano, y todo lo agarra, y todo lo golpea, y todo lo destruye. Los bandoleros ejercen la justicia en sus cavernas; la equidad es una ley sagrada entre ellos: vaya usted á buscar equidad y justicia en las mesas electorales! Elecciones beduinas, elecciones moscovitas.

La tiranía de un ruin bajá en su provincia es mil veces peor que la del tirano principal. En algunas ciudades el abatimiento de los oprimidos y el desenfreno de los opresores ha llegado á su colmo. Deje usted, el tal sufragio popular es el arma más terrible que manejan los dictadorcillos de la América latina. Sufragio popular y pueblo esclavo: qué ocurrencia!

Y qué demonio, casi siempre se elije lo peor: la virtud, el talento, la instrucción quedan arrinconadas; sería una desgracia el que hubiese quien se acuerde de ellos: para el Congreso se requiere ignorancia, tontera, corrupción: de otra suerte, ¿cómo había de ser *grande hombre* el tiranuelo? No digo que siempre y con todos sucede lo mismo; hay hombres dignos y de valer que á pesar de la opresión son proclamados; pocos, eso sí, muy pocos: quien me afirma que la mayoría no es inepta?

La virtud en el mundo está siempre en lamentable minoría; pero felices los raros pueblos en donde, á pesar de la influencia del poderoso, triunfan los principios justos. Estamos viendo muchas veces á Napoleón corri-

do en el camino eleccionario: Ollivier, Thiers, Julio Favre son diputados perpetuos al Cuerpo legislativo. Y una vez que el gobierno anuló ciertas elecciones, los mismos diputados electos obtuvieron doble número de sufragios. El escándalo en los asuntos públicos es la muestra más clara de la barbarie de un pueblo: gobernantes que no conocen, ó que han perdido el pudor, buenos son para delegados del Czar de Rusia en Polonia. Cuándo se atrevería en Francia ó en Inglaterra el gobierno á intervenir directa y tiránicamente en las elecciones? el sufragio popular es respetado, tiene un sello inviolable: puede seducirse al sufragante, pero no se le compele, no se le oprime, ni se le castiga después. Las bayonetas permanecen en su lugar, los magistrados guardan su puesto. Aquí hemos visto gobernadores presidiendo la mesa electoral, cuando la ley les prohíbe hasta el acercarse por ahí: las milicias van muy activas en tiempo de elecciones; la patria está en peligro; anda la leva furiosa por las ciudades y los pueblos; los esbirros del tirano tienen *mano de hierro*. Y somos libres, y vivimos en república! Qué atrocidad, qué desvergüenza, qué infamia!

La *mano de hierro* es brutal, insensible, agarra lo que puede; y como agarra duro, la presa está segura. Por este sistema, ¿qué diputados serán los nuestros? Diputados esbirros que aprueban y aplauden todas las iniquidades del tiranuelo; hermanos Sansones de París, que tienen á desgracia el que sus tijeras permanezcan ociosas.... Diputados de reata, votos pedarios, oradores de resorte, que se alzan ó se sientan como lo quiere el prestidigitador. Diputados de balanza, maromeros condecorados, volatines con inmunidad. Diputados sordo-mudos, á quienes es preciso enseñar primero el uso de la lengua, para ver de enseñarles á leer y escribir. Diputados de mayoría, cuyo voto aumenta siempre el mayor número. Diputados-plumas, que vuelan á la menor discusión apurada. Diputados paralíticos, que se echan á la cama el día que con su voto pueden enojar á alguna clase poderosa. La diputación es muy variada.

Está la cámara en sesión.

Un senador.

—Que se conceda al Presidente de la República un voto de confianza.

El presidente del senado.

—Párense!
Se paran todos, y el voto de confianza es concedido.

Otro senador.

—Que se declare al Presidente de la República absuelto de cuantos delitos ha cometido y ha de cometer en adelante.

El presidente del senado.

—Párense!
Se paran todos, y el Presidente de la República queda impecable, á semejanza del pontífice romano.

Está la cámara en sesión.

Un diputado á su vecino.

—Me quedo sentado?

—No sea usted bruto, hombre; y para qué fué el convite de Su Excelencia?

Está la cámara en receso. Conversan varios diputados acerca de cosas importantes.—Esa pretensión del gobierno es injusta; no la sufro por mi parte, ni le favoreceré con mi voto, dice un *independiente.*
El ministro le pasa la mano por la espalda, llamán-

dole sonreídamente *señor gobernador ó señor administrador.*

Pues nada más puesto en razón que el deseo del gobierno, dice al otro día el diputado consabido, entre los mismos colegisladores. Y por su voto, el gobierno se sale con la suya.

Un diputado, en su lenguaje.

—Hombre, esta lay yo no lo entiendo.

Otro diputado.

—Ni yo tampoco. Hum....cosa de layes.

Un senador.

—Qué dijo Su Excelencia?

—Que vengamos á comer en su casa. Querés?

—Por de contado.

—Pero ya no tenés voto en adelante.

—Y á mí qué me importa? yo no pido sino galantías.

Está la cámara en sesión.

El presidente del senado.

—Qué hay sobre la mesa, sñor secretario?

—Una solicitud de Paulino Buenaga pidiendo se le mande pagar quince pesos por un bagaje que no se le ha devuelto.

—Está el asunto en discusión.

La cámara se ocupa tres días del bagaje de Paulino Buenaga.

Está la cámara en sesión.

El presidente.

—Qué hay sobre la mesa, señor secretario?

—Un proyecto de ley acerca del uniforme ó librea de los empleados.

—Está el proyecto en discusión.

Se discute tres veces el proyecto, pasa, y el Ejecutivo objeta con gran calor un cierto calzón corto de los administradores de correos. Insta la cámara, y el Ejecutivo se venga con añadir á *la librea* sombrero de dos picos y espadín.

He ahí á los administradores de correos en pelaje de matarlos.

Está la cámara en sesión.

El presidente del senado.

—Qué hay sobre la mesa, señor secretario?

—Una representación de los religiosos de San Diego pidiendo se mande moderar el tropel de las recuas que pasan por las cercanías del convento.

Un diputado muy elocuente pide que el asunto se discuta en sesión secreta; y en sesión secreta opina que realmente los cadáveres del cementerio no deben de estar bien con tanto ruído. La cosa fué muy acalorada, y por poco no llegan á las manos, por no decir á los pies, los oradores.

Está la cámara en sesión.

El presidente.

—Qué hay sobre la mesa, señor secretario?

—Una moción pendiente acerca de reformar el plan de estudios, con modificaciones encaminadas al mayor desenvolvimiento de la instrucción.

EL PRESIDENTE.

—Encarpétese.

Está la cámara en sesión.

EL PRESIDENTE.

—Qué hay sobre la mesa, señor secretario?
—Un proyecto de ley por la cual se suprimen ciertas gabelas onerosas y muy perjudiciales á la asociación civil.

EL PRESIDENTE.

—Lo preguntaremos á Su Excelencia.

Está la cámara en sesión.

—Qué hay sobre la mesa, señor secretario?
—Una solicitud de Dominga Pelagallo pidiendo se le regalen cinco mil pesos á título de indemnización de perjuicios recibidos de un gato en tiempo de Fernando VII.
Un orador pide que el asunto se discuta en sesión permanente.

Está la cámara en receso.

UN SENADOR CANÓNIGO desperezándose.

Háááááááá!

UN SENADOR CORONEL.

—Buena siesta nos ha echado su señoría, señor prebendado!

—Y qué quiere usted, coronel; sino somos hombres de armas tomar.

—Sino de pan comer, y de plata ganar, y de cama dormir, ¿no es ésto?

—No sea usted grosero.

Está la cámara en receso.

UN GRUPO DE DIPUTADOS.

UNO DE ELLOS.

—Pues señor, yo no estoy con los botines de puntera de hule.

OTRO.

—Hombre, si no hay cosa más linda.

OTRO.

—Hace un hielo de morirse.

OTRO.

—Vaya con el calor.

—Está la cámara en receso.

DOS DIPUTADOS, paseándose.

—Estoy resuelto á irme á Europa á hacerme curar la oreja. Qué distancia tenemos? creo que Roma está más allá!

—Parece que viene usted de las Batuecas: Europa está mucho más atrás.

—Qué tiempo se hace ?

—Si va por el Estero Salado, siete meses. Pero en vapor se pone usted en mes y medio.

—Y en un buen macho, ¿ cuántos días podré echar ?

—Si el macho es bueno, quince días.

No hay estilo más claro que el parabólico : las santas Escrituras hablan siempre por parábolas : las comparaciones, parificaciones y símiles son muy del gusto del pueblo, y jamás entiende mejor, que cuando se le personifican los vicios ó defectos, cuando se le ponen por delante las iniquidades ó ridiculeces que se censuran. Autorizado por altos ejemplos, usaré algunas parábolas, ó semejanzas para que se me entienda mejor.

Las costumbres españolas en consorcio con las de nuestros legítimos ascendientes—los indios —tienen casos y cosas dignas de admiración y de compasión á un mismo tiempo. Los que gustan de observar, han visto que, en ciertas fiestas ó bodorrios, los indios más crasos y ordinarios salen de repente vestidos de militares, con casaca bordada y galonada, pantalón de franja, sombrero á lo Napoleón, borlas y argentería de todo linaje, zapatos de cvilla, y espada al cinto. Tras este regio atavío entreparecen las orejas del lobo : el pobre indio, hecho á la holgura y ligereza de su lienzo, no sabe qué hacer de los brazos y las piernas aforrados en esos paños antidiluvianos, cautivo el pie en zapatos de alquiler, y guantes por añadidura. Cara atizonada, cabellera cerdosa, ojos tímidos, y un andar tristemente ridículo, he aquí el personal de ese infeliz Atahualpa. Si no se le compadeciera, causara mucha risa. Pero está de *capitán*, gran categoría, timbre alcanzado solamente por los más *viajeros* indios.

Pues no sé por qué hallo muchísima semejanza entre esos pobres esclavos, que salen una vez al año de parada, y nuestros diputados al Congreso. De buenos hombres, hombres de nada y de no nada, vienen éstos de las provincias, gozan de inmunidad, y se pasean en la capi-

tal con mucha presopopeya, pensando que realmente son gente de chapa. La diputación, la inmunidad, la categoría no son sino el casacón bordado, el sombrero de dos picos y la espada de *los capitanes*. Despójelos usted de ese vestido, y quedan unos hombres infelices, á quienes sin escrúpulo se puede pedir candela.

Siguen las parábolas.

Un jóven de buena familia, de esos que no han inventado la pólvora, entró en la carrera de las armas: Por *despalpajarse* un poco, dijo, no porque le faltase qué comer en su casa. Diéronle el grado de alférez, bueno; y como los oficiales de su regimiento tuviesen las noches *academía*, nuestro aspirante nunca pudo acertar con la lección, ni dió al comandante respuesta que no fuese un desatino. La ordenanza militar, en uno de sus artículos, dice, que el soldado ha de andar limpio, bien traído, airoso: la chupa con botones, entera, ó con remiendos bien hechos, y otras disposiciones no menos importantes. Pues cuando le llegaba su vez al noble alférez, todo lo decía al revés; y eso que tenía rentado á un comilitón, amigo suyo, para que, puesto tras él, no le dejase errar. Socarrón de plana el amigo: todo lo soplaba cambiado.

—Alférez tal, dice el comandante, ¿cómo debe ser la chupa del soldado?

—La chupa........la chupa........

Y con el pie implora el auxilio del amigo.

—Con remiendos mal hechos, sin botones! le dice el soplón por lo bajo.

—Con remiendos mal hechos, sin botones! repite el alférez.

EL COMANDANTE.

—Con que con remiendos mal hechos, sin botones ....Vaya usted arrestado por dos días.

Así son nuestros oradores: La chupa........la chupa........y se acabó.

Una excelente señora, hablando de cierto galán, dice en voz apretada y precipitada: Con el un brazo abraza á la Conchita, con el otro brazo abraza á la Manuelita: ni se sabe á cual quiere más.

He aquí el símbolo de nuestros diputados de dos caras, semejantes á la estatua de Jano: con el un brazo abrazan á la Conchita, con el otro brazo abrazan á la Manuelita: ni se sabe á cual quieren más.

Un mudo con habla, de esos que son el todo en una casa; que ponen leña, traen agua, barren el patio, pero en descuento de estos servicios son enamorados de todas las criadas; desapareció impensadamente de casa de un amigo mío. No hubo quien no le sienta; y cuando al cabo de tres años no había quien se acordase de él, venle un día derepente paseándose en el corredor, muy peripuesto, con pantalón almidonado, *poncho* y sombrero nuevos.

— Vengo á saber si me caso ó no, dice; y cuenta con que me digan Juancho, porque ya vengo de otro genio; por eso mismo me he perdido tres años enteros. Ahora me llamo Juan Manuel.

—¡El Juancho, el Juancho ha venido! siguen exclamando los demás sirvientes.

—Ya digo que vengo de otro genio: si no me llaman Juan Manuel, me he de acabar de ir, y no me han de ver más.

Si nuestros diputados quieren que les llamemos Juan Manueles, vengan de otro genio, siquiera por esta vez; sino, les hemos de llamar Juanchos, aunque se acaben de ir.

Continúa el 27 de Julio.

Mis recuerdos, en política, no remontan sino hasta el tiempo de Roca; y puesto que ajeno á ella entonces por carácter y por edad, no deja de presentarse á mi me-

moria aquella animación general, aquella ocupación intelectual, aquel hervir de la gente en estudios, asuntos de gobierno, artes y más cosas pertenecientes á la sociedad humana. LIBERTAD era una palabra de sentido, un cuerpo con alma, un guisado sustancioso: el Gobierno tenía gran partido, pero también gran oposición; y oposición ilustrada, valiente, emprendedora: lejos de *esconderse* los diputados, ponían el pecho al peligro, acometían grandes proyectos, acusaban á los gobernantes y clamaban á grito herido por las leyes violadas. El Gobierno por su parte era esforzado y fuerte: un ejército aguerrido y disciplinado, el ejército de marzo, estaba á su disposición; y con todo, los congresos eran completos; se proponía, se discutía, se resolvía, y muchas veces á despecho del Gobierno. Es que el Gobierno tenía por ley la observancia de las leyes; y la opinión pública, y el concepto de las otras naciones no había llegado al menosprecio que han sufrido en la última y prolongada tiranía. El Ecuador era nación entonces; *nacioncita*, pero *nación*; se enseñaba y se aprendía, se gobernaba y se dejaba gobernar, se hablaba, se escribía, se tenían noticias del mundo y se formaba parte de él. Un cierto gozo impreso en el semblante general indicaba el buen ánimo de los ciudadanos; y esa actividad, y ese deseo de tomar parte en los asuntos públicos, y ese empeño de todos en contribuir al progreso, hablan ciertamente muy en favor de aquella época de la República. No pretendo lavar de toda mancha á ese Gobierno; defectos ha de haber tenido, como formado de hombres; pero la resultante de todas sus líneas es recta, prolongada y muy airosa.

El agio deslustra ese Gobierno; llega Urbina, y el agio es extirpado (Hagámosle justicia, por Dios! por desgraciado que ese hombre sea;) mas como contrapeso de este bien, nos trae un mal inmenso, un mal que consigo arrastra muchos males: arma el brazo militar contra el civil, cada *jefe* es un emperadorcillo tiranísimo, cada soldado un cruel enemigo de las otras clases de la asociación. Los militares son los protectores del pueblo en las naciones civilizadas: mil veces he visto en

Francia al soldado tomar por suya la protección del infeliz oprimido; pero nunca ví que un soldado robase, ni estropease, ni tiranizase de ninguna manera al ciudadano desarmado. Donde el clero no es virtuoso y la milicia moderada, no hay civilización, desengañémonos.

García Moreno corta las cien cabezas de *esa hidra*,—la clase militar; la acomete, la persigue, y herido en mil partes, se retuerse á sus pies el monstruo, no bramando, sino gimiendo humildemente. Viva García Moreno!

Mas con la sangre de este dragón alimenta otro: quita la soberbia al uno, y ensoberbece más y más á su contrario; corta las cien cabezas, y engendra miles; desarma un brazo y arma ciento. Iniquidad! iniquidad!

Ha sacado al clero de sus quicios, le ha armado con armas ajenas á su profesión, le ha despertado ambiciosos y malos pensamientos: multiplicándolo sin fin, despoblando los conventos de Italia y España, nos ha ahogado en un mar de eclesiásticos del todo innecesarios. Buenos serán ellos; pero si rompen el equilibrio de la comunidad republicana, por fuerza y razón vienen á ser perjudiciales. Todas las clases deben guardar cierta correspondencia en el número y la importancia; si los militares fuesen más que los civiles, la nación sería perdida; si los clérigos componen el mayor número, es perdida la nación. En cualquiera de estos casos viene á suceder lo que con aquellos escitas, que habiendo salido á una guerra lejana, á la vuelta hallaron que los esclavos se habían apoderado de sus esposas y haciendas, tras un decreto por el cual se declaraba infame al hombre libre y benemérito al esclavo. Era que los hombres libres estaban en minoría, y *se habían dormido*. Milicia, clero, todo es necesario en la nación; pero de modo que cada cual gire en su órbita respectiva, sin más rapidez que la imprimida por el natural impulso. Si salen de su atmósfera, van impetuosos, pero errantes y perdidos por el espacio, á modo de esos meteoros siniestros que aterran por un instante al vulgo, y desaparecen para siempre. Qué amable, qué socorrido, qué útil, qué necesário es un clero necesario, útil, socorrido y amable!

Pienso que sin clero no pudiera haber nación; mas pienso también que con demasiado clero hay menos nación de lo que conviene. Cuando el Señor aconseja la sobriedad hasta en la sabiduría, ¿no seremos sobrios en la ignorancia? No pongo aquí un epigrama: los sacerdotes sabios y virtuosos metan la mano en el pecho, y digan si estoy en lo justo.

El buen gobernante debe ilustrar al clero, no aumentarlo; el buen gobernante debe ilustrar á los militares, no insolentarlos. Buen gobernante es el que se apoya en todas las clases igualmente, que á todas apoya, á todas proteje, á todas contiene, y junto con ellas se engrandece, y siembra el cariño y el agradecimiento en el pecho de sus conciudadanos. No estamos ya palpando los efectos de esa superabundancia en el clero? En poco estuvo ayer no más que el pueblo, levantado enfurecido, diese una lección terrible........Virtud, amigos, cordura y desprendimiento. Cuando le apuran, cualquier pueblo es como el pueblo de Marat; cuando le apuran, cualquier pueblo es como el pueblo de España, el pueblo de 37....

Con que nosotros vamos para atrás: compárese el silencioso abatimiento en que yacemos; la insipiencia y la pereza públicas; este infamante pero invencible miedo de todos; compárese, digo, este tristísimo cuadro de que formamos parte, con aquel que he bosquejado más arriba, y díganme sino vamos como envueltos en esos fríos vientos del infierno, que Dante hace correr en sentido opuesto al natural. ¿Cuándo nos salvamos? Nunca, si un hombre sólo ahuyenta á los demás; si porque oyeron decir que viene *tal senador* con su vergonzosa diputación, empiezan á *enfermarse* unos, á estar *sumamente ocupados* otros, á escusarse y huír la mayor parte. Los pueblos les han dicho: Os elejimos, para que nos dejéis en manos de nuestro enemigo? Diputados-comadrejas, bien merecen que *el gran mayordomo* los pele á todos, los ensarte en su asador, y los haga reventar al fuego.

En cuanto á *ese senador*, no debe buscar en el congreso un asiento que nadie le ha ofrecido: por honor,

por dignidad, por amor propio, por orgullo, García Moreno debe esperar la resolución del Senado, y no ir ahí desde luego á romper con la concordia, á desterrar la paz y á disturviarlo todo desde el primer día. Yo no sé de donde le ha venido á este hombre el convencimiento de que la nación es propiedad suya: todo lo quiere, y todo lo quiere por la fuerza: si no fué electo senador, ¿ por qué se empeña en ir al Senado?

El Senado está en el deber de excluirlo de su número por conveniencia y por justicia. Por justicia! óiganme bien los que dicen, aunque no lo piensan, que en justicia García Moreno es senador. Obtiene dos ó trescientos sufragios en competencia con otro ciudadano: la junta calificadora califica estas elecciones; el candidato popular, el elegido por tres ó cuatro mil votos es declarado legalmente electo. Hablan las pasiones, mueve los brazos la iniquidad, y un solo individuo anula lo resuelto, y trescientos individuos son más que tres ó cuatro mil. Es esta la justicia? Senadores *justos*, senadores *jueces*, oídme—.

El legislador se remonta al origen de las cosas, el filósofo investiga la verdad, el juez busca y proclama la justicia. Y no la justicia de covachuela, la falsa y ruín justicia, las vanas sutilezas, porque el juez, el legislador y el filósofo no son abogadillos; sino la justicia verdadera, la justicia elevada, la justicia reina: esta justicia es la moral, la filosófica. La justicia absoluta, la estricta justicia es mezquina muchas veces; el hombre de clara inteligencia y de conciencia se queda á la relativa, entendiéndose por ésta aquella que rompe las ataduras con que la quiere sujetar la malicia, y se encumbra, y llega á Dios. ¿ Cuál es la *estricta justicia*, amigos míos, tras la cual se está escondiendo el miedo en unos, el vil interés en otros? Si así sois justos, los electores tendrán derecho en adelante para dudar de vuestra integridad, ó cuando menos de vuestras luces, y enseñándoos con el dedo, dirán: Á ésos, nó! Y si conseguís ocultaros á los pueblos, la vista de sus amigos es larga y perspicaz, y la imprenta tiene mil variadas y aterrantes voces.

No entiendo ni disculpo el terror que algunos tienen á García Moreno: cuando disponía de las armas;

cuando todo era mandar él y obedecer los demás; cuando uno no podía ser libre, ni justo, ni digno, sin exponerse al patíbulo, ó al calabozo, ó al destierro, racional era el temor, el miedo era cordura. Mas ahora? Se imaginan por ventura que Don Jerónimo Carrión le prestará la mano, que pondrá á su disposición batallones de soldados para que haga lo que quiera; que le apoyará, le aplaudirá sus violencias? No por cierto: pues en qué se funda este infamante, despreciable miedo? Demos que él personalmente acometiese, matase uno: ¿no moriría él en seguida? Ese *uno* puede temer, aunque no debe; pero diez, pero veinte, pero ciento, pero mil? Qué depravación, qué falta de honor y de vergüenza! Vamos, caballeros, dejemos de ser esclavos, principiemos á ser hombres; dejemos de ser víctimas, principiemos á ser ciudadanos; dejemos de ser perros, principiemos á ser gente.

La opinión es vastísima en favor del buen sistema; el Congreso hallará apoyo, el individuo no debe temer, porque cada cual es su propia salvaguardia. Qué! tánto importa la vida, para que sacrifiquemos á ella libertad, dignidad, conciencia, pundonor? Ó se imaginan ustedes que García Moreno ha de abrir las sesiones con media docena de cachetes á cada uno, con una patada á éste, un cabezaso á ése, un rodillazo á aquel, un mordisco al de más allá? Por desapoderado que sea, ésto no puede suceder; luego en qué se funda el miedo? Matar, no ha de matar; y si mata, buen provecho; así podremos también safar de él; acaso es invulnerable? ni siquiera es impermeable.

Acuérdome de un cuentecillo que aquí encaja de perlas. Frecuentaba un hombre tal parte de un camino: viandante que pasaba, caía en sus manos. Era forzudo el hombre, y muy feroz de aspecto. Deme usted tanto, porque sino........ decía con voz terrible á cada viajero. Nadie le argüía, por cierto. Pero un día llega uno de cáscara amarga, como dicen; uno de esos que traen el alma atravesada en el cuerpo. Deme usted tanto, porque sino........exclama llegándose á él el Calaiculiambro consabido.

—Qué porque sino, canalla! grita el viajero, y tira por su revolver.—Porque sino, repone el otro dulcemente, no almuerzo hoy día.

Que haya no más uno de cáscara amarga en el Senado, y verán como nuestro amigo Don Gabriel no almuerza hoy día.

Dícese que por ahora la mayoría de senadores y diputados se compone de hombres de entender y de saber; ésto es mucho, aunque no sea sino una galantería de mi parte; si en el curso de la sesión prueba lo contrario, ya veremos.... Mas yo quisiera que antes fueran de conciencia y de firmeza, de pundonor y dignidad: el hombre digno, pundonoroso, firme y concienzudo, viene á ser valiente por necesaria consecuencia, como que no es sino valor cada una de esas virtudes. El excesivamente pusilánime está siempre á un paso del envilecimiento, y muchas veces da en la infamia. El Congreso es un cuerpo majestuosísimo, revestido de grandiosos derechos y de extensas facultades. El Congreso, como cuerpo legislativo, es superior á todos los consejos y tribunales de la República: el Congreso es un templo santo que no debe ser profanado por los herejes del honor, por los apóstatas de la verdad, por los protestantes de la conciencia.

---

23 *de Julio.*

Qué asunto para una carta, amigo mío, la revolución de Colombia, la caída de Mosquera! Ha caído Mosquera, y me parece bien; América no debe sufrir dictadores. La disolución del Congreso fué una *medida* rusa, y los colombianos hubieran merecido un Mourawieff, si la hubieran tolerado. Mosquera progresaba demás: á un lado las pasiones, qué caramba! progresaba como conquistador, á sangre y fuego, destruyendo mil cosas que debía respetar, fundando lo que debía permanecer ignorado por los pueblos. Le ha sucedido lo que á esos jigantes de los griegos, que daban pasos desmesurados,

se tragaban leguas y abismos, y cuando abrían los ojos no sabían donde estaban. Conviene tentar primero el vado, hacerse de un buen bordón, para pasar segura y firmemente con la República al hombro, á modo de San Cristóbal. Todo lo que se hace con demasiada precipitación, queda deshecho en la primera oportunidad: los manjares más sustanciosos y exquisitos se cuecen á fuego lento; los hervidos por la posta quedan crudos en lo interior, aun cuando la superficie deje ver una agradable tostadura.

Mas en cuanto á las intenciones, viene ya á ser otra cosa: paréceme que Don Tomás Cipriano las abrigaba rectas y elevadas. Se le puede tachar de imprudencia y de precipitación: de iniquidad, nó, mil veces nó. Ha sido fuerte en los medios, tiránico muchas veces; mas el impulso que le movía, era el amor al progreso humano, el triunfo de los principios liberales, el engrandecimiento de la patria. Mosquera es uno de los americanos más notables y más recomendables por el talento y por las acciones: ha llevado adelante grandes obras: Colombia le debe muchos bienes; pero él le debe también algunas lágrimas: desgracia! sólo Jesucristo fué inmaculado en su carrera; Él solamente no hizo mal á ninguno de sus semejantes. Me parece conveniente la caída de Mosquera; pero es justo respetarle, agradecerle y pagarle en la desgracia, lo que los colombianos deben á su inteligencia y á su espada.

Digo que la caída de Mosquera es conveniente? No, por ahora no convenía: la alianza americana ha perdido un auxiliar poderoso, la causa republicana ha descubierto un anchuroso flanco. De aquí se deriva naturalmente la grave responsabilidad del Congreso de Colombia, la imprudencia ó la malicia con que ha procedido, desentrañando y denunciando los importantes secretos de la alianza con Mosquera. Yo, al Congreso y á Mosquera les tendría en el *Observatorio*, ó más bien en Bicetre. Basta por ahora.

61

EL COSMOPOLITA.

NUM. 5.

EGOTISMO.

Los solitarios de Puerto Real inventaron esta palabra adecuada en todas las lenguas para dar á entender aquella tendencia de los autores á hablar de sí mismos. No se me acuerda haberla visto en castellano, y si esta fuese la primera vez que vistiese á la española, los solitarios fiarían por mí, y con su pasaporte no me sería difícil atravesar el campo de los críticos. Hablar siempre con elogio de la propia persona, haciendo de sabio ó de señor, incurriendo en vanidad de cualquier linaje, es verdaderamente digno de censura; pero hay un egotismo inocente, y aun necesario, que no merece vituperio. Al es-

critor se le ofrecen mil ocasiones de presentarse como actor, en cuyo caso el *yo* es indispensable; otras sirve de testigo, y el yo no está demás; otras da su parecer, y el yo no es impertinente. Nosotros que en nuestra ignorancia nos extremamos en todo, andamos descarados hablando de nuestro mérito, ó no podemos sufrir que el autor entreparezca de ninguna manera en sus escritos. Modestia y oportunidad es el buen término; si bien hay obras de tal naturaleza, como los viajes, las memorias, la polémica y otras, donde la persona que padece ha de servir siempre de sujeto: el deleite ó el enojo que ellas produzcan dependerá del pulso del escritor, de su buena ó mala compostura.

Sobre las razones enunciadas, sucede que á uno le asisten otras especiales, como cuando para su intento es indispensable tratar de su persona y de sus cosas. Así, yo que necesito disponer en mi favor el ánimo de mis compatriotas ahora que voy á escribir de nuevo, les importunaré con algo relativo al autor, por parecerme de todo punto necesario; no tanto hablando de mí, cuanto haciendo hablar de mí á otros. Triste cosa es vivir luchando con los mismos á quienes les cumple defendernos, ya por que va en ello la importancia nacional, ya porque no es de gente hidalga encarnizarse en un hombre que no da ocasión, sino es su anhelo por ilustrarse junto con sus semejantes. Pensarán talvez que ésto es encarecimiento y modo de decir; mas yo tengo razones para creer que aun no se me perdona, y que el callar de muchos, antes proviene de mezquinos que de nobles sentimientos del ánimo. Junto con ésto el desengaño sufrido en una de las principales ciudades de la República, me obliga á decir lo que debía callar, á manifestar lo que me proponía mantener oculto. Pues habiendo últimamente un sujeto provocado una suscripción para "El Cosmopolita," se le pusieron condiciones tantas y de tal naturaleza, que bien daban á entender lo poco en que se tenía allí ese escrito. No me angustia semejante displicencia, y si no fuese conveniente volver á la pluma, no habría para qué aludir á esas pequeñuelas desgracias. Pero han de ver con quien las han *mis amigos* y enemi-

gos, y si al fin llegare el día del sacrificio, sabrán siquiera á quien sacrifican y por qué género de crímenes. Bogotá es una de las ciudades más cultas y entendidas de la América española, donde no escasean literatos ni buenos ciudadanos: los granadinos tiran á ser en dicha América lo que los franceses en Europa, lo que los atenienses en la antigua Grecia, regenteadores y maestros del progreso humano; y tan celosos de su preeminencia, que conceden poco á los demás, y al Ecuador.... nada. He aquí la razón por qué he preferido autorizarme con los juicios de esos hombres, cuyo dictamen no traerá consigo la sospecha de parcialidad, y menos la de lijereza. Caro, Cuervo, Jorje Isaacs, *el último de los santafereños*, y otros distinguidos colombianos, de nombradía americana varios de ellos, que me han hecho la honra de dirigirse á mí, cual con sus cartas, cual con sus libros, son en verdad jueces más competentes que *ciertos* ecuatorianos. Necesito dar peso á mi palabra, y ya que es indispensable dar también fuerza á la expresión, me valdré por ahora de dos ó tres expresivos documentos que me servirán de salvoconducto y cartas de recomendación para pasearme garboso en el mundo de las letras.

Señor Don Juan Montalvo.

Quito.

Bogotá, Setiembre 30 *de* 1867.

Muy Señor mío:

Por una feliz casualidad cayó en mis manos días hace el libro IV de "El Cosmopolita." Luego que lo hube leído me dirigí al Señor Pontón, editor, que tiene agencia de periódicos en esa ciudad, á fin de que pidiera ó hiciera pagar por mi cuenta dos ejemplares de tan interesante publicación. Propúseme tambien escribir á usted felicitándole; tal es el objeto de la presente.

Digo á usted sin lisonja que me ha sorprendido en sus escritos un raro conjunto de condiciones por una parte difíciles de conciliar, y por otra nada comunes en es-

critores americanos. Hallo en usted un estilo natural y rigoroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada.

Por lo que hace al fondo noto elevación de miras, grandeza de pensamientos, riqueza de recuerdos. Francamente, no estoy de acuerdo con usted en muchos puntos, como que pertenezco á la escuela conservadora. Mas ésto mismo abona mi humilde voto de aprobación. Fuera de que, si disentimos en los medios [me refiero á la política] la causa final, el objeto de nuestras tendencias es uno mismo: es á saber, la prosperidad y el engrandecimiento de la América española.

"No hay gusanillo que no pueda enseñarnos algo," dice usted. Yo, alentado por esta consideración, y confesando desde luego mi incompetencia, me tomo la libertad de indicar á usted que he hallado en "El Cosmopolita" un giro neológico que no conceptúo digno de campear en páginas tan bellas; es esa construcción del verbo *ser* con la partícula *que*. "Es por ésto que no me parece,...." (pag. 51). Tacha Bello con mucho empeño semejante construcción, la cual efectivamente no ocurre en los clásicos de la lengua. Úsanla *todos* los escritores americanos; sorpréndeme en usted, porque usted no lo parece, sino español, y de los mejores tiempos.

Noto también que usted sigue la reforma ortográfica colombiana; ó acaso ésto depende del impresor? Como quiera que sea, por el próximo correo remitiré á usted unos artículos que voy á publicar en favor del sistema académico, sujetándolos desde luego á su ilustrada consideración.

Envío á usted unos cuadernos impresos, muestra de mis versos; y pronto tendré el gusto de enviarle una *gramatica latina*, escrita en colaboración, y mis opúsculos morales que están en prensa. Siento una verdadera satisfacción de poder someter mis humildes producciones á un juez americano tan competente como usted.

Perdome usted la franqueza con que me introduzco en su amistad, y créame su más decidido amigo y estimador.

Miguel Antonio Caro.

P. D. Agradecería á usted infinito me favoreciese con su retrato en fotografía.

Autorizo á usted para hacer uso de esta carta en la parte que le convenga.

Señor Don Miguel Antonio Caro.

Bogotá.

San Juan de Dios, á 20 *de Noviembre de* 1867.

Muy Señor mío:

Recibí la estimable de usted fecha en Bogotá el 30 de Setiembre, que se ha servido dirigirme con ocasión de mis escritos. La aprobación y el aplauso de usted me ponen en no despreciable lugar, y es mucho para mí el que literatos tan cabales me hablen en términos de hacerme presumir algo de mí mismo. Verdaderamente el que usted pertenezca á otra escuela que la mía en ideas políticas y sociales, abona, como usted dice, y ennoblece, como yo añado, su respetable voto. Veo por él bondad de corazón y elevación de ánimo; pues lejos de apocar, como se acostumbra entre hombres de escasas virtudes, al que da un paso adelante, me ha llenado usted de animación y consuelo. Hay también aquí entendimientos elevados y sanos corazones: el sufragio de ellos junto con los que me vienen de lejanas tierras y de hombres eminentes, me mantienen la pluma en la mano y la tranquilidad en el espíritu. La sinceridad respira por todos los renglones de su carta, Señor Caro: después de tratarme cual si fuese yo persona autorizada por la edad y por las luces, se introduce modesta, pero acertadamente, á corregirme mis errores. Y puede haber cosa más lisongera para mí que hombre de tan buen gusto y tan celoso de la esencia como de la forma, no hubiese hallado sino un neologismo inadmisible en tan dilalado escrito? No pensaba yo que escribía tan acertado como usted lo reconoce; pero si soy *español y de los mejores tiempos*, que más me quiero? Yo había pensado

cultivar la lengua francesa y escribir en ella, por cuanto es el idioma del día en todo el mundo; y cuando ya principiaba á verificarse mi ambición, como usted lo verá por los impresos que le envío, la suerte se me puso zahareña derrepente, y con un fiero ademán me volvió á echar á este rincón. En América se habla *americano;* pero á mí me gustaba hablar castizo, y he leído, y he estudiado. La estimación de los buenos literatos y la ojeriza de los ruines es el fruto que cosecho: bien recompensado estoy.

En cuanto á las ideas y las afecciones, Señor mío, me rijo por los selectos libros que no dejo de leer, y que me aprovechan tanto más, cuanto que mi humilde inteligencia y mi corazón en ninguna manera se oponen á lo que encuentro bueno y grande en mis lecturas. Nuestro propósito es laudable, el engrandecimiento de la América española; y con el engrandecimiento de tan espaciosa parte del mundo, el de nuestra especie en general; pues quien sufraga por las partes sufraga por el todo, y quien cura los miembros cura el cuerpo.

De *la reforma* no se halla en mi obrita sino dos letras refundidas en una, la g y la j; y esto autorizado por eminentes escritores españoles, entrándome, algo tieso es verdad por esa puerta entreabierta que dejan la Academia y Salvá á las reformas gramaticales; pues tan poco determinado es el uso de aquella misma en orden á esas consonantes, que con frecuencia anda confundiéndolas, como lo observa Don Vicente. No habiendo llegado las lenguas modernas á su perfección, algo conviene hacer por su pulimento, con maña eso sí, y muy á pausas. He leído los dos artículos acerca de esta materia que usted me ha hecho el favor de remitirme: bien me parece todo aquello y perfectamente escrito. Ilustre usted el majestuoso castellano, y tíreles la rienda á estos fogosos corceles sud-americanos, que se beben el viento y atropellan por todo, sin curar de los estragos que hacen en los ricos y floridos campos de la lengua de Cervantes. Mas nada hay que decir en bien de España á este respecto: en América ni en Marruecos se habla ó escribe peor castellano que en Castilla: separemos el

escaso número de buenos escritores modernos, y todo es galiparla, traducciones zarramplinas cuajadas de francesismos, en el todo diferentes de las obras del siglo de oro de la lengua. El español se perderá en España, supuesto que pocos estudian á Capmani, Clemensín, Galiano, &c., y supuesto que Baralt, nuestro benemérito compatriota, está olvidado allí. Y téngase por regla, que quien más cerca vive de París habla el peor castellano, verificándose una monstruosa hibridación. Fígaro y Mesonero tratan de perlas esta materia, bien que ellos mismos no son de los más puros, *pues toledanos hay que no la cortan en el aire en ésto del hablar pulido*. Nosotros acojamos á Moratín y Jovellanos, y guardemos á la cabecera en una caja de oro las obras de Capmani y de Baralt. Lengua hablada por Fernán Caballero, Castelar y Gallardo es verdaderamente principal en Europa.

....

Ansío los escritos que usted me ofrece, y no dudo que el efecto corresponderá al deseo en este su atento amigo y seguro servidor, que agradece por extremo las halagüeñas y bien sonantes cláusulas con que usted le ha distinguido.

Juan Montalvo.

Señor Don Rufino Cuervo.

Bogotá.

San Juan de Dios, á 30 de Noviembre de 1867.

Muy Señor mío de todo mi aprecio:

Recibí su muy estimable carta fechada en Bogotá el 17 de Octubre. El que hombres como usted me escriban con ocasión de mis escritos, habla mucho en mi favor; y sufragios tan competentes como el suyo bastan para establecer el buen nombre de cualquiera. Mi pobre escrito no puede *servir de gala á la biblioteca de usted;* mas ya que lo desea, allá vá como prueba de estima y gratitud. De buena gana habría yo escusado el en—

viarle el libro 1°. de "El Cosmopolita;" mas la benevolencia de usted disimulará los infinitos yerros y defectos de un principiante, y eso servirá además para que vea con qué paso he adelantado, más en la moderación y la filosofía que en el arte de escribir..............

Si usted se digna favorecerme en adelante con sus cartas, sus observaciones me servirán mucho, y de ello sacaré más ventajas que de la bondad con que usted llama *tan elocuente* la obrita que estoy publicando..

La amistad de usted será para mí una satisfacción; y aceptando su comedido ofrecimiento, me aprovecho de esta oportunidad para ofrecerle á mi vez la mía y repetirme de usted atento y obsecuente servidor.

Juan Montalvo.

Señor Don Juan Montalvo.

San Juan de Dios.

Bogotá, 29 *de Enero de* 1868.

Muy Señor mío de todo mi aprecio:

Recibí la muy estimable de usted fecha 30 de Noviembre del año pasado y contestación á la mía de 30 de Setiembre del propio año. Al dirigirle á usted aquella, hícelo impulsado por el interés que naturalmente anima á toda persona en favor de obras que por la filosofía y erudición que entrañan, así como por su estilo robusto y castigado lenguaje, honran á la nación que tiene la gloria de contar por hijos á sus autores. Mi voto.... no debe tener para usted otro valor que el de estar acorde con la opinión de cuantos sujetos entendidos han visto en esta ciudad los escritos de usted, y el ir espresado con toda la cordialidad que cumple á quien anhela por coadyuvar como usted á la ilustración de sus semejantes y al triunfo de los derechos del hombre.

Agradezco sobremanera la solicitud y generosidad

con que usted ha acudido á satisfacer mis deseos y proporcionarme, como en mi primera le decía (en contra de lo que le persuade su modestia,) el medio de engalanar la biblioteca de ésta su casa con una obra tan elocuente como la suya.

....

Quedo más curioso que antes por ver los primeros libros de "El Cosmopolita;" esté usted seguro de que, si logro hacerme á él, lo estudiaré con todo cuidado, más que para dirigirle observaciones, con el fin de reconocer de corazón el aprovechamiento que sin duda derivaré de su lectura, y hacer de ello un motivo para mantener una correspondencia que tanto me honra y tanto fruto me promete.

Echa usted el sello á su benevolencia al ofrecerme su amistad: es ésta una prenda que me enorgullece, y me apresuro á aceptarla, mirando como la mayor satisfacción para mí el que usted me cuente en el número de sus mas decididos amigos.

Rufino Cuervo.

DEL PERIODISMO.

Entre las invenciones de los tiempos modernos, el periodismo es una de las que más ha contribuído para la civilización y el adelanto del género humano. Los antiguos no conocían este género de correspondencia, y las ideas de los escritores no iban sino á pausas á iluminar el celebro de sus semejantes. La prontitud es la divisa de estos siglos: se camina, se comunica por la posta; se piensa, se siente más pronto; y, lo que no es muy halagüeño, se vive, se muere de prisa. La imprenta y el periodismo son respecto del pensamiento, lo que los ferrocarriles y el vapor respecto de los intereses materiales: el filósofo, el poeta necesitaban antes rimeros de pergamino para desocuparse de aquel mundo interior de concepciones y afecciones, que agitándose dentro de ellos como un dios encarcelado, los traía inquietos, en esa divina inquietud del que se ahoga con un universo dentro de sí mismo. *Deus est in nobis,* decía el romano; y para que esta divinidad se difundiese por el mundo convertida en armoniosos versos, Ovidio había menester un sinnúmero de pendolistas que copiasen y multiplicasen de una en una sus obras inmortales. Juan de Guttemberg remedió este inconveniente, poniendo alas al pensamiento, que en la antigüedad solía andar á pie y á duras penas: ahora anda á caballo, como quiere Luciano que ande la historia; ahora vuela en medio de un torbellino de blanco humo, mugiendo y retumbando en la locomotora; ahora se echa al mar sin recelo, y rompe las olas, y desafía á los vientos, y mide la tierra en línea recta, y la ciñe con un perfecto círculo; ahora se encumbra por los aires, y anda por ahí echando la vista á un lado y otro, investigando esas regiones, viendo cómo romperá por el rebelde elemento á ciencia cierta. Las ideas corren como el agua, fácil, conocida y abundantemente; se reparten por toda la tierra; la humedecen, la fecundizan, y la cosecha es pronta y de buena calidad. La imprenta, esa maquinilla de tan mezquino aspecto,

es un trípode sagrado, en donde la inteligencia, sacerdotisa invisible, está bramando en su acceso celestial, y advirtiendo al hombre los secretos del hombre y de la naturaleza en sus milagrosas inspiraciones. Por eso los que destruyen la imprenta, matan una divinidad; bien así como el sacrílego pagano hería en el árbol santo á las deidades escondidas en los bosques encantados. Respetamos la Iglesia los cristianos, la mezquita respetan los muslimes, la sinagoga los judíos; pues la imprenta es el templo de la religión universal; judíos, muslimes y cristianos debemos respetarla. El dios, los ángeles y santos que habitan ese templo no tienen imágenes palpables; no importa, ellos existen: callad, contemplad, esperad: los veís, aunque cerreís los ojos; los oís, aunque os cubraís los oídos: tienen hasta olor, despiden de sí una esencia sutil, vivificante; los percibís, aunque estorbeís el olfato. Esos entes imponderables tienen ganado el mundo, reinan en todas las naciones civilizadas, y las bárbaras serán por ellos convertidas á la civilización, este cristianismo vestido de política, esta religión honesta, pura, santa y encumbrada.

Los que por medio de la imprenta procuran desviar de la verdad á sus semejantes y tiran á corromperlos, esos son los sismáticos y herejes, á quienes en justicia se debía levantar autos de fe. Si su inventor hubiera sospechado el uso que algunos hombres de fea naturaleza habían de hacer de ella, habría desbaratado su máquina: la imprenta debe ser, y es en las naciones pulidas, una tribuna sagrada: el escritor el sacerdote, el género humano el auditorio, el mundo el santuario. Si el sacerdote blasfema, si invoca al espíritu malo, si vocifera y se retuerse como un poseído, profana el santuario, insulta á la divinidad, y todos tienen derecho de sacarle fuera, como el Señor echó del suyo á los fariseos. La sabiduría política, la urbanidad caballerezca, la templanza en el decir y el obrar son tan necesarias entre individuos como entre naciones. De aquí proviene la necesidad de que el escritor sea instruído, medido, cuerdo: ni se le ocultan los puntos de derecho, ni se le ignora la ciencia diplomática, ni desprecia

las leyes de los pueblos á donde se dirigen sus escritos, ni suelta la rienda á sus pasiones, ni en impetuoso disparo va á estrellarse contra la inocencia hiriéndola de muerte: prudente, comedido, avisado, he aquí las dotes del escritor que se propone mantener en su punto los derechos, abogar por la libertad y difundir las luces civilizadoras. Al periodista que pone en cuenta la concordia de dos naciones, por aquel mal mirado entono y provocador orgullo con que á las primeras trata gravísimos asuntos, debe su Gobierno, si no le castiga, amonestarle cuando menos. La palabra es el lazo de las voluntades: si dura y nada corrediza, no se forman con ella los nudos de la amistad, ni sirve de conducto á las ideas y los fines de los hombres. La imprenta es una rica mina, que beneficiada con habilidad rinde tesoros: es una rica mina en manos del misterioso *Junius*, que desde su ignorado asilo hace temblar el trono y pedir treguas al Parlamento; que echa por tierra ministros todo poderosos y obliga á caer de rodillas á los *lores*; que suspende al orador en la tribuna, al poeta abrazado con su lira, al escritor agachado en su bufete. La imprenta es una rica mina en manos de Addison, que toma en las palmas la sociedad humana, la mira, la vuelve, la toca con el dedo por todas partes, é indica los puntos corrompidos, propinando esencias celestiales por remedios. La imprenta es una rica mina en manos de Beccaria, que echa en un diario los cimientos de la obra inmortal "De los delitos y las penas." La imprenta es una rica mina en manos de Gothe, que desentraña los secretos de la poesía, y ara y siembra, maestro, el campo de la literatura: la imprenta es una rica mina en manos de Saint Marc--Guirandín y de Armando Carrel, de Gladstone y de Beales, de Larra y de Mesonero. Y tal debe ser la imprenta, porque si se la beneficia para cojer veneno, valiera más abandonarla: servirse de ella para la propagación del error, para impulsar á los gobiernos á la tiranía, para deprimir á los hombres sobresalientes por su ingenio, su valor ó sus virtudes, allá se vá con usar de los ferrocarriles para irse con más rapidéz á los infiernos, y del telégrafo eléctrico para anunciar el menos-

cabo y la ruina del género humano. Toda invención de que los hombres no se aprovechen para el adelanto de la moral, es perniciosa y se la debe echar en olvido: un monopolio de la imprenta en favor de la inteligencia acertada, de la ciencia bien fundada, de los afectos acendrados, si fuese posible, sería una ley sábia, digna de las doce tablas.

El periodismo es el gran negocio del siglo XIX; es la arteria maestra, la más gruesa y palpitante de nuestras sociedades: la sangre corre activa por ella, se enciende, hierve y produce esta calentura universal, en cuyos brazos los hombres deliran en los bienes y los males, en la perfección y la imperfectibilidad, en la grandeza y la pequeñez del mundo. Filosofía, humanidades, ciencias, artes, política, descubrimientos, costumbres, hacinados en depósitos que no menguan, son los combustibles de ese vasto incendio en que arden las naciones: á ese fuego se calientan los pueblos, ese fuego temen los monarcas: la libertad acude á su hogar, y majestuosamente arrebozada de su grandioso manto, se sienta allí como una soberana de todos tiempos y regiones: ha demorado en Grecia; pasó su residencia á Roma, y se aposentó en ella junto con los Curios y los Decios: la gran Bretaña le ha erigido alcázares, y su busto preside el parlamento: los Estados Unidos le tributan el más rendido culto, son sus prosélitos devotos, le pasean del uno al otro extremo de la anchurosa República en un carro sagrado, en medio de procesiones santas y de arcos siempre verdes. Nosotros empezamos á reunir los materiales para el templo que algún día hemos de construir á esa divinidad: ahora somos todavía un poco idólatras: adoramos la tiranía, nos inclinamos ante el sable, besamos un bejuquillo, fetiches despreciables que tienen subyugados á los bárbaros. Cuando el periodismo alce la voz, cuando la imprenta eche de sí rayos que aterren á los tiranos, cuando todos aprendamos á respetarla, adorarla y practicar su culto activamente, entonces diremos que somos libres é ilustrados: mientras no escribimos, somos ignorantes y bruscos hijos de la naturaleza; mientras no nos dejan

escribir, somos gañanes clavados al terrón: la libertad mora en la imprenta; la pitonisa fuera de su trípode es una vieja repugnante, sin inspiración ni sabiduría.

Bueno fuera escribir libros; donde se escribe, se los escribe sabios; empero nunca y nadie ha desdeñado el periodismo, supuesto que ingenios mayores de marca se han valido de él para difundir por el mundo las luces de que se sentían alumbrados por lo interior, las armonías que sonaban ocultas allá en el centro de sus apasionados corazones. Goethe, que en su audacia no vaciló en penetrar el embolismo del pensamiento enredado en las negras tramas del infierno; Goethe, el anatómico del alma, el que disecó y escudriñó con más perspicacia las entrañas de sus semejantes; Goethe, el que conversaba con el príncipe de las tinieblas y estaba en los secretos de sus torturas y desgracias; Goethe, el cantor de Mephistópheles, que en profunda noche asiste en una temerosa montaña á los misterios de los espíritus; Goethe, el gran poeta, el grande hombre, redactaba un periódico, volviendo por intérvalos á la condición humana: "Arte y antigüedad" era el título de esa obra maestra, cuyos eléctricos hilos tenían cogidos á los hombres. Byron, el tenebroso autor de "Manfredo," el huésped de los demonios, el confidente del matador de Astarte; Byron, el hombre de las pasiones y los tormentos, que traía en la cabeza un torbellino y en el corazón una constante tempestad de rayos; Byron, este ángel maldito, este hombre-dios, pero dios perverso, tenía también tiempo de ser hombre, y fundó en Liorna un periódico en colaboración con el ateo Shelley, aquel desdichado ingenio, náufrago en el mar turbulento de sus pensamientos, después náufrago en el Mediterráneo. Beccaria redactaba un periódico en Milán, y periódico nada pretencioso, donde los asuntos de suyo humildes tenían lugar como los grandes. Áddison fué periodista. Las cartas de Junius se publicaron desde luego en un diario. La "Revista de Edimburgo" ha recibido en su seno á los hombres más distinguidos en política y en letras; y el senado, el grave senado del imperio francés, sostiene el papel titulado "La France." En Francia, Alemania é Inglaterra los hom-

bres más sobresalientes tienen á su cargo los diarios de más nombre. Armando Carrel, en París, fué periodista, y murió á manos de Emilio de Girardín, otro periodista: Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo han escrito en ellos: Cobden y Bright han hecho lo propio, y no hay gran político, profundo filósofo ni melodioso poeta que no busque las columnas de esas hojas de papel, que tarde y mañana salen húmedas de las imprentas, y echan á volar por los cuatro vientos, cubriendo la Europa como una bandada inmensa de blancas mariposas. (*) Se privarían del teatro, desdeñarían el sarao, dejarían de asistir á la tertulia; mas los periódicos que no les quiten á los europeos: son para ellos una necesidad diaria, imperiosa, urgente: soberanos, ministros, generales, oficinistas, soldados, pisaverdes, cocheros, artesanos, criados; matronas graves, niñas frívolas, costureras, cómicas, todos y todas leen los periódicos, todos los costean, todos los solicitan, todos se echan sobre ellos como sobre el pan de cada día, y los devoran, y aun no quedan satisfechos. El periódico es una enciclopedia menor que todo lo contiene; nada se le escapa á ese Argos de cien ojos: todo lo vé, óyelo todo, y todo lo dice, y los hombres tienen ojos y oídos para ese personajecillo diminuto que á dos vueltas está despachado. El periódico es un brillante insecto efímero; no vive sino un día, hace su ovación para mañana, y muere para siempre: nadie se acuerda de él, y nadie le olvida; nadie le aprecia, y nadie puede pasar sin él: ente extraordinario, longeviviente muriendo niño, emperador y pechero, poético y prosaico: humanidades, ciencias abstractas, viajes, artes y oficios envueltos en una grande y espesa capa de política, forman ese corto universo, ese *cosmos* deforme cuyos principios no entrarían en orden

(*) Le role qui joue la presse périodique en litterature et en politique, forme un des traits caractéristiques du siecle. Les revues, les magasins et les journeaux deploient á l' envie un mérite du plus haut ordre. On sait que les plus grands hommes ecrivent dans ces feuilles, et leur impriment le caractère qui les distingue eux—memes.—Lalouel—Les *orateurs* de la Grande-Bretagne.

sino por la de un nuevo Creador. Todos los elementos hierven en el periódico, y se tocan, y se entreveran, y de esta masa eterogénea se compone el material de que los hombres sacan sus políticos y sus sabios, sus estratégicos; sus capitanes y sus diplomáticos: qué no se aprende en ese compendio prodigioso? qué no se vé por ese vidrio óbtico? qué no se oye en esa cuerda pulsada por todas las manos? Si derrepente faltara el periódico á la hora de hoy, esa fuera la caída del sol, y el mundo volviera al caos primitivo. Por eso, nosotros que no tenemos periodismo, vivimos entre tinieblas, viéndonos las caras siniestras al resplandor lejano de estrellas de otros mundos: recibamos el bautismo de la prensa, si queremos ser cristianos de esta religión política, que gana terreno en todas direcciones, al paso que nosotros parecemos huir de ella, recelosos de su visita, bien como niños tímidos que huyen del hombre barbado que no han visto otra vez, y se presenta en grandiosa catadura.



EL TRASTORNO

DE IMBABURA.

A Víctor Hugo. (*)

El corazón del poeta lo abraza todo, su imaginación se encumbra como águila y contempla el universo. El poeta ve más que los otros hombres, oye más, siente más, embelesado en las abiertas y luminosas regiones de su pecho. La poesía es lo divino del alma, la poesía es la virtud de la inteligencia; luego el poeta es un sacerdote que en los tesoros de su sabiduría guarda mil arcanos incomprensibles para el común de los mortales. Sus conexiones son primero con espíritus que con cuerpos, de extraordinarios objetos sabe más, y en el ejercicio de su sacerdocio es criatura y dios al mismo tiempo. Lo grande, lo límpido, lo celestial del hombre y de las cosas son de su pertenencia, y por eso vive próximo del cielo, y su atento oído hurta la música de los serafines.

En las edades primitivas los dioses fueron sus huéspedes; Sófocles los tuvo á la sombra de su techo. Y qué pasión no abrigaban por los mortales favorecidos con esa divina llama que les mantiene puros y elevados? No es poeta solamente el que cuaja sus afecciones y da forma á sus pensamientos en ese delicado molde que se llama verso; lo es también el que sin decir nada tiene su corazón girando en una órbita resplandeciente, y murmura en lo interior cosas nunca oídas por los hombres. Estoy por decir que la virtud es poesía, la belleza poesía: virtud y belleza son caractéres de la Divinidad.

Qué furor divino la ha tomado á la profetisa de

(*) Esta elegía, si le cuadra tal denominación, ha sido escrita en francés. Se la publicará en París probablemente: mientras ésto suceda, si es que sucede, hemos querido comunicar con nuestros compatriotas nuestros pensamientos y afecciones, y publicamos la traducción castellana.

Delfos? Siéntase en su trípode, sus ojos registran inquietos el espacio, laten trémulas sus arterias, su cabellera flota en poético desorden. El espíritu del dios la posee toda; el dios ha visto que el jóven Hipólito de quien vive apasionado salió de Cycione y viene á Cirra, y quiere que la pitonisa anuncie su llegada:

Hipólito ya vuelve, los mares atraviesa.

Y tú que alojas en tu pecho un dios; tú á cuya disposición está una profetisa de continuo; tú á quien las Musas hablan al oído, y descubren acontecimientos de lejanas tierras, ¿sabes lo que sucede en el nuevo mundo á la hora de hoy? Grande cosa debe ser, cuando quiero hablarte de ella; triste cosa debe ser, cuando pido tus lágrimas. Alza la frente y echa la vista al Ecuador; ¿qué distingues? Una comarca inmensa tendida de norte á sur entre las dos crestas de los Andes: las festonadas cumbres de los montes resplandecen con su impoluta albura, allá perdidas en el éter; el sol se contonea en el firmamento desplegando todo su esplendor en una limpia y transparente infinidad; las nubes, recostadas sobre el horizonte, parecen banda que ciñe el universo, ó en estupendas moles que semejan templos y montañas, llenan de trecho en trecho un inconmensurable círculo. Y el aire es puro y suave, y la atmósfera da paso á la vista desde la tierra hasta los astros, y cuando la naturaleza se recoje dentro de sí misma y todo calla, se oye vago y dulce el movimiento de las esferas en sus revoluciones armoniosas.

Bajo este cielo no puede ser la tierra miserable: colinas pomposas y vistosas como un pavo real armado; lagunas pintorescas que murmullan cual un mar adolscente; praderías de verdor apacible; ríos que correne n mil vueltas, despeñándo de las alturas, perdiéndose en las profundidades, surgiendo y espaciándose en los llanos, ya quietos y benignos.

Qué cerro se alza negro y zahareño en medio del paisaje? en su cumbre va y viene entre salvajes peñas un lago misterioso: hombres no habitan sus contornos; la

naturaleza permanece sola, y llora allí desesperada; la gabiota vuela rozando el agua con el extremo de sus plumas, sesga y vacilante como un buquecillo náufrago, y da sus tristes voces que se apagan sucesivamente en el espacio: las espadañas y los juncos de la orilla, inquietados por el viento, se entrechocan y despiden ruidos como suspiros de sombras. Esas cavernas oscuras y profundas no están sin habitantes; allí gimen cautivas del genio de la roca las ninfas arrebatadas por él á los bosques y los prados.

Mas baja del Mojanda y echa la vista por la llanura que allá se desemvuelve perdiéndose en los confines de la celeste bóveda. El sol se ha puesto: las cumbres de las montañas, rociadas de fino oro diluído, brillan con esa luz violácea de la tarde; y cuando el crepúsculo se apodera de la tierra, el Cayambe se presenta allá, pálido y vaporoso, cual un espectro que el prestidigitador divino evocase é hiciese aparecer por medio de su magia.

En esta nueva Arcadia vivían hombres satisfechos del mundo y de la vida; quiero decir que eran felices. Terrenidad fecunda, ganados rellenos de la más dulce y espumosa leche, cañas que transpiran el azúcar por entre sus doradas hojas, todo lo que la especie humana necesita para crecer risueña y de buen jesto. Y esos habitantes no eran inícuos, ni por sus crímenes habían concitado la ira del Altísimo: acostábanse tranquilos, y con la aurora salía cada cual á sus labores, después de haberle dado gracias en su templo. Pero un día echaron de ver que la atmósfera tomaba un color siniestro, y experimentaron angustia en sus corazones, y se retiraron profundamente dentro de sí mismos, y en silencio se estuvieron esperando lo que iba á sucederles. Mas como quiera que nadie presumiese de profeta, el motivo y el fin de esas preternaturales sensaciones estaban ocultos para todos. Y una noche ganaron sus lechos como de costumbre: cuando rompió la aurora, las ciudades eran sepulcros, cadáveres sus dueños. Todo se había venido abajo, y de manera tal, que los cimientos, como impelidos por bocas de fuego, salieron disparados y se pusieron

sobre las techumbres.

Un vasto nubarrón de tierra envue've la comarca, donde las tinieblas se agitan como enfurecidas, queriendo arrastrar al caos el universo: mugidos profundos salen de las entrañas de la tierra atormentada por una tempestad subterránea en que estallan mil rayos en todas direcciones: las estrellas se apagaron en el firmamento con un chirrio temeroso: el incendio nace y crece como jigante en medio de los escombros, iluminando ese teatro, donde la muerte, repleta y abominable, salta de alegría. Entre las sombras se oyen intensos ayes: los muertos se quejan en las sepulturas, los vivos piden la muerte; los animales, en alocado vaivén, corren dando aullidos al siniestro centellar de los meteoros que serpentean en los retintos horizontes.

La naturaleza ha consumado una gran obra, pero le faltó su habilidad, y salió errada la experiencia. Quiso por ventura destruir la creación? Alquimista maravilloso, opera en el centro de la tierra; allí acumula y mezcla los elementos de su sabiduría, allí remolinean los furiosos combustibles que la hacen girar veloz al rededor del astro inmóvil; y como los empujes de esta efervescencia podían reventar el globo y aventarlo en millones de átomos por el espacio, tiene sus grandes respiraderos en los volcanes de la zona tórrida. Las potencias de nuestro planeta tienden al Ecuador, hácia acá se agolpan sus más espesos jugos, hácia acá están sus nervios maestros. Los Andes son la cabeza del mundo, á ellos acude la sangre en impetuosa vena, y cuando en esa operación hay un desorden, se verifica una apoplegía; y la tierra se estremece, y dá un salto, y cae echando horrorosas vomiciones.

Qué es del triste del hombre en esta coyuntura? ni es necesario tal aparato de destrucción para acabar con ese gusanillo. Pero como tales y tan grandes vuelcos no acontecen sin más fin que anonadarle, nos maravilla el espectáculo, sucumbimos á su desoladora impetuosidad, y no hay lugar á quejarnos de injusticia. El Cotopáxi, el Tunguralıua, el Pichincha, estos faustosos emperadores, son nuestros tiranos; grandes, bellos, pero tiranos: son

á veces amables, cuando les vemos desprendiéndose de la esfera, amantados con su argentina capa, hiriendo el firmamento con la frente. Pero cuando respiran, respiran fuego; y cuando hablan, hablan truenos; y cuando obran, obran desolación y ruinas: fabricantes de sepulcros, arquitectos de la muerte, su ciencia es mágica, sus operaciones concluídas y perfectas: la que ayer fué ciudad alegre y bulliciosa, hoy es funesto cementerio; los templos y palacios paran en tumbas, y las puertas de las habitaciones sirven de lápidas funerarias. Europeo, tus montes son niños al lado de los nuestros: aquí donde el hombre es todavía diminuto, es grande la naturaleza. Comtempla el Chimborazo, este magnífico Sesostris de la creación, alzado aquí en su trono, cual dictador del universo: riqueza, belleza, pompa, majestad, nada le falta. Si este personaje tiene espíritu, es un dios; si no es más que una gran fábrica, en bajando el Todopoderoso á habitar el mundo con toda su magnificencia, lo tomaría por su alcázar.

Y ésto que vale si él y sus semejantes son los leones dormidos? Cuando despiertan nos echan garra y nos devoran. Mira allá ese volcanillo en la parte occidental de la cordillera: no se alza á mayores, no desafía á los montes de alcurnia dominante, no dice nada, y apenas se llama Cotacachi. Amaneció un día, y este humilde segundón había conspirado, y con tal furia y eficacia, que se lo llevó todo á sangre y fuego. Descalabrado él mismo, allí se está humeante y feroz contemplando sus estragos: cien pueblos yacen mudos á sus plantas: los valles son abismos: bailaron como azogue las colinas y se desbarataron: sintieron las planicies un ímpetu interior, y dieron paso á nuevos cerros, que allí se plantan insolentes, sin que se sepa de donde asoman ni qué piden: crugieron las peñas y se desollaron con pavoroso estruendo: abriéronse los valles en anchas y largas quiebras, de las cuales se levantan negras mangas de humo pestilente: hincháronse los rios y se derramaron mugiendo fuera de sus márgenes: hirvieron los lagos en montones de sanguinolenta espuma, como soplados por las legiones infernales: desaparecieron las fuentes sorbi-

das por no sé que monstruos subterráneos: donde corría una agua cristalina y dulce, se la tragaron las bocas allí abiertas al instante; donde todo era seco, surgieron remolinos de agua crespa y lodosa, cargada de electricidad, inservible para la sed que devora á los hombres: murieron éstos, los brutos perecieron, y la naturaleza está como asustada después de su trastorno. Si Dios la apuntó con la mano y la ordenó volcarse, ya nos ha compadecido: si en su esencia caben lágrimas, las veo correr gruesas y despaciosas por su divino rostro.

Pero es en verdad aquel jigantillo de la Cordillera el autor de obra tan grande? No; él es una de las víctimas: la catástrofe proviene de causas más generales y potentes. La furia de un volcán no puede sino con sus alrededores: ciudades, provincias, naciones enteras no se destruyen por una explosión ó un derumbamiento, aun cuando éste fuera de todo el Himalaya: un cimbrón eléctrico del mundo; una atracción extraordinaria de los astros fuera de sus quicios; un súbito redoble de efervescencia en el pirofilacio, quién sabe qué causa misteriosa ha producido efectos por tal extremo grandes? Si la poesía es más sábia que la ciencia, creámosla: ella afirma que el príncepe de las tinieblas hizo una salida al campo de la luz con sus más brabías cohortes, y rompido el suelo les dió paso, y la tierra tembló, y el aire se oscureció, y el mundo temió y dió largos alaridos.

El sabio y el poeta tendrían mucho que ver con estas ruinas: el uno para rastrear los secretos de la madre tierra, para tomar en la mano sus entrañas y ver qué revelaban: el otro para contemplar, meditar y alzar la voz en este campo de tribulaciones. ¡ Qué escenas de dolor en los escombros? Allí está un hombre cargado de silencio, fijos los ojos en una techumbre aplastada contra el pavimento: ojerudo, lívido, la cabellera revuelta, el vestido en lastimosa displicencia, nada dice, y sigue mirando tras las vigas. ¿ Quién está allí? Su esposa. Quién más? Sus hijos. ¿ Quién más? sus padres. ¿ Quién más? Sus hermanos. Quién más? Sus criados. Luego

todos perecieron, luego ha quedado solo! Y cómo es que no llora? Por la misma razón que todo lo ha perdido en un instante: las lágrimas surgen del corazón fresco y salen por la garganta húmeda: fracasos como aquel secan el corazón y la garganta. Los grandes infortunios son callados, las grandes angustias no tienen lágrimas: esa operación del alma retostándose en el caldeado pecho, del corazón exprimido de su jugo revolcándose en las entrañas, es cosa que no tiene manera de decir. A los sobrevivientes de Imbabura cubrámosles el rostro como á Niobe.

Los moradores de otros países no son indiferentes á este acaecido; como grande, ha resonado á gran distancia; como terrible, ha conmovido á todos, si bien no á todos con los propios afectos. Mira, ¿quiénes vienen allí? Hombres son, pero de repulsiva catadura: blanden una maza, traen un cuchillo al cinto, y echando en torno sus miradas torvas, se diseminan por la dilatada comarca. Son bandidos noveles, vienen á saquear las ruinas de Imbabura. En sus tierras, en sus casas eran hombres de bien: sus vecinos, sus amigos fueron víctimas de un desastre, y hélos ahí ladrones. Asaltar escombros, despojar difuntos en presencia de huérfanos y de viudas que se caen de dolor y necesidad, es empresa más que de bárbaros. Nadie hasta ahora ha beneficiado la tumba; esa es mina terrible que infunde pavor hasta á los más perversos: y qué hay allí? qué vena descubren esos tenebrosos operarios? Cadáveres que principian á botar las carnes, rostros desfigurados, cabezas cuyo pelo se cae en mechones: hombres, mujeres y niños en putrefacción: ¡qué tesoro! qué riqueza! Las jóvenes madres, los muchachos desvalidos que sobreviven confían en sus semejantes; después de Dios, en ellos fincan su esperanza: ya vienen, ya llegan, pero es con el garrote del salteador al hombro.

Si el género humano diese tales ejemplos con frecuencia, el género humano sería obra de su enemigo antes que de Dios. Pero la Caridad, la santa Caridad, vestida de blanco, empapados los ojos, anda de pueblo en pueblo y de casa en casa: todos la reciben,

todos la acarician, y colmada de presentes, corre en triste alegría á repartirlos entre los desheredados de las ciudades muertas: pan para el hambriento, vino para el sediento, vestido para el desnudo, todo hay en abundancia. Señor Dios del universo, haznos, haznos de veras hijos tuyos, como tales compasivos y caritativos.

Otra plaga: las exhalaciones de los cadáveres humanos, los cuerpos de los animales tirados por los campos descomponen el aire: la atmósfera se enferma, una horrible peste vá á desenvolverse sin remedio. Es pues de todo en todo necesario que perezca la noble raza que puebla esta provincia? Y la naturaleza no amaina aún; retiembla el suelo, mugen los volcanes, vibra el aire y se oyen en la altura pavorosos estallidos. Señor, Señor, ablanda tu mirada, vuelve á tus labios la sonrisa: si ésta era una prueba, ya nos has probado, y ves en nosotros criaturas humildes y creyentes.

Qué ha sucedido en el reino de los Incas, en el grandioso Cuzco? un ruído lejano y profundamente sordo, como si el mar se descargase en una cuenca de la luna, llega á nuestros oídos retumbando interminablemente en el espacio. Es el Perú que se destruye al impulso de un hondo terremoto: el Perú fué el primer tomado y sacudido, sus ciudades más heroícas no opusieron resistencia á la embestida de los elementos conjurados contra el hombre. El Misti lanza rojas trombas de humo, la tierra se revuelca en activo zarandeo, se van de bruces las ciudades, los edificios en mil pedazos llenan calles y plazas. Arequipa, dónde estás? Moquegua, dónde fuiste? Amontonados unos sobre otros yacen mudos y deformes los templos y palacios que ayer se gallardeaban alegres y suntuosos; y el mármol está cubierto de polvo, y la columna gime bajo el adobe, y un rimero de tejas cubre la primorosa estatua. Quién llora sobre esas ruinas? Su génio está sentado sobre el más alto escombro, y en abatido porte convida á gemir á los que por ahí se asoman. La especie humana entre tanto, esparcida por lo descubierto de la tierra, anda macilenta dando al aire sus clamores. Las fuentes se han

secado, las sementeras se han helado: hambre y sed la persiguen por donde yerra á la ventura, echada de sus hogares por una mano invisible y todopoderosa. Y el mar se retira de sus límites como para darse vuelo, y torna con ímpetu, y se entra de lleno en las ciudades, y se traga las ruinas, monstruo estupendo y devorador, Satanás en forma de agua. Se ha liquidado el globo, y quiere derramarse en el vacío en corrientes prodigiosas; mas no atina por donde precipitarse, y corre, y vuelve, y ruge en una agitación sublime. Oh, nave, porqué danzas allí como una loca? Dispáraste en seguida y vienes á tierra, y te quedas clavada en el cieno, mientras vuelve tu elemento á sus abismos.

La naturaleza tuvo un festín en el nuevo mundo, y se emborrachó hasta perder el juicio: baila, salta, grita, da consigo boca á bajo y bufa en horrorosas convulsiones: los montes refunfuñan, rugen las cavernas, los valles se destrozan, hínchanse los ríos turbios y amenazantes, hierve el suelo con precipitación diabólica, y se traga lo de fuera, y echa fuera lo de adentro operando un embolismo del infierno. El mísero del hombre, teniendo por llegado el día de la cuenta, se tira de rodillas en medio de los peligros que le circundan, y alza los ojos y las manos al cielo balbuciendo no sé qué plegarias inconexas. Señor, escúchale! hombre al fin, culpable fué; criatura mortal, no tuvo resistencia contra las pasiones y fué malo. Mas ha de perecer ahora sin remedio? Si es llegado el día, júzganos pues; empero no subleves de modo tan aterrante á la naturaleza contra la pobre criatura El fuego para abrigarnos, el agua para beber, el aire para respirar, la tierra para que nos alimente con sus frutos y moremos en ella, ¿no fué éste el fin con que los elementos fueron creados? Devóranos el fuego, entúmecenos el agua, el aire nos ahoga, el suelo corcobea cual indomable potro y nos deriba exánimes. ¡Qué trastrueque tan ejecutivo y exterminador!

Conozco las ciudades en cuyas ruinas gravitan veinte siglos: he visto el génio del tiempo sentado en un musgoso pedrón del Capitolio, mientras la corneja se alzaba

croajando de entre la paja crecida en los arcos del Coliseo. Pompeya me sintió por sus desiertas calles, y que me arrimaba taciturno á sus columnas: ¿dónde estaban los habitantes de esas enmarmoladas piezas, las matronas de esas alcovas, los niños de esas cunas, los criados de esos patios? Nada ví, nada oí, sino eran espectros y suspiros de que mi imaginación poblaba esos sepulcros. En Itálica anduve por entre el laberinto de sus piedras, probando á ver si descubría donde se alzaron las moradas de los Señores del mundo, Adriano y Teodosio. Los escombros de Sagunto me brindaron asiento; las adustas paredes de sus teatros, cuyas largas sombras se estendían por el matorral á la luz de la luna, me sirvieron de cubierta á media noche. Pero estas ruinas vivas, estas ruinas humeantes todavía, donde el hombre no acaba de expirar y clamorea luchando con la muerte, mientras los elementos redoblan sus destructores embates, ésto nunca lo he presenciado.

Tú, poeta del corazón, ciudadano del universo por la sensibilidad y el amor; tú, para quien un arruinado castillo es un poema, una pared carcomida una elegía, una columna solitaria asunto filosófico de meditaciones; tú, que cantas alegre con el ruiseñor por la mañana, arrullas triste por la tarde con la tórtola, sonríes con el feliz, lloras con el desgraciado, y entonas la más dulce y grata voz entre todos los que viven; ¿no tendrás una mirada para estas ruinas, un ay! para estos ayes, una lágrima para estas lágrimas? El acontecimiento es grande; grande como tu alma, poético según tu poesía. Si el universo es dominio del poeta, encastíllate en el Chimborazo y contempla el mundo desde su inmensa elevación. Y si descubrieres por ventura al pequeñuelo bárbaro que en ajena lengua se ha atrevido á dirigirse á tí, no mires á su inteligencia, que es cosa diminuta; pero vé que en su arrogancia se propasa hasta el extremo de medirse contigo en afecciones.

EL NUEVO JUNIUS.

I.

Á LOS PARTIDOS POLÍTICOS.

Las tres antiguas partes del mundo reclaman cada una para sí la gloria de poseer en sus comarcas el paraíso terrenal, perdido para siempre desde la caída de nuestros padres: la Arménia respira todavía aquel ambiente delicioso del primer día de la creación, y sus frescas montañas se yerguen altivas, cual guardianes de la morada primitiva del género humano: el misterioso Nilo corre talvez lamiendo las riberas encantadas de esos países donde resplandece la espada del ángel del Señor; y ni la fría Escandinavia cede un punto en orden al privilegio de haber sido la cuna de los primeros hombres. El árbol de la sabiduría da un fruto muy preciado, jugoso, refrigerante: dicen que es amargo, no importa; prolonga la existencia, y se lo disputan las naciones.

Y nosotros, hijos del Nuevo Mundo, fresca obra de la naturaleza, no alzamos la voz en ese gran concurso donde los pueblos se disputan el árbol de la sabiduría? Sostengamos que el paraíso terrenal estuvo y esta aún, á orillas del Amazonas, en una encañada perdida para nosotros porque no acertamos á buscarla: no damos con ella, pero oímos el gorgeo de sus aves, percibimos las aromáticas exhalaciones de sus flores, y aun vemos las formas de sus collados y colinas en las nubes que las figuran, plantadas en el firmamento, embebidas de esa luz purpúrea, riqueza de las horas en la zona tórrida. Ó no estaría más bien en las impenetrables selvas del oriente, donde ruge el león, de donde el águila real se eleva y va gritando sublime por los aires, donde el Napo corre sobre su lecho de oro, murmurando profundo y majestuoso al pié de sus cedros y sus robles centenarios?

La sabiduría verdaderamente sábia no consiste en la posesión de las ciencias, de estas ciencias embrolladas que á fuerza de desenvolverse han hecho la ignorancia de nuestros tiempos: Sócrates nada sabía, y era el más sabio de los hombres: no sabía combinar los principios elementales de la naturaleza, no seguía á los astros con vista artificial por sus órbitas inconmensurables, no hubiera podido romper las olas del mar por medio de un agente poderoso, y era sabio: no inventó la brújula ni el telescopio, y fué sabio: no multiplicó la muerte con la pólvora, y fué sabio: no se burló de la distancia, como Fulton, no anuló el tiempo con el telégrafo eléctrico, y fué sabio: luego la sabiduría no consiste en saber, amigos míos, en saber cosas materiales. El sabio abrigaba á la Divinidad en su seno; una llama celeste le lamía las entrañas, el fuego sagrado le mantenía puro el corazón, y por eso fué el más sabio de los hombres. La iluminación del pecho, la transparencia del alma, la tersura de la conciencia, la benignidad del génio, la álteza del carácter, ésta es la ciencia grande, el fruto que hace daño, pierde á los que no lo comen, y vuelve dioses á los que le atinan á cojer y lo saborean deleitándose en su dulcísimo jugo: ¿acaso la serpiente nos provoca á ese desliz, acaso nos tienta el espíritu maligno con ese celestial bocado? Seamos sabios sin miedo de perdernos: ese pájaro divino que posado en la copa del frondoso mirto nos embelesa con sus simpáticas modulaciones, no abriga dentro de sí al eterno malqueriente de la especie humana; antes esa que suena grata y echicera es la voz del Infinito que nos llama misteriosamente á su regazo y nos brinda con la inmortalidad: no la oímos muchas veces, porque somos sordos de conciencia; no la oímos, porque nuestro corazón insonoro no repite ese ruído angélico; no la oímos, porque entorpecemos voluntariamente nuestra contextura, que allá cuando salió de manos de nuestro artífice, fué delicada, fina, armoniosa. Si purificásemos el oído, la oiríamos; si abriésemos los ojos, la veríamos, porque la Sabiduría toma cuerpo cuando se hace á los hombres; si afináseemos el olfato, la oleríamos: la Sabiduría es una flor, olorosa, vis-

tosa, armoniosa, porque hasta música tiene:

There is music even in beauty.

Y quién dijera que todo ese secreto está encerrado en una sola palabra? Cordura, he aquí el emblema, que bien descifrado da de sí la felicidad del hombre. La piedra preciosa, en reducido volumen, abriga todos los colores: dueña de la luz, resplandece como quiere; amiga del sol, sonríe con él, vibra, palpita despidiendo mil pequeños iris que se entran por los ojos de los que la contemplan y se van por ellos á regocijar el espíritu. Pues la cordura es esa piedra, ese ónix prodigioso que simboliza un mundo, el mundo moral. La cordura trae consigo la prudencia, el tacto de las cosas, el acierto: por ésto la cordura se llamaba sabiduría en los tiempos sabios: la cordura no se toma jamás en mala parte; de donde proviene que es una virtud muy enlazada con la conciencia y la pureza del alma. De un hábil perverso podrá decirse que es avisado, ladino; pero cuerdo, no será, porque falta á la mayor cordura que consiste en no infringir las leyes humanas y divinas, en no constituirse enemigo de sus semejantes, en no labrar su infelicidad con lo que él llama *triunfo*, *predominio*, *dicha*, llagas que devoran el corazón, cuando no son efecto de las virtudes. Triunfo, predominio, dicha alcanzados por medios inicuos y con malos fines, son la verdadera desgracia; el *predominante dichoso* tiene el corazón reventado, el pus le corre por enormes boquerones, y reabsorbido por la sangre, le pone á temblar en perpetua calentura. ¿Por qué es tan miserable ese hombre feliz? Porque no fué cuerdo, no fué sabio, como que la sabiduría no es sino el bien en toda forma, revestido de todos los colores, camaleón divino, que variando siempre es siempre el mismo, y en sus misteriosas transformaciones indica la infinidad y la eternidad de Dios. El hombre cuerdo ejercita al propio tiempo las facultades intelectuales y morales, es un armonioso instrumento que está sonando de contínuo, al cual jamás se le descompone una tecla: la cordura nace de una predisposición natural, pe-

ro se acabala y fortifica con la experiencia y la previsión, porque ésto más tienen los cuerdos, que miran en lo porvenir: el demonio de Sócrates, la ninfa Ejeria de Numa, la cierva de Sertorio no eran sino experiencia de lo pasado, previsión de lo venidero, ésto es, cordura, acierto, sabiduría. ¿No se necesita en efecto una reconcentrada y maravillosa atención para ver las cosas antes de sucedidas? Pues esta virtud celestial es la cordura, resumen de todas las aptitudes. Lo primero del filósofo es la prudencia: filósofo desapoderado nunca se ha visto; lo primero del santo es la bondad; santo malvado nunca se ha visto: lo primero del héroe es la magnanimidad; héroe cruel y rencoroso, héroe mezquino, nunca se ha visto: y, ¿quién diría que el filósofo, el santo, el héroe no son cuerdos? y, quién diría que puede haber filósofos, santos, héroes sin cordura?

Pues si ésta es una tan grande y noble cosa, maravíllame de veras el que jamás seamos cuerdos: nos quejamos, lloramos, somos desgraciados; luego hay entre nosotros víctimas y verdugos, luego se empeñan unos por el mal, otros son incapaces de evitarlo: ¿quién se atreve á llamarse cuerdo, quién lo es en hecho de verdad? No los que arrancan lágrimas con la tiranía, nos obligan á quejarnos con las iniquidades, se hacen aborrecer con las violencias, se vuelven despreciables con las infamias, porque nada de ésto es obra de cordura: no los que gimen sin remedio, teniéndolo en la mano; se quejan afeminadamente, siendo hombres; aborrecen, debiendo despreciar; desprecian, debiendo castigar, porque tampoco ésto es obra de cordura.

El hombre sin prudencia está á punto de perderse á cada instante; el pueblo sin prudencia está de continuo desplomado hácia un abismo, si es que ya no gime adentro bregando con los monstruos de la oscuridad. De este globo de cosas y de principios generales, tomemos lo que nos corresponde: ¿somos prudentes, cuerdos, sabios? No lo creo, supuesto que después de tantos años de esclavitud, nos vemos otra vez en vísperas de pasar de los suspiros á los ayes, de las sombras á las tinieblas, de las lágrimas á la sangre: ¿es

posible, ecuatorianos? Si un impulso de generosidad nos moviese el corazón á todos, y cada cual rindiese algo de lo suyo al procomún, todavía pudiéramos salvarnos. Los extremos entrañan peligros; pues la seguridad está en el término medio, busquémosla. Si hay quienes se rehusen á este avenimiento, esos son malos hijos de la patria, gente inclinada á la servitud, que vive y se engorda con el llanto y la sangre de los que sacrifican. Nosotros los que hablamos ya dimos una prueba de patriotismo y abnegación, cuando á votos conformes elegimos presidente á un ciudadano que entonces teníamos por imparcial y amigo de las leyes. La buena acción se premia por sí misma, y su mérito sube de punto cuando ella nos acarrea desengaños. Harto hemos dejado conocer que no queremos sobreponernos á los demás á todo trance, que la venganza no es la estrella que nos guía, ni abrigamos propósitos indignos en el alma. Nuestro enemigo, componiendo un jesto fraternal y á modo de quien se arrepentía de sus gravísimos pecados, nos propuso un hombre, como prenda de reconciliación y paz: ¡qué gustosos le aceptamos, nosotros los inexpertos! Inexpertos, pues ni las sangrientas lecciones recibidas nos hicieron ver en el porvenir el azote infamador serpenteando en el aire cual víbora pestilente, instrumento de vilipendio, *estilo* con que todavía se graba la infamia del género humano!

Comerás con el sudor de tu frente, dijo el Señor al hombre, y esta fué toda su maldición. Y aun cuando nuestros padres salieron desterrados del paraíso, abrumados con el peso de su desgracia, asidos por las manos y con lento paso en busca de la inmensa soledad del mundo, salieron con toda la majestad con que Dios les había engrandecido.

Mira ese ente hermoso cómo se mueve en sus varoniles actitudes, rey de la creación, á pesar de su caída: su cabeza, descollando sobre los hombros, tiende para el cielo: su frente abovedada resplandece, y en su diminuta comba encierra el pensamiento, ésto es, un mundo perdurable; con la vista es dueño de la luz, atraviesa las regiones superiores, se pasea en el firmamento, mide los

astros, y en poco está que no se engolfe en el océano de la claridad infinita: por el oído goza de la música del universo, este laúd que suena en la infinidad del tiempo, llena el aire y el vacío, y sin ser oído por nosotros, nos tiene embelesados con su armonía sempiterna: la palabra es la expresión de sus afectos, pues en su pecho hierven muchas y muy variadas sensaciones que se llaman afectos,—impulsos misteriosos que nos elevan á nuestro alto origen, por lo divino de la criatura, ó nos abisman en la inmortalidad siniestra, por lo que tenemos de malditos.

Maldecido ó perdonado, inocente ó criminal, impoluto ó con mancilla, el hombre siempre es la obra de Dios, hecho á su semejanza, y como tal, digno de respeto. Hay obras que los pueblos todos tienen por horribles, inusitadas aún entre bárbaros, llevadas adelante por la extremada tiranía, y tan solamente por ella, esa tiranía corrompida y soez que infama así á los verdugos como á las víctimas, así á los que la ejercitan como á los que la sufren. La ferocidad no es lo peor en los tiranos, demonios de la tierra; la corrupción, esa invencible propensión á lo imperfecto, lo deforme, lo repulsivo, ésto es lo peor. La sabiduría del tirano consiste en descubrir la fealdad del alma; su dicha es saborear los más repugnantes bocados. Estos grandes hombres son inmortales, se acercan mucho á la inmortalidad del infierno: Satanás no es inmortal? Caín mató á su hermano, pero no le azotó. Aquel abominable ejemplo que ahora veinte siglos nos dieron los más desgraciados de los hombres, no lo siguen sino los que ahora son tan desgraciados como ellos. Seamos lestrigones, tártaros, hunos, vándalos, chinos, iroqueses, trogloditas; pero no seamos hebreos....

Ese ente que señorea el mundo, en cuyo rostro se distinguen las huellas de la perfección divina, cuya mirada sigue á Dios hasta cerca de su trono, y sale del Paraíso, todavía grande y majestuoso, es el hombre: á ese le azotas? á tu padre, á tu hermano, á tu hijo? Azotadores, qué sería de vosotros si llegase el día de ser azotados? Ojo por ojo, diente por diente, dice el talión....

Nosotros no haremos eso ni lo mandaremos hacer.

Presidente, hombre piadoso, ¿qué dices de todo ésto? Yo no azoté, dices; pero mandaste quien azote, digo yo. Yo no juré, Señor, dice trémulo el culpable. Pero juró tu sometido á quien debías refrenar, grita indignado el juez. Vosotros *los cristianos*, ceñíos á la Escritura.

Ahora pues, nosotros los *malvados* sufragamos por la hombría de bien; nosotros los *herejes* nos inclinamos á la religiosidad encarnada en un hombre harto conocido por piadoso; nosotros los *bandidos* nos proponemos sacar á la honradez sobre los hombros, ó morir en la lucha, si nos rechazan con las armas; nosotros los rencorosos pensamos perdonar, supuesto que elegimos al de manso corazón; nosotros los soberbios invocamos la modestia; nosotros los rapaces no queremos nada para nosotros, ya que dejamos al amigo, amigo íntimo talvez, y llamamos al que no nos conoce, aquel de cuyo favor nada esperamos; nosotros los empecinados cedemos al instante; nosotros los partidarios ciegos no reconocemos caudillo; nosotros los revolucionarios obramos como pacíficos; nosotros los de mala fe hablamos como sinceros; nosotros los ambiciosos no tenemos ambición; nosotros los injustos nos acogemos á la justicia; nosotros los egoístas proponemos la generosidad y la abnegación á nuestros enemigos. Achácannos ustedes de empeñarnos en la elección *del antireligioso y provincialista*, ó del *militar amigo de los fueros*, ó del *impopular y enemigo* de vuestro jeque: el *antireligioso, el amigo de los fueros*, el *impopular* se apartan ó se apartarán generosamente, y nosotros, sin mala intención, ni obstinación, renunciamos esperanzas, despreciamos *probabilidades*, y proclamamos al que no conocemos sino por sus virtudes públicas. *Tal sujeto* ha dicho con frecuencia, que si los liberales se obstinaban por el *hereje*, él se combatiría con nosotros; pero que si preferían un moderado, un tercero en discordia, estaría con ellos. Hélos allí á esos buenos liberales decididos por el moderado, el tercero en discordia, el hombre religioso: ¿qué dice ahora el ministro-emperador, católico, apostólico, romano? Nosotros hemos cedido, amigos míos, cedan ustedes á su vez: no

seamos güelfos y gibelinos, Avencerrajes y Segríes, moros y cristianos; seamos amigos, hijos de una madre, ciudadanos de una misma patria, que al fin abren los ojos, extirpan la gangrena del corazón, bruñen y acicalan el alma, desembarazándola de su espesa empañadura. Que nosotros no deseamos la muerte, el destierro ni la infamia de ustedes, claro se vé, cuando escogemos un hombre más conservador que liberal, de maduro juicio, de ilustrado entendimiento, de sano corazón: si ustedes se obstinan en elegir á su caudillo, manifiestan sin rebozo que anhelan nuestra ruina. Cuando uno de nosotros caiga fusilado; cuando otro perezca en el suplicio de la *barra;* cuando éste gima lastimosamente al menudeo del azote; cuando ese vaya amarrado, á pié por los desiertos, ¿sentirán ustedes bailar alegre el corazón en el pecho? No me lo digan, porque me muero de lástima de ustedes. Y aún no tan malo si eso fuera todo; pero su candidato tiene graves, insuperables obstáculos para la presidencia: ese auto motivado del Perú, amigos míos, ¿no es una terrible cosa? El Perú, nación amiga, aliada nuestra, recibir de nosotros un bofetón! ¿Y qué sería sino bofetón elevar á un reo de sus tribunales? Ya dimos un grande motivo de queja á otra nación hermana, eligiendo diputado al que acababa de ofenderla: ¿dónde hemos de ir á parar con estas provocaciones repetidas? El Perú jamás reconocería el Gobierno de uno á quien tiene en juicio criminal; Colombia jamás reconocería á uno que le ha hecho tanta guerra, que tanto la ha molestado, que tan ninguna seguridad le ofrece para lo venidero. Y nosotros encajados aquí en medio de dos repúblicas que no reconocen ni pueden reconocer nuestro gobierno! ¿con quién tratamos, con quién comerciamos, cómo vivimos nuestra vida política? nos avendremos á ser una tribu ignorada en un rincón perdido del mundo?

Atajados les miro de razones; responderán ustedes, si les tienen provenientes de la filosofía, la sana política, la justicia, la virtud en fin. Ahora si llegamos á *la insuficiencia de las leyes,* no sé cómo levanten ustedes con sus débiles cabezas ese peñasco de Sísifo.

Hay un ciudadano que ha declarado de un modo oficial que las leyes son insuficientes, y las ha transgredido todas. Conviene saber desde luego si la constitución de la república autoriza al presidente á hacer esa declaración en algún caso: ¿no? pués cómo se las anula por el ejecutivo? Estas leyes son insuficientes para uno; viene otro, y halla que las nuevas no le bastan para gobernar: llega el tercero, y todo lo tiene por escaso y todo lo vuelca: ¡despotismo atroz y ridículo, que causaría risa en la Sublime Puerta! Si la voluntad del gobernante es la ley suprema, hagamos una hoguera de todos nuestros códigos, y sentados al rededor, veámonos esas caras, sino de salvajes, de esclavos azotados por lo menos. ¿Y qué necesidad, qué empeño es de éste ir en busca del que *no puede mandar con nuestras leyes*? Hemos de hacer leyes acomodadas al carácter de un hombre, ó un presidente para que haga ejecutar las leyes? Un tal no puede mandar con las que la Nación, de años atrás, ha dictado y sancionado por medio de sus legisladores; pues ese tal ha de ser el presidente, á fin de que derroque el edificio social, rasgue el contrato público de los hombres reunidos en civil, política asociación, y ande sobre ellos con el látigo en la mano! Cosa necesaria es ésta? Pues si aquel *no puede mandar*, que no mande; hay hombres modestos, juiciosos, buenos, que no se juzgan superiores á los códigos, y tienen harto con ellos para labrar la felicidad de sus conciudadanos.

Proclamar la candidatura del que tiene protestado no mandar con leyes, es dar el grito de una revolución extravagante: ¿entienden ustedes? Revolución á la faz del Gobierno, revolución á la faz de pueblos libres, revolución á la faz de la América republicana. Proclamar una dictadura perpétua en medio de la paz, sería un absurdo de muy amargas consecuencias.

Mediten ustedes, y vean si hablamos con fundamento, si obramos con desinterés y justicia. Que Don Francisco Aguirre sea el candidato de la nación: demos una prueba de grandeza de alma, seamos al fin hombres de bien y no bribones, ilustrados y no bárbaros; cristianos y

no feroces tártaros sedientos de la sangre de nuestros propios hermanos. Sino gustan ustedes de ir á un paso con nosotros, propongan cualquier otro hombre notable de su partido; ¿no tienen más que uno? ¡Qué vergüenza! El Azuy acaba de presentarse egregio, con esa reconciliación de los partidos, ese voto común que excluye la tiranía y proclama la mansedumbre, se aleja de la barbarie y tiende los brazos á la civilización, ahoga en su pecho los afectos duros, y da ejemplo de fraternidad. El Azuay ha merecido bien de la patria: debe servir de ejemplo.

EN EL LIBRO DE AUTÓGRAFOS DEL MINISTRO DE COLOMBIA.

La diplomacia es ciencia muy antigua: cuando la buena fe y el amor á la patria eran divinidades que se hombreaban con los dioses del Olimpo, la diplomacia no era ciencia ni arte; no era más que la verdad autorizada con el poder de los gobiernos; y la verdad no necesita de esta confusa y terrible sabiduría que en nuestros tiempos tiene alerta á las naciones. Desde los feciales de Roma hasta los caduceadores de Méjico; desde los heraldos insolentes de Darío hasta los pomposos emisarios vestidos de plumas de los Natches, los hombres han acudido á los recursos de la paz, primero que fiarse á la elocuencia de las armas. Hoy la diplomacia comprende muchos más objetos que en lo antiguo: el comercio, las discusiones amistosas, la mancomunidad de fuerzas para obras de interés común, no solían ser materia en que entendiesen los comisionados de los pueblos: se pedían desagravios, se declaraban enemistades, y un embajador llevaba toda su sabiduría diplomática en los pliegues de su manto.

La sinceridad ha perdido con la civilización moderna, pero se han multiplicado los medios de entenderse los pueblos y gobiernos. Yo sé muy bien que de esta ventaja han provenido cosas peores que las desgracias de la guerra; pues aquella nigromancía de los hombres de estado suele redundar muchas veces en perjuicio del género humano. Maquiavelo, el Cardenal Richelieu, Mazarino fueron diplomáticos de primera orden, y en nuestros días el conde Bismark es gran diplomático: ¿cuáles han sido y son los frutos de esa aptitud grandiosa para los asuntos públicos? Oh Dios! la perfidia, el embuste, el engaño no pueden servir de cimientos sino á tenebrosos y mal seguros edificios. No se me acuerda qué hombre célebre ha dicho, que la verdadera diplomacia es la equidad. Todo hombre de bien ha de seguir esta máxima: la ciencia que enseña á medrar en detrimento de nuestros semejantes, es ciencia negra, reprobada. Esto no quita que el hombre hábil utilice en cuantas ventajas le sugiera su ingenio en favor de su patria, siempre que sea sin menoscabo de la justicia. Ni es de suponer que un gobierno cometa á sus embajadores el encargo de sacar provecho de la simplicidad ó la flaqueza; pues si es justo defender la razón y el pundonor con pecho denodado, es poco digno de alabanza engrandecerse con la medrocidad ajena ó echar á la parte de nuestra experiencia la ignorancia de aquellos con quienes nos vamos entendiendo.

Acá en el nuevo mundo somos más sinceros, talvez por menos entendidos en el arte de engañar. O será más bien que los vínculos de fraternidad que nos ligan á los americanos, los intereses comunes, las propenciones semejantes de nuestras repúblicas nos aconsejan vivir en un corazón y llevar adelante los mismos pensamientos? Los que por ventura están destinados á componer algún día una sola república, no deben ser ahora muy diferentes ni tener conveniencias encontradas. Un solo pueblo, ya lo somos; pero esa gran Nación americana, esa federación continental discurrida por Bolívar, soñada por los demócratas de buen temperamento, ¿habrá de llegar con el transcurso de los días? Si este bien les espera á nuestros hijos, buena herencia les dejamos; nosotros no es-

peremos disfrutarlo en persona. Mas siempre seremos próceres, si hacemos lo posible para ilustrar, engrandecer y volver felìz al nuevo mundo, esta gran patria de los americanos; grande en territorio, grande en elementos, grande en esperanzas; pequeñuela todavía en facultades físicas, si bien no inferior en lo moral á esos viejos reinos de Europa.

A un diplomático de diplomacia se le debía hablar; pero confieso á usted, Señor Don Teodoro, que no ando escaso de aprensión cuando voy á poner mi nombre al lado de otros tan notables, por no decir ilustres de una vez. Don Lino de Pombo, Don Manüel Ancízar, Murillo, Santos Gutiérrez no son hombres comunes. Pero usted me pide una página y mi nombre, y no hay repugnancia que valga contra deseo de tánta significación.

Si esto es así, ya está hecho; y aquí añado toda mi sinceridad y la cortesía de que soy capaz, para suscribirme de usted atento y seguro servidor.

Juan Montalvo.

San Juan de Dios, á 6 de Setiembre de 1868.

AL PIE

DEL MONTE BLANCO. (SUIZA.)

Si con los ojos este monte abrazo
Que aquí se encumbra, la razón envío
Del cielo á lo más alto y allí busco
De esta grandeza el inmortal principio.

Y doy con él ? Mis labios no funcionan,
La comprensión se ofusca, desatino ;
La inteligencia se anochece, en vano
Entre las sombras con mis sombras lidio.

Empero los afectos inmortales
Que en mi pecho descuellan ; el alivio
Que gozo en el creer cuando padezco ;
La tendencia del hombre á lo divino ;

Y éste como universo que en mi alma
Prosigue majestuoso el blando giro,
Y que no lo hice yo, lo allanan todo :
Si nada entiendo, al corazón me fío.

Levántate, montaña ! rompe nubes,
Vé á llamar á las puertas del empíreo :
Respondieron ? qué dicen ? en su trono
Vistes á Dios, al Dios inmenso has visto ?

Tu majestad y tu poder convencen
Que llena el universo un Infinito
Del universo autor ; grandeza tanta
Cierto, del Grande, del Potente vino.

Nadie el imperio te disputa, reinas
A solas en los montes : de los siglos
El tropel impetuoso, ni una huella
Dejar en tu alta frente ha conseguido.

Ora desplegues tu poder al aire
Desde la cumbre hasta la base limpio ;
Ora te escondan nubarrones densos,
Rey eres siempre, de los Alpes digno.

EL COSMOPOLITA.

EL COSMOPOLITA.

NUM. 6.

DE LA POLITICA.

La peste reina en todas partes: digo esta enfermedad llamada *política*, que excluye toda otra ocupación moral, que embebece á los hombres y les trae girando en un oscuro torbellino. Si la política es aquel empeño por la salud y prosperidad de la patria, aquel movimiento en globo de un pueblo anheloso de su dicha, aquella propensión irresistible hácia las regiones de la luz, la política es una gran cosa, la mayor y más bella que puede ocupar á los hombres. En los antiguos tiempos, menos sabios talvez, pero más cuerdos que nosotros, era mal visto el prescindir de los asuntos públicos. Ahora se tiene por virtud la prescindencia, y lo es en verdad,

si se trata de este vocerío diabólico, esta *danza del Sábado* en que los hombres convertidos en entes infernales, en ridículos espíritus ó feos moharrachos, brincan, ahullan, se contuercen y andan revueltos en confusos pelotones, al son de aquella música desesperante que lastima los oídos y el ánimo de los que los tienen puros y suaves. Esta política es una peste, una enfermedad horrible, elefancía del alma, lepra de la conciencia: feliz quien de ella se precave, dichoso quien de ella se cura! Si las naciones tuviesen un tribunal supremo que castigase los más perjudiciales delitos y premiase las más provechosas virtudes, el prescindente saldría coronado; el no prescindente, condenado á la horca. ¿Y cómo no? Aborrecer la política es horrorizarse de la sangre humana que corre por las gradas del cadalso, como una cascada bellísima para los demonios; aborrecer la política es echar lágrimas, cuando los ayes del preso trincado en una barra de hierro llegan á nuestros oídos; aborrecer la política es seguir con el corazón y la memoria al proscrito que en medio de lanzas enemigas se va por esas tierras pobladas de tigres y de indios salvajes, dejando tras sí la civilización y el amor; aborrecer la política es admirar ese entrecejo agresivo y odioso que nos pone el que nos encuentra en la calle, nuestro amigo talvez en otro tiempo, talvez nuestro pariente; aborrecer la política es amar la verdad, la equidad, la dignidad; aborrecer la política es respetar al hombre, no romper los lazos de la naturaleza, obedecer las leyes que rigen al género humano en el mundo moral; aborrecer la política es acatar la virtud, rendirse á la justicia, no faltar á la moderación; aborrecer la política es ser bueno y no perverso, justo y no inicuo, noble y no ruin, hombre en fin y no bravía alimaña. Dichoso el que aborrece la política! Éste guarda el corazón entero, sin gangrenosas hendiduras, sin ponzoña que le desnaturalice, sin tubérculos que le causen ese dolor insoportoble, el más pungente de los dolores, el odio, la venganza. Tú prescindes de la política? Ven, yo te abrazo, hombre temeroso de Dios, amigo del género humano, prosélito de la virtud.

Encono, difamación, injusticia en toda forma, calabozo, patíbulo, ésto es lo que llamamos política en nuestra barbarie; ¿por qué somos tan necios? por qué somos tan crueles? La verdadera política es de grandiosa catadura, de porte majestuoso, de semblante seductor, de mirada profunda, de paso ajigantado y regio, de ademanes imperiosos, de maneras finísimas, de conducta acendrada: la verdadera política es una reina cumplida, una diosa del empíreo, un personaje elevado y santo, digno de nuestra adoración. Afirmar esta aparatosa máquina que se llama Gobierno, nivelándola con el compás de la justicia, acuñándola con la equidad, moviéndola con aquel vientecillo blando y poderoso al mismo tiempo, aquel vientecillo que se llama civilización y progreso, ésto es ser político, verdadero y gran político. Lo que se reduce á personas es personalidad, egoísmo, esclavitud; lo que abraza la especie, el todo, es magnanimidad, encumbramiento, don de Dios que se ejerce en bien del universo. La verdadera política es la verdadera filosofía, la religión verdadera; la falsa política es el error, la corrupción moral. Las leyes de los atenienses conminaban con la infamia á los que prescindiesen de la cosa pública, como que cada hombre está obligado á contribuir á ella. En la política verdadera es en la que todos los miembros de la asociación civil han de tomar parte; en la falsa, ojalá nadie la tomara: ¿no sería en efecto conveniente que nadie robase, ni matase, ni calumniase, ni se manifestase en modo alguno indigno de su criador? El tomar á pechos una idea, un principio, es cosa grande y buena; puede no ser buena, si el principio es erróneo; pero su propagador de buena fe siempre es disculpable: el entregarse en cuerpo y alma á un hombre, y mal hombre, ésto jamás puede ser bueno, porque es renunciar la inteligencia propia, ahogar el corazón en el pecho, reventarse los ojos é ir ciegos con desatinados pasos tras un pérfido lazarillo: renunciar el alma, amigos míos, ¿hay locura mayor? entregar el corazón á Satanás, amigos míos, ¿hay desgracia mayor? desbaratar la inteligencia y echarla en pedazos á los pies de un dueño avaro, amigos míos, ¿hay delito mayor? Pen-

sad, sentid, obrad según las luces de vuestra comprensión, según los impulsos de vuestro corazón, según las sugestiones de vuestra conciencia, y seréis hombres.

Ah, no os aconsejo el orgullo, y menos la vanidad: hartos y grandes maestros rigen el mundo, y para cada virtud y cada ciencia tenemos escuelas autorizadas, donde seremos sabios, si guardamos desde luego el silencio requerido y empezamos á hablar cuando sabemos lo que decimos. El que habla y escribe sin haber leído, yerra sin duda, yerra mucho, ó no dice cosa que sea de provecho. El hombre es semejante á un vaso de alabastro, cuya belleza y transparencia no se descubren, si no arde luz en su seno: esta luz no es innata, es adquirida por la meditación y el estudio, pues la inteligencia inculta es un trozo de mármol no tocado por el cincel pulidor: la estatua grandiosa, aquella por cuyas formas transpira el espíritu divino encerrado adentro junto con el ingenio del artista, esa es la inteligencia cultivada é inspirada. La ignorancia no es tan audaz como oigo de continuo; la malicia es la insolente y acometedora: la una puede ser de buena índole é inofensiva; la otra de suyo es aviesa y perjudicial. El ignorante merece perdón; el hombre cuya perversidad es refinada por el estudio, ese es nuestro enemigo, y enemigo terrible.

Nosotros no conocemos la política: ésta es una ciencia muy basta, un conjunto de muchas ciencias: el hombre de Estado, el diplomático, el escritor, el orador saben ó deben saber mucho, por cuanto el edificio que construyen, este gran templo llamado gobierno, se levanta y subsiste sobre cimientos profundos y sólidos como los del Partenón; este sublime aparato de la sociedad civil no camina sino sobre ruedas perfectas y valiosas, bien así como las puertas del cielo, que girando sobre goznes de oro, se abren y se cierran por sí mismas. La filosofía es la base de todos los estudios; la historia, elemento indispensable de sabiduría: quien no se atiene á sus preceptos y ejemplos, mal podrá gobernar á los hombres.

Lo que nosotros sabemos á las mil maravillas es acometernos con toda clase de armas, con todas las prohibidas por la conciencia y la caballerosidad. Aspiramos á

encumbrarnos á la cima de la patria, sin alas para volar por tan superiores regiones; queremos ser preponderantes, y preponderamos con efecto, ó más bien sobresalimos por la iniquidad y el deshonor: el más valiente, más experto, más digno de consideración, ¿no es el más atrevido y furioso, el que enviste con más violencia, vocifera con más desatino, se prostituye con menos pudor, obedece con menos repugnancia, se corrompe grande y eficazmente para los fines de la tiranía? No quiero ser vuestro Juvenal, amigos míos; cómo he de ser Juvenal, cuando me han reprendido con aspereza el haber intentado ser algo Catón? La virtud privada se perdona todavía; las virtudes públicas son cosa indiferente para todos, despreciable para muchos, delito para algunos: nadie es impunemente justo, imparcial, moderado entre nosotros: ¡pobre Arístides! lo peor que tiene es el servir de ejemplo á los siglos y á los pueblos.... Si hoy se pusiera á votación el destierro de un ciudadano, probablemente el menos malo reuniera la mayoría.

Y ahora no me presento á reñir con nadie: mi bandera es la civilización; á su sombra milito en paz, combatiendo la barbarie, disipando sus sombras como puedo con esta antorcha de diminuta llama que traigo en mi mano trémula. No soy el Satanás que rompe el caos con fornido pecho, nadando activo por la oscuridad, para ir á apagar la luz del mundo; brego también contra las montañas de un mar de tinieblas procelosas, y voy en busca de la claridad: empero no con el fin de soplar sobre ella y extinguirla, sino con el de atizarla y adorarla. Procuro salir de mi ignorancia, nada más; soberbia no hay en mí: dichoso yo si tuviera quien me siga!

Extraño há parecido á muchos el que haya uno cuyo pensamiento gire en una órbita superior á la de nuestras pobres cosas, teniendo por absurdo, ó cuando menos por extemporáneo lo que no pertenece á nuestra política miserable. Oh Dios, ¿malo es para tratar un punto filosófico, moral ó literario? malo es elevar la inteligencia, purificar la sangre del alma, despertar en el pecho heroicos movimientos? Malo debe de ser

todo ésto para los que me han aconsejado no tratar sino de *candidatura*; ésto es, no ocuparme sino en injuriar á unos y ensalzar desmedida y neciamente á otros: éste no es mi asunto. Ilustrar la conciencia pública en cuanto me lo permita el caudal de mis escasas facultades; tocar al centro de los no perdidos corazones y hacerles latir en los nobles afectos; traer á su trono la libertad despojada, y renovar su culto con pomposas ceremonias, éste sí será mi objeto; si lo he de cumplir, no sé; si he de morir en este santo encargo, tampoco: los escollos son frecuentes, las espinas de la senda muy punzantes: ya he ido por ahí con el corazón y los pies echando sangre: no importa; no dicen que el camino de la gloria es muy hoscoso? el sembrado de flores es del infierno; pero la esencia de esas flores es sutil ponzoña....

Me insultarán, amigos míos, me perseguirán ustedes porque escribo de este modo? No hagan eso; si han de convertirse al fin, tal pecado requerirá muy grande penitencia. Tiranía, errores, vicios, éstos son mis enemigos, con éstos monstruos cierro: las personas son espíritus para mí; no las veo, si no vienen á metérseme en los ojos: en este caso procuro derribarlas, y la que cae, cae echando sangre y espuma por la boca. Si un individuo es la encarnación de la tiranía, cuando le nombro no hablo de él, hablo de su desgracia; porque es desgracia, y muy grande, anhelar y llevar á efecto la ruina de sus semejantes. El vicio suele tomar muchas veces aspecto del individuo; entonces el nombre del uno corresponde al otro, y es equivalente el usar de cualquiera de los dos: todo lo que entraña un principio, aquello de que se saca una consecuencia de interés general, lo que contribuye á la moralización de las humanas sociedades, tiene un carácter de universalidad que no merece censura: la filosofía y la misericordia están muy bien con el hervor de una sangre impetuosa, con los embates de un corazón arrebatado por el bien, con la pujanza varonil de una alma que se levanta y se sacude indignada como un dios, en presencia de las iniquidades y las tropelías de los fuertes.

EL LIBELISMO.

De qué no abusarán los hombres? abusan de la religión en la simonía y el fanatismo; abusan de la libertad en el desenfreno; abusan de la sabiduría en la soberbia y el error; abusan del poder en la opresión en que hacen gemir á sus semejantes; de todo abusan; no hay invención que no sea por ellos acomodada á malos fines: del vapor se sirven para sus piraterías; de la metralla para sus bombardeos alevosos; del telégrafo para sus engaños y falsedades. ¿Y de la imprenta? Ah.... de la imprenta, del periodismo se sirven para sus calumnias, sus difamaciones, sus rabias y venganzas. La imprenta, esa matrona romana, digna, seria, majestuosa en manos de un Lamartine; esa niña fresca, rozagante, pura en manos de un Víctor Hugo; esa muchacha retozona é inocentemente maliciosa, picotera y alegre, *festivissima omnium puellarum* en manos de un Alejandro Dumas ó de un Larra; es una vieja zarrapastrosa y obscena, derrama por los labios una baba pestífera, le fluye de los lagrimales un licor helado y corrosivo, sus uñas son largas y puntiagudas, anda cojeando, pero á carrera; brinca, mete ruído é incendia el mundo, en manos de tanto miserable que se sirve de ella como de un puñal enherbolado. El libelista es un bandido, un salteador de caminos que se embosca por ahí y le sale al paso al caminante: en tanto se encarniza más, en cuanto su víctima es noble y de rico parecer; le abre el vestido, inquiere su cuerpo: arbitrario aduanero, nada le deja por registrar, y tras ésto le hiere en mil partes, le chupa la sangre, le martiriza, y si le deja vivo, le manda arañado el rostro. El libelista no es el jabalí de Caledonia que arrasa el país por donde tira en sus descomunales viajes; es el zorro que todo lo ensucia y deja tras sí un reguero pestilente que encalabrina el alma; animalejo ruin, pero maligno; despreciable, pero temible: cuando agarra,

67

muerde duro; cuando no muerde, escupe, y su saliva suele dejar manchas porfiadas. La calumnia es la polilla que echa á perder el paño; la bayeta queda libre: la envidia, como la llama, tira á lo alto. *Invidiam, tanquam ignem, summoe petere.* Así el ladrón no roba á los pobres, porque no tiene qué robar en ellos: sujeto en quien se aferran tenazmente los malos, algo tiene bueno. El escritor perverso echa sobre la sociedad humana rociadas perjudiciales que azuran las mejores plantas; es la escarcha que temen los labradores: el escritor grosero es un derrumbe que se echa abajo sobre lo que encuentra, rodando con piedras y troncos en un torbellino de oscura tierra: el escritor infame es el albañal por donde corren todas las impurezas.

Tú, cualquiera que seas, que llamas ladrón al hombre de bien, infame al digno, traidor al leal; tú, para quien la frescura juvenil es vejez, la agenciosa laboriosidad comercio fraudulento, el ejercicio de una noble profesión, latrocinio é injusticia: tú, para quien el ingenio es tontera, la instrucción ignorancia, la alteza de alma y la acendrada conducta, mal carácter y soberbia: tú, que tomas parte con los malos, enalteces al ruin, trasloas al inícuo y adornas con magníficos pronombres al delincuente sentenciado: tú, has venido á ser todo aquello que se dice del libelista. El salteador anda oculto, á gatas por los matorrales, y si le cojen, dice que es hombre de bien, y que nada ha robado á nadie: el libelista anda también á gatas. Yo cogí un libelista del pescuezo, y me dijo que era el hombre más bien intencionado del mundo, que nunca había escrito nada contra *nadie*, y lo que hace es purgar de injurias las obras de sus amigos: que era como Madama Roland, á quien no conocían sus compatriotas, como Chateaubriand en lo *bien puesto* de su nombre; pero no como Armando Carrel en el ser tonto para morir de un balazo. Á la justicia que manda ejecutar un reo convicto no se le puede llamar tiránica: el escritor que aherroja á un libelista, hace un bien á la asociación civil; los buenos deben rendirle gracias, por haberse habido con severidad tan necesaria.

Si eres inocente, como afirmas, en buenhora; no

hablo contigo ni de tí; si en efecto has incurrido en la pena, estoy en lo justo. Ya sabes que hablo recio, y que mi voz tiene su retumbancia: si soltares otro libelo infamatorio, y eres persona, te nombraré, y tu nombre saldrá chirriando en medio de un furioso incendio, y echarás humo por los ojos y la boca, y tu pecho será una viva llaga. Lo que has hecho contra mí, lo he despreciado, lo he perdonado; mas si empiezas á nombrar á los mejores, te echaré bitriol en la cara, y beberás una brasa ardiente y devoradora. Mi conducta pública es sin tacha; estoy sobre una fuerte ciudadela, erguido en el Capitolio; los ganzos sagrados me advierten la aproximación del enemigo nocturno, y cual Manlio, cierro con ellos y los despeño al abismo. En mi vida privada no hallarás sino pasiones, y de las pasiones–reinas; desgracias, puede ser; delitos, vicios, infamias, no! ¿Qué es ésto, amigo? por qué no creces derecho? planta sin cultivo, te achaparras; planta sin aseo, nacen sobre tí parasitos inmundos.'

He visto el cedro del Líbano encumbrarse al firmamento y sacudir su real cabeza entre las nubes; su magnífico ramaje abraza un gran espacio á la redonda, y asombrando el suelo con sus radios, puede albergar un ejército al rededor del tronco: grande, noble, majestuoso, veneración infunde; fresco verde, puro, es bienhechor: lujo de naturaleza, adorno de la tierra, gloria de los bosques: el águila posa en su cumbre, y se contonea como en su trono, orgullosa de la pompa que la engrandece: los vientos le prestan homenaje, y murmullan cual música divina entre las hojas; el sol matinal le unge cada día, y le declara emperador: la noche admira ese fantasma gigantesco erguido en su seno, desalojando una gran porción de oscuridad: tácito y miedoso personaje en las tinieblas; franco y excelso á medio día.

Si somos grandes, seamos como el cedro.

He visto la perenne albahaca en el jardín, sentada voluptuosa en un recodo: su diminuto cuerpo no incomoda á los vecinos, no despide maligna en torno suyo pon-

soñosas exhalaciones: contenta de su juventud, sonríe á todos; satisfecha de su frescura, jamás se encona: el suelo donde arraiga, el aire que la nutre, el agua que la humedece, todos la aman: el sol no la corona por muy chiquita; el viento no la recuesta, por muy inocente; pero tiene sus secretos con el rocío, departe con la aurora, y el favonio le trae recados misteriosos del Paraíso. Un hilo de agua cristalina corre á sus pies sumiso y acariciante; la mariposa viene triscando por el aire, y en sus graciosos dengues procura congraciarse con la amable niña: ya llega, ya la toca; ¡ qué dulce mata! El colibrí es demasiado grande para ella; su almíbar es el banquete del plateado insecto, pero tiene aroma para todos, y sirviendo para muchas cosas buenas, no es para nada malo, porque no tiene veneno.

Si somos pequeños, seamos como la albahaca.

He visto el naranjo cuajado de azahares: redondo y elegante cual una hermosa vestida con tontillo; fresco y provocativo cual el rostro virginal de la doncella; donoso y rico en simpatía, adornado y contento cual la novia que vá á extender la mano: ¿ quién no toma de él una flor? quién no pone en los dientes al paso una de sus doradas y saludables hojas? Por la madrugada es una caja de música con el sinnúmero de jilgueros que entre su follaje chacotean; por la tarde, él se opone á la melancolía del crepúsculo, y dice: No quiero estar triste: por la noche se calla, y en silencio está elaborando las esencias con que ha de regalar al alba.

Si somos medianos, seamos como el naranjo.

Y no como el espino, y no como la ortiga, y no como la cicuta: con espinas ciñieron la frente del Señor los fariseos, con cicuta mataron á Sócrates los treinta tiranos. Si somos grandes, seamos como el cedro; si pequeños, como la albahaca; si medianos, como el naranjo; ésto es, siempre provechosos, ó cuando menos inofensivos; si no admirables por la grandeza, amables por la simpática pequeñez, ó por la utilidad que ofrezcamos á nuestros semejantes. Ésto de volverse notables por lo malo es cosa terrible verdaderamente: no hay prendas

que resarzan al individuo de los perjuicios que le acarrea su maldad; el hombre malo es como el niño rabioso que se magulla la cara y se arranca los cabellos, como el demente que rasga la vestidura y pone de manifiesto sus repugnantes formas: todas las obras del hombre malo son contra sí mismo; escupe al cielo, y la saliva le cae en el rostro: pierde el cariño desde luego, si alguien le quiso; la estima, si alguien le estimó; y es probable que alguien le haya estimado, y aun querido antes de que principie á ser perverso. Si de naturaleza no es bueno un hombre, debe serlo por política: el silencio es una renta, la prudencia un venero de ricos metales, la benevolencia una canongía. El crimen, los vicios no merecen tolerancia, y menos protección; el perseguirlos, el aborrecerlos, ésto es también ser buenos: la tolerancia es muchas veces un delito: tolerancia con la ignorancia, tolerancia con la flaqueza, en buenhora; tolerancia con la perversión, la corrupción, la iniquidad, pecado!

Tolerancia con el libelismo, pecado y más pecado! Las leyes de las doce tablas castigaban de muerte al autor de un libelo; y esas leyes eran de naturaleza que los padres conscriptos habían impuesto á la mocedad romana la obligación de saberlas de memoria. Por una de los emperadores Valentiniano y Valente se castigaba con el último suplicio, no sólo al autor de un libelo, sino también á los que, habiéndole tenido en sus manos, no le hubiesen destruído. San Gregorio excomulgó á los que habían mancillado la reputación del diácono Castorio, y de camino á los que leyesen esas obras infamatorias. El que se complace en leer injurias, dijo el santo, es tan culpable como el que tuvo la honra de publicarlas. Si para que rijan estas ordenanzas se necesitara sangre, yo me abriera las venas y ofreciera la que por ellas corre á los legisladores: imperando semejantes leyes en estas comarcas, algunos de entre esa *poética* gentualla estarían ahorcados hace tiempos. Entre hombres, en política, pase todo; pero el hogar es un templo misterioso, es el antro de Trofonio donde no se puede reir, cuyos secretos no es dado revelar: los genios buenos y malos que le habitan invisibles, esos santos penates, que son las virtudes,

esos sombríos faunos, que son las desgracias, sirven de centinelas en los humbrales de la casa: ora por lo triste, ora por lo terrible, conviene respetarlos. Nosotros, menos malos por más humildes, nos contentamos con acatar la virtud, compadecer las desdichas y deplorar de corazón las miserias de nuestros semejantes junto con las nuestras. Ah, Señores, el fundamento de la sociedad humana es la moral, el fundamento de la moral es el buen pensar, el buen hablar, el buen obrar. Por un delicadísimo sentimiento del ánimo los hombres han contraído un pacto, si bien tácito y reservado, obedecido religiosamente por todos los que pertenecen al gremio de esa respetable masculinidad que tiene las riendas de la moral y la sabiduría: ese pacto consiste en respetar á la mujer, en excluirla de nuestras iras públicas, en no hacerla representante en la ruin comedia en que somos ignobles histriones, andando como andamos por la escena á desvergüenzas y cachetes. Qué será de nosotros, si este genio doméstico, si este ser inteligente y sensitivo que nos ama y nos cuida, si esta obra predilecta de la creación, esta alma del mundo, es envilecida, corrompida, maltratada por nosotros mismos, sacerdotes de esa divinidad? Que la mujer sea, á lo menos en lo público, un diputado del Altísimo, que goce de inmunidad, que no le lleguen nuestros tiros. El feroz guerrero que se atrevió á combatirse con la diosa del amor y la mandó herida en la mano, fué devorado por sus propios caballos: luego hay uno como sacrilegio en blandir mortífero acero contra un ente incapaz de defensa, que algo tiene de celestial y digno de respeto: si las diosas del Olimpo son heridas por los mortales, ¿qué no será con las mujeres?

Mira esos ojos tímidos como ruedan en su amable languidez, debajo de la pestaña negra y encorbada; mira esa frente serena, levantada sobre dos arcos de perfecta simetría, risueño firmamento con dos nocturnos iris; mira esos labios sonrosados como se abren para voces armoniosas, ó para dulces palabras de cariño; mira esa cabellera ondeante, vestido de la naturaleza, como se derrama por la espalda en rubios tirabuzones, recordándo-

nos el porte de nuestra primera madre; mira ese aire seductor con que echa á andar hácia nosotros; mira ese aspecto de reina, si se repantiga en el sofá, formando un ancho semicírculo con su graciosísimo follaje. Si la halagas te sonríe; si la ofendes, se ruboriza, echa llamas de las mejillas, é inclina la cabeza; si la hieres, se indigna, se alza amenazante, da sus vueltas y susurros, cual paloma encolerizada, y acaba por llorar, siempre acaba por llorar: ¿no te tocan esas lágrimas? Si al empuje de la ira la sacudes, cae luego de rodillas, redobla tu adoración: si la ofendes con serenidad y por sistema, no te perdona y te condenas. El hombre, aquí está como una torre, elevado, firme, impasible: á él tus flechas, á él tus piedras; él no llorará; mas puede caer sobre tí con toda su pesadumbre, y has concluído tu carrera.

EL NUEVO JUNIUS.

II.

Á LOS PARTIDOS POLÍTICOS.

Habéis dado con el árbol de la sabiduría, amigos mios? Ya os dije donde descollaba; y verle descollante es una muy grande cosa: su cumbre desaloja las nubes, sus ramas se extienden al rededor entrelazadas con admirable simetría, y dan una vasta sombra. Este árbol florentísimo produce el fruto de la vida; los que aciertan á cojerle y gustan de su raro sabor, han dado con el secreto del género humano, si la felicidad es su secreto. Oigo de continuo que el dolor es nuestra herencia; mas pienso que para todos los males hay remedio, y que no es obligatorio ese legado. El dolor es nuestra herencia; mas podemos renunciarla, y desembarazados de ese gravamen, quedamos aptos para la felicidad. Felicidad, dolor, éstos son los ejes sobre que rueda el mundo, los términos que componen esta música estrepitosa que nos asorda sin intermisión, á la cual cada uno de nosotros contribuímos con nuestro ay! ó nuestra carcajada. La paz del corazón, la serenidad del ánimo, la satisfacción de la conciencia, la grandeza del carácter, la mansedumbre del genio, la rectitud de la conducta son las condiciones de la verdadera felicidad; y como todo aquello es obra y efecto de la sabiduría, resulta que la dicha es el fruto de ese árbol misterioso.

Luego no es tan fácil ser felices, me dirán. Qué ha de ser fácil! antes no hay más intrincada senda que la del Paraíso, siendo así que le tenemos perdido hacen ya setenta siglos. Pero no tan perdido que algunos hombres no hubiesen dado con esa deliciosa comarca, guiados por el gorgeo lejano de sus aves, por el olor que despiden sus flores siempre abiertas. El filósofo

cuyo sistema y cuyo anhelo es la tranquilidad del alma, y que á fuerza de profundizar en ese estudio cumple al fin su objeto, dió con el árbol de la sabiduría: vedle allí sentado majestuosamente á su sombra, hojeando el libro de la ciencia, satisfecho del cielo y de la tierra. El santo que distingue la materia del espíritu; que ve la luz divina rompiendo la bóveda celeste con su clara vista; que permanece suspendido de la mano de Dios y oye apenas el rebullicio de los hombres, dió con el árbol de la sabiduría: vedle allí á su sombra sentado majestuosamente al lado del filósofo. El regidor de pueblos que se consagra á su felicidad, gobernando á lo grande, obrando á lo virtuoso, respetado, querido por sus semejantes, dió con el árbol de la sabiduría: vedle allí á su sombra sentado majestuosamente al lado del santo y del filósofo. Filosofía, santidad, sana política forman el acompañamiento más respetable, el grupo más significativo del mundo, sublime cariátide que sostiene el trono del Omnipotente, mirando á la tierra con sus adorables rostros.

Alto es el árbol de la sabiduría, y no le vemos; sonoro es el árbol de la sabiduría, y no le oímos; fragante es el árbol de la sabiduría, y no le olemos; empañada la vista, embotado el olfato, entorpecido el oído, no podemos aprovecharnos de esa magnífica obra de la naturaleza, cuyo fruto robustece purificando la sangre, aclarando la inteligencia, dando armonía á las afecciones. Maestros no nos faltan; pero somos malos discípulos, y por eso vivimos en esta ignorancia del bien, en esta crasitud del alma que nos mantiene tan desgraciados y pequeños. Nuestro ahinco se cifra en nuestro mal, porque anhelar el mal ajeno es labrar el propio, supuesto que los hombres somos una cadena que viene resonando al través de los siglos y ciñe la tierra en todas direcciones. Nos perseguimos, nos robamos, nos matamos, y andamos diciéndonos hermanos: qué insolente ineptitud! Hermanos, descendientes de Caín: hermanos, y por eso gimen unos en profundas mazmorras, otros corren el lúgubre cerrojo: hermanos, y por eso va uno al patíbulo con trémulo paso, otros le vuelan la tapa

de los sesos: hermanos, y por eso unos amarran, otros tienen la soga al cuello: hermanos, y por eso unos deshonran, otros pierden el honor: hermanos, y por eso unos apañan la hacienda ajena, otros quedan en la mendiguez: hermanos, y por eso unos se elevan, otros sucumben; unos blanden ensangrentada maza, otros ruedan á sus pies; unos vociferan, otros gimen; unos viven repletos de sangre, otros caen al sepulcro exánimes. El sello de Caín viene impreso en nuestra frente: la raza del maldito se ha multiplicado en términos que compone la especie humana: víctimas y verdugos somos todos: deshonor, persecución, infamia, los lazos que nos ligan,—nuestra fraternidad, nuestra felicidad, nuestra gloria.

Tú que difamas al vecino, le calumnias, le hieres en el corazón, ¿eres su hermano? Tú que preponderas por la fuerza, y puesto arriba desplegas tu genio destructor; tú que cierras con los que no te adoran como á los dioses de los Druídas, persigues, coges, matas, husmeas la sangre de la víctima y bailas sobre su cadáver, ¿eres su hermano? Tú que anulas los derechos, huellas la justicia, te mofas de la dignidad del hombre y te empeñas en su ruína, ¿eres su hermano? Tú que trabajas por la ignorancia, y en tu sabiduría propagas las sombras, verificando una impía y tenebrosa operación, ¿eres su hermano? Su hermano eres, hermano á lo Caín.

Cuando digo *tú* no, hablo con uno sólo, con éste ni con ése; hablo con todos los malvados; ni tengo por buenos á los de un partido, por malos á los de otro. Los buenos son muy raros; los perversos abundan en todo tiempo y lugar. Los que padecen se tienen por inocentes, los que hacen padecer piensan que obran en justicia: si las víctimas se sobreponen á los verdugos, los verdugos vienen á ser inocentes; los inocentes, verdugos. El laberinto de la especie humana, donde no imperan la razón y la equidad, es la cosa más intrincada y oscura del mundo. La razón está en el triunfo, la equidad en el poder: el que manda se desafora y atropella por todo, siempre con derecho para sus descompasadas acciones: de aquí proviene que el tirano vive persuadido de que todas sus obras son laudables, y sus esclavos se quejan

amargamente de la oposición de sus contrarios. Ninguna virtud se practica menos que la fraternidad: reina entre los hombres el odio por los hombres: vivir es combatir, ya lo dijo un filósofo. La vida es la guerra: peleando vivimos, peleando morimos, y si fuera por nosotros, la tumba sería un campo de batalla.

Pero allí los valientes son cobardes, los grandes pequeños, flacos los fuertes, feos los hermosos, ruines los magníficos, bajos los nobles. Tú, héroe, ¿te dejas comer de los gusanos? y qué es de tu impetuosidad, tu superioridad, tu grandeza? Tú, déspota, ¿te dejas podrir y sufres que la carne se te caiga en pedazos? y qué es de tu poder, de aquel imperio irresistible, de aquel mandar ejecutivo? Tú, sabio, no sabes que el cerebro te está corriendo por la nariz y las orejas, ese cerebro donde se había imprimido el universo, ese órgano sublime por cuyo medio te subías hasta la esencia soberana? Tú, militar apuesto y valeroso, brillante con la argentería del vestido, rico de tu sueldo, insolente con tu espada, ¿no la desenvainas y destruyes esa legión de insectos atrevidos que te chupan los ojos? Tú, empleado grandioso, personaje excelso, ministro, presidente, emperador, ¿no mandas prender y poner grillos, no haces fusilar á esos conspiradores que te andan por la cara y el pecho, te comen los carrillos, te ultrajan y van contra tu autoridad? Tú, clérigo condecorado, prelado inmune, alto sacerdote, ¿no excomulgas, no anatematizas, no echas al infierno esa turba de sacrílegos que te dejan al aire el caparazón, te sacan á pedazos la lengua, te perforan la corona? Tú, gentil mancebo, amor de las doncellas preciosa muestra del linaje humano, de rubia y ensortijada cabellera, de ojos conquistadores, de dulces é irresistibles labios, ¿sufres que te ensucien la ropa, te aren el rostro, te descompongan y efeen esos entecillos despreciables? Lástima que los potentes no tengan allí vasallos, esclavos los tiranos, partidarios los políticos, fanáticos los sacerdotes, soldados los capitanes, para que les defiendan á todo trance, griten, insulten, amenazen, persigan, cojan, destruyan á *sus enemigos!*

Vivir es combatir; pero morir es sucumbir; y la vi-

da es un fuego fatuo, una rápida y misteriosa exhalación, una ráfaga de pesadumbres: no vale pues la pena de ser tan insolentes y perversos. ¿No sería mejor que fuésemos pasando asidos de las manos amistosamente, desahogándonos con tiernos suspiros, consolándonos con fraternales palabras, protegiéndonos con suaves movimientos, y desembocando en la eternidad cual sombras apacibles, y no cual bravíos fantasmas que van en busca del infierno? Si no vivimos más que un día, sepámoslo vivir, y sepámoslo de veras: esa ciencia no es la crueldad, la codicia, la altivez opresora, la infamia; todo ésto es ignorancia: esa ciencia consiste en la mansedumbre, el perdón, la protección mutua: sobre estas ruedas adelanta la sabiduría, y el que va en su carro, va más pomposo y majestuoso que Sesóstris.

La armonía del corazón y la palabra es el más embelesante acuerdo, si el corazón suena benigno echando afuera las gratas voces del amor, los graves acentos de la justicia. Indigno sería que hablásemos bien, si obrásemos mal; empero si las acciones son conjuntas con la expresión, si nuestra manera de decir es acomodada á la concordia, ¿por qué no nos oirán ustedes, los que se llaman nuestros enemigos? El porvenir que proponemos no viene cargado de nubes tempestuosas, no vislumbra allí la electricidad mortífera, no cruzan relámpagos siniestros: limpio es ese firmamento, clara esa atmósfera, y cuando anochece y amanece, una amable estrella surge del vacío y se pone sobre el horizonte á mirarnos cariñosa. Ustedes quieren la tempestad, concitan el rayo, supuesto que no caiga sobre sus cabezas, evocan el terremoto. Hartos estamos de terremotos: déjennos ustedes en pie las habitaciones, sosegado el ánimo, sin pesadilla el sueño, segura la vida, ya que la Providencia ha querido preservarnos hasta ahora. Qué empeño es éste, amigos míos, qué empeño es éste de ver perturbada la paz, en peligro la nación, perdidos muchos ciudadanos, y acaso los mejores? Ah, si *ese hombre* diese con el árbol de la sabiduría, y se sentase majestuosamente á su sombra....! El valor de la desesperación suele ser fu-

nesto, el heroísmo de la muerte se dispara en mil centellas destrucctoras: una nación oprimidísima, revienta al fin como una bomba, y ay! de los opresores. Si os empeñáis en exterminarnos, puede llegar el día en que seais exterminados. Entre vosotros no hay sino un hombre, uno sólo: puede éste desaparecer por la ira de Dios, por la justicia de las leyes, por la venganza de los hombres: ¿qué será de vosotros en ese trance? Si tan encarnizados, si tan irreconciliables os manifestáis, talvez sea necesario enrojecer un poco la clemencia....Labrad para el porvenir, y sabed que la herramienta que fecunda no es el puñal, la bala ni el azote; éstos esterilizan: la benigna azada dispone la tierra para que reciba el gérmen de la vida; el látigo y el palo siembran lágrimas......

ESTILO FAMILIAR.

COSAS DE MI TIERRA.

Difícil es, querido, tomar las cosas á lo hombre en en estas regiones de muchachos sin bautismo. Pensaban ustedes que perdonando faltas, ahogando resentimientos, venciendo dificultades, era obligación mía tornar á la pluma, por lo que hay en mí de ciudadano y de patriota. En un conflicto nos hallamos verdaderamente, y todos hemos de concurrir á salvarnos, salvando la nación. El orador en la tribuna, el escritor en la imprenta, el ciudadano en la ciudad, cada uno trae su contingente á esta gran derrama con la cual tratamos de redimirnos. El que embaraza ese concurso es mal hijo de la patria.

Como esos hay, amigo mío. Se han hecho ustedes cargo del sentir de *aquellos* autorizados extranjeros acerca del humilde compatriota de ustedes. Los estímulos que usamos por aquí son de agraciaciada y singular naturaleza, y del modo como lo queremos al escritor, sería él un personajecillo despreciable. Nos suscribiremos, han dicho *esos Señores*, con tal de que no escriba sólo; con tal de que escriba en pliego suelto, y nos envíe uno por semana; con tal de que hable la lengua popular; con tal de que el periódico tenga reglas fijas y no salga de cierta esfera, con tal de que se consulte para que no juzgue de lijero: con tal de que no trate sino *de candidatura;* con tal de que perdone las flaquezas; con tal de que no disocie; con tal de que dé soltura á los períodos y las clâusulas, y se sirva de las construccciones vulgares; con tal de que no haya historia ni sea largo; con tal de que en un rato de mal humor no ataque á sus copartidarios; con tal de que no sea tan Catón. Pues con tal de que acepte el Cosmopolita estas condiciones, podrá tener algunos suscritores.

Yo soy gente, soy hombre, soy libre; la cabeza y el corazón de uno que se ha desmamantado con las vidas de los varones ilustres de Plutarco, y las sabe de memoria, son aparatos más nobles y sonoros de lo que *ellos* piensan. Siga cada uno su camino, y Cristo con todos.

"Con tal que no escriba solo." Oiga usted: es un defecto gravísimo el escribir solo, y todos los que tal hacen son dignos de reprensión: bribones!

"No ha de escribir en forma de cuaderno, sino como se usa." Los periódicos hebdomadarios, quincenales y mensuales se publican en Europa y los Estados Unidos en cuaderno. Pero como en mi tierra no *se usa* saber nada, ya pensaron que era invencion extravagante. Algunos de mis excelentes compatriotas se han imaginado que escribir libros es un defecto literario, porque *no se usa.* Alabado sea Dios.

"Ha de mandar uno por semana." Bien hecho: á los negros se les pone tarea, y si no la concluyen, se les mide las costillas. Como el escribir es cosa de gañanes, aprétenle ustedes la pésima al ladrón del escritor que ahorra el tiempo y como de valde. La agencia de mis escritos guarda una arca real henchida del oro que han mandado los suscritores; por eso me he quedado hasta sin reloj, y con una buena suma en menos. Mátenme.

"Con tal de que hable la lengua popular" ¡Jesús si he de hacer eso! Olvidaré la lengua castellana, que me he empeñado en aprender hasta hacerme llamar *español y de los mejores tiempos* por insignes literatos? No quiero! hablen allá su lengua, que yo hablaré castizo. No me entienden, porque no prohijo ese idioma triorquida, ese monstruo nacido de tres padres de diferente naturaleza, esa jerga americana. compuesta de castellano, francés y quichua. Lope de Vega tan encomiado por su ingenio, incurrió en vileza, y sus contemporaneos le zahirieron de infame, por haber descendido del trípode sagrado, y de gran prestigiador y sacerdote convertídose en tuno de playa en sus comedias. Defendiéndose el poeta, el hombre quedó por malo de rémate, pues salió por este registro:

Yo escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque como lo paga el vulgo, es justo
Hablarle necio para darle gusto.

Allá los que escriben asalariados den gusto á sus compradores. La verdad es hermosa, noble la filosofía, la poesía se encumbra como el águila y va dando por el aire grandes voces. Me ponen por condición que hablo á lo corre-ve-y dile, á lo truhan, á lo barbero? ¡Cristianos!

Y además el pueblo no es tan ganzo como se le juzga; y por eso Iriarte dijo ya:

Que si dándole paja, come paja,
Dándole también grano, come grano.

Yo le doy grano, y me agradece más que á los que le dan paja.

"No ha de hablar sino de candidatura." *Plaudite.* Será preciso que nuestro candidato sea el hijo de Filipo ó Julio César. Ni palaciego ni ruin adulador habría tan fecundo que no se ocupase sino en el sugeto, y no en los principios, las cosas, los derechos y deberes de los hombres. Poco mas ó menos todos somos de la misma calaña, y si algo bueno hay que decir en nosotros, en una brisna de papel está despachado. Lo que importa es exaltar la inteligencia y el ánimo de los pueblos, discurriendo acerca de materias adecuadas para volverles hombres ilustrados y buenos hijos de la patria. Una vez en punto de franceses, ellos saben muy bien á quien elijen.

"Con tal de que se perdone las flaquezas...." Las flaquezas se perdonan; el mal carácter, la mala conducta, no! Perdonen ustedes agravios, faltas, desgracias; ruindades, pillerías, infamias, no perdonen jamás. Indulgencia con la depravación es corrupción: ni puede haber política, si los principios de moral no sirven de cimiento. Esta máquina chillona y pestilente en que venimos rodando, no es política; es buenamente un ahogadero de conciencias. Me aconsejan ustedes ser su operario? Un millón de gracias.

"Con tal de que no disocie" Hum....ya me van á decir: "Con tal de que no barbarice." Disociador el que se ha empeñado en asociar! Los hombres de buena fe que han leído mis escritos, verán que ésto es de morirse de pesadumbre.

Con tal que el periódico tenga reglas fijas y no salga de cierta esfera." Una cosa como esclavo, como asno, como reloj? El sastre no sale de cierta esfera: miento, sale también, cuando su alma, como la de Johnson, rompe la hebra y se dilata en el espacio. El sol no sale de cierta esfera; pero qué esfera! grande, resplandeciente, magnífica. Si es de la esfera del sol, no saldré. Con qué motivo quieren achicarme? Pequeñuelo soy, pero no tanto que alcance en su estuche.

"Con tal de que se consulte, para que no juzgue de lijero." Ta! ta! dijo á esta sazón el hidalgo. Perdóneme S. E. el presidente antiguo, que le he juzgado de lijero: los liberales sacan la cara por su amigo. Perdóneme el pueblo, si he juzgado de lijero en las "Lecciones al pueblo." Perdóneme Chile, si he juzgado de lijero en "Las ruinas de Valparaiso." Perdóneme César, si he juzgado de lijero en los "Cuadros históricos." Perdónenme los palaciegos, si he juzgado de lijero en "Los cortesanos." Perdóneme Sócrates, si he juzgado de lijero en "La virtud antigua y la virtud moderna." Perdóneme Colombia, perdóneme América, si he juzgado de lijero en mi contestación al Nuncio sobre el patronato. Perdóneme la mujer, si he juzgado de lijero besándole la mano. Perdónenme "Los proscritos," si he juzgado de lijero pidiendo patria para ellos con lágrimas en los ojos. Perdónenme Juan Borja y Acevedo, perdóneme la lengua castellana, perdónenme las "Bellas artes." Perdóneme la filosofía, si he juzgado de lijero en mis disquisiciones acerca de los animales. Perdóneme la poesía, si he juzgado de lijero poniéndola como águila en la cumbre del monte Athos, ó haciéndola volar alegre y viva por los jardines de la Alhambra. Perdóneme la religión cristiana, si he juzgado de lijero tomándome cuerpo á cuerpo con Proudhom y arrostrando el aliento del demonio. Perdóneme Jesucristo,

si he juzgado de lijero, presentándole amable, poético, divino. Perdóneme la caridad, perdóneme la santidad, si he juzgado de lijero, vistiéndolas de su ropaje sagrado en "El Padre Yerovi." Perdóneme Méjico, perdóneme Juárez, si he juzgado de lijero presentándoles heroícos. Perdóneme le tiranía, si he juzgado de lijero en bailar sobre ella. Perdónenme las costumbres, si he juzgado de lijero en mi tendencia á purificarlas. Perdóneme la civilización, si me empeño en propagarla. Perdóneme el honor, si le he alzado un templo. Perdóneme mi patria, si he dado margen para que nuestros rivales me llamen gloria de la patria. Perdónenme, perdónenme mis amigos, que yo á todos les perdono.

"Con tal de que dé soltura á los períodos y las cláusulas." Qué soltura ni qué calabazas! aprovéchense ustedes de la esencia de la cosa, y si no son pecadores incorrejibles, alcanzarán el reino de los cielos. Dónde están esos períodos atados? dónde esas cláusulas empachadas? Varios de mis escritos han sido reimpresos en varias de las naciones americanas, y no á secas muchas veces. Por venir al pelo de mi intento transcribo aquí cuatro palabras de uno de los periódicos más notables de Colombia, omitiendo el principio por modestia. ...."El título de "Capítulo que se le olvidó á Cervantes, puede parecer temerario á primera vista; pero esta impresión desaparece al leerlo, considerando cuan grande esfuerzo de estilo hay en la imitación del inimitable autor del Qijote, cuyo estilo tan fácil, tan abundante, tan armonioso, ni en España mismo tuvo precedente, ni ha tenido despues semejante." *

He aquí en pocas líneas un elogio que no ha obtenido hasta ahora ningún escritor americano en orden al estilo. Si pues acertó á imitar al inimitable autor del Quijote, tan fluído, tan abundante, tan armonioso, es locura el venir á tratarme de escritor embarazado y para poco. Ya quisiera yo ver la cara que ponen los censores de mi estilo y mi lenguaje.

* "La Paz." Núm. 4° Bogotá, 5 de julio de 1868.

"Con tal de que use de las construcciones más comunes." Así á un bridón fogoso le dirán ustedes: con tal de que venga con albarda; á un león: con tal de que bote la greña; á un emperador: con tal de que se vista de mendigo.

"Con tal de que no sea largo ni haya historia." La ortiga, el nabo no son largos ni vienen *cargados* de historia: quédense ustedes á ellos. ¡Qué oscuridad, caramba! Un pueblo docto que todo lo tiene sabido, no necesitará instruirse de nuevo; pero nosotros? Conque llevan ustedes á mal que se recuerden acciones heroícas ó virtuosas; que se hagan comparaciones de donde resulte una gran moralidad; que nos desatemos por un instante de nuestro miserable tiempo, y volemos al travez de los siglos á esos mundos que han brillado en las virtudes? Si todo lo abrigan ustedes en sí mismos, buen provecho; nada tengo que decirles.

"Con tal de que no sea largo." Hizo bien Virjilio en vivir ahora 1800 años; *éstos* le hubieran obligado á reducir su Eneida *á la forma acostumbrada*, es decir á dos orejones de papel embarrado y confuso, con máquinas y modas, con avisos zapateriles y píldoras de Holloway. Desgraciado aquí el escritor que no conozca esta sabiduría....No piden que *sea bueno* sino que *no sea largo*. Arguyan ustedes sobre el mérito, no sobre la extensión de un escrito; ó vayan también á decirle á un rico, que no sea tan munificente; á una bella, que no sea tan hermosa.

"Con tal de que en un rato de mal humor no *ataque* á sus copartidarios." Yo jamás ataco, porque no soy artillero: embisto á los tiranos, cierro á veces con los pillos, tiro de la oreja á los copartidarios que son de dura cerviz; y no en un rato ni en una rata de mal humor, sino con toda la serenidad y la prosopopeya necesarias. Es cierto que nuestros personajes, nuestras inclinaciones y costumbres me sirven de humo de Londres y de nieblas de París; mas entre mis numerosos defectos poseo la rara virtud de no decir, escribir ni hacer cosa cuando estoy enojado.

"Con tal de que no sea tan Catón." Si yo fuera

dueño de grandes riquezas, lord de Londres ó príncipe imperial de Francia; si poseyese un gran ingenio, todo lo daría por tener ese defecto. Ser Catón es ser íntegro, puro, grave; ser Catón es querer á la patria, adorar la libertad, cultivar la virtud; ser Catón es admirarse de no haber matado á Sila, hacerse temblar en el Senado, quitarse la vida por no vivir bajo el yugo del despotismo; todo ésto es ser Catón. Mi austeridad en la política, déjenmela: dichoso yo si algún día llegara á ser algo Catón en lo demás.

Por lo que vemos y sabemos de nosotros, dígame usted, Señor, si alborea la esperanza de ser grandes algún tiempo. Demos que naciese un ingenio portentoso, un hombre dotado de aquellas prendas que constituyen lo que se llama *un ingenio*; ¿no se malograría permaneciendo lastimosamente en la oscuridad, si por dicha se escapase de ser lapidado? Si hablo ó no con fundamento, yo me lo sé; pero á ustedes no se les ocultan mis razones. Este rinconcillo del mundo, tan ignorado, tan poco estimado, tan oscuro, es por ventura la parte más feliz de la América española: aquí se levantan las montañas mayores de la tierra; aquí se han levantado algunos de los americanos más ilustres. Qué hombre modesto es ese, ante el cual se inclinan los sabios, á quien los presidentes de las Academias de Francia, la gran Bretaña y Prusia ceden cortesmente sus asientos? Es un humilde ecuatoriano, Don Pedro Maldonado. Don Pedro Maldonado, el compañero de Lacondamine, el amigo de Humboldt, el sabio en la tierra de la sabiduría. Este fue admirado, venerado, protegido y grande, fuera de su patria.

En la opulenta Cádiz veo una ilustre muchedumbre paseándose á orillas del Atlántico; la flor de España, los legisladores del reino: en letras, en armas, en sangre, lo mejor. Por ahí se asoma un joven, y todos se paran á mirarle; se acerca, y se abren ellos en dos alas; pasa por el medio, y todos se descubren y se inclinan respetuosos. Es un príncipe? es un héroe? Es un humilde ecuatoriano, es Megía, *el competidor del di-*

vino Argüelles, el Cicerón de América, enciclopedia viviente que todo lo sabía. Si habla de derecho, es un jurisconsulto; si de medicina, un gran médico; si de guerra, un consumado capitán; si de asuntos de gobierno, un hombre de Estado; si de relaciones con pueblos extranjeros, un diplomático; si de cosas morales, un filósofo; si es preciso enternecer, es un poeta. Lo dicen grandes escritores de Europa, (*) no son encarecimientos míos. Pues Megía, aquel Megía, no salió de capa de raja sino cuando dejó su tierra: en Quito se moría de hambre, y nadie sospechaba, ó si lo sospechaban, nadie hacía caso de ese preclaro ingenio, de esa grande y cabal naturaleza.

Si Olmedo no hubiera traído su fama perfectamente redondeada; si no hubiera publicado sus obras en naciones cultas, y no se hubiera presentado en su patria despidiendo rayos de la corona ceñida á su frente por hombres de otros mundos, no hubiera faltado quienes saliesen por ahí á gritarle que *dé soltura á las cláusulas y tristura á los períodos.*

Yo no soy de esos gigantes; guárdeme Dios de dar en loco subiéndome á mayores. Pero mientras recibo significativas demostraciones de apartados pueblos, tengo que bregar con la mayor parte de mis compatriotas, por hacerles entender que no soy tan beocio ni tan malo como ellos tienen tanto gusto en figurarse. ¡ Pobres!

Sea de ésto lo que fuere, echemos pelillos á la mar, y seamos unos en la empresa que vamos á acometer, uniéndo nuestras fuerzas. Grave cosa es, miren ustedes; si ahora sucumbimos, sucumbimos para siempre, pues la tiranía fija por de pronto un período de *cincuenta años*, durante los cuales la barbarie nadará triunfante en un mar de sangre y de tinieblas.

(*) Lebrun.

Señor Don Pedro Carbo. (*)

San Juan de Dios, á 26 *de Octubre de* 1868.

Mi estimado amigo:

Después de escrita mi carta del viernes, llegó á mis manos el libelo infamatorio publicado contra usted en Quito. Jamás leo esas cosas; pero al tratarse de un amigo, no pude menos que pasar la vista por ese papel, no sin indignación por cierto. Si usted tiene en algo mi modo de pensar, le aconsejo, y aún le pido como amigo, que la réplica sea en tono y manera de hombre: hay una enérgica moderación, un giro de pensamientos, un estilo singular que matan al enemigo, cautivando al público: use usted de ellos, señor Don Pedro. Quede el libelo para los libelistas. La ira de Dios es siempre ira; mas por lo justa y elevada, tiene en sí misma lo divino: puede el hombre ser capaz de una santa indignación y expresarla con grandeza: la cólera del perverso ó del infame le acerca mucho al espíritu malo: no seamos superiores á nadie por el encono y la maledicencia; sobrepujemos sí á cuantos podamos por la magnanimidad y el grandioso menosprecio de lo ruin: la iniquidad requiere castigo; la vileza, nada más que un altivo desentendimiento. Conviene reprimir á la gente desmandada, no hay duda; pero que sea con mano de señor: mientras menos tengamos de semejante á nuestros enemigos, más en camino estamos de triunfar de ellos, porque el público es un juez ciego que al fin abre los ojos, y por grande que en él sea la mayoría de los mal intencionados, sin

---

(*) Esta carta ha sido publicada en Guayaquil; pero tiene tan mengüada circulación el periódico en que se la ha insertado, por su corto número de ejemplares, que nos ha parecido conveniente reproducirla aquí, no por vanidad literaria, sino por nuestro empeño en orden á la propagación y la popularización de los sanos principios. Si nuestra voz tuviese algún poder, por la voluntad no faltaría. Pulamos el corazon, aclaremos la intelijencia, contraigamos buenas costumbres, y para ésto, leamos lo que pueda instruirnos en el bien, huyamos de lo que puede corrompernos.——N. A.

saber cómo ni cuando, ya ha sufragado en favor de los buenos: la justicia es muchas veces muda; pero en secreto está murmurando allá en el centro de todos los corazones. Pudieron sus enemigos de usted haberle calumniado, injuriado, insultado; pero ese escarnio, esa rechifla de mala ley, esa elocuencia de Bufón, no era para un hombre de cabeza cana, envejecido en el destierro por obra de la tiranía, notable cuando menos por el sufragio con que en todo tiempo le han honrado sus conciudadanos. Á un presidente del senado me parece que se le podía haber ofendido por otro término que á un galopín, ó volvemos al caos, confundiendo las ideas, sin distinción de personas, en un torpe é infernal trastrueque donde todo ande revuelto y depravado. Á un tirano se le puede estrechar como á tirano, y sería necio y ridículo en extremo el burlarse de él como de un bausán: la posición imprime carácter en el hombre, y para cada uno hay un modo de aplauso y otro de injuria. Hacer mención de la dignidad senatoria de un ciudadano, tratarle de presidente de una augusta corporación, para en seguida brincar sobre él, silvar é inquietarse en esas menudencias en que hierve un títere en su retablo, es singular manera de embestir al adversario. La majestad, señor, la majestad: moderación, acierto, nobleza, cortesía, todo lo encierra en sí la majestad: el enemigo majestuoso merece toda mi estima; de ese linaje de contrarios quisiera yo tener muchos, porque no poco tendría que aprender en su escuela. Si damos en gitanos, ni esperanza nos queda para el porvenir: lejos de ir adelante, caminamos hácia atrás? lejos de subir, descendemos? lejos de limpiarnos esta roña del alma, nos gozamos en nuestra pestilencia?

La sátira ha de ser de Juvenal, ésto es, nacida de la virtud, que propende á la virtud, para ser perdonable: ironía sin sal ática, es una pósima que á nadie quita la vida, pero que produce bascas en cuantos la olfatean: el que se aparta de Horacio y de Cervantes, no sube al Parnaso por ese camino. Al escritor que deprime á un ciudadano sin que de ello resulte un ejemplar provechoso á la asociación civil, no se le puede juzgar sino por malo.

Justo, y aún necesario es en muchas ocasiones defenderse y defender á los nuestros; ¿ pero no sería conveniente empeñarse en el caso de manera que ganemos en él, grangeándonos voluntades, produciendo en el público, sino admiración, cuando menos benevolencia? Esto no se consigue sino con la mesura, el comedimiento, la hidalguía, que forman ese porte digno y elevado de los ciudadanos prominentes. Un cargo, una injuria, una calumnia se puede parar con la egida de Minerva: las flechas se hacen pedazos en esa arma defensiva; la diosa queda sana é imperturbable. Á palos no pelea la canalla? de zancadilla no usa el cobarde? Si reñimos, que sea con espada, esa hoja ancha y resplandeciente que tiene por marca águilas y leones: al que nos acomete con piedras, no le vemos los que estamos defendidos por el honor y la dignidad, estos ángeles de la guarda que nos circundan con su protectora divinidad. ¿ Qué importa que tal cual interesado en el decaimiento de un hombre suelte la carcajada á una obrupción insulsa de un rabadán? Las Musas no conocen la risa; Pálas es grave y serena. El pecado de que más me arrepiento en mi vida, es el de haber hecho una burla pesada; desgracia en que no volveré á caer á fe de Cosmopolita. Si Catón tenía de qué arrepentirse, ¿ qué no sucederá con un pobre mortal? Si un hombre no es sabio, debe á lo menos propender á la sabiduría; y es decidida propensión á ella el ir corrigiéndose diariamente de sus defectos. Si queremos reir, escribamos á lo Cervantes; si reprender, á lo Juvenal: si punzar por bien de salud, á lo Horacio: Rabelais es la vergüenza de la más culta de las Naciones: á causa de Rabelais, los franceses jamás tendrán Virgilios ni Petrarcas.

Usted no ha menester lecciones mías; pero como por desgracia el afecto más abundante en el corazón humano es la cólera, siempre es buena aquella amistosa advertencia que nos sirve de moderador. Los cargos que se le han hecho, usted los sabrá desvanecer: en cuanto á esa *desenfrenada ambición* que se le achaca, es un extremo de ojeriza, que no tiene fundamentos de razón, desmentida, como está, por su conducta pasada, y que

usted desmentirá de nuevo, á su tiempo, si fuere necesario. No hay buen ciudadano sino es el que todo lo sacrifica á la patria. Haga usted, señor Don Pedro, que *esas canas*, con que se ha tratado de ultrajarle, brillen á los ojos de los buenos con simpáticos reflejos: si usted no tuviera en su favor sino sus desgracias repetidas, sus largos destierros, sus empleos conferidos por el voto popular, y esas mismas canas que han servido de juguete en las impías manos de los que se burlan de los años bien vividos, tendría lo suficiente para merecer el aprecio de sus compatriotas. Perdone lo pasado, desprecie las amenazas, y haga ver que sólo el porte digno y el sufrimiento vuelven á los hombres verdaderamente superiores.

Juan Montalvo.

ANSELA.

Entre los príncipes de las tribus árabes que reconocían el señorío del Sultán, había uno sumamente gastador y esplendoroso: un rico judío costeaba sus calaveradas, á trueque de ser el tirano de la tribu. Mal enojado el príncipe de las demasías de Chamouil, (tal era el nombre del hebreo,) le prohibió un día la entrada al palacio. Chamouil se presenta cuando menos le esperaba el príncipe, el cual, enfurecido, manda cortarle la cabeza. Señor, exclama el judío, el Sultán de Constantinopla se alegrará mucho de mi muerte. — Cómo? — Se alegrará mucho de mi muerte el Sultán de Constantinopla, por que le he instituído heredero de todas las sumas que me adeuda vuestra alteza. El príncipe pierde el color y se queda temblando de ira: si mata á Chamouil, el Sultán le cobra la enorme cantidad que debe al judío, y si no se la paga, pierde la vida. — Chamouil, exclama cariñoso el matador, seamos amigos. —Ya; pero exijo un favor de vuestra alteza.—Cuál? — Que la hermosa Ansela venga á mi poder. Sube de punto la ira del príncipe; el judío repite que el Sultán de Constantinopla se alegrará mucho de su muerte. No hay remedio, Ansela va á pasar á manos del judío, de ese hombrecillo seco, pálido y con peluca; Ansela, mujer del Soberano, la flor de las princesas, joven como la aurora, fresca como la brisa, linda como una estrella. Tres noches ha llorado encerrada en su aposento; al cuarto día, el hebreo vendrá á tomarla.

Cansado el pueblo de la tiranía del príncipe y del judío, se alza derrepente, coge á los dos opresores y les ahorca en la misma picota.

Ansela fué proclamada Sultana, y las tribus celebraron su advenimiento quemando espinos y plantas aromáticas en el lugar donde habían sido enterrados los malditos.

Los viajeros que pasan por las tribus árabes el 27 de Agosto, ven á la puerta de cada cabaña una columna de humo, en medio de la cual serpea y se desflecha al cielo una llamita larga y azulina. Es la celebración del cuarto día del *Samiun*, conocido con el nombre de "el día de Ansela."

Este cuentecillo no es de mi invención: lo oí en una tertulia de París á la bella Cesarina; la cual muchacha, concluído su romance, se sentó al piano y nos regaló con el ritornelo de la *Casta Diva*, que lo oímos hasta con los ojos. Aun puede ser que ande impreso el poemita; pero hoy se me ha venido á la memoria, cabalmente en las proporciones que le necesitaba para llenar el libro sexto.



EL COSMOPOLITA.

NUM. 7.

DERECHO DE REUNION.

Viven los hombres constituídos en naciones por instinto y por derecho: tiénenlo de propender á su bienestar y perfeccionamiento, siempre que tirando por sendas no extraviadas obren su felicidad sin perjuicio de sus semejantes. Si pues tuvieron derecho de reunirse en naciones, ¿por qué en el seno de ellas no lo tendrían para agruparse en pequeñas sociedades con honestos y saludables fines? La insociabilidad es el carácter más sobresaliente de la barbarie, pues todo en la naturaleza tiende á unirse, cuando ella quiere salir de la incultura primitiva: la desunión, la incomunicación imposibilitan el progreso, se oponen al pulimento moral

y al conforte físico, indispensables para titular civilizados á los pueblos. Las especies más bravías y feroces desdeñan la asociación, y henchidas de cólera y soberbia se andan por montes y desiertos, satisfaciéndose en la soledad á que les impelen los empujes de sus crudas entrañas. Por el contrario las especies bonancibles son amigables y gustan de la compañía: el castor es industrioso entre castores, alegre la paloma entre palomas: el instinto que las aproxima es indefectible; el lazo que las une, sagrado: romper este lazo, ahogar ese instinto es obrar contra los fines de la naturaleza.

El ejercicio de un derecho, el cumplimiento de un deber son otra naturaleza, y más cuando la costumbre les ha echado su sello tan difícil de quebrar. Pueblos donde los ciudadanos se reunen libremente, sin dificultades que vencer, ni peligros que temer, están en buen camino, si es que ya no han llegado á la perfección. El despotismo es solitario y feroz como el tigre: los esclavos caminan taciturnos, y unidos solamente por las cadenas. Supongamos una familia donde el padre, hombre cerril y de broncas afecciones, prohibiese la comunicación entre los miembros de esa familia; que castigase luego la junta de dos ó tres, y que cada uno permaneciese en su puesto, separados unos de otros, sin poder convenirse en lo perteneciente á las comodidades de la vida. ¿Sería ese un padre ó un tirano? pues la nación es una familia, familia vasta y difundida en una gran porción de territorio: prohibir, perseguir la reunión, la comunicación de esos miembros, es buenamente anular un derecho, oponerse al cumplimiento de un deber, ahogar una santa efervescencia de la cual pudieran surgir maravillosos específicos para los males de la sociedad humana. Desde luego el ingenio inventa solo; el filósofo medita y forma sus sistemas en sus soledades; solo devanea el poeta, y aun las Musas no le acompañan sino invisibles, suspirando en torno suyo. Empero, qué provecho reportaría el género humano de esos prodigios de la soledad, si luego no se apoderasen todos de la obra de uno solo? Reunidos se favorecen, reunidos se elevan, reunidos caminan al progreso, tocándose, puliéndose, perfeccio-

nándose y llenando su destino.

Auditorio necesita el orador: su palabra armoniosa y persuasiva toca á mil oídos en el propio instante, y se va para adentro al corazón á despertarle, removiéndole y llamándole á la libertad y el patriotismo. Un hombre tiene pendientes de sus labios mil almas anhelosas de verdad: todos le escuchan, si habla bien; le creen, si habla justo; le aplauden, si habla grande. Prohibid que se reunan en sociedades esos hombres, y habréis ahogado ese prodigioso instrumento de la inteligencia, por donde en hermosas formas salían volando los dogmas de la filosofía, los pricipios de la política, los secretos de la poesía. Todo ésto nos conviene; quitádnoslo, y nos habréis quitado la vida moral, la santa vida, la vida de Dios: ¡qué tiranía tan monstruosa! Los tiranos, sin caer en cuenta, son deicidas muchas veces; asquerosos hebreos, crucifican al Redentor. Y qué es, dime, puesto que te sonríes, la muerte de la inteligencia, la muerte de la libertad, la muerte del alma? no es el alma imagen de Dios? pues si la matas, á él le mataste, miserable! Temes que se reunan tus semejantes, y hablen y discurran; luego temes la razón y la palabra, y éstas no suelen ser temidas sino de sus enemigos: siendo enemigo de la palabra y la razón, ¿cómo no hemos de tirar á derrocarte, violador de lo más santo y grande, violador de la parte divina de la criatura?

Hablo con los tiranos, cualesquiera que sean: no es tirano solamente el que derrama sangre, destierra ciudadanos, impone desmedidas contribuciones sobre los habitantes: es también el que sofoca la palabra, impide y persigue la asociación, condena al aislamiento á los asociados, sumerge el espíritu en un pozo de tinieblas: éste, éste es el verdadero tirano, el tirano horrible. Por sistema tan bárbaro, los pueblos decaen y se arruinan: si uno muere en el cadalso, no muere sino uno; si uno va desterrado, no se va sino uno: viven los demás, queda la nación. Pero si á ésta la sorprendes, y le cortas el cabello y la aherrojas, cometes una traición, un grande crimen; si la engañas y la prostituyes, cometes una grande infamia; si la corrompes y la embruteces, come-

tes un gran pecado.

Oscura está la tierra, oigo un tropel inmenso á la distancia; miro hácia abajo, y descubro un abismo imponderable. Qué es? quienes se encaminan hácia él? Vendados los ojos, mal seguro el paso, una desatinada muchedumbre se adelanta. Tras ella viene á saltos un fantasma gigantesco, y la empuja, y le grita desaforadamente á los oídos. Son un pueblo esclavo y su tirano: pueblo sin luz que rueda entre sombras, pueblo sin voz que corre mudo, pueblo sin voluntad que obedece aun para su destrucción. Si ese pueblo hubiera visto, huyera de la sima; si hubiera hablado, se entendieran para su defensa; si hubiera querido, se salvara: ni vió, ni habló, ni quiso; se perdió. Siendo entre muchos, fue como uno sólo; y uno sólo, el tirano, fué como infinitos, y pudo á todos. Reunidos los hombres descubren estos misterios, averiguan estos enigmas, remedian estas desgracias. El que eche por la senda de la tiranía, impida las sociedades, conculque el derecho de reunión: los que se resignen á la esclavitud, dejen de reunirse, vivan aislados, ó reúnanse mezquinos para matar el alma y el tiempo en miserables distracciones. Si juegas mientras te remachan los grillos, ¿con qué derecho te llamas ciudadano? Los dignos de libertad bregan hasta el último instante por defenderla; y si á pesar de su ahinco la perdieron, viven para recobrarla algún día, viven pensativos y angustiados, y sólo les anima la esperanza; si la pierden también, su alma está triste hasta la muerte.

Los que no hemos perdido la esperanza, vivamos para la libertad; puesto que la razón nos alumbra, discurramos. Una sociedad que se reune á la faz del sol, no tiene malos fines; y en siendo buenos los suyos, es cosa lícita y nada amenazante para la comunidad social ni para los gobiernos. Hemos visto tiranuelos disolver por medio de la fuerza tertulias familiares; á otros hemos visto ordenar que la policía cierre con cualquier grupo que pase de tres personas. Esto es más que tiranía, es barbarie; más que barbarie, ineptitud;

más que ineptitud, infamia. Qué república será, ni qué nación aquella donde cuatro amigos no pueden sentarse en torno del hogar doméstico? aquella donde cuatro habitantes no pueden darse la mano en una esquina, ni vacar á sus laboriosas diligencias que piden el concurso de varios individuos? Y ésto sucede en pueblos de leyes, que se dicen civilizados! Dios de bondad ....no sólo hemos perdido el corazón, sino también la cabeza, y con ellos la majestad del hombre, sufriendo esas infernales tropelías.

La inteligencia que permanece silenciosa en las profundidades del cerebro, es como la vena de oro sepultada en las entrañas de una roca; nadie la ve, y con todo, en esa dura oscuridad va serpenteando y enriqueciendo el seno de los montes. Busquemos la vena de la inteligencia: somos ricos talvez sin saberlo, y andamos cual mendigos careciendo del alimento del alma. El hombre no sólo vive de pan, sino también de espíritu, ya os lo dijo el Señor; esta preciosa sustancia la tiene el hombre dentro de sí mismo; si con cuidado la buscare, pocas veces dejará de hallarla. El oro se descubre cavando el suelo, iluminando el seno de la madre tierra: estudia, medita, discurre, comunícate con tus semejantes, y la valiosa pinta asomará brillando, gruesa y de los mejores quilates. Pero solo ¿cómo hago todo ésto? me dirás; labor es esa que demanda auxilio y mancomunidad de fuerzas. Bien lo creo: solo nada puedes; mas quién ha impuesto esa tarea á las tuyas solamente? Busca ayuda, ve tras un apoyo: tus hermanos anhelan por la misma concurrencia; únete á ellos, rózate con ellos: ¿no has visto como de dos pedernales que se frotan surten destellos luminosos? Un hombre sólo es como una piedra sola; por más que abrigue el fuego sagrado en sus entrañas, si no hay roce excitador, oscuro permanece é inútil para todos. La asociación es un derecho primordial del género humano; *las sociedades* son el resultado, y al mismo tiempo la prenda de la libertad política. Reprime un buen gobierno los abusos; el uso no reprimen sino los malos. Abúsase del derecho de reu-

nión, cuando la gente mal intencionada se junta para fines inmorales: ésto no es ya reunión, es agavillamiento, conspiración de algunos contra todos, y la autoridad y la justicia han de caer sobre aquella peligrosa-truhanería. Mas un concurso noble de ciudadanos en cuyos pechos hierven la libertad y el patriotismo, cuyas cabezas vuelan en deseo de sabiduría, cuyas almas erguidas aspiran á la virtud por medio de la ilustración, congresos son inviolables, y nadie puede embestirlos sin cometer un crimen. Los fines políticos son tan plausibles como los literarios, puesto que rueden en la esfera de las leyes. Reunirse para aunar las voluntades, desenvolver un plan grandioso, apoyarse mutuamente y *elegir* á los más dignos, es reunirse para buenas, para santas cosas. Las sociedades son escuelas de patriotismo: la juventud crece viendo y oyendo, y á la vez que se ilustra, cobra amor á la libertad y á la patria. Sin ellas, permanece el pueblo en su ignorancia, ni tiene otro medio de pulir su áspera corteza, puesto que no se averigua con las obras de los sabios. Los pueblos libres han poseído en todos tiempos la facultad de reunirse cuando lo tuvieran por conveniente: el de Atenas acudía á una roca: los treinta tiranos le echaron de su santa roca. El de Roma volaba al Monte Sacro, ó invadía el Foro á gozar de sus prerrogativas. El pueblo inglés, el pueblo libre, se reune cada día en esas estupendas juntas que rehinchen los parques de la suntuosa Londres. O'Connell arengaba al pueblo en las plazas públicas: Gladstone pronuncia sus discursos al aire libre, sin bayonetas que brillen por ahí amenazantes. Los franceses, ahora qué el imperio empieza á dar muestras de liberalismo, acaban de conquistar el precioso derecho de reunión, aunqué imperfecto, y con todo se han regocijado como de un gran triunfo. Los españoles no se reunen sino en secreto; el Gobierno persigue las sociedades políticas. España no es nación libre. (*) En Rusia no hay sociedades; Rusia no es

(*) Ya lo es: este artículo fué escrito antes del triunfo de la revolución liberal.

nación libre. Austria, la despótica Austria, está dando ejemplos de grandeza de alma, después de haber sido la fábula del mundo por sus tribulaciones: en Austria, merced á un gran ministro, todo es libre á la presente; pensamiento, conciencia, asociación, todo. La desgracia es la sabiduría de los reyes. Nosotros sí, antiguos austriacos, nos hartamos de esclavitud y de tinieblas; ¿ hasta cuando ?

DE LA INEFICACIA

DE LA RAZÓN.

En vano echa fuera sus celestiales llamas el ardoroso pecho, si el de los demás no arde á su véz en el fuego sagrado: la insensibilidad y la ignorancia son los escollos insuperables del ingenio: la fuerza de la razón, la efervescencia del corazón pierden su eficacia en un pueblo poco instruído y menos apasionado. Cuentan de Massillón que en un discurso fúnebre hizo alzarse derrepente al auditorio, cual si le hubiera movido por un resorte mágico, y que salió de la iglesia un inmenso grito colectivo que asordó la ciudad. El orador había estendido su largo brazo, y arrancando el infierno de las entrañas del universo, lo puso chispiante y vivo á la vista de los hombres. Los hombres lo vieron, oyeron ese chirrío aterrador, porque veían y oían con el alma. La sensibilidad es la sabiduría de la ignorancia; y muchas veces la sabiduría suele servir de sensibilidad: paradojas profundas que no las desenvuelven sino los confidentes más íntimos de la naturaleza, en cuyas contradicciones se ocultan la desgracia y la felicidad del género humano.

La fuerza física es el númen de los bárbaros: ellos no conocen otra ninfa Egeria que su maza, ni demonio les inspira sino es su envenenada chonta. Qué habría podido Massillón en una junta de orejones ó de záparos? Por los efectos de la elocuencia puede medirse el grado de civilización de un pueblo; porque al fin, la verdad puesta á la vista en su desnudez embelesante, enamora, rinde á los que la contemplan, cuando éstos no son de aquellos que tienen resuelto irrevocablemente negar las cosas y revolverlas en ese infernal trastrueque, tan satisfactorio para la corrupción. Qué nos valiera á nosotros la elocuencia? en vano hablaríamos como grandes, en vano escribiríamos como sabios, si sabiduría y elocuen-

cia fueran nuestras dotes. La razón es una pobre vergonzante á quien echan de puerta afuera la perversidad y la ignorancia; la filosofía clama sin fruto á nuestros umbrales, y si la verdad profiere una palabra, le soltamos los perros, y la despedimos bien mordida.

Allí veo una figura hermosa: la majestad la eleva, la inocencia la mantiene respetable.—Hombres, dice, oídme!—Qién es?—Soy aquella á quien debéis seguir. Pero como no trae vestido de seda, como no le resplandecen al pecho condecoraciones ni cadenas, como no ha entrado insolente con sonoro tacón, le tienen por mendigo, y le gritan que se vaya. Su voz es armoniosa, y no hay quien la oiga; su mirada serena y dulce, y no hay quien la goce; sus ademanes regios, y no hay quien la estime: en la casa resuena el oro; la seda va susurrando vanidosa por los corredores, y dentro del pecho de esos habitantes chacotea el corazón libertino, ó se retuerce el envidioso y sanguinario. Que se vaya, que se vaya: la Razón nada puede en esa casa, no hay que darle, molestan sus clamores.

Otro personaje llega vestido con modestia: trae en la mano una balanza; sus ojos encierran un océano de luz, y la austeridad de su porte infunde cierto respetuoso pavor.—Hombres, oídme! exclama.—Quién eres?—Justicia!—Vete; nada tenemos que hacer contigo.

Salió la Justicia y entró el Ingenio. Este nada pide, pero quiere que le oigan, le conozcan: su mirada resplandece, una aureola le ilumina, y sin que se sepa por qué arte recóndita, crece, y sube, y cual gigante atraviesa el espacio, y hiere con la cabeza el firmamento: su voz es metálica, grandiosa; su paso firme, su continente divino. Los que le ven se asombran: no le entienden, y le juzgan monstruo; llegan á conocerle, y quieren matarle.—Brujo, ente infernal, demonio, ¿qué buscas? qué pides?—Nada pido, traigo mucho; mirad mis tesoros. Y esos tesoros brillan con resplandor vivísimo, y hieren los ojos de los profanos, y los profanos pierden la vista y exhalan pavorosos alaridos. El huésped no tuvo acogida: se unieron todos, y le echaron á empellones.

Ahora viene otra: ésta es una joven fresca y rosa-

gante; sus mejillas arden en el fuego de la aurora; sus ojos rasgados, negros y purísimos miran con un mirar alegre y cariñoso; su cabellera ondea por la espalda en rubias espirales, cobijándola como se cobijan los ángeles: sus miembros llenos y perfectos cautivan con los declíves más esféricos y seductores: su alomado pecho sobresale, y tras su blancura sonrosada, se ven y se oyen las palpitaciones de su ardiente corazón: viste de púrpura; trae arracadas al tobillo, y ceñida la frente de una olorosa guirnalda, se presenta entonando un himno suave y tierno, cual si lo cantaran serafines. Pero la casa á que ha llegado es una fragua: monstruosos operarios, tiznado el rostro, sucia la mano, forjan el hierro en grillos y cadenas. Su ama es terrible: allí está en su trono de bronce, echando fuego por los ojos, haciendo rechinar los dientes. Es la tiranía. Libertad había llamado á malas puertas: esos demonios, lejos de enamorarse de la echicera niña, dan sobre ella, y quieren aherrojarle: huye, corre, vuela la intrusa. En casa de tiranos, la libertad es un contrabandista.

En casa de esclavos, la libertad es un enemigo; en casa de viles, la dignidad es un elefancíaco; en casa de impostores, la verdad es un testigo falso; en casa de crueles, la misericordia es un advenedizo; en casa de perdidos, la honradez es un idiota; en casa de bribones, el honor es un espía; en casa de verdugos, la inocencia es un criminal; en casa de bárbaros, la civilización es un alevoso; en casa de ignorantes, la sabiduría es impertinente; en casa de tontos, el ingenio es un loco; en casa de cobardes, el valor es un atrevido. Atrevidos, tontos, impertinentes, ignorantes, alevosos, criminales, espías idiotas, advenedizos, crueles, testigos falsos, elefancíacos, enemigos perversos, todo somos en esta tierra los que hablamos de valor, ingenio, sabiduría, civilización, inocencia, honor, honradez, misericordia, verdad, dignidad y libertad. ¡Qué jerigonza tan desbaratada é incomprensible la de los esclavos!

Quiero hablar de nuestras cosas.

García Moreno está fuera de combate en el cam-

po del honor y de la justicia, no puede ser presidente de un pueblo regido por leyes emanadas del sufragio popular, porque ha declarado oficialmente que no puede mandar con leyes, y las ha infringido todas. García Moreno no puede ser presidente, porque para serlo ha de presentar el juramento constitucional de observar y hacer observar las leyes, y él tiene jurado que no las observará: si en el templo de Dios, ante el Juez Supremo jura que obedecerá la Constitución, perjura; pues en su ánimo tiene resuelto no obedecerla. Si jura de buena fe, condena su conducta pasada, y en el mismo juramento manifiesta que esas leyes que está jurando obedecer, son y han sido bastantes para gobernar un pueblo. El las ha declarado *insuficientes;* ahora las reconoce por suficientes: en uno de los dos casos ha faltado á la verdad, y no se escapa del perjurio. Presidente que principia perjurando! ¡Señor Dios de los ejércitos! Ninguna necesidad tenemos de irnos al infierno en junta suya.

García Moreno no puede ser presidente, porque está en juicio criminal en una nación aliada: cuando el Gobierno del Perú pida la extradición *del candidato,* ¿qué hará el del Ecuador? qué hará usted, hermano Ponce? le hará elegir á pesar de éso? La extradición es de derecho perfecto, en ciertos delitos, según los principios del derecho internacional; están pues obligados ustedes á entregar al reo; pero no lo entregarán: García Moreno, en vez de ir á la cárcel de Lima, se alzará con el poder absoluto, pues tendrá por menos malo fugar del Ecuador vencido en la guerra; y guerra habrá. En este caso, bien sabemos que nuestras cabezas rodarán en el patíbulo ó moriremos á lanzadas; y con todo hablamos así, porque el noble afecto de libertad comunica heroísmo al hombre que nació para ella. Pero usted, Señor Don Camilo? usted? Ah, usted verá correr nuestra sangre, y se sonreirá, y pensará que la religión triunfa, y conversará con Jesucristo, el enemigo de la sangre. Su cabeza quedará sobre sus hombros, pero sus mejillas perderán su palidez....y bien colorado, se irá para su hacienda. Ayude usted á matar á sus amigos, á perder

su patria; ayude.

García Moreno no puede ser presidente, porque la América republicana no confía en él: este hombre en ninguna ocasión ha podido ni ha querido ocultar sus simpatías por los enemigos de América.

García Moreno no puede ser presidente, porque tiene azar con las repúblicas vecinas; aborrece á Colombia, Colombia no le quiere; detesta al Perú, el Perú no se muere por él: la elección de este sujeto sería la declaratoria de guerra á Colombia, y acaso al Perú. ¿Estamos en situación de abrir una campaña? pobres ecuatorianos, malos sacerdotes que pedís á García Moreno; vuestro Señor y Maestro divino era dulce y caritativo; no se lavó los manos con sangre, no sufragó por el poder absoluto y tiránico, no persiguió á los pueblos unido á sus opresores.

García Moreno no puede ser presidente, porque las tres cuartas partes de la nación ven en él su ruina: para unos, es la tumba: helado y tétrico, García Moreno se les presenta como un espectro horripilante: para otros, es el destierro: García Moreno se les aparece en forma de hambre, cual fantasma lívido y pavoroso. Para otros, es la infamia: García Moreno zumba á sus oídos y serpentea como el látigo. Para otros es el martirio: García Moreno retiñe con el chis chas funesto de los grillos y la barra. Yo sé muy bien que todos estos inconvenientes son títulos para sus partidarios, y que se sonríen satisfechos cuando contemplan en el terror que infunde su amo. Mas para la razón, no es así: motivos no son esos de regocijo, ni cabe que el alma salte de alegría al ver que una gran porción de hombres se horripila en presencia de una horrenda muerte.

García Moreno no puede ser presidente, por esas razones y por otras muchas. Á todos los cargos de la imprenta ha respondido diciendo en una mortaja de papel, que ha hecho bien de comprar bueyes en Imbabura, porque *no había ley que se lo prohibiese.* Si anduvo ó no decente en mercadear en medio de las ruinas; si es ó no justo y digno de un buen magistrado obligar con severas penas á los ciudadanos á vender barato, y com-

prar él los efectos á *cómodo* precio, no es materia que quiero tratar por ahora; lo que sí me llama la atención es el desentendimiento á las objeciones puestas á su candidatura: la *insuficiencia de las leyes* declarada por él; el auto motivado del Perú; sus guerras inconsultas y mal verificadas á Colombia, son cosas graves. Pero como no ha comprado bueyes baratos en Imbabura, las razones que contra su ansiada presidencia militan, quedan por nada, y puede y debe ser presidente. Yo tampoco he comprado bueyes baratos; ¿debo abalanzarme al despotismo por esta sola consideración?

Don Antonio Borrero le dirige una ajustada carta: Don Gabriel García contesta que está en Guachalá curándose las pestilencias de Imbabura. Don Antonio no había preguntado eso, ni le iba un ardite en saber de qué se curaba su benemérito corresponsal. Usted, Señor García, dijo ese merecedor y generoso ciudadano, ha sostenido que no puede gobernar con nuestras leyes: hoy se vuelve á presentar por candidato; ¿varía de opinión ó proclama su dictadura? Don Gabriel contesta que está en Guachalá, como si esa fuera razón para proclamarse dictador perpetuo. Donde quiera que esté, ya el Señor Aguirre ha aceptado su candidatura: pero el negocio era presentar la de Don Gabriel, antes de que la contestación de Don Francisco Javier fuese notoria. Señor García Moreno, usted eludió las interpelaciones de su amigo del Azuay, y ha faltado á su palabra, cuando ha dicho: Aquí estoy! sin esperar la respuesta del Guayas, como había ofrecido. En *eludir*, le faltó franqueza; y donde falta franqueza, falta valor: en anticiparse á lo mismo que se había propuesto esperar, no hay mucha formalidad. Ahora diga usted que *á ruegos de los pueblos* ha consentido en prestar su nombre. El Guayas, el Azuay, el Tungurahua, León, Pichincha son pueblos, y ellos no le han rogado para presidente: la flor de esas provincias firma contra usted: algunos clérigos y mucha gente infeliz que no sabe lo que se hace, firman por usted. Buena diferencia reina entre los dos candidatos. El principal título que se alega en favor del uno es su apego á la religión:

" Qué religión ? la de Jesús ? blasfemos," Pobre Don Francisco, héle allí *hereje* de la noche á la mañana: antes de que fuese candidato, no había católico más apostólico, ni apostólico más romano que él: y era así en efecto, y lo es todavía, y lo será hasta la consumación de los siglos. Pero mientras pase esta potencia propincua de ser presidente en lugar de su amable compatriota, debe avenirse á ser protestante, ó cuando menos maniqueo. Señor Don Gabriel, no tiene usted vergüenza de no alegar otra cosa para su ambición que su católica, apostólica romanidad? no somos todos de la misma calaña, unos como idólatras muy despreciables? Si los romanos de Cayambe tuvieran noticia de lo que es la pura religión cristiana, se les trabaría la lengua cuando quisieran llamar *heresiarcas* á los que piensan y sienten más caritativamente que ellos. No se jueguen ustedes con Dios y sus cosas, porque puede salir de su indiferencia, y allí quedan consumidos como una paja. El terremoto de Imbabura aconteció porque allí se había elegido diputado *á un ateo.*—Si el Todopoderoso se digna alguna vez mirar á este bajo mundo, ¡ cuán grande será su indignación! si la riza fuera de su naturaleza, sus calumniantes abrieran la tierra y se enterraran vivos. En teniendo ustedes algo que ganar en el Perú, irían á decir que la ruina de Arequipa ha sucedido porque la ganga no ha estado pronta: si hubiera como ser presidente en Francia, irían á gritar que el espantoso huracán de agosto ha sido obra y castigo de Dios, porque no se han acordado los franceses de García Moreno. Todo el que no les calienta la mano á ustedes, es *hereje* y *delincuente*, y asunto concluido.

Usted, Doctor Ariza, que ha llamado *crimen reprimido* á otros sacerdotes, tan sacerdotes como usted; usted que se sienta en el coro al lado de los venerables canónigos que elevan su voz al cielo en junta de la suya, ¿ cómo no les ha denunciado cuanto antes á la justicia, si sabía que eran unos bribones? El *crimen reprimido* no debe estar en la casa del Señor: Rodríguez, Martínez, Rivadeneira, fuera! Ariza os ha condenado, fuera! Si hubierais firmado en favor de García Moreno, seriais

patriotismo, cristianismo, virtud, y como tales, bien venidos á la diestra del clérigo Ariza y de *sus pongos.*

Vicente, mi querido amigo, ayer me abrazaste en la calle y me estrechaste á tu seno: el día anterior me habías llamado *heregía y crimen reprimido*: ¿no te haces conjurar? el olor del diablo se te ha quedado en la sotana; no lo sufras. ¿Yo pertenezco al *crimen reprimido*? y por qué me abrazaste? no temías que reviente en tus brazos y te inunde en sangre y baba pestilente?

Joaquín Yerovi, tú habitas la misma casa, comes á la misma mesa que tu hermano: en el hogar, le respetas, le quieres; es tu hermano y es bueno: sujeto sin mancilla, de índole admirable, de buena conducta, excelente ciudadano, hombre casi virtuoso, y sobre todo buen hermano para contigo. Sales á la calle, y firmas que tu hermano es *ensalzador del asesino, enemigo de la religión, empleomaniaco y perverso demagogo*: ¿es posible, amigo mío? tú contra tu hermano? El tiene más talento que tú; debes deferir á su concepto: es más predispuesto al bien que tú; debes quererle: es mayor en edad, en luces, en consideración; debes respetarle; si no le respetas, ni le quieres, ni difieres á su concepto, no afirmes siquiera que pertenece al *crimen reprimido.*

En la guerra civil de Vitelio contra Vespasiano, sucedió que dos hombres quedaron muertos atravesados del pecho con sus espadas, y en ademán fiero se amenazaban todavía. Reconocidos estos hombres, eran padre é hijo! El capitán lloró, lloraron los soldados en el campo de batalla, y arrojaron lejos las armas. Si principiamos á matarnos entre hermanos, entre padres é hijos, ¿qué será de nosotros? Ponce, amigo, mira tus obras,

Tras Aguirre viene Urbina, dicen los romanos. El ánimo del partido liberal fue presentar por candidato al Señor Don Pedro Carbo, y ésta ha sido antigua idea: la conspiración del clero y de los soldados volvía imposible, de todo punto imposible por ahora su elección. Necesitábamos salvarnos, y hemos acogido la candidatura del Señor Aguirre, teniéndole por sugeto no menos merecedor que el otro: la moderación, la ilustración de Don

Francisco; su casi clerecía, por subido en lo piadoso, le ponían á salvo de la tacha de *atéo*. Pero tras él vienen Urbina y Franco; ¿y por qué al fin no vendrían estos hombres? qué autoridad habría legítima que les borrase para siempre de la lista de la patria? la proscripción es un crimen? la desgracia imprime carácter? Pero demos que no vuelvan: los *caritativos cristianos* no lo quieren. Renuncien ellos á su tétrico caudillo, únanse á nosotros, y elijamos otro diferente por unanimidad de votos: éste sería un acto de cordura, una prueba de benevolencia, una virtud que Dios y la patria nos agradecerían. Don Antonio Borrero: ¿qué dicen ustedes? ni es antirreligioso, ni liberal desaforado, ni hierve en su pecho la venganza: hombre de luces y virtudes, ciudadano generoso, patriota desprendido, sería buen presidente: tras él no viene Urbina, tras él no viene el anticristo, tras él no llueve fuego ni se caen reventadas las estrellas: amigo de García Moreno, amigo de los liberales; enemigo, de nadie: ni sangre, ni guerras internacionales, ni destierros, ni peligros para la religión: paz, concordia, progreso moderado con Borrero: elijámosle! No quieren ustedes; bien.

Y Borrero tiene de conservador y liberal: se lleva bien con Pío IX, cumple los preceptos de la santa madre Iglesia, y no azota á Jesucristo. Pero tiene talento; es ilustrado, ilustradísimo: talvez no mataría tantos cuantos conviene para el triunfo de la religión de los Druídas; protegería la instrucción pública, y acaso clavara los cañones para que no dispare nuestro amigo Don Gabriel. Pues á un lado Borrero; no es eso lo que necesitamos: ¿faltará una máquina de matar y desterrar? ¿faltará un autómata, un manequí? faltará otro Don Jerónimo, otro Don Manuel, otro Don Cosme? Borrero es algo, luego no vale para nada. Este es nuestro sistema, y lo tenemos por acertado y sabio, qeudamos satisfechos de nuestro modo de pensar. Tiene usted ingenio, es hombre de bien? ha prestado servicios á la patria, la defiende con su espada sin mancilla, con su pluma elocuente? Puf! á un lado; usted se mete mucho, y puede obrar en favor de la república:

lo que necesitamos es uno que no sirviendo para nada, no haga nada: sólo éste puede entrar en lugar de Don Gabriel, que hace más de lo que debe, porque sirve para más de lo que nos conviniera.

En este pueblo donde el ingenio descollante es un pecado mortal; donde la instrucción es una peste de cuyo contagio se huye con pavor; donde las aptitudes para el mando, y la inteligencia adornada con los grandes ejemplos de la historia son defectos, razones poderosas de insignificancia, por fuerza tenemos que escoger entre lo ruin: Borrero, Carbo, Aguirre, á un lado!

Elijamos á un Gómez de la Torre, á un Chiriboga, á un Malo, á un Moncayo, á cualquier otro hombre de bien y de importancia: no quieren ustedes; nada quieren ustedes. Honor, valor, instrucción, religión, todo está en García Moreno; fuera de él, no hay sino herejía y crimen.

Oh Dios, ¿ para qué hablo? quién me oye? quién me entiende? quién me sigue? Señor Don Gabriel, dele usted una vuelta á su corazón; mejor colocado, quizá dé mejeres visos: si siente usted una lucesilla en las entrañas, diga que le alumbra el Cielo, y que se salva usted y nos salvamos todos. Y sepa, que si se empeña en su propia candidatura, la nuestra será irrevocablemente el Señor Aguirre, y tendrá que matarnos ó morir á nuestras manos. Pero si se renuncia usted la suya, por mis razones, ó por las de usted, no vaya á proponermos uno de sus esclavos, ni un Don Jerónimo III, qué caramba!

Si el discurso no basta, veamos los ejemplos.

En las hermosas vegas
"Donde dormita el Plata silencioso,"

se oye derrepente un vocerío que asorda las ciudades argentinas: se cruzan las espadas, las lanzas crugen, las bocas de fuego centellean y rehinchan de humo el firmamento. Un hijo se ha levantado contra su padre: Absalón demente, procura su ruina, y en su conjuración maldita, va escandalizando el mundo. El cielo volvió

por el anciano; sucumbe el desnaturalizado conspirador, pero el crimen ha echado raíces en la infortunada república. El viejo Flores cae muerto en la calle; la bala no le respeta, el puñal le busca el corazón y allí se regocija. ¿Qué horrible saña no sería la de esos hombres, cuando los hijos conspiran contra los padres?

Pues su cordura superó su enajenamiento; y donde todo iba á quedar ahogado en un mar de sangre, la concordia se levanta majestuosa y reina en todos los ánimos. Dos partidos profundamente enconados están para elegir en la República Argentina el sucesor del presidente muerto en la tragedia: el acero viene oculto en el pecho de los electores, mil desastres van luego á suceder, la muerte será dueña del campo. Pero el ángel del Señor tendió la espada en seña de reconciliación, y aquellos hombres fieros que iban á despedazarse, eligen á una voz á uno en quien nadie había pensado. Batle, actual presidente de Uruguy, no fué candidato sino la víspera de ser electo; y lo fué por unanimidad de votos.

Si no somos la hez del género humano, sigamos ese ejemplo.

Don Francisco Aguirre es ese tercero en discordia, ese Batle ecuatoriano, ese término medio—lago apasible donde se apagan los rayos de la política. Bien sabido es que no ha sido cabeza de partido, ni ha manifestado ambición desaforada, ni *los herejes* han fincado en él sus esperanzas: rechazarlo, es declarar guerra á muerte á la razón, la libertad, el progreso de nuestras sociedades. La República entera alza la voz, no en favor de un hombre, sino de un principio, el principio de la paz y la concordia, cimientos de la felicidad. El fraude es mal agente; el fraude no populariza sino la infamia: ¿qué adelanta García Moreno en que niños escolares é indios záfios, gañanes de las haciendas firmen por él sin saber firmar? La gente de pró está por el bien, del uno al otro extremo de la República; la que nada vale, está por el mal, y de ésto sin que de ello tenga noticia; pues hasta la ignorancia es sabia, cuando se trata de la vida ó muerte de los pueblos, y en sabiendo lo que hace, hace lo que debe. No pretendo que todos los que

proclaman al enemigo público sean del todo insignificantes, no Señsr: los que vienen *pessant lourd et trebouchant clair*, no dejan de ser personas, porque el oro tiene alma; mas por desgrocia esa alma suele ser de arcilla, y la arcilla vale poco. El alma inmortal, la imagen de Dios, es la que resplandece con la aureola de la inteligencia: ésta es sutil, pura, transparente, lijera; se alza como una llama invisible y va á embeberse en la divina esencia.

Tampoco afirmo que todos sean rapazuelos; hay entre ellos gente vieja: lo sensible es que los años no les hubiesen aprovechado, y que la experiencia, esta mina de sabiduría, no les hubiese descubierto ni un grano de oro puro. Desde Hall, (Jol) colgado en la plaza de San Francisco como un racimo del patíbulo, arrastrado por las calles como un perro; Hall, el patriota ilustre, el filósofo liberal, el inglés sabio, hasta Maldonado y Juan Borja, buen trecho mido la experiencia: pues cabalmente á favor suyo son tan cuerdos y virtuosos los ecuatorianos: Aguirre, Borrero, Carbo no darán esos espectáculos á la ciudad: un cuerpo blanco, desnudo de los pies á la cabeza, columpiando á medio día en una picota, es cosa deleitable para los buenos, y sobre todo si ese fué un hombre ilustre. Un difunto agarrado del tobillo por una argolla de hierro; que muere en el calabozo sin que se sepa cuando; un cadáver preso, la muerte en manos del verdugo, la eternidad cogida y mordida por un hombre, es cosa deleitable para los buenos, y sobre todo para los buenos sacerdotes. Aguirre, Borrero, Carbo no nos regalarán con esas embelesantes distracciones, ese *Pré-Catelan* mágico, ese baile de ángeles que giran armoniosos al son de una encantada música. Aguirre, Borrero, Carbo, aprended ese arte de cautivar corazones, si queréis ser presidentes,

DEL JURAMENTO.

Cosas hay en la religión cristiana, que si no fueran dogmas y preceptos divinos, todavía serían las invenciones más sabias de los hombres, y como las más sabias, las más útiles al género humano. La doctrina de las penas y las recompensas futuras, la confesión, el juramento, son las cadenas que contienen á este loco del hombre, que al verse sacudido de ellas sería la bestia más indomable de la tierra. Las leyes positivas son débiles obstáculos para los embates de sus pasiones, son telas de araña, como decía uno de los siete sabios. Aquel tribunal terrible donde se juzga en medio de la majestad de Dios y la pompa del universo reducido á un inmenso valle, ese es el que respetamos y tememos, y desgraciados de nosotros si no le respetásemos y le temiésemos. Los jueces están de pie sobre las montañas: el sol ha perdido su luz, los vientos, inmóviles, no osan turbar la serenidad de la atmósfera, la tierra en su gran conflicto permanece muda. La espada del ángel del Señor flamea en las regiones superiores, y esparce ese calor terrible con que inflamó el clima del paraíso cuando nuestros padres salían al destierro. Los jueces, en las cumbres del Hebal y el Gazirin, extienden el brazo y pronuncian la sentencia; el pueblo todo, difundido por el llano, se mueve inquieto, y una voz solemne responde á lo lejos: Amen! Grande en verdad, sombrío y majestuoso cuadro.

Los afectos de equidad y justicia raras veces influyen decididamente en la pobre de la criatura: temor, interés, he aquí los móviles de sus acciones. Si nada temiésemos del traspaso de las leyes políticas y civiles, las traspasaríamos á cada instante; y por ésto los legisladores han acompañado las penas con las leyes. Sí, la pena es la sombra de la ley, caminan juntas, y cuando cae la una, se yergue la otra, habiendo nacido un

delito de esa discordia. Pero las divinas no hacen sombra en el mundo, andan solas, y su quebrantamiento impune queda: no importa, allá veremos qué sombra larga y terrible es esa, cuando con ojos azorados y cabellos derechos sobre su raiz, veamos y contemplemos el conjunto de nuestras obras puestas en la balanza del Juez que no se puede desautorizar con pesa fementida.

Los pueblos más miserables no son los que tienen sus códigos en corta veneración, sino aquellos que hacen poco ó ningún caso del último día del hombre, ahora por malicia y soltura de costumbres, ahora por negadez é ingnorancia: ¿cuántos habrá que matarían á un hombre, si le encontrasen en un lugar abandonado y solo, en pudiendo burlar el ojo del juez mundano? Las leyes mandan no matar, y con todo le matarían, estando ciertos de la nada venidera, y de que Dios no se metía en las acciones de los hombres: lo que tememos verdaderamente es aquel juicio supremo, aquella sabiduría que nos ha mandado lo que hemos de hacer y lo que hemos de evitar, aquel amonestador constante que viene dentro de nosotros con nombre de conciencia, aquel azote cruel que nos lastima las entrañas cuando hemos cometido una acción prohibida, transgrediendo uno de los grandes y salvadores preceptos con que el Criador nos obligó á respetarnos y amarnos mutuamente. Por eso digo, que el pueblo desaforado contra los hombres, es pueblo corrompido; el desaforado contra Dios, sacrílego: ¿á qué debe quedarse el hombre no del todo perverso? quiero ser mil veces corrompido; sacrílego, ni un instante. Los vicios, y aun los crímenes, nos perdona nuestro padre; compasivo, tierno es; pero el renegar de su paternidad y su justicia, el violarle violando sus preceptos, el envilecerle haciéndole comparecer por testigo de una falsedad, ésto no perdona.

Graves materias son éstas, más para respetadas que para tratadas por una humilde pluma: los que saben decir de Dios que la verdad es su cuerpo y la luz su sombra, (*) esos podrán apecharse á tan grandes cosas. El es-

(*) Platón.

pectáculo del mundo me sorprende á cada instante, por más que le estoy viendo; el turbio raudal de las pasiones que pasa por delante de mis ojos me tiene aterrado; este torbellino de malas costumbres que por todas partes me amenaza, me tiene alerta; é indignado de continuo, padezco de continuo. Si es alivio y satisfacción el dar salida á los afectos, intentémoslo, aun con la triste duda si valdrá ó nó el que alcemos la voz contra las iniquidades y los vicios.

Todos los mandamientos se quebrantan cada día en todas partes; pero este sublime precepto: *no jurar por el santo nombre de Dios en vano*, es todavía respetado aun entre los hombres de más aviesas inclinaciones y depravadas costumbres. No jurar por el nombre de Dios en vano: ésto es, no ponerle ante el juez de la tierra como apoyo del crimen ó como falso acusador. No jurar por el nombre de Dios en vano: ésto es, no achacarle que ha visto lo que no ha visto, que ha oído lo que no ha oído. No jurar por el nombre de Dios en vano: ésto es, no servirse de Él para consumar la injusticia, condenando al inocente y salvando al culpable. No jurar por el nombre de Dios en vano: ésto es, no sobornarle para que oculte la verdad é invente la mentira. No jurar por el nombre de Dios en vano: ésto es, no perderle el respeto haciéndole cómplice de nuestras iniquidades. Todo ésto es no jurar por el santo nombre de Dios en vano. El que perjura comete pues un grande crimen, una atrocidad más negra que el parricidio, ya en el violar el mandamiento de Dios, ya en el servirse del *Bueno* para oprimir al bueno, en obligar al Bueno á conspirar en junta del inicuo.

Testigos hay que juran por Dios que tal crimen no se ha perpetrado por el delincuente verdadero; y éstos, ó nada saben acerca del punto sobre que declaran con juramento, ó están palpando la verdad, y la ocultan con infernal cuidado, y la mentira sale de sus labios fresca y provocando al juez indigno. Otros juran por Dios que tal crimen se cometió por un inocente, y el juez arrastra al calabozo al inocente, y el perjuro queda impune, y su instigador salta de alegría. El testigo falso sobre la víc-

tima, el comprador del juramento sobre el testigo, el juez sobornado sobre la justicia, y Dios sobre todos.

El acusado no hirió al hombre cuya muerte persigue la justicia, dice el testigo. No le hirió, repite el juez: No le hirió, murmuran en la barra los sobornadores. Pero Dios, en voz solemne que nadie oye por de pronto, dice allá: Sí le hirió!

Viene el testigo y dice; Este hombre levantó el pueblo, allanó casas honradas, acometió en pandilla á sus enemigos indefensos, y llevó adelante toda clase de delitos. El juez responde: verdad: los sobornadores murmuran por lo bajo: verdad. Pero Dios no conviene en ello, y á todos contradice diciendo: falso!

Viene el testigo y dice: Yo lo ví, yo lo oí: el juez repite: lo vió, lo oyó: los sobornadores se sonríen, y hacen coro. Pero Dios que ve y oye más que todos dice allá: No lo vió, no lo oyó!

Sobornador, testigo falso, juez inicuo, venid á vuestra vez á ser juzgados, compareced ante el que no cree la mentira, porque es la verdad misma; ante el que no se deja vencer de ruegos ni amenazas, porque es terrible y superior á todos; ante el que no valen sutilezas, porque no es abogado. ¿Por qué condenasteis al inocente? os pregunta en irritada y grande voz; ¿por qué salvasteis al culpable? el perdonar es atributo del Soberano, y vosotros no lo sois: os habéis arrogado mis facultades. Perjuro, tú me llamaste en mala ocasión, te apoyaste en el nombre de tu Dios para hacer aquello que tengo prohibido. Juez, tu sentenciaste inicuamente, trastrocando las pruebas, fingiéndolas á tu sabor y apoyando al testigo falso. Sobornador, hombre tres veces perverso, por tí, por el testigo y por el juez, tú traficaste con mi nombre, lo compraste al necesitado, lo vendiste á tus pasiones: tú serás tres veces réprobo. Sobornador, testigo, juez, "Retiraos, descended al fuego eterno, vosotros que fuisteis sin caridad, enemigos de Dios y de vuestros hermanos." Y á las víctimas inocentes les dirá: "Venid á poseer á la diestra de mi Padre el reino que os tiene prometido."

Ah miserable tráfico de iniquidades en que los hom-

bres andan tan activos! Ah ganancia infausta la que enriquece á los perversos! Ah prosperidad maldita la que les tiene grandes y soberbios! El día llegará, y ellos caerán, y los oprimidos se levantarán, y las cosas entrarán en orden, y esa distribución de premios y de recompensas que se verificará ese gran día, servirá de reparo de los males padecidos, de castigo de los males irrogados. Esperemos.

No son éstas vanas quejas; los malos tienen apoyos y testigos, los buenos gimen en lastimoso aislamiento. Una vasta conspiración se ha levantado, sus cien cabezas se sacuden por el aire, sus ojos miran amenazantes, sus lenguas silvan cual serpientes: plaga, plaga, Señor! Aparta de nosotros esa nube de langostas; coge, mata, destruye á ese pájaro monstruoso que vuela al frente de ellas y las dirige á la devoración con que están asolando las costumbres: plaga, plaga, Señor! Mira, ya se reunen, ya se aparejan al infausto vuelo, ya croajan por el aire, ya caen sobre nosotros: plaga, plaga, Señor! Tu nombre no es callado, tu brazo no es temido, tu esencia no es respetada: no eres respetado, ni temido, ni callado, supuesto que, mandatarios tenebrosos del demonio, despliegan sus banderas contra la verdad y la inocencia, á las cuales se acogen la falsedad y el crimen, y las llevan desplegadas á tambor batiente contra la minoría de los que no te ponen en olvido. Si les echas una mirada, allí se contienen; si les apuntas con el dedo, allí quedan convertidos en ceniza. Si perdonarles tuvieres por mejor, alúmbrales; que salgan del tenebroso laberinto en que andan extraviados, tropezando en los vicios, cayendo en los delitos, durmiéndose en el mal de sus semejantes.

Encontráronse dos hombres en un lugar campestre: el uno de ellos, por graves motivos sin duda, tomó por el cuello al otro, y le tuvo suspendido una buena pieza, mirándole al rostro fijamente. Después le ganó la ira, y le dió de sacudones, así cogido por la garganta. La palabra tomó el lugar de las manos, y se pusieron en razones, y aun con calma, si cabía. En esto estaban, cuando sobrevino un rústico, atraído quizás por las voces que

el cogido había al efecto echado por los alrededores. Entonces varió de voz y modo, y dijo al recién venido: Este hombre, abusando de mi soledad, me ha insultado y estropeado: me servirás de testigo.

Este hombre, abusando de la soledad de mi patrón, le ha insultado y estropeado, repitió el del campo; pues la escena acontecía en tierra del agredido. Tanta había sido la soledad del uno como la del otro; no hubo pues abuso de ella; y el sobreviniente nada había visto, y ya estaba de testigo.

Otro vino, y el que anhelaba testimonios dijo: Este hombre, abusando de mi soledad, me ha insultado y estropeado; me servirás de testigo.

Este hombre ha insultado y estropeado á mi patrón, lo declararemos, repitió el segundo.

Otros fueron llegando, y á todos les fué citando para ante el juez, y á todos les decía: ya han visto ustedes como este hombre me ha estropeado, ya han oído las injurias que me ha dirigido; prestarán ustedes sus declaraciones. Y la gente ofreció prestarlas en justicia, y dijo que todo lo había visto y oído; pero en verdad no vió ni oyó sino buena compostura y razonables cláusulas, porque el agresor, depuesta la ira, hablaba de consejo, bien que tuteando al otro con mucho vilipendio.

Y viendo la red que en sus barbas le tendía aquella gente injusta, que luego le tendría un juez inicuo á su disposición, sintió levantarse su alma con anchas alas dentro de sí mismo, su corazón dió un trueno, y en voz y modo de profeta irritado, soltó la suya en gruesa vena de razones que perturbaron al tramador, el cual pareció ruborizarse, y se estuvo quieto buen espacio. El que en cualquier ocasión es capaz de vergüenza, no está del todo perdido: la demanda judicial quedó en vacío, pues la iniquidad y la injusticia puestas á sus ojos en tan feas y repugnantes formas, le apagaron la audacia y desbarataron esa máquina de perjurios que había en un instante construído. Filosófica ó poética, la verdad es elocuente; y si viene ardiendo en su santa indignación, corta como la espada del Altísimo.

Aquel injusto que por cristiano rehusó combatirse á

lo Señor, tuvo á la mano media docena de perjuros que iban á oír gustosos los términos dictados por su bachillería. Verdugos son no pocos jueces: he allí acusador, testigo y juez en conspiración fragrante contra la justicia, y por el mismo caso contra Dios y la sociedad humana. Si *el otro* no hubiera sabido conmover ásperamente así como supo acometer, perdido hubiera sido. *Cristiano aquél* para no reñir con armas aristócratas y en la forma acostumbrada por el señorío; para reunir sobre la marcha cien falsos testimonios, no cristiano. Para echarse por sorpresa á luchar con zancadilla, cual atleta brutal y de mala fe; para enredarse como una culebra en el cuerpo de su adversario y gritar á las armas, *caballero*: para elegir arma, y fijar tiempo y lugar, y guardar el silencio requerido, no caballero, sino *cristiano.*

¡Qué opiniones! ¡qué costumbres!

Al separarse los dos, el hombre *religioso* extendió la mano al *bárbaro* amigo del honor. La mano? dijo éste, guárdeme Dios........y sin habérsela tocado, se fué por ahí diciendo:

"Los que amáis al Señor, aborreced el mal; el Señor protege á los buenos."

El hombre ruboroso huye del escándalo; la vergüenza es el pudor del hombre. Si de un lance sale bien, guarda silencio; la modestia no tiene lengua: si la suerte le corre mal, descanza en la hidalguía de su enemigo, y ambos ocultan el secreto en lo profundo de sus corazones. Bueno es proporcionar al público noble objeto en que se ocupe: virtudes practicadas, santas obras consumadas, acciones recomendables son pasto suculento con que medra una ciudad virtuosa. Las contiendas personales, nada le aprovechan, por cuanto casi siempre se afrotan los enemigos bajo el libiano estandarte de la soberbia y de la vanagloria. Si no somos harto filosóficos para sobrellevar las zozobras anexas á la sociedad humana, hemos de ser cuando menos harto moderados y prudentes en abrigar nuestras flaquezas con la capa de la mesura y el silencio. El escándalo es un ente deforme, causa miedo: gigante enredador y

bullicioso, anda por todas partes con desatentados pasos, devorando á la modestia y el recato, inermes criaturas que perecen sin auxilio: la verdad, ah, la verdad no se le escapa, y aun suele ser la presa más ansiada de sus hambres. Honor, valor de buen linaje huyen del escándalo: el que no los siente en su pecho, busca el apoyo de la maledicencia, y junto con los ruines, triunfa del enemigo ausente. Principiar una revelación por decir: *Quedamos en callar*, es verdaderamente indigno, infame, es hasta irreligioso.

La moralidad que entrañan estas disquisiciones, salta á la vista: jamás viene fuera de sazón el discurrir acerca de materias semejantes, dado que el fin del escritor es poner en su punto la moral, enderezando lo torcido, purificando lo turbio, inclinando las costumbres al modo de vivir de los pueblos religiosos y medidos.

Yo aconsejo la moderación y la practico; escribo, y firmo mis escritos. Si ahora que es manifiestamente absurdo el insultarme vuelven los ruines á su acostumbrada persecución, haré tal escarmiento, que quedarán curados de su rabia. La lepra no se cura; pero las malas mañas se pueden curar.... El anónimo es el capirote del bandolero, ya lo tengo dicho: y con todo, anónimas son las obras de esta canalla política y literaria. Salazar, estás delatado; pero en la duda, me abstengo. Tu hijo dice todos los días, donde sabe que me lo han de comunicar, que sería un crimen en su padre el escribir una línea *contra el Señor Montalvo.* Si niegas, ningún empeño tengo en no creerte; antes quisiera que el género humano, aun en tu persona, no viniese cargado de tan feas culpas. Carvajal, Herrera y los demás nada me deben, al fin nada me deben, sino es la consideración pública: si no quieren tomar parte en ella, no es una desgracia para mí: injúrienme, injúrienme! Pero si en un rato de diablos azules me viene á la memoria uno de esos doctores, le pongo como nuevo y le tengo colgado de una pata más de lo que él quisiera.

Hay instantes de ociosidad y de mal gusto en que hasta Napoleón se ocupa en papar moscas: no es del todo imposible que yo pape *esas moscas* y las ponga ensartadas en un alfiler. Escribiré los CARACTERES, sin valerme como el otro, de nombres griegos para ocultar los infames, viles, ó ridículos personajes que intenta escarnecer: yo seré más claro y humilde, y me contaré con apelativos *quichuas*. El autor del "Capítulo que se le olvidó á Cervantes," puede muy bien escribir asimismo una "Galería de ecuatorianos famosos" que guste en América. Proteos del mal, desde cuándo sois salados? yo os barrenaré la cabeza y os pondré sal en la mollera, para que no olvidéis el respeto debido y no aulléis á la luna.

Por esta cruz, yo no leo *esos papeles*; pero aun á pesar mío, no falta quien me dé noticia de ellos. Amigo modesto, cuidado con el retablo. Quítate el parche del ojo, y ponte á la capa: ese que tú llamas *el Cervantes moderno*, tiene su Don Quijote, que salta, menea la tizona y descabeza títeres y titiritero en un abrir y cerrar de ojos. Don Ginesillo de Parapillo, Don bachiller Sansón Carrasco, ó Don como te llamas, volvemos á las andadas.

No pasemos adelante;
Malos agüeros había:
Un buho da grandes gritos,
Un águila se carpía;
Cuervos muy mal le aquejaban:
Yo de aquí no pasaría.

CARTAS

AL COSMOPOLITA.

Muy Señor mío :

Su libro VI no ha tenido tan buena acogida como el anterior : ¿ de dónde saca usted esa moderación, que no es sinó flojera ? En tiempos de efervescencia casi revolucionaria, la calma filosófica es buenamente un disparate : lo que conviene es tirar de la oreja á los bribones, y no andarse con rodeos literarios. Yo no veo allí ni un nombre propio, ni un hecho especificado ; generalidades, divagaciones, principios, como si de ellos sacáramos gran cosa. Revés, tajo y fendiente son los términos de la esgrima, que quedan y deben aplicarse á la política. Su discurso acerca de ella, por ejemplo, no me parece del todo malo ; pero usted no sabe entre quienes vive : si sigue con esas ideas, á la vuelta de quince días queda por loco, y no hay quien lea sus escritos. La gangrena se corta, no se disuelve ; para la fiebre se sangra, se aplica un gorro de nieve á la cabeza. *Similia similibus curantur :* usted que las da de sabio ha ignorado el aforismo : irrite usted, caliente usted, corte, desuelle, cauterice, si hay irritación y calentura, y no andemos con arrope de franbuesas. Desde luego sus flechas van rectas y veloces ; pero si no pasan zumbando por las narices del público, parece que no hieren; son plumas de paloma que vuelan más poéticas que belicosas.

Yo soy liberal positivo ; contribuyo para sus escritos, y quisiera ver en ellos prendas que me llenen el corazón. Cuál es la verdadera política, cuál la falsa, no es cosa que me importa : apriételes las clavijas á *esos pillos*, y cuente con nosotros. De veras me pongo triste, cuando de principio á fin, en un opúsculo de ocho ó diez fojas, no hallo ni una vez á Don Gabriel : es cierto que us-

ted le da sus mojicones, como quien no dice nada; pero por qué no le nombra? Tampoco me gusta esa extremada é indebida consideración por nuestro difunto presidente, y no fuera malo que se le hiciera oir un tanto. Y el otro? qué gracia, usted no le dice nada al tal Ponce, y yo soy uno de los suscritos. Espero que usted complazca á sus lectores, y me suscribo de usted atento y seguro servidor.

Troglodita de la Pulla.

Muy Señor mío:

Su libro VI ha sido mucho más racional que el otro: al fin aquí no se manifiesta usted tan encarnizado enemigo *del gran americano*, y le podemos perdonar sus alusiones. Esto de hablar de las personas ilustres, señor mío, no es para hombres como usted. Lástima que el Cosmopolita pertenezca á *esos pillos*, cuando pudiera hacer figura. No ve usted *esos ensalzadores del asesimo*, enemigos de la religión cristiana, infractores de las leyes, como nos embisten y nos sacuden por los cabezones? Sea usted siempre culto, no hable como nosotros. Esos términos feroces, esos giros selváticos, esas maneras brutales no son para la pluma bien cortada; y por más que usted los vea en nosotros, no los use, no nos haga caso. Usted no tiene mucho partido entre los liberales, desengáñese: pícaros, ladrones, asesinos, herejes que no conocen la justicia ni saben moderarse cuando escriben. Pero como menos pudiera usted sufrirnos á nosotros de amigos que de enemigos, quédese en su puesto. Nosotros vamos á los principios, defendemos la religión, somos atletas de la libertad; pero si Don Gabriel acaba por entregar el alma á quien la debe, libertad, religión y principios se van con él á la tierra del fuego, y con el estómago pegado al espinazo, no tendrémos más remedio que volvernos liberales, como que la patria será de esos bribones. En este concepto, sería tontera en mí malquistarme con ellos más de lo que me conviniera; y en cuanto á usted, señor mío, le suplico no se acuerde de mí en su "Galería de ecuatorianos famosos" que, según hemos sabido, piensa

dar á luz. De hoy para adelante me entremeteré poco en insultarle, y cuando le tire mi piedra, será escondiendo el brazo con grandísimo cuidado; porque esto de cogerle á uno y tenerle colgado de una pata, no ha de ser cosa alagüeña. La gravedad de usted nos ha salvado hasta ahora. Pero cuando pensamos en que el tétrico Espectador de la Gran Bretaña, el triste y apasionado Larra tenían tiempo y humor para desollar á los polizontes, á los ridículos personajes, no dejamos de recelarnos que usted, aunque no con tanto ingenio como ellos, nos ponga por ahí en alguna aventura tenebrosa, ó á horcajadas en Rocinante tirando amo y escudero por los campos de Montiel. Por otra parte, al considerar que *esos canallas* pueden llegar á ser presidentes y ministros, nos hace hormiguear la sangre; y contemplando en lo que eso sería, estamos resueltos á ser buenos; á lo menos no tán malos, como el que tiene el honor de ser atento y obsecuente servidor.

Imbroglio de las Tirpas.

Honorable Cosmopolita:

El público reclama el terremoto en el libro VI: si yo me he suscrito, ha sido en la persuasión de que cada entrega contendría una cosa de esas. Á mí me gusta ver desbaratarse cerros y quedar descalabrados contemplando sus ruinas; me parece bien que las colinas bailen, y los lagos biervan soplados por las legiones infernales. Denos usted desollones de montañas, traquidos de peñas, negros bostezos de la tierra, abriéndola en mandíbulas enormes, y tendrá usted buen número de suscritores. De política no entendemos; filosofía y moral, son candideces: terremotos, señor mío, terremotos. Quién es ese *nuevo Junius?* Maldito de Dios si le conozco. Las "Cosas de mi tierra" sí, estan más á nuestros alcances, y todo lo que sea conjugar al vecino es muy de nuestro genio. ¿No sería bien aplicarle unas cantáridas *al amigo?* mire que unas ampollas bien puestas en ese lanudo pecho, sería cosa de gusto. Nosotros estamos para llamar *cobardes* á los que algo hacen; el hablar de talanquera es cosa de valientes. Ahí tiene usted al Doctor.... Vea lo que es

bueno. Por prudencia se ha defendido debilmente; pero "El joven liberal," no hay quien le quite. Dicen que *este patriota* nunca ha escrito una línea; mas bien puede ser que derrepente haya salido escribiendo como un jirifalte. Si hubiere ocasión, ya trataremos este asunto; entre tanto soy de usted.

&c. &c. *El Temblón de los Temblones*

EL COSMOPOLITA.

NUM. 8.

DEL ESPIRITU

DE ASOCIACIÓN.

Los pueblos ilustrados, cuyas instituciones políticas no entrañan la esclavitud, son en extremo sociables. El gobernante que no teme la reunión de los ciudadanos, descansa en la ley, se apoya en la benevolencia de los pueblos, y rodeado de amigos camina seguro y majestuoso hácia el término de la asociación. El buen gobierno tiene tranquila su conciencia, y no alza asustado la cabeza, cuando oye que cierto número de personas se ha reunido. En los imperios despóticos, donde la tiranía es modo de gobernar, es donde suena terrible á los oídos

del qué manda esta breve noticia: existe una sociedad secreta. Y por qué secreta? Por qué no pudo ser pública; porque el medroso tirano dispersa á lanzadas á los que se reunen, temiendo el acuerdo de las voluntades, aborreciendo la voz sonora de los hombres libres. Pues si éstos buscan la oscuridad, él tiene la culpa. Y cuidado, que el puñal suele afilarse en las tinieblas.....A la faz del sol, nunca se ha discutido el asesinato, ni hay quien proponga acción ilícita teniendo la luz por auditorio. Perseguid las sociedades, y luego tendréis carbonarismo.

¿Por qué arrebatar á los hombres el derecho de tratar acerca de lo que conviene? Si no usurpan la soberanía; si respetan las leys; si con buena intención y buen objeto acuden unos á otros, dejarles; y no dejarles solamente, sino protejerles, enardecerles. Este es buen gobierno. Pero juzgar siempre mal de la comunicación de los habitantes de una ciudad, y tener por arriesgada cosa la comunión de pensamientos y propósitos, es propender á la tiranía, ó ser poco ilustrados. Desde luego el gobierno debe tener cien ojos: Argos vigilante, todo lo ve, todo lo inquiere en secreto, y allá para sí está notificado de lo que sucede en la república: vive en el centro de una bóveda acústica; los más leves ruídos llegan á sus oídos, y no todos como trueno, porque su tímpano está en punto de salud. Su tacto es delicado, su mano del más fino tanteo: la pasa por la sociedad que rige, y en sus formas va descubriendo lo áspero y lo suave, lo mórbido y lo sano. El buen gobierno, el gobierno sabio es un sabio; el gobierno filosófico es un filósofo, el gobierno paternal es un padre. Pero el que para todo acude al hierro, es como el médico ignorante, que si no corta nada cura. En la ciencia política hay secretos maravillosos, esencias milagrosas, elíxires mágicos que modifican favorablemente hasta las enfermedades desesperadas. De donde se colige que para gobernar es preciso ser gobernado por un agente interior luminoso, flexible, alto: es decir que el alma del gobernante se ha de hallar en la cumbre de un monte. ¿No es racional, no es justo que manden los mejores? Donde se buscan los peores para tan gran negocio como es de regir pueblos, digamos que reinan las tinie-

blas, y en medio de ellas, no pueden suceder sino cosas pavorosas, porque la oscuridad es la ausencia de la luz, fuente de sabiduría.

El gobierno que no ve sino peligros en cuanto sucede en la república, es un Polifemo, no tiene sino un ojo: cruel y villano gigante, echa mano por sus huéspedes y los devora: pavoroso hijo de la tierra, se hace temblar de todos, pero nadie deja pasar ocasión de tirarle una piedra, y cuando llega el instante, le privan de la vista. Por manera que el mal gobierno viene en continua angustia; de todo se recela, todo le amenaza: es como aquel inicuo que vivía encerrado en una bomba de cristal por precaverse del rayo: el tirano, el mal gobierno viven encerrados en una bovedilla, son como difuntos, tienen poco espacio, y en esa miserable esfera, sucede un drama horrible; los gusanos andan muy activos por su cuerpo, le muerden el corazón. Los recelos fundados ó infundados, las zozobras, las sospechas, los temores, las incertidumbres, los remordimientos ¿no son hambreados insectos que róen el corazón? Si tememos á nuestros hermanos porque estamos mandando en ellos, valiera más bajar á su nivel, y andar tranquilos: horrible cosa es en verdad haber sido encumbrados para el bien, y constituirse en operarios de iniquidad! La opresión es tenida por política en ciertas naciones poco alumbradas, y el presidente, muy convencido de que no es tirano, huella las leyes con la mayor inocencia, anula el pacto social por mil maneras, asienta la mano á los asociados, y piensa que está gobernando, pues la ignorancia es el arte de gobernar en algunos desdichados pueblos. Maten, destierren, impongan contribuciones; para esas tropelías podrán tener pretexto; pero el derecho de escribir, la facultad de hablar, la necesidad de reunirse los ciudadanos, respeten, por Dios, respeten los gobernantes.

Qué multitud es esa que por allá se asoma dando voces, á la sombra de cien descogidos estandartes? El orden reina en ella, se acerca inofensiva, y en buena compostura entra con firme paso á ese jardín grandioso. Es un pueblo libre que se reune á proclamar un derecho, á

clamar contra un abuso, á discutir un proyecto legislativo. Mirad esa persona que se encastilla por haí en hombros del pueblo: un gran silencio se declara en la muchedumbre, todos esperan, todos escuchan: es un orador, un tribuno que va á soltar la voz, y en elocuente discurso conmover mil corazones. Habló: la libertad en forma de ángel, sale de sus labios y se cierne sobre el pueblo revolando á modo de nuncio celestial, bien así como salían llamas de la boca de algunos antiguos profetas. La muchedumbre aplaude, mil sufragios autorizan la ley que va á proponerse al Parlamento, y satisfecho de sí mismo y de su soberano, el pueblo se desparrama por las innumerables calles de la ciudad inmensa. El monarca entre tanto había permanecido tranquilo en su palacio, el clamoreo popular no le sacaba de quicios, ni la policía del reino paraba la oreja sospechosa. Cada cual estaba en su derecho, cada cual cumplía su deber. En la libre Inglaterra el pueblo y el Gobierno son hermanos, ninguno de los dos se recela ni se cautela del otro. El pueblo se reune, el gobierno no cae en cuenta; el pueblo grita, el gobierno oye y no se da por entendido: á las veces el pueblo se exalta, pone osco semblante, sube la voz de punto: no hay más que dejarlo, es una efervescencia que de suyo se apaga; ni se requiere diligencias para que baje esa espuma belicosa. La reina no interrumpe su oración, los ministros ni se mueven de sus butacas, el Lord Corregidor anda en sus ordinarias incumbencias, y el pueblo está llenando de ruido la metrópoli del imperio. Ruido legal, ruido de oro, ruido de pueblo libre é ilustrado.

A nadie se le ocurriría buenamente menoscavar el derecho de reunión en los Estados Unidos: puede Mister Johnson fusilar á Jeffersson Davis en la plaza de Richmond; mas hay de Mister Johnson si pretendiese poner trabas á las sociedades de los americanos! Los pueblos libres son muy amigos de reunirse; la reunión es una ley de la naturaleza: los miembros de la familia están reunidos; los del Estado se reunen en sociedades; los Estados se reunen en confederaciones. Los pueblos ilustrados son muy amigos de reunirse: reúnense

los sabios, reúnense los patriotas; los sabios para propagar la sabiduría, los patriotas para alimentar y difundir el cariño de la patria. Los ignorantes se reunen para estudiar, los hombres benéficos para ejercitar la caridad: todo se hace en reunión. Hay sociedades de historia, de filosofía, de literatura; sociedades agrícolas, sociedades de socorro, sociedades de nobles pasatiempos. Hasta acá se oye el vocerío de los ciudadanos americanos que acuden á un centro de reunión á averiguarse bien con sus intereses: libertad es su campo, libertad es su guía, libertad su objeto. La soberanía del pueblo toma formas reales en esas grandiosas juntas en que el callado habla por boca del tribuno, en que el humilde se levanta y toca con la mano el fruto de la República, prohibido en otras partes. Esas *sediciones* populares son muy pacíficas; el gobierno está muy bien con ellas, y, sediciosos los unos, autorizados los otros, todos á la sombra de la sombra de la ley caminan á pasos descomunales á su engrandecimiento. Qué pueblo! allí sí que mora la libertad en todas las casas, anda por todas las calles, viaja por todos los caminos: y no libertad corrompida ó perversa, sino libertad honesta y bien intencionada, libertad santa. Donde la libertad y la sabiduría vienen asidas por la mano, el hombre no es inferior al ángel.

En la disociación tiene el senescal un elemento poderoso de tiranía; de ver separados é ignorantes á los hombres, dice luego para sí: Á éstos bien puedo encadenarlos; si no mancomunan sus fuerzas, cada uno de ellos es inferior á mí, y no me será difícil regirlos á mi modo: necio es el que pudiendo tener esclavos se contenta con hermanos; nadie vive á lo grande, sino tiene inferiores que le tributen veneración. Y convertido el discurso en obra, hele allí adueñado de los pueblos, que por no haberse entendido como hombres, gimen en la collera como brutos.

En las naciones poco expertas y menos adelantadas, los hombres son indiferentes á las sociedades: reúnense desde luego, pero con mezquino objeto: yo oigo á menudo—*Sociedad de baile, sociedad de recreo, sociedad de*....

ah! cómo es posible mentar aquí el juego? Si esos ciudadanos bailantes hubieran abrigado en sus pechos la llama de la libertad, no hubieran sido tantos años ciervos de cualquier miserable tiranuelo: siervillos olorosos, bien empaquetados, se dejan ir tras el amo por esas oscuras ensenadas y recodos que suele conocer la tiranía. Apolos sin la divinidad, fetiches embarnizados que el salvaje hace danzar con su varilla, y si no está contento de ellos, les pela las barbas á porrazos ó les azota desapiadadamente. Los que se contentan con bailar mientras respira á sus anchas el despotismo, no tienen patria, ni son dignos de tenerla: hojas revoloteadas por el austro, danzan en el aire, sin centro ni equilibrio, y cuando caen, no hay animal que no ande sobre ellas. Quisiera yo preguntarles á esos rozagantes mozalvetes, si en medio de sus alegrones disparados, se les mueve el corazón á los golpes cadenciosos de la patria; si en sus pechos gira ese astro resplandeciente que alumbra y vivifica al hombre libre; si experimentan las deliciosas emociones que la sabiduría causa en el seno de sus hijos. El negro es de su propia naturaleza enredador, alegre y muy dado al rebullicio; el negro baila, canta, se mueve activo en toda oportunidad; el negro vive del presente, se satisface con el goce coetáneo: el negro es esclavo: ¿y eso qué importa puesto que baila?

Jóvenes que clavais los cinco sentidos en miserias, alzad los ojos y mirad que por el firmamento atraviesa un globo deslumbrante: es el sol, amigos míos, ¿lo sabéis? De un estudiante podremos hacer un sabio, de un artista un buen ciudadano, de un soldado un héroe: de un lechuguino, de un mequetrefe relamido, no puede hacerse sino estopa, si es que no se los diezma para verdugos. La juventud es la esperanza de la patria, y en los pueblos de nobles costumbres y de altos pensamientos, la juventud es la parte principal de la nación. Por eso la virtuosa Esparta vencida por su enemigo, se allanó á dar en rehenes cincuenta hombres maduros y no diez adolescentes. La juventud no corrompida es un elemento de sabiduría, de nobleza, de grandeza: la juventud es el porvenir, y en el porvenir tenemos derecho de columbrar la felicidad.

Cuando suspiramos bajo el yugo, y el oprimido pecho se espande en un instante de inspiración, echamos los ojos al tiempo venidero, y un indecible alivio nos aligera el alma: la juventud es el porvenir; el porvenir camina henchido de esperanzas, la esperanza es una felicidad. ¿ Acaso el bien consiste en las satisfacciones físicas? Ya sabéis que por la materia somos animales, y que el espíritu es nuestra parte noble: cultivadlo, y seréis dignos de vuestro Criador: el espíritu del hombre pulido en aquel sublime aparato del estudio, templado en la fragua del amor, medido por la filosofía, es la gran obra del universo, y el Todopoderoso se sonríe cariñoso cuando contempla cosa tan perfecta. Por la contemplación nos elevamos á nuestro origen; destellos desprendidos del gran foco de la luz eterna, allá volvemos y somos como serafines. Por el estudio sabemos lo que somos, y lo que ha sucedido en el mundo; por el estudio cruzamos ráudamente la inmensidad de los siglos, y, recién llegados respetables, contemplamos los sucesos de ahora miles de años. Por el estudio conocemos á los varones grandes, honra del género humano, gloria de los tiempos. Por el estudio somos cuerdos, sabios, experimentados, y teniendo á la vista ejemplos de virtud y de grandeza, estamos nosotros mismos en posibilidad de ser grandes y virtuosos . La libertad ignorante es una divinidad subalterna, es híbrida entre divino y humano, infunde poca veneración: la libertad ilustrada, la libertad sabia es la pura, la casta, la gran divinidad. Adorémosla; y para adorarla, reunámonos; la adoración de todo un pueblo llega más pronto á Dios.

PALABRAS

DE UN CREYENTE.

Drizza la testa
Non é piu tempo da gir si sospeso.
DANTE.

La noche ha sido larga, ha llovido sobre nosotros lluvia helada que ha cuajado la medula de nuestros huesos: sin amparo, sin abrigo, andando por ahí á tropezones, hemos padecido mil quebrantos, porque en medio de las tinieblas un demonio nos seguía, los ojos encendidos, blandiendo una serpiente con la que abrechaba nuestras carnes. Y era ese un tropel inmenso, pero mudo: cual las sombras sin lengua condenadas al silencio en las regiones infernales, pasábamos echando ayes apagados, pues el quejarse era redoblar la crueldad del enemigo. Ancianos rendidos á los años, de venerable porte; jóvenes marchitos bajo la cadena, niños esclavos con la esclavitud de sus padres, mujeres desmelenadas y llorosas, todos iban en confusos pelotones entre la oscuridad de ese mundo privado de la vista del Señor. Si alguno intentaba prender una antorcha, era al punto derribado, y el demonio bailaba sobre él, y le envolvía con la espuma de su boca, y reduciéndole á cenizas, le aventaba por las sombras.

Alza los ojos, tú que gimes en esa profunda cueva: no hay cielo para tí; el firmamento es una tenebrosa inmensidad donde no asoman astros, sino es de cuando en cuando algún meteoro fugitivo, que arroja su luz siniestra para que veas la mazmorra en que padeces: un cuervo gigantezco tiene abiertas las alas sobre tu cabeza: ese es tu firmamento. Mira á los lados, vuelve la vista; no hay salvador, no hay esperanza: todos son desventurados co-

mo tú, compañeros de infortunio y de tormentos. Pero consuélate: á la entrada de ese reino del dolor no ves inscrito en un negro portón esta sentencia:

O voy ch' entrate
Perdete ogni speranza!

Allá en el horizonte se columbra una blancosidad incierta: ¿será la sombra del día? será el sol que vuelve á nosotros después de tan larga noche? El mirmidón sumido en su profunda yurta echa hácia fuera la vista á investigar curioso si ya vuelve la risueña aurora, después de seis meses de tinieblas; y cuando á lo lejos distingue las cimas de los montes alboreando con los primeros rayos del astro bienhechor, sale contento, desprecia el frío, y en santas procesiones se encaminan todos los habitantes de esas tierras al encuentro de la luz. Echemos nosotros también, mirmidones desgraciados, un vistazo investigador al horizonte; no es el alba la que quiere romper allá entre esas pardas nubes? Si es el sol, vamos hácia él; saludémosle, aclamémosle.

Hijo de la naturaleza, vagando libre por las faldas de los Andes, vi un día el rey de los montes convertido en un alcázar: hácia el oriente se abre su portada: el peristilo se hiergue sobre columnas de oro tachonado de rubíes que despiden de sí rayos de colores diferentes muy suaves á la vista: una estatua prodigiosa condecora la fachada del edificio, cuyas puertas están francas. Un santo miedo me posee: la soledad infinita, el mutismo de la tierra, la pompa sublime de la naturaleza, todo me corta, pero un movimiento de alegría me anima lo interior, y el corazón me da que algo hay fausto y grande en esa fábrica. Y vagan mis ojos tímidos, midiendo esas proporciones nunca vistas, y mi alma alza el vuelo dentro de mi cuerpo, el cual se estremece y crece y se levanta por el aire, y en una espansión grandiosa me siento porte de un dios, y todo lo abrazo, y todo lo concibo con el espíritu inspirado.

Era que en el frontispicio de aquel templo había visto esta inscripción en resplandecientes caracteres:

LIBERTAD.

Entro pues en aquel templo: qué claro estaba todo! No había luz artificial; la diosa la tiene por sí misma. Y el tabernáculo era grande, y en él ardía á la continua un bracerillo de oro, del cual surgen crespos espirales de de un humo vivificante, que luego iba rodando en poéticas bedijas por los ámbitos del edificio: así como se encumbraban, en cada una de ellas aparecía un genio, serafinillo hermoso, sirviendo de cirio con la lumbre de sus ojos. La divinidad permanece invisible, pero conozco su influjo en el respeto que me embarga: el pecho dilatado, el alma conmovida, el corazón armonioso, siéntome vibrar todo yo, como un instrumento pulsado por los ángeles. Y no me hallo solo; por las naves hay arrodilladas varias sombras: cerca de mí están dos de respetable porte: llégome, véolas: son Harmodio y Aristogitón. Á poco andar encuentro á Bruto y Casio. Al pié del tabernáculo otra sombra se descubre de más respetable continente: parece el sacerdote del templo; una guirnalda de laurel cerca sus sienes, en su diestra oscila un incensario humeante, trae en los hombros el superhumeral sagrado: me acerco, miro, es Catón: en el pecho tiene hincada una espada hasta la empuñadura: su espada! su espada! aquella con que se quitó la vida por no vivir esclavo. Caigo de rodillas y me estoy recogido; y veo que me mira, y que al mirarme sonríe cariñoso. Permanecen las sombras en silencio; mas sin saber de donde, llega á mis oídos una música divina, cual si los serafines moviesen las esferas en cadencia, y el Altísimo les mandase dar voces celestiales.

El retintín de esa armonía me regala los oídos, aún después de haber salido de ese templo; pues era preciso despertar, y salí de él. Empero nada he olvidado: veo la senda, se me acuerda el parage. Vosotros que anhelais deleitaros en esa maravilla, venid conmigo: el que no ha rendido el cuello al yugo de la esclavitud, camina recto y firme; el que no se ha consumido en la atmósfera pestilente de la corrupción, se siente vigoroso: seguidme.

La libertad que se gana sin sangre es más amable y pura. Nuestro escudo es la ley, nuestras armas la palabra y el patriótico diligenciar del ciudadano. Hay un campo de batalla donde no truena el cañón, donde el acero no arroja sus sanguíneos rayos: riñen en paz los combatientes, sus banderas flotan anchurosas dando sombra á todos los hijos de la patria. Al sufragio! al sufragio, ciudadanos!

¿Quién nos sirve de juez en ese patriótico torneo? pues siendo una justa, juez debe haber y repartidor del campo que mantenga las reglas en su punto y no permita desafueros. Presidente, tú eres el llamado á ese encumbrado puesto: ejerce tus derechos, cumple tus deberes. Si te apeas de tu solio y tomas parte con uno de los bandos, renuncias tu categoría, y pierdes tu majestad: entonces ya no eres el primero de todos, sino uno de tantos, y puesto que acometes, puedes ser acometido. ¿Entiendes las cosas de este modo? En tí creimos, por tu justicia te elevamos: no has llenado nuestras esperanzas, has desquiciado nuestra opinión: quejas tenemos de tí. Se ha profanado la mesa electoral con la presencia del soldado, la bayoneta ha resplandecido sobre la urna santa: no saben que esa urna contiene una divinidad? la han violado, luego no son tan religiosos como se dejan ver en sus demás acciones. La mesa electoral es un altar; éste no puede estar sino en lugar bendito: han sufrido que los mundanos la lleven á sus casas, luego son cómplices de un sacrilegio. No saben que las religiones se dan la mano? La religión divina ampara á la religión política; hanlas separado, han dejado que la flaca vaya sin el apoyo de la fuerte, deshermanándolas impíamente: ¿piensan que no es una violación? El capitán sobre el soldado, el ministro sobre el capitán, el presidente sobre el ministro, la ley sobre el presidente: esta cadenciosa y justa coordinación ha sido trabucada, y el primero ha venido á ser el último. El ministra sobre el presidente, el capitán sobre el ministro, el soldado sobre la ley, y un desconocido sobre todos: ¡qué vuelco tan miserable! No miras, presidente, cuántos derechos, cuántas leyes, cuántas regalías perecen en ese terremoto? y tú

que puedes y debes apoyarte á las columnas y evitar ese trastorno, te separas, huyes, te escondes y dejas que todo se venga á bajo. ¿Has perdido ó has ganado en la opinión de tus conciudadanos y del mundo con semejante proceder?

Ay de mí, *mi Cincinato* me abandona....Qué he de decir cuando me pregunten ¿éste era tu Cincinato? éste el que iba á poner las cosas en orden, dando fuerza á las leyes, razón á la fuerza, predominio á la razón? éste aquél de quien dijiste tantas cosas seductoras? Te creimos, te seguimos; nos has perdido......

Tu obligación es no sólo no hacer mal, sino también impedir que lo hagan otros: si has permitido, has hecho; y si has hecho, has hecho mal: el pueblo no tiene sino su voto; si le quitas, ¿qué le queda? él te dió todo, y tú nada le dejas; ¿es ésta la justicia?

Lo venidero importa más que lo pasado; ya sabes que la penitencia limpia la culpa, y que el arrepentimiento es ya una buena obra: quizás no has perdido del todo nuestra estima, y no es difícil la vuelvas á conquistar acrisolada, como antes te la profesábamos: no basta que no nos aherrojes; preciso es también que contengas á los que en tu nombre usan y abusan de la fuerza: ciudadanos desarmados como somos, ya ves que la lucha sería desigual con gente apercibida: contenlos, reprímelos; ¿podemos abrigar esta esperanza? Dí que sí, dí que lo harás; cumple tu propósito y volvemos á quererte.

Buena índole, herguido carácter, costumbres acendradas bastan para ser hombre bueno; para ser buen gobernante, algo más se necesita: conocimiento de las cosas, ciencia de gobierno, rectitud política, conciencia pública: propensión al bien, voluntad de ejecutarlo: pulso fuerte y armonioso, independencia, energía, nobleza, cosas que en ninguna manera se oponen á la bondad. Las virtudes del hombre, algo difieren de las del ciudadano, y las de éste, no son idénticas á las del gobernante. Qué valiera la virtud del cenobita para regir estados? Los santos suelen ser no tan buenos príncipes, si es que en ellos no se combinan maravillosamente las virtudes públicas y las privadas, como en Luis de Francia. Una na-

rigadilla de altivez sazona la política en términos que deleita el paladar de las naciones; y el recto juicio junto con la firme voluntad son las facultades primordiales del magistrado que aspira á la estima de sus semejantes con nobles y grandes acciones. No se llaman acciones grandes solamente las que dan estampido en el mundo; grandes son también las pequeñas que se verifican cumpliendo un deber, obrando un acto de justicia, enjugando una lágrima á la patria, extendiendo la mano á una víctima, tirando la rienda á un perverso, manteniendo, en fin, las cosas en su punto, y captándose la benevolencia general, con ese poco á poco del hombre de bien que adelanta imperturbable por la senda donde le tiene encarrilado la conciencia.

Presidente, hombre bueno sois, pero cuidad que no vengáis á ser buen hombre: el buen hombre no está en su lugar bajo del solio; el hombre bueno, donde está mejores en un trono. Vuestra mansedumbre, vuestra modestia, aquella temperancia general que os baña pueden infundir cariño; pero si éste viene injertado en la conmiseración, seréis buen hombre, y aún hombre bueno; buen presidente, no seréis. Podéis serlo todavía: ahora, la conciencia y el honor son lazos que os sujetan al alto sillón del mando: el que no hubieseis llenado nuestras esperanzas, no quiere decir que intentemos hostilizaros; al contrario, en este ahinco por aunar voluntades, quisiéramos que la vuestra sirviese de centro á este gran compuesto de ellas que está preponderando en la nación. Justicia é imparcialidad, pero no dichas sino verificadas, ésto es lo que pudierais hacer por los pueblos que os honraron: tiranizarlos sería crueldad; manifestarse indiferente, insensibilidad; abandonarlos, deshonra!

Y vosotros, pimpollos de esa selva caída de vejez; vosotros, que estáis sacando curiosos la cabeza á ver el mundo y saber lo que sucede; vosotros, tiernos ciudadanos aun no inficionados por el aliento ponzoñoso de la falsa política, ni envilecidos por el apocamiento que en los miserables causa la tiranía; vosotros, levantaos, prestad el oído, escuchad á vuestro amigo, al amigo del de-

recho, al amigo del progreso, al amigo de la majestad del hombre.

Contigo hablo, juventud; acude á mis banderas; mi campo es verde y extendido; la esperanza, en forma de paloma, aletea sobre nuestras armas, y el triunfo, aunque invisible todavía, se pasea por nuestros reales infundiéndonos valor con su hálito divino. Vuestros padres, ah, vuestros padres han caído bajo la cuchilla destructora, ó han perdido el brío y aún la honra uncidos al yugo de la infamia: no les imitéis, no sigáis sus huellas: que vuestra sangre hierva á otro fuego, que vuestra alma se encumbre en otras alas, que vuestra inteligencia conciba más y mejor donde la voluntad y el brazo ejecuten obras dignas de renombre. Mirad antes á vuestros primeros ascendientes, echad la vista al tiempo homérico de la independencia americana, y si sois hombres, sentiréis el corazón dar grandes movimientos en el pecho, y la cabeza se os abrasará en el sagrado fuego. Los Quirogas, los Morales, los Salinas ¿quiénes fueron? dónde vivieron? cómo murieron? Apóstoles de la libertad, profetas de la independencia, precursores de la civilización, sacrificados á esas grandes causas: ni deshonor les apocaba, ni indolencia les oscurecía, ni miedo les esclavizaba: pundonorosos, activos y valientes, desplegaron el pendón sagrado, y dando voces santas se fueron á la tumba, después de haber resplandecido en ejercicios de virtud y de grandeza. Y como su voz era alta, había llegado al cielo; y como era elástica, se había extendido por América; y como era profética, se cumplieron sus predicciones. *Prendieron el castillo*; ardió el castillo y voló con grandes llamas, y abrasó á la redonda á los enemigos del nuevo mundo, y los consumió como una paja. Dónde están los monumento que hemos alzado á la memoria de esos hombres? cómo expresamos la gratitud que rebosa en nuestros pechos? Hijos ingratos y desconocidos, fuera poco; hijos bastardeados, hijos viles, hijos esclavos, ésto es lo que nos cuadra. Esa sangre preciosa se ha corrompido en nuestras venas, ese ardor celestial ha dejado nuestro cuerpo: ellos fueron grandes, y se alzaron contra tiranos grandes; nosotros hemos gemido al arbitrio de ruines

tiranuelos: ¡qué degeneración! qué vergüenza! qué desgracia! Ser los primeros en el vasto circuíto de la América española en alzar la voz y el brazo contra la tiranía, fué verdaderamente mucho en ellos. Esta corona de los Andes, esta ciudad de las colinas, niña Roma, tiene la gloria de esa sublime iniciativa, y por mucha que sea su desgracia, nadie puede arrancarle esa joya de la frente. Después nada hemos hecho: todo ha sido opresión, tiranía, envilecimiento: aquellos patriotas venerables no han tenido descendencia, y nadie reconocería en nosotros los toques de su semblante heroíco. Todo es evitar, todo esquivarse, todo esconderse: pues ésto es provocar á los ambiciosos, y entregarse maniatados. Breguemos en paz, pero con ardor; no derramemos sangre, pero hagamos valer nuestro derecho; hablemos, reunámonos, elijamos: si nos ponen obstáculos, forcémoslos; si nos acometen, defendámonos: ¿acaso vamos á robar ni asesinar? El soldado tiene su bayoneta, arma impía cuando se le emplea contra la libertad del sufragio; el ciudadano debe tener su corazón, y si su vida ó su honra están en riesgo de perderse, debe tener armas: vencidos ó triunfantes, las desgracias que sucedan, irán por cuenta del Gobierno, ese padre descastado que casi siempre va contra sus hijos. Ante Dios la conciencia, ante la opinión, la fama; ante los hombres la responsabilidad, hé aquí lo que ha de contemplar el presidente. Si es justo, nos dejará obrar, puesto que no nos desviemos de la justicia; si es imparcial, reprimirá á la gente armada; si es sabio y majestuoso, se espaciará en su solio, y con la ley en la mano, parecerá Minerva.

Estas quejas se refieren á las penúltimas elecciones: las que acaban de verificarse, han ofrecido espectáculos repugnantes, hasta en país de turcos, no digamos entre cristianos republicanos. En Quito no ha sucedido gran cosa, sino es lo acostumbrado; ni había necesidad de mucho más, por cuanto del todo han prescindido los liberales, y han dejado, como dicen, rodar

la bola. Si ésta ha sido inpotencia, indolencia, ó magia negra, aún no me lo acaban de decir.

Lanzarote y Don Tristán,
Y el rey Artús y Galbán
Y otros muchos son presentes
De los que dicen las gentes
Que á sus aventuras van.

Y mis amigos ¿dónde van? Van también á sus aventuras, pero no van á las elecciones.

La tiranía no ha sido tan blanda en otras partes, porque los liberales no han querido ser tan mágicos ni tan Galbanes como los de por acá. Pueblo ha habido ¡quién lo pensara! donde todos los notables han sido presos la víspera de la *semana republicana*; y no así como quiera, sino con grillos, y en cepos y bajo dobles cerrojos, después de haber visto rotas sus puertas, sus casas allanadas, ofendidos sus habitantes. Preguntada la causa de esas tropelías, un majagranzas de aquellos que por esos pueblos se llaman *autoridades*, ha respondido con toda la sabia política de un buen presidente: No me digan nada! Yo soy Rosas de Buenos Aires. ¿Es verdad, Señor Don Javier? Vuexcelencia que no es Rosas de Buenos Aires, diga qué providencias ha tomado contra esos interesantes gauchos que se tienen por competentes hasta para desterrar á Galápagos á los ciudadanos libres? Los Torquemadas le dicen que ésos son las columnas y los apóstoles de la religión cristiana, y Vuexcelencia les cree á cegarritas: error.

Labrar la dicha de un pueblo debe de ser la mayor satisfacción de la vida: la correspondencia en el amor, la gloria en el literato, el triunfo en el guerrero, nada llena más el pecho del hombre bien constituído moralmente, que ese gusto profundo, esa alegría del magistrado que se entrega al servicio público y acaba por ser la prenda de todos en consideración á sus virtudes. Si apesar de *sus amigos* puede siquiera oponerse á la ruina de su patria, no se excuse Vuexcelencia, que no es pecado, ni hay infierno para los hombres de bien

y superiores gobernantes.

La inocencia de éstos consiste en el ahinco por la prosperidad pública, en el sostenimiento de la moral de los pueblos, en la equitativa tolerancia con los ciudadanos cuando ejercen sus derechos, en la seguridad de lo futuro, en lo grandioso del presente, en mil cosas grandes y pequeñas que tienen satisfechos y contentos á los asociados, y por lo mismo, satisfechos y contentos á los que les gobiernan. Estáis satisfechos y contentos, ciudadanos? Una voz colectiva é inmensa dice: No! Estáis satisfechos y contentos, gobernantes? Una vozuela apagada y miserable dice por ahí: Sí! Pero la vibrante y sonora, la que entraña la verdad y opera el convencimiento, dice: No! Y esa viene de Dios, amigos míos, porque cuando habla la conciencia, Dios habla; y cuando se calla Dios, se calla la conciencia. Dios está queriendo callarse para vosotros: temblad, católicos!

EL NUEVO JUNIUS.

III.

Á DON GABRIEL GARCÍA MORENO.

Todo el que entra á su casa por la tarde, sin haber hecho algún bien á sus semejantes, ha perdido el día. Esta máxima sublime de gobierno lleva á la gloria cuando se la verifica, y al paso que de un hombre forma un rey ilustre, un egregio presidente, forma también un santo. La caridad es la madre de las virtudes: la misericordia, de ella nace; la bonancible lástima, de ella nace; la benevolencia, de ella nace: y esta familia maravillosa habita un paraíso invisible situado en el centro del corazón: abrigar el paraíso en el corazón, es como si el que le abriga fuese una divinidad; y por ésto habrán dicho los filósofos, que el hombre está más cerca de ella mientras menos males obra, y se aleja tanto más de la divina esencia cuanto más perjudicial es en el mundo.

Cada cual gira en una órbita, y en su esfera, algo puede hacer por los demás: no hay grandeza ni pequeñez fuera de Dios: "Sólo Dios es grande, hermanos míos," decía un gran sacerdote en presencia del cadáver de un gran monarca; y decía bien: en esas cuatro palabras queda perfectamente averiguada la naturaleza del Hacedor y de la criatura. Arruinar pueblos, cautivar naciones, matar gente, no es grandeza; infringir leyes, herguirse como gigante y sacudir una serpiente amenazando al universo, no es grandeza; destruir el templo santo de la República, en cuyos altares permanecen ley, justicia, libertad, no es grandeza. Sobre las ruinas de esa sacrosanta fábrica se quiere elevar un edificio tenebroso y horrible EL CADALSO. En esta obra se emplean cabezas de ciudadanos; el corazón y la sangre sirven de argamasa, y el alarife pasa su palus-

tre, que es la cuchilla del verdugo. ¿Dónde van las divinidades que habitan ese templo? Ley, justicia, libertad, caísteis también junto con vuestros adoradores? el hacha impía os derriba, muertas en el suelo? Los dioses se van, se van los dioses!

Había en Méjico un edificio público llamado *la casa del dolor*: negro por dentro y fuera, no recibía luz interiormente sino por los estrechos resquicios dejados para el aire necesario: era la casa la construcción más funesta que se puede imaginar, y en verdad parecía que la angustia la hubiera edificado. A ella se acogían los desgraciados, las viudas y los huérfanos de las víctimas del sanguinario príncipe, y sus lágrimas corrían invisibles en ese oscuro silencio. La casa del dolor es una sucursal indispensable del cadalso: el cadalso está trazado en nuestras plazas; delíniennos por allí cerca la casa del dolor. ¿Á dónde han de ir á llorar nuestras viudas? á dónde han de ir á quejarse nuestros hijos? La casa del dolor es una sucursal indispensable del cadalso.

Padre, Hijo y Espíritu Santo es la trinidad que simboliza las potencias eternas creadoras y conservadoras del universo: Padre, Hijo y Espíritu Santo es el misterio que mantiene absortos á los hombres, que se van por ley de la naturaleza en silenciosos raudales á perderse en la eternidad, habiendo atravesado el mundo como sombras: Padre, Hijo y Espíritu Santo proclama la religión cristiana, y embebida en este incomprensible arcano, se desenvuelve maravillosamente en la santa ignorancia de esos recónditos secretos. No puede haber Trinidad sin misterio; y misterio que no abrigue un bien en sus entrañas, misterio es de Satanás. Padre, Hijo y Espíritu Santo, dice la ley del Cristo. Sumisión á la Santa Sede, el *Sílabus* y el cadalso, proclaman *los católicos* de estas oscuras y perdidas comarcas. Francia, tierra de la sabiduría ¿oyes? Sumisión á la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso. Gran Bretaña, tierra de la libertad, ¿oyes? Sumisión á la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso. Estados Unidos de América, tierra de la sabiduría, la libertad y la clemencia, oís?

Sumisión á la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso!

Y vosotros, pueblos hermanos y vecinos, pueblos libres, pueblos dignos, pueblos republicanos y demócratas, pueblos religiosos verdaderamente, ¿habéis oido? Sumisión á la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso, nada más. Constitución, leyes patrias, seguridad personal, justicia, clemencia, progreso, todo cae y desaparece en las cóncavas profundidades de esa trinidad monstruosa. Y esta proclamación ha resonado en la cumbre de los Andes, al pié del venerable monte donde Sucre y los campeones de la independencia redimieron con su sangre el nuevo mundo.

Pichincha, montaña sagrada, cómo no te desplomas sobre nosotros y nos cubres para siempre, por bárbaros é impíos? Los que oyen y sufren esas blasfemias son tan criminales como los que las profieren. Pichincha, montaña sagrada, tú que viste las huestes libertadoras caer desgranadas al fuego de los tiranos; tú que las viste desflecharse sin miedo y clavar el pabellón bendito en las colinas que circundan esta ciudad, virtuosa en otro tiempo; tú que oiste las voces inmortales de los heroícos capitanes que sellaban la libertad de un continente; llevas en paciencia ese horrible guirigay en que murmuran la tiranía y la esclavitud juntadas en infernal consorcio? Míranos con tus centellas, háblanos con tus truenos, tiembla de cólera y ábrete en un abismo donde desaparezcamos para siempre esclavos y verdugos.

Qué dirá la Santa Sede cuando se vea al lado del cadalso? Hé allí á San Pedro junto con los derramadores de sangre, á Pio IX armado de lanza bebedora de sangre! Jesucristo fué bueno, compasivo, santo: á nadie mató en el patíbulo ni de otro modo; no mató con su mano, ni mandó matar: Pedro, qué haces? dijo á su discípulo cuando éste dió una herida á un perverso, llevado de la justa indignación; y lo que el discípulo dañó, lo remedió el Maestro. La religión católica es común á todos los pueblos sudamericanos; si en algunos de ellos se *tolera* por la ley, la inclinación y la practica prevalecen, y todos se acogen á su gremio: qué

guerras de religión se han verificado en esta República? qué cisma se lleva adelante? qué herejías se sostienen? Digan nuestros enemigos que van á matarnos, porque su comodidad está en nuestra muerte; pero no digan que van á salvar la religión cristiana! Ésta de suyo está salva, aún en el mundo, no digamos en este triste rincón, donde este puñado de hombres malos todos se parecen en vicios y preocupaciones.

Ay de mí, si es necesario morir porque digo la verdad, aquí estoy: las amenazas no bastan, deben verificarse; ¿acaso es amable la vida cuando se la vive tan odiosa? odiosa es la que se lleva adelante en las tinieblas de la barbarie, respirando el hálito pestilente de la esclavitud, oyendo los alaridos de la corrupción. Hablar del bien, predicar la moral, clamar por la libertad, propagar la ilustración, no á lo grande, sino como puedo, son crímenes que me deben castigar de muerte mis compatriotas, mis hermanos. Jesucristo también murió, y murió en la cruz, y fué azotado: ¿qué maravilla que un triste mortal, una pobre criatura acabe en las garras de un tropel furioso? Apesar de los malos, el Bueno se apiadará; y en vez de precipitarme á los infiernos, me estenderá la mano, y yo, cogido de ella, subiré blanco y ligero, y sabré qué es inmortalidad y gloria. Y como todo lo que hay inicuo en mi naturaleza se quedará en el mundo, y como lo que en ella hay avieso quedará cernido, no iré rencoroso á pedir venganza, sino humilde ante el Señor pediré por todos, amigos y enemigos. Ah, la muerte es la operación más sábia de la vida; el sepulcro es la cátedra donde se enseña y se aprende á perdonar y olvidar, y el que rinde el aliento es ya otro diferente del que respira todavía.

García Moreno, Gabriel os llamáis: nombre dulce y puro, nombre de ángel, que suena armonioso en los labios de Dios cuando nombra á su predilecto: Gabriel, amigo mío, ¿no eres mi hermano en Adan? por qué quieres matarme? por qué quieres matar á tantos hermanos tuyos? Gabriel te llamas; nombre dulce, nombre de ángel, que suena armonioso cuando el Señor nombra á su predilecto. El ángel Gabriel no mata; el án-

77

gel Gabriel tiene la espada del Señor, espada que no derrama sangre; el ángel Gabriel no levanta el cadalso y se pone á su lado simbolizando la muerte en forma de aterrante espectro. Apártate, ese lugar es malo; toma otra forma adecuada para la simpatía y el amor: mira que el cariño santifica; el odio corrompe las entrañas del odiado, porque obra como basilisco, y su influencia traspasa cuerpo y alma. Después de tantos años de dominación absoluta, con tantos medios para popularizarte, con tantos arbitrios y recursos para obrar la felicidad de tus semejantes, venimos otra vez con que no hay más lugar para los hombres que el cadalso? Estas iglesias undidas, estas torres fracasadas, estos palacios vacilantes, estas casas ruinosas ¿no pedirían una mirada del gobernante filantrópico, del hombre caritativo? Si no os proponéis edificar sino esa monstruosa fábrica, decid que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os han dejado de su mano, y que vais por la intrincada senda que lleva á la mansión del dolor eterno. Gabriel, nombre de ángel, nombre dulce y puro, que suena armonioso cuando Dios quiere llamar á su predilecto, ¿por qué te llamas así? León se llama el león, paloma la paloma; ¿por qué te llamas Gabriel? Tú no tienes en la diestra la espada del Señor; tú andas con lanza y edificas el cadalso. Gabriel, nombre dulce y puro, que suena armonioso cuando el Señor quiere llamar á su predilecto.

El programa es horrible, Señor García Moreno: Sumisión á la santa Sede, el Sílabus, y el cadalso. Voy á que U. se ha arrepentido vivamente de haberlo publicado, quizás en un instante de ira; y si no se ha arrepentido, dónde está su talento? dónde su ilustración? Poner la soberanía de un pueblo en manos de una nación extranjera; sujetar el aprendizaje de una vasta porción de asociados á un índice no seguido por ninguna nación culta; apoyar estos desafueros y afirmarlos con una máquina maldita, no es obrar como grande, como bueno. *Calumnias*, dice usted. Ciudadano, hermano, amigo, cómo os llamaré? ha salido hasta ahora de mis labios una falsedad? Digo lo que todos saben, alego lo

que á todos consta: hechos son, positivos y palpitantes, no vanas acusaciones, inicuas conjeturas. Y no lo hago por mal, sino por bien, supuesto que la paz, la libertad, la concordia de los hombres no son males. Piensa usted que habláramos en estos términos, si temiéramos? Al fin la muerte viene á ser un regalo, amigo mío: tiene usted cuarteles á su disposición, peones obedientes, amigos disponibles; y con todo, la verdad se sale por nuestros labios empapada en ese aromático fluido que embriaga á los hombres no del todo corrompidos. Nosotros también tenemos algo de nuestra parte: desde luego la justicia, campeón fuerte algunas veces; en seguida la resolución; después, la resignación; y en medio de todo, la potencia oculta de la popularidad, que puede tomar formas derrepente, y á manera de gigante levantarse y exclamar: Aquí estoy! Ah, Señor Don Gabriel, usted, por graves que sean los cargos que pesan sobre usted, es al fin hombre de representación: provóqueme usted, máteme usted, si Dios le ayuda; pero no me suelte sus perros. Insolente no soy, como decís; pues la verdad estampada en cultas expresiones, no se llama insolencia. Las virtudes merecen todo el respeto del hombre de bien: cuando habla de los vicios, manifiesta indignación; cuando recuerda las desgracias, lástima fluye de sus labios, undosa y clara, que aprovecha á los pacientes: cuando los crímenes le saltan á la vista, justo es que hierva en esa santa cólera con que el Señor mismo echó de su templo á los malvados. Decidme, ¿aborrecemos las virtudes en vosotros? decidme, ¿detestáis los crímenes en nosotros? Ni uno ni otro es verdad. Ah, si nos pusiésemos al crisol de la filosofía, y bien hervidos y purificados, saliésemos resplandeciendo como el oro sin escoria! No digo yo que todos nosotros seamos buenos; al cotrario, hay entre los de por acá hombres dignos de perteneceros; pero no digáis tampoco que todos vuestros enemigos son criminales y perversos. De unión hemos hablado, transacción hemos propuesto, término medio hemos querido: os cerráis á la banda, y á nuestras fraternales invitaciones, contestáis, enfurecidos: El cadalso! El cadalso, amigos míos, el

cadalso.... Cuando esa maquinilla esté en servicio activo, ¿os tendréis por civilizados, por libres ciudadanos, por católicos, por felices y por grandes? Ese procedimiento nada tiene de seductor: sale un hombre amarrado: una angustiada muchedumbre le rodea; sube las gradas tembloroso; le vendan los ojos; el oficial alza la espada; suenan ocho ó diez tiros; la multitud lanza un quejido involuntario; la víctima está echando los sesos revueltos en sangre; doblan las campanas; llega la noche y todo lo cubre con su negro manto. El cadalso, amigos míos, el cadalso ¡qué religión, qué fraternidad, qué virtud, qué programa! Jefferson Davis está vivo todavía, y va á ser perdonado: ¿os creís más sabios y republicanos que los Estados Unidos? Los traidores, los *herejes, los enemigos del orden* perecerán dice *el programa;* y como enemigos del orden, herejes y traidores son todos los que no toman parte con el mal gobierno, resulta que más de media nación está condenada á muerte. Sacerdotes que firmáis esa sentencia, ministros de Jesucristo, ¿nos negaréis también la absolución? Firmad, negad: el día llegará, y el Juez os interrogará, y pálidos y trémulos no acertaréis á negar ni á disculparos, porque la luz eterna ahoga la mentira, y Dios fulgura deslumbrante, y la trompeta suena en la eternidad, y la sentencia va á consumarse por los siglos de los siglos.

Con Aguirre viene Urbina, repetís. Es inexacto, pero lo concedo: ¿quién viene tras Borrero? Á ésto no hay quien responda, sino con el *Sílabus y el cadalso.* Luego no nos teméis; vuestro anhelo es el exterminio de vuestros semejantes. Y por qué, amigos mios? tán solamente por tener asegurada vuestra comodidad? Horrible cosa es ésto de alimentarse con las lágrimas ajenas; alimentarse con la sangre, ¿qué será? Reina una desigualdad monstruosa entre los dos partidos: el uno propone un hombre manso y bonancible, no aspira á la ruina de sus enemigos, no tiene en su ánimo sino su vida propia y la vuelta á la libertad y la civilización; el otro con nada menos se contenta que con *el cadalso.* Según los devotos y honoríficos términos en que habláis

de este fatídico aparato, no estáis lejos de entrarlo á la Iglesia y colocarlo en un altar: mirad, mirad á Dios....se indigna y os rehusa la abominable ofrenda.

Convengámonos, Señores: hablemos y obremos como buenos: ceda vuestro caudillo, propóngase otro candidato por su parte, y vosotros por el vuestro, nosotros por el nuestro, lucharemos en paz, como gente y como amigos. Hagamos de manera que cualquiera que sea el triunfante, no sucumba nadie. Proponed á Vicente Piedrahita, por ejemplo; no puede ser más vuestro: hombre de ingenio, conservador rematado, con dotes de gobernante, antiliberal y amigo de hacer demostraciones religiosas, que es todo lo que exigís. Proponed á ese *general ilustre* de que habla García Moreno; entre nosotros es de lo mejor. El no ha *rehusado* candidatura chica ni grande, yo lo sé: proponedlo! Proponed á cualquier otro, y en blanda competencia sostendremos cada cual nuestro dictamen. Nada: el cadalso, el cadalso! Ho Dios, al fin te enojarás, y perecerán los malos: alúmbrales, sálvales!

Muy Señor mío:

Si la efervescencia de los ánimos proveniente de causas transitorias nos hace mirar como enemigos á los que no son nuestros auxiliares, no dejará de haber instantes de serenidad, en que el alma salga de ese envoltorio de humo, y se espacie pura y limpia en las regiones de la luz: dichoso yo si cada día tomase un baño de sabiduría, y con el alma curada del odio, me fuera dable extender la mano al hombre de bien como á mi hermano propio! Escuche usted algo que quiero decirle, y vea que no habla el enemigo, ni lengua viperina le lame el pecho, corroyéndole con sus humores ponzoñosos.

Si mis facultades fueran para decidir en el asunto, yo abriría los brazos á los que por *ese término* se expresan, y columbraría allá en el horizonte un iris ancho y dilatado. Ah, Señor, la esperanza es la comodidad del alma; y cuando la concordia une los corazones, los hombres

son capaces del cielo y de la tierra, visto que la paz es el océano transparente por donde se navega viento en popa hácia la perfección y la felicidad de las humanas sociedades. También nosotros hablamos de este modo; pero como la fuerza del destino es incontrastable, el nuestro es bregar en la discordia y bebernos la sangre como fieras. Triste cosa, amigo mío; y tanto más triste cuanto más verdadera.

Todos convienen en la justedad de sus principios; sus ideas no parecen mal á todos. Pero se habla de vanagloria, de soberbia. El desprecio humilla, con esa humillación irritada y vengativa de las almas de marca menor: insulte usted á sus enemigos, pero no manifieste esa abrumadora desestima. Han llevado también muy á mal el que usted hubiese publicado las cartas de esos literatos colombianos, y sobre todo *un literato* que pretendía haberlas recibido de Caro y Cuervo riéndose del Cosmopolita.

Yo no dejo de reconocer alguna injusticia por acá: recibir con piedras á los que hablan de unidad; desflemarse contra los que tratan de principios tomando en la mano la sustancia de las cosas; insultar atrozmente á los que profesan la moderación, no es de gente cristiana y civilizada, y no veo yo por donde puedan ser sagradas esas personas. No valiera más prevalecer por la decencia y la modestia, manifestarse superiores en virtudes y no en vicios? Así es; pero el partido no tiene vista, es un ciego mal intencionado, que nada ve, y habla de belleza y fealdad; un sordo que nada oye, y contesta sin vacilar. El terreno de nuestra política no produce sino cardo y ortiga: arémosle, abonémosle, sembremos cosa de provecho.

De este modo pienso yo; los otros están muy irritados. No me parece imposible una provocación, y usted debe estar muy sobre sí para cualquier evento.

***

CONTESTACIÓN.

Muy Señor mío:

Tras ese inocente anónimo distingo al hombre de bien, y seducido por las ideas como por las afecciones,

no puedo menos que dirigirle éstas, sino bien concertadas cláusulas, bien sentidas expresiones. Ya habéis visto que mi anhelo no es inícuo, ni dervergonzadas mis maneras "El periodismo," "El libelismo" no merecían esta babaza con que han querido ensuciar *mi cedro del Líbano*, hollar *mi albahaca, desflorar, mi naranjo.* ¿Qué he de hacer si á esas lecciones me contestan con venenosas escupidas? Yo pienso, amigo, que si la naturaleza me hubiera favorecido con más larga mano, ya no viviera: me habían matado sin duda como á un monstruo. Bendita sea la prudente parcitud con que me puso fuera del peligro!

Mal les ha parecido el que hubiese yo publicado las cartas de los literatos de Colombia, á pesar de su autorización. Desde luego, éste es un título que yo estimo; pero no las dí á luz por vanidad, sino por necesidad, como que fuera de cuatro hombres de entendimiento despavilado y recto corazón, todos me han tenido por loco, y el que me ha remitido la locura, no me ha perdonado la tontera. Conque si no publico esas cartas, vivo y muero idiota en el Ecuador: ¡pobre Ecuador! Hasta ahora, ni una palabra de benevolencia ó animación de parte de mis conciudadanos; antes les ha irritado el dictamen de extranjeros competentes que me sacan del hospicio. Bendita sea la tierra dónde nace un hombre justo! Desgraciado el suelo donde nada le recomienda á un hombre sino es la iniquidad y la insolencia!

Si yo fuera tan vano como dicen los malos, aunque no lo piensan, publicaría cartas de hombres ilustres; pero como probablemente eso me acarriaría una muerte desastrada, ni mis amigos tienen noticia de ellas.

Un día entró el cartero á mi aposento, en Paris, y me entregó una carta. Cuál no fué mi sorpresa cuando la ví firmada por Lamartine! Un hombre que allí estaba, se abalanzó al papel al oir ese nombre, y juntos desciframos el sublime geroglífico. Ese hombre está presente, y no es mi amigo: diga si miento. Quién ha sabido esta honrosa circunstancia? cuándo he hablado de ella? Y yo no había dirigido carta ninguna á don Alfonso, para que me la contestara *por puro comedimiento, y*

por reirse de mí, como dijo un sensato viajero ecuatoriano. Lamartine no dirije cartas á nadie para reirse de sus corresponsales, siendo como es el más bien intencionado y grave de los hombres. El qué hubiese llegado á manos de ese poeta algún escrito, que me produjo la gloria de ver sus letras, no es culpa mía. Este es motivo de odio hácia mí para mis malos compatriotas, no para los buenos: los venideros no me tendrán por delincuente: la tumba es un crisol maravilloso: ella me purificará, y aunque no viva en el mundo, viviré en el cielo.

El que duda de mi palabra, pase luego á esta su casa, y verá esos autógrafos: si soy terrible cuando debo, soy el más llano y comedido *fellow* con los que á ella se presentan, aún para matarme.

De los que vienen con este objeto, esperando les estoy. Si el que me busque es igual ó superior á mí, hallará un adversario muy puesto en el punto del honor: *aquel resabio* de la barbarie, tan detestado por los cobardes, es sabiduría para la caprichosa, y acaso errada civilización moderna. Si pertenece á la canalla, si es perdido indigno, ó mentecato, vea como asesinarme. Y, sea jactancia, tontera ó desvanecimiento, digo y afirmo que el pueblo donde se asesinara al Cosmopolita, sería borrado del padrón de las naciones civilizadas.

Digo ésto, porque como no todos son inicuos, los buenos me hacen bondadosas advertencias; y no sería ésta temeraria manera de decir, cuando vemos que la seguridad individual es una ley derogada entre nosotros. Esos piquetes de caballería moscovita, esas guardias de honor de Dionisio que andan tempestuosas por las calles atropellando y estropeando á la gente, gritando *mueras!* á la faz del sol y del Gobierno, advertidos nos tienen de que no hay más resguardo en esta tierra que la defensa personal. Si esos dan con un hombre, lo que hará éste será volar la tapa de los sesos al más insolente y más cercano; en seguida le matan á él, y la acción va derecho á la balanza en que se han de pesar las de aquellos que han de responder por la seguridad de los ciudadanos puestos al amparo de las leyes. Yo he sabido que durante el despotismo de García Mo-

reno, por ejemplo, se fusilaba, se tenía hombres sumergidos en las tinieblas de los calabozos, se azotaba; pero no he sabido que la gente fuese hollada en la ciudad por torbellinos de caballos. Viva! se puede gritar, amigos míos; pero éste bárbaro y tenebroso *muera!* no se oye al presente ni en las regiones infernales, porque hasta los diablos se civilizan. Tenemos en esta capital representantes de las naciones más civilizadas del mundo: Francia é Inglaterra nos están viendo por los ojos de sus ministros; Colombia y el Perú nos espían para compadecernos por de pronto y reírse después: cuando estos hombres oyen por las calles esos tropeles mitológicos, esos *vivas!* cristianos, esos *mueras!* católicos, apostólicos romanos, mandan sin duda cerrar sus puertas y se están quedos en sus casas. Doctor Espinosa, no se muere usted de pena cuando recapacita en que en su tiempo estaban para suceder cosas no sucedidas ni durante la más cruda tiranía? La tiranía tiene su mérito, y es que ella lo hace todo; pero donde los demás obran de por sí, la anarquía sacude sus cien cabezas y grita insolente: Yo soy! Cuando contemplan las cosas á la luz de la razón, *esos pobres jóvenes* se ruborizan sin duda y quieren esconderse de sí mismos: y yo me alegro por ellos; pues la vergüenza es una túnica limpiísima que arropa al alma con esos pliegues vastos y pomposos con que se viste á los ángeles. Si un hombre tiene vergüenza, el honor, aunque ahilado y raquítico, conserva, raíces en su corazón. Desgraciado del que ha perdido esa prenda de la hombría de bien y la dignidad humana! Yo gusto mucho de unas megillas donde la sangre tiene su flujo y reflujo; esas avenidas purpurinas traen consigo al rostro las virtudes, y el colorado pasajero de una cara es título de recomendación para la estima. La palidez invariable es un color terrible: cuando Satanás deja de ser negro, es lívido: megillas donde jamás raya la aurora, indican el caos en el alma del infortunado mortal que no siente esa santificadora y divina inquietud de la vergüenza. La vergüenza, en la mujer, es honra, pudicicia, modestia, recato; en el hombre, es honradez, delicadeza, dignidad, majestad. Vergüenza, ¿cómo te llamaré? virtud,

dón del cielo, sensación honrosa? Si tuvieras cuerpo, te colocaría en un altar y te tendría por madre ó hija de Dios.

Si el ponerse entre la calumnia y la inocencia no es también egotismo, yo me pongo! Todo le es permitido á la anarquía; la tiranía embiste con los hombres y las cosas, y ese caos donde rebolotean en pedazos las leyes, los derechos y las garantías de los ciudadanos, es el fin del mundo político. Pero mientras las buenas costumbres tienen siquiera el un pie en el hogar, no está perdido todo, y no es imposible que el sol rompa por la cerrazón de los negros horizontes. Pero si á la virgen se le llama cortesana; al hombre piadoso, impío; al de impoluta conciencia, defraudador é infame, ya no quedan sino lágrimas para los pocos hombres que han cerrado sus puertas á los delitos y los vicios. Mestanza, amigo mío, te han llamado ladrón? Legislador, por el voto popular; senador de la República perpetuamente; rector de la Universidad, llamado á tan encumbrado puesto por la flor de tus compatriotas; maestro de la juventud, como que en la cátedra les explicas y enseñas las leyes, fundadas en la equidad y la conciencia del género humano; codificador, escogido entre tantos colegas tuyos, no sin duda por inclinado al mal y poco digno de confianza; jurisconsulto de marca mayor, buscado entre los mejores; presidente de sociedades donde el patriotismo, el pundonor y la inteligencia campean como reinas; á tí te llaman ladrón, cuando menos lo esperabas.

Qué robaste, amigo mío? El fruto de la misericordia; la caridad que los buenos hacían á los desgraciados; el óbolo bendito que de la mano del hermano compasivo pasaba á la del hambriento, ésto es lo que robaste. El hombre de bien no se defiende de tan feroces absurdos, y la honra acrisolada, que trae sobre sí el timbre de la opinión pública, bien sellada está, para que la calumnia pueda oradar esa tersa y dura superficie.

Estas armas nos destruyen, esta guerra nos infama:

asáltennos en la calle, tiren los caballos ébrios sobre nosotros, dennos de puñaladas, pero no empiecen á llamar torpes á los puros, ladrones á los hombres de bien. Ayer leyó todo el mundo "El libelismo;" hoy salen á luz *esos libelos*: no valiera más callarse y buscar el silencio del sepulcro? Las lecciones de moral se olvidan al instante; las quimeras, los libelos infamatorios se reimprimen! sería pecado en mí orar fervorosamente por un nuevo y más extenso terremoto? Talvez Dios no necesita de mis ruegos: esperemos........

Hombres al fin, flaquezas hemos de tener: la pensión de la humana criatura es el error: defenderse con ahinco de una mínima tacha, me parece verdaderamente el colmo de la vanagloria, por cuanto la perfección es dote de la Divinidad: nosotros no aspiremos sino á ser lo menos malos que sea dable á nuestra infeliz naturaleza. Si no hemos cometido crímenes, saquemos el alma fuera y pongámosla pura y transparente á la vista de los que intenten mancillarla: ése es un hermoso cuadro donde entreparece vaga y profunda la imagen de Dios. Yo sé muy bien que Éste fué abofeteado, azotado, escarnecido, por los hombres; pero Él subió al cielo satisfecho de sus acciones, y á la diestra del Padre resplandece circundado de gloria; sus perseguidores, son todavía la lepra del género humano. La inocencia se corona de por sí; la malicia se está quemando allá en el centro de un negro corazón: padecer y acercarse á la Divinidad nos importa más que hacer padecer y tener ya el un pie en el infierno.

Juan Montalvo.



EL COSMOPOLITA.

NUM. 9.

DE ALGUNAS
SOCIEDADES NOTABLES.

No hablemos de aquellas que, con el nombre de *academias*, derraman su luz por el universo: familias ilustres donde los varones esclarecidos por el ingenio y por la ciencia se unen con el lazo de la fraternidad, trabajan en el progreso del género humano, y son como los sacerdotes de la sabiduría. Esas congregaciones están marcadas con otro sello, son *oficiales*, en cierto modo, y su regazo no admite sino á los que han pasado por una larga preparación, bien así como los filósofos del Liceo habían de madurar su inteligencia en mudo

aprendisaje, primero que romper la voz en la grandiosa escuela. El Instituto de Francia, las Academias de Londres, Berlín, Madrid, Sampetersburgo y más capitales de Europa, son grandes *sociedades* autorizadas por el soberano, veneradas por el pueblo, focos de luz de donde se esparcen mil destellos luminosos. Allí no se va á aprender, se va á enseñar; cada una de ellas es una congregación de maestros, cuyos discípulos son los habitantes de todo un vasto imperio. Los bienes que han hecho esas Academias son muy grandes, si el acabalamiento de la especie humana por medio de las ciencias y la pulidez de la inteligencia, son bienes para los hombres.

Entre las sociedades propiamente dichas, no tengo noticia de otra cuyos fines sean más nobles y piadosos, que la fundada en Francia con el nombre de "Instituto de África," y ramificada en todas las naciones cristianas de uno y otro continente. Su principal, su grande objeto es la abolición de la esclavitud por todo lo descubierto de la tierra. El tráfico de negros es el pecado mortal de los tiempos civilizados, la infamia del siglo XIX, el *morvo gálico* del alma. Todavía vendiendo y comprando carne humana ¿es posible? Lincoln acaba de abolir este abominable comercio en gran parte del mundo: ¡ilustre, santo Lincoln! preciosa sangre derramada por otra, aunque pequeña, no menos necesaria redención.

Un día, cuando llegó á nosotros la noticia del asesinato de ese patriarca americano, se me acuerda que habiendo permanecido caviloso una buena pieza, exclamé de súbito:

Lincoln! he ahí un hombre célebre.—Con la celebridad de los grandes criminales, contestó insolentemente una persona. Yo me quedé perdido en mudo asombro; ni sabía lo que ese hombre quería decir, aunque claro expresó su pensamiento. Me retiré sin añadir palabra, porque ese impío era sacerdote, y no se le podía dar de bofetones.

Lincoln criminal.... Luego la esclavitud es cosa santa, luego la esclavitud es una ley de la naturaleza,

luego la esclavitud es una buena institución política, luego la esclavitud es un precepto divino. Por dicha hay pocos que piensen de este modo, y lo que vemos es la libertad rompiendo afanosa en todas partes las cadenas de los negros. España, nuestra madre España no quiere oír todavía la voz de la civilización en esta parte, la voz del cristianismo, la voz de la Divinidad que allá en las recónditas inmensidades de lo infinito exclama: No esclavicéis á los hombres! desatadlos! mirad que sois hermanos, y aun cuando no lo fueseis, la misericordia os manda compadeceros unos á otros! España tiene esclavos todavía. En Cuba, en Puerto Rico, en Filipinas, en todas sus colonias; en España, no los tiene; los españoles profesan el cristianismo y la civilización en Europa; en Asia, África y América, son bárbaros é idólatras. Lo que en el antiguo continente es salvaje y vergonzoso, ¿será útil y plausible en el nuevo? Ninguna nación europea osaría al presente admitir la esclavitud; España mismo tendría por absurdo y antireligioso esclavizar á españoles: buena cosa le parece acarrear hombres de otros países, aherrojados como fieras, y venderlos en las ciudades americanas. Los tiempos en que en las plazas de Roma se feriaban ingleses desnudos, nos parecen feos tiempos: estos serenos y refulgentes días en que los españoles ferian americanos en sus colonias, son bellísimos, y presumidos de caritativos y de sabios, andamos alabándonos y congratulándonos de haber nacido en nuestro siglo. Pero ved que es horrible desafuero, tropelía digna de muerte, cruzar los mares á modo de piratas, tomar tierra á modo de huéspedes inofensivos, disfrutar de la hospitalidad del inocente bárbaro como hermanos suyos, y alzarse de improviso, maniatarle, echarle una cadena al cuello, arrancarle de su patria, su clima, su familia, y venderle entre cristianos, para enriquecerse con el precio de un hombre! Si el tigre, la pantera discurriesen ¿obrarían de otro modo? El "Instituto de África" tiene por objeto la abolición del tráfico de negros: los hombres más remarcables de todas las naciones civilizadas son miembres y presidentes honorarios de esa sociedad, y el hu-

milde viajero que habla tuvo la honra de recibir de su presidente la comisión de traer á América varios nombramientos, con instrucciones morales y caritativas.

Existe otra institución que ha derramado caridad á manos llenas en el mundo: obra de un santo verdadero, no podía sino ser obra santa. El hambreado halla que comer, el sediento que beber, el desnudo que vestir en las instituciones de esa congregación sublime, que ha ganado tierra hasta en las naciones bárbaras, puesto que estén iniciadas en el cristianismo. La ingeniosa manera de henchir las arcas bienhechoras, la pureza con que se las vacia, el celo con que los socios cumplen sus comisiones, todo es bueno, todo es digno de aplauso en esa gran sociedad. La niña ejercita sus blancos dedos, el artista su pincel, su lira el poeta, y todos concurren á una obra de misericordia, consolando á la viuda, educando al huérfano, favoreciendo á la indigente familia que ha perdido su apoyo en el padre ó el tutor. Esta venerable institución ha venido á ser instrumento de iniquidad en algunas impuras manos: de todo abusan los hombres: la política está escondida, la falsa, la mala política, bajo el bendito manto: no veis esas uñas retorcidas, ese cabello cerdozo y erizado, esos colmillos punteagudos, esa mirada surda y agorera? Todo eso no es de San Vicente; es del mundano ambicioso. Si sois de veras buenos, ejercitad vuestras caritativas propensiones, sin coadyuvar á los planes de la vanagloria. Á nadie acuso; digo solamente que esta maldad ha dado en verificarse en muchas partes ya: cuando vemos que de la religión se sirven para la tiranía y la impiedad, ¿ qué maravilla que de la caridad se sirvan para la ambición.

Entre las sociedades más benéficas se ha de contar la que tiene su asiento en París con el nombre de "Sociedad protectora de los animales." Los hombres no haríamos gran cosa en favorecernos unos á otros, si del todo nos desentendiésemos del amparo que debemos á los demás entes de la creación, dotados de facultades sensitivas. En vista de la cruel arrogancia con que algunos de empedernidas entrañas manejan á los brutos, los que

las tienen delicadas y sensibles, se han reunido para escogitar los modos de protegerlos positivamente. Los varones más de chapa son miembros de aquella sociedad recomendable; recomendable, puesto que su fin es el alivio de seres dotados de tanta vida, y quizá de tanta sensibilidad como nosotros. Acaso porque los animales no componen poemas, ni labran estatuas, ni pintan cuadros, dejan de estar sujetos á las leyes generales de la naturaleza, en cuanto al dolor y al placer? Proporcionarles un goce inocente, ahorrarles un mal, es pues consumar una obra pía. Los animales nos alimentan, nos transportan de un lugar á otro, nos cultivan los campos, nos cuidan la casa; natural, debido es que en retribución de tantos servicios les contemplemos siquiera lo necesario para no pasar por enemigos suyos. ¿ Quién no habrá visto en nuestros caminos al rústico acemilero lastimar desapiadadamente al asno que desfallecido se deja caer en tierra? Abrúmale su carga; la beta, hincada en su piel, le estrecha por todas partes como un torniquete; sangre corre de sus lastimaduras; bregando sin buen éxito, allí se está por tierra, mientras el dueño le embiste con su monstruoso látigo y le tuesta los miembros más sensibles: su ira montaraz se estrella en la cara del pobre animalillo, el cual lo sufre todo con una resignación y una dulzura dignas de servir de ejemplo á los que se crían para santos: sus orejas caen lánguidas á un lado y otro: sus fauces, bañadas en sangre y lodo, se inflan apenas con escaso aliento; sus ojos límpidos y dulces están llenos de lágrimas, y nada dice la triste criatura, mientras el amo irracional redobla el injusto y bárbaro castigo, muchas veces hasta dejarle sin vida allí en el puesto. ¿ Y qué le hizo aquel buen animal para enfurecerle tanto? Sobrio y nada exigente, se contenta con un puño de yerba; aseado y pulcro, de ninguna manera le incomoda; manso y humilde, jamás intenta ningún daño: compañero del pobre, todo lo toma sobre sí en los caminos, y noches hay que lo pasa en flores, ó en un trillado rincón pela difícilmente la mezquina grama. Pues á este habitante del mundo, tan bueno, tan callado, tan discreto, tan humilde, tan inofensivo, tan parco, tan socorrido, le tira

á matar el hombre cada día: ¡qué bárbaro es el hombre!

Es también espectáculo muy común en nuestras calles, perros que se disparan arrastrando sus entrañas sangrientas, heridos como fueron por medida de policía; otras veces se los mira agazapados por allí, aullando clamorosamente, lamiéndose la frezca herida, con un ay! que toca en lo íntimo del pecho. Qué costumbres! Cuando tengamos sociedades políticas, filosóficas, literarias: cuando las tengamos de misericordia entre los hombres, entonces tendremos "Sociedades protectoras de los animales."

Es tal el flujo por asociarse en ciertos pueblos, que los hombres se buscan para hacer juntos aquello para cuya verificación debían huír unos de otros por pudor y vergüenza. No todo es excelente en aquellos centros de sabiduría que conocemos con los nombres de Londres y París; al contrario, el infierno atiza allí sus fraguas principales, y es donde más operoso vive el enemigo malo: tiene altares la virtud, es cierto; pero los crímenes y los vicios, formados en grandes escuadrones de vistosos plumajines, andan triunfantes muchas veces. Había ahora poco una "Sociedad de intemperantes" en París, con estatutos muy formales, y perfectamente organizada. El objeto de esta cofradía era la gula; comer y beber fuera de lo natural, la obligación de esos divinos socios. Por manera que el que aspiraba á la honra de incorporarse en ese venerable consistorio, había de dar pruebas nada equívocas de glotonería y de embriaguez. Ya Cleopatra dió el ejemplo de esta elevación de alma en tiempos antiguos, con su sociedad de cocineros; y los doce jabalíes diarios que se derribaban para la comida de Antonio, autorizan la "Sociedad de intemperantes" de los tiempos modernos.

Virtudes, vicios, extravagancias, todo se ejercita en el mundo: unas veces con pomposos nombres la cosa nada vale; otras con ridículos dictados, la esencia es de grande significación. En Florencia había una academia dicha de los Húmedos, y sus más sobresalientes miembros llamábanse el Mojado, el Helado, el Turbio, el Lo-

doso, el Cisne, el Pato, &. En Génova reinaba la de los Dormidos: sus miembros se habrán llamado naturalmente el Lirón, el Topo, el Roncador, el Bienaventurado, &. La de Perusa se llamaba Academia de los Insensatos; la de Siena, de los Pesados; la de Nápoles, de los Furiosos; la de Pisa, de los Extravagantes; la de Róssano, de los Qué me importa; la de Alejandría, de los Inmóviles; la de Macerata, de los Encadenados; la de Citadel Castello, de los Absurdos. Y estos absurdos, encadenados, insensatos, inmóviles, qué me importas, extravagantes, furiosos, pesados, húmedos y dormidos eran gente estudiosa y benemérita que se reunían con propósitos nada húmedos ni absurdos.

Áddison, el Espectador de la Gran Bretaña, *tuvo el honor de pertenecer* á la "Sociedad de los Simples," la cual se componía de hombres pacíficos, que permanecían sentados uno al lado de otro, sin decir palabra, fumando hasta media noche, hora en que se alzaban pesadamente y se iban sin despedirse.

Yo aconsejaría á mis compatriotas fundar una gran "Sociedad de Simples," de Inmóviles, de Idiotas, primero que de *Mentirosos* de *Húmedos* y de Cherlecreces que tanto abundan en nuestras ciudades. Ya que no podemos tener Institutos de Francia, ni sociedades libertadoras de esclavos, tengamos siquiera escuela de Bobería, menos mala que las de Iniquidad y de Locura.

EL NUEVO JUNIUS.

IV.

Á LA CLASE MILITAR.

El pueblo donde todos los ciudadanos fueran soldados, en requiriéndolo la patria, y los soldados ciudadanos, sería un gran pueblo. Esta separación tan absoluta de los miembros de la asociación civil, es uno de los errores, y por el mismo caso, de los males de la civilización moderna; y aún en las naciones cultas y deveras cristianas, no digamos en nuestros pobres aduares de la América Española, donde las cosas vienen de manera, que si por convención graciosa entre nosotros no fuéramos instruídos en la sabiduría y más católicos que el Papa, bien pudiéramos llamarnos moscovitas. Veis al clero abrazado con el clero tirar una línea entre el globo de la sociedad humana y él mismo, y tenerse por *clase*, de intereses, de conveniencias, de propósitos especiales y diferentes; veis á los militares poner de punta su espada, y no sufrir se les acerquen sus conciudadanos, teniéndose por estraños, y muchas veces por superiores á ellos. Un cuartel es un templo; á su alrededor se siembra cicuta, y prospera la planta mejor que en torno al edificio de Minerva: el sacerdote permanece adusto en su altar de hierro; su corona la tiene en los hombros, y son dos: coronas amarillas y resplandecientes; la casulla le empaqueta hasta el cuello y le comunica ese talante seco y amenazador con que infunde desconfianza á todos, y miedo á los cortos de ánimo: el cíngulo viene colgante y sonoro, tiene alma de acero, fila é irritada; de ella se desprenden sanguinolentos visos que pueblan el aire de horribles figurillas que se enredan en infernal combate. El copón es la caja; ella guarda en sus crueles entrañas las formas de su Cristo, que es la

muerte. Y esa caja no se abre una sola vez, como la de Pandora; se abre siempre, se abre cada día, y de su seno salen en estrepitosas bandas los males de los hombres.

El soldado es el guardián de la patria y de la ley: con la espada al hombro, cuadrado en grandiosa postura, permanece en la puerta del templo de la libertad: cuando las bombas enemigas revientan á sus pies, hace un ademán intrépido, y exclama: Viva la patria! El soldado es un ciudadano armado: los eclesiásticos, los civiles le delegan sus fuerzas, y confían en su valor; las mujeres, los niños se amparan tras su fornido y elegante cuerpo, y saben que no morirán ni perderán la honra sino cuando caiga esa muralla. El soldado es el brazo de la nación: cuando ésta corre peligro, lo estira, lo levanta, y de la hoja que empuña vuelan por el aire reflejos deslumbrantes. El soldado es el escudo de la nación: la ciñe, la acoraza, es loriga de bruñido acero por cuyas láminas resbalan las armas enemigas. El soldado es la fuerza de la ley; alza la cabeza, pone su imperioso entrecejo, y sin menear la espada, aterra al desobediente. El soldado es el amigo del pueblo: custodio fiel, hace sombra á las artes, la industria se desenvuelve segura, la reja surca la tierra y el grano germina y sale fuera en gorda espiga. Un ejército de hombres libres é ilustrados, presta más á la honra y la seguridad de la nación, que á la China sus murallas; el tártaro feroz atravieza al galope sus fríos desiertos, y no hay parapetos que resistan á la impetuosidad de su caballo y su templada lanza: las paredes nada pueden contra la conquista: soldado para el soldado, ejército para el ejército. El militar libre é ilustrado es el personaje más simpático y estimable: en su pecho el honor, en su corazón el valor, en su brazo la fuerza, henchido de nobles afecciones camina excelso en defensa de la patria, y su sangre derramada en el campo de batalla, confundida con las lágrimas de las vírgenes que lloran en el hogar, componen ese abono que fecundiza el porvenir.

Soldado! soldado! tus ojos arden en el fuego de

la guerra, tus cejas se encorvan y amenazan al agresor injusto, tu espada resuena con ese ruído bélico que enardece al animoso: mira, tú eres ciudadano, y nadie debe estar más lejos de la servitud que el militar que todo lo trae consigo, honor, valor y dignidad. Soldado! soldado! el acero que empuñas es bendito, supuesto que en la mano te lo ponen las leyes, y no es cosa de grandes corazones ni de espíritus refulgentes convertirlo en cuchilla de verdugo.. Esa hoja esplendorosa, esa empuñadura de oro, ese talabarte que te ciñe la cintura no son insignias de ejecutor infame: si obedeces la ley, cumples con tu deber; si obedeces á la tiranía, faltas á tu obligación. La obediencia ciega toca al esclavo: el militar no es esclavo, es hombre libre, y de lo mejor. La obediencia ciega es propiedad mecánica; la máquina obedece ciegamente: el militar no es máquina; es hombre libre, y de lo mejor. Si el tirano le hubiera instituído, si fuera obra y efecto de la tiranía, pudiera cerrar los ojos y seguirle hasta el abismo hiriendo y matando en sus semejantes; pero si su existencia, sus títulos, su fuerza están en la soberanía, en la nación, no veo yo por donde pueda ser buen hijo de la patria, si falta á todos sus deberes.

Soldado! soldado! abre los ojos y mira, escucha puesto el oído. Si eres hombre, tienes razón y voluntad; si tienes razón, discurres y distingues lo bueno de lo malo: si distingues lo bueno de lo malo, quédate á lo primero, supuesto que no eres verdugo, sino personaje ilustre. Cuando te dicen: Mata! no mates, sino es en la refriega, ó cuando la justicia te señala la víctima con su imperioso dedo. Cuando te dicen: Álzate, derriba el poder legítimo, degüella á tus iguales; no te alces, ni derribes, ni degüelles, porque la parte del soldado no es la del forajido, sino la del hombre pundonoroso y valiente. Cuando te dicen: Oprime al pueblo, frustra sus derechos, prepondera por la violencia sobre la mayoría; no oprimas, ni frustres cosas legítimas, ni degüelles inocentes, porque el soldado es protección del indefenso, ejecución de leyes, timbre de la patria, cuando su tizona se mueve como la del Cid, y triunfante en la ba-

talla, la estira por el suelo ante los códigos. En la obediencia ciega se enciera el despotismo; los oficiales del despotismo no son ciudadanos; el verdugo tiene víctimas, no semejantes. Vosotros los valientes, no hagáis oficios de cobardes; vosotros los de fieras almas, no os humilléis como ruines; vosotros los gloriosos, no busbuéis la oscuridad del crimen,

Soldado! soldado! á tu profesión no se oponen la filosofía, la ciencia ni la virtud: Sócrates fué soldado: en Mantinea pelcó en junta de Alcibíades, y le salvó la vida: en el campo de batalla resplandeció cual Marte; después, obró como Minerva. Soldado ¡soldado! resplandece, obra como esos dioses. Yo que te hablo, mira, no tengo espada, pero no me falta corazón, y con mi pluma me voy para adentro el tuyo, si lo tienes sensible y grande. Me matarás porque digo que Sócrates fué soldado? me matarás porque digo que el soldado es el personaje más simpático y brillante? me matarás porque quiero que la espada sea un instrumento sacrosanto? Si me matas, matas á la razón; si me matas, matas á la justicia; si me matas, matas al honor: honor, razón y justicia pueden muy bien tocar á la espada tanto como á la pluma: la pluma y la espada son hermanas en los pueblos libres y cultos: Palas y Minerva son la misma diosa en la sagrada Atenas. Soldado! soldado!

Un rey perverso quiere sangre; harto de ella, quiere sangre todavía: la capital de su imperio está inundada, las iglesias rebosan en sangre, y por las calles yacen millares de cuerpos muertos, caídos todos al propio instante bajo el puñal del asesino. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó: y esos hombres eran hermanos de las víctimas, vivían en las mismas casas, componían las mismas ciudades, amigos eran y parientes. Pero el demonio se le llegó al oído á una mujer, y dijo: Extermina! Esa mujer se le llegó al oído al rey, y dijo: Extermina! El rey tomó al verdugo, y le dijo al oído: Extermina! Y el puñal rugió en infinitas manos y casi media nación cayó herida por la espalda. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó. Satanás

está triunfante y tiene baile en el infierno; pero la religión, á cuyo nombre se ha consumado ese horrendo crimen, se estremece, y da una voz angustiada que va conmoviendo el mundo. Iglesia, santa Iglesia, madre casta, madre pura, madre tierna, tú no lo mandaste; tú lloraste ese extravío, y esa monstruosa carnicería es una de las llagas incurables de tu pecho. Iglesia, santa Iglesia, madre casta, madre pura, madre tierna, tú no lo mandaste; tú lloraste ese extravío, y ese infernal degüello es una de las pesadillas de tu sueño. El demonio inspiró al tirano, el tirano mandó al verdugo, y verdugos y tiranos consumaron la obra. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó: eran soldados ó verdugos?

El soldado es el apóstol de la libertad, el guardián de la ley, persona ilustre que ennoblece la patria y la defiende. El soldado verdadero, el gran soldado es aquel sublime conde Dorte, que alza la frente y no obedece orden injusta; que abriga en su pecho un grande corazón, y no toma parte con el crimen; que vive señoreado por los más nobles afectos, y prefiere la muerte á una villana crueldad, á una torpe disposición de un frenético monarca: "Degollad el mismo día á todos los hugonotes de Tolosa.—*Carlos.*"

El soldado valiente, el ciudadano ilustre no degüella, y contesta al tirano: "He hallado en el ejército muchos hombres de bien y soldados valerosos; verdugos, ni uno solo. Suplico á vuestra majestad emplee nuestros brazos en cosa más hacedera."

Cuando en nuestros cuarteles hallemos muchos hombres de bien y soldados valerosos, y ni un solo verdugo, diremos que tenemos ejército, y que los militares son los custodios de la ley, la gloria de la patria. Pero si un hombre les dice: Matad! y matan; si un hombre les dice: Conspirad! y conspiran, cuando la justicia y el honor les prohibe conspirar y matar, los generales y coroneles no podrán dar al tirano la contestación del conde Dorte.

Oye, tú eres joven: la satisfacción de tu alma sale fuera y se espacia en tu rostro, mientras el herizado la-

bio se levanta en bélica sonriza. Tu pecho es un firmamento tachonado de estrellas; si en la guerra las ganaste, en buenhora; esas estrellas relumbran con no robada luz. Tus hombros están pomposos, altos, sobresaliendo con la esponjada charretera: ese espiral poético se te descuelga al brazo y ondea cual rizada cabellera de hechicera niña: si en la guerra los ganaste, en buenhora; tus cañutillos brillan con no robada luz. Por la espalda se te cruzan cordones retorcidos, grandiosas borlas te embellecen; el cinturón te comunica esa marcial postura que te recomienda ante las bellas: si en la guerra los ganaste, en buenhora; adornos son que por merecidos sientan bien á los valientes. Pero si toda aquella argentería proviene de haber obedecido ciegamente á un hombre, errado vas, si piensas que eres ilustre ni estimable. Valor sin dignidad, es un defecto: del valor indigno puede aprovecharse cualquiera para un crimen ó una infamia: el que halla su gusto en obedecer sin discernimiento, no es para mandar: el que sienta hervir en su seno la ambición, la ambición regia, la ambición de la preponderancia legítima, piense y obre como el Gobernador de Tolosa. La recompensa de la patria vale más que la paga del tirano; la estima universal es preferible al sanguinario afecto de un corazón bravío. Soldado! soldado! Sócrates peleó en Mantinea junto con Alcibíades y le salvó la vida. Puedes ser sabio sin dejar de ser valiente, cuerdo al mismo tiempo que arrojado, piadoso junto con enérgico. Por qué piensas que todo el que no arrastra sable es tu enemigo? Del pueblo sales, al pueblo perteneces; tú y el pueblo formáis el pueblo: no le oprimas, no le hostilices, no le impidas el ejercicio de sus derechos, ni te prepares á conspirar cuando él puede triunfar. Si el pueblo pierde, tú pierdes; si el pueblo sucumbe, tú sucumbes, dado que tú y el pueblo componen la nación. Cuando el tirano triunfa, no triunfan sino él y el verdugo: soldado honesto, soldado libre, soldado digno, tú no eres verdugo.

Un hombre de por ahí toma un anciano envejecido en el campo de batalla, condecorado por el libertador

de un continente, general de ejército, benemérito de la patria, y manda se le den azotes: los comilitones de ese capitán profanan las canas venerables, violan el pudor del vestido, echan por tierra á su general, y le dan los azotes: ¿quién fué el azotado? el general ó su corporación? Si un hombre azota un arzobispo, el clero es el azotado; si azota un general, la milicia es la azotada; ¿y qué razón sufre que el clero y la milicia adoren al azotador y le ofrezcan de rodillas triunfar sobre sus enemigos? Los cristianos no adoran á Pilatos que mandó azotar á Jesucristo. La víctima fué un negro, dicen: pero ¿se azotaba acaso la negrura? el general, el hombre, el género humano padecía. Cuartel donde se azotan generales, ¿podrá llamarse templo del honor? soldados que azotan á sus caudillos, ¿serán sus compañeros de armas? Julio César, Napoleón, Simón Bolívar fueron generales: si estos capitanes hubieran caído en manos de un *abogado*, hubieran sido desnudados, azotados, infamados por sus comilitones. Cuando la víctima sea uno de vosotros, los negros dirán: la víctima fué un blanco. Disminuye por ésto la atrocidad de la acción? la infamia viene á ser timbre para la clase militar, porque la víctima fué más ó menos rozagante? Soldado fué, general fué, y además hombre de bien y viejo, en cuyo favor hablaban las cicatrices de la santa guerra y esas bordaduras ganadas en Colombia. Éste es el orgullo de vuestra clase? éste el valor del soldado? éste el pundonor y la soberbia del valiente? Julio César, Napoleón, Simón Bolívar no azotaron á sus ilustres compañeros por orden de un oscuro Melvius. Si no mandaban, aspiraban á mandar: su diestra empuña la espada, y no el plebeyo rejo; capitanes son, no ejecutores indignos. Soldado! soldado!

Honor, valor, importancia no están á disposición de cualquiera: militares valientes, oficiales pundonorosos, hombres libres, ¿sufrís que una persona particular disponga de vosotros cómo de sus esclavos, cómo de sus animales? Si no es electo presidente, lo será por medio de las armas: es decir que cuenta con vosotros para todo. Es justo, honesto, digno de una clase tan

principal y honrosa, que salga un hombre de una escribanía, alce el brazo y os ordene degollar al pueblo? Bien sabéis que la ley es la expresión de la voluntad general: si por la voluntad general sale de la urna santa otro ciudadano, este ciudadano será el presidente de la ley: ¿con qué derecho, con qué razón volcar de una estocada y echar por tierra la voluntad común, para que reine la de un solo habitante, sin ningún título para el mando perpetuo? El hombre de bien es buen ciudadano en cualquier gobierno, el capitán pundonoroso sirve de columna á cualquier estado, el militar valiente halla cabida en el antiguo como en el nuevo orden de cosas.

Soldado! nada os pedimos, sino la equidad; nada os aconsejamos, sino el honor; nada os suplicamos, sino la adhesión á la patria y la protección á la libertad. El que un hombre cuente con vosotros para un fin siniestro, no quiere decir que estéis prontos á obedecerle. La estima general, la gratitud de la nación, y sobre todo lo satisfecho de vuestra conciencia, son títulos y riquezas más apreciables á vuestros ojos y á los de vuestros semejantes. La tiranía siempre cae, y los que caen con la tiranía, caen infamados; ¿por qué queréis caer con ella?

No lo queréis, no caeréis: si hay en el ejército generales, coroneles, oficiales y soldados buenos para esclavos y verdugos, no lo sé, ó no lo quiero decir; pero si sé que entre tantos jefes de renombre, entre tantos jóvenes de clara sangre, dilatado corazón y despabilado entendimiento habrá muchos que tengan que ver con la honra, y empleen su brazo en defensa y no en ruina de la patria. Militares, no soy vuestro enemigo: en una gran nación, habría sido yo soldado: me gusta el ruido de las armas, y el caballo jamás es tan simpático para mí que cuando relincha imitando el clarín guerrero. Darío fué rey á causa de su caballo: cuando relincha el mío, me tengo por emperador. Soldados! la pluma se os extiende; á ver acá esa espada: manos que se estrechan no se matan. Viva la patria!

———

VISITAS

DE UN DESCONOCIDO.

El palacio arzobispal está desierto: allí no hay pompa ni alegría; la humildad de Jesucristo brilla en ese silencio, esa modestia de la mansión sagrada. Un hombre atraviesa con lento paso un largo corredor, alumbrado á media luz; llama á una puerta .... Ni ujieres, ni lacayos: la soberbia del mundo no habla con la virtud: el resplandor de la cruz no alumbra sino los corazones. El desconocido entró: Hijo mío, hijo querido! exclama el habitante de esa casa, y le estrecha en su seno reiteradas veces. Es un sacerdote, un alto sacerdote, grande por la dignidad, pequeño por la humildad, pues sabe que su Maestro, siendo el primero, era el último de todos. Hijo mío, hijo querido! y vuelve á estrecharle contra el pecho santificado por la imagen de Cristo.

—Aquí estoy, Señor, dice el desconocido, y se sienta al lado del sacerdote.

—¿Sabéis que os acusan de impiedad?

—Lo sé, Prelado: y en qué se funda tan temeraria imputación?

—Habéis, afirman, sentado una proposición herética en uno de vuestros libros.

—No la he sentado. Todo lo que sea obrar contra el bien, es del todo ajeno de mis intenciones.

—No lo dudo. Por bien de paz, y en obsequio de la amistad que os profeso, quiero que os averigüéis con el público, y expliquéis vuestros pensamientos del modo que convenga á la concordia que debe reinar entre los que profesamos adorar al mismo Dios, y someternos á la Iglesia. Refutáis el Sílabus?

—Ni he tratado esa materia, ni me tengo por auto-

rizado para decidir en tan graves cosas. Su Señoría se sirva fijar el punto acerca del cual debo explicarme.

—Yo no pienso que habéis errado de intención: el clero manifiesta algún recelo, la política se aprovecha talvez de una inadvertencia de vuestra parte, la ignorancia murmura maliciosa. Conviene poner las cosas en claro, y vistas á toda luz, imponer un silencio saludable. Habéis, dicen, negado la sumisión á la Santa Sede.

—Guárdeme Dios! Lo cree Su Señoría?

—No lo creo. Pero la proposición, como la habéis sentado en vuestro libro, no deja de aguijonear la conciencia. No es posible, decís, que una nación independiente entregue su soberanía á un poder extranjero; y se habla de Roma.

—Lo dije, Señor, y lo repito: lejos de proponer una herejía, digo una cosa muy cristiana. Cuando hablo de soberanía, lo entiendo en lo civil, en lo político: la soberanía de un pueblo consiste en su independencia y en su facultad de darse leyes, y gobernarse con entera separación de otras naciones. Lo eclesiástico no entra en la soberanía de un pueblo, visto que es convenio general entre cristianos vivir unidos en la Iglesia. Conque, si afirmo que es indigno de una República el prometer esclavitud á otra potencia, he sentado una impiedad? Ni de teología se trata, ni discutimos acerca de asuntos religiosos, ni la disciplina eclesiástica nos ocupa. Nada tiene que ver la ambición de un hombre, el ahinco de un partido con el *Sílabus.* ¿Cómo viene ese hombre á alegar el Sílabus por uno de sus títulos al despotismo? Yo no he hecho sino poner de manifiesto la mala fe, y lo absurdo de un programa político donde impíamente se hermana lo bueno con lo malo, lo cierto con lo mentido. "Sometimiento á la Sede Romana," dice el ambicioso: habla cómo teólogo ó cómo político? Si de presidencia se trata, no cabe teología; y todos los católicos sabemos que en cuanto cristianos, estamos sometidos á la Santa Sede. En el procinto de una batalla el general arenga á su ejército, y entre las cosas que le promete para infundir valor, es una de las principales: Sometimiento á la Sede Romana. Los sol-

dados que se sonríen de ese catolicismo, no son impíos, ni vierten heréticas proposiciones. La política, la guerra, los cánones, cada cual en su lugar. Si un doctor aspira á regir la Universidad, irá á ofrecer por medio de seducción, sometimiento á la curia romana? Si los electores y el pretendiente son cotólicos, ese es punto sabido y convenido, y no hay para qué ofrecerlo como invención flamante. Ya sabemos todos que somos hijos de Dios, hermanos en religión, unos en la Iglesia: ningún favor nos hace el que nos promete tal y cual sometimiento, ni es hereje el que tiene sabido á qué debe someterse y á qué no debe someterse: á los preceptos divinos, á las deciciones de la Iglesia autorizada, á las leyes, nos sometemos: al despotismo, á la esclavitud, á la tiranía vestidas de santos padres; no nos sometemos. Si por ésto somos rebeldes, venga el infierno.

—Calla, jóven! No hay infierno para la verdad: habláis como bueno y gusto de tus ideas. Entra conmigo á la casa de Dios: mira, esa luz baja del cielo; no ves revolotear vagos y armoniosos por este recinto esas resplandecientes figurillas? Son los ángeles que nos rodean: la verdad les atrae, la sinceridad les pone visibles á los ojos de los mortales. Bien creo que la política y la religión son cosas muy separadas: cuando se habla de *soberanía*, se habla á lo civil, y de ningún modo á lo eclesiástico. *Soberanía* has dicho, luego no querías sustraerte á la obediencia debida á nuestra santa madre Iglesia.

—De ninguna manera, mi venerable amigo. Yo discurría á lo mundano, Su Santidad decide en lo que le concierne; pero no le conciernen los asuntos temporales de otras naciones: la *soberanía* es asunto puramente temporal, luego no me revelo contra sus deciciones.

—*Soberanía* dijiste, y ésto basta. Añade también que has hablado de un *poder extranjero*: la Iglesia es una en todo el orbe, luego no hablaste de ella; no te parece?

—Halládolo habéis: la Iglesia es una: Roma, Francia, Portugal, todas son unas en la Iglesia; la de

acá no es extranjera á la de allá; las naciones católicas todas son la misma; si pues hablé de *un poder extranjero*, no hablé de la Iglesia, sino de un gobierno temporal, tan independiente, tan completo, tan libre como el nuestro, por diminuto que sea. Roma, la Iglesia de Roma es extranjera á la iglesia ecuatoriana? De ningún modo. Luego si se habla de *un poder extranjero*, no se habla de la Iglesia.

— Esto ya lo habíamos visto por acá. Pero como la delicadeza del clero es grande, y la política tiene la oreja parada, conviene ser por todo extremo cauto. Yo ardo en la fe de mi Dios; la inviolabilidad de los derechos eclesiásticos es mi constante anhelo; soy obediente ciego á nuestro Padre Santo, como que su autoridad es infalible; y con todo, la política, esta habladora y entremetida dueña, me ha regalado ya con el honorífico dictado de *rojo*. Y por qué? Porque no quiero ser uno de sus operarios; porque la gravedad de mi profesión me impide tomar parte en estas luchas depresivas para los combatientes; porque mi carácter de sacerdote no se presta á la malevolencia, y acaso á la crueldad que suele desenvolverse en las reyertas mundanas. Habréis echado de ver cierta circunspección en el clero, contra su costumbre, quizás desde que ha visto el ánimo de su prelado.

—Ésto de *rojo*, Señor, es el absurdo en boga: preguntad á estos egoístas *católicos* si entienden ese término, y no hay quien os lo explique. "Empeñados están estos pícaros en ser católicos ellos también," decía un cristianísimo conservador; "no les hemos de consentir." De suerte que tendrían mucho gusto *los romanos* en que de veras fuésemos *herejes*, para deleitarse en quemarnos y aventar nuestras cenizas por el aire. Hay en cierto lugar un viejo buen cristiano, que me echa sus miradas centellantes de ira cuando me ve entrar á la iglesia: le parece que violo su propiedad, y que de ese paso he de sacar algo que á él y su partido debía tocarles.

—Jesús misericordioso! "Qué simpático ha sido el arzobispo; pero *rojo*, lástima!" exclamó una buena mujer al verme en uno de los pueblos de mi visita.

Convenir debemos en que el *rojismo* consiste en el cumplimiento de los deberes sacerdotales en el sacerdote, deberes de superior en el diocesano, deberes de hombre humilde y extraño al ruído del mundo en el hijo de Cristo. Sirvo á mi Dios, venero á la Santa Iglesia, obedezco á su representante : no soy rojo.

—Sabéis, prelado, qué gusto de que se os adorne con ese calificativo? si junto con vos, Su Santidad y San Pedro somos rojos, ésto es lo que nos conviene.

—Qué muchacho....Dejemos ésto y dime si defenderás el Sílabus.

—Tajadme la pluma de Bossuet, y tomo la empresa á mi cargo.

—Pero á lo menos te abstendrás de argüir en esas materias?

—Aun no nace Voltaire en América; transformado de ave Fénix, anda por los oasis de la Arabia feliz: vedle con la mirra en el pico volando hacia el templo del sol á quemar los restos de su padre.

—De Voltaire hablas más poéticamente de lo que yo quisiera....Mire lo que dice, Señor Marón.

—No hay cuidado, Ilustrísimo. El ave Fénix es una fábula; mi ánimo ha sido daros ha entender que ella no volará por el nuevo mundo, ni tendremos incrédulos en este paraíso que habitamos.

—Cosmopolita! con cuanta razón te quiero......

Su Señoría abre con dos golpecitos su caja de caray taraceada con plata, y me ofrece una narigada.—Sabes, añade, que estoy contento?

—Qué buena nueva, Ilustrísimo!

—Su Santidad aprueba mi *rojismo:* vas á verlo.

Toma luego de un precioso armario una carta, se quita el bonete religiosamente, y me la pone en las manos.

El arzobispo le había dado cuenta de su conducta, pidiéndole consejo acerca de cómo debía comportarse en lo relativo á la política; si era bien el prescindir como él lo estaba verificando; si erraba en no favorecer á ningún partido con su influencia eclesiástica; si debía

ó no afligirse del adjetivo con que los mal intencionados habían dado en llamarle, y otros puntos de no escasa trascendencia.

Optime egisti, venerabilis frater, exclama Su Santidad: no pudiste obrar mejor, hermano venerable: nuestro ministerio es de mansedumbre, la paz y la concordia nuestro objeto. *Optime egisti!*

El Papa manifiesta su voluntad de que el clero no se empeñe en la política, menos favoreciendo la tiranía: Jesucristo fué del todo extraño á ella, y Herodes no fué presidente de Galilea por su voto. Escándalo verdaderamente inaudito, nunca verificado en ninguna parte del mundo, que el clero autorice con su firma un programa donde el cadalso es la proposición sobresaliente. Las leyes mismas prohiben á los sacerdotes intervenir en todo asunto que versa sobre derramamiento de sangre; si por su empleo se les ofrece conocer en casos de muerte, se excusan: ellos confiesan y absuelven al cristiano; pero sufragar por que se le mate, no; su casa es el templo de Dios, claro y de ambiente suave, no el frío y tenebroso sepulcro; su altar es el que abriga la imagen de Dios, no el patíbulo donde se insulta y se destruye su imagen. Sacerdotes que grabáis vuestros nombres en las gradas del cadalso, el Pontífice Romano os conocerá, sabrá quienes son y como se llaman los que edifican esa monstruosa fábrica y se ofrecen á un dictador para servirle de verdugos. Yo que he visto la firma del Papa reprobando y prohibiendo la intervención del clero en asuntos donde se atraviese la tiranía y la sangre, puedo hablar de este modo á los eclesiásticos que se empeñan en traer su piedra para la construcción del patíbulo: la sangre que lo bañará, será de vuestros hermanos, de ésos á quienes debíais proteger, salvar y consolar con vuestro santo ministerio.

Después de la carta de Su Santidad, leí una comunicación oficial de Su Eminencia Monseñor Antonelli: el ministro abunda en el parecer del Soberano, y elocuentes aconsejan uno y otro al clero no contribuír sino á la paz, la misericordia y la concordia de los cristianos, manifestando sin rebozo, el horror que les causa

el descarrío de los eclesiásticos que en varias naciones de Sud-América, toman parte con los opresores de los pueblos. Si Su Señoría el Arzobispo Checa tuviere á bien transcribir al clero de la nación las comunicaciones de Su Santidad y su ministro, haría un verdadero bien á la República y á la Iglesia. Cuando ese hombre sin tacha, ese sacerdote sabio, ese prelado fiel y vigilante es sindicado de heresiarca por los fariseos ¿qué no sucederá con nosotros, ignorantes pecadores? Si Pío IX rehusa condenarnos, Pío IX se condena por decisión de los *católicos* del Ecuador. Santísima Virgen!

Católicos, á mi me ha horrorizado la compañía puramente, ese infernal trío de cosas opuestas, esa combinación de lo divino y lo satánico: el cadalso en medio del Sílabus y de la Santa Sede, es cosa que sorprende á Satanás mismo, y le hace echar una larga carcajada que retumba en las regiones infernales. Obediencia á la Santa Sede, como cristianos, bueno: el Síladus, bueno ó malo, en su lugar; nadie lo refuta: en siendo infalible la Silla Romana, saber debe lo que hace. El cadalso, amigos, en su rincón oscuro; no hay que alumbrarlo con la luz de los apóstoles y entrarlo al cielo para colocarle junto con la cruz de la redención: Jesucristo murió, á nadie mató en ella: los religionarios del patíbulo buscan víctimas para él, cuando como redentores á ellos les toca inmortalizar este nuevo signo de gloria y bienaventuranza.

Salí del palacio arzobispal, santificado por los brazos de un hombre justo, por las letras del Vicario de Cristo, por ese ambiente regenerador, que reina en la casa de la virtud; y cuando iba satisfecho de mi conciencia por esas calles, una celada de gente aviesa me esperaba en una esquina: de entre la sombra de una iglesia saltan tres hombres: le hago oler mi pistola al más atrevido, y sigo adelante con el mismo paso. Mi casa se hinche de gente: hay persona que se me tira de rodillas, rogándome que me salve: otros, los valientes, se empeñan en quedarse toda la noche en los corredores y el patio. El hombre de bien se salva en su conciencia: yo pienso que no estoy haciendo males al género

humano, á la nación ni á las personas: si quieren matarme porque escribo como todos saben, bien muerto estaré: si puedo, me defenderé; si no, me iré cuanto antes á la gloria, porque estoy cierto de que el Misericordioso me abrirá los brazos.

La emboscada fué luego presa y enviada á la policía: como esos eran soldados de la policía, á su casa les mandaron. Señor Presidente, quedaré con Vuexcelencia tan acorde como con el Arzobispo?

DEL ESPIONAJE.

El tiempo es un anciano muy mañoso: con su profusa cabellera blanca, sus largas arrugas y sus manos trémulas, allí se está al pie de la roca minándola con su paciencia de siglos. Los montes vienen á ser lecho de mares con el tiempo; los abismos insondables del océano, donde monstruos desconocidos llevan adelante su profunda vida, paran en verdes cementeras con el tiempo: la espiga se gallardea recuestada por el céfiro, donde el tiburón tenía su albergue; y ese vasto oleaje de verdura que echa al aire poéticos suspiros, está en lugar de las bravías ondas que rodaban mugiendo del uno al otro polo. Las leyes del mundo moral tienen estrechas conexiones con las del mundo físico: los años todo lo destruyen, y lo que no destruyen, lo transforman: el sempiterno vaivén de las cosas humanas no conoce término, como que el movimiento es una ley de la naturaleza.

Ni Dios ama el reposo, de improviso
Sobre las alas de los vientos vuela,
Ó de las tempestades en el carro
Atronando los cielos se pasea.

El tiempo atraviesa el universo en raudales invisibles que van á perderse en la eternidad: grandes serán los senos de lo infinito, para que hasta ahora no se llenen con los montones de años que van cayendo en ellos. Naciones, ciudades, sistemas, costumbres, todo se va con ese callado torrente que se llama tiempo, el cual deja tras sí un légamo que fecundiza como el sedimento del Nilo. Y el hombre? Ah, el pobre del hombre, se va sobre esas ondas descuidado, y cuando menos piensa desaparece en las profundidades de la nada: gusanillo vivaracho, hierve presuntuoso, dueño del mundo, como un bailarín de su teatro: clava sus ojuelos resplandecientes en el sol, y desafía á la luz; pone el oído, y pre-

tende que las esferas suenan armoniosas para su deleite: se arma, da voces, corre, blande una paja, y ésto llama guerra: se pela la cabeza, baja la mirada, se mete en un jergón, y ésto llama virtud: pone un rostro lamentable, da sus ayes, mira lánguido, se tira de hinojos ante una figurilla embarnizada, y ésto llama amor. Entre tanto un monstruo descarnado, de cara negra, de cuerpo desnudo, armado de guadaña le espía por ahí, y se sonríe; le sale al paso, y le traga: adiós guerra, adiós virtud, adiós amor.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.

Los geólogos afirman que el Himalaya sirvió de álbeo á un mar desconocido, ahora cincuenta ó cien mil años: herejía! Amigos, esta palabra me sirve de coraza, para que no me paséis con vuestra católica lanza; de túnica inconbustible, para que no me reduzcáis á cenizas en vuestro apostólico fuego. Esa obra del tiempo es prodigiosa: si tanto puede en lo material, no es impotente en lo moral. Ahora veinte siglos el robo era virtud en Lacedemonia; y en la que ahora es silla de la Iglesia, los amigos se prestaban buenamente sus mujeres. Qué mucho pues que el espionaje hubiese sido en otro tiempo manera de política, por todo extremo apreciada? Los varones de mayor suposición ejercían ese arte, y un buen espía valía tanto como un buen monarca. Vemos en el Libro de los Jueces que Gedeón va como espía al campo de Madián, y se llena de gloria. Ulises, con ser quien es, se disfraza y recorre el campo de los troyanos: Diomedes ejerce el mismo empleo en la Ilíada, y no hay personajes más famosos ni más encomiados por Homero. En tiempo de los romanos el espionaje no era mal visto aún: Sertorio, aquel varón esclarecido que estaba para vencer al Gran Pompeyo y

poner en cuentos el poder de Roma, se ofrece á Mario para ir de espía al campo de los Cimbrios y Teutones. Y Sertorio obraba por consejo de los dioses: tenía su demonio como Sócrates, su ninfa Egeria como Numa: Mercurio, en forma de donosa servatilla, le inspiraba: sabio, prudente, virtuoso era Sertorio, y era espía.

Si los montes se vuelven llanos y los abismos montes, ¿qué maravilla que las virtudes vengan á ser vicios y los vicios virtudes con el transcurso de los tiempos? Las costumbres de Esparta son pecados mortales ahora; las condescendencias de Catón son infamias para nosotros. El crisol de los siglos hierve sin cesar; allí se purifican las costumbres, allí se atersan las virtudes, y la escoria va cayendo á los bordes del mundo. Pero como el alquimista es á veces el diablo, echa en el hervidero una gota de su ponzoña, y todo el material se corrompe: el oro se vuelve negra y chirriante espuma, y nosotros lo recibimos cual moneda de buena ley: el filósofo de las tinieblas nos ha tocado en la retina con uno de sus mágicos instrumentos, y nos hace ver las cosas de forma y color diferentes de los verdaderos: ese sabio es el maestro del error: pobres discípulos, pensamos que vemos, y somos ciegos; pensamos que oímos, y somos sordos; por grandes nos tenemos, y somos pequeños; por claros, y somos oscuros. Por ésto es que llamamos sabiduría la ignorancia, verdad la mentira, virtud el crimen, y envueltos y revueltos en una manga de humo pestilente, nos vamos revoloteando por el mundo, hasta caer en esa oscura boca que se llama sepulcro: por allí se pasa á la eternidad: la eternidad tiene dos caminos: cristianos, tomad el de la luz....

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.

El espionaje en los tiempos modernos es tan pecado como el adulterio, tan delito como el robo: el espía y el verdugo andan juntos, son casados, la infamia les enlaza en unión estrecha: ¿quién los bendijo? La tiranía: cuál su prole? La muerte. Caín es mal padre de familia: su descendencia trae en la frente el sello de la reprobación. Si no eres bueno para verdugo, no te prestes para espía.—Hermano, yo sé lo que digo; tú que me oyes, palpas la esencia de la cosa, y sabes que no hablo por mal de nuestra especie.

El que hace espiar no es muy diferente del que espía: ponerse tras una puerta y prestar el oído, no es mucho peor que coger un hombre malo ó infeliz y colocarle allí entre las sombras. Si ese hombre ve lo que no debe ver, oye lo que no debe oír, es por que se lo mandaron: sabido es que el que ejecuta un asesinato por orden ó seducción de otro, no es más culpable que el verdadero asesino. Echar una mirada investigadora al hogar, es grave delito: seguirle los pasos á un hombre, sin que él lo sepa, es villanía. Si en esta flaqueza da una persona, es despreciable; si en ella da un gobierno ¿qué será?

El espionaje suele desenvolverse en torno á un hombre de gran significación, cuando se lo toma como resorte de política: Garibaldi vive rodeado de espías en su isla de Caprera; Juan Prim vivía rodeado de espías hasta en su destierro. Por qué espían al Cosmopolita? Dios de bondad, ni Prim ni Garibaldi soy: no soy más que un Juan sin miedo, que vuelo con esta pluma por las regiones de la luz, ó caigo en las tinieblas, si ella me falta; que voy por esas calles sin buscar al enemigo ni huír de él, solo y sin más compañero que un compendio de seis tumbas al pecho; embebido en una cierta indiferencia por la muerte ó por la vida; sin aborrecer extremadamente á los enemigos, ni morirme de amor por los amigos: confundiéndolos muchas veces, y estimándolos en el mismo grado, fuera de los buenos, que tienen su lugarcillo aparte. Escribo para matar el tiempo, sin poner en las cosas vivo empeño; no por falta de fe en los principios ni

de ardor en la sangre, sino por que el plato es muy chiquitito para el delfín, y por que majo en hierro frío: casi nunca me irrito de las irregularidades públicas, teniéndolas como las tengo por naturalísimas en nuestra barbarie irremediable: la calumnia no me roe, la injuria no me enfurece, la amenaza no me intimida: los enemigos me persiguen, los amigos no me deleitan, y á veces, me hieren más que aquellos: poco importa: preciso es que la comedia humana siga adelante. No admito secretos, los chismes me enfadan y reprendo á los enredadores: aborrezco las noticias, y no las quiero saber sino las de mucho tomo. Trato con muy pocos, y en ocasiones huyo hasta de ellos: salgo por los alrededores de la ciudad, y no encuentro á los valientes: si los encontrase, poco me importaría; en pudiendo, me defiendo: si el número vence, sucumbo, y se acaba todo. Á éste espían? este buen Cosmopolita vive rodeado de soldados disfrazados? ni sé el objeto, ni apruebo el fin; pero no me enfada mucho el que mis enemigos hagan la guerra á su modo: si no lo saben mejor, ¿qué culpa tienen?

Si podiéredes non ames una mujer villana,
Ca del amor non sabe, es como bausana.

Si el Harcipreste de Hita hubiera tenido que aconsejar á mis compatriotas, les habría dicho:

Si podiéredes non fagais una güerra villana,
Pero non lo entendedes, sois como bausanes.

No conspiro; ¿con quién he de conspirar? con *estos romanos* compañeros de Marco Bruto? dónde está Casio? dónde Ligario? El que manifiesta algún valor, el que habla como libre es un leproso en esta tierra; se huye de él, se le pone en cuarentena: no tengáis cuidado. Cierto que muchos jóvenes, conocidos unos para mí, desconocidos otros; muchos hombres del pueblo acudieron á mi casa *esa noche;* mas era para defenderme, no para acometer con alevosía. Si hubiera estado

en mis facultades, habría conspirado muchas veces durante el despotismo de García Moreno; y cuando digo despotismo, claro se está que todo conspirador republicano ejerce su derecho. Ahora no hay cómo, ni con quien, ni para qué conspirar. Conspirará Don Gabriel, si los pueblos no le coronan dictador: ya nos lo ha dicho en confianza para que no lo contemos á nadie: conspiraremos nosotros, si Don Gabriel conspira: ¿tendremos ó no razón? El general Urbina ha hecho muy mal en proporcionar al enemigo público pretexto y ocasión de perseguir á los patriotas: mientras él se solaza por las costas del Pacífico, mil personas, un partido, la nación están á punto de muerte. Porque Urbina vino á Tumbes, se pide la jefatura civil y militar de García Moreno para el Guayas; porque Urbina vino á Tumbes, se grita, se exaspera, se revuelve la nación; porque Urbina vino á Tumbes, el Cosmopolita es acechado en las esquinas por soldados: y qué relación hay entre estos dos sujetos? La que resulta de los escritos del segundo. Tengo un cargo que hacerle al general Urbina. Anoche se me pegó al talón un individuo, y parecía caballero: el maldito olía á espía que apestaba. Doy una gran vuelta por cerciorarme en mi sospecha: el hombre atrás. Tomo por allí: el hombre al pie. Vuelvo por aquí: tenaz el hombre. Me le encaro y le digo: infame! si me sigue cuatro pasos más, le vuelo la tapa de los sesos! Tiembla el hombre y desaparece. General Urbina, ¿por qué me causa estas molestias? doctor Espinosa, ¿por qué no las remedia? usted no manda ese espionaje, pero lo tolera. Si al fin me matan de un tiro ó de una puñalada alevosa, no dirá que no lo ha sabido, supuesto que uno de sus ministros puede dar fe de una pandilla, como que él la mandó presa. Eso fuera buenamente una inocentada de mi amigo Don Gabriel: ¿quién no le atribuiría mi muerte? Y con ella poco adelantaba en el aprecio público, y por consiguiente en su elección. Yo no he pensado ni pienso que se trate de un asesinato; si tal fuera el plan, nada más fácil que su verificación, como que ni me escondo, ni dejo de andar de noche, ni acepto compañía. Pero este pertinaz espionaje ¿qué

significa? El Doctor Espinosa que sabe tantas cosas, debe saber que, el no poder estar nunca solo es peor que la perpetua soledad; y éste suele ser el artículo más insoportable en las instituciones de la Trapa. Suponga usted, Señor Don Javier, que le siguiesen vigilantes varias personas á sus visitas, á sus quehaceres, á sus confesiones, á todas partes; ¿no se ofendería, no se enfadaría, no se afligiría? Nosotros los malos tenemos algo que hacer á solas, por Dios Santo! déjennos la preciosa libertad con que el Criador regaló á su criatura. Yo no salgo á matar á nadie, ni sufro más espionaje que el de Eros y Anteros.

Desde Sansueña á París,
Dijo un medidor de tierra,
Que no había un paso más
Que de París á Sansueña.

La misma distancia media entre mi asesinato y el de Don Gabriel. Juan Viteri, el jaque de Lima, se halla oculto en esta capital con el fin de matarle!

Calledes, dijo Gaiferos,
Infanta, no digáis tal:
Por más que fueran los moros
No me pueden hacer mal,
Que estas armas y caballo
Son de mi tío Roldán:
Caballero que las trae
No podía peligrar.

Si Don Gabriel trae las armas de Roldán, hace mal en manifestar tan vivo recelo, por no decir otra cosa. Ese lanzón de á cinco varas con que anda por las calles, es bastante para defenderle de los ejércitos de Alifanfarón y Pandafilando de la fosca vista; no digo para ensartarles al bachiller del Perú, á Briones, á Don Cironglio de Tracia, y prenderlos contra la bóveda celeste. Donde vean ustedes un viejo de peluca rucia, barbas de chivo y gafas verdes, cójanle; ese es Juan Viteri disfrazado de judío. Franco á entrado á Guayaquil vestido de fraile; Goyo Rodríguez anda por ahí empaquetado de inglés; el manco León se pasea actualmente

en Quito con traje de señorita. Andará sin duda tapada de ojo, como las niñas de Lima: pues es mucha inocencia no haber en todo un partido de conservadores, un enamorado que levante esa toca y pille á la buena moza. Si Viteri anda de judío, Franco de fraile, Goyo Rodríguez de inglés y el manco León de señorita, ¿qué hay más que hacer, sino echar mano por señoritas, ingleses, frailes y judíos y mandarles á chisporrotear en los infiernos? Al grano! al grano!

Juan Viteri, el que se le presentó con guantes á García Moreno, escondido ahora en Quito para asesinarle! Juan Viteri, casado con mujer rica, que por indolencia ó por otro motivo, ha abandonado hasta la secuela del proceso! Juan Viteri, el hombre de la comodidad y el gusto, emprender en un largo, pesado y peligroso viaje, disfrazado de judío, para asesinar á Garcia Moreno!

Por felicidad el presidente no cree nada, por ahora; y García Moreno es el que menos cree estas patrañas.

Soupire, étend les bras, ferme l' oeil et s' endort,

ésto hace en Lima Juan Viteri: los valientes no asesinan, llévense de esta regla.

Han pasado también seis húngaros por Tumbaco para asesinar á Don Gabriel: los morabitos han bajado del Líbano con el mismo objeto; los belermos de Armenia se han armado todos de revolver. Á las armas! á caballo!

Don Gabiel vive rodeado de guardias en Quito; Dios de bondad, qué falta de experiencia! No tiene más asesino que su conciencia: y éste si que es animal carnicero y horrible. El que no ha matado ni piensa matar á nadie, tiene por custodios de su persona su alma transparente y bella, su corazón armonioso, su abultado pecho.

El ángel de la guarda es la inocencia: cuando se mata un inocente, se mata un ángel, y viste de luto el cielo.

Juan Montalvo.



ÍNDICE.

I.

